Daría la vida por mi país, pero antes mataría por el



La República de Otoño

Brian McClellan

Los Magos de la Pólvora



LA REPÚBLICA DE OTOÑO

BRIAN McCLELLAN

Los Magos de la Pólvora

Traducción: Federico Cristante



Título original: *The Autumn Republic*
Edición original: Orbit Books

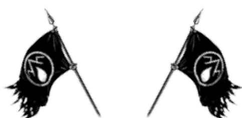
España · México · Argentina
ISBN: 978-84-19767-01-1

Índice de contenidos

21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44

Para mamá.
Por empujarme en la dirección correcta y
lograr que todo esto fuera posible.

Capítulo
1



El mariscal de campo Tamas se encontraba en las ruinas de la catedral Kresim de Adopest.

Lo que alguna vez había sido un magnífico edificio con agujas doradas que se elevaban majestuosamente por encima de los edificios aledaños ahora era una pila de escombros bajo el escrutinio de un pequeño ejército de albañiles en busca de mármol y piedra caliza reutilizables. Los pájaros que habían construido sus nidos en aquellas agujas ahora sobrevolaban el lugar sin rumbo fijo mientras Tamas inspeccionaba las ruinas bajo la luz del sol matutino.

Tal destrucción había sido provocada por hechicería elemental privilegiada. Las dovelas de granito habían sido rebanadas casi con indiferencia, y algunos sectores de la catedral habían sido derretidos por completo por un fuego más caliente que el interior de cualquier forja. A Tamas, la escena le revolvió el estómago.

—Parece peor desde lejos —dijo Olem. Se encontraba junto a Tamas con una mano apoyada sobre la culata de la pistola que llevaba debajo del abrigo, paseando la mirada por las calles en busca de patrullas brudanas. Hablaba con un cigarrillo apretado entre los labios—. Esta debe de haber sido la columna de humo que vieron nuestros exploradores. El resto de la ciudad parece intacto.

Tamas miró a su guardaespaldas haciendo una mueca.

—Esta catedral tenía trescientos años de antigüedad. Tardaron sesenta años en construirla. Me niego a sentirme aliviado por que los malditos brudanos hayan invadido Adopest solo para destruir la catedral.

—Tuvieron la oportunidad de arrasar con la ciudad completa. No lo hicieron. Me parece algo afortunado, señor.

Olem tenía razón, por supuesto. Habían cabalgado a toda velocidad

durante dos semanas, adelantados peligrosamente respecto de la Séptima y Novena Brigadas y de sus nuevos aliados delivíes, con el objetivo de averiguar qué destino había sufrido la ciudad. Tamas se había sentido aliviado al ver Adopest aún en pie.

Pero ahora se encontraba en manos de un ejército brudano y él se veía obligado a escabullirse en su propia ciudad. No había palabras para describir la furia que sentía.

Se tragó esa rabia e intentó controlarse. Habían llegado a las lindes de la ciudad hacía tan solo unas horas y se habían escabullido bajo el amparo de la oscuridad. Tenía que organizarse, buscar a sus aliados, rastrear a sus enemigos y averiguar cómo una ciudad completa había caído en manos brudanas sin el menor indicio de que hubiera habido un conflicto. ¡Por el abismo! ¡Brudania quedaba a casi mil trescientos kilómetros de distancia!

¿Acaso lo había traicionado algún otro miembro de su junta?

—Señor —dijo Vlora señalando hacia el sur. Se encontraba por encima de ellos, de pie sobre un contrafuerte, observando el río Ad y el sector viejo de la ciudad más allá del río. Al igual que Tamas y Olem, llevaba un abrigo largo para ocultar su uniforme adrano, y tenía el cabello oscuro recogido debajo de un sombrero tricornio—. Una patrulla brudana. Cuentan con un Privilegiado.

Tamas observó los escombros y, considerando la disposición de la calle hacia el sur, comenzó a formular un plan para emboscar a la patrulla brudana. Se obligó a sí mismo a interrumpir esa línea de pensamiento. No podía arriesgarse a entrar en un conflicto abierto. No sin contar con más hombres. Solo había traído a Vlora y a Olem, y si bien ellos podrían con una sola patrulla brudana, los disparos atraerían a otras como moscas a un tarro de miel.

—Necesitamos soldados —dijo Tamas.

Olem tiró la ceniza del cigarrillo sobre las ruinas del altar de la catedral.

—Puedo intentar localizar al sargento Oldrich. Tiene a quince de mis rifleros bajo su mando.

—Eso sería un primer paso —dijo Tamas.

—Creo que deberíamos contactar a Ricard —dijo Vlora—. Averiguar qué le sucedió a la ciudad. Seguramente tendrá hombres que podamos usar.

Tamas respondió al consejo asintiendo con la cabeza.

—A su debido tiempo. Abismos. Debería haber traído a toda la camarilla de la pólvora. Quiero contar con más hombres antes de ir a ver a Ricard.

“No sé si no nos habrá traicionado”.

Tamas había dejado el cuerpo inconsciente de Taniel al cuidado de Ricard. Si alguien le había hecho daño a su muchacho, Tamas…

Tragó bilis e intentó controlar su corazón palpitante.

—¿Los reclutas de Sabon? —preguntó Olem.

Antes de su muerte, a Sabon se le había asignado la tarea de establecer una escuela para magos de la pólvora al norte de la ciudad. Los primeros informes decían que tenía más de veinte hombres y mujeres con algo de talento y que ya les estaba enseñando a disparar, a luchar y a controlar sus poderes.

Solo habían tenido unos meses de entrenamiento. Tendría que ser suficiente.

—Los reclutas —coincidió Tamas—. Como mínimo, podríamos ir a buscar a Telavere antes de ir a ver a Ricard.

Cruzaron el río Ad a la luz del fresco amanecer, mientras las calles comenzaban a llenarse de gente. Tamas notó que, si bien las patrullas brudanas eran frecuentes y los guardias de las calles eran abundantes, no molestaban a los ciudadanos. Nadie lo interrogó, ni a él ni a sus acompañantes, ni cuando cruzaron las puertas del oeste de la ciudad vieja, ni al salir de Adopest en dirección al sector suburbano del norte.

Tamas vio unos barcos brudanos en el puerto, junto al río, y divisó sus altos mástiles en la bahía, hacia el sur. Supuso con ironía que el canal de montaña que el sindicato de Ricard había estado construyendo debía de haber sido un éxito. Era la única manera de que unos transatlántico de ese tamaño hubieran podido llegar al mar Ad.

Tamas perdió la cuenta del número de iglesias y monasterios en ruinas. Parecía como si una de cada dos manzanas tuviera una pila de escombros donde alguna vez había habido una iglesia. No pudo evitar preguntarse qué les había sucedido a los sacerdotes y sacerdotisas que habían trabajado en ellas y por qué ellos en particular habían sido el blanco de los Privilegiados brudanos.

Era algo que tendría que preguntarle a Ricard.

Caminaron una hora con rumbo norte, hacia el lugar donde se encontraba la escuela a orillas del río Ad. Era un viejo edificio de ladrillos, una fábrica de ropa desmantelada con un terreno a un lado que había sido transformado en un campo de tiro. Al salir del camino, Vlora se aferró al brazo de Tamas. Él percibió su pánico.

A Tamas se le tensó el pecho.

Las ventanas del dormitorio que había sobre la escuela tenían los postigos cerrados y la puerta principal colgaba de los goznes. Un cartel de madera adornado con el barril de pólvora de plata de los magos de la pólvora había sido arrancado de su lugar habitual, encima de la puerta, y yacía roto en el lodo. Los terrenos que rodeaban la escuela y el campo de tiro estaban vacíos y abandonados; la maleza había crecido.

—Vlora —dijo Tamas—, ve por el lado sur, junto al río. Olem, ve por el lado norte.

Ambos se alejaron con un "sí, señor" y sin hacer preguntas. Vlora se quitó el sombrero y atravesó la maleza, mientras que Olem continuó por el camino hasta sobrepasar la escuela, con paso despreocupado, y atravesó el campo de tiro para acercarse a ella desde la colina de atrás.

Tamas esperó que estuvieran en posición y luego continuó caminando en dirección a la escuela. Abrió el tercer ojo para mirar hacia el Otro Lado en busca de cualquier indicio de hechicería, pero no detectó nada acerca del contenido del edificio. Si había alguien esperando dentro, no era ni Privilegiado ni Dotado.

Tampoco llegaba a percibir a ningún mago de la pólvora. ¿Por qué estaba vacía la escuela? Telavere había quedado al mando. Se trataba de una maga de la pólvora de muy poco poder, pero con una gran destreza técnica; la persona perfecta para enseñarles a los reclutas. ¿Acaso los había hecho ocultarse cuando llegaron los brudanos? ¿Habían sido atacados?

Al acercarse al edificio, Tamas desenfundó sus pistolas e hizo una pausa solo para espolvorearse un poco de pólvora sobre la lengua. El trance de pólvora le recorrió el cuerpo, y su vista, su oído y su olfato se agudizaron; el dolor causado por el viaje se desvaneció detrás de una cortina de fuerza.

A los oídos le llegó un sonido bajo, casi sobrepasado por el fluir suave del río Ad. No lograba identificarlo del todo, pero sí reconoció el hedor que le llenó las fosas nasales. Olía a hierro y a putrefacción. A sangre.

Tamas miró por la ventana delantera de la escuela. El brillo del sol matutino le impidió ver a través de la oscuridad que había en el interior. El sonido bajo ahora parecía un rugido para su oído mejorado por el trance. El aroma a muerte lo llenó de pavor.

Arrancó la puerta de los goznes de una patada y se lanzó hacia el interior con ambas pistolas listas. Se quedó paralizado en la entrada, con los ojos adaptándose a la penumbra.

La precaución no fue necesaria. No había nadie en el vestíbulo, y el silencio se extendía por todo el lugar, salvo por el zumbido de lo que él ahora veía que eran miles de moscas. Zumbaban y se revolvían en el aire, revoloteando contra los cristales de las ventanas.

Tamas se metió ambas pistolas en el cinturón para poder atarse un pañuelo sobre la boca y la nariz. A pesar de las moscas y del mal olor, no había cuerpos en la entrada. El único indicio de violencia eran las manchas rojizas en el suelo y las salpicaduras de las paredes. Allí habían muerto hombres y alguien se había llevado los cuerpos a rastras.

Tamas siguió el reguero de sangre desde la entrada y fue adentrándose cada vez más en el viejo edificio, con una pistola lista para disparar.

La planta de la fábrica era un salón inmenso que alguna vez había albergado, sin duda, decenas de mesas largas donde cientos de costureras trabajaban en su costura. Ahora estaba vacío; solo había algunos escritorios colocados a un lado. Allí había menos moscas, salvo por aquellas que revoloteaban alrededor de las manchas y charcos rojizos que marcaban el lugar donde alguien había muerto.

Los manchones continuaban todo a lo largo del suelo de la fábrica y salían por la puerta de un rincón trasero.

Tamas oyó un sonido y se volvió levantando la pistola. Solo se trataba de Vlora descendiendo desde la habitación del primer piso. Vio que también había bastante sangre en las escaleras.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó. Su voz resonó de manera siniestra en el enorme salón.

—Moscas. —Vlora escupió en el suelo—. Moscas, y en la parte trasera de la escuela falta media pared. Hay unas cuantas marcas de quemaduras. Alguien detonó al menos dos cuernos de pólvora allí arriba. —Maldijo en voz baja, la única grieta que sufrió su porte profesional.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Tamas.

—No lo sé, señor.

—¿No hay cuerpos?

—Ninguno.

Tamas apretó los dientes, frustrado. Había mucha sangre, eso era lo que atraía a las moscas, y bastantes restos. Decenas de personas habían muerto en aquel edificio, y no hacía tanto tiempo.

—Se llevaron los cuerpos a rastras por la parte trasera —dijo Olem. Su voz resonó por el enorme salón mientras él entraba por una pequeña puerta que había en la pared más lejana. Cuando Tamas y Vlora llegaron hasta él, Olem les señaló el suelo donde las líneas rojizas se superponían unas sobre otras hasta llegar a la salida y desaparecían por la maleza que había entre la escuela y el río Ad—. Quienquiera que haya hecho esto limpió todo antes de irse. No querían que los cadáveres contaran ninguna historia.

—La historia se cuenta sola —estalló Tamas, y volvió a entrar al edificio dando grandes zancadas. Fue hasta el frente de la escuela dispersando moscas a su paso—. Entraron por la puerta delantera. —Señaló unas salpicaduras de sangre y unos agujeros de bala de la pared—. Superaron a quienes estaban de guardia y tomaron la planta de la fábrica. Nuestros magos dieron su última batalla en el primer piso, utilizando toda la pólvora que tenían a su disposición…

Se le quebró la voz. Aquellos hombres y mujeres eran su responsabilidad. Eran sus magos más nuevos. Algunos eran granjeros, dos eran pasteleros. Una había sido bibliotecaria. No estaban entrenados para el combate. Habían sido masacrados como ovejas.

Solo podía rezar por que hubieran podido llevarse consigo algunos enemigos.

—La muerte es una pintora sanguinaria y este es su lienzo —dijo Olem en voz baja.

Encendió un cigarrillo e inhaló profundamente, después lanzó el humo contra la pared y observó a las moscas dispersándose.

—Señor —dijo Vlora mientras pasaba por delante de Tamas y levantaba algo del suelo. Le entregó un trozo de cuero redondo con un agujero en el medio—. Parece que estaba detrás de la puerta. La persona que limpió el lugar debe de haberlo pasado por alto. ¿Sabéis qué es?

Tamas escupió para deshacerse del sabor a bilis que de pronto sintió en la boca.

—Es una junta de cuero. Debes llevar algunas de repuesto cuando disparas rifles de aire. Debe de haberse caído de algún equipo.

Rifles de aire. Un arma usada específicamente para matar magos de la pólvora. Habían ido preparados.

Tamas tiró la junta al suelo y se metió la pistola en el cinturón.

—Olem, ¿quiénes sabían dónde estaba la escuela?

—¿Además de la camarilla de la pólvora? —Olem hizo girar el cigarrillo entre los dedos mientras pensaba—. No era algo guardado demasiado en secreto. Pusieron un cartel, después de todo.

—¿Quiénes lo sabían de primera mano? —preguntó Tamas.

—Algunos miembros del Estado Mayor y Ricard Tumblar.

El Estado Mayor estaba compuesto por hombres y mujeres que habían estado con él durante décadas. Tamas confiaba en ellos. Tenía que confiar en ellos.

—Quiero respuestas, incluso si alguien tiene que sangrar para proveerlas. Búsquenme a Ricard Tumblar.

Capítulo 2



Los Nobles Guerreros del Trabajo, el mayor sindicato de trabajadores de los Nueve, tenían su sede central en un viejo depósito situado en el distrito industrial de Adopest, cerca del lugar donde el río Ad desembocaba en el mar.

Tamas observó el lugar con cierta inquietud. Había cientos de personas entrando y saliendo. Sería imposible entrar a hablar con Ricard sin que alguien lo viera y, probablemente, lo reconociese. La conversación bien podría tornarse sangrienta y Tamas no quería llevarla a cabo con los guardias de Ricard a un grito de distancia.

Si no fuera por la presión urgente de su corazón golpeteando dentro de su pecho, Tamas habría esperado que cayera la noche y habría seguido a Ricard hasta su casa.

—Podríamos haber solicitado una cita, señor —comentó Olem, apoyado despreocupadamente contra el pórtico.

Al otro lado de la calle, uno de los guardias del sindicato los observaba con el ceño fruncido. Olem saludó al hombre con la mano y le ofreció un cigarrillo. El guardia arqueó una ceja y, habiendo perdido todo interés en ellos, les dio la espalda.

—No pediré una cita —dijo Tamas con voz apagada—. No quiero que sepa que vamos a por él.

—Yo creo que de una manera u otra se enterará. Tiene más de veinte hombres armados solamente en esta calle.

—Yo he contado solo dieciocho.

Fingiendo un aire de indiferencia, Olem observó a los peatones que pasaban.

—Mirad la ventana que hay encima del local situado unos veinte metros a vuestra izquierda, señor. Francotiradores.

—Ah. —Tamas ahora los veía por el rabillo del ojo—. Algo tiene

asustado a Ricard. La vieja sede nunca tenía más de cuatro guardias al mismo tiempo.

—¿Será que está preocupado por los brudanos?

—O porque yo regresé. Allí está Vlora. Vamos.

Se fueron abriendo paso por la calle, haciendo todo lo posible por evitar llamar la atención de los guardias del sindicato, y llegaron hasta Vlora, que los esperaba en la entrada de una pequeña panadería. Tamas echó un vistazo a las hogazas de pan apiladas en el mostrador y se preguntó dónde habría terminado Mihali. ¿Aún se encontraba en el sur, con el cuerpo principal del ejército?

Por supuesto. Si Mihali no estuviera manteniendo a raya a Kresimir, Adopest ya habría sido arrasada para ese entonces. Tamas sintió un gran antojo por comer un plato de la sopa de calabaza del chef justo en ese momento.

Vlora los guio por el interior de la panadería. Salieron por la parte trasera a un callejón estrecho lleno de basura y de barro.

—Por aquí —dijo ella por encima de su hombro mientras avanzaban por el callejón.

Las botas de Tamas chapoteaban al caminar; él intentó ignorar el olor. El distrito industrial era, de lejos, el sector más sucio de la ciudad, y los callejones siempre eran la peor zona.

Avanzaron por tres callejones más, subieron por una escalera de hierro a un edificio de dos plantas y se encontraron en la entrada trasera de la sede central del sindicato.

Había un par de guardias sentados junto a la puerta, con la espalda contra la pared, que tenían la cabeza inclinada debajo del sombrero como si estuvieran dormidos. Con tan solo un vistazo al barro, Tamas entendió que había tenido lugar una breve refriega, pero Vlora se había enfrentado a los dos hombres sin problema.

—¿Están muertos? —preguntó Olem, y después lanzó el cigarrillo al barro y sacó su pistola.

—Inconscientes.

—Bien —dijo Tamas—. Tratad de no matar a nadie cuando entremos. No estamos completamente seguros de que Ricard nos haya traicionado.

“Y si lo hizo, yo seré quien se encargue de matarlo”. Tamas apoyó la mano en la puerta, pero Olem lo detuvo.

—Disculpad, señor, pero yo iré primero.

—Yo puedo...

—Es mi trabajo, señor. Últimamente, no me permitís hacerlo.

Tamas se mordió la lengua. Aquel era el peor de los momentos para que su propio guardaespaldas se insubordinara, pero Olem tenía parte de razón.

—Adelante.

No tuvo que esperar durante más de tres minutos hasta que Olem regresó a por él.

—Señor. Lo tenemos.

Atravesaron los pasillos traseros y dos cuartos de servicio, y se escabulleron al interior de la oficina de Ricard por la puerta lateral. El propio Ricard estaba sentado en su escritorio, con la chaqueta manchada y la barba desarreglada, con los ojos entrecerrados de rabia. Detrás de él estaba Vlora apoyándole el cañón de una pistola contra la parte de atrás de la cabeza.

Cuando vio a Olem, Ricard golpeó el escritorio con ambas manos.

—¿Qué significa esto? ¿Qué creéis que…? —Intentó levantarse. Vlora le apoyó una mano en el hombro para que permaneciera sentado—. ¿Tamas? ¿Estás vivo?

—No pareces muy sorprendido —dijo Tamas.

Enfundó su propia pistola y le hizo un gesto a Vlora con la cabeza para que le soltara el hombro a Ricard. Olem tomó posición junto a la puerta principal de la oficina.

Ricard tragó saliva y miró alternativamente a Tamas y a Olem. Tamas intentó determinar si se trataba del nerviosismo de un hombre sorprendido en medio de un acto de traición o si era la conmoción de su aparición repentina.

—Había oído que estabas vivo, pero ninguna de mis fuentes era fiable. Yo…

—¿Qué le sucedió a mi escuela de magos de la pólvora? ¿Y dónde está mi hijo?

—¿Taniel?

—¿Acaso tengo otro?

—¿Lo tienes?

—No.

—Yo…, bueno, no sé dónde está Taniel.

—Más te vale que te expliques rápido. —Tamas tamborileó los dedos sobre el mango de marfil de una de sus pistolas de duelos.

—¡Claro, claro! ¿Te puedo ofrecer un poco de vino?

Tamas inclinó levemente la cabeza. Ricard parecía no ser consciente de que se encontraba a dos palabras incorrectas de que una bala le vaciara el cráneo.

—Habla.

—Es una historia muy larga.

—Resúmela.

—Taniel se despertó. Poco después de que partieras hacia el sur, la salvaje lo devolvió a la vida. Los dos se fueron al frente y Taniel ayudó a mantener la posición contra los keseños, pero fue sometido a un consejo de guerra por insubordinación. Lo expulsaron del Ejército y fue contratado por las Alas de Adom, pero mató a cinco soldados de la

general Ket en defensa propia. Después desapareció.

Tamas se inclinó hacia atrás sobre los talones. La cabeza le daba vueltas.

—¿Todo eso pasó durante los últimos tres meses?

Ricard asintió con la cabeza, mirando a Vlora por encima del hombro.

—¿Y ahora no sabes dónde está?

—No.

—¿Qué le pasó a la escuela?

Ricard frunció el ceño.

—No tengo noticias de ellos desde hace semanas. Di por sentado que estaba todo bien.

Tamas intentó leer el rostro de Ricard. Aquel era un hombre que había hecho su fortuna siendo un sujeto agradable; allanando caminos y haciendo que la gente trabajara en equipo. A pesar de eso, era un pésimo mentiroso. El hecho de que en ese momento no pareciera estar mintiendo solo logró acrecentar la preocupación de Tamas.

El grito sobresaltado de Olem fue la única advertencia que recibió Tamas. Se volvió y vio que una mujer pateaba a Olem en un lado de la rodilla y lo enviaba al suelo entre maldiciones. La mujer saltó hacia Tamas con un estilete en la mano, moviéndose a una velocidad imposible. Él la cogió de la muñeca y la hizo pasar de largo… o al menos lo intentó. Ella retrocedió de pronto, lanzó el estilete por el aire, lo cogió con la otra mano y tiró una estocada en dirección a la garganta de Tamas.

La hoja erró por tan solo unos centímetros porque Vlora se arrojó contra la mujer desde el flanco. Ambas dieron contra la biblioteca de Ricard con fuerza suficiente para que todo el armatoste cayera sobre ellas. Olem, de pie una vez más, se metió en la refriega para agarrar a la mujer del cuello, pero solo logró recibir un puñetazo en la ingle. Se dobló sobre sí mismo y cayó contra la pared.

Tamas se acercó a la mujer desde atrás, listo para dispararle con tal de evitar que se levantara.

—¡Fell, detente! —rugió Ricard.

La mujer dejó de forcejear de inmediato.

Sin dejar de apuntar a la mujer, Tamas ayudó a Vlora y a Olem a ponerse de pie. La mujer se sentó en el suelo en medio de la biblioteca desplomada y clavó la mirada en la pistola de Tamas.

—¡Maldita sea, Fell! —dijo Ricard—. ¿Qué abismos ha sido eso?

—Os encontrabais en peligro, señor.

—¿Estabas intentando matar al mariscal de campo?

A Fell se le ruborizaron levemente las mejillas.

—Lo lamento, señor. No os reconocí desde atrás. Y no, solo intentaba incapacitarlos.

—¡Me lanzaste una cuchillada a la cara! —dijo Tamas.

—No habría penetrado muy profundo. Soy muy precisa.

Tamas observó a Vlora y a Olem. Vlora tenía un moratón cada vez más oscuro en una mejilla producido por la biblioteca; Olem se agarraba la ingle maldiciendo en voz baja. Aquella mujer se había enfrentado sin temor a tres desconocidos armados, ¿y solo había tenido la intención de incapacitarlos? Había derribado a Olem en una fracción de segundo y casi había vencido al propio Tamas, a pesar de que él se encontraba en un leve trance de pólvora.

—Veo que has estado contratando personal más competente —le dijo Tamas a Ricard.

Ricard volvió a sentarse en su escritorio y se agarró la cabeza con las manos.

—Podrías haber solicitado una cita, ¿sabes?

—No, señor. No podía hacerlo —dijo Fell desde el suelo—. Ha estado incomunicado durante meses. La ciudad está en manos extranjeras. Seguramente no sabía qué pensar.

Ricard la miró con gesto ceñudo, pero comprendió lo que ella insinuaba y la frente se le alisó.

—Ah. Crees que les vendí la ciudad a los brudanos, ¿no es así?

—Yo solo sé que un ejército extranjero controla mi ciudad, y que te dejé a ti, al Propietario y a Ondraus con las llaves de las puertas de la ciudad.

—Es el condenado lord Claremonte.

Ahora fue el turno de Tamas de poner gesto ceñudo.

—¿El amo de lord Vetas? ¿Acaso Adamat no pudo deshacerse de ese perro?

—Adamat hizo un trabajo admirable —dijo Ricard—. Lord Vetas está muerto, y sus hombres están muertos, los que no huyeron. Terminamos con él, y eso solo hizo que su amo llegara con dos brigadas de soldados brudanos y media camarilla real.

—¿Nadie defendió la ciudad?

A Ricard se le inflaron las fosas nasales.

—Lo intentamos. Pero… Claremonte no vino con planes de conquista. O eso dice. Sostiene que su ejército solo vino a ayudarnos a defendernos de los keseños. Se postuló para primer ministro de Adro.

—Sobre mi cadáver. —Tamas comenzó a pasearse por la oficina. Aquel ejército que controlaba Adopest planteaba muchos interrogantes. Si Tamas pensaba encontrar respuestas, debería hacerlo respaldado por un ejército propio. La Séptima y la Novena, junto con sus aliados delivíes, aún se encontraban a varias semanas de distancia —. Consígueme una reunión con Claremonte.

—Puede que esa no sea la mejor idea.

—¿Por qué no?

—¡Cuenta con el apoyo de media camarilla real de Brudania! —respondió Ricard—. ¿Puedes nombrarme algún otro grupo que te odie más que las camarillas reales de los Nueve? Te matarán sin mediar palabra y arrojarán tu cuerpo al Ad.

Tamas siguió caminando. No tenía tiempo para aquello. Tantos enemigos. Tantas facetas por considerar. Necesitaba aliados urgentemente.

—¿Qué novedades tienes del frente?

—Aún están resistiendo, pero...

—Pero ¿qué?

—No he tenido información fiable desde hace casi un mes.

—¿En todo ese tiempo no has sabido nada del Estado Mayor? ¡Por el abismo! ¡Los keseños podrían llegar a las puertas de la ciudad mañana mismo! ¡Maldición! Yo...

—Señor —le dijo Fell a Ricard—. ¿Le ha dicho lo de Taniel?

Tamas se volvió hacia Ricard y lo agarró de las solapas de la chaqueta.

—¿Qué? ¿Qué pasa con él?

—Ha habido... O sea, oí algunos rumores, pero...

—¿Qué clase de rumores?

—Nada de importancia.

—Dime.

Ricard se estudió las manos y dijo en voz baja: —Que Taniel fue capturado por Kresimir y colgado en el campamento keseño. Pero —agregó en voz más alta— solo son rumores.

Tamas podía oír su corazón retumbándole en los oídos. ¿Los keseños habían capturado a su hijo? ¿Lo habían colgado como un trozo de carne, una especie de trofeo macabro? El miedo le recorrió el cuerpo, seguido por el fuego de una ira feroz. Salió corriendo de la oficina de Ricard, abriéndose paso a empujones entre la multitud que había en el salón principal del edificio.

Olem y Vlora lo alcanzaron en la calle.

—¿Adónde vamos, señor? —preguntó Vlora.

Tamas aferró la culata de su pistola.

—Iré a buscar a mi hijo, y si no se encuentra con vida y en perfecto estado, le voy a arrancar las tripas por el culo a Kresimir.

Capítulo 3



Adamat estaba de camino para arrestar a una general.

Iba en la parte de atrás de un carruaje, mirando por la ventana los campos del sur de Adro. Los campos se encontraban dorados por el trigo de otoño, con los tallos doblados por el peso de su fruto y moviéndose suavemente al viento. La paz que emanaba la escena le hizo pensar en su familia; tanto en su esposa y los niños que estaban en su casa como en el que había sido vendido como esclavo.

Aquello podría salir mal.

No, se corrigió Adamat. Aquello no podría no salir mal.

¿Qué clase de demente iba a arrestar a una general en tiempos de guerra? El Gobierno estaba completamente desorganizado (hasta el punto de que era prácticamente inexistente), y era un milagro que las cortes aún siguieran operando a nivel local. Todos los casos federales habían sido suspendidos desde la ejecución de Manhouch, y habían tenido que sobornar y engatusar a Ricard Tumblar, uno de los miembros de la junta interina, para que firmara la orden de arresto contra la general Ket. También habían intimidado a dos jueces locales para que firmaran la misma orden. Adamat rogaba que fuera suficiente.

El conductor dio una orden seca y el carruaje se detuvo repentinamente, lo que provocó que Adamat se inclinara hacia delante en el asiento. Por una ventana se divisaban los campos de trigo y las colinas onduladas que gradualmente se iban convirtiendo en las montañas de los Leños Calcinados, con sus picos visibles en la lejanía. La otra le ofrecía una vista despejada del mar Ad, que se extendía hacia el sudeste.

—¿Por qué nos detenemos?

Una de las personas que viajaban con Adamat se despertó de su

letargo. Nila era una mujer de unos diecinueve años, con cabello ondulado castaño rojizo y un rostro que, a fuerza de encanto, podría hacerla llegar hasta la corte de un rey. A Adamat le parecía que era lavandera. Aún no estaba del todo seguro de por qué se había unido al viaje, pero el Privilegiado Borbador había insistido.

Adamat abrió la puerta y le preguntó al conductor: —¿Qué sucede?

—El sargento ordenó que nos detuviéramos.

Volvió a meter la cabeza. ¿Por qué habría ordenado Oldrich que se detuvieran? Estaban demasiado al norte para haberse topado ya con el ejército adrano. Aún les quedaba más de un día de viaje para llegar al frente.

El carruaje volvió a moverse, pero solo para hacerse a un lado y no estorbar al resto del tránsito que había por el camino. Una diligencia pasó retumbando, y luego un trío de vagones llenos de provisiones para el frente.

—Algo va mal —dijo Adamat.

Nila se restregó los ojos para despabilarse.

—Bo —dijo mientras tocaba al hombre que dormía sobre su hombro. El Privilegiado Borbador, el único miembro que quedaba de la camarilla real de Manhouch, se sobresaltó, pero siguió roncando sonoramente—. ¡Bo! —Nila le dio una palmada en la mejilla.

—¡Aquí estoy! —Bo se sentó derecho, moviendo las manos desnudas en el aire frente a él. Parpadeó un par de veces para terminar de despertarse y lentamente bajó las manos—. Por el abismo, muchacha —dijo—. Si hubiera tenido los guantes puestos, os podría haber matado a los dos.

—Bueno, no los tenías puestos —dijo Nila—. Nos hemos detenido.

Bo se pasó una mano por el cabello rojizo y sacó un par de guantes blancos cubiertos de runas arcaicas.

—¿Por qué?

—No estoy seguro —dijo Adamat—. Iré a ver.

Se bajó del carruaje, feliz de no tener que permanecer en ese lugar estrecho con el Privilegiado. En tan solo unos segundos, la hechicería elemental de Bo podría matar a Adamat, a Oldrich y a todo el pelotón de soldados adranos que los escoltaban. Adamat lo había visto romperle el cuello al verdugo de Manhouch con un movimiento de muñeca. A pesar de todo su encanto, Bo era un asesino de sangre fría. Adamat echó una mirada hacia el carruaje y ascendió la leve pendiente en dirección al lugar donde el sargento Oldrich y varios de sus hombres hablaban entre ellos a un lado del camino.

—Inspector —dijo Oldrich inclinando la cabeza—. ¿Dónde está el Privilegiado?

—Mejor que comiences a llamarlo “letrado” —dijo Adamat.

Oldrich resopló.

—Muy bien. ¿Dónde está el abogado? Nos hemos topado con algo que no esperábamos.

—¿Qué es?

—Hay un ejército sobre esa colina —dijo Oldrich.

Adamat sintió que el corazón se le iba a la garganta. ¿Un ejército? ¿Acaso los keseños finalmente habían logrado pasar? ¿Marchaban sobre Adopest?

—Un ejército adrano —agregó Oldrich.

El alivio de Adamat duró poco.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó—. Se suponía que aún estaban en el Camino de Surkov. ¿Acaso ya los han hecho retroceder hasta aquí?

—¿Qué pasa? —Bo llegó hasta ellos estirando los brazos por detrás de la espalda.

Adamat recordó una vez más lo joven que era Bo realmente; a simple vista, poco más de veinte años. Sin duda, aún no había llegado a los treinta. A pesar de su juventud, el Privilegiado tenía la frente llena de arrugas de preocupación y ojos de anciano.

Adamat miró fijamente los guantes de Bo.

—Se supone que sois abogado —le dijo.

—No me gusta moverme sin los guantes —dijo Bo sonándose los nudillos—. Además, nadie los verá. El ejército aún está muy lejos.

—Eso no es del todo cierto —dijo Oldrich señalando con la cabeza la elevación del camino.

Nila los había alcanzado.

—Ven conmigo —le dijo Bo.

Ambos se dirigieron hacia el ejército que había sobre la colina para echar una mirada. Oldrich los observó alejarse.

—No confío en ellos —dijo cuando ya no podían oírlos.

—No nos queda otra —dijo Adamat.

—¿Por qué? El mariscal de campo Tamas siempre se las ha arreglado sin necesidad de Privilegiados que lo llevasen de la mano.

—Tamas es un mago de la pólvora —dijo Adamat—. Ni tú ni yo contamos con ese beneficio. Y Bo es nuestro refuerzo. Si esto no funciona, si la general Ket se niega a venir pacíficamente para enfrentarse a la ley en Adopest, entonces necesitaremos que Bo nos saque del lío que provoquemos.

Oldrich se masajeó las sienes con ambas manos.

—Abismos. No puedo creer que os haya dejado convencerme.

—Quieres justicia, ¿no es así? ¿Quieres ganar esta guerra?

—Sí.

—Entonces necesitamos arrestar a la general Ket.

Bo y Nila regresaron. Nila tenía el ceño fruncido; Bo parecía pensativo.

—¿Qué crees que está pasando allí arriba? —le preguntó Bo a Oldrich—. Ese campamento debería estar a decenas de kilómetros hacia el sur.

—Podría ser cualquier cosa —respondió Oldrich—. Podrían ser los heridos del frente. O refuerzos. Puede que nuestros muchachos hayan sido derrotados y se estén retirando.

Bo se rascó la barbilla. Se había quitado los guantes de Privilegiado.

—Es por la tarde. Si nuestros muchachos hubieran sido derrotados, en este momento estarían marchando hacia Adopest. No sé qué es, pero algo va mal. No hay más de seis brigadas en ese campamento. Son demasiadas para tratarse de refuerzos y muy pocas para ser el ejército completo.

—Deberíamos averiguar qué está pasando —dijo Adamat.

—¿Cómo? —le preguntó Bo—. Solo sabremos qué sucede si cabalgamos hasta el campamento. Que es lo que tenemos que hacer, dicho sea de paso. Si quiero salvar a Taniel (por el abismo, si es que sigue con vida siquiera) y si vos queréis mi ayuda para salvar a vuestro hijo, entonces iremos.

Bo se alejó en dirección al carruaje.

Nila permaneció allí, mirando alternativamente a Oldrich y a Adamat.

—Si esto se nos va al abismo, ¿él nos ayudará? —le preguntó Oldrich a Nila.

Nila se volvió para observar a Bo.

—Creo que sí.

—¿“Crees”?

Nila se encogió de hombros.

—También puede que haga arder todo a su paso entre las compañías de soldados y nos deje entre las ruinas.

—¿Qué es lo que dijiste que hacías tú? —preguntó Oldrich.

—Soy la secretaria de Bo… del letrado —dijo Nila.

—¿Y antes de eso?

—Era lavandera.

—Ah.

Regresaron al carruaje y enseguida comenzaron a avanzar de nuevo en dirección a la colina. Allí, la vista dejó a Adamat sin aliento. El campamento adrano se extendía por la llanura en un mar de tiendas blancas. Parecía moverse y retorcerse como un hormiguero observado desde arriba; miles de soldados y seguidores de campamento en plena rutina diaria.

El carruaje volvió a detenerse poco más de un kilómetro después, cuando llegaron a los piquetes del campamento. Adamat oyó que, de entre los guardias apostados, una voz de mujer le gritaba a Oldrich.

—¿Refuerzos?

—¿Eh? No, estoy escoltando a un abogado que viene bajo las órdenes de la junta interina.

—¿Un abogado? ¿Para qué?

—No tengo idea. Me ordenaron traer al abogado hasta aquí y convocar una reunión con el Estado Mayor.

Bo tenía la cabeza cerca de la ventanilla y escuchaba con atención la conversación. Se había vuelto a poner los guantes de Privilegiado, pero los mantenía por debajo del borde de la ventana. Los dedos se le movían casi imperceptiblemente.

—Bueno —dijo la guardia con un tono de voz aburrido—, eso resultará más difícil de lo que crees.

Oldrich lanzó un gemido.

—¿Qué es lo que pasa ahora?

—Em, bueno… —La guardia se aclaró la garganta, y lo que dijo a continuación fue en voz demasiado baja, por lo que Adamat no llegó a oírla. Delante de él, Nila parecía muy concentrada.

Oldrich lanzó un silbido a modo de respuesta.

—Gracias por el aviso.

Un momento después, el carruaje siguió avanzando. Adamat maldijo en voz baja.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a Bo—. ¿Ha podido oír lo que ha dicho?

En lugar de responder, Bo miró a Nila.

—¿Escuchaste como te enseñé?

—Sí —dijo Nila. Se pasó las manos por la falda y miró por la ventana —. Parece ser que la general Ket ha sido acusada de traición —le dijo a Adamat—. Se ha llevado tres brigadas con ella y se ha separado del cuerpo principal del ejército. En este momento, el ejército está en un estado de guerra civil.

El puesto de mando del Estado Mayor era una granja expropiada, alejada aproximadamente un kilómetro y medio del camino principal. Estaba situada en el centro de las tiendas blancas del ejército; unas seis brigadas. Las tiendas se extendían hacia afuera en espiral, lo que daba como resultado un campamento organizado pero, en última instancia, poco compacto.

Hicieron esperar a Adamat y a Bo casi tres horas confinados en su carruaje hasta que finalmente los hicieron pasar al centro de mando. Los guardias les dejaron claro que los miembros del Estado Mayor se encontraban todos muy ocupados y que su reunión no le robaría al general más que cinco minutos de su tiempo.

La casa constaba tan solo de una gran habitación con paredes de piedra, un hogar bajo en un extremo y, en un rincón, dos camastros cuidadosamente hechos. En el centro había una mesa, una de cuyas

patas era demasiado corta, y no había sillas a la vista. Sobre la mesa había varios mapas, con pistolas en las esquinas a modo de pisapapeles. Adamat les echó una mirada a los mapas para memorizarlos con su memoria perfecta y más tarde poder estudiarlos a su antojo.

—Inspector Adamat.

Adamat reconoció al general Hilanska de un retrato que una vez había visto en la galería real. No era un hombre alto, y tenía un sobrepeso significativo debido a las complicaciones ocasionadas por la pérdida de un brazo cuando era un joven soldado. Hilanska, de unos sesenta años, era un héroe famoso que se había hecho su nombre como comandante de artillería en las campañas gurlas. Según los rumores, se trataba de uno de los generales de mayor confianza de Tamas.

Adamat saludó con la cabeza al general y se acercó para estrecharle la mano que le quedaba.

—Este es el letrado Mattias —dijo presentando a Bo—. Venimos de Adopest por un asunto urgente.

Bo se quitó el sombrero y le hizo una gran reverencia al general, pero Hilanska casi ni se dignó a mirarlo.

—Eso es lo que me han dicho —dijo Hilanska—. Deberíais saber que aún estamos en guerra. He rechazado a decenas de mensajeros de Adro por el simple hecho de que no tengo tiempo para lidiar con asuntos domésticos. Vos estáis aquí solo porque sé que el mariscal de campo Tamas os encomendó una misión especial antes de morir. Ciertamente, espero que tengáis algo importante que decirme. Me temo que el sargento Oldrich fue poco específico con los detalles, por lo que si pudierais…

Bo se adelantó de inmediato y no dejó hablar a Adamat.

—Por supuesto, general —dijo sacando un fajo de documentos de una cartera que le colgaba del hombro. Fue pasando papeles hasta que encontró uno firmado y sellado por Ricard Tumblar y los jueces de Adopest—. Lamento que no hayamos podido darles más detalles a sus hombres, pero se trata de un asunto delicado. Como podréis ver, tenemos aquí una orden de arresto contra la general Ket y contra su hermana, la mayor Doravir.

Hilanska recibió el documento de Bo y lo examinó durante algunos momentos. Se lo devolvió.

—¿Adopest no está al tanto de la situación que hay aquí? —preguntó.

—¿Qué situación? —preguntó Adamat.

—Durante las últimas dos semanas envié varios mensajeros. Seguramente os habrán informado…

—No, señor —dijo Adamat.

—El ejército está en guerra consigo mismo. La general Ket tomó tres

brigadas bajo su mando y se separó del cuerpo principal del ejército.

Aunque Nila le había dicho a Adamat exactamente lo mismo, él no necesitó fingir la sorpresa de su rostro.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Ket me acusó de traición —respondió Hilanska—. Me llamó traidor. Dijo que yo estaba aliado con el enemigo, y cuando el resto del Estado Mayor me dio su apoyo, ella se llevó a sus hombres y rompió su relación con nosotros.

Bo se puso rígido al oír las palabras de Hilanska, y sus manos se movieron en dirección a los bolsillos; a sus guantes, sin lugar a duda.

—¿Y esa acusación carece de fundamentos? ¿De pruebas?

—¡Por supuesto! —Hilanska tomó su bastón y se puso de pie—. Basó su acusación en el informe de un soldado de infantería que decía haberme visto conspirar con mensajeros enemigos.

—¿Y era verdad? —preguntó Bo. Adamat le lanzó una mirada, pero el daño ya estaba hecho.

—¡Por supuesto que no! —le respondió Hilanska—. Fue uno de sus dragadores, un convicto de la Guardia de la Montaña. La peor de las escorias. Pensar que ella le creyó a él antes que a mí… —Meneó la cabeza con tristeza—. Ket y yo nos conocemos hace décadas. Nunca fuimos amigos, pero de ningún modo éramos enemigos. Nunca pensé que ella podría llegar a hacer semejantes acusaciones sin fundamentos. A menos que… —Extendió la mano pidiendo la orden de arresto, y Bo se la entregó. Recorrió la página con la mirada—. A menos que esté intentando cubrir su rastro.

Adamat intercambió una mirada con Bo.

—Nosotros hemos llegado a la misma conclusión, pero con respecto al consejo de guerra de Taniel Dos Tiros. Taniel le envió un mensaje a Ricard Tumblar en el que le pidió que revisara las cuentas de Ket, y fue eso lo que nos puso tras su rastro.

—¿El hijo de Tamas hizo eso? Es el doble de listo de lo que Ket pensaba. Eso fue algo muy triste.

Bo se situó a un lado de Hilanska, moviéndose despreocupadamente y metiéndose una mano en el bolsillo.

—¿Qué tiene de triste?

—Taniel fue capturado por los keseños —respondió Hilanska. —Lo izaron sobre el ejército como si fuera un trofeo.

—No. —Bo tragó saliva; sacó la mano del bolsillo, pero sin los guantes.

—Todo el ejército lo vio. Según los rumores, intentó ir tras el propio Kresimir. —Hilanska meneó la cabeza—. Yo vi crecer a ese muchacho desde niño. Me alegro de que Tamas no haya estado vivo para verlo.

Adamat intentó concentrarse en los tics de Hilanska; el modo en que su mano izquierda jugueteaba con la manga derecha de la

chaqueta, el modo en que sus ojos recorrían el lugar. El general estaba evitando la verdad. Les había dicho una parte, pero no todo.

Desafortunadamente, no tenía forma de descubrir qué era lo que Hilanska estaba omitiendo.

—¿Y está muerto? —preguntó Bo.

—Volvieron a bajar el cuerpo enseguida después de capturarlo. Solo lo exhibieron durante un día, pero estaba muerto, sin duda.

Adamat le echó una mirada a Bo. El rostro del Privilegiado se había tornado pálido como el de un cadáver. Parpadeó como si tuviera algo en los ojos y comenzó a agitarse. Adamat se le acercó y le ofreció una mano, pero Bo lo rechazó con un gesto y súbitamente salió corriendo.

Hilanska lo observó irse.

—Qué sujeto tan extraño. ¿Conocía a Dos Tiros?

—No que yo sepa —dijo Adamat suavemente—. Me dijeron que se pone muy sensible cuando se habla de muerte.

—Ya veo. —Hilanska lo meditó durante un momento arrugando la frente.

—Señor —continuó Adamat para no darle más tiempo a Hilanska de considerar el comportamiento de Bo—, ¿contáis con algún plan para cerrar esta brecha y enfrentaros a los keseños?

Si Dos Tiros realmente estaba muerto, Adamat tendría que salvar la situación. ¿Lo ayudaría Bo a recuperar a su hijo? ¿O ahora se encontraba solo? Independientemente de eso, Adamat sintió que era su deber como patriota hacer todo lo posible por volver a unir al ejército.

Hilanska se acercó a la mesa, pasó la mano para quitar los marcadores de brigada y comenzó a enrollar uno de los mapas con la mano, no sin cierta dificultad.

—Creo que no debería discutir tácticas con vos, inspector.

—¿Tácticas? ¿Acaso habrá una batalla?

¿Adranos luchando contra adranos? Los keseños superaban en número al ejército adrano por mucho, y una lucha interna seguramente los condenaría a todos. Era un milagro que los keseños no hubieran aprovechado el conflicto para atacar. Los pensamientos de Adamat comenzaron a dar vueltas mientras él intentaba reorganizar sus prioridades.

—Por supuesto que no. Estamos haciendo todo lo posible para arreglarlo de forma amigable. De hecho, con estas nuevas pruebas tal vez pueda hacer que los aliados de Ket se aparten de ella. Si el abogado se recupera, dígale que me traiga absolutamente todos los documentos que tenga. Podemos mostrarles a los oficiales que Ket solo está intentando cubrir sus propios crímenes. Al menos, nuestros hombres sabrán que estamos del lado correcto.

—Así es —dijo Adamat—. Pero los keseños...

—Tenemos todo bajo control —lo interrumpió Hilanska—. No os

preocupéis más. Confío en que regresaréis a Adopest y le aseguraréis a la junta que cerraremos esta escisión y rechazaremos la amenaza keseña. Después regresaremos para lidiar con los brudanos.

Era la primera vez que Hilanska mencionaba el ejército extranjero que controlaba Adopest. Adamat abrió la boca para preguntarle qué quería decir, pero el general le hizo un gesto con la mano para dar por finalizada la reunión y le dio la espalda.

Adamat encontró a Bo sentado fuera de la casa con la espalda apoyada contra la pared de piedra y los bajos de la chaqueta metidos en el barro. Lo tomó por el codo.

—Vamos.

—Dejadme en paz.

—Vamos —insistió Adamat tirando de él para que se pusiera de pie. Le habló con un susurro feroz para llamar la atención de Bo y lo alejó de los guardias de Hilanska—. Aún tenemos trabajo por hacer.

—Al abismo con todo. Ya lo habéis oído. Taniel está muerto. —Bo se soltó de Adamat.

—¡Bajad la voz! Puede que no esté muerto.

Bo lo miró como si hubiera recibido una bofetada.

—¿Qué queréis decir?

Adamat se sintió culpable de inmediato por darle falsas esperanzas.

—Bueno, al menos confirmemos la historia de Hilanska antes de que hagáis el duelo. Puede que Taniel se encuentre prisionero de los keseños, o puede haber escapado o… —Se quedó en silencio. Bo lo observó con desconfianza y escepticismo.

—¿Por qué sois tan optimista? —preguntó Bo—. ¿No os convendría que Taniel estuviese muerto para que podamos ir a buscar a vuestro hijo? ¿O es que tenéis miedo de que falte a mi palabra?

Adamat tenía miedo de que Bo faltara a su palabra.

—Hay algo de Hilanska que me molesta. Los mapas que tiene sobre la mesa. —Adamat los visualizó mentalmente, los giró y los analizó antes de volver a hablar—. La única experiencia que tengo planificando batallas es de mis días en la academia, pero apostaría mi pensión a que Hilanska planea atrapar las fuerzas de Ket entre las suyas y las de los keseños.

—Sería un razonamiento lógico por parte del general —dijo Bo.

—No si lo que intenta es volver a unificar a las brigadas, como dice.

Bo se encogió de hombros y miró al horizonte con expresión sombría.

—Bo —dijo Adamat—. ¡Bo! —Extendió una mano, tomó a Bo por las solapas y lo obligó a volverse hacia él.

Bo tiró de la chaqueta para soltarse y dio un paso hacia atrás. Adamat lo siguió, volvió a aferrarlo de la chaqueta y le dio una bofetada. Un estremecimiento de miedo le trepó por la columna

vertebral. Acababa de abofetear a un Privilegiado. Por el santo abismo. ¿Qué había hecho?—. Controlaos —le dijo intentando evitar que le temblara la voz.

Bo estaba boquiabierto, con un guante de Privilegiado en la mano, listo para ponérselo.

—He matado gente por menos.

—Ah, ¿sí?

—Bueno. Lo he pensado. Estoy seguro de que otros Privilegiados lo han hecho. Contáis con algunos segundos para decirme por qué considerasteis que era necesario hacerlo.

—Porque tenemos una obligación aquí. Esto es más grande que un solo hombre. Aquí se juega el destino de nuestra familia y de nuestros amigos y de nuestro país.

—Vos no entendéis por qué estoy aquí, ¿verdad, inspector? —dijo Bo —. Estoy aquí porque Taniel Dos Tiros es mi único amigo. Él es mi única familia. Normalmente, los Privilegiados no pueden darse el lujo de tener ni uno ni otra, y os podéis ir al abismo si creéis que este país significa más que eso para mí.

Adamat inspiró profundamente, aliviado de que Bo no hubiera intentado matarlo allí mismo.

—Si Hilanska echa por tierra estos procedimientos, mis niños terminarán como esclavos de los keseños —le susurró—. Tengo que tratar de evitar que eso suceda. Si la mejor manera de hacerlo es ayudaros a encontrar a vuestro amigo, que así sea. Tenéis que controlaros y, discretamente, preguntar por ahí acerca de Taniel. Yo investigaré a Hilanska.

Bo tiró de la chaqueta y volvió a soltarse. Parpadeó varias veces, respirando agitado, y pareció recuperar un poco la compostura.

—Nos estamos olvidando de los mercenarios.

El cambio de tema fue tan rápido que a Adamat le llevó un momento entender a qué se refería. Por supuesto. Las Alas de Adom, la compañía de mercenarios empleada por Adro. Deberían haber tenido varias brigadas en el frente. Adamat volvió a rememorar el mapa de Hilanska, en busca de las banderas: una aureola de ángel con alas doradas. Allí estaban, arriba en una esquina.

—Están acampados a unos quince kilómetros de aquí. Probablemente estén intentando mantenerse al margen de esta disputa infernal.

—Muy sensatos. —Bo tensó la mandíbula y volvió a meterse el guante de Privilegiado en el bolsillo—. Comenzad a preguntar por ahí. Averiguad algo, y que sea rápido. O volveré a entrar ahí e interrogaré a Hilanska a mi manera.

—¿Estáis bien?

—Me escuece un poco la mejilla.

—Quiero decir por lo de Taniel.

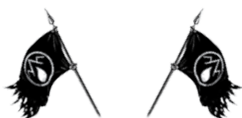
Bo parecía haberse tragado algo amargo.

—Fue un momento de debilidad, eso es todo. Estaré bien. Y… ¿Adamat?

—¿Sí?

—Si volvéis a ponerme las manos encima, os daré vuelta como a un calcetín.

Capítulo 4



Nila esperaba junto al carruaje que Bo y Adamat regresaran de su reunión con el general Hilanska.

Más abajo, un pequeño arroyo serpenteaba por el campamento, con sus orillas llenas de barro por el pisoteo de miles de botas. Nila observó a una lavandera llenar un cubo con aquella agua sucia y regresar con ella a su fogata, donde la esperaba un montón de uniformes apilados sobre la mesa. La mujer llenó el caldero de lavar con el agua, se sentó a esperar que hirviera y se pasó una mano sucia por la frente.

Si Nila hubiera tomado una decisión distinta durante los últimos meses, aquella podría haber sido ella. Se miró las manos. Durante años, había tenido la piel agrietada y curtida por el jabón, el agua y la lejía que había usado para lavar ropa. Ahora le parecían muy suaves al tacto y, por lo que Bo le había dicho, haría un mejor uso de ellas.

Una Privilegiada. Aún no podía creerlo, ni siquiera después de haber visto brotar fuego de sus propios dedos la primera vez, ni durante las prácticas posteriores.

Los Privilegiados eran criaturas de gran astucia y fuerza. Daban órdenes a los elementos y hacían temblar a los ejércitos. Le parecía algo burdo que una lavandera sin familia ni conexiones de pronto pudiera tener semejante poder.

Y tampoco podía evitar sentir que la habían estafado. Si hubiera sabido lo que tenía latente en su interior, tal vez podría haber usado ese poder para escapar de Vetas o para proteger a los realistas. Nila apretó el puño y sintió un leve calor en el dorso de la mano; una llama, azul y blanca, comenzó a danzar entre sus nudillos como si estuvieran dentro de una chimenea. Echó una mirada a su alrededor para ver si alguien lo había notado, agitó la mano para apagar el fuego y la escondió detrás de la espalda.

Pensó en el tiempo que había pasado con los realistas y recordó a Rozalia, la Privilegiada que había luchado para ellos. ¿Acaso Rozalia había percibido el poder latente dentro de Nila y sencillamente había decidido no mencionarlo? ¿O había sido amable con ella por algún otro motivo? ¿Nila se convertiría algún día en alguien como ella, vieja, sabia y poderosa? ¿Pondría nerviosa a la gente que la rodeara como Rozalia la había puesto nerviosa a ella?

—¡Risara!

Nila emergió desde lo más profundo de sus pensamientos y tardó un momento en recordar que ese era el nombre que usaba en su papel de secretaria de Bo, quien se estaba haciendo pasar por abogado. Giró la cabeza y lo vio atravesando el campamento a toda prisa en dirección a ella. Había una urgencia en su caminar que la preocupó.

—¿Has encontrado a Taniel?

—No. —Bo la tomó del brazo y la llevó hasta el otro lado del carruaje, donde sería menos probable que alguien los oyera—. El general Hilanska dice que Taniel está muerto.

Bo dijo las palabras de una manera tan desapasionada que la hizo retroceder un paso. Desde el momento en que Bo se había encargado de ella y de Jakob, Taniel había sido su obsesión. Según decía, era su único amigo. Había estado buscando a Taniel durante meses con una pasión que a Nila le resultaba inspiradora. ¿Y ahora actuaba así? Bo podía volverse distante por momentos, incluso hasta frío, pero aquello…

—¿Hay algo más? —le preguntó.

—Vamos a asegurarnos. Adamat piensa que hay probabilidades de que siga con vida, y Hilanska es un solo hombre.

Nila se dio cuenta entonces de que Bo no se estaba comportando desapasionadamente; estaba aturdido.

—¿Cuál es nuestra situación?

—Hilanska nos ha ordenado retirarnos, pero yo no me iré hasta confirmar que Taniel está muerto. Quiero un cadáver o una tumba o algo más que tan solo la palabra de Hilanska. Incluso iré al campamento keseño si debo hacerlo. Adamat está corroborando la historia del general con los soldados. Yo iré a hacer lo mismo. —Hizo una pausa y la miró de arriba abajo—. Esto será peligroso. Si Hilanska averigua quién soy, puede que me maten de inmediato; después a ti, a Adamat, a Oldrich y a sus hombres.

—¿Solo por hacerte pasar por abogado?

Una sonrisa se asomó en el rostro de Bo, pero la suprimió enseguida.

—Hablo en serio. A Hilanska no le agradan los Privilegiados, no confía en nosotros. Es un hombre que tiene algo que ocultar, y el solo hecho de que estemos fisgoneando lo hará sospechar. Es como Tamas;

hace lo que le resulte conveniente. Incluso si eso significa matar a mucha gente.

—Eso me suena a algo que tú respetarías.

—Y puedo respetarlo evitando que se entere de lo que soy en realidad. O lo que eres tú, que viene a ser lo mismo.

Le miró las manos y se quedó en silencio. Él le había dicho que, salvo los dioses, no había Privilegiados que pudieran tocar el Otro Lado sin usar los guantes con runas; eran lo único que evitaba que se abrasaran desde dentro por hechicería pura.

Excepto ella, al parecer. Y distaba mucho de ser un dios.

No le cabía duda de que, si ella lo pedía, Bo la enviaría de regreso a Adopest ese mismo día. Aquella era su oportunidad de huir. Podría recoger a Jakob y ocultarse, usando los fondos que Bo le había dejado. Podría mantenerse fuera de peligro.

Pero si se iba ahora, nunca aprendería a controlar sus nuevos poderes. Nunca encontraría otro Privilegiado tan paciente o considerado o siquiera humano como Bo. Y nunca tendría la oportunidad de devolverle la bondad que les había mostrado a ella y a Jakob.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Nila.

Nila esperó dentro de la pequeña estructura de madera y piedra que, según uno de los soldados, en algún momento había sido un establo.

La construcción casi no tenía techo y la puerta no era más que un trozo de cuero de vaca, pero parecía que la intendente de la Decimosegunda Brigada se las arreglaba. El suelo estaba cubierto de paja y todo el espacio disponible estaba ocupado por cajones de madera y barriles de pólvora.

Bo le había pedido que preguntara por ahí sobre Taniel Dos Tiros. Había acallado sus protestas de que las instrucciones le parecían bastante vagas y la había dejado por su cuenta. No era precisamente la imagen del líder motivador.

Ella no sabía cómo preguntarles a los soldados acerca de la muerte de uno de los suyos. Le parecía algo grotesco. Entonces, decidió que haría lo que sí sabía hacer.

A pesar del horror de haber sido prisionera de lord Vetas, le había servido para aprender muchas lecciones valiosas. Una de ellas era la importancia de mantener buenos registros, y el modo en que se podían usar contra las propias personas que llevaban esos registros.

El cuero de vaca se hizo a un lado y una mujer de unos cincuenta años entró lentamente. Llevaba la chaqueta azul del ejército adrano con la insignia de intendente en el cuello. Era una mujer delgada que llevaba casi todo el peso en las caderas, y tenía el cabello grisáceo recogido en un moño detrás de la cabeza.

—¿Qué puedo hacer por ti, querida? —preguntó dejándose caer despreocupadamente sobre un barril de pólvora.

—Me llamo Risara —dijo Nila alisándose la falda—. Soy la secretaria del letrado Mattias de Adopest y necesito acceso a los registros de las brigadas.

—Muy bien. —La intendente se sorbió la nariz—. Tendré que pedir la autorización del general Hilanska.

Nila tomó el maletín que llevaba debajo del brazo y lo abrió sobre su regazo, haciendo un gran esfuerzo por revisar uno por uno los documentos de apariencia oficial que había dentro. Retiró uno en particular y se lo entregó a la intendente.

—Esta es una orden que me autoriza a acceder a todo registro que desee ver. ¿Le parece que esto sea algo con lo que el general tendrá ganas de lidiar en medio del conflicto actual?

La intendente leyó la orden dos veces. Nila trató de evitar que se le notara el nerviosismo. La orden era perfectamente válida, pero Bo le había advertido que el ejército operaba fuera del ámbito judicial de los civiles, fuera o no fuera un asunto legal.

—Muy bien —dijo la intendente devolviéndole el documento—. ¿Qué quieres ver?

Nila intentó ocultar su sorpresa por que le dieran acceso tan fácilmente. Tampoco dejó entrever el hecho de que no tenía idea de qué buscar. ¿Qué serviría para rastrear a Taniel? ¿Sus movimientos anteriores a su supuesta muerte?

—Necesito una copia de todos los informes de peticiones de los últimos dos meses.

—¿De todos? —La intendente se inclinó hacia atrás sobre el barril de pólvora—. Son varios cientos de páginas.

—Que venga un escribiente. Esperaré.

La intendente refunfuñó en voz baja y comenzó a revisar los cajones de madera apilados en un rincón. Nila esperó, intentando adoptar una expresión de paciencia. Lord Vetas la había obligado a hacer muchos de sus recados (y no todos fueron estrictamente legales), y ella enseguida había aprendido que solo necesitaba actuar como si perteneciera a un lugar para que la mayoría de la gente lo diera por sentado.

—¿Necesitas algo más? —preguntó la intendente con las manos metidas en montones de papeles—. No quiero tener que volver a revisar todo esto.

—¿Qué registros tienen sobre oficiales específicos?

La intendente levantó una pila de varios centímetros de alto de papeles amarillentos y gastados.

—Tendrías que ver a la adjunta del general para eso.

—Por supuesto. —Nila tomó los registros y los hojeó. —¿Necesita

hacer copias?

—Están todos por triplicado. Por eso la columna de la firma de las órdenes está en blanco. Pediré que me hagan otra copia cuando alguien tenga tiempo. ¿Estás buscando algo en particular?

Nila vaciló por un instante. Si mencionaba su objetivo, podría levantar sospechas. Pero la idea de revisar todos esos informes era terriblemente desalentadora.

—¿Sabe si el capitán Taniel Dos Tiros cumplimentó alguna orden de pedido?

—Sí, varias. —La intendente se rascó la cabeza durante un minuto como haciendo memoria—. Creo que hay unas cuantas. No te puedo dar las fechas exactas, pero todos los pedidos hechos por un mago de la pólvora están marcados con la sigla “mp” en la columna de orden.

—Ha sido de muchísima ayuda. Gracias. ¿Le molestaría que revisara las copias aquí?

La intendente encogió sus hombros huesudos.

—Por mí no hay problema. Pero deberás disculparme un momento. Tengo que ir a mear.

Nila se quedó sola con los registros. Le tardó algunos minutos entender el modo en que las páginas estaban organizadas. Estaban cubiertas con una escritura diminuta y varias columnas. Nombres, fechas, órdenes y si habían sido cumplidas. Las notas estaban escritas con varias letras distintas; distintos intendentes, supuso. Una vez que encontró el primer “mp” (una solicitud de Taniel de más pólvora, que fue denegada), no le resultó difícil encontrar otros.

Acababa de encontrar la quinta solicitud de pólvora cuando oyó a la veterana intendente detrás de ella.

—Allí —dijo la mujer.

Nila levantó la mirada por educación, pero se encontró atrapada en el pequeño lugar por dos enormes soldados. Los hombres llevaban el uniforme azul oscuro de Adro, pero con ribete rojo y sombrero alto de piel de oso. No eran soldados regulares. Eran granaderos.

—Señorita —dijo uno de ellos—, ¿podéis venir con nosotros, por favor?

Nila sintió que el corazón se le subía a la garganta.

—¿Hay algún problema?

—Por favor —repitió el soldado—. Venid con nosotros. —Miró hacia atrás, como si estuviera nervioso—. Intentad no montar un escándalo, señorita.

Nila no tenía muchas opciones. Podría gritar y dar alaridos, pero las probabilidades de atraer a Bo serían mínimas. E incluso entonces, ¿qué podría hacer él? Para los fines de aquella misión, no se encontraban en un campamento aliado.

—Por supuesto, dejadme recoger mis cosas.

Nila juntó las órdenes de pedidos, asegurando toda la pila con una cuerda, y las metió por la fuerza en su maletín. Luego siguió a los soldados.

—Manteneos a nuestro lado, por favor —dijo uno de ellos en voz baja antes de seguir caminando.

Nila notó que el otro había quedado unos diez pasos por detrás. Era como si no quisieran que los vieran con ella.

Pasaron por delante del centro de mando del general Hilanska, atravesaron una pequeña colina y la guiaron hacia otro sector del campamento. Ella estudió los distintos estandartes, intentando recordar las brigadas y regimientos del Ejército adrano, pero fracasó por completo. Si no era al general Hilanska, ¿a quién se suponía que iba a ver? ¿O la estaban llevando directamente a la prisión?

El hombre que estaba frente a ella se detuvo junto a una tienda de paredes blancas y se volvió como apostándose para hacer guardia. Le señaló la entrada.

—Pasad.

El otro soldado había desaparecido. Nila se quedó mirando la tienda por un momento, tanto con curiosidad como con temor por lo que encontraría en el interior. Apretó la mandíbula. Ahora era una Privilegiada. Iba a tener que acostumbrarse al peligro y a asumir riesgos. Se inclinó y entró.

En medio de la tienda, había un hombre sentado que escribía furiosamente en un cuaderno que tenía en el regazo. Cuando Nila entró, él no levantó la mirada; solo señaló la silla que tenía frente a él y siguió escribiendo. Nila miró detenidamente a su alrededor. No había señales de peligro, aunque eso podía cambiar en un instante en un campamento lleno de soldados. Tomó asiento.

Por el tamaño de la tienda, Nila supuso que ese hombre era un oficial. Se trataba de un hombre corpulento, de más de un metro ochenta, con hombros anchos y brazos fornidos. Su rostro parecía haber recibido demasiados golpes; tenía la nariz torcida y los pómulos altos. Su silla tenía ruedas, del tipo que utilizaban los inválidos.

Nila divisó la chaqueta del soldado colgada en un rincón, con dos halcones sobre las montañas Adranas blasonados en el hombro. También tenía cuatro barras sobre un galón, y Nila sabía lo suficiente para entender que se trataba de un coronel. ¿No había leído algo hacía poco en el periódico acerca de un coronel que se había quedado paralítico en una acción heroica?

Finalmente, él dejó de escribir y se irguió en la silla.

—¿Tú eres la muchacha que vino esta tarde con el abogado? —preguntó.

—Soy la secretaria del letrado Mattias.

—¿Cuánto hace que estás con el letrado? —El coronel le observaba

atentamente el rostro.

—No sé si comprendo exactamente la pregunta.

—Es una pregunta sencilla —dijo el coronel—. ¿Cuánto hace que estás con él? ¿Eres de su confianza?

Nila entendió que debía tomar una decisión. Brindarle todo su apoyo a Bo (estar allí si él quedaba expuesto y lo mataban) o fingir que no era más que una secretaria.

—Hace un tiempo. Soy de su confianza, señor.

El coronel entrecerró los ojos.

—Ah, ¿sí? Entonces, ¿qué está tramando el Privilegiado?

Nila se obligó a no salir corriendo hacia la entrada de la tienda.

—No sé a qué...

—Detente —dijo el hombre—. Conozco a Taniel Dos Tiros desde que él era un niño. ¿Crees que no reconocería a su mejor amigo?

—Lo lamento, señor... —dijo Nila—. No sé su nombre.

—Soy el coronel Etan.

—Coronel Etan. Si creéis que conocéis a alguien, ¿no deberíais invitar directamente a esa persona a su tienda?

La sombra de una sonrisa se asomó en el rostro de Etan.

—¿Borbador está buscando a Taniel?

Nila no podía evadir una pregunta directa como esa. Aquel hombre decía conocer a Taniel. Tal vez aquella fuera la mejor forma de sacar algo de información. O podía tratarse de una trampa.

—Sí —respondió ella.

Etan lanzó un suspiro suave y cerró los ojos.

—Gracias a Adom.

—¿Disculpad?

Etan volvió a abrir los ojos.

—Me he pasado las últimas semanas intentando averiguar qué le sucedió a Taniel. Nadie lo ha vuelto a ver desde que lo izaron como un trofeo sobre el campamento keseño. Hilanska se negó a hacer pregunta alguna. Ni siquiera quiere solicitar que los keseños entreguen el cadáver de Taniel.

A Nila se le secó la garganta.

—Entonces, ¿Taniel está muerto?

—No lo sé —dijo Etan—. Estaba con vida cuando lo colgaron de esa viga. Estaba con vida la última vez que lo vieron allí arriba, y después, cuando Kresimir mató a Adom, él...

—Un momento, ¿qué? —Nila no pudo evitar reaccionar. Se inclinó hacia delante—. ¿Kresimir mató a Adom? ¿De qué está hablando? —¿Acaso aquel sujeto estaba loco?

Etan hizo un gesto con la mano.

—Es una historia muy larga. Que, al parecer, no ha llegado a Adopest. Por el abismo, Hilanska tiene todo muy bien controlado por

aquí. Para responder a tu pregunta anterior, me pareció poco sensato traer a Borbador aquí. Espero que a ti te estén vigilando con menos atención que al supuesto “abogado”.

—¿Queréis que le lleve un mensaje?

—Sí. Que no confíe en Hilanska.

—No creo que Bo confíe en nadie.

Etan se miró las piernas con gesto ceñudo. No pareció haberla oído.

—Hilanska es un oficial superior y lo estoy perjudicando al decir esto, pero últimamente ha estado actuando de manera muy extraña. Como dije antes, se niega a investigar el paradero de Taniel. Se niega rotundamente a creer que Tamas pueda estar con vida. Más aún, ha estado relegando a los hombres más leales a Tamas a sus propias compañías y ha estado ascendiendo a los soldados que han estado más tiempo bajo su mando. Y estuvo despotricando sobre un movimiento de tenaza de los keseños que provendría desde las montañas del sur; incluso envió dos compañías completas a los valles que hay al sudeste, donde no podrán hacer nada en absoluto cuando los keseños realmente ataquen.

Nila no podía comprender las políticas internas del Ejército, pero se imaginó que no serían muy distintas a las de cualquier otro lugar donde la gente compitiera constantemente para mejorar su rango o su posición. Sería algo similar a la casa de los nobles donde había estado trabajando antes del golpe de Estado. Sí sabía que a Bo le importarían un rábano las políticas internas del Ejército. Pero era evidente que Etan estaba alterado, y decirle eso no serviría de nada.

—¿Podéis ayudarnos a encontrar a Taniel? —le preguntó con amabilidad.

Etan echó una mirada al maletín que ella tenía en las manos.

—Ya he visto todas las órdenes de pedidos de Taniel. Incluso estaba presente cuando rellenó algunas de ellas. No creo que te vayan a servir, pero supongo que otro par de ojos no harán daño. He hecho todo lo que estaba a mi alcance para averiguar qué fue de él, y también estuve vigilando por si alguien venía a preguntar por él. Es posible que Bo tenga que acudir a los keseños para obtener más información.

—Eso sería un suicidio —dijo Nila. Pero eso no detendría a Bo.

—Tal vez. Lamento no poder haber sido de más utilidad. Parto hacia Adopest esta mañana. Si hay cualquier cosa que pueda hacer para ayudaros en vuestra búsqueda, contactad conmigo a través de alguno de los granaderos de la Decimosegunda.

—Gracias.

Nila dejó al coronel y atravesó al campamento de regreso al lugar donde habían aparcado el carruaje. ¿Qué podía hacer ahora, más que esperar a Bo y contarle lo de Etan? El consejo de Etan no había sido demasiado útil, pero ella tenía la esperanza de que Bo se volviera un

poco más optimista al saber que contaban con un amigo en el campamento, y que Taniel estaba con vida la última vez que lo habían visto.

Habían quitado el carruaje del camino y lo habían llevado a una hondonada, y los caballos habían sido desenganchados. Nila se sentó en el interior del vehículo para leer los informes, pasando las páginas una a una y examinando cada renglón para asegurarse de que no se le pasara por alto ninguna de las solicitudes de Taniel. La columna que más le interesaba era aquella donde los intendentes hacían sus propias anotaciones acerca de cada pedido. Hasta un momento determinado, cada uno de los pedidos de Taniel de pólvora negra había sido denegado "por orden del Estado Mayor".

Hasta hacía más o menos un mes. Se le dio pólvora, y la nota de la columna decía "Permiso especial, general Hilanska". Nila separó esa página para mostrársela a Bo.

Comenzó a oscurecer y finalmente Nila tuvo que interrumpir su trabajo. Le extrañó que ni Bo ni Adamat hubieran regresado aún. De hecho, tampoco había visto al sargento Oldrich ni a sus hombres. Inclinó la cabeza contra la pared del carruaje, preguntándose si debería regresar a buscarlos o si era mejor quedarse descansando allí hasta que regresaran.

A Nila le pareció oír un chasquido proveniente de la puerta opuesta. Se volvió, pero la puerta del carruaje seguía cerrada.

—¿Hola? —preguntó.

Al no recibir respuesta, llevó la mano al cierre de la puerta, y se le ocurrió que, en un campamento con tantos miles de soldados, no parecía haber nadie cerca del carruaje.

La puerta opuesta a ella se abrió de par en par. Nila llegó a ver un abrigo oscuro, un rostro tapado y el brillo opaco del acero a la luz de la luna. El carruaje se movió cuando alguien saltó al interior. Una mano voló hacia Nila.

Ella se arrojó hacia delante y sintió que un cuchillo se enganchaba en su falda. Se volvió para alejarse y oyó una voz de hombre maldiciendo por lo bajo mientras su atacante intentaba desprender la hoja de la tela. Ella rodó hasta quedar sobre la hoja y pateó al sujeto en el hombro.

Él retrocedió lanzando un gruñido; había soltado el cuchillo, pero enseguida saltó sobre ella.

Ella lo sujetó por debajo de los hombros. Él le golpeó los brazos, los empujo hacia abajo y le aferró el cuello con una mano. Ella sintió los dedos de él cerrarse alrededor de su garganta y recordó el aliento cálido de lord Vetas sobre el hombro cuando él había hecho lo mismo.

De pronto el hombre bufó y se separó de ella con el abrigo en llamas. La presión contra la garganta se desvaneció. Nila tenía llamas

danzando en la punta de sus dedos. Saltó encima del sujeto encendida por el fuego de su furia. Él intentó luchar contra ella, con la atención puesta en su abrigo en llamas, pero Nila le rompió la defensa.

Con la mano aún encendida, aferró el rostro del sujeto y empujó.

La piel y el hueso cedieron debajo de sus dedos. Los gritos del hombre murieron en su garganta y su cuerpo dejó de moverse. La almohadilla del asiento y la ropa del sujeto aún estaban en llamas; Nila las golpeó con su falda hasta que las extinguió.

El cuerpo yacía debajo de ella; la mayor parte de la cabeza se había derretido hasta convertirse en un pegote negro y nauseabundo. Nila retrocedió lentamente. Se dio un golpe en la cabeza con el techo del carruaje y se agachó, incapaz de desviar la vista del cadáver que yacía en los restos quemados de sus propias prendas.

Se miró la mano. Estaba cubierta con trozos de hueso y carne.

—Nila, ¿estás…?

Bo abrió la puerta contra la que ella había estado descansando hacía tan solo unos momentos y se quedó mirando el cuerpo. Su rostro era impenetrable en la oscuridad.

—Ven aquí —le dijo suavemente tomándola de la muñeca y ayudándola a salir.

Solo notó el olor punzante a humo y a carne, cabello y lana quemados cuando Bo la alejó de allí. Él sacó un pañuelo del bolsillo y le limpió la mano con suavidad, derramándole un poco del contenido de su cantimplora sobre los dedos. Luego regresó al carruaje y tomó su maletín.

—Yo… —Ella casi no podía respirar.

El corazón le retumbaba y le temblaban las manos. Acababa de matar a un hombre derritiéndole la cabeza completa. Con una mano.

—Dejaremos el equipaje. Le prendería fuego al carruaje, pero solo serviría para llamar más rápido la atención. Han arrestado a Oldrich y a sus hombres. Tenemos que encontrar a Adamat.

Nila se miró la mano, ahora limpia de los restos quemados. La sensación pegajosa de la sangre persistía entre sus dedos. Se obligó a mirar a Bo a los ojos. Debía ser fuerte.

—¿Y si también lo han apresado?

—Lo salvaremos si podemos. Si no, se las arreglará solo.

—¿Y los soldados de Oldrich?

Bo miró furtivamente a su alrededor.

—Ni siquiera yo puedo sacar a quince hombres del campamento de un ejército. Tendrán que enfrentarse al pelotón de fusilamiento por nosotros. Vamos. —Le tiró del brazo.

—No —dijo Nila.

—¿Qué quieres decir con “no”?

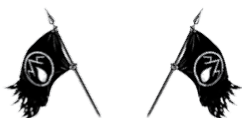
—Tu…, nosotros los metimos en esto. Los rescataremos.

—Maldición, Nila —susurró Bo—. Tendríamos que contar con ayuda, y sencillamente no la tenemos.

Nila inclinó la cabeza hacia un lado.

—Sí la tenemos —respondió.

Capítulo 5



Adamat solo había pasado unas tres horas haciendo preguntas cuando los prebostes fueron a por él.

Estaba en medio de una conversación con una joven sargento acerca de su primo de la Tercera Brigada, bajo las órdenes de la general Ket, cuando sintió que una mano lo tomaba del codo. Se volvió pensando que se trataba de Nila o de Bo con alguna novedad. En cambio, tuvo que levantar la mirada (y luego tuvo que levantarla un poco más) para ver que quien estaba a su lado era un oficial de la policía militar. El sujeto tenía un pecho enorme, y al hablar, su voz sonó como un eco.

—¿Inspector Adamat?

—Sí.

—Debéis acompañarme.

Adamat tomó el mango de su bastón con fuerza y levantó las cejas.

—Lo lamento, estoy en medio de una conversación. Tendrás que esperar. —Se volvió hacia la sargento, con la esperanza de que eso fuera suficiente para disuadir al preboste.

—Ahora —resonó la voz del oficial.

La sargento se inclinó hacia Adamat.

—Inspector, será mejor que vayáis con él.

Adamat dejó escapar un leve suspiro, tomó su sombrero con ambas manos y se volvió hacia el preboste.

—¿De qué se trata?

—Debéis acompañarme.

—Sí, eso ya lo he entendido. Soy un ciudadano adrano y tengo derecho a preguntar por qué viene a buscarme un agente de la ley.

El preboste inclinó la cabeza hacia un lado.

—Esta es una jurisdicción militar y vos no tenéis los derechos que, de haber sido otras las circunstancias, os habría proporcionado un

preboste adrano. Ahora bien, ¿vendréis conmigo o tendré que llevaros a rastras?

Desafortunadamente, el tipo no era tan idiota como parecía. Adamat asintió firmemente con la cabeza.

—Iré contigo, pero bajo protesta.

—Protestad todo lo que queráis. Por aquí.

Mientras atravesaban el campamento, Adamat se aseguró de refunfuñar sonoramente como si todo aquello fuera una gran molestia. Por dentro, el corazón le retumbaba. Había esperado que los prebostes fueran por él tarde o temprano. Después de todo, si Hilanska realmente estaba guardando secretos, no querría que hubiera nadie fisgoneando. Pero no pensó que fueran a ser tan rápidos.

¿Acaso Hilanska había interrogado a Oldrich? ¿O tal vez alguno de sus soldados había reconocido a Bo? Había demasiadas cosas que podían salir mal, era imposible preverlas todas. Tal vez la muchacha se había derrumbado y había ido ella misma a hablar con Hilanska.

Adamat descartó esa última posibilidad. La lavandera, fuera quien fuese, tenía una mirada de acero.

La prisión del campamento no era más que un trío de carromatos para prisioneros situados cerca del lugar donde la caballería de la brigada ataba los caballos por la noche. Llevaron a Adamat al más cercano y uno de los guardias le quitó llave a la puerta.

El enorme preboste tomó a Adamat del hombro y lo empujó en dirección al carromato. Adamat apretó los dientes deseando reprender al sujeto, pero sabía que aquel no era el momento de hacer enemigos. Los tres vagones ya estaban llenos… por Oldrich y sus hombres.

Adamat entró al carromato, despojado de su bastón.

Oldrich lo observó con amargura.

—Veo que el plan del Privilegiado ha tenido un excelente comienzo —dijo cuando los guardias se habían alejado para hacer sus rondas.

—¿Cuándo os detuvieron? —preguntó Adamat.

—Hace no más de media hora.

—¿Dijeron por qué?

Oldrich meneó la cabeza.

—Nos capturaron mientras estábamos separados. Algunos de los muchachos estaban en el comedor, otros dos en la letrina. Todo fue en silencio, y se aseguraron de superarnos tres a uno. —Se inclinó contra uno de los barrotes del carromato y escupió—. La situación va mal cuando vienen sigilosamente. A los prebostes les encanta pavonearse de su poder.

—Actúan como si fuéramos enemigos del Estado —dijo uno de los otros soldados. Varios de los hombres asintieron con la cabeza—. El mariscal de campo no nos trataría de esta manera.

Oldrich miró por encima de su hombro.

—El mariscal de campo no está aquí —dijo—. Recordad esto: estabais obedeciendo órdenes. Si alguien cae por esto seré yo. —Estudió a Adamat como preguntándose si valía la pena ser sometido a un consejo de guerra o a algo peor por él.

A juzgar por el hosco silencio que hubo entre los hombres, Adamat supuso que ya habían tenido aquella conversación.

—¿Cuándo van a interrogarnos? —preguntó.

Adamat tenía poca experiencia con prebostes, pero solo podía imaginarse lo peor: Hilanska quería encubrir algo. Los torturaría a todos para averiguar lo que sabían y los haría ejecutar en silencio.

—Depende de cuánta urgencia tengan. Y de lo grande que sea el avispero que pateéis vos cuando os pregunten. Puede que solo nos retengan un par de días y luego nos dejen ir. —Oldrich no parecía demasiado optimista respecto de ese resultado.

La noche avanzó y Adamat siguió observando las tiendas, esperando ver a los prebostes de Hilanska regresar para llevárselos e interrogarlos. Pasaron las horas. Cuanto más pensaba en eso, más admitía que Oldrich quizá tenía razón: Hilanska solo quería evitar que complicaran todo. Los necesitaba fuera del camino, nada más. Estaban en aprietos, pero esa suposición ayudó a Adamat a relajarse.

Comenzaba a quedarse dormido, con los hombros apoyados contra el frío acero de los barrotes, cuando oyó un chasquido detrás de su oreja.

Se volvió y vio que Bo se encontraba justo detrás de él.

—¿Cuánto hace que estáis aquí? —preguntó Bo a través de los barrotes.

Adamat meneó la cabeza para despabilarse.

—Creo que algunas horas.

—Los centinelas están inconscientes. Disponemos de algunos minutos hasta que la guardia haga las rondas. Tenemos que irnos. Ya.

Adamat vaciló. Si Hilanska solo quería retenerlos por un tiempo, un intento de fuga solo lograría empeorar la situación. Bo fue hasta el frente del carromato y se lamió la punta del dedo enguantado. Movió los dedos dos veces y los colocó contra el acero de la cerradura.

—¿Estáis seguro de que esta es una buena idea? —preguntó Adamat.

—Han tratado de matar a Nila —respondió Bo—. No quieren mantenernos en silencio, nos quieren muertos. ¡Nila! Ve al otro carromato.

Adamat se volvió y vio a Nila corriendo hacia uno de los otros vagones. Ella miró a su alrededor, como cohibida, y extendió una mano hacia delante, como si estuviera sosteniendo una fruta. Adamat observó el gesto con gesto hosco. ¿Qué estaba haciendo?

Una llama azul comenzó a danzar por sobre la palma de su mano. Se estiró y tomó la cerradura. El acero se derritió en su mano y cayó

goteando hacia el suelo con un chisporroteo. Uno de los soldados maldijo en voz baja.

¿La muchacha era una Privilegiada? ¡Con razón Bo había insistido en que la llevaran! Pero ¿dónde estaban sus guantes? Adamat no tuvo tiempo de pensar en ello mientras los soldados, entre susurros, lo empujaban fuera del carromato.

—¿Cómo abismos saldremos del campamento? —le susurró a Bo.

—Con ayuda —respondió el otro. Lanzó un silbido por lo bajo y dos hombres emergieron de la oscuridad que había cerca de los postes para enganchar a los caballos. Ambos rondaban los dos metros de altura y cada uno llevaba una pila de uniformes azul y escarlata sobre los brazos—. Oldrich —dijo Bo—. Diles a tus hombres que se pongan esto. Acabáis de uniros a los granaderos de la Decimosegunda Brigada. Vos también, Adamat. Ponéroslos encima de la ropa, muchachos. No podemos dejarles ningún indicio de cómo nos hemos escapado.

Adamat tomó uno de los uniformes y se lo puso sobre el traje. No le quedaba bien, estaba confeccionado para alguien mucho más corpulento. Luego siguió la chaqueta, y le pasaron un sombrero de piel de oso.

Nila avanzó por la fila, arreglando los uniformes aquí y allá para que se vieran mejor. Se unió a Adamat y a Bo y les hizo un gesto a los dos granaderos.

—Ahora sois parte de la guardia de honor del coronel Etan, que escoltará al coronel hasta Adopest —le dijo a Adamat—. Iba a partir por la mañana, pero le llegaron noticias de una enfermedad que afecta a su familia, por lo que saldrá esta misma noche.

—¿Y podemos confiar en este tal coronel Etan?

Bo vaciló durante un momento, pero asintió con la cabeza.

—Es uno de los amigos de Taniel.

Adamat miró a Bo y luego a Nila. Ninguno de los dos llevaba uniforme.

—¿Y qué hay de vosotros?

—Nosotros saldremos por nuestros propios medios —dijo Bo. No dio más detalles.

—¿Y esta guerra civil? —preguntó Adamat.

—No es problema mío.

Nila lo miró como pidiendo disculpas.

—Moveos —dijo Bo—. Hay cambio de guardia en una hora. Esperaremos aquí para asegurarnos de que no se den cuenta de vuestra desaparición antes de que el coronel pueda sacaros, y después dejaré una pista falsa en dirección al mar Ad. Supondrán que escapasteis en barco.

Adamat reprimió la necesidad de darle las gracias. Después de todo, no estaría allí si no fuera por la insistencia de Bo.

—¿Y mi hijo? —Necesitaba recuperar a su hijo, y Bo era el único que podía ayudarlo.

—Encontraré a Taniel y después os buscaré a vos en Adopest. Tenéis mi palabra.

Adamat asintió firmemente con la cabeza y, junto a Oldrich y sus hombres, siguió a los dos granaderos. Los llevaron por el campamento a paso ligero. A Adamat le costó seguirles el ritmo. Los hombres de Oldrich eran soldados adranos. Tal vez no fueran tan corpulentos como los granaderos, pero podían desempeñar el papel sin demasiado esfuerzo. Adamat les llevaba al menos diez años a la mayoría de aquellos hombres; estaba en baja forma por la edad y por su estilo de vida familiar. Estaba acostumbrado a viajar en carruajes, no a marchar.

Recordó un momento en la academia cuando Tamas, en ese entonces aún coronel, había comenzado a allanar el camino para que los plebeyos pudieran ascender en el escalafón. Adamat había considerado alistarse para hacer carrera.

Con solo tres minutos de marcha, Adamat lanzó una plegaria de agradecimiento por no haberlo llevado a cabo.

Pronto llegaron al sector del campamento ocupado por los granaderos de la Decimosegunda Brigada. Adamat reconoció el estandarte, dos halcones sobre las montañas Adranas, e intentó recordar lo que sabía acerca del coronel Etan.

Etan era un militar de carrera. Con poco más de treinta años, había ascendido rango tras rango distinguiéndose en combate durante una de las muchas guerras que había habido en Gurla después de que las campañas gurlas supuestamente hubieran concluido. Su ascenso podía parecer veloz, pero a Adamat le resultó menos extraño cuando consideró lo corta que solía ser de media la carrera de un granadero. Las tropas de choque no solían durar demasiado, y pocos de aquellos enormes hombres sobresalían por su inteligencia.

También recordó haber leído en los periódicos hacía unas pocas semanas que Etan había resultado herido en combate. El artículo decía que había quedado paralítico.

Entre jadeos entrecortados, divisó un carruaje que esperaba cerca del límite del campamento, rodeado por una guardia de honor de unos cincuenta granaderos. Varios de ellos sostenían rifles y kits. Adamat, Oldrich y los demás fueron equipados a toda prisa.

—¡En formación, soldados! —gritó un capitán—. ¡Malditos perros, habéis llegado tarde! ¡No sois dignos de cargar al coronel sobre vuestra espalda! No sois dignos de lavarle los pies. ¡Tendréis que limpiar las letrinas cuando regreséis!

Recorrió la fila de punta a punta golpeándoles las rodillas con su fusta. Adamat sintió la quemazón en la pantorrilla y se tragó un insulto. Ahora estaba interpretando un papel. No se atrevía a salirse

del personaje.

—¡Sí, señor! —dijo con los demás.

El capitán se detuvo junto a él, se inclinó hacia delante y le habló en voz baja.

—Si le causa problemas a mi coronel, yo mismo lo mataré. —Siguió avanzando antes de que Adamat pudiera responderle.

Una mano emergió del carruaje y golpeó el lateral. Adamat casi ni había recobrado el aliento cuando, una vez más, comenzaron a marchar a paso ligero.

Ya le caía sudor por el rostro cuando el carruaje dejó atrás la tierra compactada del campamento y comenzó a avanzar pesadamente sobre los adoquines del camino principal que llevaba a Adopest. Se detuvieron lentamente junto al puesto de control situado más al norte. Dos centinelas se acercaron al carruaje.

Adamat no estaba lo suficientemente cerca para oír la conversación que tuvo lugar. Se quedó de pie con el rifle al hombro, con la bolsa que llevaba en la espalda presionándole la columna, y rogó que no notaran lo bajo que era para ser un granadero; o que su uniforme ya estaba empapado de sudor cuando ni siquiera habían comenzado la marcha.

Uno de los centinelas se encogió de hombros y ambos retrocedieron haciéndole un gesto al carruaje de Etan para que continuara viaje. Ni siquiera se detuvieron a observar a Adamat cuando pasó trotando junto a ellos.

Continuaron adentrándose en la noche. Las piernas le quemaban, y sentía como si tuviera los pulmones en llamas. Cada herida de los seis meses anteriores pareció recobrar vida; le dolía la nariz, le ardían los cortes en el estómago y en el hombro, y comenzaron a latirle algunas contusiones que él ni siquiera sabía que existían. Vio que se iba quedando atrás respecto de los otros granaderos, tanto de los hombres de Oldrich como de los soldados reales de Etan, y se esforzó por exigirse más.

Qué vida tan deprimente. ¿Quién podía soportar someter a su cuerpo a esa clase de abuso? Adamat usó su indignación para impulsarse a sí mismo hacia delante. Todo aquel viaje había sido una pérdida de tiempo. Taniel probablemente estuviera muerto, y podían pasar semanas o meses hasta que Bo regresara para ayudarlo a buscar a Josep. Y eso si regresaba. ¿Por qué había aceptado implicarse?

Y todo el asunto entre Hilanska y Ket. Aquello acabaría siendo la ruina de Adro, no tenía dudas al respecto. Cuanto más pensaba en el mapa que había visto en el puesto de mando de Hilanska, más convencido estaba de que el general no solo se estaba preparando para el combate... lo estaba buscando.

¿Sería capaz Ket de acusar a Hilanska de ser un traidor solo para cubrir sus propias huellas? ¿Tal vez pensó que la apoyarían más

miembros del Estado Mayor? ¿O tal vez había pensado en convencer a las Alas de Adom? No importaba; terminaría aplastada entre Hilanska y los keseños.

¿Sabía que tres brigadas de infantería adranas morirían a causa de ella? ¿Era tan egoísta?

Adamat no se dio cuenta de que se había detenido hasta que notó que el carruaje y su escolta se encontraban a unos treinta metros por delante de él. Corrió para alcanzarlos, obligándose a ignorar el dolor de las rodillas, y llegó al final de la fila justo en el momento en que el capitán daba la orden de detenerse.

Adamat pasó a empujones entre los soldados en dirección al carruaje de Etan. Una mano se apoyó contra su pecho.

—No he dado la orden de romper la formación —le dijo el capitán—. Vuelve a la fila antes de que te dé una paliza.

—Debo hablar con el coronel —dijo Adamat.

—No lo harás. ¡Vuelve a la formación!

Adamat no tenía tiempo para aquello. El corazón le latió con una urgencia repentina que no tenía nada que ver con la marcha intensa.

—Yo no soy uno de tus malditos soldados y lo sabes —dijo Adamat —. Te agradezco la ayuda, pero apártate de mi camino. Estoy llevando a cabo una misión para el mismísimo mariscal Tamas.

—El mariscal de campo Tamas está… —comenzó a decir el capitán irguiéndose.

—Capitán —dijo una voz del carruaje—. Calmaos. Permitidle al inspector viajar conmigo.

Adamat reprimió una sonrisa triunfal. No necesitaba enfrentarse más al sujeto. Pasó por delante del capitán, abrió la puerta del carruaje y entró.

Era difícil ver las facciones de Etan en la oscuridad. Adamat estaba seguro de que era un hombre corpulento. Se encontraba erguido en el asiento (seguramente sujeto con correas, debido a su dolencia), con el peso apoyado sobre un bastón.

—Ya podéis quitaros el uniforme —dijo Etan—. Si alguien viene a por nosotros ahora, no os servirá de disfraz.

Adamat se quitó el sombrero de oso y la chaqueta escarlata y lanzó un suspiro de alivio. Se arrepintió de inmediato, cuando el frío aire nocturno alcanzó el traje empapado que llevaba debajo y lo congeló hasta los huesos.

—Gracias por toda esta ayuda, coronel —dijo Adamat.

—Era lo mínimo que podía hacer. —Etan golpeó el lateral del carruaje y comenzaron a avanzar de nuevo—. Taniel me salvó la vida. Fue un buen amigo. Sé que vos estáis intentando ayudarlo. Solo desearía que pudiéramos haber hecho más.

—Puede que todavía podamos hacer más —dijo Adamat, y enseguida

agregó—: O sea, por el ejército.

Etan emitió un gruñido evasivo.

—Este asunto entre Ket y Hilanska podría ser la ruina de Adro —dijo Adamat.

—Me he desligado de todo eso. Vuelvo al norte a retirarme en silencio. A nadie le sirve un granadero inválido, ganemos o no la guerra.

—Pero…

—Sin “peros”, inspector. Me alegro de ayudaros a escapar de las maquinaciones de Hilanska, pero este es el final del camino para mí.

—Entiendo. —Frustrado, Adamat se golpeó la palma de la mano con el puño.

Las siguientes palabras de Etan fueron vacilantes.

—Si hay algo que pueda hacer para ayudaros en vuestro camino, lo haré.

—Sí que lo hay —dijo Adamat sintiendo una oleada de esperanza renovada—. Me serviría mucho una carta de presentación.

—¿Dirigida a quién?

—A la comandante de brigada Abrax, de las Alas de Adom. Creo que sé cómo salvar a los soldados de la general Ket.

Capítulo 6



Taniel observó el pelotón de soldados adranos mientras registraban el suelo del cañón, muy por debajo de él.

Los seguía desde hacía dos días, cuando se separaron de la compañía principal y dejaron el valle Veridi. Eran doce soldados en total; estaban vestidos con el uniforme adrano y llevaban kit completo y rifle bajo el brazo. Avanzaban por el valle con cautela, cubriendo menos de un kilómetro y medio por día y buscando en cada sendero que habían hecho los animales y en cada grieta que había en el camino.

A ese paso, les llevaría dos días encontrar el escondite de Ka-poel.

Taniel resistió el impulso de ponerse de pie y gritar. Quería descender corriendo por la ladera de la montaña, deslizándose por el pedregal, agitando los brazos para que lo vieran. Hacía semanas que no disfrutaba de una buena comida o de una cama blanda. Tenía la piel agrietada y sucia, y el cuerpo aún dolorido por la paliza que había recibido de manos de los soldados de Kresimir.

Hacía mucho tiempo que había dejado de notar su propio olor; un signo inequívoco de que se había acostumbrado demasiado al hedor.

Lo único que lo mantenía en silencio era la duda persistente de la sospecha. Lo más probable era que aquellos hombres lo estuvieran buscando a él; las montañas del sudoeste de Adro eran prácticamente infranqueables y la inmensa red de valles no llevaba a ningún lugar importante. ¿Por qué otro motivo podrían estar allí aquellos soldados adranos? La verdadera pregunta era por qué lo estaban buscando.

No había nadie al mando que tuviera motivos para enviar dos compañías con el fin de encontrarlo. El general Hilanska había traicionado a Taniel, a Tamas y a Adro. Aquellos podían ser sus hombres. O tal vez Tamas había regresado y se trataba de soldados aliados.

Pero seguramente lo estarían llamando a los gritos si fueran aliados. La indecisión lo atormentaba. Era imposible reconocer a ninguno de ellos a más de medio kilómetro de distancia. Taniel maldijo en voz baja. Si le hubiera quedado un poco de pólvora negra, los habría visto claramente a más de cinco kilómetros.

Tardó varias horas en poder avanzar por la montaña con el sigilo suficiente para evitar que lo descubrieran. Tenía las botas llenas de arena y las pantorrillas le ardían por el descenso; ya casi anochecía cuando finalmente se sentó en cuclillas a la sombra de un peñasco ubicado a unos cuarenta y cinco metros por encima de la patrulla. Permaneció oculto. Tenía la frente empapada de sudor. Volvió a maldecir.

Cada uno de los soldados llevaba un rifle con la bayoneta calada. A distancia, la forma básica de los rifles podía confundirse con cualquier rifle de llave de chispa, pero desde allí, Taniel podía distinguir claramente el cañón estrecho y aerodinámico, y la culata redondeada. Aquellos rifles no tenían llave de chispa. Eran rifles de aire; disparaban balas por medio de aire comprimido, no por la combustión de la pólvora negra.

Eran armas delicadas, poco fiables. Los soldados solo llevaban rifles de aire cuando necesitaban matar a un mago de la pólvora.

Taniel esperó en su escondite hasta que cayó la noche. Los observó montar el campamento y volvió a ascender por la escarpada ladera de la montaña.

Tomando senderos de cabras, atravesó la cresta de la montaña; la siguió hacia el este durante poco más de un kilómetro hasta llegar a un hueco formado por dos enormes rocas planas.

Ka-poel estaba sentada con las piernas cruzadas, con la espalda contra la pared de la cueva. Sus pecas pálidas estaban cubiertas de barro y su abrigo negro, rasgado y maltrecho. Tenía ojeras grandes y oscuras. Miró a Taniel y su cabeza se tambaleó levemente a causa del cansancio.

—Una patrulla de soldados adranos —dijo Taniel—. Armados hasta los dientes con rifles de aire. —Se sentó a su lado, reacio a mirar la figura de cera que yacía sobre la tierra delante de ella—. Hombres de Hilanska, sin duda. —Sintió la fatiga hasta en los huesos. Le dolía hasta el último de los músculos y le temblaban las manos por la falta de pólvora. Era un avance. Unos días antes, casi no se había podido mantener en pie por los síntomas de la abstinencia—. Están avanzando poco a poco por el valle. Pronto llegarán a la curva y vendrán en esta dirección. No les llevará más de dos días. No llego a percibir ni una pizca de pólvora entre ellos.

Se obligó a sonreír. Ka-poel inclinó la cabeza sobre el hombro de él. Taniel intentó sentarse derecho. No podía demostrar su propia fatiga.

No sería justo para ella.

No después de que ella lo hubiera rescatado. La hechicería de ella le daba fuerzas.

Ella, que mantenía a un dios a raya solo a fuerza de voluntad.

Taniel bajó la mirada finalmente y la posó sobre la figura de cera. Reconoció el rostro, desde la barbilla delicada y el cabello dorado hasta el horrible abismo negro donde antes había habido un ojo. La figura de cera tenía una piedra del tamaño del puño de Taniel apoyada en el medio del pecho y una aguja larga sobresaliéndole de la cabeza.

Con suavidad, Taniel empujó la cabeza de Ka-poel para levantarla de su hombro.

—Ya es hora —le dijo.

Ella lo miró con ojos interrogantes. Él se preguntó brevemente cómo sonaría la voz de ella si pudiera hablar. Le dio un beso en la frente y se puso de pie.

—Tengo que ir a matar a mis compatriotas.

*

Poco después de la medianoche, Taniel descendió furtivamente por la ladera de la montaña. La noche era oscura, la luna estaba cubierta por tenues nubes. A Taniel le temblaba todo el cuerpo por el esfuerzo que le había supuesto la bajada. Se refrenaba para no alterar el pedregal y para no provocar que algún animalito asustado saliera de su escondite. Los ojos le dolían de tanto entrecerrarlos para penetrar la oscuridad.

Como única arma, tenía el mosquete que había tomado al huir despavorido del campamento keseño. Tenía la bayoneta calada. Solo le serviría como lanza, pues no tenía ni pólvora ni municiones. Le había dejado la chaqueta a Ka-poel, ya que los botones de plata podrían reflejar algún rayo de luna y revelar su posición al enemigo, y había envuelto la hebilla del cinturón en cuero para ocultarla.

La falta de pólvora lo afectaba profundamente. Con solo aspirar un poco de pólvora negra se le habrían agudizado los sentidos y podría haber visto claramente en la oscuridad. Le habría calmado el dolor de los huesos, la molestia de la espalda y de los pies, y le habría otorgado fuerza y velocidad, por lo que lidiar con unos doce hombres habría sido…

Bueno, no fácil, la verdad. Pero tampoco sería totalmente imposible.

En cuclillas en la ladera de la montaña, estudió a su presa.

La patrulla de soldados adranos acampaba a la sombra de una cascada de tres metros de altura, dándole la espalda a un hueco no muy profundo que había en la pared del acantilado. Había una guardia en la parte superior de la cascada. Después de varios minutos de observar detenidamente el lugar, Taniel logró divisar la ubicación del segundo centinela, a unos veinticinco metros en dirección al valle, por debajo

del campamento. Era una buena posición defensiva, imposible de flanquear.

Pero Taniel no podía flanquear a nadie. No por su cuenta. La cascada sería lo único que le serviría de cubierta cuando se acercara.

Su falta de visión en la oscuridad era un punto en contra, pero hacía una semana que estaba planificando aquella emboscada ante la posibilidad de tener que llevarla a cabo. Conocía el terreno de memoria. Aquella era una de entre un puñado de ubicaciones que había en el valle donde los exploradores podrían haber acampado, y había acertado hasta el lugar donde situarían a sus centinelas.

Los uniformes adranos eran difíciles de ver en la oscuridad, pero los botones de plata delataban su posición. De pronto, Taniel vaciló. Se había criado entre aquellos hombres y mujeres. Bueno, tal vez no justo entre aquellos que le estaban dando caza, pero sí entre sus camaradas. Eran sus hermanos.

Entonces, ¿por qué lo querían cazar con rifles de aire? Solo Hilanska podía haber sido capaz de conseguir tantos rifles de aire en Adro. Solo él sería capaz de reunir tantos soldados adranos que le fueran lo suficientemente leales para ir tras un mago de la pólvora. "Ya he matado soldados adranos", se recordó a sí mismo. Los viles soldados de la general Ket, enviados detrás de él y de Ka-poel. "Puedo hacerlo de nuevo".

La grava se movió debajo de sus pies mientras él descendía en dirección a la parte superior de la cascada. La centinela volvió levemente la cabeza y el cañón de su rifle de aire se elevó. Taniel se detuvo, respirando superficialmente. El tiempo pareció estirarse hasta convertirse en una eternidad, hasta que ella finalmente volvió a apuntar el rifle hacia el suelo y se volvió hacia el este, mirando a lo largo del valle.

Taniel descendió al arroyo y sintió que el agua fría se le metía por un agujero de la bota. Pisando despacio, fue avanzando lentamente en dirección a la centinela. Llevó una mano al extremo del mosquete para soltar la bayoneta.

Un sudor frío le recorrió la nuca. La bayoneta no se movía. La retorció con más fuerza, pero no tuvo éxito.

Resistió su creciente pánico. Aún podía hacerlo con sus propias manos, pero la falta de un arma hacía que todo se volviera menos seguro y más personal.

Apoyó el mosquete con cuidado en la orilla del arroyo y dio tres pasos largos hacia la soldado, le rodeó el cuello con el brazo y le colocó el otro contra la base de la columna vertebral. Apretó de inmediato, flexionando el brazo para cortar el flujo de aire y la circulación de sangre al cerebro.

Ella lanzó un leve sonido de ahogo y dejó caer el rifle al arroyo. Al

oír el estrépito del rifle al caer, Taniel sintió que el corazón se le subía a la garganta. Observó por encima del hombro de ella algún indicio de alarma en el campamento de debajo mientras contaba mentalmente.

Veinte segundos para la pérdida de consciencia. Cuatro minutos para asegurar la muerte.

Sus manotazos desesperados se detuvieron después de unos ocho segundos. Taniel continuó contando, y cuando era evidente que no se daría la voz de alarma, cerró los ojos con fuerza.

¿Por qué debía perdonarle la vida a estos soldados que querían darle caza? Si cualquiera de ellos sobrevivía a aquella noche, daría aviso a la compañía que se había quedado en el valle, y Taniel tendría doscientos soldados o más yendo a por él. A por Ka-poel.

La soldado dejó de forcejear por completo a los dieciocho segundos. Taniel mantuvo el agarre firme y la acercó hacia él. Tamas había llamado a esa llave “el abrazo del asesino”.

A Taniel se le humedecieron las mejillas.

Recordó aquella vez, hacía no tanto tiempo, en que se encontraba en las montañas lejanas del este, apuntando con el cañón de su rifle a su mejor amigo, sentenciado a muerte por ser un hechicero Privilegiado.

A los treinta segundos, soltó a la mujer. Su rabia no era suficiente para darle fuerza. La dejó aflojarse en sus brazos y la dejó suavemente sobre la orilla del arroyo.

Le colocó una mano sobre la boca para sentir su respiración superficial. Taniel maldijo su debilidad y rodeó a toda prisa el campamento. Se detuvo un momento, cuando uno de los soldados dormidos se movió, pero el sujeto solo masculló algo ininteligible, giró hacia el otro lado y siguió durmiendo.

A Taniel, el corazón le retumbaba en los oídos. Su plan original, endeble en el mejor de los casos, dependía de que eliminara a los centinelas y que luego los matara a todos mientras dormían. Era brutal, pero eficiente.

¿Qué podía hacer ahora? Se despertarían por la mañana y se enterarían de que habían sido atacados. Sabrían que lo habían encontrado, ¿y qué habría ganado con su ataque? Nada.

Sus pasos se volvieron más urgentes y descuidados al acercarse al segundo centinela desde atrás. Una piedra se giró, el pedregal se movió y Taniel maldijo en voz alta.

El hombre se volvió hacia él con una pregunta en los labios.

Taniel corrió hacia el soldado y le dio un puñetazo en la base de la mandíbula. Lo prendió por las solapas del uniforme y sujetó el rifle de aire cuando el otro lo hubo soltado. El hombre cayó al suelo.

La luna brilló brevemente por entre las nubes y Taniel observó al sujeto tendido a sus pies. Sus facciones eran suaves, jóvenes, aún no estaban desgastadas por años de campaña. Parecía tener unos

dieciocho años. ¿Un recluta?

Levantó el rifle de aire del soldado y lo tanteó a lo largo. El cañón era largo y de ánima lisa, similar al de un mosquete, con un mecanismo de disparo en el lugar donde habría estado la llave de chispa y un bote de aire redondeado en lugar de culata. Eran armas terribles para un mago de la pólvora, pero su precio y su poca fiabilidad habían evitado que se volvieran más comunes en el ejército keseño. Tamas las había prohibido en todo Adro.

Romper el mecanismo del arma no era demasiado difícil.

Pero Taniel necesitaba enviar un mensaje.

Sostuvo una mano en alto y miró la luz de la luna por entre los dedos. Pensó en aquella vez en que había matado a esos soldados adranos, los dragadores. Le había metido la mano en la boca al sujeto que había hablado de violar a Ka-poel, flexionó los dedos alrededor de sus dientes, apretó con fuerza y tiró. Recordó la sensación de los tendones de la mandíbula rompiéndose cuando él se la arrancaba del cuerpo.

Y todo eso sin usar pólvora. Solo había contado con su ira y con la hechicería extraña de Ka-poel.

Taniel tomó el cañón del rifle de aire con ambas manos y lo dobló. Lentamente, el cañón cedió. Lo curvó hasta que quedó en un ángulo recto, con los músculos protestando por la fuerza que eso requería.

Luego se escabulló por el campamento. Encontró una bolsa de arpillera y juntó todos los botes de aire. Les quitó las raciones y los kits a los soldados; se hizo con un cuchillo, una espada y suficiente comida para que él y Ka-poel pudieran comer durante más de un mes.

Los dejó a todos durmiendo plácidamente en sus sacos de dormir. Se despertarían por la mañana (o cuando los centinelas recuperaran el conocimiento) y se darían cuenta de que les habían robado.

Y en el centro del campamento, junto al fuego, encontrarían una pila de once rifles de aire, cada uno de ellos doblado en forma de L.

Capítulo 7



Nila esperaba en el noroeste del campamento adrano, con el vestido húmedo por la hierba. Las estrellas estaban ocultas detrás de un velo de nubes, y a pesar de las miles de fogatas de cocina que había en el campamento y del calor del cuerpo de Bo, sentado junto a ella, se sintió completamente sola en medio de la nada.

Bajo la luz del sol, habría podido ver la llanura que se extendía al sudeste de Adopest hasta el imponente Bosque de Brea Negra, situado en la base de la cordillera de los Leños Calcinados, hacia el oeste. Hacia el este se encontraba el mar Ad; hacia el sur, las montañas Adranas, que separaban a Adro de Kez.

Alguna vez le habían dicho que se las llamaba montañas Adranas en Adro, pero que en Kez las conocían como las montañas Kresim. Se frotó las manos para calentárselas y se preguntó cómo denominarían a aquellas montañas en los mapas del resto del mundo. Ya había comenzado el frío otoñal y en cualquier momento las hojas comenzarían a caer de los árboles. Toda su vestimenta estaba en el equipaje cargado en el techo del carruaje que habían abandonado en el campamento adrano.

Dentro del vehículo se encontraba el cadáver de un asesino con el rostro derretido.

—¿Aún vas a ayudar a Adamat a encontrar a su hijo? —preguntó.

Justo después de decirlo, se le ocurrió que si Bo estaba dispuesto a mentirle a Adamat, no vacilaría en ocultarle la verdad a ella.

A su lado, Bo cambió de posición. Se habían escabullido del campamento sin demasiado problema, por algún truco de la hechicería de Bo, rodeando soldados y centinelas como si fueran invisibles. Él no había dicho gran cosa desde entonces.

—Yo mantengo mi palabra —dijo Bo. La leve vacilación. El pesar en

su voz.

“No quiere hacerlo”.

—Estás pensando que en primer lugar no deberías haber traído a Adamat y a Oldrich —dijo Nila en voz baja.

Bo resopló, pero no dijo nada.

—¿Y bien?

—Por supuesto. Al final resultó ser más un problema que una solución. Claro, pudimos reunirnos con Hilanska, pero solo puse en peligro su vida, y ahora nos resultará más difícil llegar a algo. Si hubiera ido por mi cuenta, me habría escabullido en el campamento, habría torturado a algunas personas clave para obtener información y me habría ido.

Era algo extraño escuchar a Bo mostrarse arrepentido por poner en peligro la vida de aquellos hombres en una frase y, en la siguiente, oírlo hablar de torturar a soldados inocentes. En la mente de Nila, ambos conceptos eran mutuamente excluyentes, y aun así, consideraba una buena persona a Bo. ¿Estaba equivocada?, ¿o acaso se trataba de un asunto más complicado?

Bo le hizo un gesto despectivo con la mano como respuesta a algo que ella no había dicho.

—Ya está fuera de peligro.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Sin duda, ya han descubierto que faltan prisioneros —respondió Bo—. Si Hilanska quisiera hacer mucho ruido, ya habría equipos de búsqueda peinando estos campos. Tal vez algunos jinetes yendo tras el coronel Etan. No. Hilanska lo pasará por alto. Tal vez no tenga el tiempo ni los hombres para organizar una búsqueda. —Bo inclinó la cabeza hacia Nila, y a ella le pareció divisar la sombra de una sonrisa en su rostro—. Es posible que el asesino de la cabeza derretida haya desalentado toda persecución.

Nila se aclaró la garganta. No quería hablar de eso. Por el abismo, ni siquiera quería recordarlo. La sensación del cráneo de aquel hombre cediendo bajo su mano ardiente le haría tener pesadillas durante meses. Se estremeció.

—¿Qué estamos buscando aquí?

—Espías —respondió él.

Ella no pudo evitar lanzar una risita.

—¿Espías? ¿Aquí? ¡No se ve nada!

—No mires hacia los fuegos del campamento. Incluso a esta distancia, te pueden dañar la visión nocturna.

Ella había estado haciendo exactamente eso, por el deseo de tener un lugar cálido donde dormir aquella noche. Los dientes comenzaron a castañetearle. Se movió un poco en dirección a Bo.

—Estamos en el medio de la nada. ¿Por qué vendría un espía por

aquí?

—Para esquivar a los centinelas —dijo Bo. Ella llegó a ver la sombra del brazo de él mientras señalaba—. El campamento de Hilanska está allí. Y hacia allá —dijo él señalando hacia el sur—, a unos once kilómetros, está el campamento de Ket. Más allá, están los keseños. Y allí —señaló hacia el noroeste— están las Alas de Adom, una compañía de mercenarios contratada por Adro.

—¿Se mantienen a distancia mientras sus empleadores luchan entre ellos?

—Exactamente —dijo Bo, que parecía satisfecho—. Ahora bien, a causa de esta escisión que hay en el ejército, es probable que Hilanska no confíe en sus propios hombres, por lo que su espía no atravesará los piquetes que hay al sur, sino que tomará rumbo norte fingiendo ser un mensajero que va hacia Adopest. Abandonará el camino a un par de kilómetros hacia el norte del campamento y acortará terreno en esta dirección, donde puede ir hacia el campamento keseño, el adrano o el de los mercenarios para encontrarse con su enlace.

—¿Cómo puedes saber todo eso?

Bo se rio.

—Crecí en las calles, y luego en la casa del mariscal Tamas. Recibí una educación en deducción y especulación estratégicas que la mayoría de los Privilegiados nunca tienen. Ahora, basta de hacer preguntas. Abre el tercer ojo.

Casi todas las personas con habilidades mágicas podían usar su tercer ojo para mirar el Otro Lado. Les permitía ver la marca que la hechicería dejaba en el mundo y distinguir a cualquier otra persona con habilidades mágicas. Era lo primero que Bo le había enseñado: mirar más allá de lo real para ver la hechicería que había debajo.

Inspiró superficialmente un par de veces y entrecerró los ojos, concentrándose en los músculos que rodeaban los globos oculares. El proceso en sí no difería mucho de bizquear los ojos. La invadió una oleada de náuseas que casi la hizo doblarse, pero se obligó a resistir, y abrió los ojos del todo para mirar el Otro Lado.

El mundo que veía ahora era tenue, como si lo estuviera observando a través de un velo. Podía distinguir el paisaje incluso en la oscuridad, pero era como si hubiera sido dibujado descuidadamente con una serie de colores pastel, como si fuera el boceto de un artista.

Se volvió hacia el campamento adrano, y por un momento pareció como si el número de fogatas se hubiera duplicado. Era el brillo de los Dotados en el Otro Lado. El campamento completo parecía una gran mancha.

—Voy a vomitar —dijo.

Bo le susurró al oído, lo que la hizo sobresaltarse.

—No sucumbas ante las náuseas. Disminuyen con la práctica.

—¿Así es como detectaremos al espía en la oscuridad?

—Sí.

—¿Piensas que el espía será un Privilegiado o un Dotado?

—Un Privilegiado no —respondió Bo—. Probablemente un Dotado. Muchos espías lo son. Les da una ventaja. Y si no lo fuera, tampoco importaría.

—¿Por qué?

—Los magos de la pólvora no pueden ver a la gente común en el Otro Lado. Tampoco los Dotados.

—¿Y los Privilegiados pueden?

—Sí. Es algo muy tenue. Si un Privilegiado es como un fogón y un Dotado es un farol, entonces una persona común y corriente es una luciérnaga. Su color en el Otro Lado será tan tenue que tal vez pienses que te lo estás imaginando.

Mantener los ojos abiertos al Otro Lado comenzaba a doler. Tenía los ojos secos y había comenzado a sentir un dolor de cabeza detrás de las sienes.

—¿Cómo puede eso llegar a resultar útil?

—Requiere una vista aguda —dijo Bo—. Y práctica.

—Si esto es práctica, ya no quiero volver a hacerlo.

—Siempre odié practicar —dijo Bo con su voz cálida en la oreja de ella—. Pero esa es la manera de mejorar. Así es como te vuelves más lista y más dura que la gente que quiere hacerte daño. Y cuando eres una Privilegiada… eso significa todos.

Nila sintió que se le revolvían las entrañas. ¿Cómo podía alguien resistir durante tanto tiempo? La sola idea le dio ganas de vomitar.

—¿Recuerdas cuánto odiabas a lord Vetas?

Nila casi perdió de vista el Otro Lado. Prefirió quedarse callada.

—¿Recuerdas lo indefensa que te hacía sentir? —susurró Bo—. Toma todo ese odio y esa ira, hazlo una bola y guárdala. No la mastiques, eso solo te volverá una amargada. Guárdala y úsala como recordatorio del porqué nunca más quieres volver a sentirte indefensa. Toma tu debilidad y conviértela en tu fortaleza. Serás una Privilegiada poderosa, Nila. Más fuerte que todos los que he conocido. Más fuerte que yo. Pero debes trabajar para lograrlo.

Una vez más, Nila casi perdió la concentración al contener una carcajada. ¿Poderosa? ¿Más fuerte que Bo? Eso sonaba ridículo.

—¿Cómo de fuerte eres tú?

—Bastante. Tengo mis debilidades, pero las compenso con mi astucia.

—Eso no suena honesto.

—Mentir y hacer trampa son algo completamente válido cuando está en juego tu vida. Y en una camarilla real, siempre está en juego tu vida. Yo podría haber llegado a cabeza de la camarilla. Sobre todo después

de haber aprendido una serie de… secretos.
—¿Qué clase de secretos?
—Hechicería antigua. Como plegar el Otro Lado sobre sí mismo para que otros Privilegiados o Dotados no puedan verme.
—¿Quién te enseñó eso?
Su voz sonó divertida.
—Una mujer muy vieja. Me enseñó muchas cosas que probablemente no debería haberme enseñado. Al final, terminó jugando en su contra. —Bo hizo una pausa—. Hay algo más que debes saber acerca de ser una Privilegiada.
—¿Solo una cosa?
—Esto es algo más bien… personal.
Nila sintió que el corazón se le detenía. Ella se había preguntado cuándo saldría ese tema.
—Ah, ¿sí? —Ella mantuvo el tercer ojo fijo en la zona oscura que había al norte del campamento adrano, en busca de cualquier cosa que pudiera ser algún movimiento, y lanzó una plegaria de agradecimiento de que Bo no pudiera ver que las mejillas se le enrojecían.
—Sentirás impulsos.
—¿Qué clase de impulsos? —Era una pregunta estúpida. Ella sabía perfectamente a qué se refería.
Bo siguió hablando en un tono puramente profesional.
—Querrás llevarte a todo el mundo a la cama. El contacto constante con el Otro Lado hace que un Privilegiado parezca un venado en celo. Afecta tanto a hombres como a mujeres, aunque las mujeres tienen una tendencia a controlarlo mejor.
—¿Y si a mí no me sucede?
—Te sucederá.
—¿Tienes agua?
—Ten. —Bo le pasó una cantimplora—. Cierra el tercer ojo. No querrás desmayarte.
Nila se dio cuenta de que le temblaba todo el cuerpo por el esfuerzo de mirar el Otro Lado. Cerró el tercer ojo y recibió la cantimplora agradecida. Cuando terminó de beber, se volvió hacia Bo.
—¿Has tenido muchas mujeres?
—Algunas.
—He oído historias sobre Privilegiados…
—La mayoría probablemente sean ciertas. —Hizo una pausa. Ella podía sentir que él la observaba—. Nila, si capturo a un espía, sea esta noche o mañana, tendré que torturarlo.
Ella se sintió aliviada por el cambio de tema, pero solo por un momento.
—¿No puedes evitarlo?
—Necesito información.

—¿No puedes sacarle la verdad usando magia?
—Ojalá pudiera.
—¿No hay otra alternativa?
—No soy una buena persona. Ningún Privilegiado lo es.
A Nila no le gustó la implicación.
—Se supone que debo convertirme en una Privilegiada.
—Eres una Privilegiada. Incluso aunque acabes de empezar tu formación.
—¿Y debo hacer cosas horribles para sobrevivir en este mundo?
—Ya lo has hecho. Y lo volverás a hacer.
Recordó la sensación pegajosa de la sangre entre los dedos, y el modo en que el cráneo del asesino se había derretido debajo de su mano como si hubiera estado hecho de cera caliente.
—Es la segunda vez en menos de cinco minutos que me dices lo que terminaré haciendo. ¿Tan bien me conoces, Privilegiado Borbador?
Sintió en la mejilla el toque sutil de los dedos enguantados de Bo. Enseguida los retiró.
Se quedaron sentados en silencio durante algún tiempo, oyendo el viento que soplaba por el campo abierto. Cerca de allí, una lechuza ululó en la oscuridad. De pronto, Bo se puso de pie, se quitó la chaqueta y se la colocó sobre los hombros a Nila.
—Estoy bien —dijo ella.
—Oigo cómo te castañetean los dientes.
Ella llegó a ver el color blanco de sus guantes de Privilegiado resaltando contra la negrura de la noche mientras él descendía por la colina. Luchando contra las náuseas, Nila abrió el tercer ojo. ¿Acaso él estaba tocando el Otro Lado?
El color de su cuerpo en el Otro Lado casi la abrumaba con su resplandor. Bo extendió los brazos y ella se quedó esperando para ver alguna otra cosa, pero él tan solo se quedó allí con el rostro al viento.
—¡Bo! —le susurró.
Regresó por la colina en dirección a ella.
—¿Mmm?
—¡He visto algo! Un movimiento.
—¿Dónde?
—Hacia el sudeste. Moviéndose a lo largo de la hondonada, entre las colinas. Al menos, me pareció verlo. Tal vez...
—No —dijo Bo con voz lúgubre. Se sonó los nudillos. —Yo también lo he visto. Quédate aquí.
Bo se dirigió en la dirección en que ella había visto aquel brillo tan tenue en el Otro Lado, con los pasos seguros de quien avanza a la luz del día, a pesar de la oscuridad. Nila tomó algunas bocanadas de aire nerviosas, y se sintió aún más sola en la ventosa oscuridad. Miró en dirección al campamento adrano, observó las brasas distantes de las

fogatas y deseó una vez más encontrarse en la seguridad y el calor de su propio saco de dormir.

Bo diría que para una Privilegiada no existían los lugares seguros.

¿Acaso le había dicho que se quedara allí para evitarle los horrores de verlo torturar a una pobre alma? ¿O porque pensaba que era débil?

Tal vez ambas cosas.

Ella era una Privilegiada; eso había dicho él. No podía darse el lujo de ser débil si quería sobrevivir en el mundo. Con el poder de la hechicería también venían las expectativas de los demás. Y los demás supondrían que ella les daría uso a sus poderes; o por la nación o por las riquezas. Intentarían usarla. Se preguntó si su propio poder le traería apetitos. No solo los impulsos sexuales de los que había hablado Bo, sino un hambre de riquezas, de sirvientes, de autoridad.

El temor de que eso sucediera la carcomía. ¿Qué podía hacer? ¿Huir a alguna tierra distante y rogar que nunca nadie se fijara en ella? ¿O aprender a controlar su hechicería y aceptar el poder que le brindaba? No quería volverse una persona malvada, y, sin embargo, Bo hablaba de los Privilegiados como si no tuvieran otra alternativa. Sintió que en su interior ya había una guerra en pie y que eso determinaría en qué clase de persona se llegaría a convertir.

Se dio cuenta de que Bo se encontraba en medio de esa misma guerra.

Nila se puso de pie. Bo estaba atravesando la cima de la colina siguiente, alejándose. Ella abrió el tercer ojo, pero ya no llegaba a divisar la sombra de luz que se había movido en el Otro Lado. Bo también estaba oculto, cubierto por aquel truco del que había hablado antes.

Cerró el tercer ojo y salió tambaleándose detrás de él, tanteando en la oscuridad.

Lo alcanzó unos cuatrocientos metros y un tobillo torcido después, cojeando. Él se encontraba en cuclillas en medio de la maleza. Nila pudo sentir la intensidad de su mirada en la oscuridad, como un león de las cavernas acechando a su presa.

—¿Qué pasa? —susurró él sin volver la cabeza.

—Debería permanecer contigo.

Él vaciló.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Bien. No sé quién será, pero está viniendo justo hacia nosotros. No toques el Otro Lado; lo haré tropezar con tierra y lo sujetaré con aire, pero mi hechicería quedará oculta de cualquier Dotado que pueda estar observando. Tú no sabes cómo hacer nada de eso, así que quédate aquí hasta que lo haya capturado.

Nila se puso en cuclillas junto a Bo, con las rodillas húmedas a causa

de la hierba. A juzgar por la dirección en la que Bo estaba mirando, supuso que el espía iba por la hondonada que había entre dos colinas. Sin embargo, no lograba divisar nada. Esperó que Bo hiciera su jugada.

No tuvo que esperar demasiado. Levantó los brazos, dos sombras contra la noche, y sus dedos se movieron. A ella le pareció ver un chispazo. En la hondonada que había debajo de ellos sonó un grito, que fue interrumpido de inmediato. Bo se puso de pie de un salto.

—¡Vamos! —Descendieron por la colina dando tumbos y Bo se lanzó hacia delante—. Quédate quieto, maldita sea. No irás a ningún lado.

Luego siguieron algunos gruñidos acallados y de pronto el área quedó iluminada por el rayo de una luz pálida parecida a la de un farol. Surgió del hombro de Bo y dejó a la vista a Bo forcejeando con una figura pequeña.

—¡Es solo un niño! —dijo Nila antes de poder evitarlo.

¿Acaso habían capturado a la persona equivocada? ¿Tan solo un mensajero inocente?, ¿o tal vez algún tamborilero que había decidido huir del campamento?

Bo le lanzó una mirada de desprecio y giró al niño hasta que quedó tendido sobre la espalda. El muchacho forcejeó en el suelo como un pez recién capturado, con las manos y piernas sujetas por hechicería invisible. No podía tener más de doce años; tenía la nariz estrecha y cabello castaño largo recogido por detrás de la cabeza. Llevaba uniforme negro liso con calcetines altos, botas y chaqueta a juego.

Bo se puso de pie apuntando al niño con un dedo, como si estuviera sujetando una mosca contra el suelo. Parecía no tener problema en permitir que el niño se cansara durante varios minutos.

Nila se colocó junto a Bo.

—Es solo un niño —le susurró al oído.

—Ya lo sé.

—¿Vas a torturarlo?

—Si no me queda otra.

—Tú también fuiste un niño alguna vez.

—Y tuve que aprender cuándo madurar.

La frialdad de sus palabras la sorprendió.

—Déjame hablar con él primero.

Él la miró y parpadeó varias veces sorprendido, y luego hizo un gesto magnánimo hacia el muchacho.

—Adelante.

—Dame un par de guantes que te sobren. —Nila se puso los guantes, se arrodilló junto al muchacho y se los mostró bajo la luz de Bo—. ¿Sabes qué es esto?

El niño asintió con la cabeza, temeroso.

—Has tenido la desgraciada suerte de caer en manos de dos Privilegiados. Responde a nuestras preguntas con la verdad y te

dejaremos ir. Si nos mientes, nos turnaremos para arrancarte la piel de los huesos, y por la mañana de ti solo quedará un cascarón carbonizado. Yo puedo asegurarme de que nadie oiga tus alaridos. —Se inclinó y se acercó al rosto del muchacho—. Y nadie te ayudará. ¿Entiendes?

El niño movió la boca, pero no emitió sonido alguno.

Nila miró a Bo por encima de su hombro.

—Disculpa —murmuró Bo. Movió uno de sus dedos.

—Intentémoslo de nuevo —dijo Nila—. ¿Entiendes?

—¡Sí! —dijo el niño jadeando—. ¡Entiendo!

—Bien. ¿Cómo te llamas?

—Folkrot.

—Qué nombre tan desafortunado —murmuró Bo para que solo Nila lo oyese.

Ella apretó los labios para reprimir una carcajada.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me he escapado de mi unidad. —Las palabras acababan de salir de su boca cuando los dedos de Bo se movieron y Folkrot lanzó un chillido de terror—. ¡Lo siento! Quise decir que voy a entregar un mensaje.

Nila intentó mantener la compostura. ¿Acaso Bo podía realmente percibir si él le mentía? ¿O solo lo estaba poniendo a prueba?

—¿Para quién? —preguntó ella.

—Para el general Hilanska.

—¿Dónde lo llevabas?

—A las líneas keseñas. Debo llegar allí por la mañana.

—¿Y qué clase de mensaje es?

—¡No lo sé! Es una carta sellada. Tengo prohibido abrirla. —Folkrot lanzó otro chillido y se retorció a causa de una hechicería invisible—. ¡Os juro que es cierto!

Nila le dio un golpe a Bo en la pierna y el niño dejó de moverse de inmediato.

—¿Dónde tienes la carta?

—Debajo de la camisa.

Nila se inclinó sobre el niño, le desabotonó la chaqueta y le levantó la camisa. Debajo de las costillas, atado a su blanca barriga, llevaba un morral de cuero. Ella se lo quitó y se lo entregó a Bo.

Bo se alejó de ella y del niño y abrió la carta. Se la quedó mirando durante algunos minutos, luego le hizo un gesto a Nila para que se acercara.

—Está en código —dijo Bo—. Maldición. No nos sirve. —Caminó en círculos por un momento y luego se detuvo—. Las Alas de Adom tienen en sus filas varios descifradores de códigos. Han luchado en prácticamente todos los países del mundo. Su campamento está cerca. Podríamos llegar a media mañana si caminamos toda la noche.

A Nila no le agradó la idea en absoluto. Ya estaba mojada, cansada, sucia, y se había torcido el tobillo. Caminar once kilómetros en la oscuridad le parecía una muy mala idea.

—¿Y el niño?

—Tengo que matarlo —respondió Bo.

—¡No!

—No tenemos alternativa. No podemos dejarlo ir. Regresará con Hilanska y le dirá que le quitaron la carta. Será rápido.

—¡Maldito animal! No te permitiré que lo hagas.

—¿Y qué harás para detenerme? —Había un desafío en el tono de Bo.

Nila sintió que las manos se le ponían rígidas y pensó en la llama azul que había danzado sobre sus dedos. ¿A quién quería engañar? No podía usar hechicería contra Bo. Él la haría a un lado como si fuera basura.

—Es inocente. Te obligaré a matarme primero a mí.

Bo hizo una mueca y los miró a ella y al niño como si estuviera considerando cómo hacer para apartarla del camino.

—Podemos llevarlo con nosotros al campamento de las Alas y entregárselo a ellos —dijo Nila—. No tendremos que matarlo y no informará a nadie.

—No me gusta cargar con lastre.

—Me dejaste traer a Jakob.

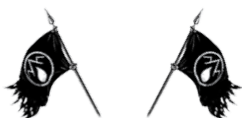
—No hasta aquí. Lo dejamos con la familia de Adamat para que no fuera una carga.

—Y solo cargaremos con este niño hasta que lleguemos al campamento de las Alas. ¿Quieres tener más sangre en las manos?

Bo se miró los guantes por un momento y asintió levemente con la cabeza.

—Tráelo. Pero lo dejamos en el campamento de las Alas.

Capítulo 8



Eran cerca de las siete de la mañana, la maleza aún se encontraba bañada por el rocío cuando Adamat, Oldrich y sus quince soldados entraron en el campamento de las Alas de Adom.

Los mercenarios habían acampado alrededor de una ciudad llamada Billishire, situada a no más de cincuenta kilómetros de la linde del bosque de Brea Negra. El estandarte de las Alas, una aureola de ángel con alas doradas sobre un fondo rojo, flameaba en el campanario de la única iglesia de la ciudad. El campamento completo había sido fortificado por una empalizada levantada apresuradamente y una zanja de casi dos metros de profundidad.

Adamat se obligaba a poner un pie delante del otro; la fatiga lo iba aplastando a medida que la noche se retiraba. Fue derecho hasta el primer centinela que vio, pero se detuvo un poco antes. Permitió que el sujeto lo observara desconfiado por unos momentos y luego habló.

—Soy el inspector Adamat, necesito ver a la comandante de brigada Abrax —dijo.

El centinela era un hombre de mediana edad que llevaba rifle con bayoneta calada. Su uniforme rojo y blanco se encontraba limpio y planchado, y el ribete dorado relucía bajo la luz matutina.

—No he recibido órdenes que lo mencionaran —dijo el centinela.

Echó una mirada a la pequeña tropa de soldados y al rastro que habían dejado en la hierba y que se perdía en la distancia. Por su expresión, no estaba demasiado seguro de a qué conclusión llegar.

—Vengo de parte del mariscal de campo Tamas.

El escepticismo del centinela se intensificó.

—El mariscal de campo está muerto.

—Ah, ¿sí? —preguntó Adamat, lanzándole al sujeto su mejor mirada de fastidio. Supuso que se veía como si estuviera entrecerrando los ojos

por el cansancio—. Hemos caminado toda la noche y tengo noticias urgentes para la comandante de brigada. Tengo una carta de presentación del coronel Etan, de la Decimosegunda de Granaderos del Ejército adrano.

El centinela observó a Adamat durante un momento más, luego miró a Oldrich y a sus hombres. Los soldados se habían quitado los disfraces de granaderos, pero se habían quedado con los rifles y, a pesar de no haber dormido en veinticuatro horas, se los veía lo suficientemente atentos para desempeñar su papel.

—Entonces, será mejor que me acompañéis —dijo el centinela.

Por segunda vez en dos días, Adamat fue guiado al corazón de un campamento militar. Fueron entregados a otro centinela y luego a la adjunta de un mayor (una joven de cabello rubio y sonrisa fácil) que los llevó hasta la iglesia que Adamat había divisado antes en el centro de la ciudad.

Comenzaba a haber movimiento en el campamento. Se ponían las ollas sobre las fogatas y las lavanderas terminaban el trabajo de la noche. La quietud era reemplazada por el ajetreo de la vida de campamento a medida que los hombres se iban levantando.

Adamat tomó a la adjunta de la manga justo antes de llegar a la iglesia.

—Yo soy el único que necesita ver a la comandante de brigada —le dijo—. ¿Habría posibilidad de que le proporcionen algo de hospitalidad a mi escolta?

La adjunta asintió con la cabeza y le hizo un gesto a Oldrich.

—Lleva a tus hombres a la Posada del Sauce, junto a esa casa de allí. Funciona como el comedor de oficiales durante la noche, pero no tendrán problema en daros el desayuno. Decid que la comandante de brigada Abrax pagará la cuenta.

—Te lo agradezco —dijo Adamat una vez que los soldados partieron en busca de la posada.

—No hay problema —dijo la adjunta—. Ofrecemos la misma hospitalidad que nos han dado nuestros compañeros de armas. Y el mariscal de campo Tamas ha sido generoso con nosotros.

Adamat se preguntó cómo habría estado pagando exactamente Tamas a las Alas de Adom. Hacía meses que los periódicos comentaban que la capital se encontraba en bancarrota.

Dentro de la iglesia, Adamat fue llevado a uno de los bancos, y la adjunta desapareció. Él se quedó sentado en silencio con las manos sobre el regazo, observando las vidrieras que había detrás del púlpito. La más grande mostraba a Kresimir flotando en lo alto sobre el Pico del Sur, con los brazos extendidos sobre los Nueve. Sus hermanos y hermanas estaban reunidos a sus pies, ayudándole a formar los Nueve Reinos. Adamat se preguntó cómo cambiaría la religión Kresim en

Adro, ahora que se encontraban en guerra contra el propio Kresimir.

—¿Inspector?

La voz despertó a Adamat de un sueño intranquilo, y él se dio cuenta de que había apoyado la cabeza contra el banco que tenía frente a él. Se frotó vigorosamente para borrar la línea roja que seguro le había quedado en la frente y se puso de pie.

—¿Sí?

—La comandante de brigada acaba de comenzar a desayunar. Solicita que la acompañéis.

La idea de desayunar casi provocó que Adamat se desmayara. Había pasado la noche tan dolorido y sin poder dormir que ni se le había ocurrido pensar en comida, pero la sola mención hizo que su estómago rugiera como un león de las cavernas.

Lo guio hasta la que probablemente había sido la casa del sacerdote, una edificación de dos plantas con fachada de ladrillo y postigos verdes que quedaba cruzando la calle. Lo hicieron pasar al comedor.

A Adamat lo sorprendió ver un rostro familiar en la cabecera de la mesa: lady Winceslav, la dueña de las Alas de Adom. Llevaba el uniforme blanco con faja dorada de los comandantes de brigada de las Alas. Adamat supuso que se trataba de una formalidad. Ella no tenía experiencia en el mando.

La comandante Abrax estaba sentada en el otro extremo de la mesa, vestida también de blanco y dorado. Se puso de pie cuando Adamat entró en el comedor.

—Inspector. —Lo miró inexpresiva; su severo rostro, impenetrable.

—Comandante de brigada —dijo Adamat estrechándole la mano—. Y milady, no sabía que se encontraba aquí. —Eso podría complicar las cosas. Abrax tenía fama de dura, pero Adamat tenía la esperanza de poder persuadirla para que lo ayudara. Lady Winceslav no toleraría ningún intento de persuasión.

—Inspector, me dicen que tenéis noticias de Tamas. —Winceslav se llevó la taza de té a los labios.

Adamat tragó saliva y notó que no le habían ofrecido sentarse.

—Lo lamento, milady, pero no es así.

Winceslav pareció decepcionada.

—La adjunta dijo que habíais dado a entender eso.

—No fue mi intención dar una idea equivocada —dijo Adamat—. Solo dije que estaba aquí de parte del mariscal de campo.

—Ya veo. —Volvió a sorber el té. Y siguió sin invitarlo a sentarse—. ¿Y qué órdenes os dio el finado mariscal de campo que vos aún sentís la necesidad de seguir obedeciendo?

Adamat recorrió los confines de su memoria en busca de una orden, fuera escrita u oral, que Tamas hubiera dado antes de desaparecer en Kez.

—Bueno, ninguna, milady.

Winceslav lanzó un leve suspiro. Abrax lo miró entrecerrando los ojos. Ambas permanecieron en silencio.

—Milady, yo…

—La última vez que nos vimos, me interrogasteis por posibles cargos de traición. Entiendo que estabais obedeciendo órdenes, pero las cosas quedaron un poco tensas. Espero que tengáis algo útil que decir.

A lady Winceslav no la engañaría ninguna historia que Adamat pudiera entretejer, y tampoco podía apelar a su patriotismo: ella ya estaba haciendo todo lo que podía por su país. ¿Qué otra cosa podría funcionar?

Adamat decidió apelar a su pragmatismo.

—Ayer por la mañana llegué al campamento adrano junto al Privilegiado Borbador y a un pelotón de los rifleros de Tamas con la intención de arrestar a la general Ket por cargos de corrupción en tiempos de guerra y para liberar a Taniel Dos Tiros.

—Dos Tiros desapareció hace varias semanas —dijo Abrax—. Sin duda ya se habrá enterado. —No dijo nada acerca de los cargos contra Ket. Ni siquiera arqueó una ceja.

—Supimos que se lo había acusado de asesinar a varios hombres de Ket en defensa propia. Después de eso, nada más. Hasta ayer, por supuesto. El general Hilanska nos informó sobre la escisión que hay en el ejército, sobre la captura y muerte de Taniel en manos de los keseños. —Adamat tuvo la sensación incómoda, y no por primera vez, de que la falta de noticias en la ciudad no era algo accidental. Tendría que reflexionar un poco más sobre ese tema en el futuro.

La taza de Winceslav tintineó contra el platito.

—¿Habéis dicho “Privilegiado Borbador”?

—Sí, milady.

—¿Dónde está ahora?

—Nos separamos antes de irnos del campamento del ejército. —No había necesidad de darle más detalles. Solo complicaría las cosas.

—Dos Tiros no está muerto —dijo Abrax.

—¿No?

—Al menos, nadie ha visto el cuerpo —continuó Abrax—. Antes del… evento… entre Kresimir y Mihali, vieron a Taniel abriéndose paso a bayonetazos entre el ejército keseño junto a su hechicera salvaje. Mis Privilegiados me dijeron que en ese momento se estaba lanzando hechicería de lo más interesante.

Bo se alegraría mucho de recibir esas noticias. Pero ¿cómo se las podía hacer llegar? Hasta donde él sabía, el Privilegiado bien podía encontrarse en el campamento keseño en ese momento; o tal vez Hilanska ya lo había capturado y ejecutado. Adamat intentó reordenar sus ideas. Dos Tiros ya no era el meollo de la cuestión.

—Todo esto es muy interesante —dijo Winceslav. Mordió una galleta, la masticó y tragó antes de continuar—. Pero no nos dice por qué estáis vos aquí.

A Adamat se le hizo agua la boca.

—Milady, cuando me reuní con Hilanska, vi sus planes de batalla. Tengo motivos para creer que atacará a Ket durante los próximos días. Y no creo que tenga la intención de resolver el conflicto usando la diplomacia. Si luchan entre sí, todo lo que tendrán que hacer los keseños es esperar hasta que se hayan eliminado mutuamente, y toda esta campaña quedará en ruinas.

—¿Y vos tenéis una solución? —preguntó Abrax.

—Sí.

—¿Y bien?

—Quiero que reclutéis las tres brigadas de Ket al servicio de las Alas de Adom.

Abrax lanzó una carcajada.

—Eso es absurdo.

Adamat apoyó ambas manos sobre la mesa.

—Daría fin a esta escisión y salvaría la vida de miles de hombres.

—Es ridículo. Sería imposible llevar a cabo semejante logística —dijo Abrax.

—Imposible no. Tedioso.

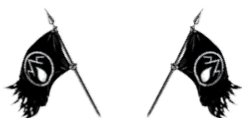
—Y Ket tendrá que estar de acuerdo —agregó Abrax.

—Lo estará. Sé exactamente lo que quiere.

Abrax abrió la boca para decir algo, pero Winceslav levantó la mano para que guardase silencio.

—Inspector —dijo Winceslav. Había cierto interés en su tono de voz —. Por favor, sentaos y desayunad con nosotras. Quisiera escuchar más del tema.

Capítulo
9



Taniel trepó por la ladera de la montaña. Encontró un escondite a unos doscientos o trescientos metros por encima del campamento y se acomodó para observar a los soldados hasta la mañana.

Aún estaba oscuro y no hacía mucho que había pasado por el campamento, cuando uno de los soldados salió de su saco de dormir y se metió entre los arbustos. Regresó un minuto después y sus alaridos repentinos dejaron claro que había descubierto la obra de arte que Taniel había creado con los rifles de aire de la patrulla. El resto de los soldados se levantó en cuestión de segundos.

Cundió el pánico. Incluso a esa distancia, Taniel llegaba a oír sus discusiones acaloradas, los insultos y, luego, un grito de desesperación, cuando encontraron al primer centinela inconsciente.

Pasaron otros quince minutos hasta que una figura (probablemente el sargento) fue hasta la parte superior de la cascada y encontró a la otra centinela. La cargaron hasta donde se encontraba el grupo y se reunieron para debatir. Lo hicieron dándole la espalda al risco en un perímetro defensivo, a pesar de que carecían de armas.

El cielo comenzaba a aclararse por el este cuando finalmente levantaron el campamento. Estaban cansados y, a juzgar por su lenguaje corporal, asustados. Fueron avanzando por el valle con precaución. Taniel esperó hasta que pudiera continuar ascendiendo sin correr el riesgo de que lo detectaran. Luego comenzó el largo trayecto de regreso hasta Ka-poel.

Dos horas después entró en la cueva. Le dolían las piernas por el ascenso y tenía el cuerpo encorvado por el agotamiento. Había perdido el equilibrio tres veces, y estuvo muy cerca de caer por la empinada ladera del valle. Le sangraban los dedos y sus pantalones y su camisa parecían los harapos sucios de un pordiosero.

El corazón le dio un vuelco al ver a Ka-poel. Estaba acurrucada en un rincón de la cueva, tapándose con la chaqueta de él y usando las manos a modo de almohada. Taniel esquivó la figura de Kresimir y se arrodilló junto a ella.

—Pole —le dijo tocándole el hombro con suavidad.

Algo se le apoyó contra la garganta. Taniel inspiró con fuerza y, sin moverse, bajó la mirada y vio la larga aguja que aferraba la mano de Ka-poel.

—Soy yo, Pole.

Un ojo verde lo observó por un momento y luego la aguja se retiró. Ella se sentó y meneó la cabeza para despabilarse.

—Kresimir —dijo Taniel con urgencia—. ¿Qué sucedió con Kresimir?

Ella arqueó una ceja por un momento y luego el rostro se le iluminó. Señaló el muñeco de Kresimir, que se encontraba atado en el centro de la cueva. Hizo caminar los dedos por el aire y luego hizo un gesto de corte violento con la otra mano.

Taniel resopló.

—¿No se irá a ningún lado?

Ka-poel asintió con la cabeza, con una sonrisa victoriosa.

—¿Cómo?

Se tocó el lado de la cabeza y volvió a señalar el muñeco.

Taniel notó entonces los símbolos escritos en la tierra, alrededor del muñeco: una serie de líneas difusas que se alejaban de Kresimir. Para él, no tenían demasiado sentido.

—¿Qué significan?

Ella apretó el puño y señaló.

—No te… —Se detuvo y frunció el ceño. Entonces lo vio. No eran símbolos, sino dedos. Kresimir yacía en la palma de una mano; la mano de ella, si Taniel no se equivocaba—. Lo tienes en la palma de la mano. Y no debes estar despierta para controlarlo ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Cómo abismos se te ocurrió?

Ka-poel puso los ojos en blanco, como si estuviera mirando un rincón de la cueva, e hizo un gesto impreciso.

—¿Qué significa eso?

Ella arqueó las cejas y le lanzó la mirada inexpresiva que siempre usaba cuando fingía no entenderlo. Él la tomó del brazo.

—Pole, ¿qué abismos significa eso? —No pudo evitar el tono urgente de su voz. ¿Cómo sabía ella que Kresimir seguía bajo control? ¿Cómo sabía qué símbolos tenían poder?

Ella se encogió de hombros, dibujó en la tierra con un dedo y extendió la otra mano en dirección al muñeco de Kresimir.

—¿Estabas experimentando?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Con un dios?

Ella le esbozó una sonrisa torcida. El tiempo de sueño que pudo obtener mientras él no estaba le había sentado de maravilla. Las líneas que tenía debajo de los ojos habían disminuido. Parecía estar de mejor ánimo. Hacía una semana que no sonreía.

Taniel le soltó el brazo y se pasó la mano por el cabello, sucio y enredado. Se quitó varias agujas de pino y las tiró a un rincón de la cueva.

—¿Cómo puedes saber qué funcionará y qué no? Por el abismo, ojalá pudiera entender algo de tu hechicería, por poco que fuera.

Ella se señaló a sí misma. “Yo también”.

—¿No sabes nada de tus propios poderes?

Ella encogió un hombro y sostuvo en alto cinco dedos. Dibujó algo en la tierra y se pasó el dedo por la garganta.

—No he entendido nada, Pole.

Ella resopló enérgicamente.

—Ten cuidado al experimentar con hechicería, Pole —dijo Taniel—. He oído de algunos Privilegiados y magos de la pólvora que aprendieron las nociones básicas por su cuenta. Pero aquellos que buscan ir más allá sin entrenamiento previo solo encuentran la muerte. Se carbonizan a sí mismos con el Otro Lado, o explotan, o se quedan ciegos de pólvora o... por el abismo, no sé cómo te podría salir el tiro por la culata con tu hechicería, pero es algo que te va a suceder. —Se restregó los ojos—. Estás controlando a un maldito dios. No sé cómo tus propios poderes aún no te han estrangulado.

Ella hizo un gesto y le esbozó una sonrisa de consuelo. “Yo tampoco”.

Genial.

Taniel sacó las raciones robadas a los soldados. Se pusieron a comer ávidamente. Las galletas estaban duras y muy saladas; la carne, seca y fibrosa como cuerda de tripa. Y, sin embargo, nunca había probado semejantes manjares. Consumió el equivalente a dos comidas hasta que finalmente se obligó a dejar de comer. Luego tendría unos retortijones terribles, y... El gusto a queso duro le trajo recuerdos de algo que él deseaba olvidar: Kresimir, victorioso ante el lugar donde había estado Adom... Mihali. Aquellos soldados estaban comiendo raciones de marcha porque Mihali estaba muerto. Taniel se sintió mal y alejó de una patada la bolsa de las raciones. Para su gran sorpresa, una lágrima le cayó por la mejilla.

Se la secó de inmediato.

Ka-poel lo tomó del brazo y le hizo recostarse en el suelo frío de la cueva con la cabeza en su regazo. Comenzó a masajearle suavemente las sienes. Él se estiró, con cuidado de no tocar el muñeco de Kresimir, y sintió que el dolor de piernas y brazos comenzaba a desvanecerse, y

que su mente comenzaba a irse.

Se despertó de un sobresalto. Aún tenía la cabeza sobre el regazo de Ka-poel y una mano de ella apoyada en la mejilla. La cueva estaba completamente iluminada por el sol, lo que evidenciaba que era más de mediodía.

Taniel suprimió un bostezo y se ordenó a sí mismo ponerse de pie. Necesitaba volver a salir, vigilar por si aparecían otras patrullas adranas, pero el cuerpo de Ka-poel le daba calor. A pesar del frío del suelo de la cueva, sentía como si hubiera pasado horas dándose un baño caliente.

—Tengo que... Pole, ¿es sangre lo que tienes en el dedo?

La punta del dedo de Pole tenía una mancha escarlata. Ella se la llevó a los labios y lo miró un momento, con la mente en otra parte. Luego le apoyó el dedo en la mejilla derecha. Él intentó detenerla, pero ella le aferró la mano con una fuerza sorprendente. Le apoyó el dedo en una mejilla y luego en la otra. Él sintió la sangre secándose en su rostro.

Ella se lamió el dedo para quitarse la sangre. Le brotó más.

Entonces era su sangre. ¿Qué estaba haciendo? ¿Eso era hechicería? ¿Alguna clase de ritual salvaje?

Él la alejó de sí y se puso de pie, sintiéndose extraño.

—Pole, ¿qué estás haciendo? —Se pasó una manga por la mejilla y la miró.

Nada. Muy extraño. Hizo más preguntas, pero solo obtuvo un bostezo por respuesta.

Taniel dejó a Ka-poel observando pasivamente el muñeco de Kresimir. Salió de la cueva y trepó hasta la cumbre de la montaña, y allí avanzó a lo largo del risco.

El cañón que tenía hacia la derecha era el lugar donde había emboscado a la patrulla adrana. Les llevaría medio día regresar al lugar donde acampaba el resto de la compañía. Si habían hecho marcha intensa, estarían llegando aproximadamente en ese momento.

Taniel no necesitaba estar tan cerca.

Continuó a lo largo del risco, manteniéndose lo más al este posible, donde era menos probable que lo divisara algún explorador de visión aguda. El risco comenzó a estrecharse peligrosamente y a ofrecerle menos lugares donde ocultarse, pero él siguió avanzando hasta que llegó a una roca plana y afilada detrás de la cual el cielo se extendía como si fuera la superficie serena de un lago de montaña. Se arrastró hasta el borde de la roca y miró por el borde.

El valle Veridi era una hendidura desgarrada situada entre dos montañas altas y grises. El suelo del valle debía de estar al menos unos trescientos metros por debajo de él. Un riachuelo de no más de seis metros de ancho atravesaba el valle por el medio. El resto del terreno

estaba cubierto por maleza de montaña. El cañón donde había emboscado a los soldados adranos llegaba al valle Veridi por el oeste de Taniel. El valle, a su vez, daba a otro, y ese llevaba, después de treinta kilómetros o más, hasta la llanura de Adro.

En el fondo del valle se veían los puntos de al menos cien tiendas: una compañía de soldados adranos. A Taniel ya no le cabía duda alguna de que los había enviado Hilanska, y supuso que cada uno de ellos contaba con un rifle de aire. ¿Dónde habían conseguido tantos rifles de aire? ¿En Kez?

¿Sabían esos hombres que estaban traicionando a su país?

Un movimiento le llamó la atención. Un pequeño grupo emergió del cañón y avanzó hacia el campamento. Taniel se acomodó y maldijo su corta visión. En un trance de pólvora, sería capaz de verles hasta la expresión del rostro. Con su vista normal, casi ni llegaba a contarlos.

Ese era el momento de la verdad. ¿Sería suficiente su acto de clemencia para convencerlos de dar la vuelta? ¿Se darían cuenta de que su comandante los había engatusado para que rastrearan a un aliado? ¿Los habría asustado la demostración de fuerza de Taniel?

Esperó allí durante horas, intentando ver sus movimientos, sin poder siquiera aventurar una suposición sobre sus planes. Sin duda, el pelotón presentaría su informe y los oficiales se reunirían. El mayor de la compañía recibiría consejo de sus capitanes y tomaría una decisión.

Unas figuras solitarias comenzaron a irse del campamento. Taniel siguió sus movimientos mientras se dirigían a los distintos riscos y valles que había por todo el fondo del cañón.

Estaban ordenando a los otros grupos de búsqueda que regresaran.

Dentro del campamento, los hombres formaron en filas. Taniel sintió una gran desazón al verlos. Decenas y decenas de hombres se formaron con sus kits en la cadera y los rifles de aire al hombro. Las bayonetas refulgieron bajo la luz del sol.

No estaban levantando campamento.

Un grupo de entre ochenta y cien soldados (era difícil contar en detalle a esa distancia) salió del campamento a marcha lenta. Se dirigían con toda deliberación hacia el cañón de Taniel.

Ya no había forma de confundir sus intenciones.

Taniel había comenzado a prepararse para aquella eventualidad en el momento en que divisó a la compañía abriéndose paso por el valle Veridi.

Seguramente avanzarían despacio, pero se sentirían confiados por la diferencia numérica y se moverían más rápido que los exploradores anteriores. Con una marcha normal, manteniendo exploradores y centinelas en todo momento, el grupo tardaría no más de treinta o cuarenta horas en llegar a la cumbre del cañón, y desde allí llegarían a

la cueva de Ka-poel en cuestión de horas.

Taniel analizó la disposición del cañón, formándose una imagen mental. Había tres cuellos de botella donde un solo hombre podía mantener la posición frente a todo un ejército. Había cinco puntos lo suficientemente empinados y llenos de piedras sueltas para generar un derrumbe. Había muchas posiciones ideales para un francotirador.

Pero en un cuello de botella podrían dispararle, el derrumbe delataría su posición y no contaba con un rifle.

—Ka-poel —dijo mientras entraba a toda prisa en la cueva—. Tenemos que irnos.

Ella estaba en cuclillas sobre el muñeco de Kresimir, con los ojos impenetrables como los de un gato y un gesto hosco. Meneó la cabeza levemente.

—Vienen a por nosotros —dijo él—. Unos ochenta soldados de infantería, todos armados con rifles de aire. Tenemos dos días antes de que nos encuentren aquí, y eso si tenemos suerte. No hay forma de que pueda luchar contra tantos.

Ka-poel meneó la cabeza enérgicamente.

—¿Qué quieres decir con “no”?

Ella señaló el muñeco e hizo caminar los dedos por el aire. “No se lo puede mover”.

—Tenemos que moverlo. Si nos quedamos aquí, nos matarán.

Ka-poel miró al muñeco durante unos momentos y luego se inclinó hacia atrás con la frente arrugada. Rasguñó la tierra con la punta de una de sus largas agujas. Ahuecó la mano y se golpeteó la palma con un dedo, como señalando un reloj de bolsillo.

“Necesito tiempo”.

—Muy bien, Pole —dijo Taniel—. Pero si se acercan lo suficiente para que esto se convierta en una persecución real, puede que ninguno de los dos sobreviva.

Capítulo 10



Nila supuso que eran más o menos las diez de la mañana cuando divisaron el campamento de los mercenarios. Su prisionero, Folkrot, caminaba delante de ellos con expresión cansada y abatida.

Había intentado huir tres veces en medio de la noche, corriendo hacia el sur. En cada ocasión, Nila había corrido detrás de él y lo había derribado. La tercera vez, Bo lo atrapó con hechicería y el niño dejó de luchar.

A Nila le dolían los pies, tenía el vestido mugriento y no había cosa que deseara más que una cama caliente. Bo solo tenía una sombra oscura en las mejillas por no haberse afeitado, pero no parecía verse afectado por la falta de sueño.

La centinela era una joven con el uniforme rojo y blanco de los soldados de las Alas. Se encontraba de pie en medio del camino con el rifle al hombro para bloquear el tránsito, que en ese momento era nulo. Parecía bastante aburrida. Los miró pasar sin hacer comentario alguno.

—¿No debería interrogarnos? —preguntó Nila.

—Está ahí para vigilar que no aparezca el enemigo —respondió Bo—. Soldados, caballería. Ese tipo de cosas. El siguiente nos preguntará qué nos trae por aquí.

—Ah.

—¿Quieres saber por qué?

—Eh…, supongo que sí.

—Siempre pregunta por qué. No es suficiente conocer el qué de algún asunto. Un Privilegiado siempre necesita saber el porqué. Te sirve para aprender cómo funcionan las cosas, y eso te ayuda a manipular el Otro Lado.

—Está bien —dijo Nila—. ¿Por qué?

—Porque el siguiente centinela es un Privilegiado.

Había cuatro soldados mercenarios a un lado del camino, y cuando Nila y Bo se acercaron, tres de ellos los apuntaron con sus rifles, con las bayonetas caladas.

—Ahí está bien —dijo la cuarta. Era una mujer mayor; se encontraba a un lado de los otros con las manos frente a ella para que pudieran ver con claridad los guantes que tenía puestos—. Sé lo que eres, muchacho. Explica tu presencia aquí de inmediato.

Bo se inclinó hacia Nila.

—Las Alas tienen a su mando varias decenas de Privilegiados de bajo nivel. Sirven para intimidar y algunos incluso tienen algo de habilidad, pero casi ninguno ostenta el poder de un hechicero de camarilla. Hay una especie de jerarquía entre los Privilegiados. Si tuviera más tiempo, tal vez armaría un escándalo, pero ahora… —Levantó ambas manos, sin los guantes—. He venido a ver a la comandante de brigada Abrax —le dijo a la mujer.

Al ver a la Privilegiada, Folkrot había retrocedido hasta chocar con Nila. Se volvió con pánico en los ojos; habría huido si Nila no lo hubiera tomado del cuello de la chaqueta.

—¿Por qué asunto?

—Personal —dijo Bo.

Los cuatro centinelas conversaron entre ellos.

—No abras el tercer ojo —susurró Bo—. Ella lo percibirá.

—Pero ¿no puede verme en el Otro Lado?

—No. Aún no has interactuado lo suficiente con el Otro Lado para proyectar un aura. En unos meses, como mucho en un año, la tendrás.

Nila había estado a punto de abrir el tercer ojo. Quería ver cómo se vería otro Privilegiado… además de Bo. Pero incluso sin haberlo hecho, le pareció que sentía… algo distinto acerca de aquella mujer. Tal vez se lo estaba imaginando.

—Entrega tus guantes —dijo finalmente la Privilegiada de las Alas—. Y sométete a un cacheo. Entonces te permitiremos entrar al campamento. La comandante de brigada Abrax no se encuentra aquí, pero puedes solicitar una audiencia con lady Winceslav.

A Bo se le iluminó el rostro de inmediato.

—¿Milady está aquí? ¡Fabuloso!

Se sometió al cacheo con mucha menos resistencia de la que Nila habría esperado, e incluso entregó los tres pares de guantes sin hacer ningún comentario. Uno de los centinelas se volvió hacia Nila.

—Estoy desarmada —dijo Nila cuando él levantó las manos.

—Es mi deber, señorita.

Nila apretó la mandíbula y se mordió la lengua mientras el sujeto le pasaba las manos por los costados y por la base de la espalda. Cuando le metió una mano entre las piernas, ella le lanzó una bofetada sin

vacilar y le dio de lleno en el rostro.

El soldado trastabilló hacia atrás.

—¡Por el abismo!

Los ojos de Bo centellearon peligrosamente, y Nila se dio cuenta de que se ponía tenso.

La Privilegiada de los mercenarios lanzó una carcajada.

—Ah, fabuloso. Basta, está desarmada. Llevémoslos dentro.

Dos soldados armados con rifles los escoltaron hasta la iglesia que había en el centro de la ciudad. Fuera del edificio, llamaron a una secretaria.

—¿Dónde está lady Winceslav? —preguntó Bo.

Los ojos de la secretaria se posaron por una fracción de segundo sobre la casa que había bajando por el camino.

—Milady no está disponible en este momento. Puedo preguntar si puede recibiros…

Bo empujó a la secretaria y pasó por delante de ella.

—¡No es necesario! —Siguió por el camino sin decir palabra.

—¡Oye! —Uno de los escoltas salió detrás de Bo.

Nila adelantó un pie y le puso la zancadilla. El sujeto cayó de bruces en el barro. Lo tomó del brazo de inmediato.

—¡Lo siento mucho! Ha sido muy torpe de mi parte.

El otro escolta maldijo en voz baja y salió corriendo, pero Bo ya estaba desapareciendo por la puerta de entrada de la casa que la secretaria había mirado. Nila dejó al primer soldado en el barro y siguió a Bo al interior de la casa arrastrando a Folkrot con ella.

Cuando Nila llegó, Bo estaba saliendo del comedor y el escolta, furioso, le blandía el rifle en la cara.

—Guarda eso —dijo Bo de mal humor haciendo a un lado el rifle—. ¡Milady! ¡Milady!

El soldado le golpeó en el pecho con la culata del rifle.

—¡Fuera! ¡Ahora! No me obligues…

—¿Obligarte a qué? Bo se dio la vuelta a los puños de su chaqueta y con un movimiento rápido se puso el par de guantes escondidos en el interior. Apoyó un dedo contra la garganta del soldado y el rostro del sujeto perdió todo su color.

—¿Qué es todo este maldito escándalo? —Una mujer mayor de uniforme blanco y faja dorada salió de la sala de estar. Se detuvo ante la escena que tenía delante—. ¿Privilegiado Borbador?

Bo le dio la espalda al soldado, se quitó los guantes y se los metió en el bolsillo.

—¡Milady!

—¡Bo!

Nila quedó boquiabierta al ver que se abrazaban como viejos amigos y se daban un beso en la mejilla.

La anciana dio un paso atrás y miró a Bo de arriba abajo. A Nila le sonaba su nombre, y ahora se daba cuenta de que se trataba de la misma mujer a la que lord Vetas había intentado seducir. Lady Winceslav, por su parte, no dio señales de reconocerla. No era de extrañar; ella había pasado por una sobrina de Vetas, y casi no había dicho una palabra. Parecía haber sucedido en otra vida.

—Privilegiado Borbador, realmente has crecido.

—Y vos os veis más hermosa que nunca. —Bo dirigió toda la potencia de su sonrisa juvenil sobre Winceslav.

Lady Winceslav echó a la escolta. La secretaria, aturdida, acababa de alcanzarlos.

—¡Ven! ¡Siéntate conmigo! Ordenaré que traigan té. Me alegro mucho de verte con vida. Tamas me había asegurado que no te había incluido en sus purgas, pero igualmente estaba preocupada.

—Me salvé por muy poco —dijo Bo—. Pero sobreviví. Milady, esta es mi nueva protegida, Nila. Nila, lady Winceslav; propietaria de la compañía de mercenarios las Alas de Adom y una de las mejores personas que conocerás en tu vida.

Milady le ofreció una mano a Nila y ella se la besó.

—Es un placer —le dijo.

—Ah, es muy guapa —dijo Winceslav. Nila podría haber jurado que la anciana le guiñaba el ojo a Bo. Sintió que se ruborizaba—. ¿Y quién es el niño?

—Nadie —dijo Bo. Tomó a la secretaria por la manga justo cuando comenzaba a retirarse—. Encierra al niño en prisión durante dos días y luego déjalo ir. Alimentadlo bien y dadle un billete de cinco cuando lo suelten.

La secretaria, perpleja, se llevó a Folkrot.

—Lamento tener que interrumpir las cortesías, pero necesitaría que llamaseis de inmediato a alguno de vuestros descifradores de códigos —dijo Bo mientras tomaban asiento en la sala de estar.

Sacó la carta que le había quitado a Folkrot y la puso sobre la mesa.

—¿Qué es eso?

—Una misiva —dijo Bo—. Del general Hilanska al mariscal de campo del Ejército keseño.

Milady envió a llamar a uno de sus descifradores de códigos y regresó a su asiento.

—¿Y de dónde la has sacado? Me imagino que no habrás estado interrumpiendo las líneas de comunicación entre Hilanska y los keseños, ¿verdad? Tal vez estén negociando un tratado de paz.

Nila intervino.

—Se la quitamos a ese niño a eso de las dos de la mañana. Tengo mis dudas, milady, de que hayan estado negociando un tratado de paz a esas horas.

—¿Eso es cierto? —le preguntó Winceslav a Bo.
—Sí.
Winceslav meneó la cabeza y se reclinó hacia atrás. De pronto, pareció aún más vieja.
—Todo se fue al abismo desde que Tamas desapareció. Él era lo único que lograba mantener todo esto bajo control, y…
—Si os hace sentir mejor, no creo que Tamas esté muerto —dijo Bo.
—Qué gran optimismo. Quedó atrapado detrás de las líneas enemigas, en territorio enemigo, con solo dos brigadas. Yo no soy estratega, pero las probabilidades de que regrese son casi nulas.
Las cejas de Bo se movieron con picardía, pero no dijo nada más del asunto. En cambio, le preguntó a Winceslav sobre su salud y sobre sus hijos. Continuaron hablando como viejos amigos, y Nila se sintió infinitamente fuera de lugar.
¿Cómo conocía Bo a aquella mujer? A través de Tamas, sin duda, pero no se comportaban solo como unos conocidos. Era obvio que Bo confiaba incondicionalmente en ella, algo que los Privilegiados no acostumbraban a hacer. Para ese entonces, Nila ya sabía que Bo coqueteaba con todos, por lo que sus sonrisas y sus halagos no la sorprendían, pero Winceslav se estaba comportando como una jovencita cerca de él. ¿Acaso… acaso había dormido con ella?
—¿Algún problema?
Nila tardó un momento en darse cuenta de que Bo le hablaba a ella.
—¿Mmm?
—Te has ruborizado.
Ella se abanicó con una mano.
—Solo pensaba en todo este alboroto.
Bo lanzó una risita y le esbozó una sonrisa cómplice. ¡Abismos! Era como si él supiera exactamente lo que estaba pensando.
El descifrador de códigos no tardó en llegar; llevaba un morral con papeles bajo el brazo. Bo lo llevó hasta la carta y continuó su conversación con lady Winceslav. Nila solo escuchó parcialmente la charla: observaba con atención al descifrador de códigos.
Él abrió la carta, la alisó sobre una de las mesas y se volvió hacia su morral. Fue pasando por decenas y decenas de papeles; cada poco se detenía y colocaba uno de ellos junto a la misiva, y volvía a meterlo en el morral un momento después. Finalmente, uno de ellos pareció satisfacerlo y lo dejó junto a la carta. Luego sacó una hoja en blanco y la alisó con una mano.
—Hay coincidencia, señora —dijo interrumpiendo a Bo—. Es una clave poco utilizada, pero la tenemos en nuestros registros.
—Adelante —dijo lady Winceslav—. Continúa, Bo.
—Decía que es la maldición de la guerra, ¿no es verdad? Son semanas o incluso meses a la espera de que suceda algo, cualquier

cosa. Casi que te hace rogar por que haya una batalla.

—Es algo terriblemente aburrido —admitió Winceslav—, pero, aun así, no rogaría entrar en combate. Vine hasta aquí en cuanto oí que había una escisión en el ejército. ¡Esta mañana me dijeron que en Adopest ni siquiera se sabe lo que está sucediendo! —Meneó la cabeza —. Me resulta imposible creerlo.

—Es verdad —dijo Bo—. ¿Puedo preguntar quién os lo dijo?

—Un inspector llamado Adamat.

Nila dejó de prestarle atención al descifrador.

—¿Adamat ha estado aquí?

—Así es. Dijo algo sobre ti, Bo, pero sigo sorprendida de verte aquí.

—Nosotros… —comenzó a decir Nila.

—¡Milady! —El descifrador de códigos se había puesto de pie y sostenía su copia de la carta con manos temblorosas—. He terminado, mi lady. Esto es urgente.

—¡Bueno, continúa!

El sujeto se humedeció los labios.

—Hilanska está conspirando con los keseños, milady. Tiene la intención de destruir las brigadas de Ket y luego volverse contra nosotros, aliado con el enemigo.

—Dame eso. —Bo le quitó la misiva traducida al descifrador y la leyó.

La expresión de su rostro se tornó sombría. Le pasó la carta a lady Winceslav. Ella ya se encontraba de pie.

—Acabo de enviar a Abrax y a dos de mis compañías a lidiar con la general Ket. Los he enviado a la muerte. —Palideció un poco, pero luego se irguió—. Mandad a llamar a mis coroneles. Movilizad a los hombres. ¡Partimos en menos de una hora!

El descifrador se mostró sorprendido al oírla.

—¿Quiénes queréis que partan, milady?

Winceslav apretó puños y dientes.

—Todos.

Nila apoyó la mano en un lateral del carruaje de lady Winceslav para evitar que el traqueteo del vehículo le hiciera golpearse la cabeza contra la pared. Junto al vehículo, marchaban más de veinte mil soldados de las Alas de Adom.

Lady Winceslav viajaba con la vista clavada en la ventana, mientras que Bo se había encerrado en sí mismo en el momento en que milady había dado la orden de reunir a sus tropas. Durante dos horas no había habido conversación alguna. Nila se preguntó cuánto más tardarían en llegar al campamento de la general Ket.

—¿Creéis que entraremos en combate? —preguntó Nila, aunque solo fuera para romper el silencio.

Bo le echó una mirada, pero no respondió. Lady Winceslav le esbozó

una sonrisa un tanto condescendiente.

—Así parece —dijo.

—Vuestros soldados se han preparado muy rápido —dijo Nila—. Yo no tengo mucha experiencia con ejércitos, pero pensé que tardarían más en emprender la marcha.

La eficiencia de los hombres realmente la había impresionado. Lady Winceslav dio la orden y las primeras compañías estaban dejando el campamento en menos de quince minutos.

—La compañía ha pasado mucho tiempo en Gurla —dijo Lady Winceslav—. Los nómadas gurlos tienen cierta tendencia a brotar del desierto para atacar el campamento sin advertencia alguna. Los hombres aprenden a formar rápido o a morir sin llegar a ponerse las botas. —Se quedó en silencio y siguió mirando por la ventana.

—Bo —dijo Nila, desesperada por tener alguna distracción mientras llegaban—, ¿cuándo me vas a enseñar cosas sobre los elementos?

—Cuando estés lista —respondió Bo—. ¿Estuviste practicando mirar el Otro Lado?

—Sí.

—Bien.

—¿No puedes darme una lección básica?

Bo se volvió hacia ella mascullando algo por lo bajo y apoyó la mano con la palma hacia arriba sobre su regazo.

—Presta atención —le dijo—. Un Privilegiado manipula cinco tipos de elementos en el Otro Lado: aire, agua, fuego, tierra y éter. Puedes usar tu mano principal —movió los dedos— para conjurar esos elementos desde el Otro Lado hacia nuestro mundo. Tu mano secundaria se usa para dirigirlos.

—Si pierdo una mano, ¿pierdo todo acceso a la hechicería? —preguntó Nila.

—El Otro Lado puede ser completamente manipulado solo con una mano, o con la mano secundaria, pero es mucho más difícil. Ahora bien, cada uno de tus dedos se corresponde con uno de los elementos y determina lo fuerte que eres en cada elemento, comenzando con el dedo índice para el más fuerte y terminando con el pulgar para el más débil. ¿Me sigues?

Nila asintió con la cabeza. Hasta ahora, era bastante simple.

—¿Cómo hago para saber en qué soy más fuerte?

—Prueba y error. No hay una forma clara de comprobarlo sin frotar los dedos todo el día y señalar distintas cosas con las manos. Dado el poder que percibo en ti, no sería una buena idea que lo hagas en un lugar habitado. Tendremos que ir averiguándolo poco a poco.

—Ah. —Nila se sintió un tanto decepcionada. Quería saber ya mismo qué era lo que podía hacer.

—Sí puedo decirte —continuó Bo— que tu elemento más fuerte es el

fuego y el más débil, el éter.

—¿Y cómo lo sabes?

—Cuando cierras el puño, brotan llamas y se extienden por tu brazo. Eso sucede porque has tocado el Otro Lado y has rozado el pulgar contra el índice. No has usado aire para que lleve las llamas hacia otro punto ni agua para que se comporten como fuego líquido; tampoco has usado tu mano secundaria para dirigir los elementos. Por eso, las llamas se te aferran como un gatito asustado. —Bo sonrió ante su propia analogía.

Fuego. Su elemento más fuerte eran las llamas. Sintió que un escalofrío le trepaba por la columna ante la idea.

—El fuego es fácil de entender, pero ¿qué hay del éter? ¿Cómo sabes que es mi elemento más débil?

—Casi todos tienen el éter como su elemento más débil, y ese conecta con el pulgar. El éter se usa para crear y destruir vínculos entre objetos y elementos, considéralo una fuente de ignición. Es la chispa que enciende tu hechicería. Llevas el pulgar al índice para comenzar un fuego y luego te sigues moviendo por el espectro.

Nila experimentó moviendo los dedos, asegurándose de que no se tocaran entre sí. Observó el dedo corazón, preguntándose qué poder contenía.

—Dijiste que casi todos tienen el éter como su elemento más débil.

—Sí. Hay algunas excepciones. Aquellos que son más fuertes suelen ser sanadores, ya que pueden reparar los vínculos entre carne, hueso…, incluso vasos sanguíneos y materia gris.

—¿Y yo nunca podré ser sanadora?

Esa había sido la esperanza de Nila, a pesar de que sabía lo infrecuentes que eran. Después de todo, ser sanadora significaba que podría ayudar a la gente en lugar de matarla. Bo se encogió de hombros.

—Puedes desarrollar habilidades básicas de sanación, pero lleva décadas de estudio y de práctica. Yo intento repasar cada cierto tiempo, por si llegara a tener una emergencia. Puedo cauterizar una herida de manera competente o extraer una bala sin dañar tejidos. Cosas simples. Si intento hacer más, probablemente haga más mal que bien.

—¿Cuál es tu elemento más fuerte?

Bo lanzó una risita.

—Ten cuidado de a quién le preguntas eso. Puede tomarse como un insulto grave.

—¿Qué? Yo solo…, ah. No lo sabía. ¿Por qué es un insulto? Solo es una pregunta.

—No tenías por qué saberlo —dijo Bo—. Los Privilegiados adoran los secretos. Los atesoramos como una ardilla atesora bellotas y solo los compartimos en contadas ocasiones. Uno de esos secretos es nuestra

fortaleza y nuestra debilidad. Ahora bien, con el tiempo, un sanador se hará conocido como sanador, o un Privilegiado de fuego será conocido por generar fuego. Pero al principio, cuando eres más vulnerable como persona, te conviene mantener esa información en privado. Te podría salvar la vida en un duelo contra otro Privilegiado.

—Ya veo —dijo Nila. Aunque en realidad no lo veía. ¿Acaso todos los Privilegiados eran tan desconfiados?

Bo levantó en alto el índice.

—Mi elemento más fuerte es el aire. Luego agua, fuego, tierra y éter.

—Oye, espera un momento —dijo Nila ofuscada—. ¿Por qué me lo dices después de...?

—Porque confío en ti —la interrumpió Bo—. Y porque tengo confianza en mí mismo y tengo suficiente reputación para que la mayoría de los Privilegiados ya sepan cuáles son mis fortalezas y mis debilidades. Una vez que la gente ha oído hablar de ti y ha tenido la posibilidad de preguntar por ahí, es difícil mantener esa clase de secretos.

—Entonces, ¿por qué se considera de mala educación preguntarlo directamente? —preguntó Nila con impaciencia.

Entonces intervino lady Winceslav: —Porque estás dando a entender que la otra persona es lo suficientemente estúpida para decirte algo que podría dejarla indefensa ante un ataque. Intenta usar esa cabecita tan bonita que tienes, niña. —Lady Winceslav se cruzó de piernas y volvió a mirar por la ventana.

Nila le sacó la lengua. Cuando volvió a mirar a Bo, él ya se había vuelto a acomodar en su rincón, completamente desconectado de su entorno.

Nila consideró iniciar la conversación una vez más, pero ninguno de sus acompañantes parecía estar de humor para hablar. A través de su ventana solo se veían unos cuatrocientos metros de la ladera de la colina, así que puso su atención en el maletín con papeles que aún tenía en las manos.

Ya había leído la mayoría de los informes de peticiones anteriores al momento en que Taniel fue capturado por los keseños. Solo le faltaban algunas páginas, así que las fue pasando lentamente, leyendo cada línea.

Siempre había pensado que los intendentes debían de tener la tarea más aburrida del Ejército, pero los números volcados en aquellas columnas contaban una historia fascinante. Se imaginó que, con un poco más de experiencia, podría leer aquellos números y deducir exactamente con cuántos soldados de infantería o de caballería contaba un ejército, o las preferencias tácticas de algún general en particular.

Una línea le llamó la atención. La volvió a leer por segunda vez, luego por tercera, y revisó la fecha.

—Bo... —dijo.

—¿Mmm?

—¿Alguien ha mencionado los movimientos de Taniel el día anterior a que lo colgaran sobre el campamento keseño?

Bo se rascó una de las patillas.

—Yo hablé con una de las cocineras del campamento, las que solían ser las asistentes de Mihali. Taniel visitó a Mihali cerca del anochecer.

—¿Dijeron por qué?

—No, pero me lo imagino. Es lo suficientemente estúpido para intentar ir tras Kresimir por su cuenta. Después de todo, esa es la única manera en que podrían haberlo capturado. Y lo más probable es que hubiera ido a pedirle consejo a Mihali.

—¿Y luego habría partido de inmediato hacia el campamento keseño?

—Vete a saber. —Bo se encogió de hombros—. ¿Por qué?

—No debe de ser importante. —Nila pasó la página y siguió leyendo los pedidos y las fechas, pero no había más informes a nombre de Taniel. De pronto, la respiración se le aceleró. —Bo...

—¿Qué sucede? —preguntó él meneando la cabeza malhumorado, como si le hubiera interrumpido los pensamientos.

—¿Recuerdas que te conté lo que me había dicho el coronel Etan? ¿Acerca de las dos compañías de soldados que Hilanska había enviado a las montañas?

—Sí, sí. Ve al grano.

Nila le entregó el informe.

—Mira este pedido que hizo Taniel, en la mitad de la página.

—Sí, lo veo. —Él leyó el pedido varias veces—. Esto no tiene ningún sentido. ¿Por qué abismos pediría Taniel trescientos rifles de aire?

Nila se inclinó hacia delante.

—Cuando trabajaba como lavandera de Tamas, lo oí decir que los rifles de aire de todo Adro habían sido guardados bajo llave en un arsenal de Adopest, bajo órdenes estrictas de que solo un mago de la pólvora podría solicitarlos. ¡Mira la hora! —Ella golpeó la página con el dedo—. Esto fue a las cuatro de la mañana. Tiene que haber sido después de que Taniel fuera capturado. ¡La solicitud fue falsificada con su nombre!

—Ah, por el abismo —dijo Bo. Golpeó el techo del vehículo—. ¡Detened el carruaje! ¡Ahora!

—¿Qué estás haciendo? —preguntó lady Winceslav mientras el carruaje se detenía.

—Necesito dos caballos —dijo Bo.

—Hecho. ¿Qué pasa?

Bo saltó fuera del carruaje.

—Un traidor sabría que Taniel había sido capturado y que podía

falsificar el pedido.

—¿Con qué fin?

—Quizás pensaba que Tamas tal vez fuera a regresar. No importa. Hilanska envió a sus hombres a cazar a Taniel armados con rifles de aire.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Nila.

—Trescientos rifles de aire son suficientes para equipar a dos compañías de soldados adranos. Dos compañías enviadas a las montañas por orden de Hilanska. Si es una coincidencia, me comeré mi propio sombrero. Tengo que irme.

—Iré contigo —dijo Nila.

—No. Quédate con milady. No puedo permitir que nadie me retrase. Voy a caerles a esas dos compañías con una tormenta de fuego y tierra, y cualquier persona que se encuentre cerca de mí quedará hecha trizas.

—Entonces, ¿para qué quieres dos caballos?

Bo se colocó los guantes de Privilegiado.

—Para poder seguir cabalgando cuando el primero caiga muerto.

Capítulo 11



Adamat esperaba sentado junto a la comandante de brigada Abrax mientras la general Ket revisaba los documentos que él le había llevado.

Se encontraban en la tienda personal de Ket. A los guardias de fuera se les había ordenado retirarse. Ket fue pasando despacio los documentos; primero leyó la orden de arresto emitida por Ricard Tumblar y los dos jueces de Adopest, luego leyó la lista de cargos y de pruebas presentadas al tribunal en el caso contra ella y contra su hermana.

Pasaron unos treinta minutos hasta que finalmente colocó los papeles en una pila, los puso sobre la mesa frente a ella y se reclinó hacia atrás. Miró a Adamat, a Abrax y de nuevo a Adamat.

—¿Negáis estos cargos? —preguntó Adamat, feliz de poder romper el silencio por fin.

—No.

Eso fue una sorpresa.

—Me enviaron aquí para que os arrestase —dijo Adamat.

—¿Entendéis la situación actual? —preguntó Ket.

Abrax asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿Y esperáis que me recuse a mí misma, entregue el mando de mis hombres a Hilanska y vaya con vos a Adopest? —Antes de que Adamat pudiera responder, continuó—. No lo haré. Hilanska es un traidor. Tiene la intención de entregarnos a Kez. Puede que sea culpable de ciertos cargos, pero la traición no es uno de ellos.

Ella se había explayado sobre Hilanska cuando ellos llegaron, pero no había podido presentar ninguna prueba. Sostenía que su propio testigo había sido envenenado por uno de los hombres de Hilanska.

—De hecho, eso no es lo que teníamos en mente —dijo Adamat.

Ket arqueó una ceja; su primer cambio de expresión desde que habían llegado.

—Ah, ¿no?

—Hablé con lady Winceslav en vuestro favor —dijo Adamat—. Estuvo de acuerdo conmigo en que los delitos menores que cometisteis vos y vuestra hermana son irrelevantes en comparación con la seguridad de Adro. Como miembro de la junta de Tamas, me ha dado la autoridad para ofreceros una salida.

—¿Y cuál sería esa salida?

—Renunciaréis de inmediato al mando. Al igual que vuestra hermana. Seréis escoltadas a vuestra propiedad del norte de Adro, donde tendréis una semana para poner vuestros asuntos en orden. Luego, vos y vuestras familias seréis exiliadas. Se os permitirá un único estipendio de un millón de kranas, y vuestros bienes serán confiscados por el Estado.

A Ket se le inflaron las fosas nasales.

—Eso no es una salida. Es una sentencia.

—Un millón es muchísimo dinero —dijo Abrax con firmeza—. ¿Creéis que Tamas será tan amable cuando regrese?

—Tamas está muerto.

—No es cierto. —Abrax sacó una carta del bolsillo y se la entregó a Ket—. Esta mañana recibimos esta comunicación. Tamas cruzó los Leños Calcinados con la Séptima, la Novena, y sesenta mil soldados de infantería de Deliv. Estará aquí en dos semanas.

Adamat se quedó boquiabierto. ¿Tamas estaba vivo? ¿Era algo seguro? ¿Por qué no se lo había mencionado lady Winceslav? ¡Eso lo cambiaba todo!

Ket palideció visiblemente. Volvió a tomar la orden de arresto con dedos temblorosos y la leyó hasta el mínimo detalle.

—Os sugiero que, cuando él llegue, vos ya hayáis salido del país —dijo Adamat.

—¿Qué hay de mis hombres? ¿Quién quedará al mando?

—Yo —dijo Abrax.

—¡Eso no es legal!

—¿Y os preocupa qué es legal y qué no? —preguntó Adamat con ironía.

Ket se volvió hacia Adamat.

—Yo encubrí los crímenes de mi hermana, es cierto. Pero aún soy una general del Ejército adrano y una patriota. Solo aceptaré esta “clemencia” —escupió la palabra como si se tratara de veneno— con la condición de que mis hombres queden a salvo.

—Dadas las circunstancias, vuestros hombres quedarán temporalmente bajo las órdenes de las Alas de Adom —dijo Abrax—. Le

enviaremos una misiva a Hilanska de inmediato, en la que le informaremos de que habéis sido relevada de vuestro cargo y de que vuestras tres brigadas quedan bajo nuestro mando y protección hasta que el mariscal de campo Tamas regrese al frente.

Ket tamborileó los dedos sobre la mesa con la mirada clavada por encima de la cabeza de Adamat.

—General, esta es la única manera de que sobrevivan —dijo Adamat —. Sin duda sus exploradores le han informado que los keseños ya se están posicionando para atacar mañana por la mañana, y que el general Hilanska se está posicionando para una maniobra de flanqueo.

—Son más pruebas de que está aliado con Kez —dijo Ket.

Adamat y Abrax se miraron intranquilos.

—Incluso si eso fuera cierto, no se atrevería a atacar una vez que sus brigadas se encuentren bajo la bandera de las Alas de Adom.

Ket se puso de pie de un salto.

—¡Muy bien! Acepto. Renuncio al mando. Recogeré a mi hermana y nos iremos. Solo dejadme hablar con mis hombres una vez más. —Había un dejo de súplica en su voz que no había tenido antes; Adamat se dio cuenta de que era sincera.

Abrax la miró con dureza.

—No os daremos la oportunidad de enmendar vuestra reputación, Ket. Vuestros hombres sabrán que sois una ladrona y una mentirosa.

La rabia y el dolor se pasearon por el rostro de Ket; emociones puras de las que Adamat no la habría creído capaz.

Lentamente, Abrax se puso de pie y, suspirando, agregó: —Me aseguraré de que sepan que renunciasteis pensando en el bien de ellos.

La única respuesta de Ket fue asentir con la cabeza, derrotada.

Abrax entrelazó las manos por detrás del cuerpo y enderezó los hombros.

—General Ket, quedáis relevada del mando.

La mañana trajo un frío desagradable al campamento de las Alas de Adom.

Adamat, somnoliento, observó a la infantería de Kez que comenzaba a formar a lo lejos, a algunos kilómetros hacia el sur. Sus uniformes canela y verde los hacían verse como hectáreas y hectáreas de trigo de otoño listos para la cosecha. ¿Cuántos soldados de infantería les quedaban a los keseños? ¿Doscientos mil? ¿Trescientos mil? Según los exploradores de Abrax, durante la noche habían traído reclutas nuevos desde Budwiel.

Adamat se sobresaltó al oír un cañonazo. Siguieron varios más, y entendió que lo mejor sería acostumbrarse a ese sonido. Por ahora, solo se trataba de Abrax advirtiendo a los keseños que mantuvieran la distancia. Todo empeoraría a medida que la mañana avanzara y cientos

de cañones abrieran fuego en todos los frentes.

Abrax se encontraba junto a él, en el lugar donde había estado la tienda de mando de Ket, en la cima de la colina. No miraba a los keseños, sino hacia el noreste.

—¿Alguna novedad? —preguntó Adamat.

El grueso del ejército adrano, bajo las órdenes de Hilanska, estaba oculto detrás de las colinas.

—Durante la noche, enviamos a más de treinta mensajeros —dijo Abrax con la voz ronca—. Al menos diez de ellos fueron abatidos en el acto. No sé qué les dijo Hilanska a sus hombres, pero los ha vuelto en nuestra contra por completo. Lady Winceslav habría ido ella misma si yo no se lo hubiera impedido.

—¿Dónde está milady? —preguntó Adamat.

Milady había llegado durante la tarde anterior, junto con veintiséis mil soldados de infantería de las Alas. Habían traído noticias de la misiva interceptada; la traición de Hilanska. Adamat había tenido la esperanza de que al menos Bo estuviera con ellos, pero solo había llegado Nila. ¿De qué serviría una Privilegiada con un entrenamiento mínimo?

—La envié de regreso a Adopest con cien de mis mejores soldados de caballería —dijo Abrax—. No permitiré que muera en el campo de batalla. —Hubo un largo silencio, en el que Abrax continuó mirando hacia el noreste. Luego dijo—: Nos habéis matado a todos, Adamat. —No había acusación ni ira en sus palabras. Solo una aceptación desanimada.

Adamat sintió sobre los hombros el peso de entender que, para cuando cayera la noche, todos habrían sido masacrados. Se le tensó el pecho y se obligó a respirar lentamente. Hilanska era un traidor. Atacaría a las Alas de Adom, los destruiría a ellos y a las tres brigadas de infantería adrana bajo su protección, y luego… ¿qué? ¿Ordenaría a sus hombres que se rindieran ante los keseños? ¿Obedecerían ellos semejante orden? ¿O acaso los keseños se limitarían a atacar en masa y los masacrarían a ellos también?

El ejército adrano se destruiría a sí mismo, y luego los keseños estarían descansados para luchar contra el mariscal de campo Tamas y los delivíes cuando llegaran.

No había ninguna esperanza. Estaban atrapados sin posibilidad de escape. Abrax ordenó que se cavaran zanjas y que se construyeran fortificaciones. Estaba decidida a luchar hasta el final, pero Adamat le veía las líneas de estrés en el rostro y las ojeras que tenía por pasar la noche sin dormir.

Abrax giró la cabeza y Adamat se volvió para observar lo que miraba ella. Sobre las colinas lejanas, hacia el noreste, apareció un jinete. Se detuvo para observarlos. Luego Adamat vio el reflejo del sol en las

bayonetas que había en la cima de la colina.

—Ya vienen —dijo Abrax.

Capítulo 12



—¿Dónde abismos están todos? —preguntó Tamas impaciente. Frente a él había un cabo de pie delante de su desayuno, con una cuchara olvidada en la mano, mirándolo boquiabierto.

El campamento adrano estaba prácticamente desierto. Solo quedaba una pequeña guardia con miles de parásitos. El mar de tiendas había sido abandonado. Eso solo podía significar una cosa: ese día habría batalla. Tamas lo olía en el viento, y a pesar de su agotamiento y del dolor punzante que sentía en los huesos, lo atravesó una gran excitación.

Olem agitó las riendas de su caballo para acercarlo al cabo.

—Ya has oído al mariscal de campo, soldado. ¡Habla! —De los caballos brotaba vapor, producto de haber cabalgado sin pausa durante toda la noche.

—Yo, yo... —tartamudeó el cabo—. Lo lamento mucho, señor. Se han... —Levantó un brazo y señaló hacia el sudoeste—. Fueron a combatir.

—Por el abismo —maldijo Tamas. ¿Por qué había decidido Hilanska entrar en combate? Los keseños aún superarían en números al ejército adrano, y en terreno abierto como aquel, podrían aprovechar su superioridad numérica con un efecto devastador—. ¿Oyes eso, Olem? Cañonazos.

—Lo oigo, señor.

—¡Señor! —Vlora atravesó corriendo el campamento en dirección a ellos; había ido a buscar al Estado Mayor. Llegó jadeando, tomó las riendas que le ofrecía Olem y montó—. ¡Señor!, ¡no están atacando a los keseños!

—Entonces, ¿a quién abismos están atacando? —preguntó Tamas.

—A nuestros propios hombres. ¡La general Ket separó sus brigadas

del ejército y Hilanska la está atacando a ella!

—¡Vamos! —rugió Tamas, y le clavó los tobillos a su caballo, que salió disparado hacia delante.

Los tres galoparon por el campamento adrano y luego hacia el sudoeste, siguiendo los rastros de sus brigadas. Tamas tenía el rostro completamente sudado, a pesar del viento fresco que le daba de lleno. ¿Qué había sucedido? ¿Cómo podía ocurrir un desastre de semejante magnitud? Buscaría a Ket y la colgaría de las cintas de las botas.

Cabalgaron varios kilómetros a lo largo del camino principal. Cada vez que llegaban a la cima de alguna colina, Tamas veía un poco mejor las fuerzas dispuestas hacia el sur. El corazón le retumbaba; se aferró al cuello de su caballo para ganar más velocidad.

Llegaron a la retaguardia de las líneas adranas. Los soldados se arrojaban fuera de su camino ante su estampida. Tamas divisó la tienda de mando, ubicada en lo alto de un montículo con vistas a la artillería, y se dirigió hacia allí. Los soldados comenzaban a mirar con curiosidad en su dirección, pero él no les hizo caso y siguió avanzando.

Se bajó del caballo, le tiró las riendas a un soldado de infantería completamente atónito, y se dirigió a la tienda de mando. Hizo a un lado las puertas de la tienda.

—¡Maldición, Hilanska! ¿Qué está sucediendo aquí?

Varias decenas de ojos lo miraron completamente confundidos.

—¿Y bien? —preguntó Tamas.

Entre los oficiales reinó el caos. Hubo protestas y exclamaciones y manos extendiéndose hacia él. Varias sillas cayeron al suelo cuando sus ocupantes se pusieron de pie de un salto. Una multitud de voces intentaron hablarle todas al mismo tiempo.

—¡Silencio! —rugió Olem.

—Gracias, Olem. Ahora bien, decidme: ¿qué está sucediendo aquí? —Tamas buscó rostros familiares y lo entristeció ver tan pocos. ¿Habían perdido tantos hombres desde su partida?

—Vamos a entrar en combate con la traidora de la general Ket —dijo un coronel desde el fondo.

—Ni por casualidad —dijo Tamas—. Olem… no, Vlora. Lleva una bandera blanca por el valle. Quiero a Ket en persona aquí mismo en menos de una hora para que me explique qué es lo que está sucediendo.

—No vendrá —dijo el mismo coronel—. Se niega a recibir a nuestros mensajeros.

—Me verá a mí. ¿Acaso eran los colores de las Alas de Adom los que vi sobre el campamento de Ket?

Una general a la que Tamas casi no reconocía asintió vacilante con la cabeza.

—Entonces traedme a la comandante de brigada Abrax, o a

quienquiera que esté al mando. Puede retirarse, capitana.

Vlora le hizo un saludo enérgico y salió corriendo de la tienda.

—Dad la vuelta a la artillería para que apunte hacia el sur —ordenó Tamas—. Quiero a toda nuestra caballería en nuestro flanco este, y me refiero a toda nuestra caballería. Divididla en tres grupos y esperad mis órdenes. Los keseños se están preparando para avanzar. Atacarán a eso de las diez, o soy una mula de carga. Mantened a nuestros hombres mirando hacia las tropas de Ket, pero dejadles muy claro que no deben atacar a sus compatriotas. Si los keseños piensan que atacaremos a nuestros propios hombres, se llevarán una gran sorpresa. ¡Adelante!

La tienda se convirtió en un frenesí de movimiento.

—General Hilanska —dijo Tamas—, ¿qué estáis haciendo? ¿Os estáis escabullendo por la parte de atrás? Venid aquí.

Hilanska se acercó bordeando la pared de la tienda, mirándolo con cautela.

—¿Señor? —preguntó en voz baja.

—Venid conmigo. —Tamas abrió la puerta de la tienda—. Moved la tienda de mando unos treinta metros, para que quede en una posición más alta —les dijo a los guardias que estaban fuera—. Quiero poder ver absolutamente todo lo que sucede en ese valle.

Subió por la ladera de la colina hasta el lugar que había indicado, haciéndole un gesto a Hilanska para que lo siguiera. Le dolía el cuerpo por la cabalgata y tenía los músculos exhaustos, pero la excitación de la batalla le hacía temblar los dedos.

Cuando llegaron a la cima, se volvió hacia Hilanska, pero las palabras se le detuvieron en la boca.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó.

Una capa de sudor había aparecido en la frente de Hilanska. El cuello de su chaqueta ya estaba empapado. Él jugueteaba nervioso con los botones. Cuatro prebostes los habían seguido por la colina y se habían detenido a una distancia prudente.

—Estoy bien, señor— dijo Hilanska, tocándose suavemente las mejillas—. ¿Qué era lo que queríais?

Tamas se volvió hacia las fuerzas keseñas. Había al menos doscientos sesenta mil soldados de infantería, junto a unos veinte mil de caballería. Era algo digno de ver, pero no podía permitir que aquella vista imponente lo afectara. Tenía trabajo que hacer.

—Hilanska, quiero que pongáis a vuestros mejores artilleros allí y allí —dijo señalando con el dedo—. Quiero que disparéis con todo lo que tengáis... Hilanska, ¿me estáis escuchando?, yo... —Tamas sintió un dolor agudo en el costado. Hizo una mueca y se frotó el lugar—. Como decía, quiero que...

Alguien lo arrojó hacia delante. Se oyó un grito. Tamas se volvió con un insulto entre los labios.

Olem estaba gritando, había desenvainado su espada, y de pronto fue atacado por los cuatro prebostes que habían subido con ellos por la colina. Hilanska se encontraba detrás de los prebostes con una daga en la mano.

—¿Qué abismos está sucediendo? —gritó Tamas.

Llevó la mano por instinto hacia la culata de su pistola, pero se le resbaló entre los dedos. Los sostuvo en alto, parpadeando a causa de un mareo repentino. Tenía roja la punta de los dedos.

Había sido apuñalado.

El condenado de Hilanska lo había apuñalado.

El general se volvió y huyó por la ladera de la colina.

Tamas estaba sentado en el suelo; le habían quitado la chaqueta y tenía la camisa empapada en sangre. Aún trataba de entender lo que había sucedido.

Detrás de él estaba sentado un médico sosteniéndole los brazos, mientras otro le cortaba la camisa para quitársela y comenzaba a examinarle la herida que tenía entre las costillas. A unos pocos metros, se llevaban los cadáveres de los prebostes adranos mientras un tercer médico se encargaba del tajo que Olem tenía en la frente.

Hilanska lo había traicionado. Eso estaba claro. Pero ¿hasta dónde llegaba esa traición? ¿Cuánto hacía que se venía gestando? ¿Acaso Hilanska había permitido que cayeran las murallas de Budwiel, lo que había causado que Tamas quedara atrapado detrás de las líneas enemigas? Eso había sucedido hacía meses. Hilanska debía de estar detrás de la grieta con la general Ket, esforzándose por asegurar la aniquilación de todo el ejército adrano.

—¡Olem! —Tamas necesitaba saber más. La pregunta más importante era: ¿Hilanska tenía cómplices?

Olem apareció enseguida, sosteniéndose una venda limpia contra la frente.

—¿Señor?

—Buen manejo de la espada —dijo Tamas. Olem había mantenido a raya a los cuatro prebostes hasta que llegó la ayuda—. ¿Ha sobrevivido alguno de ellos?

—Gracias, señor. Sobrevivieron dos. Uno estará muerto por la mañana. Los muchachos se pusieron duros con ellos cuando vieron que vos estabais herido.

—Duros será solo el comienzo —dijo Tamas—. Ve a averiguar lo que saben.

—¿No debería ir tras Hilanska, señor?

Tamas vaciló.

—No sé en quién puedo confiar —dijo en voz baja—. Reúne dos pelotones, ve si puedes encontrar a alguno de tus rifleros y envíalos tras Hilanska. Quiero que tú te quedes cerca.

—Sí, señor.

Tamas maldijo en voz baja cuando uno de los médicos le metió la punta del dedo en la herida.

—Ponme una venda y dame un poco de pólvora negra. No ha alcanzado al pulmón. Sobreviviré.

Alejó a los médicos con un gesto de la mano y se puso de pie con cierta dificultad. El dolor se había intensificado; le hizo recordar una herida similar que había sufrido en Gurla veinte años antes. Había estado en cama durante semanas y casi había muerto a causa de la infección.

Ahora no tenía tiempo para eso.

Miró hacia el valle. Las Alas de Adom habían adoptado una defensa perimetral alrededor del campamento de Ket y habían cavado una trinchera con fortificaciones similar a la que él mismo había utilizado contra la caballería de Beon je Ipille, aunque no tan profunda. Divisó a Vlora al galope llevando una bandera blanca al viento. Llegó a las líneas de las Alas. Después de unos momentos de tensión, la dejaron pasar.

Los keseños continuaron formando. Su ejército se veía inmenso, y lo era, pero su tamaño hacía que le fuera difícil maniobrar. Tamas revisó su cálculo inicial de que atacarían a las diez. No estarían listos hasta el mediodía. Tal vez a la una. Atacarían directamente, aprovechando su superioridad numérica para rodear y arrasar el campamento de la general Ket.

Tamas rompió una carga de pólvora y se esparció un poco sobre la lengua. Una vez que pasó la sensación inicial del trance de pólvora, se sintió más joven y fuerte. El dolor de la puñalada pasó a ser nada más que un cosquilleo en el fondo de su mente.

Por el rabillo del ojo, vio que Olem se acercaba.

—¿Algo nuevo? —preguntó Tamas.

—No, señor. Ambos prebostes sostienen que Hilanska les advirtió que vos tal vez regresaríais, pero que se trataría de un truco de los keseños: un Privilegiado disfrazado de vos. También dijeron que no esperaban a su doble hasta dentro de varias semanas.

Tamas resopló.

—Entonces, cuando llegué antes de lo previsto, ¿fue presa del pánico y huyó? Agradezcamos que no estaba listo para recibirnos. Por el abismo, ¿qué otros rumores ha difundido?

—Puedo tratar de averiguarlo, señor.

—Hazlo.

—Solicito permiso para inspeccionar vuestros aposentos.

—Concedido.

Olem volvió a alejarse y Tamas miró a su alrededor en busca de alguien en quien pudiera confiar. La mayoría de los generales se

encontraban con sus brigadas, y parecía que al menos varios de los oficiales que apoyaban a Hilanska habían huido con él.

—¡Coronel! —gritó Tamas—. Ven aquí. —De lado, el joven le resultaba bastante familiar, pero cuando el coronel se volvió hacia él, Tamas lo reconoció de inmediato—. Coronel Sabastenien, me alegra verte con vida.

El antiguo comandante de brigada de las Alas de Adom era un hombre bajo de unos veintitantos años, de rostro sombrío y patillas cargadas de un gris prematuro. Ese gris no estaba allí la última vez que Tamas lo había visto; se preguntó si se lo habría teñido. El coronel inclinó respetuosamente la cabeza.

—Lo mismo digo, señor. Y ya no soy Sabastenien. Ahora soy Florone. He adoptado el apellido de mi madre. Prefiero que mis antiguos camaradas no me reconozcan de inmediato.

Tamas lo entendió. Si bien Sabastenien no había hecho nada ilegal ni impropio al matar a un traidor en defensa de Tamas, había sido expulsado de las Alas de Adom porque ese traidor había sido otro comandante de brigada… y el amante de lady Winceslav.

—Muy bien, Saba… Florone. Necesito un plan de batalla. ¿Dónde estás asignado?

—Estoy con la Veintiuno de artillería.

—¿Y tienes experiencia con artillería?

—Siete años en las Alas.

—Bien. Enhorabuena, Florone. Ahora eres general.

El coronel parpadeó sorprendido.

—¿Señor?

—Toma el mando de la Segunda. Ordena que su artillería apunte hacia el sur y ten a los artilleros listos para entrar en acción. Que tu infantería se atrinchere hacia el este y hacia el oeste.

—Sí, señor. Gracias, señor.

—No me lo agradezcas aún. No sé en quiénes puedo confiar de las brigadas de Hilanska. Puede que hoy mismo te apuñalen por la espalda. Si tienes personal de confianza, llévalos contigo.

—Sí, señor.

—Y, general, dile a Mihali que venga aquí, por favor.

Florone vaciló por un momento.

—¿Aún no lo sabéis, señor?

—¿Saber qué?

—Mihali está muerto. Lo mató Kresimir hace dos semanas.

Tamas se volvió para mirar de nuevo las formaciones keseñas. Un sudor frío le recorrió el cuerpo y sintió un picor extraño en la nuca, producto de la conmoción y de la pérdida, que le perturbó la calma del trance de pólvora. Si Mihali estaba muerto, ¿por qué Adro no había sido arrasada aún? Sin Mihali para contrarrestar el poder de su

hermano, no debería quedar nada ni de Adopest ni del ejército adrano; aun así, tanto la nación como la capital seguían en pie.

¿Qué podía estar reteniendo a Kresimir?

Le llamó la atención un movimiento en el campamento de las Alas de Adom, y al momento Vlora regresaba al galope por la ladera de la colina. Pasó a toda prisa por delante de los centinelas adranos y no se detuvo hasta que llegó a Tamas. Saltó del caballo y le tiró las riendas a un mensajero atónito.

—¿Dónde está Ket? —preguntó Tamas.

—Se ha ido —dijo Vlora jadeando—. Fue depuesta por Abrax y Adamat ayer mismo, acusada de corrupción. Abrax pensó que eso serviría para arreglar la situación entre los campamentos, pero..., señor, ¿estáis herido?

—No ha arreglado la situación —dijo Tamas— porque Hilanska planeaba traicionarnos desde el principio. ¿Y qué abismos está haciendo Adamat aquí? Maldita sea, ahora es cuando más necesitaba a Ket. Además de Hilanska, ella era la comandante más competente. ¿Dónde está Abrax?

—Viene de camino.

—Solo contamos con un par de horas antes de que los keseños ataquen. Reúne al Estado Mayor; quiero a cuanto oficial superior puedas encontrar en menos de veinte minutos. Les enviaremos órdenes a los demás por medio de mensajeros. Olem, ¿qué has averiguado?

Olem llegó corriendo y se detuvo un momento para recuperar el aliento.

—Lo ha dejado todo. Hilanska estaba compinchado con Kez desde el principio. He encontrado decenas de cartas.

—¿Algo que nos diga quiénes son sus cómplices?

—No he tenido tiempo de revisarlo todo.

—Tiempo. Por el abismo, necesitamos tiempo más que nada en el mundo. No puedo planificar una defensa con tan poca anticipación, no contra esa monstruosidad.

—Olem, ¿has encontrado el sello personal de Hilanska? —preguntó Vlora.

—Estaba allí, junto a todo lo demás.

—¡Traedme otro caballo! —gritó Vlora.

—¿Adónde vas? —preguntó Tamas.

—Necesito uno de los descifradores de códigos de las Alas —respondió Vlora—. Alguien que pueda reproducir exactamente el cifrado de Hilanska. Si nos movemos deprisa, creo que puedo conseguirnos un día extra.

Tamas dictó un mensaje para los comandantes keseños basado en el

lenguaje que Hilanska utilizaba en sus propias cartas y notas. Luego hizo que un descifrador de códigos de las Alas lo tradujera al cifrado de Hilanska. El mensaje afirmaba que Hilanska podría lograr que alguien se acercara a Abrax lo suficiente para asesinarla si ella bajaba la guardia, pero que eso requeriría que Kez aparentara que se estaba retirando y preparándose para atacar al día siguiente.

Todo el proceso llevó casi dos horas, y a Tamas le pareció un trabajo un tanto chapucero. Sería un milagro que los keseños se lo creyeran.

Pero si resultaba, les daría veinticuatro preciosas horas para prepararse para el ataque de los keseños. Un tiempo que necesitaban desesperadamente si deseaban tener la más mínima oportunidad de ganar la batalla.

Tamas levantó la mirada en dirección a Olem, que esperaba en la entrada de la tienda de mando con la mano apoyada despreocupadamente sobre la pistola, mientras el descifrador de códigos aplicaba la cera caliente y el sello del propio Hilanska sobre el mensaje falsificado. Tamas recibió la misiva y sopló la cera para enfriarla. Luego se la entregó a Olem.

Olem le hizo un saludo.

—He encontrado a algunos de mis rifleros más leales, señor. Enviaré a uno de ellos con el mensaje al campamento keseño.

—Saben que es un riesgo enorme, ¿verdad? Si los keseños perciben el engaño, matarán a quien enviemos. O algo peor.

—Ya tengo a alguien seleccionado. Entiende el riesgo.

—Bien. Ese es el único mensaje que quiero que les llegue a los keseños. Ordénales a los centinelas que disparen a cualquiera que intente correr a las líneas keseñas. No pueden enterarse de que he regresado.

Tamas le ordenó que se retirara con un gesto de la cabeza. Cuando Olem se fue, Tamas se volvió con malestar hacia el descifrador de códigos. A causa del movimiento, la herida del cuchillo de Hilanska se le abrió y le generó una punzada de dolor en el abdomen que él trató de reprimir. Lentamente, rogando que el soldado no viera que le temblaban los dedos, abrió una carga de pólvora y se esparció un poco sobre la lengua. Enseguida sobrevino el trance de pólvora, que le alivió el dolor.

—Buen trabajo, soldado —dijo Tamas.

—Gracias, señor —dijo el descifrador de códigos—. Si me permitís el comentario, es un placer que hayáis regresado. Sé que la comandante de brigada Abrax siente un gran alivio.

Tamas se obligó a sonreír.

—Me alegra oírlo. Estoy encantado de haber regresado. ¿Sabes qué? Durante las guerras gurlas, no contábamos con descifradores profesionales. Tuve que contentarme con darles la labor especial a los

hombres más inteligentes que tenía. A nadie se le ocurrió jamás convertirlo en una tarea habitual, hasta que apareció lord Winceslav. Durante quince años me he estado diciendo que el Ejército adrano necesita sus propios descifradores de códigos. Por algún motivo, siempre se ha pospuesto.

—Yo tuve la fortuna de trabajar con lord Winceslav —dijo el descifrador—. Era un hombre muy inteligente.

—Estoy de acuerdo. Fue una lástima perderlo. Pero milady es muchísimo más inteligente que su esposo. Siempre me he preguntado si la idea de los descifradores de códigos se le ocurrió a ella y luego permitió que su difunto esposo se llevara el mérito.

El soldado permaneció en silencio mirándose los pies.

—Perdona si estoy divagando. No necesitas responderme a eso.

—Gracias, señor.

Olem regresó un momento después y asintió con la cabeza para indicarle a Tamas que el mensajero había partido.

—Soldado, puedes ir al comedor para desayunar —le dijo Tamas al descifrador—. O para comer. No tengo la menor idea de qué hora es.

—Señor, solicito permiso para regresar con las Alas.

Tamas miró a Olem, que se colocó a un lado del descifrador.

—Lo lamento, soldado, pero tendrás que quedarte aquí por un tiempo. Queremos mantener el regreso del mariscal de campo en secreto. Nos facilitará la tarea de engañar a los keseños.

—No se lo diré a nadie, os lo juro.

—Preferiríamos no arriesgarnos —dijo Olem.

El soldado miró alternativamente a Tamas y a Olem.

—¿Señor?

—Lo siento —dijo Tamas—. Lo queremos mantener en secreto incluso entre nuestros propios hombres durante el mayor tiempo que sea posible. Tenemos que priorizar la discreción sobre levantarles el ánimo a las tropas.

El sujeto puso un gesto ceñudo, inspiró profundamente, se irguió y les hizo un saludo.

—Lo entiendo, señor.

—Bien. Informaré a Abrax sobre el buen trabajo que has hecho hoy.

Olem acompañó al sujeto fuera y regresó un momento después con Vlora. Estaba cubierta de polvo y parecía cansada, pero su paso era firme. A juzgar por el olor que desprendía, había estado en un trance de pólvora durante toda la mañana.

—¿Cómo van las cosas en el campamento de las Alas? —le preguntó.

Vlora le hizo un saludo y se dejó caer en una silla frente a Tamas.

—Si los keseños nos atacan hoy, la batalla será dura. Las Alas tienen tres brigadas posicionadas hacia nosotros. Abrax dice que, si esta jugarreta funciona, tendrá tiempo de rotarlas y que podrá lanzarles

todo lo que tiene a los keseños para mañana a media mañana.

—Entonces esperaremos —dijo Tamas.

Vlora asintió con la cabeza.

—Esperaremos.

Intercambió una mirada indescifrable con Olem. Durante la cabalgata furiosa desde la frontera deliví hasta Adopest, Tamas había estado concentrado en recorrer la delgada línea que había entre quedarse ciego de pólvora y recurrir al trance de pólvora para poder tolerar los suplicios de su viejo cuerpo dolorido. Sin embargo, lo que había habido entre ellos parecía haberse enfriado.

—¿Han llegado noticias de mi presencia a la infantería de las Alas?

—Abrax no se lo ha dicho a nadie, salvo a dos de sus comandantes de brigada. Está de acuerdo en que debemos mantener el secreto el mayor tiempo posible. Puede que un par de oficiales me hayan reconocido, pero ella les ha obligado a guardar silencio.

—Bien.

—Aquí la voz ya se está empezando a correr —dijo Olem.

—Es inevitable. Nos han visto entrar al galope.

—He cerrado el campamento —agregó Olem—. Hasta la mañana, nadie puede entrar ni salir si no tiene órdenes.

—Excelente trabajo.

Tamas notó que Olem se estaba tocando las insignias de coronel que llevaba en la solapa, que Tamas le había dado en las afueras de Alvación. Iba a volver a sacar el tema.

—Señor —dijo Olem.

Tamas resopló.

—No te voy a degradar, Olem.

—Preferiría que lo hicierais, señor.

—Ni siquiera te he asignado a tus propios hombres; fuera de los rifleros, al menos. Eres un coronel en misión especial. No es algo tan raro.

—Aun así…

Tamas levantó la mano en un gesto que él esperaba pusiera fin a la discusión, aunque sabía que toda esperanza era en vano. Olem estaba completamente convencido de que no merecía ser coronel.

—Me parece sensato que estés en una posición desde la que puedas dar órdenes —dijo Tamas—. Intenta que no te afecte tanto. No te pondré al mando de una fuerza grande hasta que estés listo para eso. Recuerda mis palabras: serás general, un general con todas las letras, en menos de diez años.

Olem pareció estar a punto de reírse delante de él. Pero, por lo visto, pudo contenerse.

—No me afeitaré, señor. Ni siquiera para ascender a general.

—Me gusta la barba —dijo Vlora—. Debería haber más soldados con

barba.

—No comiences tú también —respondió Tamas señalándola con el dedo—. Tolero esta mierda de él porque es mi última línea de defensa ante un asesinato. No te lo toleraré a ti.

—Ha hecho un buen trabajo con Hilanska.

El comentario molestó visiblemente a Olem; enderezó la espalda y su rostro se volvió inexpresivo. Tamas miró a Vlora. Eso había sido cruel; ella sabía que Olem había mantenido cierta distancia por sus propias órdenes. Y Olem se tomaba sus deberes muy en serio. Tamas abrió la boca para reprochárselo, pero la cerró cuando vio la expresión de Vlora. Había palidecido ligeramente y tenía la mirada fija en el suelo. Ya se había arrepentido de decirlo.

—Señor, ¿necesitáis que haga algo más? —preguntó Olem de manera un tanto acartonada.

—Mantente cerca —dijo Tamas—. Pero, hablando de Hilanska…

—Ya tengo toda una compañía detrás de él. Los atraparán, a él y a sus seguidores, y los traerán encadenados.

—Has hecho un buen trabajo, Olem. Y este pequeño incidente —dijo señalándose el lugar donde tenía la herida de cuchillo— sanará con el tiempo. —Al moverse, sintió una punzada de dolor, a pesar del trance de pólvora.

—Sí, señor —respondió Olem, tenso.

Tamas se restregó los ojos. Normalmente aprovechaba el tiempo anterior a una batalla para reunirse con sus oficiales al mando y planificar estrategias de respaldo, pero ya había dado todas las órdenes que necesitaba dar, y todo dependía de la respuesta de Kez ante su comunicado falso. Si funcionaba, tendría un día más para hacer planes. Si no, entrarían en combate en menos de una hora.

Sabía que debería estar haciendo algo, pero no lograba ponerse en movimiento. Intentó convencerse de que solo era la fatiga del camino; con unos momentos de tranquilidad, estaría listo para ponerse en marcha. Pero no solo estaba fatigado. Le dolían los huesos y todas las heridas, las nuevas y las viejas. Y su mente anhelaba dormir. Durante esos últimos meses, su edad lo había alcanzado.

Y el hecho de que no pudiera concentrarse en sus deberes inmediatos significaba que estaba ignorando algo más importante.

—Señor —dijo Vlora—, ¿qué hay de Taniel? Sabemos dónde envió Hilanska a sus hombres. Tal vez… —Se quedó en silencio.

Eso no podía ser más importante que sus deberes inmediatos. Taniel podía ser su hijo, pero solo era un hombre. Ese día determinaría el destino de toda una nación.

—Ya conozco mis obligaciones, capitana —dijo Tamas.

Vlora parecía querer responderle. En cambio, se dirigió hasta la entrada, donde se encontraba Olem. Le metió la mano en la chaqueta

en busca de tabaco y papel de fumar. Olem se la quedó mirando, pero no la detuvo. Lentamente, se lio un cigarrillo sin dejar de mirarle y usó uno de sus fósforos para encenderlo, inhalando profundamente. Exhaló el humo por la nariz y le ofreció el cigarrillo a Olem.

Tamas consideró decirles a ambos que no fumaran en la tienda, pero quería ver cómo seguía aquello. Era una ofrenda de paz, algo que aliviara la punzada de lo que ella acababa de decir.

Olem tomó el cigarrillo y lo apretó entre los labios. Tamas dejó escapar el aire que no había notado que estaba reteniendo.

La puerta de la tienda se abrió y alguien le susurró algo a Olem.

—Regreso enseguida, señor —dijo Olem mientras salía.

Tamas se encontró a solas con Vlora. Sabía que ella quería decir algo acerca de Taniel. Le clavó la mirada con la esperanza de que su expresión no diera lugar a discusión alguna. A medida que el silencio se extendía, él casi deseó que le dijera algo. Podía lidiar con las acusaciones y la decepción de ella. Podía luchar contra eso.

Pero no podía luchar contra las propias.

Olem volvió a ingresar a la tienda y dejó entrar una brisa mancillada por el olor a cigarrillo.

—Señor, nuestro hombre ha regresado —dijo—. Los keseños no han enviado una respuesta, pero las brigadas ya están abandonando el campo. Tenemos hasta mañana.

Tamas se puso de pie y tosió en su mano para ocultar una mueca de dolor.

—Entonces esperemos que los keseños no se hayan vuelto más listos desde que nos fuimos. ¿Cuántos rifleros has encontrado hasta ahora?

—Hilanska los hizo regresar a sus respectivas compañías. He podido encontrar a unos doscientos de los hombres seleccionados.

—Reúnelos, por favor. Tenemos trabajo que hacer.

Capítulo 13



Aún no se podía mover a Kresimir; o, en rigor, al muñeco utilizado para controlarlo.

Taniel había estado luchando toda la noche contra un creciente pánico. No había podido dormir. Casi no había comido. Con la llegada de la mañana, su angustia se intensificó.

—Tenemos que irnos —dijo Taniel.

Ka-poel meneó la cabeza rotundamente. Se encontraba en cuclillas sobre un ataúd hecho de ramitas y hierba seca. Era una caja, no mucho más grande que un kit de soldado, que debía contener a un dios.

—Llegarán al mediodía —dijo Taniel.

Ka-poel no respondió. Había terminado el ataúd hacía tan solo algunas horas. Desde ese entonces, se la había pasado pintando unas líneas delgadas, perfectamente rectas, en el exterior de la caja, con un pincel de cerdas de caballo que sacó de su mochila. Utilizó su propia sangre a modo de tinta, que se secaba con un color escarlata sorprendentemente vivo, totalmente distinto del color rojo oscuro de la sangre seca.

Todo aquello inquietaba a Taniel más de lo habitual.

—Hay media compañía de soldados de infantería armados con rifles de aire acampando a menos de tres kilómetros de aquí —dijo—. En este momento, están saliendo de sus tiendas y están levantando campamento, listos para continuar con la búsqueda. Nos encontrarán para el mediodía, si tenemos suerte. No podemos luchar contra tantos. Nos matarán a ambos y luego liberarán a Kresimir. Tenemos que irnos.

Ka-poel no parecía estar de acuerdo. Siguió pintando, lentamente, con mano firme, como si no hubiera oído una palabra.

Taniel le tocó el hombro.

—Pole…

Ella giró repentinamente, tiró el pincel y se puso de pie de un salto. Él retrocedió ante su avance. Tenía un gesto ceñudo y los puños apretados. Lo arrinconó contra el borde mismo de la cueva y se inclinó hacia él, arreglándoselas para cernerse amenazadora sobre él a pesar de ser mucho más pequeña. Se tocó el pecho con la mano, luego la sien, e hizo un movimiento de negación. Repitió los gestos dos veces más y señaló el ataúd.

"No sé qué es lo que estoy haciendo".

Taniel notó por primera vez que ella tenía el cabello y la camisa empapados de sudor. Le temblaban los hombros. Por el rabillo del ojo le asomaban lágrimas sin derramar, y Taniel finalmente se dio cuenta del precio que ella estaba pagando. Sabía que los Ojo de Hueso podían crear encantamientos. Habían fabricado balas encantadas llamadas bandas-rojas para los colonos de Fatrasta, e incluso Ka-poel las había fabricado para él una vez, aunque él nunca había visto el proceso. Aquello debía de ser algo similar.

Echó una mirada al ataúd y recordó la delgada línea roja que circundaba las balas, por la cual recibían el nombre.

Por supuesto. Aquello era exactamente lo mismo que las bandas-rojas. Ella tenía que usar su propia sangre para los encantamientos.

¿Acaso era eso lo que había hecho aquel día en que le había pasado su sangre por las mejillas? ¿Lo había encantado? ¿Cuánta energía requería todo aquello? La vio con nuevos ojos, vio la intensidad de su agotamiento, y el hecho de que sus ojos y mejillas ahora parecían más hundidos. La ropa le colgaba como si fuera el maniquí de un sastre.

Se estaba matando a sí misma para evitar que Kresimir quedara libre, y aun así usaba algo de su poder sobre él.

Ka-poel regresó a su tarea, silenciosa como siempre.

Taniel recogió dos cuchillos y una bayoneta que les había robado a los soldados adranos. Lamentó no haber tomado un rifle de aire. Al menos lo podría haber usado a modo de pica, con la bayoneta calada en el extremo del cañón. En su arrogancia, las había roto todas en el campamento.

Le dio un beso en la mejilla a Ka-poel, tratando de que no lo afectara la manera en que ella lo evitó, y abandonó la cueva. Ascendió por el risco y siguió hacia el este, hacia el campamento.

No tardó más de una hora en divisar los elementos avanzados de la infantería adrana. Seis de ellos avanzaban despacio por el cañón, con cautela, asiendo los rifles con ambas manos y con los ojos puestos en las cumbres que los rodeaban.

Él tomó posición a unos trescientos metros por encima del fondo del cañón y se puso en cuclillas para esperar.

La vanguardia se encontraba a unos cuarenta metros por delante del resto de la compañía. Esta se veía obligada a avanzar en fila de uno y, a

diferencia de la vanguardia, no iban prestando atención a su entorno. Estaban frescos y demasiado confiados. Algunos hacían bromas, y sus voces alegres rebotaban contra las laderas del cañón. Taniel había tenido la esperanza de que su pequeña demostración ante el pelotón los volviera más precavidos, pero no parecía ser el caso.

Después de todo, solo estaban cazando a un hombre, y se encontraban a plena luz del día.

Taniel sabía que no podía luchar contra los ochenta sujetos. No tenía forma de ganar.

Esperó a tener a la vista a la compañía completa, desplegada como se encontraba en el fondo del cañón, y que el centro de la formación estuviera directamente debajo de su posición. Entonces, pateó el tronco que tenía a su lado y se apartó; en ese momento, unas veinte toneladas de piedras comenzaron a desmoronarse por la ladera del cañón.

No podía ganar, pero bien podría llevarse al abismo a tantos como le fuera posible.

Cuando la avalancha de Taniel finalmente dejó de tronar, el cañón resonó con los alaridos de los moribundos y los gritos de los supervivientes.

Oírlo le hizo ponerse enfermo. No había querido matar a sus compatriotas. Aquellos hombres tenían amigos y familia. Hijos, esposas, esposos. Puede que alguna vez él hubiera luchado junto a algunos de ellos. Entrenado junto a ellos.

Pero se recordó a sí mismo que era igual que matar a cualquier otro enemigo. Aquello era la guerra. Era a matar o morir.

Taniel asomó la cabeza con cuidado para analizar su obra.

La avalancha había partido en dos a la compañía adrana. Al menos diez habían sido enterrados por las rocas, y otros tantos habían quedado heridos. Un capitán estaba inmovilizado contra el fondo del cañón por una roca que tenía sobre la pierna; Taniel llegaba a oír sus aullidos de dolor. Un teniente se encontraba de pie por encima de él, dirigiendo una misión de defensa y rescate. La infantería se había dispersado a cuanto escondite pudo encontrar, y ahora todos tenían la vista clavada en las paredes del cañón.

Comenzaron a liberar a los heridos, y cuando les pareció que no recibirían un ataque inmediato, dos pelotones continuaron viaje por el cañón.

Aquello eran buenas y malas noticias. Las buenas eran que había logrado dividir sus fuerzas. Las malas eran que aquellos dos pelotones se dirigían hacia la cueva de Ka-poel.

Salió corriendo justo por debajo de la cima, donde los soldados de abajo podrían verlo a simple vista. Un momento después sonó un grito

de alarma y se oyeron los chasquidos de los rifles de aire. Se encontraba demasiado lejos para que pudieran darle, pero de todas maneras se ocultó detrás de un peñasco y se tomó un momento para mirar hacia atrás.

El teniente señalaba en su dirección, gritándoles a los dos pelotones. Los sargentos de los pelotones conversaron un momento, y luego uno de los grupos ascendió por la escarpada pendiente en dirección a Taniel, mientras que el otro salió en busca de algún sendero o algún otro camino por el que flanquearlo.

Taniel había captado su atención, y eso era lo único que importaba.

Hizo que los dos pelotones lo persiguieran a lo largo de la cumbre durante casi dos kilómetros. De los veinticuatro hombres, solo tres pudieron seguirle el ritmo. En su intento por alcanzarlo, dejaron atrás a sus camaradas. Después de todo, para derribar a Taniel solo necesitaban acercarse lo suficiente para dispararle con un rifle de aire. Hilanska debía de haber ofrecido una recompensa por su cabeza. Los soldados no solían ser tan entusiastas.

Al pensar en eso, descartó su reticencia a matar a más compatriotas. Aquellos hombres lo abatirían sin vacilar. Lo estaban cazando como a un perro.

Se arriesgó a correr por terreno abierto, encogiéndose al oír los chasquidos de los rifles de aire y el sonido de las balas rebotando contra las rocas que tenía detrás. Aún se encontraban fuera de su alcance, pero si apuntaban más alto, Taniel podría resultar herido por algún disparo afortunado. Saltó una grieta y continuó unos veinte metros hasta que el suelo dio lugar a un terreno más rocoso. Dio un salto y quedó de nuevo a cubierto.

Una vez oculto del pelotón, regresó corriendo en cuclillas por debajo del borde del peñasco hasta que se encontró dentro de la grieta que había saltado hacía unos momentos.

Taniel se preguntó qué diría su padre si viera a sus propios hombres llevados a una trampa tan obvia.

Probablemente, que los muy estúpidos merecían morir.

El primero de sus perseguidores saltó la grieta solo unos momentos después de que Taniel estuviera en posición. Cuando el segundo par de piernas pasó por encima de él, estiró las manos, aferró una bota y tiró hacia abajo. El sujeto dejó caer su rifle de aire con un gran estrépito y golpeó el borde de la grieta con el rostro. Quedó una mancha de sangre en el lugar.

El tercero del grupo se detuvo y se arrodilló junto a su camarada. Taniel tomó impulso y saltó, sujetó al soldado por las solapas de la chaqueta y lo arrastró hacia la fisura. El hombre dejó escapar un grito entrecortado, pero Taniel lo silenció golpeándole el rostro una y otra vez contra las rocas. Tomó el rifle de aire de las manos del cadáver y

revisó si se había dañado.

Era sabido que los rifles de aire eran mucho menos fiables que los rifles y mosquetes convencionales. Los mecanismos se dañaban fácilmente y los depósitos de aire solían tener pérdidas. Aquel parecía estar en buen estado; Taniel revisó la recámara y se calzó la culata al hombro.

—¿Glouster? —El primero de sus perseguidores había notado la ausencia de su compañero y se había vuelto—. Glouster, ¿estás bien? Parece que Allier está muy malherido. ¡Por el abismo, Glouster, di algo!

A Taniel le remordió la conciencia al oír el pánico en la voz del joven. El miedo debía de estar asentándose, sobrepasando la adrenalina. Se estaría preguntando si sus ojos lo habían engañado. ¿Acaso Taniel no había desaparecido detrás de las rocas de más adelante? ¿Cómo podía encontrarse en aquella grieta oscura?

El soldado de infantería apareció por encima de la grieta, con el rifle al hombro, intentando ver el interior.

Taniel le disparó en el pecho.

Tomó las municiones y depósitos de aire de los soldados muertos y fue por su sendero oculto hacia las piedras. El resto del pelotón llegaría en cualquier momento, y ellos no serían tan estúpidos como sus camaradas.

Emboscó a dos soldados más en las rocas. Luego a tres más, usando en su contra sus abultados kits y sus rifles con bayoneta, tan difíciles de manipular en los espacios estrechos que había entre las formaciones rocosas.

Unos momentos después, le disparó a otro con el rifle robado, pero el maldito mecanismo se rompió antes de que pudiera disparar otra bala. Taniel se vio forzado a huir, con el resto de los dos pelotones pisándole los talones.

Ahora permanecían en formación cerrada para no caer en otra de sus jugarretas.

Taniel sabía que se estaba quedando sin terreno. El risco continuaba algunos kilómetros más y se metía en uno de los miles de valles que atravesaban aquella cordillera. Necesitaba deshacerse del resto de sus perseguidores antes de poder regresar y encontrar alguna manera de lidiar con los demás soldados del cañón. Por esa zona había otra grieta que le permitiría colocarse detrás del enemigo y…

Taniel rodeó una roca y se encontró mirando el cielo abierto. El abismo que tenía frente a sí debía de tener más de sesenta metros de caída vertical, que terminaban en un cauce vacío. Buscó otra ruta de escape, pero solo había paredes de roca lisas. A su derecha había una cornisa que daba a otra pared similar y un saliente que, sin duda, les serviría a sus enemigos como plataforma de fusilamiento.

En algún lado había equivocado el camino. Se encontraba en un

callejón sin salida.

Miró por detrás de la roca por la que había llegado. Tal vez tuviera tiempo de regresar y encontrar otro camino antes de que lo alcanzaran.

El atisbo de un uniforme azul lo obligó a ocultarse. Llegaba a oír los gritos de quienes lo perseguían.

—¡Se ha ido por este camino!

—Ten cuidado, no tienes línea de visión. Podría estar ocultándose en cualquier lado.

—Cúbreme desde arriba.

—Muy bien; vosotros tres, conmigo. Intentad ir por ese lado, muchachos.

Taniel se arriesgó a echar una mirada y vio a cuatro soldados avanzando por el sendero por el que había ido él. Estaban a menos de quince metros y lo alcanzarían en cuestión de segundos. Tarde o temprano, los otros soldados encontrarían el saliente, y él sería hombre muerto.

Si el maldito rifle de aire no se hubiera roto, tal vez podría defenderse a distancia.

Cuando la primera bayoneta apareció desde detrás de la roca, Taniel alargó el brazo y tomó el cañón; luego hizo palanca con su peso contra el soldado que sostenía el arma. El soldado de infantería, tomado por sorpresa, se deslizó y dio algunos tropezones. Luego cayó por el precipicio. La interrupción de sus alaridos marcó el final de su caída.

—¡Por el abismo! ¡Está aquí!

—Mantén la calma.

—¡Acaba de arrojar a Havin por el precipicio! ¿Lo has visto? Nos va a...

Taniel no esperó a averiguar lo que el soldado consideraba que él les haría. Rodeó la piedra blandiendo el rifle de aire roto como una pica y le clavó la bayoneta en el pecho al hombre que hablaba. El sujeto lanzó un grito incoherente y cayó, aferrándose al kit del hombre que tenía detrás mientras se desmoronaba. Ambos se precipitaron por el risco.

Taniel y el último soldado se miraron un momento. El otro se llevó el rifle de aire al hombro en un movimiento rápido y apretó el gatillo.

Clic.

—Son poco fiables, ¿verdad? —dijo Taniel.

El sujeto maldijo y lo atacó con la bayoneta. Taniel retrocedió para esquivar la estocada y se resbaló. Por instinto, dejó caer su propio rifle para poder aferrarse y oyó con un nudo en la garganta que su mejor arma caía estrepitosamente por el precipicio.

Taniel fue retrocediendo sobre manos y pies mientras el soldado avanzaba con su bayoneta. Rodeó el borde de la piedra y se colocó para sacar su cuchillo. No serviría para una mierda contra una bayoneta, pero debía intentarlo. Lo desenfundó en el momento en el que apareció

el soldado. No lograría ponerse de pie a tiempo. Sería imposible poder…

De la boca del soldado comenzó a desbordar sangre. Algo brotó de su garganta como una planta en medio del campo. El sujeto se tambaleó, y Ka-poel lo ayudó a caer por el precipicio empujándolo con firmeza.

Tenía una bayoneta en la mano sujeta por el anillo. Su ropa andrajosa estaba manchada por mucha más sangre que la de un pobre soldado de infantería.

Taniel dejó escapar un suspiro de alivio y todo el cuerpo se le aflojó. Ella le había salvado la vida. Una vez más. Se puso de pie y se lo agradeció con un gesto de la cabeza, sin atreverse a hablar. Toda aquella adrenalina, esquivar de cerca la muerte… Era muchísimo más difícil lidiar con todo eso cuando no se encontraba en un trance de pólvora.

Una bala rebotó contra la roca, justo por encima de la cabeza de Ka-poel. Taniel la tomó de la chaqueta y la abrazó, pues sabía por instinto que la bala venía desde detrás de él. Llegó a divisar a dos soldados de pie en el saliente que había visto antes. El segundo estaba apuntando. Taniel no podía hacer más que interponer su cuerpo entre la bala y Ka-poel, y rogar que el sujeto errara el tiro.

FUUM

El sonido le dejó los oídos zumbando. Cuando pudo separarse de Ka-poel, vio que los soldados ya no estaban en el saliente. Uno de sus sombreros yacía de lado en el sitio donde habían estado hacía tan solo un momento. Taniel echó un vistazo al fondo del precipicio y vio dos cuerpos más.

¿Qué abismos había sido eso?

El crujido de unas pisadas de botas sobre las piedras lo hizo encogerse. ¿Más soldados?

Una figura familiar apareció en el extremo del saliente. Tenía patillas pelirrojas y un traje que, si no hubiera estado tan desgastado y polvoriento, probablemente habría valido lo mismo que un caballo.

El Privilegiado Borbador pateó el sombrero del soldado para reunirlo con su dueño y lo observó caer. Se volvió hacia Taniel y lo saludó con la mano.

—Hola, Tan. Lamento llegar tarde —gritó.

Capítulo 14



Nila iba a morir.

Se preguntó si esa certeza se le había cruzado por la mente durante alguno de los eventos de los seis meses anteriores. Sin duda. Durante sus días con los realistas, o como prisionera de lord Vetas, o incluso en su primer encuentro con Bo. Había mirado a la muerte a los ojos en muchas ocasiones.

Pero en ninguna de ellas le había parecido tan inevitable como ahora.

Habían hecho algo para darle un día más al ejército adrano. La tarde anterior, ella había visto a un mensajero correr desde el campamento del general Hilanska y dirigirse hacia las líneas keseñas, y el ataque esperado nunca llegó. Eso le había dado más tiempo a la comandante de brigada Abrax para hacer planes y atrincherar sus fuerzas.

Y ahora, con el sol elevándose sobre el mar Ad, keseños y adranos volvían a prepararse para entrar en combate. Cien mil soldados de infantería de Kez formaron en filas hacia el sur, con sus bayonetas reflejando el sol de la mañana. Hacia el noreste, los hombres del general Hilanska ya estaban dispuestos para la batalla. Nila se encontraba cerca de la tienda de mando de las Alas de Adom, desde donde veía a los mensajeros yendo y viniendo a toda prisa y oía la voz contralto de Abrax gritando órdenes con severidad.

Las Alas de Adom y las tres brigadas que Ket había entregado quedarían aplastadas entre dos ejércitos enemigos.

No había lugar hacia donde correr.

Los rumores volaban por entre las Alas de Adom. Un capitán sostenía que había visto a uno de los magos de la pólvora del mariscal de campo Tamas. Según un soldado de infantería, Deliv había entrado en la guerra y estaba enviando refuerzos, pero aún faltaban semanas

para que llegaran. Otro decía que todo era una jugarreta de Hilanska, y que una vez que las fuerzas keseñas avanzaran, el ejército de Hilanska giraría en su lugar y las flanquearía.

Al parecer, los soldados eran capaces de decir cualquier cosa con tal de mantener alta la moral.

Aun si todas esas cosas eran ciertas, de todas maneras serían aplastados. Los keseños eran demasiados. Su ejército podía tragarse el equivalente a cinco compañías completas de las Alas, y aún le quedaría lugar para el postre. La infantería de las Alas mantenía una expresión tan profesional que resultaba impresionante, pero Nila llegaba a ver el pánico en los ojos de los soldados y de sus oficiales.

Ninguno llegaría vivo a la comida.

—Señorita —dijo una voz desde detrás de ella. Nila se sobresaltó.

Recuperó la compostura y se volvió hacia el joven teniente. No podía ser mucho mayor que Nila. Debajo del bicornio llevaba el cabello negro echado hacia atrás y recogido con un moño. Él le obsequió una sonrisa nerviosa.

—¿Sí?

—La comandante de brigada Abrax solicita vuestra presencia.

Nila miró a Abrax con el ceño fruncido. La comandante de brigada había salido de su tienda y se encontraba a no más de veinticinco metros, mirando con hostilidad al ejército keseño. ¿Por qué no se había acercado directamente?

—Por supuesto.

Nila se acercó a Abrax, que estaba frente a la tienda de mando.

—¿Deseabais verme, señora?

—¿Aún mantienen en secreto el hecho de que eres una Privilegiada?

Nila la miró sorprendida.

—Yo…, bueno, supongo que sí. Bo dijo que aún estoy demasiado verde para que se vea mi aura en el Otro Lado, por lo que los Dotados y los Privilegiados del enemigo no deberían saber que estoy aquí.

—El enemigo no cuenta con Privilegiados. O, mejor dicho, los que tiene casi ni cuentan. No hay ninguno de los arrasamontañas de la camarilla real. —Se volvió hacia Nila—. ¿Se lo has dicho a alguien?

—No.

—Bien. No lo hagas. Tú serás nuestra mejor carta.

Nila no pudo evitar lanzar una carcajada. La reprimió todo lo que pudo, pero de todas maneras se le escapó una risita.

—¿Qué te hace gracia, Privilegiada?

Privilegiada. Oír que la llamaban así le provocó un escalofrío y la hizo ponerse seria de inmediato.

—Es que solo soy una aprendiz. Acabo de aprender a mirar el Otro Lado, aún no domino los elementos. No podré ayudar en una batalla.

—¿No puedes lanzar nada de hechicería? —Abrax parecía escéptica.

—Puedo encenderme la mano en llamas. Pero solo cuando algo me sorprende mucho o cuando me enfado.

Abrax le dio la espalda con una leve expresión de indignación.

—Tenemos algunos Privilegiados, pero son muy débiles. No podrán hacer mucho más daño que un cañón de campaña bien posicionado, y son mucho más frágiles. Borbador me dijo que tú eras poderosa. Yo contaba con que pudieras ayudar.

¿Bo le había dicho eso a Abrax? ¿Por qué abismos? Nila no tenía entrenamiento, y Bo lo sabía mejor que nadie.

—Lo siento —arriesgó a decir Nila.

—No sabía que estabas tan verde. Quédate en la retaguardia, con los suministros. En el frente lo único que lograrás es que te aplasten. Y hagas lo que hagas, no intentes lanzar ningún hechizo. Lo más probable es que mates a todos los que estén a tu alrededor. Es una desgracia que tu estúpido maestro nos haya abandonado. Él podría haber inclinado la balanza en nuestro favor. —Abrax se alejó sin decir más y comenzó a gritar órdenes.

Nila se la quedó mirando, sin poder decidirse entre la indignación o la impotencia. Bo la había abandonado. Ella tenía los conocimientos necesarios para saber que, si hubiera contado con algunos meses más de entrenamiento, podría haberse defendido. Pero no tenía forma de ayudar allí. No era mejor que los demás seguidores de campamento; parte del equipaje. Una vez más, se encontraba entre las lavanderas y todos los demás.

Abrax se podía ir al abismo. Si los keseños rompían la línea, cosa que harían, Nila sí lucharía. No le importaba si se llevaba a todo el tren de suministros con ella.

Los suministros y el campamento estaban a unos cuatrocientos metros por detrás del frente. La zona había sido fortificada con trincheras cavadas a toda prisa y la protegía una brigada de las Alas dispersa, a juicio de Nila, a lo largo de demasiado terreno.

Cuando las Alas marcharon para ayudar a la general Ket, se les había ordenado a los seguidores de campamento que se quedaran, pero, aun así, debía de haber varios miles de personas con los suministros; personal esencial como los arrieros, los intendentes y similares.

—¿No deberías estar cerca del frente?

Nila se volvió y se encontró con el inspector Adamat, que estaba sentado en el suelo cerca de ella. Parecía más viejo y cansado que hacía tan solo unos pocos días.

—Abrax me ordenó venir aquí. No tengo el entrenamiento suficiente para poder ayudar.

—Ah. Supongo que eso es cierto. —Sonrió como si quisiera suavizar

el comentario—. Yo soy demasiado viejo para poder ayudar.

—He visto soldados de infantería que os llevan diez años o más.

—No he tenido un rifle en las manos desde los días de entrenamiento en la academia. Es más probable que le clave la bayoneta al hombre que esté a mi lado a que pueda resultar útil en el frente.

Nila se preguntó si eso sería cierto. Sabía que Adamat había liderado el ataque contra los hombres de lord Vetas. Era más que capaz. Tal vez había usado su edad como excusa para evitar ir al frente. Nila no podía culparlo. Bo le había dicho que el coraje estaba sobrevalorado.

Adamat no se veía para nada asustado. Solo exhausto. Se miró los pies por unos momentos y levantó la cabeza.

—No tienen suficientes hombres aquí para proteger la retaguardia.

—Me dijeron que había una brigada completa.

—Los keseños nos flanquearán hacia el oeste mientras el general Hilanska nos ataca desde el noreste. Creo que esta posición quedará arrasada —miró su reloj de bolsillo— hacia la una en punto. Si tenemos suerte, nos matarán rápido. —Tanteó su bastón como preguntándose cuánto ánimo de lucha le quedaba.

—¿Suerte? Yo pensaba que sería preferible que nos capturasen.

Él la miró con escepticismo.

—Por supuesto.

"Si sobrevivimos, a él lo enviarán a Kez a trabajar. Yo pasaré de mano en mano por la infantería, hasta que me envíen a trabajar a mí también. A menos que un oficial me vea primero. Entonces quedaré a su merced, no seré más que una esclava".

¿Eso era preferible a que la mataran de inmediato?

Adamat se puso de pie. La artillería de las Alas había comenzado a disparar; aún a cuatrocientos metros, el sonido afectó a Nila. Recordó la batalla de Adopest entre los hombres de Tamas y los realistas, y las incontables noches sin dormir que había pasado después de escapar. Aquello iba a ser mucho peor.

—El sonido me afecta a mí también —dijo Adamat—. Puede que los soldados de infantería estén acostumbrados, pero nosotros somos civiles. La artillería es terrorífica.

—Como los Privilegiados.

—Sí. Como los Privilegiados. —Él la observó por el rabillo del ojo.

Nila fingió no darse cuenta. "Sí, soy una Privilegiada", quería decirle. "Pero aún no puedo hacer nada".

Un sonido lejano le llamó la atención. Era difícil de percibir debajo de los disparos de artillería, pero cuando se volvió hacia las líneas keseñas, lo reconoció de inmediato. Era el ran rataplán de los tambores. Las columnas keseñas estaban avanzando: miles y miles de soldados de infantería.

Nila sintió un nudo en la garganta, como si se hubiera tragado un carruaje. Nunca había estado tan aterrorizada, ni siquiera bajo las amenazas de Vetas.

Se preguntó si Jakob se llevaría bien con los hijos de Adamat. Era un buen niño, pero aún era muy pequeño para arreglárselas solo.

—¿Faye se hará cargo de Jakob cuando yo esté muerta? —preguntó.

—No vas a morir —dijo Adamat con poco entusiasmo. Hizo una pausa y agregó—: No es la clase de persona que rechaza a un niño.

Nila dejó escapar un leve suspiro de alivio.

—Supuse que no, pero tampoco la conozco tan bien.

Durante un rato, se quedaron observando a los keseños continuar su avance hacia el fuego de la artillería.

—¿Cómo abismos he terminado aquí? —murmuró Adamat.

A Nila no le pareció que lo hubiera dicho para que alguien lo oyese. ¿Qué le estaría pasando por la cabeza al viejo inspector? ¿Acaso pensaba en sus hijos? ¿O buscaba alguna manera de escapar? Eso era en lo que ella debería haber estado pensando. Echó una mirada hacia los pacíficos campos que había hacia el noroeste. Tal vez podría correr hacia allí. Ocultarse en algún campo de trigo hasta que llegara la noche y luego partir hacia Adopest.

Valía la pena intentarlo. ¿Verdad?

En la llanura, divisó algo que se movía y sus planes precipitados se fueron al abismo.

—Hay soldados allí —dijo Nila. Adamat se volvió y miró hacia el noroeste entrecerrando los ojos.

—Caballería. —Escupió en la tierra y se volvió hacia el oficial de las Alas más cercano, pero era evidente que este ya había divisado al enemigo.

Una oleada de pánico recorrió la brigada que protegía el campamento. Los oficiales tuvieron que gritar para reprimirla.

Caballería adrana. Nila no tenía idea de cuántos eran, pero la dejaron sin aliento. Debía de haber miles. Los petos refulgían al sol y las chaquetas azules y pantalones con rayas rojas sobresalían contra el tono canela de los campos de trigo. Debían de haberlos rodeado alejándose hacia el norte y ahora bloqueaban la única ruta de escape.

Un coronel de las Alas envió un mensajero hacia el frente. Tenía el rostro pálido y se aferraba el cinturón con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

Adamat lanzó un suspiro de resignación.

—Supongo que era algo predecible —dijo—. Parecen ser al menos tres batallones de coraceros.

—¿Coraceros?

—Caballería pesada. Te das cuenta por los petos. Los coraceros adranos les ponen armadura también a los caballos. —Adamat señaló a

la infantería de las Alas mientras formaban detrás de los parapetos. Les llegaban a la cadera y eran todo lo que tenían como defensa—. Pueden romper una formación de bayonetas como esta sin demasiado inconveniente.

Adamat se acercó a la retaguardia del campamento, donde la infantería de las Alas se preparaba para luchar. Nila vaciló por un momento, pero luego lo siguió.

La coronel de las Alas le echó una mirada.

—Los civiles deberían alejarse del frente —dijo ella.

—El frente queda hacia allá —dijo Adamat señalando detrás de él.

—Controla a tus hombres, Cronier —gritó la coronel—. ¡Yo misma destriparé al primero que intente huir! —Miró una vez más a Adamat y a Nila, pero se contuvo de hacer comentarios.

Los coraceros adranos se acercaban. Se estaban tomando su tiempo; cuando se detuvieron a unos ochocientos metros de allí, Nila se dio cuenta de que probablemente estuvieran esperando alguna señal del general Hilanska. Atacarían la retaguardia en el mismo momento en que los keseños atacaran el frente.

Al mirar hacia el sur, notó que los keseños seguían avanzando a un paso lento, metódico. La artillería de las Alas dejaba huecos entre sus filas, pero parecía ser como arañar a un gigante. Los keseños seguían avanzando.

En la colina del noreste, la infantería del general Hilanska se lanzó hacia delante, a un paso un poco más veloz que el de los keseños.

Hacia el noroeste, unos tres mil coraceros comenzaron a avanzar al trote.

A Nila le pareció que podía ver su propia muerte atravesando esos campos. Los coraceros realmente tenían un aspecto espléndido si se los analizaba sin tener en cuenta la vida propia. Se movían con una coordinación perfecta; las plumas colocadas sobre la cabeza de los caballos y en sus cascos de acero flameando al viento. ¿Acaso el suelo temblaba realmente?, ¿o solo era su imaginación?

—Allí, hacia el oeste —dijo Adamat, y su voz sonó como un gruñido seco—. Parece un batallón de lanceros adranos.

Ella conocía ese término. Más caballería. Con armas ligeras.

—Darán la vuelta y atacarán nuestras líneas desde el oeste —dijo la coronel de las Alas.

De inmediato despachó a otro mensajero hacia el frente, justo en el momento en que regresaba el primero. El mensajero le hizo un saludo.

—La comandante de brigada Abrax os ordena no disparar.

—No disp… —El rostro de la coronel se puso rojo—. ¿No disparar? ¿Qué abismos significa eso? ¡Esos coraceros nos destrozarán! —Volvió a enviar al mensajero hacia el frente. Echaba humo, pero se mantuvo en silencio.

Nila desvió la mirada de los coraceros, que seguían avanzando. Hacia el noroeste, las baterías de artillería de pronto arrojaron fuego y humo, con sus cañones apuntando hacia el campamento de las Alas. Nila cerró los ojos con fuerza, recordando el silbido terrible de los cañonazos en las barricadas realistas, y esperó aquel sonido horrible.

Nunca llegó. Cuando volvió a abrir los ojos, vio las figuras distantes de los artilleros adranos recargando los cañones.

—¿A qué le están apuntando? —preguntó.

Adamat frunció el ceño.

—No lo sé.

Siguió otra descarga y Nila intentó encontrar el lugar donde estaban aterrizando las balas. La artillería parecía estar apuntando directamente hacia ella. Nila no tenía idea del alcance de un cañón, pero ¿por qué disparar si no era para atinarle a algo?

—Me parece que no le están disparando a nada —dijo de pronto la coronel de las Alas. Ella misma parecía sorprendida por su comentario —. A esa distancia es imposible que se excedan con el alcance, y... —Se quedó en silencio; los cañones adranos siguieron abriendo fuego.

Nila volvió la cabeza. ¿Eso que se oía eran mosquetes? Hacia el sur, una nube de humo negro flotaba sobre el campo de batalla, y de pronto se oyó un rugido: cien mil voces que se unían mientras los keseños atacaban.

La batalla había comenzado.

Para ella, terminaría pronto. Los coraceros seguían avanzando al trote, pero en cualquier momento cargarían contra ellos. No podían estar más que a unos pocos cientos de metros. Nila se miró la mano derecha e intentó hacer que le brotara fuego. Tenía que morir luchando. No podía permitir que la mataran como a una persona común. No ahora. No después de todo aquello por lo que había pasado.

Comenzó a sentir calor en la mano, pero no sucedió nada. Se concentró más. Bo había dicho que ella era poderosa. Seguramente podría hacer algo. ¡Lo que fuese!

En la infantería de las Alas comenzaron a oírse gritos y Nila, ya desconcentrada, levantó la vista y vio que los coraceros habían desviado el rumbo. Todo el grupo había girado hacia el oeste. La coronel observó boquiabierta a los coraceros, que trotaban paralelos a la línea de las Alas, fuera del alcance de los rifles. Gritó algunas órdenes y sus hombres se volvieron para proteger esa parte del campamento.

Los coraceros continuaron avanzando, esquivando de lejos el campamento y aún más de lejos el frente de las Alas.

Nila no entendía nada. ¿Acaso iban a flanquear el frente de las Alas? ¿Qué había de los lanceros que había visto Adamat? ¿Adónde abismos iba toda esa caballería?

Siguió sin entender, hasta que vio a la artillería adrana. Los artilleros habían dejado de disparar hacia el campamento de las Alas y habían colocado los cañones para que apuntaran hacia el sur, hacia las líneas keseñas. La infantería del general Hilanska giró al mismo tiempo que la artillería y avanzó para tomar posiciones no contra el frente de las Alas, sino a su lado.

Un mensajero llegó galopando y se detuvo junto a la coronel.

—¡Órdenes de la comandante de brigada Abrax! —dijo jadeando—. Girad a vuestros hombres y preparaos para actuar como auxiliar del frente. El ataque adrano era una jugarreta. ¡El general Hilanska ya no está al mando del Ejército! ¡Lucharán de nuestro lado!

La coronel dio órdenes a un capitán que estaba cerca y tomó al caballo del mensajero por las riendas.

—Entonces, ¿quién abismos está al mando?

—El mariscal de campo Tamas. Ha vuelto.

Nila sintió que perdía las fuerzas y se tambaleó. ¿Tamas seguía con vida? ¿Y estaba al mando? Tal vez, solo tal vez, ella lograría sobrevivir ese día.

—Nila —le dijo Adamat con gentileza—, tienes el brazo en llamas.

Ella bajó la mirada y vio una nube de fuego azul que le rodeaba la mano derecha y le envolvía el brazo hasta el codo. Agitó la mano para apagarla y, a modo de experimento, juntó el pulgar y el índice. Las llamas volvieron a brotar alrededor de su puño.

Hacia el sur, un sonoro estrépito se elevó sobre los disparos de mosquetes y artillería; ella miró hacia allí y vio que tres batallones de coraceros adranos acababan de arremeter contra el flanco keseño.

Capítulo 15



Adamat no podía creer lo que acababa de oír. El mariscal Tamas no solo estaba con vida, sino que además estaba allí.

Tamas debía de haberle arrebatado el mando a Hilanska. Eso significaba que las fuerzas adranas, incluyendo a las Alas de Adom, ahora podían presentar un frente unificado contra Kez.

Sin embargo, sintió una gran desazón mientras pensaba en eso. Los keseños aún superaban a Adro al menos cuatro a uno, y ahora que luchaban en terreno abierto, a Kez le resultaría fácil extender sus fuerzas y rodear al ejército adrano.

El grueso de la batalla ahora estaba oculto bajo un manto de humo negro de los mosquetes, que tapaba el horizonte como si se estuviera incendiando toda una ciudad. Hacia el sudoeste, Adamat divisó a los coraceros adranos intentando alejarse después de un ataque exitoso contra el flanco keseño. Los auxiliares keseños ya iban a paso ligero para entorpecer el escape de los coraceros.

Adamat notó horrorizado que los auxiliares continuaron desplegándose muchísimo más allá del borde de las líneas de las Alas. Seguramente, los keseños esperaban que Hilanska se encargara del flanco de las Alas, y ahora que la trampa había quedado expuesta, habían dado la orden a varias brigadas para que se encargaran de esa tarea.

Y lo harían con facilidad. Incluso si ninguno de esos hombres contaba con equipo ni entrenamiento, lo compensaban sin problemas: harían colapsar el flanco derecho de las Alas sencillamente por superioridad numérica.

Junto a Adamat, Nila había comenzado a chasquear los dedos: cubría su brazo de llamas y lo apagaba por medio de su hechicería de Privilegiada. Había dejado de observar la batalla y parecía

completamente concentrada en sus experimentos. Adamat notó que la coronel de las Alas se había alejado unos pasos. Él hizo lo mismo. La propia Nila había confesado no tener idea de lo que estaba haciendo, y a él no le interesaba averiguar cuántos cadáveres calcinados se necesitaban para que un Privilegiado finalmente adquiriera práctica.

Los coraceros adranos se separaron por fin del flanco keseño y huyeron ante el avance de los auxiliares. Habían dejado una gran muesca en la formación de la infantería keseña, pero a costa de sufrir grandes pérdidas. Retrocedieron hacia el noroeste para lamerse las heridas.

Cuando los auxiliares se dieron cuenta de que no alcanzarían a los coraceros, aminoraron la marcha y se volvieron hacia el flanco de las Alas. A pesar de su poca pericia, Adamat se dio cuenta de que todo acabaría desastrosamente. Rogó que Tamas planeara enviar más refuerzos hacia ese lado, porque la situación no podía empeorar demasiado.

Maldijo en voz baja. ¿Por qué se había permitido pensar eso? Por supuesto que podía empeorar.

Acababa de suceder.

Una brigada de auxiliares keseños se había separado de la formación principal y marchaba directamente hacia el campamento. Enseguida la siguió otra, y no había nada que se les interpusiera, salvo la coronel y sus soldados novatos.

Incluso si lograban entablar una defensa fuerte, terminarían masacrados. La infantería keseña no se volvería en el último momento. Pasarían por encima de las defensas, matarían a todos los seguidores, saquearían e incendiarían el campamento y luego se volverían para atacar a las Alas desde atrás.

La coronel lanzó una serie de órdenes sucesivas. Varios mensajeros salieron a toda prisa hacia el frente, y las compañías se volvieron para enfrentarse a esta nueva amenaza.

Adamat desenfundó la espada de bastón y la aferró con fuerza. De inmediato se sintió tonto. ¿Qué podía hacer una espada de bastón contra unos mosqueteros con bayoneta calada? Consideró preguntarle a la coronel si tenía un rifle de más que él pudiera usar, pero ella se alejó a toda prisa gritándole órdenes a un capitán.

Adamat se quedó a solas con Nila. La muchacha Privilegiada seguía moviendo los dedos, encendiendo unas llamas azules por su brazo.

—¿Qué abismos estás haciendo?

—Estoy intentando lograr que esto funcione —respondió ella sin levantar la mirada.

Volvió a chasquear los dedos y la llama azul le envolvió la mano. Frustrada, la agitó para apagarla.

—¿Te parece que es el mejor momento?

Notó que Nila le estaba prestando particular atención al modo en que posicionaba los dedos al chasquearlos. Antes de cada nuevo intento, cambiaba ligeramente la posición y probaba una combinación de chasquidos, frotando el pulgar contra el índice y luego contra el corazón.

—Puede que no tenga otra oportunidad.

—Bueno, mira —dijo Adamat. Sabía lo que ella estaba pensando. "Haz que funcione; salva a todos con tu nueva hechicería". Por supuesto, no podía aprender a usar su hechicería en tan solo unos minutos, y la idea de que lo intentara le parecía completamente absurda. Tan absurda como que él se quedara allí blandiendo su espada de bastón—. Tenemos que retroceder lo más que podamos. Una vez que comience la lucha, podemos intentar correr hacia las líneas adranas. Luego podríamos... ¡Ah!

Una llamarada brotó de la mano de Nila, dejó un sendero de tierra quemada de unos quince metros, y casi le prendió fuego a un cabo que estaba cerca.

Nila lanzó un grito, mitad de sorpresa y mitad de victoria.

—¡Lo he conseguido!

—¿Qué? No has conseguido nada —dijo Adamat—. ¿Sabes siquiera qué es lo que has hecho?

Nila apartó su mano secundaria y señaló un sector vacío que había entre dos tiendas cercanas. Rozó el pulgar contra el índice y tocó suavemente el meñique. De su mano dominante brotó una llama. Ahora no un chorro estrecho, sino como un caudal que brotó del suelo, se elevó casi dos metros de altura y avanzó, como siguiendo un reguero de aceite, desde donde estaba ella hasta el lugar donde había señalado, incendiando la hierba a su paso.

—Muy bien— dijo Adamat—. Eso ha sido impresionante.

"Terrorífico" era un mejor término, pero a Adamat no le pareció que la muchacha necesitara oírlo. No sabía lo que hacía. ¿Quién sabía qué era capaz de hacer un Privilegiado sin entrenamiento? Tal vez pudiera hacer arder a todo el ejército enemigo, ¿pero acaso podía evitar hacerles lo mismo a sus aliados?

Adamat se preguntó si debería dirigirse al frente adrano. Si Tamas había regresado, él necesitaría informarle todo lo que había sucedido durante los últimos meses. Pero no sería lo más conveniente hacerlo en el transcurso de una batalla.

Al menos le serviría para alejarse de los auxiliares keseños que se acercaban.

—Nila, deberíamos... —se detuvo.

La muchacha ya no estaba allí. Adamat miró a su alrededor y la vio corriendo, sosteniéndose las faldas, hacia la retaguardia de las Alas y hacia los auxiliares keseños que había más allá.

¿Qué estaba haciendo? ¿Acaso pensaba que podía ayudar? Estaba corriendo hacia su muerte.

Adamat miró en dirección a las líneas adranas. Podía lograrlo. La tienda de mando de Adro estaba a menos de tres kilómetros de ahí. Podía ir hasta allí para dar su informe a Tamas y, tal vez, conseguir que se enviara algo de ayuda en esa dirección.

La muchacha no era su responsabilidad. Era la de Bo, y Adamat no le debía nada a Bo.

Con un insulto en los labios, salió corriendo detrás de Nila.

Nila atravesó a empujones la línea de soldados que se preparaban para defender el campamento de las Alas e ignoró sus gritos mientras trepaba las fortificaciones y corría hacia la brigada enemiga.

En el fondo de su mente, una vocecita le lanzaba alaridos para que se volviera y corriera hacia el otro lado. ¿Qué abismos estaba haciendo? Corría directamente hacia su muerte. Incluso si lograba repetir el fuego, no había forma de que pudiera utilizarlo para destruir a una brigada completa. Tal vez pudiera llevarse a algunos con ella, pero le dispararían hasta matarla y pasarían por encima de su cadáver. No lograría nada bueno allí fuera.

Pero ignoró la voz y siguió avanzando hacia el enemigo.

La voz cambió de estrategia.

“Vas a intentar matar gente. Les darás fin a vidas humanas. No eres guerrera. Eres una lavandera. Morirán en medio de un infierno, quemados vivos, y los alaridos te perseguirán por el resto de tu vida”.

“Pero si no hago nada, los mercenarios de las Alas morirán”, argumentó ella. “La infantería será avasallada y sus combatientes morirán”.

“Para eso les pagan”.

Nila aminoró la marcha. Ya no estaba convencida de tener la fuerza para hacer lo necesario. ¿Qué opinaría Bo? ¿Acaso no le diría que dejara de ser una cobarde y que aprendiera a actuar como una Privilegiada? ¿No había dicho también que el coraje estaba sobrevalorado? Desgraciado contradictorio.

Nila sospechó que en aquella situación él le diría que era una estúpida sin entrenamiento que estaba a punto de causar su propia muerte.

Se detuvo. Estaba a unos cuarenta y cinco metros por delante de la línea de las Alas y el enemigo avanzaba hacia ella, inexorable como una máquina. Oía los gritos de sus sargentos y el bump-bump de su marcha, al ritmo de los tambores.

—¡Nila! —Adamat la aferró del brazo y tiró en dirección a las Alas—. Tenemos que irnos.

Ella se soltó y sintió un nudo terrible en el estómago. Era muy tarde.

Los keseños ya estaban a menos de cien metros de distancia. Las Alas dispararían enseguida, sin importar que ella estuviera allí. Adamat y ella caerían ante la cortina de fuego. Ella los había matado a los dos.

—Alejaos, inspector —dijo ella.

Dejó caer la falda y dio algunos pasos. Intentó abrir su cuerpo al Otro Lado, como le había enseñado Bo, para que la hechicería fluyera mejor. Levantó ambas manos; le temblaban terriblemente. Con su mano izquierda apuntó hacia la brigada keseña y levantó la derecha sobre su cabeza. Se dio cuenta entonces de lo histriónico que era el gesto, de que era algo completamente innecesario.

Bo lo habría aprobado.

Rozó el pulgar contra el índice, ordenando mentalmente al Otro Lado que inundara el mundo.

No sucedió nada.

Lo había hecho mal. Ahora las manos le temblaban descontroladas. Le resultaría imposible entablar la conexión apropiada. Su cuerpo la había traicionado, y ahora ella y Adamat morirían por ello.

De pronto se quedó sin aliento, como si le hubieran atravesado el estómago y los pulmones con una lanza. De sus labios se escapó un jadeo y tuvo que resistir el mareo que le siguió. Cuando pensó que el dolor ya era intolerable, una tormenta de fuego cayó sobre el mundo.

Se extendió desde ella en un cono, como una oleada de pestilencia que no dejó más que cenizas en su camino. Ella lo observó expandirse hacia las líneas enemigas y, de pronto y sin advertencia, la negrura se apoderó de ella.

Adamat corrió hacia Nila y llegó justo a tiempo para sujetarla cuando cayó.

Observó anonadado el muro de fuego que avanzaba y pasaba por encima de la brigada keseña. Los alaridos le llegaron un momento después, pero para cuando las llamas hubieron arrasado los elementos de avanzada de la infantería keseña, los gritos ya habían quedado en silencio. El paisaje quedó decorado con esqueletos chamuscados, retorcidos horriblemente por el calor. Cuando las llamas por fin se apagaron, más de tres cuartos de la brigada habían sido reducidos a cenizas.

Adamat desvió la mirada de aquella escena y levantó a Nila con ambos brazos. Era una mujer pequeña y, si él hubiera tenido diez años menos, le habría resultado fácil cargarla y correr hasta a la línea de las Alas. En la situación actual, con cada vieja molestia y cada herida presentes para importunarlo, le resultó todo un esfuerzo atravesar con su carga la distancia que lo separaba del frente.

Varios soldados de infantería salieron de la formación para ayudarlo a trepar las barricadas de tierra. Uno de ellos tomó a Nila de sus

manos.

—Llévatela lo más lejos que puedas de la lucha —dijo Adamat siguiendo al soldado de regreso al campamento. Corrieron por entre las tiendas hasta que llegaron al límite este del campamento, el más cercano a las líneas adranas. Los soldados tendieron a Nila en el suelo y regresaron corriendo al frente.

Adamat sostuvo una mano por encima de la boca de la muchacha y le apoyó un dedo en la garganta. Tardó un momento, pero pudo encontrarle el pulso: parecía bastante débil.

Registró la tienda de campaña cercana de soldado, de la que sacó una colchoneta y mantas para acomodar a la chica. No quería sofocarla, pero sería buena idea ocultarla, por si los keseños atravesaban las líneas enemigas. Una vez que terminó de hacerlo, robó la silla de un oficial y se subió sobre ella para intentar ver lo que sucedía en la batalla.

Una nube perpetua de pólvora negra le imposibilitó ver lo que pasaba en el campo de batalla hacia el sur. La artillería adrana disparaba sin descanso, y los milicianos estaban yendo a su posición. Las cosas no podían ir muy bien si ya necesitaban a la milicia. Al parecer, varias compañías de la infantería adrana se habían separado del frente e iban a paso ligero para reforzar el campamento de las Alas.

Adamat estaba evaluando el cuerpo inconsciente de Nila, preguntándose si tendría la fuerza suficiente para cargar con ella hasta las líneas adranas (donde, con suerte, estaría segura), cuando se volvió hacia el oeste y observó el área que ella había calcinado con su hechicería.

Lo que quedaba de la brigada que ella había atacado había huido sin vacilar. Desde allí aún los veía correr. Al parecer, sus oficiales les estaban disparando para hacerlos regresar.

Sería bueno para la moral, supuso Adamat.

La Segunda Brigada estaba flaqueando. Su avance prácticamente se había detenido, y parecían tener dudas sobre marchar por entre los restos carbonizados de sus camaradas.

De las líneas keseñas surgieron unas figuras inmensas, unos armatostes de músculos retorcidos vestidos de negro, y atravesaron a la carrera la zona chamuscada en dirección a la infantería de las Alas. Blandían pistolas y cuchillos enormes, y les hicieron gestos a los auxiliares de que los siguieran. Guardianes; al menos unos veinte. Arrasarían por su cuenta con los verdes soldados de infantería de las Alas.

La brigada completa de auxiliares keseños se lanzó a la carrera. Pisotearon los esqueletos ennegrecidos y los convirtieron en polvo mientras bajaban las bayonetas para atacar.

Adamat sintió una punzada de pena por los pobres desgraciados que

quedaran atrapados debajo de aquella estampida.

La primera línea de soldados de las Alas abrió fuego; derribó a varios de los Guardianes e hirió a unos cuantos más. Las criaturas continuaron avanzando incluso después de la segunda descarga. Saltaron las fortificaciones de tierra y se encontraron entre los soldados de las Alas. En cuestión de segundos, los siguieron más de cuatro mil auxiliares. La oleada de uniformes color canela trepó por los terraplenes y se estrelló contra la barricada de rojo y blanco.

Toda la escena se volvió un caos.

Los soldados de las Alas se las habían arreglado para resistir el ataque inicial, pero sus oficiales ya iban cayendo ante los Guardianes. Se formaron grietas en las defensas. Serían arrasados en cuestión de minutos.

Los refuerzos adranos se acercaban a toda prisa desde el sur, pero quedaba claro que no eran suficientes, y no llegarían a tiempo para marcar ninguna diferencia.

Adamat encontró una carreta cuyo conductor había huido. Envolvió a Nila en varias mantas y la colocó debajo. Luego apiló dos cajones de rifles vacíos a un lado para ocultar su presencia. Rogó que nadie le prendiera fuego a la carreta. No era gran cosa, pero era todo lo que podía hacer en aquella llanura en medio de la nada.

La retaguardia de las Alas resistió por más tiempo del que Adamat había supuesto, pero para cuando llegaron los refuerzos adranos, los mercenarios ya se encontraban prácticamente exhaustos. Los auxiliares keseños habían vacilado después del impacto inicial, pero su superioridad numérica les dio coraje y, un tanto desordenados, se volvieron para hacer frente a aquella nueva amenaza.

Adamat observó la batalla desde detrás de la carreta; un viejo investigador no necesitaba hacerse el héroe. De vez en cuando echaba un vistazo a Nila con la esperanza de que recobrara la conciencia.

La batalla se volvió brutal. La retaguardia de las Alas se había comportado con coraje y, aunque sus soldados eran demasiado jóvenes, se las había arreglado para absorber el impacto de la carga inicial de los keseños. Si bien los refuerzos adranos estaban superados en número por mucho, eran veteranos experimentados. Atravesaron sin piedad a los auxiliares keseños y trabajaron en equipo para derribar a los Guardianes con sus bayonetas. Las líneas se mantuvieron firmes a pesar de la confusión de las tiendas del campamento.

El cielo se oscureció entre las nubes de pólvora negra. El aire olía a azufre, barro pisoteado, sangre y mierda. Los gritos de guerra dieron lugar a los gemidos de los heridos, y, a Adamat, aquel sonido le dio ganas de meterse con Nila debajo de la carreta.

La lucha se volvió desesperada. Las compañías adranas masacraban auxiliares a decenas, los Guardianes iban rompiendo las líneas

adranas. Aquel caos parecía estar acercándose peligrosamente al escondite de Adamat. De pronto, ya lo tenía casi encima.

Un soldado adrano retrocedió más allá de la carreta ante las bayonetas de tres auxiliares keseños. El pobre desdichado tropezó con el tensor de una tienda y cayó de espaldas, y los tres auxiliares aprovecharon la ventaja. Estarían sobre él en un momento.

Adamat lanzó un insulto mientras giraba el mango de su bastón y blandía la espada de su interior. Se las arregló para atravesar sin tropezarse los diez metros que lo separaban de los tres keseños y le clavó la espada entre los hombros al del medio. Luego se volvió y apuñaló al segundo en el cuello.

Para cuando Adamat terminó de apuñalar por la espalda a los dos primeros auxiliares, el tercero ya había desparramado las entrañas del soldado adrano. Se volvió hacia Adamat con una expresión de sorpresa y, lanzando un alarido inarticulado, lo atacó con la bayoneta chorreando sangre y tripas.

Entonces fue el turno de Adamat de retroceder. Se echó hacia atrás tan rápido como se atrevió a hacerlo, intentando no terminar como el soldado de infantería al que no había podido salvar. Se tropezó una vez y entonces se volvió y corrió a toda velocidad, rogando que nadie lo hubiera visto.

Ni borracho se enfrentaría solo con una espada de bastón a un soldado armado con bayoneta.

El soldado lo persiguió alrededor de la carreta dos vueltas completas hasta que un pelotón de infantería adrana se acercó en formación y lo hizo huir.

—¡Oye, anciano! —gritó uno de los soldados—. ¡Sal de la batalla!

Qué estúpido sonaba eso. La batalla estaba en todos lados. Adamat abrió la boca para replicar, pero en lugar de eso gritó una advertencia.

Un Guardián arremetió contra el pelotón con la fuerza de un cañonazo. Cinco de los hombres fueron derribados. El resto se volvió para enfrentarse a la criatura y la atacó con bayonetas que esta ignoró como si fueran alfileres. Tomó el rifle del soldado más cercano y le dio a otro un culatazo terrible en el rostro que hizo volar dientes y sangre. Aferró a otro de los soldados por la garganta y, apretando despreocupadamente, le rompió la tráquea y lo dejó allí para que muriera asfixiado.

Para cuando finalmente lograron abatir a la criatura, se había llevado consigo a casi medio pelotón.

Adamat observó a dos soldados de infantería clavarle una bayoneta en cada ojo y sujetarlo contra el suelo hasta que dejó de forcejear. Nunca había visto a una de aquellas criaturas en persona. Incluso después de que debería haber muerto, sus músculos se siguieron moviendo de manera extraña debajo de su piel. La boca se abría y se

cerraba por su cuenta, con la lengua colgando por la comisura.

Después de ver la pelea, a Adamat le latía con fuerza el corazón, a pesar de ni siquiera haber atacado al Guardián. ¡Qué fuerza! ¡Qué poder! No podía ni imaginarse la hechicería retorcida que se necesitaría para crear a semejantes cosas.

Un chillido escalofriante le interrumpió los pensamientos. Adamat se volvió justo a tiempo para ver que un Guardián vestido de negro saltaba sobre la carreta, pasando a más de medio metro por encima del vehículo, y aterrizaba en medio del tambaleante pelotón de soldados adranos.

Tomó a un hombre por el tobillo, le dio vueltas como si fuera una porra y lo usó para golpear a dos de los otros. Luego lo arrojó por encima de su hombro.

El cuerpo inerte habría aplastado a Adamat si no se hubiera tirado al suelo. Se puso de pie con dificultad, buscando la espada de bastón con una mano mientras con la otra se sostenía del borde de la carreta. Recuperó la compostura justo a tiempo para ver al Guardián masacrando al resto del pelotón con una bayoneta rota.

La criatura se volvió hacia él, lo que le permitió verlo en detalle por primera vez. Hacía muchos años, Adamat había visto un oso sin pelo en un circo itinerante. La bestia que ahora tenía adelante se parecía más a ese oso que a un ser humano. Tenía cabello negro corto y un feo tajo en la mejilla, lo que le levantaba la comisura del labio en una sonrisa de desprecio. El Guardián dio un puñetazo contra el suelo como un gorila y avanzó hacia Adamat.

Él manoteó desesperado en busca de su espada de bastón, o de cualquier cosa que pudiera usar como arma.

Tampoco le serviría de mucho.

La criatura avanzó lentamente, como si de pronto vacilara. Observaba a Adamat con un recelo animal, con el grueso ceño fruncido. ¿Por qué abismos estaba tardando tanto? Adamat no pudo encontrar un arma. Las manos le temblaban tanto que probablemente tampoco habría podido blandirla.

"Mátame ya, criatura asquerosa".

La bestia se estiró hacia la garganta de Adamat. Él posó la vista sobre esa mano gruesa y retorcida. Le faltaba el anular derecho. Era un extraño detalle en el que fijarse. Pero, claro, se hacían cosas extrañas cuando se miraba a la muerte a los ojos. Adamat sintió que su mano tocaba algo; el mango de su espada de bastón. Había caído en la carreta. La tomó y se preparó para clavarla con toda su fuerza en el rostro del Guardián. Era su única oportunidad.

Se tensó, listo para atacar.

Y entonces sintió que el corazón se le iba al fondo del estómago. Aquellos ojos apagados y la piel retorcida de pronto le parecieron

demasiado familiares.

—¿Josep? —se oyó decir Adamat con gruñido.

La criatura saltó hacia atrás como si la hubieran herido. Golpeó el suelo con ambas manos y le mostró los dientes.

—¿Josep? ¿Eres tú?

Adamat no tuvo oportunidad de oír si la criatura le respondía. Tres soldados adranos aparecieron desde detrás de la carreta con las bayonetas listas y cargaron contra el Guardián lanzando un grito desafiante. El Guardián se volvió hacia ellos y luego miró a Adamat con evidente confusión. Dio dos grandes pasos en dirección a los soldados, saltó por encima de ellos y aterrizó del otro lado. Luego salió corriendo hacia las líneas keseñas.

Los soldados le gritaron desafiantes, pero Adamat vio el alivio de sus ojos. Aquella era una pelea que no habrían ganado.

Adamat oyó un golpe y un insulto definitivamente poco femenino debajo de la carreta. Desvió la mirada del Guardián y se inclinó hacia el vehículo.

—¿Nila? ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Estaba echada sobre su espalda frotándose la frente —. ¿Dónde estoy?

—Perdiste el conocimiento y te escondí.

—Ah. Perdón, me he desmayado. No sé qué me pasó.

—Puede que hayas cambiado el rumbo de toda la batalla —dijo Adamat.

Durante unos momentos, reinó el silencio.

—¿He matado a alguien?

—Has salvado muchas vidas —dijo Adamat.

No había una buena respuesta. La muchacha realmente había salvado muchas vidas, pero semejante violencia siempre tenía su precio, tanto físico como emocional. Probablemente fuera una bendición que se hubiera desmayado antes de que comenzaran los alaridos.

—Gracias —dijo ella en voz baja—. ¿Y ahora qué?

Adamat se puso de pie y miró a su alrededor. El campamento era un caos. No se veía al Guardián por ninguna parte. Sin embargo, la lucha había aminorado y los únicos hombres que había en pie llevaban uniforme adrano.

—Parece que los hemos rechazado.

—Qué alivio.

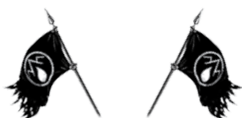
—Sí —dijo Adamat dejándose caer contra el borde de la carreta—. Es un alivio.

¿Qué acababa de presenciar? La criatura podría (debería) haberlo matado sin vacilar. Y no lo había hecho. ¿Podía ser solo una coincidencia? El dedo que le faltaba, los rasgos familiares de su rostro,

la forma de la mandíbula heredada del padre de Faye. Adamat cerró los ojos y observó el rostro de la bestia en su memoria perfecta.

Josep.

Capítulo 16



Nila sentía un hormigueo por todo el cuerpo.

Era como haberse bajado de un carruaje después de recorrer un camino particularmente largo y lleno de pozos. Tenía las piernas débiles y el abdomen cálido, y todo lo que tocaba parecía crepitar levemente. La mente le daba vueltas, como si tuviera la cabeza llena de lana.

Adamat la ayudó a salir de debajo de la carreta. Nila agitó los brazos para librarse del hormigueo.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó Adamat.

—Siento como si tuviera el cuerpo relleno de abejas. ¿Es algo normal?

—No... No, creo que no. —La respuesta de Adamat le sonó acartonada. Observaba a los auxiliares keseños que se retiraban, su rostro inexpresivo.

—¿Hemos ganado?

Adamat asintió con la cabeza, pero se detuvo, como si estuviera reconsiderándolo.

—Hemos ganado de momento. Por muy poco. —Señaló hacia el sur, donde unas nubes oscuras de pólvora flotaban sobre el campo de batalla y el tronar de la artillería continuaba casi sin interrupción—. Si no hubiera sido por tu hechicería, habríamos perdido el campamento. Me imagino que Bo estará orgulloso de ti.

Oyéndolo fríamente, Nila se daba cuenta de que algo le pasaba a Adamat. Pero al oír eso último la atravesó una gran conmoción y un nudo frío se le instaló en el estómago. ¿Estaría orgulloso Bo? Se podría haber matado a sí misma. Debería haberse matado a sí misma arriesgándose de esa manera tan estúpida. Bo se pondría furioso. “Vive para luchar otro día”, le habría dicho. “No te arriesgues así”.

Pero ¿importaba realmente lo que él pensaba? ¿Temía que la fuera a castigar? ¿O acaso le tenía miedo a su desaprobación?

Ahora no importaba nada de eso. Ya se oían los gemidos espeluznantes de los heridos, ahora que la adrenalina de la batalla había pasado y los hombres se arriesgaban a pedir ayuda.

—Adamat, deberíamos ir a ayudar.

—¿Mmm?

Nila observó detenidamente al viejo investigador. Le había salvado la vida al llevársela del campo de batalla, pero no le había exigido que se lo agradeciera. Parecía tener la mente en otro lado. Incluso parecía aturdido.

—¿Os habéis golpeado la cabeza? —le preguntó.

—No. No lo creo.

—¿Estáis seguro? Podemos buscar un médico para que lo vea.

Adamat se tanteó el pecho y los brazos.

—Estoy bien. De hecho, creo que no he sufrido ninguna herida.

—Descansad aquí —dijo Nila—. Iré a ayudar como pueda.

—Eso no me parece una buena idea. —Adamat meneó la cabeza y pareció reponerse de su aturdimiento.

—Hay heridos por todos lados —dijo Nila—. Necesitarán cuanta ayuda se les pueda dar.

Observó el campamento. Hacia el oeste había tiendas en llamas y los soldados adranos estaban haciendo todo lo posible para apagar el fuego antes de que se esparciera. Los conductores de las carretas intentaban arrear a sus caballos y bueyes, mientras los médicos reunían a toda persona que no estuviera armada para comenzar a mover cuerpos.

Nila se dirigió hacia el lugar donde la Quinta Brigada de las Alas se había enfrentado a los auxiliares keseños. El caos y los clamores se intensificaron a medida que se acercaba al sitio de la batalla. Cuando pasó las tiendas y se acercó a las fortificaciones de tierra, vio que los cuerpos de muertos y heridos de ambos bandos cubrían el suelo como si fueran una gran alfombra. La sola imagen le revolvió el estómago, pero lo peor era el olor. Sangre, azufre, mierda y tripas. Una vez había ido a un matadero, cuando un cocinero de los Eldaminse había estado enfermo. En ese momento, pensó que aquel era el hedor más horrible que jamás hubiera sentido.

Aquello era peor.

La mezcla terrible de olores estaba dominada por el nítido hedor a carne quemada. Se le aferró a las fosas nasales e impregnó el pañuelo de seda que se sostenía contra el rostro.

Adamat se le acercó. Ya había perdido, en parte, aquella expresión de aturdimiento. La miró preocupado.

—Es difícil de comprender, ¿verdad? —dijo él.

—¿Dónde están todos los supervivientes? ¿Dónde está el resto de la Quinta de las Alas? —Nila corrió hacia un hombre que gritaba pidiendo ayuda, pero cuando llegó, él ya había dejado escapar su último aliento. Ella se alejó del cuerpo.

—Allí —dijo Adamat señalando a un pequeño grupo de soldados, muchos de los cuales se apoyaban contra sus camaradas para sostenerse. Los oficiales recorrían el lugar separando a los heridos e intentando hacer que los más saludables volvieran a formar en columnas. Adamat señaló otro grupo que parecía más andrajoso y desorganizado—. Y allí. Los keseños arrasaron con la Quinta Brigada completa antes de que los refuerzos adranos llegaran. Tendrán suerte si aún les quedan más de mil soldados capaces de luchar.

Tres mil entre muertos y heridos. Y eso era tan solo de las Alas. Semejante número la dejó pasmada. Eso era cien veces el personal completo del hogar Eldaminse.

Nila divisó a la coronel de la Quinta y se alegró de que aquella mujer hubiera sobrevivido. Aún sostenía el sable, pero había perdido el sombrero y se apretaba el muslo con la otra mano mientras gritaba órdenes. Los soldados comenzaron a obedecer a los oficiales, y poco a poco la columna empezó a rearmarse.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Nila—. ¿No deberían ayudar a los heridos?

Adamat se inclinó cansado sobre su bastón.

—Reunirán a los prisioneros keseños y pondrán algunos guardias, pero todos los demás necesitan estar listos por si hay otro ataque. Esta batalla aún no está decidida. —Echó una mirada hacia el sur, hacia el horizonte lleno de humo—. Creo.

La sola idea de que semejante matanza y destrucción volviera a ocurrir le revolvió el estómago a Nila, y eso que había estado inconsciente buena parte de la batalla. Luchó por mantener el desayuno en su interior.

—En el nombre de Kresimir, ¿qué es ese olor?

—La guerra —respondió Adamat.

—Pero… ¡huele a carne asada!

Adamat arqueó las cejas.

—No creo que tú…

La mirada de Nila se posó en el terreno ennegrecido que había hacia el sudoeste. Era una franja enorme, donde no había mucho más que cenizas y tierra y… ¿aquello era hueso? Miró la escena parpadeando lentamente, recordando el movimiento frenético de sus piernas al correr hacia los soldados keseños. Recordó el calor del fuego, el placer y el dolor del poder que la había atravesado antes de que el mundo quedara a oscuras.

Cuando lo entendió, sintió que perdía el equilibrio. Ella había

causado el olor a carne quemada. Tomó a Adamat por el codo.

—¿A cuántos he matado?

—Nila, has salvado muchas…

—¿A cuántos he matado, inspector? —preguntó—. ¿A cuántos?

Adamat la miró con pena; eso, de algún modo, lo empeoró todo.

—No estoy seguro.

—Haced una estimación.

—Suéltame, Nila —dijo él con la voz tensa.

Nila bajó la mirada y vio que tenía los nudillos blancos de apretar el brazo de Adamat. Le retiró la mano.

—Lo lamento. Por favor, decidme a cuántos he matado.

—Tres mil quinientos. Tal vez más. Tal vez menos. A mí me pareció que incineraste a buena parte de una brigada.

Nila se inclinó y vació el contenido de su estómago. Volvió a vomitar cuando se dio cuenta de que lo había arrojado todo sobre las piernas de un cadáver. Sintió la mano de Adamat en el hombro y le permitió que la ayudara a levantarse.

—No puedo… Ni siquiera…

—Por ahora mantente en silencio —dijo Adamat.

Comenzaron a caminar, y Nila perdió todo sentido del espacio y el tiempo hasta que levantó la mirada y notó que habían dejado atrás el campo de batalla e incluso el campamento de las Alas, y que estaban a un tercio del camino hacia el campamento adrano.

Se pasó una manga por el rostro.

—¿Adónde vamos? —preguntó sorbiéndose la nariz.

Adamat caminaba con la vista clavada en el suelo, y pasaron varios minutos hasta que respondió.

—A ver al mariscal de campo Tamas.

—Deberíamos regresar y ayudar.

—No necesitas ver eso en este momento —dijo él con firmeza.

Ella quería discutirle. Separarse de él y regresar corriendo al campamento de las Alas para ayudar con los muertos y heridos. Se merecía ver y oler las consecuencias de su poder. ¿No era una cobarde si no lo hacía?

—¿Por qué al mariscal de campo? —preguntó Nila.

—Porque necesito presentarle mi informe, más allá de si ganamos esta batalla o no.

—Podría haberme dejado allí. No soy una niña. Podría ayudar.

Adamat se detuvo y se volvió hacia ella. La tomó por los hombros y esperó hasta que ella finalmente levantó la vista y lo miró a los ojos. Había una especie de afecto paternal y severo en su expresión. Era algo doloroso. ¿Acaso no veía lo que ella era capaz de hacer? ¿No lo aterrorizaba?

Por el abismo, la aterrorizaba a ella.

—Nila, una vez que en el campamento de las Alas haya un mínimo de organización, vendrán a buscarte. Tal vez quieran que vayas al frente y luches para ellos o tal vez se den cuenta de que no dominas plenamente tus poderes y, entonces, querrán controlarte. De cualquier manera, no podía dejarte sola allí.

Tomándola del brazo, Adamat continuó caminando en dirección al campamento adrano. Nila permitió que la llevara. Inspiró profundamente; el aire estaba más limpio allí, entre los ejércitos. El aroma a azufre ya casi había sido arrastrado por un viento del norte, pero el olor a carne quemada seguía aferrado a sus narices, como si se lo hubieran restregado en el labio superior.

Adamat sacó unos papeles de la chaqueta para enseñárselos a los piquetes adranos. Enseguida esquivaron dos compañías de milicianos que esperaban sus órdenes y subieron por una colina escarpada hasta la tienda de mando. Adamat mostró sus papeles una vez más y solicitó ver al mariscal de campo Tamas. Uno de los guardias se metió en la tienda, regresó un momento después y les indicó que entraran con un gesto de la cabeza.

—Pasad, inspector. Señorita.

Nila siguió a Adamat hacia el interior, justo antes de darse cuenta de lo que hacía. ¡Allí estaba el mariscal Tamas! Ella había sido su lavandera personal durante meses, e incluso la había cortejado su guardaespaldas. Ella había considerado seriamente asesinar al mariscal de campo. No había forma de que lo supieran, ¿verdad? ¿Y si Olem estaba allí? ¿Cómo podría ella justificar su presencia?

Buscó alguna excusa para quedarse fuera, pero la hicieron pasar antes de que pudiera decir nada.

Con cierto alivio, notó que en la tienda no estaban ni el mariscal Tamas ni el capitán Olem. Había varios mensajeros en posición de firmes junto a una de las paredes, y una mesa enorme llena de mapas, papeles y notas. El mapa más grande estaba cubierto por cientos de modelos militares en miniatura de diferentes formas y tamaños. Inclinada sobre la mesa había una joven con uniforme adrano, de cabello negro y con una insignia de barril de pólvora en el pecho. Se trataba de una maga de la pólvora y, a juzgar por los galones que tenía en el hombro, era capitana.

Un mensajero pasó junto a Nila y saludó a la maga de la pólvora.

—¡Dos compañías de caballería keseña han esquivado a la Decimoséptima y avanzan hacia la Ciento Dos de Artillería!

La mujer movió uno de los modelos del mapa y revisó las pilas de notas que tenía sobre la mesa hasta encontrar una que la satisfizo.

—Enviad a la Setenta y Ocho de la milicia a reforzar nuestro flanco del este, y decidle al general Fylo que ataque con todo lo que tenga el sector izquierdo del enemigo. Esa caballería era lo único que evitaba

que ganáramos el control de esa colina.

El mensajero salió deprisa. La mujer revisó varias de sus notas y se dejó caer en su asiento con un suspiro tembloroso. Tenía el rostro tenso y pálido. Nila creyó oír algunas maldiciones en voz baja.

—Capitana Vlora, ¿verdad? —preguntó Adamat.

La maga de la pólvora asintió levemente con la cabeza.

—¿Inspector Adamat? El mariscal de campo tenía la esperanza de que aparecierais hoy en algún momento.

—He venido a presentar mi informe —dijo Adamat—. ¿Dónde está el mariscal de campo?

—No está aquí —respondió ella bastante enfadada.

Eso hizo que Nila se alegrara un poco, hasta que se dio cuenta de lo que implicaba.

—¿Dónde está? —preguntó antes de poder detenerse.

Vlora le echó una mirada.

—¿Tú eres la aprendiz de Bo? Supongo que eres tú a quien debemos dar las gracias por achicharrar a los auxiliares de Kez, ¿no es así?

—Sí. —Nila intentó forzar una sonrisa, pero le pareció tan rígida y fría como la de un pescado muerto. Dejó de sonreír.

Vlora ya había vuelto a mirar a Adamat.

—El mariscal de campo se ha ido. Regresará en un par de días si todo va bien.

—Pero nos han dicho… —comenzó a decir Adamat, un tanto confundido—. Pensé que estaba aquí.

—Estaba.

—Pero ahora no está.

—Correcto.

—¿Y la batalla? Parece que estamos ganando.

—Creo que así es —admitió Vlora, aunque un tanto vacilante.

—Si el mariscal Tamas no está aquí, ¿quién está al mando? ¿Quién da las órdenes?

—Tamas está al mando —dijo Vlora señalando la mesa llena de mapas y notas—. Estuvo luchando toda la batalla ayer, sobre el papel, y luego partió hacia las montañas por un asunto personal.

—Estáis bromeando —dijo Adamat.

—En absoluto. Y el mariscal de campo tenía la esperanza de que vosotros dos esperarais a que él volviera.

Capítulo 17



Taniel se quedó más que sorprendido cuando se enteró de que Bo no había matado al resto de la infantería adrana.

Treinta y siete soldados trabajaban para liberar al resto de los muertos y heridos ocasionados por el derrumbe de rocas. A unos tres o cuatro metros de los cuerpos que ya habían sido rescatados de entre los escombros yacía una pila de escoria brillante bastante llamativa. A Taniel le pareció reconocer rifles de aire, bayonetas y cuchillos, fundidos todos juntos por fuerzas sobrenaturales.

—Has estado bastante moderado con ellos —dijo Taniel.

—Les pregunté muy amablemente —respondió Bo.

—Ojalá pudiera yo haber hecho eso. —Taniel vio que Bo lo miraba de reojo.

—Bueno —dijo Bo sorbiéndose la nariz—. Soy un poco más persuasivo que tú. ¡Oye! ¡Tú! ¡Esfuérzate más! ¡Esa roca no se va a mover sola!

Taniel observó a dos de los soldados intentando quitar una roca de encima de un cuerpo aplastado y trató de ordenar los sentimientos conflictivos que tenía en su interior. Aquellos hombres habían venido a matarlo. No cabía duda. Hasta los oficiales sabían a quién estaban persiguiendo. Una parte de él quería decirle a Bo que enterrara a todo el grupo junto con sus camaradas aplastados. Pero la sangre que ya tenía en las manos le apaciguó la ira.

—También podrías ayudarlos.

—Imposible —respondió Bo.

—Me lo imaginaba. ¿Bo?

—¿Mmm?

—¿Qué abismos es eso? —Taniel señaló hacia el valle, hacia una mancha entre rojiza y parda que había en la ladera del cañón. Parecía

como si hubieran tirado pintura contra las piedras y la hubieran dejado secar así.

Bo se tiró de los guantes con suavidad.

—Le di un castigo ejemplar al primero que intentó clavarme la bayoneta.

“Y lo esparciste como si fuera jalea”. A Taniel se le revolvió el estómago.

—Ya me preguntaba yo por qué se mostraban tan cooperativos. Fue un tanto repulsivo, ¿no te parece?

—He llegado a la conclusión de que, cuando intentas cultivar el miedo, un poquito de repulsión funciona como excremento en una plantación.

Típico pensamiento de Privilegiado.

—Sin duda. —Taniel siguió mirando a los prisioneros que sacaban los cuerpos. Notó que Bo se volvía a tirar de los guantes—. Estás nervioso.

—Para nada.

Bo se tiraba de los guantes todo el tiempo; la mayoría de los Privilegiados lo hacía. Pero ahora tenía un pie apoyado sobre una piedra y movía la pierna sin parar. Estaba nervioso, aunque no quisiera admitirlo.

—Sí lo estás. ¿Qué sucede?

—Nada, nada. No te preocupes.

Taniel abrió la boca para protestar, pero sabía que no obtendría más respuesta. No con Bo.

—Iré a ayudar a Ka-poel. —Subió a toda prisa por el sendero de la ladera que llevaba a la cueva donde él y Ka-poel habían pasado las últimas dos semanas. Cuando llegó, Ka-poel estaba abandonando el lugar. Tenía la mochila colgada del hombro y había atado unas tiras recortadas de una chaqueta de infantería para poder colgarse el ataúd de Kresimir en la espalda.

—Puedo llevar algo si quieres —dijo Taniel.

Ka-poel le entregó el resto de las raciones que les había robado a los soldados.

—¿Algo más?

Ella apoyó una mano protectora sobre la mochila y se quedó con gesto pensativo. Un momento después meneó la cabeza.

—Pole, yo... —Taniel no estaba muy seguro de qué decir.

Ella le había salvado la vida. Una vez más. Y a pesar del hecho de que el tiempo que habían pasado en las montañas había sido terrible y peligroso, él sabía que las probabilidades de quedarse a solas con ella una vez que regresaran a la civilización serían casi nulas. Debería seguir luchando, presentar informes.

Matar a ciertos generales.

De pronto se dio cuenta de que, más allá de la agudeza que le brindaba en combate, no echaba de menos la pólvora.

Qué extraño.

Regresaron hasta donde se encontraba Bo con los prisioneros. Estaba sentado con la espalda apoyada contra una roca lisa, lanzando una piedra al aire y recogiéndola con la mano enguantada. Ahora parecía tranquilo, a pesar de estar vigilando atentamente a los soldados.

—He traído esto —dijo Bo cuando se acercaban, ofreciéndole un cuerno de pólvora que había llevado oculto en su chaqueta—. Olvidé dártelo antes. Pero si abres esa porquería cerca de mí, te juro por Kresimir que te daré un puñetazo. Tan solo llevarlo me provoca urticaria.

Taniel aceptó el cuerno y lo observó. Podía percibir la pólvora en su interior y el poder que podría brindarle. Le calmaría los dolores y heridas, y le daría fuerzas para descender de la montaña.

—¿Dónde lo has conseguido?

—Se lo robé a un soldado de infantería de las Alas cuando venía hacia aquí.

—Gracias —dijo Taniel colgándose del hombro la correa del cuerno. A los Privilegiados no les agradaba la pólvora negra. Les generaba una alergia que hacía que los campos de batalla se volvieran una pesadilla —. En serio, Bo. Ojalá pudiera devolverte el favor.

—No me pegaste un tiro en la cabeza cuando tu padre te lo ordenó. Supuse que era mi turno de hacer algo bueno por ti. —Bo se incorporó y señaló a la infantería con el pulgar. —Deberíamos irnos. He tenido una charla seria con ellos. Terminarán su trabajo y llevarán los cadáveres a Adopest.

—¿Una charla seria? ¿Los has amenazado? Yo no consigo que cuatro pelotones de soldados me escuchen cuando los amenazo.

—Tú no puedes arrancarles las venas del cuerpo centímetro a centímetro. Y si alguno de ellos huye, se pasará el resto de su vida preguntándose si estoy a la vuelta de la siguiente esquina. —Lanzó una carcajada—. Es el mejor castigo que se me ocurre, realmente.

—Ah.

La mirada de Bo se posó sobre Ka-poel.

—Me alegro de volver a verte, hermanita. ¿Taniel ya te ha preñado?

—¡Desgraciado! —Taniel le lanzó un puñetazo sin mucho entusiasmo, que Bo esquivó con destreza.

—Ah, no me vengas con esas. Supe que estabas enamorado de ella en el Pico del Sur, el día que viniste a por mí. Hermanita, ¿qué tienes...? ¡Ah, por Kresimir! —Bo retrocedió repentinamente, alejándose de un salto de Ka-poel con una agilidad que Taniel no habría pensado que tenía.

—¿Qué pasa? —preguntó Taniel.

Bo se escondió detrás de una roca. Tras unos momentos, asomó la cabeza.

—¿Qué abismos es lo que lleva en esa caja?

¿Cómo podía explicárselo Taniel? No había forma de hacérselo entender. Abrió la boca, pero Ka-poel hizo una serie de gestos veloces con las manos; señaló a Bo, se llevó un dedo a la garganta y luego lo volvió a señalar.

Bo se humedecía los labios mientras la observaba repetir los movimientos.

—¿Lo que acabo de decir?

Ka-poel asintió con la cabeza.

—¿“Qué tienes…”?

Ka-poel le hizo un gesto de “continúa”.

—¿“Ah, por Kresimir”? —dijo Bo.

Ka-poel volvió a asentir con la cabeza.

¿“Kresimir”? —preguntó Bo para confirmar.

Ella volvió a asentir.

—¿Tienes a Kresimir en esa caja?

Ka-poel le esbozó una sonrisa forzada. Para sorpresa de Taniel, Bo pareció creerle. Vacilando, el Privilegiado volvió a salir de detrás de la roca. Tenía el rostro pálido, y mantuvo a Taniel entre él y Ka-poel al acercarse.

—Podría haberte emparejado con una buena chica —dijo Bo—. Alguna chica del este de Adopest. Alguien que no vaya por allí con dioses metidos en cajas.

Taniel tomó la mano de Ka-poel.

—No sería mi tipo.

—Claro que no —dijo Bo con amargura tironeándose del dorso de los guantes—. Y ahora, ¿podemos darnos prisa?

—¿Tienes prisa?

—No —dijo Bo mientras salía caminando a paso rápido por el cañón —. Bueno, sí —dijo mirando por encima su hombro—. Un poco.

Taniel apresuró el paso para alcanzarlo.

—¿Qué pasa?

—Nada. ¿Puede darse prisa la muchacha?

—Se llama Ka-poel.

—¿Puede darse prisa la hermanita? Voy a necesitar descansar esta noche y preferiría hacerlo en el valle, y no en este condenado cañón.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

Bo contó en silencio con los dedos.

—¿Hace cinco días?

—Por el abismo, Bo, no…

—Eso no tiene importancia.

—¿Y qué es lo que sí la tiene?

—Puede que haya dejado a mi nueva aprendiz en una zona de guerra. Y llevé a la muerte a mis dos caballos intentando llegar a tiempo para rescatarte.

—Espera un momento. ¿Tienes una aprendiz?

—Una muy buena chica. De la clase con la que podría haberte emparejado. Tiene unos poderes muy peculiares, y le he tomado bastante cariño. De hecho, ella es quien dedujo dónde estabas. No la habría dejado allí si no hubiera sido porque…

—Sí, ya sé. Venías a rescatarme.

—Exacto.

Continuaron caminando en silencio buena parte de la tarde. Taniel obligó a Bo a aminorar la marcha para que Ka-poel pudiera mantenerles el paso, y fueron avanzando a lo largo del cañón. Finalmente se detuvieron para descansar una hora después de que el sol hubiera dejado el cañón sumido en las sombras. Ka-poel dejó caer sin ceremonias el ataúd de Kresimir. Bo se encogió al verla.

—Háblame acerca de tu aprendiz —dijo Taniel mientras cenaban las raciones de infantería.

Bo se encogió como si se hubiera roto un diente con una galleta.

—¿Cómo hacen los soldados para comer esta porquería? Puaj. ¿Mi aprendiz? No hay mucho para decir. Otra lanzadora de hechizos. Ya sabes cómo es.

—Dijiste que le habías tomado cariño.

—Ah, ¿sí? —Bo fingió mordisquear su galleta, dura como un ladrillo.

—Ya te has acostado con ella, ¿no es así? ¿Es que no hay alguna clase de código de conducta que prohíba esas cosas?

Bo miró a Taniel con gesto ceñudo, luego puso los ojos en blanco y los posó sobre Ka-poel, que estaba sentada en el suelo colocando una presilla de su mochila.

—¡Pole no es mi aprendiz! —protestó Taniel.

Bo puso los ojos en blanco.

—No me he acostado con Nila.

—Ah, ¿ahora tiene nombre? ¿Y esperas que te crea que no te la has llevado a la cama?

—… aún.

—Ah, ya veo.

—Y no creo que vaya a hacerlo.

—Bien, eso sí me dejaría pasmado —dijo Taniel.

—Hablo en serio. Me cae muy bien. Es inteligente, ingeniosa. Y va a ser muchísimo más poderosa que yo.

—¿En serio? —Taniel se mostró escéptico. Una vez, Bo había presumido de que, a pesar de ser el Privilegiado más joven de la camarilla adrana, era uno de los más poderosos. Tamas había

confirmado ese comentario. Para que Bo dijera algo así...—. ¿Te sientes intimidado por ella?

—No —dijo Bo—. Julene era intimidante. Y me acosté con ella. Nila es...

—Ella te intimida porque es mejor persona que tú.

—Vete al abismo —dijo Bo.

Taniel hizo una mueca. Acababa de divisar algo por el rabillo del ojo. La respiración se le aceleró; cambió de posición levemente, intentando mirar hacia la izquierda sin que fuera algo obvio.

—Bueno, no te quedes en silencio —dijo Bo—. No lo he dicho en serio.

—Silencio. —Taniel metió la mano en la chaqueta y destapó el cuerno de pólvora. Bo vio lo que hacía y se puso rígido. Se revisó los guantes.

—¿Qué pasa? —susurró Bo.

—He visto un destello de algo azul adrano. Un uniforme —dijo Taniel—. A unos treinta metros, por el cañón.

—¿Estás seguro?

Taniel extendió los sentidos.

—Sí. Estoy seguro.

Se puso de pie; Bo hizo lo mismo y se volvió hacia el cañón. Una roca cayó de un risco a unos quince metros por encima de ellos, luego otra del lado opuesto del cañón. Emergió un quepis de soldado y Taniel divisó el cañón de un rifle. Luego otro. Luego otro.

A su alrededor, aparecieron soldados sobre las laderas del cañón. Taniel dejó de contar al llegar a los veinticinco.

—Son el resto de la compañía de infantería —dijo Taniel—, los que estaban acampados en el valle. ¿También te enfrentaste a ellos?

—No sabía que había más —dijo Bo—. El campamento por el que pasé tenía menos de diez hombres.

Taniel percibió que Bo se extendía hacia el Otro Lado, y la subsiguiente hechicería que se filtraba hacia el mundo. Una brisa impulsada por hechicería envolvió las piernas de Taniel y le hizo ondear la chaqueta. Por la curva del fondo del cañón aparecieron más soldados apuntándoles con sus rifles.

—Tienen pólvora —dijo—. Tendrán que acercarse un poco más para que pueda detonarla.

—No hace falta —dijo Bo.

—¿Qué quieres decir?

—¿No reconoces esa insignia? —preguntó Bo. Cada uno de los hombres tenía una insignia en el hombro: un galón sobre un cuerno de pólvora. Recordó ver la misma insignia en el uniforme de los hombres que lo cuidaban cuando él despertó del coma. Alguien le había dicho que pertenecían a un regimiento especial llamado los Rifleros—. No te

están apuntando a ti.

Rifleros. Aquel regimiento especial se encontraba bajo las órdenes del guardaespaldas del mariscal Tamas.

—Privilegiado Borbador —gritó una voz—. ¿Podríais quitaros los guantes, por favor?

Los dedos de Bo se movieron. Taniel sintió que su hechicería se tensaba, como unos músculos moviéndose debajo de la piel. Una oleada de conflicto le atravesó el rostro a Bo, y lentamente se alejó de Taniel. Todos los rifles lo siguieron; tanto los que estaban sobre el risco como los que se encontraban en el cañón. Taniel recordó el gaes que había sujetado a Bo, el que lo habría obligado a matar a Tamas.

—No lo hagas, Bo —dijo Taniel.

Vio que los brazos de Bo se tensaban y que los dedos se le movían por la expectativa del conflicto. Taniel no sabía qué podría hacer él, pero aquello terminaría con un gran derramamiento de sangre si Bo desencadenaba su hechicería.

Ka-poel se puso de pie y dejó el ataúd de Kresimir en el suelo. Se colocó frente a Bo antes de que Taniel pudiera detenerla y extendió una mano hacia él.

—No te conviene quedarte ahí, hermanita.

Ka-poel movió la mano hacia él con énfasis, con la palma hacia arriba.

—Dale los guantes, Bo. No permitiré que te maten —dijo Taniel.

Y no lo permitiría. Mataría a cien compatriotas si iban tras Bo. Moriría junto a su amigo si llegaba a eso. Le clavó la mirada hasta que el Privilegiado asintió casi imperceptiblemente con la cabeza, dando a entender que había recibido el mensaje de Taniel.

Bo bajó los brazos. Miró con furia hacia el cañón mientras se quitaba los guantes y los colocaba sobre la mano extendida de Ka-poel. Ella tomó los guantes y caminó por el cañón hasta llegar a los soldados adranos. Uno de los hombres estudió los guantes que ella sostenía, asintió con la cabeza y la dejó pasar.

Ella apareció un momento después, y no estaba sola.

El mariscal de campo Tamas se acercó a Taniel caminando con rigidez. Parecía haber envejecido diez años durante los últimos meses; se lo veía más frágil de lo que Taniel jamás se habría imaginado. A juzgar por su modo de caminar, ocultaba una herida. Una herida grave.

—Te ves como el abismo, papá —dijo Taniel.

—Tú no tienes mucho mejor aspecto —respondió Tamas.

Tenía la espalda rígida. Miró a Bo por el rabillo del ojo como quien observa a un león de las cavernas sentado en el frente de su casa y se volvió hacia Taniel.

Taniel inspiró profundamente para intentar calmarse. Lo último que había oído de su padre era que se lo creía muerto. A pesar de que había

motivos para pensar que había sobrevivido, Taniel no había tenido tiempo ni de guardar luto ni de alegrarse. Lo atravesó un torrente de emociones, pero luchó por mantenerlas todas a raya. Su rostro se tornó un lienzo en blanco.

—Me alegra ver que sigues con vida —dijo Taniel.

El rostro del anciano parecía imperturbable. La cúspide de la disciplina militar.

Pero por primera vez desde la muerte de su madre, Taniel vio que los ojos de su padre brillaban por las lágrimas.

—Lo mismo digo, capitán.

Capítulo 18



Tamas ordenó acampar en el valle aquella noche.
Puso a Olem a cargo de montar el campamento, pero él mismo hizo las rondas. Caminó lentamente por entre las tiendas, ofreciendo un gesto ante los saludos que le hacían y recordándoles a los hombres que al día siguiente debían levantarse temprano y les quedaba una larga cabalgata por delante, que debían tratar de descansar. Al terminar fue a ver a los prisioneros y, luego, a los centinelas.

—Necesitas descansar, señor.

Tamas se sobresaltó. Taniel se encontraba detrás de él, en la orilla del río que atravesaba el centro del valle.

—Estoy bien —dijo Tamas.

—Has estado ocupado en cosas triviales desde que nos detuvimos para acampar. Perder el sueño no nos hará regresar al frente más rápido.

Tamas miró a su hijo. Taniel parecía mayor. Estaba enjuto por las semanas que había pasado de hambruna, con las mejillas chupadas, pero aun así tenía un aspecto físico robusto. Había ganado musculatura desde el día en que lo había enviado al Pico del Sur con órdenes de matar a Bo. Eso parecía haber sucedido hacía una eternidad. ¿Cuánto tiempo había pasado realmente? ¿Seis meses? ¿Menos, quizás?

—Deberíamos haber cabalgado durante la noche —dijo Tamas. Reprimió un bostezo—. Partí en un momento crucial.

Taniel pasó su peso de un pie al otro.

—Siento haber causado tantas molestias.

—No quise… —Tamas se volvió hacia su hijo reprimiendo un suspiro de frustración—. Eso no es lo que quise decir. Es solo que… la batalla. Fue un gran riesgo dejarla en manos de otras personas.

—No necesitabas haber ido a buscarme.

—Bueno, ahora lo sé. —Tamas lanzó una risita. Incluso a él le sonó forzada—. Debería haberlo dejado todo en manos de Bo y haberme quedado en el frente.

—La indecisión no te sienta bien. —Taniel pateó una piedra hacia el río.

Tamas no sabía qué decir. Tenía en claro que nunca había sido un padre ejemplar, pero incluso él se daba cuenta de que algo había cambiado en Taniel. Algo que Tamas no lograba identificar. No necesitaba abrir el tercer ojo para percibir la hechicería que se aferraba a él, si bien se trataba de algo sutil. Supuestamente, era obra de aquella bruja salvaje a la que Taniel le tenía tanto afecto. Tenía unas cuantas preguntas acerca de aquella muchacha.

—Bo ya no es una amenaza para ti —dijo Taniel—. No necesitas mantenerlo atado y vigilado. Devuélvele los guantes.

Tamas se frotó las sienes.

—Es solo hasta que regresemos.

—Si es que regresamos —dijo Taniel—, y necesitaremos la ayuda de Bo contra los keseños; ayuda que nos dará. Un poco de confianza puede marcar una gran diferencia.

—No me sobra la confianza en este momento —dijo Tamas.

Se frotó la herida; le picaba debajo del abrigo. Solo la constante euforia de un trance de pólvora mantenía un poco a raya el dolor.

—Hilanska —dijo Taniel.

Tamas se aclaró la garganta para ocultar su sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando Kresimir me capturó, hizo que Hilanska le confirmara mi identidad. Sé que él es quien envió a esos desgraciados. —Movió la barbilla en dirección a la prisión improvisada en el centro del campamento, que contenía unos ciento cincuenta hombres de Hilanska.

Tamas lo pensó por un momento y se desabotonó la chaqueta. Se levantó la camisa y expuso la piel al frío de la noche.

—Me apuñaló entre las costillas.

—No tiene buen aspecto. —Taniel estudió la herida desde una distancia prudencial, consciente de cuánto significaba la vulnerabilidad de su padre para él.

—Tuve suerte. Fue una herida limpia. No le dio a nada importante. —Dejó caer la camisa y lentamente se abotonó la chaqueta.

—Necesitas que te lo vea algún Privilegiado.

—El rey deliví cuenta con algunos sanadores. Haré que me atiendan cuando llegue. Hasta entonces, no me matará. Hilanska. Ese desgraciado. Fuimos amigos durante décadas. Fue padrino en mi boda. Estaba al tanto de todos mis planes del golpe de Estado.

—Esa es la herida que no sanará —dijo Taniel en voz baja.

Tamas no se atrevió a decir nada más, pero asintió con la cabeza. Después de algunos minutos de silencio, Tamas dijo: —Me vendría bien tener a mano a Mihali. Ja. No puedo creer que haya dicho eso. Dios-chef demente. No sé qué diantres voy a hacer sin él. —Tamas sintió la humedad en el rabillo de los ojos. Debían de estar lagrimeando a causa de la brisa fresca.

—Mihali —dijo Taniel—. Él...

—¿Lo conociste? —Tamas supuso que no debería haberse sorprendido. Mihali estaba metido en todo.

—Sí. Me dijo que ahora yo era diferente. En parte, gracias a la hechicería de Ka-poel y, en parte, por mi contacto con Kresimir.

Tamas permaneció en silencio. Si Taniel iba a hablar, lo haría por voluntad propia. Insistirle sería en vano.

Pasaron algunos momentos, y luego Taniel dijo: —Mihali cree que ahora soy como Julene. O, al menos, el equivalente mago de la pólvora de un Predeii.

Tamas apretó los dientes al oír el nombre de Julene. Demasiados traidores. Demasiada deslealtad. Taniel no podía ser como ella en absoluto.

—No puedes tomar en serio nada de lo que diga Mihali.

—Creo que tiene razón —respondió Taniel—. Casi no probé bocado durante todo el tiempo en que estuve en la montaña, pero no tenía mucha hambre. No tenía pólvora, y aun así podía ver detalles a cien metros. No se puede comparar con la pólvora, pero mi visión nocturna, mi oído y mi olfato mejoraron. —Miró a Tamas, y ahora sus ojos estaban enrojecidos—. Le arranqué la mandíbula a un hombre. ¡Y no había consumido pólvora! Le arranqué la costilla a un Guardián y lo maté con ella. Bueno, en ese momento sí tenía pólvora.

—Por el abismo —susurró Tamas.

Taniel resopló.

—Lo sé. Y también soy muy difícil de matar. Sangro como siempre, pero soy más fuerte, más rápido. Kresimir ordenó a sus hombres que me rompieran el brazo. No pudieron hacerlo. He cambiado, papá, y me aterra. Y Mihali está muerto, y Ka-poel no puede hablar, así que no puedo averiguar qué es lo que me está sucediendo. —Taniel se miró las manos. Tenía la voz ronca.

—Taniel —dijo Tamas. Lo tomó del brazo con una mano—. Escúchame. No sé qué es lo que te está sucediendo, pero sobrevivirás. Eres un luchador. —“Eres mi hijo”, agregó en silencio.

—¿Y si resulta que no vale la pena que sobreviva por eso?

Por un momento, Taniel no fue un hombre, sino el niño asustado que Tamas había abrazado después de la muerte de Erika. Tomó a Taniel por los hombros y, con cierta brusquedad, lo acercó hacia él y lo

abrazó.

—Siempre vale la pena sobrevivir, hijo.

Se quedaron así durante varios minutos. Finalmente, Taniel se separó y se pasó la manga por la nariz. Tamas dejó escapar una bocanada temblorosa de aire y rogó que Taniel no viera sus propias lágrimas.

—Papá.

—¿Sí?

—Le disparé a Kresimir en el ojo. Y luego, cuando me atrapó en el viejo castillo, le di un puñetazo en el rostro.

Tamas se quedó mirando a su hijo por un momento, conmocionado por lo absurdo que sonaba aquello. Comenzó como un retortijón en el fondo del estómago, pero luego Tamas echó la cabeza hacia atrás y lanzó una gran carcajada. Taniel se le unió un momento después. Se rieron hasta las lágrimas. Tamas se obligó a detenerse por el dolor intenso que sentía en la herida. Cuando recuperaron la compostura, se quedaron mirándose en silencio durante un rato.

—Lamento lo que he sido —dijo Tamas.

Las palabras le dolieron cuando las dijo, pero, al mismo tiempo, sintió que se quitaba un gran peso de encima. Observó el perfil de Taniel en busca de alguna clase de respuesta, pero Taniel de pronto se mostró comedido. Se volvió, y Tamas temió que se fuera a alejar.

—Tienes muchos hijos —dijo Taniel señalando el campamento con un gesto de la mano—. Todos tus soldados.

—Solo uno de ellos importa.

—Todos importan. Papá, ¿puedes hacerme un favor?

—Por supuesto.

—Perdona a Vlora.

Tamas arqueó las cejas. No había sabido qué esperar, pero desde luego no era eso. Se pasó una mano por el cabello, sintiendo la cicatriz de la bala que le había rozado el cráneo en la batalla de los Dedos de Kresimir.

—Puede que eso me lleve un tiempo.

—Tan solo inténtalo.

—Lo haré.

—Gracias. Y, ¿papá? Ka-poel lleva la efigie de Kresimir en la espalda. Ella es lo único que evita que él nos mate a todos.

—¿Que qué?

—Y hay algo más. —Taniel inspiró tembloroso—. Estoy enamorado de ella.

*

Al día siguiente, Tamas se escabulló en el campamento principal del ejército adrano como un hombre que hubiera perdido las llaves de su

casa.

Mientras Olem mostraba una serie de órdenes a una centinela y él se ocultaba el rostro con el ala de su sombrero, llegó a la conclusión de que no se trataba de una entrada muy triunfal. Pero Tamas no necesitaba una entrada triunfal. Más bien, todo lo contrario.

La centinela revisó el documento unos instantes a la tenue luz matutina, moviendo los labios en silencio. Eran las órdenes que el propio Tamas había escrito, con su firma al final. Cuando hubo terminado, le devolvió el documento a Olem y miró sospechosamente a Tamas.

—Parece que está todo en orden —dijo haciéndoles un gesto para que pasaran.

Tamas suspiró aliviado. Entraron en el campamento y se perdieron por entre las tiendas para dejar atrás a cualquier guardia desconfiado que pudiera haberlos seguido. Habría preferido que sus hombres revisaran más en detalle a los desconocidos; estaban entrenados para no tolerar las estupideces de intriga y misterio que siempre parecían gustarles a los oficiales provenientes de la nobleza. Pero, por otra parte, le alegraba poder haber entrado sin tener que responder más preguntas.

El campamento comenzaba a ponerse en movimiento. Los hombres se levantaban de las tiendas y preparaban café sobre los restos de sus fogatas. Las lavanderas recorrían el campamento para devolver uniformes limpios. Olem y él se deshicieron de sus abrigos y se escabulleron los últimos cien metros que llevaban a la tienda de mando. Solo había unos pocos hombres. Aquellos que lo reconocieron se sacudieron para despabilarse y le hicieron el saludo militar.

—Buenos días, señor.

—Buenos días.

—Muy buen trabajo el del otro día, señor. Tenía la intención de felicitaros, pero no me crucé con vos.

—Gracias. Continúa —dijo Tamas, haciéndole el gesto a un teniente para que siguiera desayunando. Se inclinó hacia Olem y le susurró—: Bueno, dado que el ejército sigue intacto, supongo que ganamos.

Una capitana lo interrumpió con un saludo y un “Buenos días”.

—Enhorabuena por la victoria, señor —agregó—. Enviar la Ciento Uno por el centro de esa manera fue una maniobra inspiradora.

Tamas le hizo un gesto amable con la cabeza, y cuando dejó atrás a la capitana, continuó: —Y parece que nadie se ha dado cuenta.

—Bien hecho, señor —respondió Olem esbozando una sonrisa. Le había dado un ataque de histeria ante la idea de partir para buscar a Taniel. Tamas nunca podría haberlo hecho si Vlora no hubiera acallado las objeciones de Olem a gritos—. Supongo que ahora podéis decirme que ya me lo habíais dicho.

—Esperaré hasta que haya oído el número de bajas —dijo Tamas deteniéndose para darle la mano a dos soldados que intentaban reencender las brasas para el desayuno.

Un momento después, llegaron a la tienda de mando y los guardias le hicieron los saludos militares. Uno de ellos les sostuvo la puerta para que pasaran.

Las paredes blancas de la tienda permitían que entrara suficiente luz para que Tamas distinguiera a varias figuras. A Vlora se la había esperado; estaba tumbada a lo largo de varias sillas, con las botas en el suelo junto a ella, roncando suavemente. A los demás, no. La comandante de brigada Abrax dormitaba en una silla junto a la puerta, con el sombrero inclinado sobre el rostro y la barbilla apoyada contra el pecho, mientras que el inspector Adamat murmuraba algo en sueños desde el suelo. Había una muchacha acurrucada en la esquina, con una maraña de rizos color castaño rojizo desplegada sobre la manta.

—Capitana —dijo Tamas. No hubo respuesta de Vlora.

Olem se inclinó sobre ella.

—Vlora. —Le movió la rodilla y le tocó suavemente la mejilla. Ella se despertó sobresaltada y miró aturdida a Olem y luego a Tamas.

—Señor —dijo mientras se ponía de pie y le hacía un saludo no muy firme.

—Descansa, capitana —dijo Tamas. Miró a Abrax. Tal vez deberían salir de la tienda. Realmente no quería despertarla. Mejor encarar las cosas de una en una—. ¿Cómo ha ido todo?

Vlora se restregó los ojos para despabilarse.

—Bastante bien, señor. Los keseños cayeron completamente en nuestra trampa. Pudimos sorprenderlos con nuestra ofensiva, mientras las Alas mantenían la suya. Fue una victoria decisiva. Todo ocurrió casi como habíais predicho.

—¿Casi?

—Tuve que improvisar un par de veces. Os escribí un informe completo. Lo dejé sobre vuestro escritorio.

—Ansío leerlo. —“Y más vale que lo haga pronto si quiero mantener la farsa de que estuve todo el tiempo aquí, dando las órdenes”—. ¿Bajas?

—Quince mil ciento setenta y cuatro.

Tamas se tambaleó al oír el número. ¿Tantas? Era la cuarta parte de su ejército, sin contar a la milicia.

—Por el abismo —dijo.

—El detalle de bajas por regimientos también está sobre vuestro escritorio.

—¿Y los keseños?

—Retrocedieron hasta Fendale.

—¿Sus bajas?

—Aún no estamos del todo seguros, señor, pero estimamos que fueron unas noventa mil. Capturamos unos veinticinco mil.

Tamas sintió que se le aflojaba un poco la tensión del cuerpo.

—Es un número significativo.

—Así es, señor. Enhorabuena.

Tamas se permitió inspirar profundamente y sentir un poco de esperanza con respecto a la guerra.

—Gracias por quedarte aquí.

Vlora se miró los pies.

—Era lo mínimo que podía hacer después de tanto pelear por que fueras en busca de Taniel. Lo hice lo mejor que pude.

—Creo que estuviste a la altura de las circunstancias.

—Solo seguí tus órdenes. ¿Señor?

—Mi misión fue exitosa, capitana, si eso es lo que preguntas.

Vlora lanzó un suspiro de alivio para nada sutil. Tamas se preguntó qué pensaría ella acerca de la declaración de amor de Taniel por la salvaj… por Ka-poel. Le aconsejó a su hijo mantenerlo en secreto durante un tiempo más, pero a decir verdad, ni siquiera él sabía qué pensar al respecto. En cualquier caso, no podía darse el lujo de lidiar con ese tema en ese momento. Echó una mirada hacia los montones de documentos que había sobre su escritorio. Tendría que revisar absolutamente todo para enterarse de los detalles de la batalla. Si Vlora había cometido errores, la culpa sería suya por dejarla sola.

—¡Cerdo insensato y egoísta!

La voz le interrumpió con furia los pensamientos. Se volvió y vio que Abrax se había despertado y se había puesto de pie. Avanzó hacia él, se detuvo a unos pasos de distancia y lo señaló con el dedo. Tamas sintió que se encogía un poco. No era una mujer corpulenta, ni mucho menos, pero podía volverse bastante imponente cuando se enfurecía. Le clavó el dedo en el pecho.

—¿Qué clase de estupidez se os subió a la cabeza, Tamas? ¿Cómo pudisteis hacernos esto? ¿A mí? ¿A todo vuestro ejército?

—¿Hacer qué? —preguntó él débilmente.

Ella resopló.

—Nos abandonasteis en la víspera de una batalla decisiva. Dejasteis a una capitana a cargo de vuestro ejército y partisteis con toda una compañía de vuestros mejores hombres, ¿y por qué?

—Por mi hijo.

—¡Por la vida de un solo hombre! Pensé que erais un líder, Tamas.

—Tengo otras responsabilidades, no solo con la nación —dijo Tamas.

Su miedo inicial estaba convirtiéndose en rabia. Una parte de sí entendía la furia de Abrax, pero ¿cómo se atrevía a hablarle así frente a sus hombres? ¿A criticarlo por intentar, una vez en la vida, ser un buen

padre?

—Esta nación es vuestra única responsabilidad, Tamas. No podéis daros el lujo de ser padre. Lo dejasteis atrás hace años, cuando decidisteis derrocar a vuestro rey.

A Tamas le temblaban las manos y rechinó los dientes con violencia. Todas las personas que había en la tienda tenían la vista clavada en Tamas y en la comandante de brigada de las Alas. Vlora parecía conmocionada por el arrebato, mientras que Olem se mantenía cerca, con una mano apoyada en su espada.

—Nunca lo dejé atrás.

Abrax se sorbió la nariz.

—Sí lo hicisteis.

—Hemos ganado la batalla. ¿Y eso os enfurece?

—Me enfurece que lo hayáis arriesgado todo. Una vez que comenzó la batalla, hice correr el rumor de que habíais regresado. Yo misma les dije a mis oficiales que vos nos llevaríais a la victoria. La moral estaba por las nubes. Pensaron que estabais aquí, dando personalmente cada orden. Me convirtió en una mentirosa.

—Las naciones se alzan y caen por mentiras más graves —dijo Tamas—. Y esas eran mis órdenes. Yo sí regresé y sí os proporcioné una victoria.

—¡Es una cuestión de semántica! —le espetó Abrax.

Tamas apoyó el dedo sobre la mesa cubierta de mapas y notas que había en el centro de la tienda.

—Luché la batalla completa el día anterior a que sucediera. Y aun así ganamos. —Una gota de sudor le descendió por la espalda. Tamas rogó que Vlora hubiera sido honesta sobre cuán precisa había sido su predicción sobre la batalla—. Hice todo eso en una sola tarde. Tuve que cruzar la maldita Kez luchando constantemente, sufrí traiciones y muertes para poder regresar. —Tamas se atragantó al recordar la noche en que pensó que había perdido a Gavril, y que cabalgó con furia por el altiplano del sur de Alvación—. Ya habría ganado esta guerra si no me hubieran traicionado a diestro y siniestro.

—Vos sí que sois un condenado genio —dijo Abrax con una mueca de desprecio—. Podéis luchar el resto de la guerra por vuestra cuenta. Le recomendaré a lady Winceslav que las Alas de Adom cancelen su contrato y retiren sus fuerzas. O lo que queda de ellas. —Abrax pasó por delante de él y abandonó la tienda de mando antes de que Tamas pudiera responder.

Tamas se quedó en silencio, conmocionado, hasta que Olem lo tomó del hombro.

—¿Señor?

—Estoy bien. —Fue hasta una silla y se sentó.

Finalmente lo alcanzó toda la fatiga acumulada durante meses de

cabalgata, lucha, desesperación y angustia. Sintió que ya no le quedaban fuerzas. Tenía los párpados pesados como plomo. ¿Qué había hecho? Si las Alas lo abandonaban ahora, ¿podría dar fin a la guerra?

Alguien se aclaró la garganta.

Tamas levantó la mirada y vio al inspector Adamat sosteniendo su sombrero, al parecer bastante avergonzado de haber presenciado la pelea con Abrax.

—En un momento, inspector. Vlora, ¿cuáles fueron las bajas de las Alas de Adom?

Vlora pasó su peso de un pie al otro. Tamas notó distraídamente que ella aún no se había puesto las botas.

—Poco menos de veinte mil.

—Ah, por el abismo. Con razón Abrax estaba tan furiosa. Eso representa casi la mitad de sus fuerzas en muertos o heridos.

—Recibieron el mayor impacto del ataque, señor. Exactamente como vos lo planeasteis.

—Exactamente como yo lo planeé. Por supuesto. —Su decisión había sido permitir que los mercenarios se ganaran su paga. Y lo habían hecho con creces, al parecer. No eran sus hombres. Eran los hombres de Abrax, y tenía todo el derecho a estar furiosa de que Tamas los hubiera usado como piedra de molino—. Inspector. ¿Cómo fue el asunto con lord Vetas? ¿Está a salvo vuestra familia?

—Lord Vetas está muerto —dijo Adamat—. Gracias por preguntar, señor. Pudimos rescatarlos a todos excepto... —hizo una pausa para aclararse la garganta— excepto a mi hijo mayor.

Adamat parecía tan cansado como Tamas se sentía. Tenía las ojeras muy marcadas y el poco cabello que le quedaba estaba desaliñado por dormir en el suelo.

—Lamento mucho vuestra pérdida.

—Gracias, señor. La expedición contra lord Vetas fue un éxito. Incluso capturamos buena parte de sus hombres y documentos, pero me temo que fue todo en vano. ¿Os han informado que lord Claremonte controla Adopest?

—Eso es lo que me han dicho. Pero vayamos por partes. Aún tenemos que echar a los keseños de nuestro territorio. Preparadme un informe y...

—Ya lo he hecho.

—Excelente. Lo leeré y volveremos a hablar en el transcurso del día. Podéis recorrer libremente el campamento, pero os agradecería que os mantuvierais cerca hasta que yo sepa todo lo que necesito saber acerca de Claremonte.

—Me temo que no os seré de mucha utilidad con respecto a eso, señor.

—Todo sirve, por pequeño que sea. Ahora debería… —Tamas se detuvo—. Señorita, ¿podrías acercarte?

La muchacha pelirroja se acercó lentamente desde el rincón. A primera vista, parecía tímida, pero al observarla más detenidamente, Tamas entendió que se trataba de preocupación, como la de un animal olfateando el aire para distinguir a un amigo de un enemigo.

—¿Nila? —exclamó Olem.

—Hola, capitán —dijo la muchacha, esbozándole una leve sonrisa a Olem.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Tú eres la lavandera! —soltó Tamas cuando finalmente la recordó —. La que desapareció con el niño Eldaminse. —Entrecerró los ojos—. ¿Dónde abismos te habías metido? ¿Y qué estás haciendo aquí?

Nila hizo una reverencia y colocó las manos detrás de la espalda.

—Mariscal de campo, yo no me llevé al niño Eldaminse —dijo ella—. No exactamente. Ambos fuimos capturados por lord Vetas y escapamos cuando Adamat atacó su complejo. El inspector puede confirmar lo que os digo.

—¿Es eso cierto, inspector?

Adamat asintió con la cabeza, aunque con cierta vacilación.

—No conozco todos los detalles, señor. Pero es una muchacha honesta.

Tamas se reclinó hacia atrás. Sentía como si todas las venas de la cabeza estuvieran latiéndole; el dolor de la herida le había atravesado el trance de pólvora. Había muchas cosas que necesitaba hacer. ¿Acaso podía permitirse descansar? Con precaución, miró a Vlora y a Olem por el rabillo del ojo. Olem tenía un gesto ceñudo, y Vlora observaba toda la situación con desconcierto. Tamas se preguntó si ella sabía que Olem había cortejado a la muchacha hacía tan solo algunos meses. Pero, claro, ellos ya habían terminado, ¿no?

—Entonces, ¿ella viene con vos? —le preguntó a Adamat.

—No, señor —dijo Adamat tosiendo en su mano.

Tamas miró a la lavandera arqueando las cejas.

—¿Y bien?

—Soy la aprendiz del Privilegiado Borbador, señor —dijo Nila haciendo otra reverencia.

—¿Eres una Privilegiada? —preguntó Olem.

—Sí. Mariscal de campo, si me permitís la pregunta, ¿dónde está Borbador?

—Ah —dijo Tamas. Se obligó a ponerse de pie—. Ese es otro asunto importante. Adamat, tengo entendido que fuisteis testigo del momento en que el Privilegiado Borbador se deshizo de su gaes, el que lo incitaba a matarme.

—Eso es cierto. Lo vi quitarse la gema con mis propios ojos.

Tamas sintió cierto alivio; era otro peso que se le quitaba de los hombros.

—Bien. Gracias, inspector. Olem, ¿serías tan amable de llevar a Nila con su maestro y de liberar a Bo? Tienen la libertad de irse, pero agradecería que Borbador viniera a verme antes de partir.

Olem escoltó a Nila hacia el exterior de la tienda y, tras un gesto de cabeza de Tamas, Adamat los siguió. Tamas fue hasta una silla y, lanzando un suspiro, se volvió a sentar.

—Señor —dijo Vlora—. Deberíais descansar.

Tamas se reclinó hacia atrás apoyándose una mano sobre la herida y cerró los ojos.

—Tenemos trabajo que hacer.

—Os habéis ganado un momento de descanso, señor. Si me permitís el comentario.

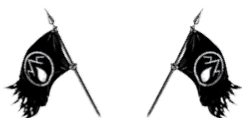
—Aún no.

—¿Qué es lo que planeáis hacer?

Tamas abrió un ojo. Vlora se estaba atando las cintas de las botas.

—Voy a expulsar a los keseños de mi país de una vez. Voy a destruir a su ejército y luego voy a destruir a su rey. Y luego nos encargaremos del ejército que controla Adopest.

Capítulo 19



Nila y Olem atravesaron el campamento en silencio. Olem saludaba a los hombres mientras caminaba, hacía un saludo formal a los oficiales y un gesto con la cabeza a los soldados de infantería. Nila aún estaba adormilada. El aroma del desayuno de un oficial (jamón y huevos, si no se equivocaba) le hizo rugir el estómago. Durante las últimas dos noches no había dormido bien; tenía pesadillas sobre los alaridos de los moribundos, los disparos de artillería y el hedor de la carne chamuscada.

—Entiendes lo vital que es que los hombres crean que Tamas estuvo aquí durante toda la batalla, ¿verdad? —dijo Olem en voz baja.

Aquellas eran las primeras palabras que él le decía desde que salieran de la tienda. Ella sintió que sus defensas emocionales se tensaban y respondió deprisa: —Por supuesto. No diré ni una palabra.

¿De qué estaban hablando? Ah, sí, de la ausencia de Tamas. Si habían ganado, ¿qué importaba si el mariscal de campo no había estado allí durante la batalla? La comandante de brigada de los mercenarios parecía estar furiosa al respecto.

—Gracias. —Olem se detuvo cerca del límite del campamento, fuera del alcance del oído de los centinelas más cercanos, y miró hacia la oscuridad que precedía al amanecer—. Debería estar al llegar.

—¿Quién?

—Nuestra expedición. Nos llevamos a doscientos hombres para buscar al hijo del mariscal de campo. Lo encontramos a él, al Privilegiado Borbador y a más de cien prisioneros. Una vez que los prisioneros fueron encerrados y nos aseguramos de que Taniel estaba a salvo, el mariscal de campo y yo cabalgamos por delante del grupo para escabullirnos en el campamento, para que pareciera que habíamos estado aquí todo el tiempo. Los demás llegarán enseguida.

—¿No se correrá la voz? Si dos personas saben un secreto, también lo saben los demás. —Nila recordó una ocasión en la que una de las criadas de la casa Eldaminse había sido sorprendida durmiendo con el mayordomo principal… por la esposa del mayordomo. Habían tratado de evitar un escándalo guardándolo en secreto, pero la criada lo chismorreó y el mayordomo fue despedido.

Olem sacó papel para fumar de la chaqueta y comenzó a liarse un cigarrillo.

—Por supuesto. Correrán rumores. Pero, como dijiste, hemos ganado la batalla y ahora ya no importa demasiado. Siempre y cuando las Alas no decidan armar un escándalo, no serán más que rumores.

Él terminó de liar el cigarrillo y se lo ofreció.

—No, gracias.

Olem asintió con la cabeza, lo encendió con un fósforo y se puso a fumar en silencio. Nila observó su perfil y se preguntó por qué cosas habría pasado él durante los últimos meses. Creyó que había muerto cuando oyó la noticia de que el mariscal de campo había quedado atrapado detrás de las líneas enemigas. Pero allí estaba, y no parecía estar en muy mal estado; una cicatriz nueva por encima del ojo, la barba más larga.

Era extraño pensar que él la había cortejado. Si las cosas hubieran sido distintas, tal vez se habrían convertido en amantes.

Se aferró a esa pizca de nostalgia para acallar las voces de su cabeza, las voces de todos esos hombres que había asesinado con una oleada de fuego.

—Por cierto, has ascendido mucho en los últimos meses —dijo Olem de pronto.

Nila inclinó la cabeza.

—Y tú. He oído que alguien te llamó coronel. Enhorabuena.

—Eso es temporal —dijo Olem.

—Ah, ¿sí? ¿Hay ascensos temporales?

—No es eso. El mariscal de campo quiere que siga siendo coronel. Es solo que…

—¿No crees que puedas hacerlo?

Olem dejó caer la ceniza del cigarrillo y la pisó.

—No es para mí. Pero ¿qué hay de ti? ¡Una Privilegiada! Es increíble. Siempre pensé que eras algo más que una lavandera. —Esbozó una sonrisa, pero a través de su fachada quedó en evidencia un gran cansancio.

—Lavar ropa es un buen trabajo —dijo Nila, un tanto más defensivamente de lo que hubiera querido. Se aclaró la garganta—. ¿Por eso me cortejaste? ¿Porque pensaste que era algo más? ¿Una espía, tal vez? —¿Acaso su interés había sido falso? Quería enfadarse ante la idea, pero se dio cuenta de que no tenía la energía para eso.

Olem dio una calada a su cigarrillo y la miró a los ojos.

—Una espía no. —Se aclaró la garganta y agregó—: Me alegro de que seas Privilegiada. Te necesitaremos antes de que todo esto termine.

Se refería a que la necesitarían para que siguiera matando. La sola idea le revolvió el estómago. Nila aún podía ver los esqueletos ennegrecidos. Podía oler los restos humeantes.

—Ah. Aquí vienen —dijo Olem, ahorrándole a Nila la necesidad de responder.

Una fila de jinetes apareció sobre una colina sosteniendo antorchas y faroles. Se detuvieron frente a los centinelas, que los dejaron pasar, y diez minutos después llegaron hasta donde se encontraban Olem y Nila.

Olem preguntó en voz alta cómo había ido la misión. Un mayor respondió que habían tenido éxito, y una ovación se elevó por entre los jinetes. Nila oyó que uno de los centinelas le gritaba a otro.

—¡Taniel Dos Tiros está vivo! ¡Ha regresado!

La noticia corrió como reguero de pólvora y Nila no pudo evitar sonreír ante los vítores que brotaron del campamento unos momentos después. Al parecer, Taniel era muy querido.

Un hombre cabalgó hasta Olem. Tenía el cabello sucio y su negra barba ocultaba su rostro cansado y demacrado. Tenía la piel cubierta de golpes y cicatrices. Sobre los hombros llevaba una chaqueta adrana que tenía colocada una insignia del barril de pólvora. Nila supuso que se trataba de Taniel Dos Tiros. En la misma montura, sentada detrás de él, estaba la muchacha más imponente que Nila hubiera visto en su vida.

Se trataba de una salvaje; su piel pálida estaba repleta de pecas color ceniza y su cabello corto tenía un color rojo que hacía juego con la llama de las antorchas. Era un tono mucho más intenso que el de los rizos rojizos de Nila. El hombre miró a Nila con curiosidad y luego fijó la vista en Olem. La muchacha, en cambio, le mantuvo la mirada, le guiñó un ojo y le esbozó una sonrisa pícara.

El hombre le hizo un gesto con la cabeza a Olem, y este le dijo: —Más vale que vayas a ver a tu padre. Te interesará saber que ha dado órdenes de liberar a Bo.

Taniel lanzó un suspiro de alivio y agitó las riendas. Su compañera se volvió sobre la montura para mirar a Nila, y ella le devolvió la mirada hasta que desaparecieron por el campamento.

—¿Así que ese es el hijo del mariscal de campo?

Olem le dio una calada al cigarrillo.

—Así es.

—¿Y la muchacha?

—Ka-poel.

—¿Es una hechicera salvaje? He oído rumores sobre ella.

—Sí. —Olem aplastó la colilla con el pie—. Es, según las palabras del mariscal de campo, completamente extraordinaria.

Nila vio a Bo un poco más atrás en la fila. Estaba rodeado por soldados, con la ropa arrugada y el cabello desaliñado. Quiso correr para ver cómo se encontraba, pero la desazón de haber sido dejada atrás (y, para colmo, en una zona de guerra) le clavó los pies en la tierra.

—Hola, Nila —dijo Bo jovialmente al acercarse con el caballo. Se tomó del cuerno de la montura con ambas manos y quedó en evidencia que las tenía atadas con fuerza. Los dos soldados que tenía más cerca no le quitaron la mirada de encima—. Hola, Olem.

—Privilegiado —dijo Olem haciéndole un gesto con la cabeza.

—¿Ya me puedo retirar?

Olem les hizo un gesto con la cabeza a los hombres que vigilaban a Bo. Ellos lo desmontaron y desataron. Él comenzó a frotarse las muñecas. Uno de los guardias le entregó sus guantes, que él aceptó sin montar ningún escándalo. Enseguida los dejaron solos.

—Bien —dijo Bo. Se guardó los guantes en el bolsillo y asintió con la cabeza, como para sí mismo—. Me alegro de que eso haya acabado. ¿Dónde están nuestros aposentos? Y me estoy muriendo de hambre, vayamos...

Nila puso toda la fuerza de su brazo detrás de la bofetada. Sintió el impacto en el brazo entero y hasta en el cuerpo. Bo quedó mirando para el otro lado. Se oyó un grito ahogado de los soldados que la vieron, que no eran pocos.

Bo se llevó una mano a la mejilla y se la quedó mirando. La idea de que acababa de abofetear a un Privilegiado con todas sus fuerzas hizo que se le aflojaran un poco las rodillas, pero Nila se dijo a sí misma que ella ahora también lo era. Para bien o para mal.

—¿Por qué abismos lo has hecho? —le gritó Bo.

—Por dejarme en una zona de guerra.

Él se frotó furiosamente la mejilla.

—Juro que mataré a la próxima persona que me pegue. ¡Estás bien! ¿Por qué abismos estás tan furiosa?

—Yo...

De pronto, a Nila se le atascó la voz en la garganta. La imagen de los trozos de hueso y carne chamuscados flotó ante sus ojos. Sintió un hormigueo en la punta de los dedos, y no solo por la bofetada. Aún podía sentir el fluir de la hechicería a través de ella, el terror y el éxtasis que sintió al convertirse en un conductor de fuerzas destructivas. Se le nubló la vista.

Comenzó a tambalearse, pero Bo la sujetó. La tomó del codo y la alejó de los soldados que estaban desmontando. Cuando habló, ya no había ira en su voz, sino preocupación.

—¿Qué ha pasado?

Ella meneó la cabeza, consciente de que debía de parecer una imbécil. Seguramente tendría las mejillas coloradas y lágrimas cayéndole por el rostro. Aquel no era el comportamiento de un Privilegiado. Bo le apoyó una mano en cada lado de la cara y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar.

—Los maté. —Su voz sonó tan lastimera que se odió a sí misma al oírse.

—Ven. —Bo la tomó de la mano. La llevó por el campamento rodeándola con un brazo, ocultándola de los curiosos como un hermano lo haría con una hermana afligida. Él hizo algunas preguntas y ella balbuceó algunas respuestas, y pronto llegaron a la tienda de ella. Él encendió un farol y lo colgó del poste. —Cuéntame —le dijo.

Nila había recuperado por fin la compostura, y después de tomar algunas bocanadas de aire, comenzó a hablar.

—Yo estaba con los suministros, y los keseños llegaron a avanzar hacia nosotros. Había muchísimos hombres; superaban por mucho a los que protegían los suministros. Yo estaba furiosa por no poder hacer nada. Intenté muchas veces hacer la conexión. —Hizo el gesto de chasquear los dedos, pero asegurándose de que no se rozaran entre ellos—. Pensé que si podía generar fuego, sería capaz de ayudar, y de pronto pude. Hice el gesto correcto y fluyó de mí como si nada. Corrí por delante de la defensa y lo desencadené.

—¿Fuego? —preguntó Bo en voz baja.

Ella asintió con la cabeza.

—Fue como ver una ola atravesando la llanura. Traté de controlarlo, pero creció y creció, y me desmayé. —Nila sintió que las lágrimas volvían a brotar—. Cuando desperté, el inspector me había llevado arrastra hasta un lugar seguro. Intentó ocultarme la verdad, pero llegué a ver desde lejos la llanura incendiada. Yo los maté.

Bo sacó una petaca del bolsillo y se la entregó. Ella, agradecida, bebió varios sorbos.

—Es normal desmayarse cuando extraes demasiado poder y no puedes controlarlo —dijo Bo—. Es la defensa del cuerpo para evitar que te destruyas con el Otro Lado. ¿Cuántos?

—¿Cuántos qué?

—¿Cuántos murieron?

Nila desvió la mirada.

—Miles.

Cuando volvió a mirar, se esperaba ver todo su autodesprecio reflejado en el rostro de Bo. Después de todo, ella era un monstruo, ¿no? Había asesinado a muchos hombres con tan solo algunos gestos.

En cambio, Bo tenía las cejas arqueadas.

—¡Muy buen trabajo, muchacha!

Ella lo golpeó en el hombro.

—Auch. No, lo digo en serio. Es extraordinario. Salvaste por tu cuenta a todo el campamento de suministro de las Alas y, probablemente, miles de vidas.

Ella se lo quedó mirando, sin comprender.

—¿No entiendes que es algo horrible? ¡Tantas vidas perdidas en un solo instante! ¡Ni siquiera tuvieron oportunidad de defenderse!

—Nila, hiciste algo increíble —dijo Bo con una expresión más seria —. No puedes culparte por eso.

—¡Sí que puedo! ¿Realmente estás tan aislado de la muerte? ¿Tienes el corazón tan endurecido que no te das cuenta del poder terrible que tenemos en las manos?

Ella sostuvo las manos frente a él, rogándole en silencio que se las cortara. Tenía las mejillas frías por las lágrimas, y de pronto sintió como si se hubiera congelado. Comenzó a temblar.

Bo la miró con gesto preocupado. Luego suspiró. Tomó la manta de su catre, se la colocó sobre los hombros y se le acercó. Le tomó una mano y le acarició los dedos mientras le susurraba: —A mí me obligaron a matar a mi primera persona a los catorce años —le dijo—. Una esclava que habían conseguido con ese fin. Es ilegal, ya lo sé, pero la legalidad no significa gran cosa en una camarilla real. Ella tendría unos diecisiete años. Tenía la piel morena de los gurlos, y un párpado caído. —Bo se sorbió la nariz—. Me negué cuatro veces, y me dieron una paliza cada vez que lo hice. La quinta vez me dijeron que si no la mataba, yo mismo sería hombre muerto. Igualmente me negué. Entonces me dijeron que si no la mataba, masacrarían a Taniel, a Tamas y a Vlora. Mis únicos amigos. Y yo fui tan idiota que les creí. No podía permitir que eso sucediera, así que, cuando volvieron a pedírmelo, maté a la esclava tan rápido como pude.

En su rostro tenía el rastro de una lágrima. Se lo secó cuando notó que Nila lo estaba mirando.

—¿Por qué te obligaron a hacer eso? —preguntó ella. La pasmaba semejante crueldad. ¿Obligar a un niño de catorce años a asesinar a sangre fría?

—Para endurecerme. Para mostrarme cómo era realmente la vida en una camarilla real. Intenté huir unas siete u ocho veces. Me dieron unas cuantas palizas por eso. Yo era el aprendiz del propio magus, y él me dijo que no permitiría que mi talento se desperdiciara tan solo porque yo era débil de voluntad. Por el abismo, odiaba a ese sujeto. Hice todo lo que pude para joderle la vida: lo avergonzaba en público, y a los dieciséis comencé a acostarme con sus concubinas. Una vez hasta le cagué en la cama. —Bo se rio—. Cada moratón que me hizo y cada hechizo de tortura sin marcas que me infligieron me sirvieron para

reforzar mi odio. Incluso juré matarlo, pero Tamas se encargó de eso por mí.

Nila se sentía vacía por dentro; sin energía ni emociones.

—¿En eso debo convertirme? ¿En alguien empujado por el odio y el autodesprecio?

—Oye, oye —dijo Bo—. A mí nunca me empujó el autodesprecio. Eso lo mantengo oculto en el fondo de mi mente.

El chiste la hizo sonreír levemente.

—No —siguió diciendo Bo—. No quiero que te conviertas en eso. Quiero que aprendas a utilizar tu poder y a seguir tu consciencia. Pero, a veces, tu propia consciencia te obligará a matar. Esa es la vida de un Privilegiado. La carga de tal poder es proteger a tus amigos y compatriotas.

Nila asintió con la cabeza. No encontraba palabras.

—Se volverá más fácil —dijo Bo. Le dio un apretón para tranquilizarla—. Pero no te vuelvas cruel. No te vuelvas como yo. Debes hacer todo lo posible por evitarlo.

Ella sintió que la mano de él le bajaba por el cuerpo.

—¿Algo de todo lo que has dicho es verdad?

—¿Perdón?

—¿O solo intentas hacer que me quite la falda?

Bo se encogió y Nila vio de inmediato que había cometido un grave error. Había sido verdad. Hasta la última palabra. Y se lo había arrojado en la cara, aun si lo hubiera dicho en broma.

—Lo siento —le dijo—. No lo dije en...

Él esbozó una media sonrisa.

—Nah. Es un comentario justo. Debería ir a mi tienda.

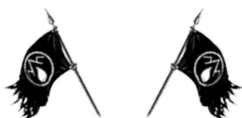
—No te vayas.

Él la miró con gesto interrogante. Le volvió a dar un apretón.

Nila se quedó dormida con la cabeza sobre el pecho de él, oyendo el latido de su corazón. A medida que se iba durmiendo, los alaridos que le resonaban en la mente le parecieron menos sonoros.

Algo le dijo que habría más en el futuro.

Capítulo 20



Tamas examinó cuidadosamente la montaña de informes sobre la batalla cuya victoria se le había adjudicado a él.

Los hombres habían comenzado a llamarla “la batalla del Arroyo de Ned”, por el pequeño riachuelo que atravesaba el campo de batalla. Al parecer, basándose en el hecho de que los chismes del campamento no hacían mención alguna de los cuatro días que Tamas había desaparecido, Abrax había decidido mantenerse en silencio acerca de su ausencia y Olem se las había arreglado para que los rifleros mantuvieran el secreto. Por ahora. Varios cientos de personas sabían que él había ido a rescatar a Taniel. A la larga se correría la voz. Pero cuanto más tiempo transcurriera antes de que eso sucediese, mejor.

Tamas leyó el informe de Vlora tres veces. También había leído informes de tres generales, cinco coroneles, dos capitanes y un sargento. El de Vlora era, por mucho, el más exhaustivo, pero los otros brindaban detalles que Vlora no sabía o había decidido omitir.

Se restregó los ojos y suspiró. Lo que daría por un plato de la sopa de calabaza de Mihali. O, siquiera, por unos minutos de conversación con él. A pesar de sus defectos, Mihali lograba relajar a Tamas, y él no se había percatado de eso hasta que se enteró de que el dios había muerto.

Tal vez solo fuera sentimentalismo.

—¡Olem! —gritó—. ¡Olem!

La entrada de la tienda se abrió y un guardia asomó la cabeza. El farol de Tamas hizo que las sombras danzaran en su rostro.

—Disculpad, señor, Olem está en su descanso. ¿Hay algo que pueda hacer por vos?

—Ah, no. No importa. Yo puedo..., un momento, ¿qué hora es?

—Creo que son cerca de las once, señor.

—Gracias. Busca al inspector Adamat. Si está despierto, dile que se reúna conmigo aquí en media hora. En caso contrario, déjalo dormir.

Tamas también había leído el informe del inspector. El pobre hombre se merecía descansar.

Se puso de pie y se estiró, pero se encogió cuando el dolor le atravesó las tripas. Apoyándose una mano en la herida, fue hasta su escritorio y rebuscó entre los documentos hasta que encontró el plato con la cena de esa noche. Las galletas estaban duras; el queso, enmohecido; la carne, fibrosa. Logró tragarse medio plato, hasta que finalmente se rindió por completo. Tomó un par de lingotes de oro de su escritorio, se los guardó en el bolsillo y salió de la tienda de mando.

Cerca de allí, una soldado tocaba el violín y cantaba suavemente con la melodía; su voz se extendía por el silencio del campamento. Los guardias de Tamas se pusieron en posición de firmes.

—Descansad —les dijo—. Voy a caminar un poco. Podéis seguirme, pero en silencio.

Los guardias lo siguieron a una distancia prudencial mientras él recorría el campamento. Le hizo un gesto de que se alejara a todo soldado que intentó ponerse firme y hacerle un saludo. Pronto el canto de la soldado se perdió en el silencio de la noche, que solo se vio interrumpido por los gritos y gemidos distantes que provenían desde el norte, donde los médicos habían establecido los hospitales de campaña. Mil cuatrocientos hombres habían perdido algún miembro durante la batalla, y otros cientos habían recibido heridas mortales. En cuanto a esos últimos, los médicos solo podían darles mala y esperar lo inevitable.

Una vez que la adrenalina había pasado y se habían entregado las medallas y se había dispensado la gloria, después de la batalla solo quedaban los que sufrían.

—Debería haber estado aquí para ellos. Guiarlos a la batalla —murmuró Tamas.

—¿Señor? —preguntó uno de sus guardias.

—Nada. ¿Alguno de vosotros tiene idea de dónde duerme la capitana Vlora?

—No, señor —respondieron ambos.

Tamas encontró la tienda de Olem no muy lejos de la suya. Aún había varios de los rifleros sentados alrededor de la fogata. Uno leía a la luz del farol, otro tallaba un trozo de madera. Cuando Tamas se acercó, todos se pusieron de pie.

—Descansad —les dijo suspirando. Señaló la tienda de Olem—. Solo he venido a ver al coronel.

Dos de los rifleros se miraron. Otra, una mujer de unos treinta años con el cabello rubio recortado, se aclaró la garganta.

—Creo que está durmiendo —dijo ella.

Tamas la miró entrecerrando los ojos.

—Es un Dotado. No necesita dormir. —Todos sabían acerca del Don de Olem. ¿Qué estaba pasando?

—Creo… Creo que lo vi irse hace un rato —dijo uno de los otros.

Tamas se echó un poco de pólvora sobre la lengua y fue hasta la tienda de Olem.

—¿Olem, estás…? —A pesar de que dentro de la tienda no había farol, la visión que le brindaba su trance de pólvora le permitió ver el interior como si estuviera a la luz del día. A Tamas le pareció oír una risita, luego un insulto. Olem se incorporó en su catre. Tenía el torso desnudo.

—¿Señor?

Tamas echó una mirada al bulto que había en el catre junto a él y no pudo evitar sonreír. Tal vez Olem había vuelto con la lavandera bonita.

—Lo siento, no quise interrumpir.

—No hay ningún problema, señor.

—Solo buscaba a Vlora.

Olem se aclaró la garganta.

—Eh…

—Aquí estoy. —Vlora se incorporó junto a Olem y se quitó el cabello del rostro con una mano.

—Ah —dijo Tamas—. Yo, eh, esperaré fuera.

Regresó a la fogata. Los rifleros evitaron metódicamente su mirada. Tamas golpeteó el suelo con el pie, intentando pensar qué le diría a Vlora que no incluyera la expresión “confraternización entre rangos”.

—Disculpad, señor —murmuró uno de los rifleros. Otro lo pateó en la espinilla.

—Está bien —dijo Tamas. Una parte de él quería reírse—. No esperaría menos de ellos —dijo señalando con el pulgar a sus guardias — si yo estuviera encamado con alguien. —Eso le causó un resoplido acallado del mismo riflero, que recibió otra patada.

Un momento después, Vlora salió de la tienda de Olem poniéndose la chaqueta sobre la camisa a medio abotonar. Tenía las botas desatadas y se detuvo un momento para atárselas mientras Tamas esperaba. Se alejaron de la fogata.

—No lo lamento, señor —dijo ella cuando estaban fuera del alcance del oído de Olem y de los rifleros.

—¿Mmm? ¿Lamentar qué? —Vlora se puso rígida y Tamas se volvió hacia ella lanzando un suspiro—. Así es la vida, Vlora. Tú misma me lo dijiste. Me alegro de que aún podáis encontrar algo en los brazos del otro. Ojalá yo pudiera darme ese lujo.

—¿Señor? —Vlora lo miraba boquiabierta, y Tamas reprimió una leve sonrisa. Aún podía sorprender a los demás. Era bueno saberlo. Vlora continuó—: ¿Queréis decir…?

—No vine a amonestarte ni nada de eso. Quería hablar contigo por otra cosa. La confraternización entre rangos sigue siendo una falta, eso sí. Pero en este momento no tengo la energía para lidiar con eso.

—Gracias, señor. —Vlora lo observó con ojos cautelosos, como si estuviera esperando la puñalada por la espalda—. Me estáis enviando señales contradictorias, señor.

—Lo sé. Lo lamento. Ojalá la vida fuera más directa, pero creo que desde nuestra última charla sobre este tema en particular, he podido aceptarlo.

Vlora inclinó la cabeza hacia un lado.

—Olem pensaba que lo habíais ascendido para evitar que fuéramos amantes.

—Ah, ¿sí? Ja. Ojalá se me hubiera ocurrido. Pero no fue así. Lo ascendí porque las circunstancias lo requerían y él es una de las pocas personas en quienes confío plenamente. —Suspiró e hizo un gesto con la mano para cambiar de tema, resistiendo el impulso de seguir con lo mismo. Seguía en desacuerdo con la relación entre ellos, pero ya no creía que tuviera derecho a decirlo—. Hablando de eso, te voy a ascender.

Vlora lo miró sorprendida.

—¿Perdón?

—Dije que te voy a ascender. A coronel, de hecho. Por ahora, tendrás una asignación especial, al igual que Olem, pero tengo la intención de ponerte a cargo de tu propio regimiento antes del final de la guerra.

—No lo entiendo. No he hecho nada para merecerlo.

—¿Nada? Capitana... quiero decir, coronel, me he pasado los últimos dos días revisando los informes de tus acciones durante la batalla. Fueron, en una palabra, brillantes.

—Solo seguí tus instrucciones —murmuró Vlora.

—Ningún plan de batalla es perfecto. Ni siquiera los míos. Hubo muchas situaciones críticas que requirieron tu respuesta, sin contar con mi ayuda, y las manejaste exactamente como lo habría hecho yo. Y cuando enviaste las dos compañías para socorrer al campamento de las Alas, incluso estuviste mejor. Yo los habría dejado arder. Una vez que el caos se hubiera calmado, habría recogido los restos. Eso no habría estado bien. —Tamas no había tenido la intención de continuar, pero las palabras se le escapaban de la boca—. También hay, por supuesto, circunstancias extraordinarias. Hemos perdido muchos oficiales durante los últimos meses, y no todos porque hayan muerto o hayan sido heridos. —La traición de Hilanska y la corrupción y huida de Ket aún le dolían—. Habrá cientos de ascensos durante la próxima semana, y tú no serás la única que se saltará rangos. Siempre tuve la intención de mantener a mis magos de la pólvora como soldados y francotiradores, pero ahora veo que necesito ascender a aquellos que

tienen talento.

—Andriya también debería ser ascendido.

—Y lo será, cuando llegue con el rey deliví. Pero Andriya es demasiado impulsivo. Demasiado vengativo. Siempre funcionó mejor con grupos pequeños, y por eso ha estado al mando de la camarilla desde lo de Sabon. Pero tú siempre tuviste la virtud de tener una visión más amplia, y lo demostraste el otro día.

—Gracias, señor.

Tamas asintió con la cabeza.

—Aún no hemos ganado esta guerra, coronel. No me lo agradezcas hasta que eso suceda.

Se quedaron en silencio durante varios minutos. Fue Vlora quien habló primero.

—¿Señor?

—¿Sí?

—¿Puedo retirarme?

—Ah. ¡Ah, sí! Vete. Un momento, toma.

Tamas le colocó los lingotes de oro en la mano y le cerró los dedos sobre ellas. Tuvo el impulso repentino de inclinarse para darle un beso en la frente, como una bendición para una hija, pero lo reprimió el tiempo justo para que ella se lanzara hacia él para abrazarlo. Tamas le devolvió el abrazo. Luego ella se fue, y Tamas se la quedó mirando por un momento.

—Eh, señor —dijo una voz.

Tamas se volvió y vio al secretario, que lo esperaba en la distancia.

—¿Qué pasa?

—El inspector Adamat lo está esperando.

—Ah. Sí. Por supuesto. Iré enseguida. —Echó una mirada hacia el lugar por donde Vlora se había alejado, pero ya había desaparecido.

Adamat pasó su peso de un pie al otro y reprimió un bostezo. Era casi medianoche y aún no había señales del mariscal de campo. ¿Debería irse? ¿Debería esperar?

Sin duda, Tamas quería interrogarlo acerca de la serie de eventos que llevaron a la muerte de Vetas. Había incluido todo en su informe, por supuesto, pero un informe nunca era del todo suficiente. Tamas era la clase de hombre que prefería ser meticuloso. Adamat rogaba que no fuera demasiado meticuloso.

Ya había decidido evitar todo lo posible cualquier pregunta acerca de Josep.

Se pasó la mano por el cabello y se rascó la calva. Había pasado incontables horas estudiando en su mente a aquel Guardián, y había llegado a la conclusión de que una memoria perfecta era, sin duda, una maldición. Sin ella, tal vez se habría convencido a sí mismo de que

había sido una ilusión óptica. Que el Guardián no se parecía en nada a su hijo y que el anular que le faltaba solo era una coincidencia.

Pero cuanto más recordaba la espalda deformada y la mandíbula retorcida pero aún juvenil y las mejillas suaves, más se convencía de que su hijo había sido convertido en un Guardián.

¿Qué le habían hecho a su niño inocente? Primero, un prisionero; luego, un mago de la pólvora vendido como esclavo; ahora, eso. Adamat intentó recordar todo lo que sabía acerca de los Guardianes. Eran hombres ordinarios transformados por hechicería keseña en criaturas retorcidas a las que solo les quedaba una inteligencia rudimentaria, y a las que les lavaban el cerebro para que obedecieran a los comandantes keseños. Aquellos Guardianes Negros, creados a partir de magos de la pólvora, eran algo reciente. Algunos soldados sostenían entre susurros que habían sido creados por el propio Kresimir, ya que ninguno de los otros Privilegiados tendría el poder suficiente para deformar a un mago de la pólvora.

¿Qué clase de sufrimiento había causado el proceso? ¿Qué clase de dolores le había infligido aquel dios infame al hijo de Adamat? Él repetía la escena en su mente una y otra vez, y estudiaba los ojos de la criatura. Esperaba, al observarlos con más detenimiento, encontrar rabia y una furia alimentada por hechicería.

Pero solo había miedo, del que se ve en los ojos de un buey estúpido en camino al matadero.

—¿Inspector?

Adamat oyó el roce de la entrada de la tienda, se restregó los ojos deprisa y se alisó la chaqueta.

—Señor, aquí estoy.

—Inspector, ¿qué estáis haciendo a oscuras aquí adentro? —preguntó Tamas. Adamat oyó que el mariscal de campo buscaba algo por su escritorio. Se encendió un fósforo y, luego, un farol.

—Solo estaba esperando. No quería molestar a nadie.

—Podemos brindarle un poco de luz, hombre. Lamento ser tan grosero. Espero no haberos despertado.

Tamas le miró detenidamente el rostro, y Adamat se encogió.

—No lo habéis hecho.

—Por el abismo, tenéis tan mal aspecto como yo. ¿Habéis dormido? ¿Se os asignó una tienda apropiada y el equipo necesario?

—Así es. Gracias.

—Lamento reteneros en el campamento. Entenderéis que he tenido que ponerme al día con muchas cosas.

—Por supuesto. Estoy deseando volver a reunirme con mi familia.

“¿Lo ansío en verdad? ¿Cómo explicaré lo que he visto?, ¿en lo que se convirtió Josep?”. Adamat se dio cuenta con un sobresalto de que ya consideraba que su hijo bien podía estar muerto. Pero, claro, ¿qué otra

cosa podía pensar? Había visto esos ojos en su memoria durante tanto tiempo que ya sabía que el Josep al que él amaba ya no existía.

—¿Estáis seguro de que todo va bien, inspector?

—Sí.

Tamas se dejó caer sobre la silla. Tenía muy mal aspecto. Adamat dejó de pensar en sus propios problemas para centrarse en el mariscal de campo. Tamas, aquejado por unas cuantas heridas (o, al menos, eso parecía), había envejecido diez años en los últimos tres meses. El mínimo vestigio de negro que podría haberle quedado en el bigote ya había desaparecido, y se movía con cuidado, haciendo un gran esfuerzo y favoreciendo su lado derecho.

Adamat había visto esa clase de comportamiento en los hombres de la fuerza de policía adrana. Sin duda, Tamas había recibido una puñalada entre las costillas, con la suerte de que no alcanzó nada importante, pero sería una herida dolorosa como el abismo y que probablemente fuera a infectarse. Había rumores de que Hilanska lo había apuñalado antes de huir. Encajaban, con toda certeza.

—¿Inspector?

Adamat interrumpió sobresaltado sus pensamientos. Tamas había estado hablando.

—Lo lamento mucho, señor. ¿Podríais repetir eso último?

Tamas inclinó la cabeza hacia un lado, y un dejo de ira le atravesó el rostro.

—Os he preguntado si sabéis por qué no os arresté después de que confesasteis vuestra traición.

—No lo sé.

Adamat sintió una gota de sudor frío en la frente y, de pronto, su chaqueta pareció encogerse. Él se lo había preguntado, pero no lo había considerado durante mucho tiempo. Había demasiadas cosas por hacer, demasiado en juego.

—No os arresté porque eso era lo que el enemigo se habría esperado. —Tamas se puso de pie, fue hasta su escritorio y se sirvió un vaso de agua. No le ofreció uno a Adamat—. Fue una treta, para quitarse a vos de encima. Mencionáis en vuestro informe que Vetas pensaba que habíais sido encarcelado.

—Así es —dijo Adamat con la garganta seca—. Funcionó.

Tamas bebió un sorbo de agua observando a Adamat con la misma expresión que él había visto en sujetos que se debatían sobre si sacrificar o no a un perro cojo.

—Sí.

—¿Y ahora qué?

—Aún os considero responsable de la muerte de Sabon, inspector —dijo Tamas—. Me había dicho a mí mismo que iríais a juicio cuando todo esto terminara. Que os enfrentaríais a las consecuencias de

vuestros actos.

Adamat sintió que el estómago se le llenaba de fuego. “¿Las consecuencias? ¿Él, que me metió en todo este asunto, tiene las agallas de hablarme de consecuencias? Me enfrenté a las consecuencias de mis actos cien veces durante los últimos seis meses”. Adamat tuvo que morderse la lengua para mantenerse en calma.

—Me había dicho eso… hasta el momento en que tuve que elegir entre liderar a mis hombres a la batalla o evitar que mi hijo fuera asesinado en la montaña a manos de traidores. Sois un buen hombre, Adamat, e hicisteis lo que pudisteis. Quedan tan pocos buenos hombres que no enviaré a uno de ellos a la guillotina. Pero necesito vuestra ayuda.

Adamat casi no se atrevía a respirar.

—¿Mi ayuda?

—Hay más trabajo por hacer.

Adamat sintió que se le tensaba el pecho. “Por supuesto. Siempre hay más cosas que hacer”. ¿Qué respondería Faye si estuviera allí con él? Le diría al mariscal de campo que se metiera las consecuencias en el culo y que se arrojara al abismo.

—¿Qué os hace gracia, inspector?

—Estaba pensando lo que os respondería mi esposa si estuviera aquí.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué respondería?

—Preguntaría “¿Qué puedo hacer por vos, mariscal de campo?”. Bueno. ¿Qué puedo hacer por vos? —No había nada más que decir. Tamas no esperaría nada menos que su completa obediencia. Era la misma arrogancia que Adamat había visto durante décadas entre los nobles a quienes había servido.

Por un momento, Tamas pareció desconcertado.

—Ya veo. Aún necesito dar fin a esta guerra, y cuando eso ya esté hecho, me tocará lidiar con el ejército brudano que controla Adopest. Necesito establecer alguna clase de contacto. Seréis mi intermediario con lord Claremonte. Averiguad qué quiere. ¿Cuál es su objetivo? ¿Qué es lo que hay que hacer para que se vaya? Y si eso no está dentro de nuestro alcance, averiguad sus secretos y debilidades e informadme de ellos para que yo pueda destruirlo y otorgarle a nuestra nación la república que se merece.

Adamat sintió que algo le carcomía las entrañas. Era algo muy similar a la desesperación. Él ya había lidiado con lord Vetas, ¿y ahora tendría que lidiar con el amo, que solo podía ser mucho, muchísimo peor? Sería su ruina.

—No volveré a poner a mi familia en esa clase de peligro, mariscal de campo. Ni por mi vida.

—Vuestro país os necesita.

Adamat se preguntó si acaso Tamas sabía lo huecas que sonaban sus palabras.

—No podéis confiarme esto. Es imposible. Lord Claremonte, por medio de su agente, ya ha usado a mi familia contra mí una vez, y lo hará de nuevo. Si lo hace, os volveré a traicionar, os lo prometo.

—Vuestra familia ya no forma parte de la ecuación. No hay nada que Claremonte pueda ganar amenazándola. Solo seréis un político, y nada más.

—Puede obligarme a daros información falsa.

—Os garantizo la seguridad de vuestra familia.

Adamat volvió a ponerse de pie.

—¡No podéis garantizármela! Ese hombre es un animal y usará cuanto tenga a su disposición para ganar en su juego retorcido. ¡He sido testigo de sus maquinaciones!

—Por eso, inspector, os necesito tan desesperadamente. Sois el único que sabe algo sobre él. Sois el único que lo odia lo suficiente para destruirlo sin ceremonias. Vuestra familia estará a salvo, Adamat. Os lo juro. No obtendrá tales garantías de Claremonte mientras controle la ciudad. —Tamas bebió otro sorbo de agua.

—Lo lamento, mariscal de campo, pero debo rechazarlo.

—Me dijisteis…

—Pregunté en qué podía ayudar. No ofrecí poner en peligro a mi familia, ni a mí mismo. No, señor, no lidiaré con Claremonte. Mi familia ya ha sufrido suficiente por esta causa. ¡He perdido a un hijo! —"Y a causa de algo muchísimo peor que la muerte".

Tamas miró su vaso con gesto ceñudo.

—Ya veo.

Adamat se dio cuenta de que el corazón le retumbaba. No había pensado que comenzaría a gritar en la tienda de Tamas, pero tenía que poner un límite. Tamas tenía la vida de sus hombres en sus manos, pero podía irse al abismo si pensaba que podría usar la culpa para persuadirlo a él.

—¿Regresaréis pronto a Adopest? —preguntó Tamas.

—Partiré mañana a primera hora —dijo Adamat. Volvió a tomar asiento. Se sentía tan viejo…

—¿Acaso podrá haceros cambiar de parecer una petición menor?

Adamat arqueó una ceja; presentía una trampa. Tamas había dado marcha atrás demasiado rápido para alguien de su clase.

—¿De qué se trata? —Se aclaró la garganta y bajó la voz—. ¿En qué puedo serviros, señor?

—Ofrecedle vuestra ayuda a Ricard en su campaña política. Necesitará toda la asistencia posible; sobre todo, de hombres en quienes confía. Vos sois amigos, ¿no es así?

—Ricard se presentará contra Claremonte —dijo Adamat.

Exactamente el sujeto al que quería evitar.

Tamas hizo un gesto tranquilizador.

—No os estoy pidiendo que os involucréis demasiado. Solo ayudadlo un poco. Alentadlo. Ofrecedle vuestro talento para recordar. Haced lo que podáis.

—Haré lo que pueda —dijo Adamat tras considerarlo un momento —. Pero no os garantizo nada. No volveré a quedar atrapado en la red de Claremonte.

Tamas asintió ligeramente con la cabeza. Abrió la boca para decir algo, pero lo interrumpió un golpeteo en el poste de la tienda. Un mensajero asomó la cabeza por la entrada.

—¿Señor?

—¿De qué se trata?

—Ha llegado un mensajero del rey.

—¿De qué rey? ¿Deliv? ¿Ya están aquí?

—No, señor. De parte de los keseños. Ipille pidió la paz. Quiere negociar.

La presencia de Adamat fue olvidada en el instante en que se corrió la voz de que Kez quería discutir los términos para acordar la paz. Se escabulló hasta su tienda entre los mensajeros nocturnos y las reuniones imprevistas, y pudo conciliar algunas horas de sueño intranquilo antes de que su carruaje estuviera listo para llevarlo de regreso a Adopest.

Le pidió al conductor que lo esperara y atravesó el caos matutino del campamento pidiéndole indicaciones al guardaespaldas del mariscal de campo para encontrar una tienda en particular en un mar de miles.

Se ahorró la vergüenza de tener que meter la cabeza en tienda tras tienda para encontrar a Borbador cuando vio al propio Privilegiado sentado junto a una fogata sin humo, sosteniendo una pipa de caña larga con los dientes. Tenía la chaqueta impecablemente planchada y las patillas recortadas. Se lo veía tan pulcro como un oficial con un séquito de asistentes. Adamat se preguntó cómo podría aplicarse la hechicería en la rutina matinal. En ese momento, notó que el fuego no tenía leña.

—Buenos días, inspector —dijo Bo suavemente. Se llevó un dedo a los labios y señaló la tienda que tenía detrás.

—Buenos días, Privilegiado. —Adamat tomó su sombrero con ambas manos e intentó no parecer nervioso.

El Privilegiado levantó la mirada de su fuego mágico.

—¿Os puedo ayudar en algo?

—Yo... —Adamat se aclaró la garganta. Tal vez aquella no fuera una buena idea. Tal vez sería mejor si no hiciera nada.

—¿Sí?

—Es un tema delicado.

Bo se quitó la pipa de la boca y miró el cuenco vacío con gesto ceñudo.

—No he tenido un minuto para conseguir tabaco de pipa. Vos no tendríais un poco para darme, ¿verdad?

Adamat se tanteó los bolsillos en busca de su pipa y su petaca de tabaco.

—Solo me queda esto.

Le dio el resto de la petaca a Bo, que le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y se tomó un momento para cargar su pipa y encender la cazoleta con una llama que le brotó del dedo. Levantó la vista y miró a Adamat a los ojos.

Fuera lo que fuese que hubiera estado considerando el Privilegiado cuando Adamat se acercó quedó guardado para otro momento. Ahora tenía toda la atención de Bo, y no estaba seguro de quererla.

—¿Tiene que ver con vuestro hijo? —preguntó Bo.

—Así es.

—Os prometí que os ayudaría a recuperarlo. Tamas está intentando reclutarme, y eso complica las cosas. Pero igualmente planeo cumplir mi promesa.

—Vuelvo a Adopest —dijo Adamat.

Bo lo observó detenidamente, con una expresión suave.

—¿Os habéis dado por vencido? —Su tono de voz no fue de reproche.

—Las circunstancias han cambiado.

—¿En qué sentido?

Adamat se humedeció los labios. Tenía que ser fuerte. Por él mismo. Por Faye. Por Josep.

—Mi hijo ha sido transformado en un Guardián. En un Guardián Negro. Yo mismo lo vi en la batalla. Me habría matado, pero dije su nombre y huyó.

—¿Estáis seguro?

—Tan seguro como puedo estarlo.

Bo lo consideró por un momento.

—No puedo hacer nada por él. El proceso de crear un Guardián es irreversible. La camarilla adrana lo ha intentado. Y esos Guardianes Negros, hasta sus cadáveres apestan a la hechicería de Kresimir. Lo más probable es que muera intentando contrarrestarla.

—Lo sé. O sea, una vez leí un libro sobre Guardianes. En realidad, solo algunos capítulos, pero sé que el proceso no se puede revertir.

—Entonces, ¿a qué habéis venido?

—Quería cambiar los términos de nuestro acuerdo.

Adamat supuso que Bo se opondría de inmediato. Después de todo, un acuerdo era un acuerdo. Supuso que Bo cumpliría hasta la última

letra de lo acordado.

—Os escucho —dijo Bo.

—Quiero que encontréis a mi hijo. Y quiero que lo matéis.

Capítulo 21



Tardaron cuatro días en organizar el encuentro. Durante esa paz tensa, las brigadas de ambos bandos recibieron refuerzos, lo que les permitió posicionarse; mientras tanto, los mensajeros iban y venían. Dos días después, Tamas se encontraba en un pueblo que daba al camino del sur, a unos veinticuatro kilómetros al norte de Fendale.

En realidad, hablar de un pueblo era bastante generoso. No llegaba a haber ni diez edificios, el más grande de los cuales, una capilla Kresim, había sido ocupada para llevar a cabo la reunión. No había señales de los antiguos habitantes del lugar. No había forma de saber si habían sido evacuados hacía meses o si habían sido esclavizados por los keseños, y no era un tema prioritario en la lista de preguntas que Tamas pensaba hacerle al rey de Kez.

Durante buena parte de la mañana, los jinetes fueron y vinieron. Tamas se pasó el tiempo observando el campamento de la comitiva de Ipille, situado a un kilómetro y medio de distancia, del otro lado del pueblo. No se veía gran cosa del campamento; Ipille se había establecido en un barranco poco profundo que los protegía del viento.

Y de los magos de la pólvora.

Tamas le hizo un comentario al respecto a Olem. Este levantó su catalejo para observar a la guardia real de Ipille, situada sobre la colina que daba al campamento keseño.

—No confía en vos, señor —dijo Olem.

—No puedo culparlo demasiado por eso. Una vez traté de matarlo.

Olem bajó el catalejo y se quitó el cigarrillo de la comisura de la boca.

—Él trató de hacer que os mataran muchas veces.

—Es cierto —dijo Tamas pensativo—. Pero yo llegué a tener los dedos alrededor de su garganta. Hay una pequeña diferencia.

—Ah. ¿Algún día me contaréis esa historia?
—Durante alguna borrachera, tal vez.
—Vos no bebéis, señor.
—Precisamente.
Uno de los rifleros de Olem cabalgó hasta allí para informar. Un momento después, Olem se lo comunicó a Tamas.
—Señor, mis muchachos han dado el visto bueno. El pueblo está vacío, salvo por un par de miembros de la guardia real de Ipille, y lo han explorado todo en diez kilómetros a la redonda. Si es una trampa, Ipille es mucho más listo de lo que pensamos.
—Ipille es mucho más listo de lo que pensamos. Por suerte para nosotros, la única habilidad que no tiene es la de seleccionar gente talentosa, por lo que nunca tuvo un general ni un mariscal de campo que llegara siquiera a ser competente. ¿Has hecho que algunos Dotados revisen el lugar en busca de Guardianes y Privilegiados?
—No hay Guardianes. Y solo hay una Privilegiada de quinta categoría. Se supone que ahora es la cabeza de la camarilla real, dado que los más poderosos que ella están todos muertos.
—Dile a Vlora que vigile a la Privilegiada, por si intenta algo.
—Señor, sabéis que Ipille viaja, sin lugar a duda, junto a un séquito real —dijo Olem pensativo—. Nosotros solo hemos traído combatientes. Tenemos la mayor fuerza. Podríamos... —Imitó una pistola con el pulgar y el índice.
—No me tientes. —Tamas ya lo había considerado. Varias veces—. Tenemos la posibilidad de dar fin a la guerra. Si matamos a Ipille, alguno de sus estúpidos hijos exigirá nuestras cabezas y quizás hasta se gane las simpatías de algunos de los Nueve. ¡Taniel!
Tamas le hizo un gesto a su hijo para que se acercara. Taniel se encontraba hablando con uno de los rifleros; levantó la mirada y le hizo un gesto con la mano. Dijo unas palabras más y se acercó.
Se había aseado perfectamente desde su terrible experiencia en las montañas. Se había afeitado, bañado y había recibido un uniforme nuevo. Tenía muchas más cicatrices que cuando Tamas lo había enviado al Pico del Sur, y tenía un mechón blanco sobre la oreja derecha que Tamas no había notado antes. En el pecho llevaba la insignia del barril de pólvora de los magos de la pólvora, pero no llevaba galones de rango.
Tamas tamborileó sobre el cuerno de la montura con los dedos.
—Recuerdas que te ascendí, ¿verdad? —dijo Tamas mirando la solapa vacía de Taniel.
—Técnicamente, yo ya no soy uno de tus soldados —respondió Taniel.
—Eso es una tontería y lo sabes.
Taniel apoyó el peso sobre la pierna de atrás y su mano se posó

sobre la culata de una de sus pistolas. Incluso allí, rodeado de aliados, adoptaba la postura de un asesino despreocupado. Era parecido a Olem, pero sin la vigilancia constante del guardaespaldas. Taniel no se preparaba para matar porque lo necesitara, sino... porque sí.

—Llegué a un acuerdo con la comandante de brigada Abrax. Ahora soy miembro de las Alas de Adom.

—Y yo te dije que nunca habías dejado de estar bajo mi mando. Tu expulsión fue orquestada por un traidor por un lado y por una general corrupta por el otro. Ningún tribunal, sea militar o civil, que respetará el resultado de ese consejo de guerra.

—Seguro, padre —dijo Taniel en voz baja.

Tamas sintió una punzada de ira. Ya habían tenido esa conversación muchas veces, y en cada ocasión, Taniel fingía darle la razón. Y, sin embargo, seguía sin colocarse los galones de mayor en la solapa.

—Esto podría ser una trampa —dijo Taniel.

Tamas meneó la cabeza.

—Hemos revisado el lugar.

—¿Es cierto entonces? ¿Ipille quiere la paz?

—Eso es lo que nos han dado a entender.

—Podríamos matarlo —dijo Taniel.

Olem asintió enfáticamente con la cabeza.

—Esa fue mi sugerencia.

Tamas suspiró. No iba a dignificar el comentario con una respuesta. Por mucho que quisiera ver la cabeza de Ipille clavada a una bayoneta, ahora actuaba en carácter de político. Debía hacer lo correcto. Además, se recordó al ver a un grupo de jinetes aparecer por el camino a unos cientos de metros de distancia, no estaba actuando por su cuenta.

—Milady —saludó Tamas a lady Winceslav cuando ella llegó.

Milady llevaba un elegante vestido de montar rojo con botas negras. Cabalgaba con una carabina apoyada sobre la montura. Se detuvo junto a Tamas y lo miró de arriba abajo.

—Abrax está furiosa con vos.

—Ya lo sé.

—Yo también.

—Me lo imagino.

—Sois un insensato. Casi nos costáis la guerra.

Hablaba con un tono de voz tranquilo, pero con una ceja arqueada, como si estuviera un tanto desconcertada. A pesar de su apariencia exterior, Tamas la conocía el tiempo suficiente como para darse cuenta de que se encontraba bastante molesta.

—Pero no fue así —respondió él.

—Sois incorregible. Hola, Olem. Hola, Taniel.

Olem inclinó la cabeza. Taniel se acercó a milady y le besó la mano.

—Buenas tardes, milady.

—Me alegro de verte con vida. No fue gracias a este. —Señaló a Tamas con la barbilla, y Tamas se obligó a tragarse un comentario sarcástico—. ¿Estás seguro de que quieres permanecer como miembro del ejército adrano? —continuó ella—. Te duplicaré lo que te estén pagando.

Tamas miró por un momento a su hijo, y Taniel pareció disfrutar el silencio incómodo que siguió. Finalmente, dijo: —Este es mi lugar, milady. Por ahora.

—Qué lástima.

—¿Puedo hablar con vos, milady? —preguntó Tamas.

Ambos llevaron sus caballos a un lado y Tamas se inclinó en dirección a ella.

—¿Seguiremos contando con el apoyo de las Alas de Adom en este conflicto?

—Tengo serias dudas sobre la salud mental del mariscal de campo adrano —dijo lady Winceslav mirándolo de arriba abajo una vez más.

—Ah, ¿sí? ¿Y vos habéis tomado mejores decisiones recientemente? ¿Necesito mencionar cierto escándalo entre sus comandantes de brigada de hace tan solo unos meses?

Lady Winceslav frunció los labios.

—Decidme algo, ¿acaso podéis contar con los dedos de una mano a las muchachas más jóvenes que vos con las que os habéis acostado? ¿Con los dedos de las dos? ¿Qué os parece si incluimos los pies?

—Toda esta riña es indecorosa —dijo Tamas esbozando una sonrisa forzada.

—¿Eso es todo lo que podéis decir? ¿Dónde está la famosa sonrisa ancha con la que os las ganabas a todas? —Lady Winceslav meneó la cabeza antes de que él pudiera responder—. Estoy aquí en carácter de miembro de vuestra junta. No como la cabeza de las Alas de Adom. La semana pasada sufrimos unas pérdidas insostenibles y aún no hemos decidido qué hacer al respecto. —Tamas abrió la boca para responder, pero lady Winceslav se inclinó hacia él y susurró—: Nos vamos a retirar. Pero esperaré unos días para anunciarlo. En lo concerniente a esta conversación, tendremos un frente unificado.

A Tamas se le secó la garganta.

—Gracias —respondió en voz baja. Más alto, dijo—: Bien. Espero con ansias vuestra respuesta.

No le caía en gracia oír su decisión. Si Ipille continuaba con la guerra, necesitaría más que nunca a los mercenarios. Pero no podía armar un escándalo en ese momento.

Tamas notó que alguien más había llegado detrás de la escolta de lady Winceslav. Hizo un gesto y acercó su caballo hasta el de ella.

—Nila, ¿verdad?

La lavandera convertida en Privilegiada asintió con la cabeza. Se

aferraba con tanta fuerza al cuerno de la montura que tenía los nudillos blancos, y le hizo una mueca al ruano que se movía nervioso debajo de ella.

—¿Hace mucho que montas a caballo?

—En realidad, no. Es mi tercera vez.

—Ya veo. En ese caso, te está yendo de maravilla.

—Gracias.

—Nila, ¿puedo preguntarte qué estás haciendo aquí?

—Es "Privilegiada Nila", señor. Y sí. Me envió el Privilegiado Borbador.

—¿En serio, Privilegiada Nila?

—Así es.

—¿Para qué?

—Para asistir a las negociaciones, por supuesto.

Tamas la miró sorprendido.

—No es mi intención ser grosero, pero eres una lavandera que se ha convertido en Privilegiada aprendiz hace relativamente poco tiempo. ¿Qué le hace pensar a Bo que tienes un lugar en una negociación entre dos naciones?

—Dijo que debería acostumbrarme.

—¿En serio? Bueno, ve y dile a Bo que esto no es apropiado.

La sonrisa de la muchacha vaciló, pero, en su favor, ella no se encogió.

—No lo haré, señor.

—¿Incluso si te lo ordeno yo?

—Con todo respeto, señor, yo no estoy bajo vuestro mando.

Ahora veía el nerviosismo en sus ojos. El leve temblor de sus manos sobre las riendas. ¿Qué era aquello?, ¿una prueba a la que Bo la había sometido? ¿Que se enfrentara al mariscal de campo Tamas?

—Está en mi poder ordenar que no se te deje entrar al recinto.

—No, señor. Tengo todo el derecho de estar aquí como representante de la camarilla republicana de Adro.

—¿La qué? ¡Taniel! —Tamas hizo girar a su caballo y le hizo un gesto impaciente a su hijo. Taniel se acercó a ellos—. ¿A qué abismos está jugando tu amigo?

—¿Qué amigo?

—No te hagas el inocente conmigo. Borbador. ¿Qué es esto de la camarilla republicana de Adro?

Taniel miró a Nila y luego a Tamas, reprimiendo una risita.

—No está jugando a nada, señor. Le pediste que ayudara con el esfuerzo de guerra y él es el último Privilegiado entrenado en todo Adro. Nila es su aprendiz y, por lo que Bo me ha dicho, ella es incluso más poderosa que él. Ellos dos son la camarilla adrana, y como estamos intentando ser una república, le pareció un sinsentido que se

la continuara llamando “camarilla real”.

Tamas abrió la boca, pero la cerró, intentando pensar un argumento en contra que no terminara en “porque yo lo digo”. No se le ocurrió ninguno. Técnicamente, Bo aún era un Privilegiado del gobierno.

—No dirás una sola palabra —dijo Tamas señalando a Nila—. Tus acciones en la batalla de la semana pasada te han hecho merecer mi agradecimiento y mi buena voluntad. Pero no permitiré que una antigua lavandera discuta sobre política con el condenado rey de Kez.

La sonrisa obsequiosa de Nila volvió a aparecer.

—Por supuesto, mariscal de campo. Solo estaré presente como representante.

Tamas espoleó su caballo y regresó con Olem.

—La lavandera vendrá con nosotros.

—Sí, señor. Ya casi es hora.

Tamas elevó una plegaria silenciosa de agradecimiento por que Olem hubiera aceptado la noticia sin hacer comentarios.

—Envía un hombre para que se nos adelante. Vlora, tú estarás al mando hasta que regrese. Si algo sucede, mata primero a la Privilegiada de Ipille, y luego a Ipille.

—Sí, señor.

Tamas llevó a su delegación a través del campo solitario hasta las lindes del pueblo, donde esperaron que su mensajero regresara y confirmara que Ipille ya se encontraba en la capilla. Desmontaron y dejaron a los caballos amarrados junto a una de las pequeñas casas. Caminaron los últimos cien metros del recorrido.

Dos de los guardias reales de Kez flanqueaban la capilla. Tamas los miró de arriba abajo; vestían de negro y dorado, con ribete gris. Tenían los sombreros planos con plumas echados hacia delante, con las carrilleras ajustadas alrededor de la mandíbula. Unas miradas oscuras e impávidas se clavaron en Tamas, y él deseó haber contado con su camarilla de la pólvora. Era mejor no meterse con la guardia real keseña. Dudaba que incluso los rifleros de Olem pudieran con ellos.

—He venido a ver a vuestro rey —dijo Tamas.

Uno de ellos asintió con la cabeza y se volvió con firmeza para abrir la puerta de la capilla. Olem dejó fuera a dos hombres, uno por cada keseño. Fue el primero en entrar, seguido por lady Winceslav y Nila. Luego pasaron tres de los generales de Tamas, dos coroneles y un abogado que había ido con lady Winceslav.

Taniel se quedó atrás con una expresión amarga, como si se hubiera tragado una lima entera.

Tamas esperó pacientemente que Taniel avanzara.

—Es hora de terminar con esto —le dijo.

A Taniel se le movió un músculo de la mandíbula. Por un momento, Tamas pensó que la disciplina de Taniel vacilaría, pero soldado como

era, asintió firmemente con la cabeza y entró. Tamas se quedó a solas, dominando sus emociones. Luego entró y completó la delegación.

La capilla se encontraba muy mal iluminada por una única ventana que había del lado este. Constaba de un único salón, de unos seis metros por nueve. Los bancos habían sido apilados junto a una de las paredes y se había colocado una mesa cubierta por un mantel dorado y un pequeño banquete de frutas y dulces. Se habían encendido candelabros y colgado obras de arte de las paredes. Sin duda, lo habían hecho agregados del séquito de Ipille para darle cierta apariencia de realeza al lugar.

Un pequeño grupo de políticos ocupaba el extremo más lejano de la mesa. El mariscal de campo Goutlit estaba sentado a un lado, junto a un par de generales que Tamas no reconoció. Del otro lado había una mujer delgada con facciones delicadas, como de ave, que llevaba la toga canela y verde de la camarilla real keseña. Junto a ella estaba sentado un sujeto pálido y de aspecto debilucho: el duque Regalish, el consejero principal de Ipille. Había otros nobles de pie delante de la pared del fondo.

El propio Ipille estaba sentado en la cabecera de la mesa.

Se había engordado de forma mórbida desde la última vez que se habían visto, la noche en que Tamas intentó matarlo. Alguna vez había sido un hombre pulcro y majestuoso como un león, pero ahora estaba encajado en una silla en la que se podrían haber sentado un par de granaderos. Llevaba puestas unas pieles gruesas y grandes franjas de tela trenzadas con oro cubriéndole los hombros. En los dedos tenía unos rubíes que habrían hecho ruborizar hasta a un archidiocel.

—Tamas. —La voz de Ipille sonaba como el interior de un bombo. Los carrillos se le agitaron al hablar.

—Ipille.

Una silla se arrastró por el suelo de piedra y el duque Regalish se puso de pie.

—Se dirigirá a su augusta majestad como “su alteza real”. Él es rey y vos, canalla, lo trataréis como tal.

—¿Elimino a este perro? —preguntó Olem con la mano apoyada en la empuñadura de su espada pequeña.

Tamas permitió que su silencio hablara por él, dejando que Regalish se estremeciera de indignación, hasta que Ipille volvió la cabeza hacia su consejero.

—Sentaos, mi buen duque. Vuestros quejidos no tendrán efecto en Tamas. Es un hombre de hierro. El hierro no cede. Solo se rompe.

Tamas entrelazó las manos detrás de la espalda y trató de no prestarle atención al dolor de su herida.

Los dedos gordos de Ipille tamborilearon sobre la mesa de roble mientras Olem recorría el salón en silencio. Se inclinó para levantar el

mantel y rodeó la mesa mirando a cada uno de los consejeros con ojo crítico, haciendo caso omiso a sus miradas hostiles.

—¿Qué es esto, Tamas?

—Precaución.

—Estamos bajo bandera de tregua, ¿no es así?

—Vamos, su moribunda majestad. Os tomasteis la precaución de llegar primero. Ahora yo tomo la mía.

La risita grave de Ipille evitó otro brote por parte de Regalish.

Olem terminó su pesquisa y asintió con la cabeza. Tamas señaló las sillas de su extremo de la mesa.

—Ipille, os presento a lady Winceslav, creo que la conocéis. Mi hijo, el mayor Taniel Dos Tiros. La Privilegiada Nila de la camarilla republicana de Adro. Son miembros de mi personal superior.

—Encantado —dijo el rey—. Ya conocéis a Regalish. Creo que vos matasteis a su tío. Algunos de mis consejeros —dijo señalando con un gesto de indiferencia a los nobles de pie—. El mariscal de campo Goutlit. La magus Janna. —Lanzó otra de sus risitas graves—. Ambos estamos tocando fondo en lo concerniente a Privilegiados, ¿no es así? Qué tiempos tan tristes.

Tamas hizo un gesto a sus acompañantes para que se sentaran, y tomó asiento en el extremo de la mesa, de frente a Ipille.

—En un enfrentamiento, apostaría por la mía.

—Ah, ¿sí? Mis espías me dicen que es una aprendiz sin entrenamiento.

“¿Sus espías? La arrogancia de la realeza. Sé que tiene espías en mi ejército, por supuesto. Pero admitirlo de esa manera es... obsceno”.

—¿Os dijeron que carbonizó por completo a una de vuestras brigadas?

Por el rabillo del ojo, Tamas vio a Nila sentarse un poco más erguida, intentando parecer majestuosa. Era una joven imponente, aunque las mejillas coloradas le empañaban un poco la imagen. Con un poco de habilidad y confianza, dominaría aquella clase de negociaciones. Tamas entendió que Bo no la había enviado como un insulto de rebeldía, sino para que aprendiera.

—¡Y luego se desmayó! —Ipille hizo un gesto despectivo—. Auxiliares. Puedo conseguir más hombres. Me imagino que a vos se os están acabando. ¿No es cierto, lady Winceslav?

Lady Winceslav le esbozó una sonrisa forzada, abrió un abanico y comenzó a abanicarse suavemente.

—La guerra es cruel para todos por igual, su majestad.

—Pero sobre todo para aquellos que tienen menos soldados. Ahora bien, Tamas, ¿estaremos aquí todo el día lanzándonos amenazas e insultos enmascarados?, ¿o podremos llegar a un acuerdo?

—¿Tenéis alguna propuesta?

Ipille le hizo un gesto con la cabeza a Regalish. El consejero se puso de pie y se aclaró la garganta.

—Esta guerra les está costando millones a ambas naciones. Por la gracia de nuestro señor Kresimir y de Ipille II, rey de Kez, extendemos nuestros términos para la paz. —Hizo una pausa para volver a aclararse la garganta—. Haremos retroceder nuestras fuerzas hasta Budwiel, y la ciudad será entregada voluntariamente al control de Kez. Kez aceptará la autonomía de la nación adrana, y a cambio se le pagará la suma de cien millones de kranas como compensación.

Regalish continuó detallando su propuesta durante unos cinco minutos, interrumpiéndose dos veces para consultar un documento de apariencia oficial con el fin de aclarar unos detalles menores. Cuando terminó, se volvió a aclarar la garganta y tomó asiento.

Tamas apoyó un codo sobre la mesa, con la barbilla sobre la palma de la mano, y miró a Ipille arqueando una ceja.

—Qué gente tan graciosa —dijo lady Winceslav.

—No tenéis ninguna posibilidad de ganar, Tamas —dijo Ipille—. Yo puedo permitirme las pérdidas de los últimos seis meses. Son una gota de agua en el cubo que es nuestra población. Vos no podéis. En última instancia, ganaremos por desgaste.

—Vuestros hombres os han dicho que ahora estáis en guerra con Deliv, ¿verdad? El finado duque Nikslaus cometió un grave error al atacar Alvación con la intención de echarle la culpa a Adro. Y entiendo que Deliv os ha invadido por el norte a la vez que nos ha enviado sesenta mil hombres de refuerzo, que llegarán en unos pocos días. Y ellos aún cuentan con su camarilla real intacta.

La expresión de Ipille no dejó entrever nada. Regalish se inclinó hacia él y le susurró algo al oído.

—¿Dónde está vuestro dios tuerto, rey? —dijo Taniel de pronto, interrumpiendo los susurros de Regalish—. ¿Dónde están vuestros poderosos Privilegiados y vuestros grandes ejércitos? ¿Dónde están vuestros espías y vuestros traidores comprados con oro y religión?

Ipille hizo a Regalish a un lado.

—¿Quieres hacerme frente, muchacho? ¿Te consideras un asesino de dioses? Dime algo, ¿acaso no te orinaste encima cuando viste el rostro de Kresimir?

—No. Le disparé en el ojo.

—Y aun así, Kresimir vive.

—Descansando en paz, sin duda —dijo Taniel con desprecio.

Tamas se encogió. “Ten cuidado, Taniel”, pensó. “Solo te está provocando para que le digas nuestros secretos”.

—Suficiente, mayor —dijo Tamas. La sonrisa engreída de Ipille no le causó más que odio. Sacó un papel del bolsillo y lo desdobló—. Estamos preparados para ofrecer nuestros propios términos, más que

generosos. Os retiraréis de Adro por completo, os retractaréis de todas vuestras falsas afirmaciones y reconoceréis nuestra república con los Nueve como testigos. Nos cederéis diez mil acres de la Expansión Ámbar. Juraréis respetar un período de cien años de paz, también bajo el testimonio de cada uno de los Nueve, nos devolveréis cada uno de vuestros prisioneros de guerra y nos entregaréis rehenes para garantizar vuestra aceptación de estos términos.

—¿Y a cambio?

—No masacraré a vuestro ejército como a una manada de ovejas desquiciadas.

Regalish volvió a ponerse de pie.

—¡Vais demasiado lejos!

—Siéntate, serpiente. Estoy tratando con el rey, no con sus perros. Además de todo lo anterior, entregaréis a Kresimir.

—Kresimir no entra en esta discusión —dijo Ipille.

—Ni en ningún lado —murmuró Taniel.

Tamas le hizo un gesto a su hijo de que guardara silencio.

—Esos son nuestros términos.

—Cuánta generosidad —gruñó Ipille—. ¿Debo entregaros a mi primogénito también?

—Ya tengo a Beon, pero no es más que el tercero.

La Privilegiada keseña se tragó una carcajada y recibió una mirada fulminante de Ipille.

—¿También debo cortarme mi propia pierna, Tamas? —continuó Ipille—. ¿Concederos un ducado? Pedís demasiado.

—Esos son nuestros términos —dijo Tamas.

—¿Y son irrevocables?

—Bueno. Esto es una negociación, al fin y al cabo.

La delegación keseña se reunió de su lado del salón. Tamas llevó a su propia comitiva cerca de la puerta de la capilla para obtener privacidad.

—Sois un negociador terrible —dijo lady Winceslav en voz baja—. ¿“Esto es una negociación”? —lo imitó—. Es tan creíble como si le dijerais que le cederás territorio.

—Con la edad, he perdido la paciencia.

—No acordamos eso de Kresimir.

—Taniel ya dio a entender que sabemos que está en coma —dijo Tamas lanzándole una mirada de desaprobación a su hijo—. Además, podemos aceptar cualquier garantía que queramos de los keseños. Si Kresimir recobra el conocimiento, nos destruirá sin importar las promesas de Kez.

—Entonces, ¿de qué servirá que lo tengamos nosotros?

—Que nuestras muertes serán mucho más rápidas —respondió Olem.

Tamas miró enfadado a su guardaespaldas.
—Podemos descubrir cómo contenerlo. O cómo matarlo.
—No cederá con lo de Kresimir —dijo Nila. La voz de la joven sorprendió a Tamas.
—¿Acaso tienes conocimientos sobre manejo del Estado, joven Privilegiada? —preguntó Tamas, sin poder ocultar su irritación.
La herida le había comenzado a latir, y la convicción con que había comenzado el día iba menguando. Se suponía que la política era un juego de ancianos, pero fatigaba a Tamas más que la guerra. Él prefería la energía y la firmeza de la batalla antes que las maquinaciones de los monarcas hinchados y sus comitivas.
—Estoy de acuerdo con ella —dijo Taniel.
"Por supuesto".
—Bien. ¿Y las demandas?
—No les pagaremos un centavo —dijo lady Winceslav.
—Y que les demos parte de nuestro territorio es inaceptable. —Nila, de nuevo.
—Claro, claro.
El regateo duró hasta llegada la tarde. Los keseños hacían sus propuestas, Tamas hacía contrapropuestas, pero eran rechazadas. Este ir y venir duró horas, y se retiraron para comer y luego para cenar, atendidos por sirvientes de sus respectivos campamentos.
Dos horas después del anochecer, acordaron dar por finalizada la negociación y volver a reunirse a los tres días.
—Debo consultarlo más en detalle con mis consejeros —dijo Ipille—. Y discutir lo que más le convenga a mi pueblo.
—Claro, porque os importa mucho su vida y su bienestar, ¿no? —preguntó Tamas.
Ipille le esbozó una leve sonrisa.
—La corona es una carga muy pesada.
Al rato, Tamas montó su caballo y se preparó para cabalgar.
—¿No preferís que acampemos por aquí esta noche? —preguntó Olem.
Tamas meneó la cabeza.
—Prefiero regresar con el ejército.
—Estamos a trece kilómetros.
Tamas miró primero a lady Winceslav, luego a Taniel y por último a Nila.
—¿Qué preferís hacer?
—Si tú acampas, yo puedo adelantarme —dijo Taniel.
—Y yo prefiero no quedarme aquí con la guardia real keseña merodeando —dijo lady Winceslav.
Ya había pasado la medianoche cuando se acercaron al campamento adrano. Tamas iba encorvado sobre la montura. Le dolía la herida y

sentía como si hubieran usado su cabeza para moler grano. Las negociaciones se extenderían y terminarían resultando agotadoras. La única ventaja que tenían era el hecho de que Ipille querría concluir las negociaciones antes de que el ejército deliví llegara y desequilibrara la situación. Deliv exigiría participar en las negociaciones, y a partir de allí, las cosas empeorarían para Kez.

A Tamas lo sorprendió la velocidad que Taniel le imprimó a su caballo. Supuso que estaría ansioso por regresar con su amante y, tal vez, por alejarse del hombre que, en última instancia, era el responsable de la muerte de su madre. El propio Tamas había reprimido todo pensamiento sobre Erika durante el día, no fuera que terminara saltando sobre la mesa y completando la tarea que había comenzado hacía tantos años. Le había resultado agotador.

—Señor —dijo Olem, interrumpiéndole los pensamientos—. Algo anda mal.

Tamas meneó la cabeza para despabilarse.

—¿Qué sucede?

Olem señaló hacia el norte. Las fogatas ardían en el horizonte. El cielo, iluminado por una luna libre de nubes, estaba lleno de humo.

Demasiadas llamas y demasiado humo para ser solo el de las fogatas. Y eso que se oía en el viento… ¿alaridos?

—¡Taniel, espera! —gritó Tamas. Pero Taniel ya los había dejado atrás galopando a toda velocidad.

Capítulo
22



Taniel entró al campamento a pleno galope y pasó como bala por entre los soldados y los seguidores de campamento.

La noche estaba colmada de gritos de pánico, interrumpidos por el clamor de los heridos. El aire frío de la noche estaba lleno de humo. Las llamas que había visto en la distancia resultaron ser el fuego que pasaba de tienda en tienda, quemaba los pastizales pisoteados y encendía todo lo que encontraba a su paso. Taniel pasó por delante de varias brigadas con cubos que llevaban agua de los arroyos más cercanos, y pronto se encontró en medio de un humo denso, cerca de la Decimoprimera Brigada.

Allí había estado la tienda suya y de Ka-poel.

Le entregó su caballo al soldado más cercano y se metió corriendo en el caos. Había muchos hombres allí, con los rostros oscurecidos por la sangre y las cenizas. Taniel aferró a uno de ellos.

—¿Qué ha pasado?

—Un ataque sorpresa —gritó el hombre quitándose el pañuelo con el que se tapaba la boca—. ¡Vinieron del oeste, al menos diez o doce Privilegiados y cinco mil hombres!

—¿De dónde eran?

—¡De Kez!

Taniel apartó al hombre a un lado y fue dando tumbos hacia donde le parecía que había estado su tienda. ¿Cinco mil hombres? ¿Diez o doce Privilegiados? A los keseños ya no les quedaban Privilegiados poderosos. ¿Y cómo se las habían arreglado para acercarse tanto y lanzar un ataque sorpresa? El humo lo hizo confundirse, y la oscuridad lo desorientó. Ya no quedaban tiendas en ese sector; habían sido todas reducidas a cenizas. Siguió avanzando, consciente de que para encontrar a Ka-poel tendría que confiar en su suerte, no solo en su

memoria.

Divisó una figura postrada boca abajo en la hierba. Llevaba uniforme adrano y yacía quieto con un rifle casi tocando sus dedos extendidos. Divisó otro cuerpo en la penumbra, luego otro. Todos adranos. Algunos no eran más que un esqueleto chamuscado, mientras que otros daban la sensación de haberse quedado dormidos.

Taniel comenzó a sentir punzadas en la cabeza. Se colocó la camisa sobre la boca y la nariz para protegerse del humo. Los ojos le lagrimeaban sin parar. Abrió el tercer ojo y, para su horror, vio el mundo empapado en colores pastel. Había sido hechicería, entonces.

Tal vez aquellos colores solo eran un indicio de que Bo se había defendido, ¿no? Taniel descartó esa idea esperanzadora. Ni siquiera Bo podía desencadenar tanta energía del Otro Lado en un enfrentamiento. Los colores estaban en todos lados; iban paralelos al fuego que había en el suelo y salpicaban los cuerpos de los soldados adranos como si les hubieran arrojado un cubo de pintura.

¿Dónde estaba Bo? ¿Dónde estaba Ka-poel? Taniel fue presa del pánico; de pronto le costó respirar. Tomó a un soldado adrano por el brazo.

—¿Bo?

El sujeto meneó la cabeza.

—¿Dónde está el Privilegiado Borbador?

—No lo sé, señor.

Taniel continuó recorriendo el lugar y siguió encontrando más cuerpos calcinados, tendidos caóticamente por el campamento como si la zona hubiera sido alcanzada por artillería enemiga. Se fue cruzando con más y más muertos keseños, y finalmente llegó al lugar donde los valientes soldados adranos habían opuesto resistencia. Cincuenta hombres, tendidos en fila. Sus cadáveres estaban tan quemados que era imposible identificarlos. Solo se los podía distinguir como adranos por los restos de los rifles Hrusch que sus manos aún atenazaban.

—¡Bo! ¡Ka-poel!

Taniel se tropezó y se golpeó la rodilla. Casi ni notó las cenizas que le mancharon el uniforme nuevo. Se puso de pie y avanzó cojeando, llamando a Bo y a Ka-poel a gritos. Enseguida se le unieron algunos rescatistas, que fueron apagando cuanta llama encontraban y revisando los cuerpos.

—¿Habéis visto al Privilegiado Borbador? ¿O a la Ojo de Hueso?

Cada soldado que se cruzaba meneaba la cabeza.

Taniel avanzó tambaleándose como si estuviera ebrio por el pandemonio que envolvía al campamento adrano. Los soldados iban pasando a su lado, y alguien le golpeó el hombro con tanta fuerza que casi lo derribó. Siguió avanzando dando tumbos, aturdido, hasta que encontró a su padre con la Tercera Brigada, intentando sacar algo en

limpio del caos.
—¡Apagad esas llamas! —gritó Tamas—. Olem, necesito un informe de bajas. ¿Quién abismos nos ha atacado? ¿Cuántos eran?
—Keseños —dijo Taniel—. He visto los cuerpos. Hay marcas de hechicería por todos lados. Había varios Privilegiados. Alguien me habló de diez o doce Privilegiados y de cinco mil hombres.
—Los daños son enormes —dijo Tamas—, pero ni por casualidad llegan a tanto. De hecho, yo oí hablar de un puñado de Privilegiados y no más de doscientos granaderos. Por el abismo. Pensé que a los keseños ya no les quedaba ningún Privilegiado. ¡Olem!
—Sí, señor. Estoy en ello, señor.
—No encuentro a Ka-poel —dijo Taniel.
Tamas se volvió.
—¡Olem! Busca a Ka-poel. Reúne un grupo de hombres para que la busquen. Taniel, ¿dónde está Bo?
—Tampoco lo encuentro.
Taniel intentó suprimir el pánico que amenazaba con apoderarse de él. Se quedó sin aliento. El estómago se le retorció en un nudo de temor. Aún veía los colores pastel del Otro Lado flotando frente a sus ojos, y recordó que había partido hacia la negociación por la insistencia de Tamas. En broma, Bo le había revuelto el cabello a Ka-poel. “Yo cuidaré a la hermanita”, le había dicho Bo. “Ve a jugar a la política”.
Taniel no pudo evitar hiperventilar. Tenía el pecho tenso. Además de Tamas, Bo y Ka-poel eran lo único que le quedaba en el mundo. Perderlos a ambos al mismo tiempo…
—Taniel —dijo Tamas apoyándole las manos en los hombros, mientras aún seguía gritando órdenes—. La encontraremos.
—Si está muerta, los… no sé. No puedo… Bo. Tiene que estar con Bo.
—Si está muerta, tenemos problemas aún peores —dijo Tamas con voz firme—. Si Kresimir se libera del encantamiento de Ka-poel, somos todos hombres muertos.
Taniel aferró a Tamas por la solapa y lo hizo girarse. Lo acercó hacia él hasta que la expresión de sorpresa de Tamas estuvo a unos pocos centímetros de su rostro.
—¡Ka-poel es más importante que ese dios de mierda!
Tamas le cruzó el rostro de una bofetada, y solo fue un ardor lejano en el mundo en pánico de Taniel.
—¡Contrólate, muchacho!
Taniel dio un paso hacia delante, ciego de ira. Levantó un puño, pero de pronto alguien los separó.
La aprendiz de Bo se interpuso entre ellos.
—¡Deteneos, los dos! —dijo— ¡Buscad a Ka-poel! ¡Buscad a Bo! ¡Estamos en el mismo bando! —Su rostro era una máscara de furia, y hasta se cernió amenazadora, a pesar de que ambos le sacaban al

menos una cabeza—. ¿Es que no veis que ya se ha derramado suficiente sangre esta noche?

—Quítame las… —rugió Tamas, pero su amenaza quedó interrumpida cuando Nila le apuntó con el dedo y los brazos de ella quedaron envueltos en llamas. Apuntó su otro dedo hacia Taniel y los miró alternativamente con los ojos desorbitados, furiosa como una leona.

—Por Kresimir, os prenderé fuego a las botas si no os controláis —exclamó.

—¡Señor! —gritó alguien desde la oscuridad—. ¡Hemos encontrado al Privilegiado Borbador! ¡Venid rápido!

Nila no tuvo tiempo de reflexionar sobre el hecho de que acababa de interponerse entre dos de los magos de la pólvora más poderosos y letales del mundo. No tuvo tiempo de pensar en su fuego o en su furia. Ni siquiera los hombres que le pisaban los talones aparecían en sus pensamientos.

Bo podía estar muerto.

Una vez que Tamas y Taniel fueron separados, un soldado los guio por el humo y la oscuridad sosteniendo una antorcha sobre la cabeza. Nila se tropezaba al correr, y sus manos temblorosas la traicionaron. Los pastizales quemados pronto quedaron atrás y los terrones de tierra le complicaron aún más su andar vacilante. La luz de la antorcha se reflejaba en el humo y luego en unas formas inmensas que se elevaban hacia la noche.

Alguien acudió a Tamas por otra urgencia. Él les dijo que continuaran y encontrasen a Bo y se fue corriendo detrás de un mensajero.

El humo comenzó a disminuir. El olor a tierra inundó las fosas nasales de Nila como si hubiera caído en un sótano húmedo. Se encontraban en medio de unos montículos inmensos de tierra, como si se hubieran utilizado palas del tamaño de una casa. Nila no abrió el tercer ojo; no se atrevió, por temor a quedar abrumada. Tampoco necesitó hacerlo. Aún se sentía la hechicería en el aire. Unos hechizos muy potentes habían levantado el suelo con la misma facilidad con la que un arado voltea la tierra, y eso la aterrorizó.

Bo los había llamado Privilegiados de tierra. Eran capaces de manipular elementos sólidos y de modificar hasta el mismísimo paisaje.

Taniel la adelantó haciéndola a un lado de un empujón.

—¿Bo? Por el abismo, ¿dónde está? ¡Bo!

¿Acaso no percibía el poder que había sido desatado en ese lugar? Para Nila era como si el suelo fuera a cerrarse sobre ella en cualquier momento, una trampa esperando ser activada por algún incauto. Se

apoyó contra uno de los montículos para mantener el equilibrio mientras intentaba recuperar el aliento. Todo el cuerpo le temblaba del miedo.

—¡Bo!

La certeza en el grito de Taniel hizo salir a Nila de su propio interior. Enseguida comenzó a correr, antes de que su propio miedo volviera a detenerla.

Bo estaba semienterrado en el suelo. A su alrededor, había unas barras negras de varios centímetros de diámetro y de aproximadamente un metro de largo, clavadas en el suelo como si fueran un pequeño bosque. Al parecer, las habían incrustado con una gran fuerza. El hedor a hechicería era tan intenso que Nila casi no pudo acercarse. De las barras brotaba vapor en el frío nocturno.

—¡No las toquéis! —El chillido agudo y frenético de Bo llegó un segundo demasiado tarde. Un soldado tomó una de las barras con ambas manos. Luego dio un paso atrás lanzando un aullido y, al hacerlo, dejó varias capas de piel chamuscada pegadas al metal—. Maldita sea —dijo Bo débilmente. Le temblaba todo el cuerpo y le caía sudor por el rostro—. Tienen un condenado encantamiento. Fuego y tierra, entrelazados para mantenerlas calientes. No sé cuánto tiempo durará el hechizo, pero me estoy cocinando.

Las barras se encontraban apiñadas en torno a Bo como una empalizada, por lo que estaba atrapado, sin poder moverse. Nila le quitó la antorcha a uno de los soldados y la sostuvo sobre Bo para confirmar sus sospechas. Tenía sangre en las manos, y sus guantes de Privilegiado estaban hechos jirones.

—¡Las barras! —gritó Nila—. ¡Tenemos que sacarlas! Él no puede hacerlo. Traed caballos y cadenas.

Nadie se movió; Taniel se volvió hacia los soldados.

—Ya habéis oído a la Privilegiada. ¡Adelante!

Nila no les hizo caso y se acercó a las barras, encogiéndose por el calor.

—¡Respira, Bo, respira! Quédate conmigo. ¿Hay algo que pueda hacer yo?

Bo lanzó un sonido parecido a un maullido suave y dijo: —Daos prisa con esos caballos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Taniel—. ¿Dónde está Ka-poel?

—Ah, lo siento. ¡Pensé que estaba bastante claro que hemos sido atacados! —La voz de Bo fue ganando más y más volumen hacia el final de la frase.

—¿Puedes mover las manos? —preguntó Nila.

—Muy poco. Quienquiera que haya sido hizo un gran trabajo conmigo.

—Debería haber estado aquí.

—Te habrían matado.

—¡Traed un médico! —gritó Taniel—. ¿Dónde están esos caballos? Vosotros, traed palas. Cavad de ese lado de la pendiente. Intentaremos desenterrar las barras.

Nila odiaba el hecho de no poder hacer nada. No tenía conocimientos sobre los hechizos de aire y de tierra, aquellos que le permitirían sacar las lanzas por su cuenta. Contó siete, y trató de centrarse en la hechicería que causaba el calor. La tanteó con sus sentidos, sufriendo ante la idea de que, si tuviera un conocimiento más profundo de sus poderes, tal vez podría deshacer las guardas.

—¿Qué longitud tienen las barras?

—No llegué a verlas; la muy perra las estaba usando para perforarme —dijo Bo—. Estaba demasiado ocupado tratando de matarla. Por Kresimir, eso duele y... —Levantó la cabeza en dirección a los hombres que excavaban cerca de él—. ¡Dejad de hacer eso! ¡El movimiento de la tierra hace que esa cosa me roce más y duele como el maldito abismo!

—¿Una de las barras te está tocando? —preguntó Nila.

—Eh, sí. Esa de allí. —Bo movió la barbilla. Tenía el rostro rojo por el calor, y le caían gotas de sudor y sangre—. Ya sabes, por donde solía tener la rodilla.

De pronto, a Nila se le revolvió el estómago. Pensaba que las barras solo estaban allí para inmovilizarlo, no que alguna de ellas podría estar tocándolo. Pero tenía la parte inferior del cuerpo bajo tierra, por lo que no se le veía la posición de las piernas.

—¿Dónde están los caballos? —preguntó Taniel impaciente—. ¡Más rápido, muchachos! Estas malditas cosas lo están matando.

—No me están matando. —Bo tosió y le quedaron los labios salpicados de sangre—. Me están cocinando. Hay una leve diferencia. —La broma no tenía fuerza.

Nila se estiró por entre las barras para tocarle la mano. Sintió que los dedos de él se retorcían alrededor de los suyos.

—Si te consigo otros guantes, ¿crees que podrás liberarte tú mismo?

—Ya no me queda energía, y creo que tengo rotos algunos dedos de la mano izquierda. No podría alcanzar el Otro Lado ni siquiera para salvar mi vida —dijo Bo, y la frase terminó con una inspiración brusca, cuando la barra que tenía en la rodilla se movió.

—¡Dejad de cavar! —rugió Taniel.

Nila oyó el tintineo de arneses y cadenas.

—Ya vienen los caballos —le susurró a Bo—. Pronto quedarás libre.

Enseguida situaron a los animales, ataron las cadenas a los arneses y las envolvieron alrededor de las lanzas calientes. Quitaron la primera, con solo unos pocos chillidos de dolor de Bo. Después de la segunda, Nila pudo acercarse. Se inclinó sobre él y usó la manga para limpiarle

la frente.

De pronto, él le sonrió.

—¿Cómo salió todo en la negociación?

—¿Qué?

—La negociación. ¿No estabas allí?

—Está en estado de shock —dijo Taniel—. ¿Dónde están los condenados médicos?

—Bien, bien —le dijo Nila para tranquilizarlo—. Deberías haber estado.

—Tenía que proteger a la hermanita —dijo Bo. Miró a Taniel con ojos desenfocados—. ¿La protegí? ¿Dónde está?

—¡No lo sé! —dijo Taniel.

—Vinieron por ella. Es más que obvio. Atravesaron la brigada. Ella apuñaló en el ojo a uno de los granaderos. Con su aguja. Mierda, esa niña sí que tiene actitud.

Los caballos quitaron otra de las lanzas. El suelo se movió y Bo se deslizó varios centímetros por la pendiente, junto con las cuatro barras que aún lo rodeaban.

—¿Quiénes vinieron por ella? ¿Los keseños? —preguntó Taniel impaciente.

Nila quería decirle que retrocediera, pero los ojos de Bo habían recuperado su enfoque; Bo ya no estaba confundido, y asintió levemente con la cabeza.

—No reconocí a ninguno de sus Privilegiados. Bueno, no llegué a ver bien a la que me empaló. Su aura me pareció familiar, pero ahora no la puedo ubicar. Maté a uno de ellos. Creo que había dos más. El que maté debería estar por allí en algún lado. —Hizo un gesto impreciso con la mano—. Un grupito poderoso. ¿No me habías dicho que todos los Privilegiados keseños estaban muertos?

—Se suponía que sí —gruñó Taniel—. Resiste, Bo, resiste. Debo ir a buscar a Tamas. Tenemos que intentar comprender lo que ha pasado.

—Ve, campeón —respondió Bo lanzándole un puño débil a la barbilla que no dio en el blanco.

Taniel se puso de pie y se alejó. La cuarta lanza ya estaba libre, y los soldados habían logrado quitar la tierra de alrededor de las piernas de Bo. Él yacía en una pendiente del suelo, con la cabeza hacia atrás. Tenía una expresión casi de paz. Nila se armó de coraje y le miró la rodilla.

Estaba completamente destrozada. La lanza había atravesado piel y hueso como un cuchillo a la mantequilla. Desde el muslo hacia abajo, el pantalón había quedado desintegrado; la carne de la rodilla y de la parte inferior del muslo estaba ennegrecida, achicharrada. El olor le hizo recordar el campo de batalla en el que había matado a todos aquellos soldados, pero Nila se obligó a no pensar en eso. No podía ser

presa del pánico. No en ese momento.

—¿Está muerto? —preguntó un soldado.

—No, no está muerto —respondió Nila sintiendo que el corazón se le subía a la garganta. No lo estaba, ¿verdad?—. ¿Bo?

—Sí, aquí estoy. —Bo alzó la cabeza—. ¿Acaso alguno de esos malditos ingenieros va a venir a ayudar?

—Están apagando las llamas —dijo un soldado.

—Ah. Ah, ya veo. Entonces me quedaré aquí a sentir cómo me aso. Decidles que no hay prisa.

—Lo de los caballos está funcionando —dijo Nila.

—No servirán para la barra de la pierna —dijo Bo—. Esa será difícil. Necesitarán palancas y matemáticas y toda clase de cosas.

—Id a buscar a los ingenieros —le dijo Nila a un par de cabos—. ¡Ahora! —Cuando se fueron, regresó junto a Bo—. Bo. ¿Bo? ¡Quédate conmigo!

—Solo estoy descansando los ojos.

Ella se puso en cuclillas junto a él y suspiró.

—No te mueras, por favor.

—No planeo hacerlo.

—No creo que mucha gente planee hacerlo.

Bo reflexionó por un momento.

—Eres demasiado sabia para tu edad.

—Cállate.

—Está bien. —Se quedó en silencio por un momento y luego agregó lastimosamente—: Me duele mucho.

Nila se inclinó hacia delante y le volvió a mirar la rodilla. Levantó en alto una mano y llevó fuego del Otro Lado para iluminarse. La lanza seguía caliente y la piel de Bo estaba rasgada y carbonizada como un trozo de carne puesto al fuego durante demasiadas horas. Bo gimió mientras los soldados y los caballos quitaban la quinta lanza.

—No duele tanto como uno creería —dijo Bo—. Al fin y al cabo, todas las terminaciones nerviosas están muertas. Pero igual puedo sentir el calor. Siento que me va cocinando lentamente. Por el abismo, tendré suerte si puedo volver a usar la pierna.

¿Suerte? Nila no tenía experiencia en medicina de campo de batalla, pero a ella le parecía que esa pierna era historia.

—Te conseguiremos un sanador.

—Será algo complicado.

—Te conseguiremos al mejor.

—Si insistes... Solo dile que me deje una cicatriz ennegrecida. Tendrá un aspecto más de aventurero. Y me servirá de maravilla para iniciar conversaciones.

—Bueno, calla —dijo Nila.

—Mira, si dejo de hablar, lo más probable es que me ponga a llorar.

Y siempre me empeño en no llorar frente a una mujer. Sobre todo con las que tengo la esperanza de acostarme algún día.

—Ah, ¿sí? —Nila se puso de pie.

—Sí. Me haría parecer débil. Las mujeres perciben la debilidad. Sí, claro, algunas dicen que los prefieren sensibles. Pero no hay ninguna que diga que los prefiere débiles.

Solo quedaban dos lanzas. La sexta saldría con facilidad, pero como había dicho Bo, la séptima sería problemática. No se podía quitar en ángulo utilizando un equipo de caballos. Podía terminar de arrancarle la pierna, y el shock podría matarlo. Debían quitarla moviéndola hacia arriba, lo más recta posible. Nila revisó la lanza en detalle. No tenía ni idea de qué material se trataba (al parecer, una especie de metal), pero emanaba hechicería. Hechicería de tierra, sin duda. Con fuego para calentarla y aire para arrojarla.

Bo siguió hablando, a nadie en particular.

—Por Kresimir, esto me servirá para iniciar conversaciones. Ya me lo imagino. Algún petimetre vestido a la moda de la temporada anterior le mostrará a un grupito de mujeres alguna cicatriz, diciéndoles que la obtuvo en una pelea de cuchillos contra un hombre que lo doblaba en tamaño. Y entonces, ¡paf! Yo me levanto la pernera y les muestro la cicatriz que me dejó la Privilegiada más poderosa que he visto en la vida arrojándome una lanza de metal encantado a la rodilla.

—Imagino que no mencionarás lo del llanto.

—No estoy llorando, sino... ¿Qué abismos estás haciendo?

Nila encendió el fuego de sus manos. Solo necesitó pensarlo y mover los dedos, pero no tenía tiempo para maravillarse en ese momento. Tanteó la lanza con vacilación. Como no la quemó, la tomó con ambas manos, apoyó el pie junto al suelo, a un lado de la pierna de Bo, y tiró.

El alarido de Bo casi le hizo perder coraje, pero ella tiró más fuerte y fue extrayendo la barra de la rodilla como una aguja atravesando una tela. Se terminó de soltar con un movimiento violento. Nila cayó hacia atrás con la lanza en las manos, pero la tiró antes de que le golpeara el rostro.

El cuerpo de Bo comenzó a tener espasmos por las convulsiones de sus sollozos. Se agitó y lanzó un alarido, retorciéndose y aferrando la ruina ennegrecida que era su pierna. Ella se arrojó al suelo a su lado y le tomó la mano.

—¡Lo siento!, ¡lo siento! ¡Ya ha salido!

Él lloró descontroladamente por un rato.

—Muy bien —dijo entre sollozos—. No mencionaré lo del llanto. —Y aflojó todo el cuerpo contra ella.

Nila le revisó el pulso con una mano y se dejó caer junto a él. Seguía con vida.

La culpa comenzó a invadir sus pensamientos. Tal vez, si ella

hubiera estado allí, podría haber ayudado. Podría haber convertido a esa Privilegiada en un montículo de carbonilla y… y ¿a quién engañaba? Solo era una aprendiz. La habrían matado de inmediato. Bo era poderoso, inteligente y tenía entrenamiento, y casi no había sobrevivido la batalla.

¿Dónde estaban los condenados médicos? ¿No iba Taniel a enviar ayuda? ¿Dónde estaba? Probablemente había ido tras su salvaje. Después de todo lo que Bo se había preocupado por él, ¿no podía Taniel quedarse allí para consolar a su amigo, que podía estar muriéndose?

Nila miró el cuerpo de Bo. Le movió el brazo que le tapaba la herida y Bo lanzó un gemido. Podía ver a través de la rodilla.

Se le revolvió el estómago. ¿Podría volver a caminar? Ella había oído hablar de sanadores que podían regenerar miembros completos, pero solo habían sido historias. Esa clase de daño parecía estar más allá de la capacidad de cualquier sanador.

Recordó haberse frotado los dedos frenéticamente en la batalla del Arroyo de Ned con la esperanza de lograr la combinación correcta de hechicería para abatir a aquellos hombres.

Y había funcionado. Había matado a miles con solo un gesto.

Como sucedía en las historias.

Bo decía que los sanadores eran muy raros. Que requerían una gran habilidad. Pero tal vez… tal vez pudiera ser otra cosa más que una asesina.

Se mordió el labio y movió el pulgar. El éter. Eso era lo que necesitaba. Se extendió hacia el Otro Lado.

—¿Pero qué abismos crees que estás haciendo? —Bo, débil, le hizo a un lado la mano extendida—. ¿Es que acaso intentas matarme?

—No he hecho nada.

—He sentido que te extendías hacia el Otro Lado. ¿Estás loca? Yo… ¡por el abismo, cómo duele! ¿Qué se te ha pasado por la cabeza?

—Pensé que tal vez podría… —dijo ella encogiéndose de hombros.

—¿Que podrías curarme? Estás loca de atar, mujer, y me niego a hablar de eso. Recuerda: el éter es una materia refinada que crea y rompe vínculos. Tienes tantas probabilidades de curarme como de hacer que cada partícula de mi cuerpo explote. —Bo hizo una mueca y lanzó un gemido largo—. Ahora, prométeme que nunca volverás a experimentar así conmigo. Nunca.

—Lo prometo —dijo Nila sintiéndose como una niña regañada por un maestro.

—Bien. —Bo dejó caer la cabeza en el barro.

El grupo que manejaba los caballos se alejó y dejó la última lanza clavada en el suelo, ahora que Bo ya estaba completamente libre. Tres hombres emergieron de la noche, antorcha en mano. Dos eran los

soldados que habían ayudado a liberar a Bo, el tercero era un médico.

—Los ingenieros ya están en camino —dijo uno de los soldados.

—Los ingenieros ya no importan —le respondió Nila—. Ayudadle.

—Necesitamos levantarlo de aquí —dijo el médico—. Llevadlo a una tienda limpia y traedme agua fría, agua caliente y mi instrumental.

Los soldados tendieron a Bo sobre una camilla. Nila caminó junto a él tomándolo de la mano mientras se alejaban del campo de batalla. Ya casi habían salido del sector destruido cuando el mariscal de campo Tamas emergió de la oscuridad.

—Bo, ¿estás bien?

Bo miró a Tamas como un hombre miraría un plato de comida justo después de vomitar. Tenía el rostro retorcido de dolor, pero los ojos estaban lúcidos.

—He tenido mejores días.

—Se han llevado a Ka-poel. Y su paquete.

—Ah, por el abismo —suspiró Bo.

Nila hizo una mueca. No sabía qué significaba eso, pero el poco color que le quedaba a Bo desapareció.

—Volvemos a estar en guerra —dijo Tamas—. Ipille pidió la tregua y luego nos tomó por sorpresa. Acabo de recibir la noticia de que nuestros aliados se adelantaron. La Séptima y la Novena llegarán pronto, y los delivíes vienen detrás. Marcharemos hacia el sur a primera hora de la mañana y expulsaremos a los keseños de nuestro territorio. Tengo la intención de destruir por completo a Ipille por esta traición.

—Suena bien. ¿Y Taniel?

—Quiere... debe ir tras Ka-poel. Si se enteran de lo que lleva, somos todos hombres muertos.

—Bo, ¿de qué habla? —preguntó Nila.

Tamas la miró. Tenía el cuerpo encorvado por el cansancio, y el rostro marcado por la preocupación y el miedo.

—No es algo que podamos debatir abiertamente, querida.

Nila estaba furiosa. ¿Qué quería decir con eso? ¿Acaso no confiaba en ella? ¿No confiaba en Bo? Sintió la mano de Bo sobre su brazo.

—Luego te lo cuento —le susurró él. Dejó escapar un resoplido y se retorció en los brazos de ella.

—Te daré mala para el dolor —dijo el médico buscando en su bolsa.

—¿Ves esto? —preguntó Bo señalándose la pierna chamuscada—. ¡No fumaré nada!

—Estás en shock.

—Estoy al dente, así es como estoy. Traedme whisky. Mucho mucho whisky.

El médico miró a Nila como si esperara alguna confirmación. Sin saber qué más hacer, ella asintió con la cabeza.

—Los sanadores delivíes llegarán en unos días —dijo Tamas. Su rostro estaba imperturbable.

—Me parece que no deberíamos esperar tanto.

—¡Traed un carruaje! —le ordenó a uno de sus hombres—. Lo llevaremos a él hasta donde estén ellos.

—Iré con él —dijo Nila.

Bo le esbozó a Tamas una sonrisa cruel.

—Remendadme y Tan y yo iremos por la salvaje.

—Irás con el ejército deliví —dijo Tamas con severidad. —Taniel ya ha partido. Olem está reuniendo un pelotón para ir tras él. Y tú, querida —dijo clavándole la mirada a Nila—, te quedarás aquí.

—¿Qué queréis decir? No dejaré solo a Bo.

—Él ya es mayor. —A Nila no le agradó el brillo siniestro que Tamas tenía en los ojos—. A ti te desataré contra los keseños.

Capítulo 23



Taniel cabalgó solo hacia la oscuridad.

Espoleó su montura tanto como se atrevió. El caballo debería cargar con él durante todo el tiempo que le llevara alcanzar a los captores de Ka-poel, y no podía arriesgarse a que se le muriera por desgaste. Se detuvo con frecuencia para que bebiese y una vez para darle para que comiera. El cielo del este comenzó a pasar del negro al azul, anunciando la mañana.

Taniel llevaba consigo dos rifles, cuatro cuernos de pólvora, tres pistolas y suficientes provisiones para dos semanas.

Los keseños le llevaban siete horas de ventaja. Habían tomado el camino del noroeste, que llevaba al bosque de Brea Negra. Era algo llamativo, ya que su fuerza principal se encontraba hacia el sur, pero Taniel supuso que seguirían aquel camino hasta el bosque y que luego girarían hacia el sur para evitar el grueso del ejército de Tamas, que había acampado en la llanura.

Atraparlos no sería fácil. Después de todo, lo habían planeado bien: se habían metido a toda prisa en el campamento con menos de doscientos granaderos pero con cuatro Privilegiados, lo habían incendiado todo a su paso hasta llegar a Ka-poel y se habían retirado de inmediato. Seguramente tendrían un campamento cerca, en el que contarían con caballos de más y quizás hasta con más hombres.

La cadena de mando a cargo de las fuerzas adranas seguía desordenada tras la traición de Hilanska, y no habían organizado una expedición de respuesta. Tampoco deberían haberlo hecho. Sin magos de la pólvora, sus hombres habrían quedado hechos pedazos.

Ahora los keseños huirían a toda prisa, temerosos, a sabiendas de que tendrían al mariscal de campo Tamas y a sus magos de la pólvora pisándoles los talones.

El cielo siguió aclarándose a medida que Taniel continuaba, manteniendo a raya el sueño con la euforia distante de un trance de pólvora. El terreno se fue volviendo más irregular a medida que se acercaba a las montañas; el aire, más cálido por el inminente amanecer. Taniel se preocupó por el bienestar de su caballo. Se detuvo en una granja que había a un lado del camino principal, donde un granjero adormilado le confirmó que había oído pasar una gran compañía de jinetes en medio de la noche.

A pesar de la tranquilidad de saber que estaba tras su rastro, Taniel comenzó a preocuparse más tras cada kilómetro que recorría. ¿Acaso Ka-poel seguía con vida siquiera? Si estaban al tanto de ella y de Kresimir, ¿por qué no matarla de inmediato? ¿Cómo era que sabían de su existencia? ¿Qué haría él una vez que los alcanzara?

La duda comenzó a intensificarse. Ellos eran demasiados. Incluso después del daño que Bo le había infligido al grupo (sin lugar a dudas, había sido una sorpresa para ellos toparse con un Privilegiado en el campamento adrano), aún contaban con tres Privilegiados y cincuenta hombres. Taniel podía arreglárselas contra un Privilegiado y un pelotón o dos. Por el abismo, podía enfrentarse a dos Privilegiados. Pero tres eran demasiados.

Saber que había dejado atrás a su mejor amigo ante una muerte segura lo empeoraba todo. Nadie podía sobrevivir esa clase de daño, ni siquiera un mago de la pólvora. Bo podía ser más resistente que la mayoría de los Privilegiados, pero estaría muerto en menos de un par de días, y Taniel ni siquiera se había despedido. Había partido en medio del pánico para intentar recuperar a Ka-poel. Sabía que se arrepentiría de ello por el resto de su vida.

Se obligó a no pensar en ello. No había nada que pudiera hacer al respecto. Tenía que salvar a Ka-poel.

Tamas dijo que enviaría ayuda, pero él sabía que cualquier refuerzo que le enviara avanzaría demasiado lento.

Taniel cabalgó por los campos de Adro durante una hora más hasta que el sol finalmente se elevó sobre el mar Ad, detrás de él, e iluminó los Leños Calcinados y el bosque de Brea Negra, que se extendía en la base de las montañas. En la cima de una colina particularmente elevada, inhaló una pizca de pólvora y miró a su alrededor.

Había movimiento en la distancia.

Inhaló un poco más para agudizar su vista, lo que aumentó la intensidad del trance. A lo lejos, llegó a distinguir un rastro de polvo que dejaba un grupo numeroso de jinetes. Se encontraban al menos a veinte kilómetros de distancia, y llegarían al bosque en menos de una hora.

Le generó algo de curiosidad el hecho de que no hubieran intentado atravesar la llanura, pero supuso que había tenido razón en su

sospecha inicial. Una vez que entraran al bosque, girarían hacia el sur en el Camino de Counter, lo que los llevaría al de Surkov y a la protección del ejército keseño. En menos de dos días llegarían a territorio controlado por Kez, incluso tomando aquella ruta más larga.

Taniel consideró cabalgar atajando por las tierras de cultivo, pero el trayecto no sería sencillo. Tratar de atravesar el bosque lo retrasaría y tal vez los perdiera. Era mucho mejor alcanzarlos desde atrás e ir eliminándolos uno por uno a distancia. Pero entonces, ¿podría hacerlo lo suficientemente rápido para evitar que llegaran al cuerpo principal del ejército?

El peso de la desesperación se le instaló en el estómago como una bola de plomo. No podría recuperarla. La matarían y liberarían a Kresimir, y entonces Adro caería. Mihali... Adom... ya no estaba para protegerlos.

Otro movimiento le llamó la atención a unos kilómetros de allí. Parpadeó varias veces para permitir que sus ojos pudieran enfocarse, y paseó la vista por el horizonte. Solo veía una vieja casa de labranza. Era baja, tenía paredes de piedra y techo de paja. Probablemente había visto al granjero en sus rondas matutinas. Nada de particular.

Taniel estaba a punto de olvidar por completo la casa de labranza cuando otra cosa llamó su atención. Cerca del borde de la casa, distinguió un uniforme verde y canela, y un casco alto negro con detalles en rojo. El sujeto estaba en cuclillas a un lado del edificio, mirando directamente en dirección a Taniel. Sin un trance de pólvora, era poco probable que llegara a ver a Taniel en absoluto.

Una emboscada. Él no tenía forma de saber cuántos hombres habría. Suponía que al menos diez o doce. Abrió el tercer ojo y volvió a mirar, pero no llegó a ver ninguna señal de Privilegiados en las cercanías de la casa. ¿Tendrían rifles de aire? Taniel deseó haberlo preguntado antes de dejar el campamento adrano.

Tendría que acercarse para averiguarlo.

Extendió el saco de dormir y durmió durante una hora antes de continuar, pues sabía que sería su última oportunidad de descansar en el futuro cercano. Ya montado una vez más, atravesó los poco más de cinco kilómetros al trote, de manera tal que el sol quedara situado justo sobre su hombro mientras se acercaba.

Cuando estaba a unos ochocientos metros de distancia, volvió a mirar con el tercer ojo. No había ni Privilegiados ni Dotados. Pero aquellos serían granaderos. Al igual que los granaderos adranos, serían más corpulentos, más fuertes y estarían mejor entrenados que un soldado medio.

A unos cuatrocientos metros, Taniel desmontó y ató al caballo para acercarse a pie. Se metió dos pistolas en el cinturón, le colocó la bayoneta al rifle y lo sostuvo a la altura del pecho.

Extendió los sentidos en busca de pólvora y la encontró enseguida. Cuernos y cargas de pólvora, armas cargadas. Organizó mentalmente la información, estudiando el arsenal que cada hombre llevaba, y estimó que eran seis granaderos.

Una emboscada mediocre. La idea probablemente fuera retrasar a sus perseguidores, no detenerlos por completo.

De cualquier manera, aquellos seis hombres no estaban listos para un mago de la pólvora. Se llevarían una gran sorpresa… salvo que alguno de ellos tuviera un rifle de aire. En ese caso, sería Taniel el sorprendido. Pero no podía hacer nada al respecto.

Percibió al primer granadero detrás de un montón de paja, a unos ciento cuarenta metros. Taniel inspiró profundamente, se llevó el rifle al hombro y disparó. Quemó un poco de pólvora detrás de la bala para asegurarse de que atravesara la paja. A su disparo le siguió un alarido.

De inmediato, dos granaderos surgieron de detrás de la casa. Dispararon sus mosquetes y el humo se elevó sobre sus cabezas, pero a esa distancia no lograrían darle a nada. Taniel ya había metido una bala en el cañón del rifle, sin la pólvora. Se lo llevó al hombro. Quemó una carga de pólvora que tenía en el bolsillo para impulsar la bala, y le atravesó el ojo a uno de los granaderos. El segundo se tiró detrás de la casa.

Taniel comenzó a correr hacia el edificio. Un granadero apareció en una zanja cercana. Taniel rodó hacia delante. En ese momento el mosquete del sujeto escupió humo y Taniel oyó que la bala le pasaba cerca. Estaba demasiado lejos para encenderle la pólvora, pero lo suficientemente cerca…

Soltó el rifle al terminar de rodar y sacó una pistola. Disparó. En la fracción de segundo que la bala tardó en atravesar la distancia, Taniel ajustó su trayectoria con la mente. La bala perforó el corazón de su oponente. El granadero cayó.

Tres muertos, quedaban tres. El corazón de Taniel cantaba mientras él se movía, con la sangre latiéndole en los oídos, sintiendo el ritmo de la batalla. Una bala rebotó contra el suelo junto a su pie. Taniel miró en dirección al granadero escondido en el techo de la casa. Vaciló entre recargar el rifle y sacar su segunda pistola, y finalmente decidió recorrer el trayecto que le quedaba hasta la casa para quedar a cubierto.

Justo en el momento en que la alcanzaba, otro granadero surgió de detrás de la casa y levantó su mosquete.

Taniel le encendió el cuerno de pólvora y usó la mente para alejar la explosión de sí mismo.

Un leve movimiento por encima de él fue la única advertencia que tuvo: el granadero del techo se dejó caer, cuchillo en mano.

Taniel bloqueó la estocada de cuchillo con la culata del rifle. Intentó

empujar al sujeto con el rifle con la idea de alejarlo y luego atacarlo con la bayoneta, pero el otro aferró el rifle con una mano y volvió a lanzar una estocada. Taniel solo pudo esquivar la puñalada arrojándose contra la pared de piedra de la casa.

El granadero lo siguió con una mueca de furia, pisó la bayoneta de Taniel con un pie y se inclinó para volver a atacarlo. Taniel soltó el rifle, aferró la muñeca del granadero y le dio un puñetazo en la rodilla opuesta.

El granadero lanzó un alarido. Taniel tiró de la muñeca, lo arrojó al suelo y rodó por encima de él. Ahora tenía el cuchillo; tomó la empuñadura con fuerza y golpeó al soldado en el rostro.

—¿Dónde está Ka-poel? ¡La salvaje! ¿Qué han hecho con ella? —Taniel esperó un momento, luego lo volvió a golpear—. ¡Dímelo! —¿Por qué estaba haciendo eso? Él ya sabía la respuesta. ¿Qué podría decirle aquel pobre desgraciado? Taniel sacó la segunda pistola y se la apoyó en la frente—. ¿Está viva? ¡Dímelo ahora!

El granadero le escupió sangre en el rostro.

La pistola se agitó en su mano, el disparo le aturdió los oídos. El cuerpo del granadero se puso rígido y luego se aflojó. Lentamente, Taniel se puso de pie y tiró la pistola usada a un lado.

Había querido respuestas. Que le confirmaran sus temores.

Taniel miró hacia un lado. El sexto granadero, el último, había salido de su escondite y avanzaba hacia él con el mosquete levantado. Taniel inspiró profundamente. Mierda. En su euforia, se había olvidado del último sujeto. Estaba demasiado lejos para encenderle la pólvora, y demasiado cerca para que el otro errara el disparo.

Un error estúpido, que acababa de costarle la vida.

Taniel se encogió, y al mismo tiempo, el granadero se tambaleó hacia un lado y se derrumbó. El mosquete cayó en el camino de tierra. Al sujeto le brotó sangre de la cabeza, y comenzó a formarse un charco en el camino. Taniel tomó una bocanada de aire temblorosa y miró hacia el este, pero el brillo del sol no le permitió ver nada. Sus refuerzos debían de haber llegado. No había nadie lo suficientemente cerca para lograr ese disparo. Lo habría percibido.

Tamas debía de haber enviado a otro mago de la pólvora. Pero ¿a quién? ¿Acaso el resto de la camarilla de la pólvora había alcanzado a su padre? ¿Habría venido el propio Tamas? Taniel sintió un pavor en el fondo del estómago, porque creyó saber de quién se trataba.

Era en vano seguir mirando en dirección al sol para tratar de ver quién le había disparado al granadero. Taniel examinó los cuerpos más de cerca y vio que todos los soldados estaban muertos, o a punto de estarlo. Remató a dos con su cuchillo. No tenía sentido dejarlos sufrir, y en su estado no podrían responderle sus preguntas.

Terminó su inspección. Verificó que no hubiera otros granaderos

que tal vez no hubiera percibido. Luego recogió sus armas, las recargó y regresó al lugar donde había dejado el caballo. Ya estaba montando cuando el resto de su equipo de caza llegó a la cima de la colina más cercana. Taniel se inclinó sobre la silla de montar con los ojos cerrados, y aprovechó para descansar mientras esperaba que los otros llegaran hasta él.

—¿Qué estás haciendo aquí, capitana? —preguntó cuando oyó unos cascos que se le acercaban. Abrió los ojos.

Vlora detuvo su montura y les hizo un gesto a los demás para que se detuvieran.

—En realidad, ahora soy coronel.

—Qué manera de ascender. —Taniel lo sabía, por supuesto. Y ella sabía que él lo sabía. La había llamado “capitana” por puro rencor.

Vlora se ruborizó, pero levantó la barbilla.

—He venido a ayudar. Iremos tras esos desgraciados.

—No puedo darle órdenes a una coronel —dijo Taniel—. Y no creo que tú debas liderar la expedición.

Las palabras le salieron más duras que lo que Taniel hubiera querido, aunque sí había tenido la intención de que le dolieran. Parecía que habían pasado años, pero ella había sido su prometida hacía menos de siete meses, cuando él la encontró en los brazos de otro hombre. La captura de Ka-poel ya lo tenía con los pelos de punta. No estaba listo para lidiar con Vlora.

—Tú también has sido ascendido, coronel —dijo ella tendiéndole una mano.

Él tomó los galones de coronel y los sostuvo a la luz.

—Primero mayor, ¿y ahora esto? No lo merezco.

—No es lo que opina el mariscal de campo. Además, necesita llenar los huecos que dejaron las bajas entre los oficiales, así que… —se quedó en silencio—. Estás al mando, coronel.

Taniel se colocó las barras en la solapa con cierta reticencia.

Se quitó a Vlora de la mente y observó al resto del grupo. Gavril, el líder de la Guardia, lo que era una sorpresa. Taniel no lo había vuelto a ver desde que había dejado la Guardia de la Montaña del Pico del Sur para perseguir a Julene y a la camarilla de Kez. Además de Gavril había otros tres magos de la pólvora y un grupo de diez o doce soldados que llevaban el emblema de los Rifleros de Olem. La Séptima y la Novena debían de haber llegado no mucho después de la partida de Taniel; Tamas había enviado a sus mejores hombres.

La desesperación de Taniel comenzó a disolverse. Su resolución se reafirmó.

Ya no era una causa perdida. Ahora podría recuperar a Ka-poel, y eso pensaba hacer.

Capítulo 24



Tamas estaba furioso.

Montado sobre su caballo, atravesaba el campamento adrano a paso lento mientras oía a medias el informe matutino de Olem.

Ipille lo había traicionado bajo bandera blanca. Había ciertas reglas de la guerra que a Tamas le parecían estúpidas, y otras que le resultaban bastante esnob. Él ignoraba abiertamente esas reglas si le convenía, pero la bandera blanca de negociación era sagrada. Así se llegaba a la paz. Que Ipille hubiera atacado el campamento de Tamas en el mismo momento en que estaban frente a frente en medio de una tregua era…

Tamas no encontraba las palabras para expresar su ira.

Los de la Séptima y de la Novena que habían sobrevivido a la travesía por Kez llegaron una hora después de la partida de Taniel. El coronel Arbor (y desde el momento de su llegada al campamento, general) había ordenado a los hombres marchar a paso ligero durante toda la tarde y buena parte de la noche para llegar mucho antes de lo previsto. De inmediato, Tamas pidió voluntarios entre sus mejores hombres y magos de la pólvora y los envió tras Taniel. Ahora el resto de sus dos mejores brigadas dormían tras su larga marcha mientras él decidía qué hacer con ellos.

Tamas tiró de las riendas. Olem había dejado de hablar.

—Continúa —le dijo.

Olem sacó un cigarrillo del bolsillo y lo apretó entre los labios.

—Estáis haciendo eso que soléis hacer, señor. —Sacó un fósforo y encendió el cigarrillo.

—¿El qué?

—Eso de fingir que me escucháis, mientras pensáis en otra cosa.

—No lo hacía.

Olem le dio una calada al cigarrillo.
—Lo que digáis, señor.
—Uno de estos días te voy a hacer fusilar por ese tono de insubordinación, Olem.
—Por supuesto, señor.
—Por el abismo, eres insufrible.
—Bueno, me habéis ascendido a coronel.
—¿Y eso qué tiene que ver?
—Conozco a muchos coroneles, señor. Son todos insufribles.
Tamas agitó la mano para apartarse el humo del rostro.
—¿Y qué hay de Arbor? Hasta hace unas horas era coronel, y siempre pareció agradarte.
—¿Habéis jugado a las cartas con el general Arbor, señor?
—No.
—Él también es insufrible. Agradable pero insufrible.
—¿Se puede ser ambas cosas?
—Así es.
—Abismos. No tengo tiempo para esto. ¿Qué me estabas diciendo antes?
—Os estaba dando el informe sobre las reservas de pólvora, señor.
—¿Tenemos suficiente para una campaña prolongada contra Kez?
—Sí, pero a duras penas. A pesar de que los brudanos controlan Adro, aún recibimos cargamentos de las empresas de Ricard Tumblar. Y en mayor cantidad, ahora que la general Ket no está aquí para llevarse una tajada.
—Bien. Entonces evítame el informe. ¿Alguna otra cosa importante esta mañana?
Olem revisó el montón de notas que tenía en la mano. Las pasó una a una, murmurando para sí.
—Beon je Ipille llegó con la Séptima y la Novena. Desea reunirse con vos a su conveniencia.
—Eso puede esperar. Si veo a uno de los hijos de Ipille en este momento, probablemente le dispare. Y eso que Beon me cae bien. ¿Se han hecho efectivos todos los ascensos?
—La mayoría —respondió Olem—. Todos los oficiales superiores se reunirán con vos en vuestra tienda a las ocho en punto.
Tamas miró su reloj de bolsillo.
—Entonces será mejor que terminemos con esto rápido.
—Por supuesto, señor. —Olem revisó sus papeles y se aclaró la garganta.
—¿Qué pasa?
La mente de Tamas ya volvía a concentrarse en Ipille. Sentía la bilis en el fondo de la garganta y no le costó imaginarse a sí mismo atravesando la enorme barriga de Ipille con su bayoneta.

—Hay una cosa más, señor.

—¡Dilo ya!

—Yo, señor.

—Por los Nueve, ¿de qué estás hablando?

Olem guardó los papeles en la alforja.

—Las cosas están un poco confusas, señor.

—Tú eres mi guardaespaldas, ¿no es así?

—Sí, señor. Eso es lo confuso. —Olem se colocó en la montura y volvió a aclararse la garganta.

A Tamas se le estaba agotando la paciencia.

—Ve al grano.

—Me habéis ascendido a coronel. Tradicionalmente, los coroneles no son guardaespaldas ni ayudantes de campo.

¿Acaso era algo tan importante, que Olem sentía la necesidad de sacar el tema en ese momento? La mayoría de los hombres tampoco solían pasar de sargento a coronel en ocho meses, pero por una cuestión de necesidad, Tamas había ascendido a Olem de todas maneras.

—Es cierto —respondió.

—Yo no merezco ser coronel, señor. Quisiera que me degradaseis.

Tamas se lo quedó mirando.

—¿Otra vez con esto? ¿Otra vez?

—Sí, señor. Yo no tengo un regimiento bajo mi mando. No tiene sentido que me mantenga como coronel cuando además soy vuestro guardaespaldas y vuestro ayudante. No me molestaría para nada que me degradaseis.

—¿No te molestaría…? Maldición, Olem. Te molestará lo que yo te ordene que te moleste. ¿Quieres soldados bajo tu mando? Los tienes.

—¿Señor?

—La Séptima es tuya.

A Olem se le cayó el cigarrillo de la boca.

—¡Pero, señor! Le ibais a dar la Séptima al coronel… digo, al general Arbor.

—El general Arbor tiene la Primera y la Tercera. Fueron humillados por la traición de Ket y de Hilanska, y él los azotará hasta que estén a la altura. Tú combinarás a los mejores hombres de la Séptima y de la Novena para formar la nueva Séptima, que se llamará la Brigada de Rifleros del Mariscal. —Olem se irguió sobre la montura. Tamas continuó—. No tendrás mucha experiencia de mando, pero conoces a la gente. Te dejaré elegir a tus oficiales. Escógelos bien, porque de todas maneras pasarás la mayor parte del tiempo conmigo.

—¿Estáis seguro, señor?

—Por supuesto.

—Necesitaréis un nuevo guardaespaldas.

—No, no es cierto.

—Em, ¿señor?

Tamas se inclinó hacia Olem y le dio una palmada en el hombro.

—Tú seguirás siendo mi guardaespaldas, al igual que toda la condenada Séptima. No hay nadie más en quien confíe para cuidarme el pellejo.

Por una vez, Olem no tuvo una respuesta lista.

—Gracias, señor. Me siento honrado.

—No te sientas honrado. Solo haz tu trabajo. Ahora, vayamos a reunirnos con el personal superior. Tenemos una ofensiva que planificar.

Tamas se reunió con sus oficiales superiores en su tienda de mando, en el centro del campamento.

Unos veinticinco hombres y mujeres se amontonaban dentro de la tienda: generales y coroneles de la mayoría de las brigadas. Más de la mitad de ellos eran oficiales nuevos, ascendidos recientemente. Tamas sabía que aún le quedaban varios ascensos por llevar a cabo ese mismo día. Los comandantes de brigada de las Alas de Adom estaban llamativamente ausentes. Lady Winceslav había cumplido su promesa y había retirado a casi todos sus hombres del frente, salvo por una pequeña fuerza simbólica.

A causa de la ausencia de los mercenarios y de la inexperiencia de sus nuevos oficiales, Tamas sabía que aquel encuentro no podía esperar. Los oficiales y los hombres a su cargo necesitaban saber cuál era la situación.

Tamas entró a la tienda por una abertura que había en la parte trasera. Eso le permitió disimular su cojera y su dolor mientras se situaba en silencio a la cabeza de la reunión. Olem ya estaba esperando. Había colocado algunos documentos sobre el escritorio de Tamas: números de bajas, efectivos de cada regimiento, los nombres de los nuevos oficiales superiores. Tamas ya los había leído hacía una hora, pero le serviría tener las referencias.

Se colocó detrás de su escritorio, de pie y con las manos entrelazadas detrás de la espalda, y posó la mirada sobre la entrada de la tienda.

Los segundos fueron pasando, se convirtieron en minutos. Por el fondo del grupo alguien se aclaró la garganta, y se oyeron los gritos de un intendente que se elevaban sobre el alboroto general del campamento.

Pasaron cinco minutos, y uno de los nuevos generales levantó la mano, con sus dientes postizos apretados en el puño.

—¿Sí? —preguntó Tamas.

El general Arbor bajó la mano.

—¿Esperamos a alguien, señor?

—Así es —respondió Tamas—. Olem, ¿podrías fijarte si ya llegó nuestro invitado?

Olem salió por la parte de atrás de la tienda. Pasaron varios minutos más y Tamas se dio cuenta de que sus oficiales comenzaban a inquietarse. Probablemente se estarían preguntando de qué se trataba todo aquello. ¿Por qué los tenía allí esperando en posición de firmes como soldados de infantería comunes cuando tenían trabajo que hacer?

Decidió dejarlos solos con sus pensamientos. Ya no debería tardar más que unos pocos minutos más.

Tamas se preguntó si sus rifleros ya habrían alcanzado a Taniel. Había sido una grata sorpresa que la Séptima y la Novena llegaran en medio de la noche. Ahora, más que nunca, necesitaba a sus mejores veteranos, y…

El sonido de unos caballos al galope le interrumpió los pensamientos. También se oyeron gritos (de sorpresa, pero no de alarma) entre los soldados que había allí fuera. Tamas se dio cuenta de que aquel sonido estaba poniendo nerviosos a sus oficiales superiores y le agradó ver que algunos de ellos imitaban su pétrea compostura.

Todas las cabezas del lugar se volvieron mientras la entrada de la tienda se hacía a un lado. Olem entró e hizo el anuncio: —Su majestad, el rey Sulem Noveno, de Deliv.

El murmullo que surgió entre los oficiales enseguida quedó acallado cuando el rey deliví entró a la tienda de mando. Sostenía su sombrero bicornio con pluma bajo el brazo y llevaba un uniforme de gala color verde kelly, cuyo pecho estaba cubierto de condecoraciones. Era un hombre atractivo, de cabello rizado muy corto, mandíbula fuerte y unos dientes blancos que parecían refulgir en contraste con su piel oscura.

Tamas inspiró profundamente y espiró con lentitud para calmar sus propios nervios. La situación había cambiado desde su última conversación con Sulem, y no sabía si el apoyo de Deliv se vería modificado una vez que tuvieran más información.

El rey se acercó y le hizo un leve gesto con la cabeza a Tamas. Él se lo devolvió. Sulem se volvió para estudiar a los oficiales reunidos.

Tamas había sentido cierta curiosidad por cómo reaccionarían sus oficiales al hecho de que hubiera un rey entre ellos, y tuvo la satisfacción de ver que todos le hicieron el mismo gesto con la cabeza que él le había hecho. Sulem podía ser un aliado, pero Tamas deseaba dejarle en claro (a él y al resto de los reyes de los Nueve) que los adranos no se inclinaban ni se arrastraban ante la realeza. En todo caso, Sulem parecía estar divirtiéndose. Sin embargo, no devolvió el gesto a sus hombres.

Sulem se situó junto a Tamas, de frente a los oficiales.

Olem se acercó, se inclinó hacia Tamas y le susurró al oído: —Beon está fuera. Ha oído algo acerca de lo que ha pasado y exige hablar con vos.

—Detenlo. Con amabilidad.

Olem desapareció discretamente por la parte trasera y regresó unos momentos después.

—Listo.

Tamas se aclaró la garganta para obtener la atención de sus oficiales.

—Gracias por venir, su majestad —dijo.

Se detuvo un momento para volver a estudiar a sus oficiales. Unos hombres y mujeres excelentes, todos y cada uno de ellos. Gente en la que podía depositar su confianza, que se enfrentaría al mundo a su lado. Sintió que se le cerraba la garganta y que la vista se le nublaba, y se obligó a tragarse aquellas emociones.

—Hace cinco días, Ipille, rey de Kez, pidió la paz. No fue una gran sorpresa si consideramos la paliza que le dimos a su ejército en el Arroyo de Ned. —Eso generó risas entre los asistentes, que Tamas permitió que se acallaran por su cuenta—. Ayer me reuní con él para comenzar las conversaciones de paz que den fin a esta guerra de una vez. Todo anduvo mejor de lo que me había esperado, y anoche regresé al campamento sintiéndome optimista, por primera vez en cinco meses, de que por fin se terminaría el derramamiento de sangre.

”Me sentí optimista, claro, hasta que vi las llamas. Como ya todos sabéis, fuimos atacados por un contingente de Privilegiados y granaderos keseños. La Decimotercera sufrió muchas bajas, al igual que la Setenta y Cinco de Dragones, que intentó interceptarlos cuando se retiraban del campamento. Nosotros... —Tamas se mordió el interior de la mejilla por un momento para obligarse a mantener la calma—. Bueno, ya tenéis todos el informe del ataque. Así es como termina: “Fuimos atacados bajo bandera blanca”. —Entre los oficiales brotó un murmullo de cólera, y Tamas continuó—: Ese es un pecado que no perdonaré. Esta ha sido una guerra de batallas defensivas: el Arroyo de Ned, la fortaleza de la Corona, el Camino de Surkov, Budwiel. Hemos sufrido traición y corrupción. Estuvimos ante el poder de un dios enfermo y mezquino. Hoy, amigos míos, hermanos y hermanas, tomaremos la ofensiva.

Tamas hizo una pausa para pensar en el ejército extranjero que controlaba Adro, a sabiendas de que aquella era solo una de las tantas ofensivas que debería organizar en los días subsiguientes.

—Hoy marcho a Fendale, al campamento enemigo. Perseguiremos al ejército keseño como un perro tras una rata y libraremos a esta nación de las alimañas. No daremos cuartel hasta que cada desgraciado

keseño haya sido expulsado de nuestro territorio. Ya han mancillado lo suficiente a nuestro país. —Tamas volvió a inspirar profundamente y se entrelazó las manos temblorosas detrás de la espalda—. ¿Marcharéis conmigo?

Hubo un momento de silencio. Luego se oyó la voz del general Arbor con toda claridad.

—La Primera y la Tercera a sus órdenes, señor.

—La Séptima es suya —dijo Olem.

—Tiene la Decimonovena —gritó el general Slarren desde el fondo.

Más voces se les unieron, hasta que cada uno de los oficiales superiores hubo lanzado su grito de apoyo. Finalmente, cuando los últimos vítores enérgicos se acallaron, el rey Sulem dio un paso al frente. Paseó la mirada por los oficiales allí presentes, se volvió hacia Tamas con firmeza y desenvainó la espada.

Olem avanzó medio paso. Tamas sintió que el corazón se le subía a la garganta.

Sulem tomó su espada por la hoja e hizo una reverencia, sosteniendo la empuñadura en dirección a Tamas.

—Tenéis mi espada. Tenéis mi pistola. Tenéis mis Privilegiados y mi artillería. Tenéis mis sesenta mil hombres. Nuestra alianza hará temblar a Ipille, y los keseños pagarán por sus crímenes.

Tamas no pudo ocultar su sorpresa. Él conocía a la realeza. Había recibido honores tanto del viejo Rey de Hierro de Adro como del rey de Novi. Pero nunca había vivido algo como eso. Alargó la mano, tomó la espada de Sulem y la sostuvo sobre la cabeza.

—Moriría por mi país. Pero prefiero matar por él. Alistad a vuestros hombres. ¡Marchamos!

Capítulo 25



Adamat divisó Adopest desde su carruaje quince días después de haber partido hacia el sur junto al Privilegiado Borbador con una orden para arrestar a la general Ket.

La ciudad le parecía extraña en la distancia. El rojo de las hojas otoñales y el dorado de los campos parecían ocultar las chimeneas de ladrillos y los depósitos del distrito industrial. Adopest le daba la sensación de ser menos de lo que había sido antes. Cuando perdió de vista el paisaje y entró en el sector sur de la ciudad dio con el motivo: la catedral Kresim ya no dominaba el centro de la ciudad, erguida como un faro sobre la mayoría de los edificios.

Adamat fue notando las ruinas de iglesia tras iglesia mientras el carruaje atravesaba el suburbio del sur, luego el distrito industrial, y se dirigía hacia el norte, en dirección a su hogar. Cuando llegó a su casa, el sol otoñal ya estaba acercándose al horizonte del oeste. Eran las cuatro en punto. Estaba furioso por que los hombres de Claremonte hubieran destruido todas las iglesias de Adopest.

¿Qué derecho tenían? No estaban en su ciudad. No estaban en su país. Y aun así, nadie había opuesto resistencia cuando sacaron a los sacerdotes de sus capillas y los asesinaron en las calles, ni cuando los Privilegiados de Claremonte echaron abajo las iglesias con su hechicería y destruyeron hasta el último ladrillo.

A Adamat se le había revuelto el estómago. Tuvo la horrible sensación de que debería haber aceptado la misión de Tamas de deshacerse de Claremonte. Alguien tenía que enfrentarse al muy desgraciado.

Bastón y sombrero en mano, llevó su equipaje hasta la entrada de su casa y lo apoyó contra la puerta. Inclinó la cabeza. Nada de eso ahora. Claremonte había quedado en el pasado. Vetas había quedado en el

pasado. Ahora estaba en el presente y debía contarle lo de Josep a Faye.

Permaneció allí durante algunos momentos, intentando encontrar las palabras adecuadas, cuando notó el sonido... o, mejor dicho, su ausencia. No se oían voces. No había niños gritando ni jugando. Ni pisadas sobre el suelo de madera. Levantó la cabeza y miró por la ventana, pero las cortinas estaban cerradas. ¿Dónde estaba su familia?

Con manos temblorosas, intentó girar el pomo de la puerta, pero estaba cerrada con llave. Buscó la llave en el bolsillo, pero tenía los dedos tan rígidos que se le cayó.

Cuando se inclinó para recoger la llave, oyó el sonido de la cerradura, y la puerta se abrió. Levantó la mirada.

—¿Adamat? ¡Has vuelto! ¡Qué maravilla!

Adamat lanzó un suspiro de alivio y sintió que las rodillas se le aflojaban.

—Hola, Margy.

La capataza de la mayor fábrica textil de Adro era una mujer fuerte de unos cuarenta años, con cabello canoso y gafas sobre su delicada nariz.

—Pasa, pasa, solo he venido a hacerle compañía a Faye durante la tarde. Me dijo que no te esperaba hasta dentro de... bueno, bastante tiempo.

—¿Quién es? —oyó que preguntaba Faye desde la sala de estar.

—Soy yo —respondió Adamat débilmente.

—¡Ah, ya voy!

Adamat entró en casa. Dejó la bolsa en el suelo y colgó el sombrero y el bastón junto a la puerta. Faye salió de la sala de estar y le apoyó las manos en los hombros. Él se inclinó para besarle la mejilla. No pudo evitar ver su expresión de esperanza, su sonrisa, y, luego, la sombra que se le posó en el rostro cuando él cerró la puerta detrás de sí.

Él meneó levemente la cabeza.

—Margy, lamento muchísimo hacer esto... —dijo Faye.

—Ay, no, no hay problema. De todas maneras, debería ir a casa con mis niñas. Tú debes estar con tu esposo.

—Detendré el carruaje —dijo Adamat.

Salió a la calle y le gritó al conductor para que regresara. Unos minutos después, Margy se estaba subiendo al vehículo con su paraguas.

Adamat forzó una sonrisa y se despidió con la mano mientras el carruaje se alejaba. Junto a él, Faye hacía lo mismo. Él se maravilló de su habilidad para enfrentarse al mundo con la espalda erguida después de todo lo que había vivido. Volvieron a entrar en la casa.

—Margy me estaba contando que se va a presentar para tesorera de su distrito en las elecciones.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Adamat.

Faye se dejó caer contra la pared del recibidor. Adamat tocó el yeso que había junto a ella y notó que no era igual que el resto. Ella había contratado a alguien para que reparara el agujero que había quedado cuando SouSmith atravesó la pared con la cabeza de un asesino.

—Ricard me ofreció contratar a una niñera a tiempo completo para ellos —dijo Faye—. Acepté. Han salido a dar un paseo por el parque y regresarán en un par de horas para la cena.

—¿Es seguro?

Faye emitió un sonido sordo entre un suspiro y un sollozo, pero no le respondió.

—Ha sido muy amable de su parte —añadió Adamat. Se quedaron en silencio en el recibidor durante varios minutos. —Nunca debería haber acudido a aquella maldita convocatoria —dijo finalmente—. Nunca me habría involucrado en todo esto y…

—¿Josep está muerto? —preguntó Faye.

Adamat trató de humedecerse la boca. Como no pudo, asintió levemente con la cabeza. Mejor que no lo supiera. La haría pedazos. Saber que Josep estaba muerto era una cosa, pero saber que había sido retorcido por una horrible hechicería privilegiada hasta convertirse en una… criatura…

Mejor que nunca nadie lo supiera.

Faye clavó la mirada en el suelo. Regresó a la sala de estar y un momento después, Adamat oyó sus sollozos acallados. Cerró los ojos. ¿Cómo había llegado su vida a ese punto?

Subió dos escalones, bolsa en mano, pero se volvió y fue a la sala de estar. Faye estaba sentada en el borde de una de las sillas. Sobre la mesa había una taza de té a medio llenar. Adamat se arrodilló en el suelo delante de ella y le apoyó las manos en los brazos. Enseguida, él también comenzó a llorar.

Lloró hasta que, con el cuello de la camisa ya empapado, sintió que no le quedaban más lágrimas por derramar. Tenía ambas piernas dormidas. Faye ya había recuperado la compostura hacía un rato y ahora miraba sin ver la pared más lejana de la sala de estar. Él le besó la frente y se desenredó del abrazo desesperado de ella. Se secó la humedad del rostro con una manga y se aclaró la garganta.

Ella lo miró con una sonrisa triste. Él volvió a maravillarse de su resistencia para lidiar con todo aquello, para ocultar su propio miedo, dolor y furia, para poner una expresión de felicidad para él y para los niños solo algunas semanas después de que terminasen sus suplicios. Era algo increíble.

—Me preocupas —dijo él.

—Soy más fuerte que lo que crees.

—Lo sé. Pero igualmente me preocupas.

Ella le tomó la mano y le besó los nudillos.

—Preocúpate por ti.

—El mariscal Tamas ha vuelto. Obtuvo una gran victoria contra Kez. —"Sin siquiera haber estado allí, aunque no creo que Tamas quiera que eso se vuelva de dominio público".

Faye lo miró con gesto preocupado.

—Y te ha pedido que hagas algo más para él, ¿no es así?

—Así es —admitió Adamat.

—¡No! ¡Ya has terminado con ese hombre y su revolución!

—Espera —dijo Adamat—. Le dije que no lo ayudaría más.

—Bien.

—Pero sí…

—Pero sí, ¿qué? ¿Qué, estúpido insensato?

—Sí le prometí que ayudaría a Ricard con las elecciones. No mucho. No me implicaré demasiado. Y, dicho sea de paso, no lo hago por Tamas. Lo hago por Ricard. Se lo debo, por ayudarme a recuperarte.

Faye levantó la barbilla.

—Se lo debas o no se lo debas, si cruzas la puerta de su oficina siquiera, quedarás implicado. Lo conozco. Y te conozco a ti.

—Entonces, ¿no debería hacer nada?

—Deberías quedarte aquí con tu familia. Ricard lo entenderá. —Ella le volvió a besar la mano—. No aceptes más trabajos por un tiempo. Salgamos del país. Podemos llevarnos a los niños e ir a Novi. Tenemos el dinero que nos dio Borbador.

Adamat quería hacerlo. Realmente quería. Una parte de él sostenía que sería de cobardes, que sería huir. Pero otra parte sostenía que era lo más sensato. Lo mejor para su familia.

—No puedo abandonar a Ricard —dijo.

—¿Pero puedes abandonar a tu familia?

—Eso no es… Yo… —¿Por qué no podía entenderlo? Ella y los niños significaban todo para él, pero tenía sus obligaciones. Con Ricard. Con Adro.

Faye le apartó la mano a un lado.

—Bien. Haz lo que quieras. Siempre crees saber qué es lo mejor.

Sus siguientes palabras quedaron interrumpidas por alguien que llamaba a la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó él.

Faye meneó la cabeza.

—Los niños entrarían por la puerta trasera, pero falta una hora para que regresen.

Adamat se acercó lentamente hasta la ventana delantera y corrió la cortina con un dedo. Cuando vio de quién se trataba, corrió hasta la puerta y la abrió de par en par.

SouSmith se encontraba en la entrada, sombrero en mano, con una

mueca arrugándole su castigado rostro. El viejo boxeador saludó con la cabeza a Adamat.

—Buenas tardes, señora —le dijo a Faye.

—Pasa, pasa —dijo Adamat—. Acabo de llegar. Iba a ir a verte mañana.

En respuesta, SouSmith meneó la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Adamat.

—Ha habido un atentado—dijo el otro con un gruñido.

Adamat sintió que el corazón se le detenía. Comenzaron a sudarle las manos.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Los Nobles Guerreros del Trabajo.

La sede de Ricard. Un torbellino de preguntas se amontonaron en la cabeza de Adamat, pero se enredaron entre sí y no pudo emitir palabra. Miró a Faye.

—Ve —lo instó ella.

Adamat tomó su sombrero y su bastón y siguió a SouSmith hacia la calle, donde esperaba un carruaje.

Adamat observó el poco tránsito que había por la calle y, en silencio, rogó que el carruaje avanzara más rápido.

—¿Ricard está herido? —preguntó.

SouSmith se encogió de hombros.

—¿Qué hay de su secretaria, Fell?

Volvió a encogerse de hombros.

—Maldita sea, hombre, ¿acaso sabes algo?

SouSmith meneó la cabeza.

—Estaba en Forswitch cuando me enteré.

—Entonces, ¿no estabas allí?

—Supuse que querrías saberlo. Me quedaba de paso.

—Bueno, te lo agradezco —dijo Adamat—. ¿Qué estabas haciendo en Forswitch?

—Ayudaba a mi hermano.

—¿El carnicero?

SouSmith asintió con la cabeza. Se sonó los nudillos y miró por la ventana.

—Cargando carne. Cerdos enormes, uno en cada hombro.

—¿Has estado boxeando últimamente?

SouSmith mantuvo la mirada en la ventana. Su única respuesta fue menear levemente con la cabeza.

Adamat frunció el ceño. Ese día se cumplían dos meses y una semana desde que habían atacado el escondite de Vetas, lo que llevó a su captura y el rescate de Faye. Él había liberado a SouSmith de su labor unos días después, porque el peligro había quedado atrás. Le

parecía extraño que SouSmith no hubiera tenido ninguna pelea desde entonces. Estaba viejo, pero no había perdido su toque. ¿Por qué no lo llevaría el Propietario al cuadrilátero? A menos que…

—¿El Propietario suspendió el boxeo?

—Sí.

—¿Por la muerte del eunuco? —Algo que había sucedido durante la captura de Vetas. De hecho, el propio Vetas había matado al eunuco durante el rescate de Faye.

—Aún busca un segundo al mando —dijo SouSmith.

—Ya veo.

El Propietario era el cabecilla del hampa de Adro, y el eunuco había sido la cara visible de sus operaciones durante dieciocho años. Las cosas debían de estar bastante movidas sin él. Después de todo, solo cinco personas en todo el mundo sabían la verdadera identidad del Propietario, contando al Propietario en sí.

Y a Adamat.

Adamat se aclaró la garganta.

—Puede que tenga trabajo para ti pronto —dijo, aunque se arrepintió de inmediato.

Contratar a SouSmith significaba que necesitaba un guardaespaldas. Y la necesidad de un guardaespaldas significaba que se iba a implicar en cosas en las que él sabía que no debería implicarse. Pero alguien había intentado matar a Ricard.

SouSmith arqueó una ceja.

—Mmm. —Para el hermético boxeador, era una respuesta entusiasta.

Para cuando llegaron a la sede de Ricard, ya había caído la noche, se estaban encendiendo las farolas de la calle y la mayoría de los negocios estaban cerrados. El tránsito de la tarde estaba bloqueado, por lo que Adamat le pagó al conductor, y él y SouSmith siguieron a pie el resto del trayecto. Adamat intentó ver, a través de la oscura neblina, el daño que había recibido el depósito de Ricard.

Dos de las ventanas del primer piso habían volado. Alguien había quitado la puerta de entrada del marco para poder maniobrar con las camillas. Las paredes de ladrillo parecía que no habían sufrido daños. De hecho, el nuevo mural pintado en el lateral del edificio con el rostro de Ricard y el eslogan electoral de “Unidad y trabajo” casi no había recibido daño alguno. Un carruaje de prisioneros (vacío) bloqueaba el tránsito de la calle, y había un grupo de policías en la zona, hablando con los peatones y entre sí. Se habían colocado antorchas para complementar la luz de las farolas.

Uno de los oficiales se acercó a Adamat.

—Disculpad, señor, pero no se permite entrar ni salir a nadie, por órdenes de la comisionada.

—Soy el inspector Adamat. ¿Se encuentra bien Ricard?

Otro oficial interrumpió las preguntas que le estaba haciendo a una criada con muy poca ropa; una de las camareras de Ricard.

—Oye, Picadal, puedes dejar pasar a Adamat. La comisionada querrá verlo.

—¿La comisionada está aquí en persona?

—Sí. Dice que ha sido un ataque de alto perfil, con esto de que Ricard es candidato a primer ministro.

Permitieron pasar a Adamat. Cuando se volvió hacia SouSmith, notó que el enorme boxeador quedaba atrás.

—Date prisa —dijo Adamat.

—Esperaré aquí.

—¿Qué pasa? Ah, no importa. Como quieras. —Adamat entró al edificio, y se detuvo para observar el interior, guardando hasta el último detalle en su perfecta memoria para estudiarlo después.

Si bien el edificio era, sin duda, un viejo depósito, Ricard no había dejado más que las paredes y había hecho mejoras con pintura, cortinas rojas, candelabros de oro, arañas de cristal y bustos de filósofos. La sede central de los Nobles Guerreros del Trabajo tenía suficientes ribetes de oro para hacer ruborizar a un duque. La mayor parte del edificio era un gran salón con algunas oficinas en el fondo.

No se requería un investigador experimentado para ver que la explosión había provenido del fondo del depósito. En primer lugar, las oficinas ya no estaban. De esas salas solo quedaban unas ruinas chamuscadas. De hecho, eso era lo que quedaba de buena parte de la pared trasera. Aquellas partes del interior que no se habían visto afectadas por la explosión luego fueron dañadas por el fuego. Solo la pared del frente se había salvado de lo peor de la explosión.

Adamat se quedó anonadado por tal destrucción. Debía de haber habido, como mínimo, un barril completo de pólvora oculto en una de esas salas, o debajo de ellas, para causar semejante daño. No era una labor muy complicada en un edificio con tanta gente yendo y viniendo a todas horas del día.

Había policías y gente del sindicato revisando las ruinas, intentando rescatar restos de documentos importantes y muebles. No había señales de Ricard. Adamat suprimió su creciente pánico y se volvió hacia uno de los policías.

—¿Has visto a Ricard Tumblar?

—Está fuera, junto al edificio.

Una puerta lateral, completamente intacta a pesar del daño que había recibido el resto del lugar, llevaba a un callejón donde Adamat, aliviado, encontró por fin a Ricard sentado contra la pared del edificio vecino. El jefe sindical tenía la cabeza entre las manos. Un poco más allá, Fell hablaba en voz baja con la comisionada de policía. Todo el

pasadizo estaba iluminado por un par de farolas grandes situadas fuera de la puerta lateral.

—Ricard —dijo Adamat con suavidad, poniéndose en cuclillas junto a su amigo.

Ricard levantó la mirada, sus ojos estaban un tanto distantes.

—¿Eh? —preguntó, en voz demasiado alta—. Ay, Adamat, gracias a Adom que estás aquí.

—¿Estás bien?

—¿Qué? Ah, no puedo oír un cuerno de este lado. Ven, ponte aquí.

Adamat se colocó del otro lado de Ricard.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Solo un poco chamuscado, eso es todo. —Señaló vagamente el depósito—. He perdido..., bueno, todo. Miles de documentos. Millones en efectivo. Darilo.

—Por favor, dime que estás asegurado.

—Sí, por una parte. Pero no es suficiente.

—¿Documentos del sindicato?

—Sí.

—¿Hiciste copias? Dime que hiciste copias.

—Sí, sí.

—Entonces no lo has perdido todo. ¿Quién es Darilo?

—Mi camarero. Pobre hombre. Lo envié a mi oficina a buscar una chaqueta para Cheris, y luego… —Miró distraídamente la pared de su depósito—. Había trabajado conmigo durante más de diez años. Fui a su boda. Tuve que enviarle la noticia a su esposa. Mañana iré a verla en persona. —Por fin miró a Adamat—. Solo murieron catorce personas en la explosión, y es un condenado milagro. Éramos casi doscientas personas allí adentro. Era una fiesta. El jefe de los joyeros y el de las fábricas están muertos. Al jefe de los barrenderos le están amputando la pierna en este mismo instante. Yo me he quedado medio sordo. Un trozo de escombro golpeó en el hombro a Cheris. Es… —se quedó en silencio.

—Estás vivo. Eso es lo importante.

—Pero la campaña…

—Te recuperarás.

Ricard lo miró por primera vez a los ojos, y Adamat se dio cuenta de que aún estaba en estado de shock.

—Allí dentro estaban varios de mis amigos. Relaciones. Dinero. Tiempo. Recursos. Todo perdido por una estúpida bomba. ¿Quién abismos hizo esto?

Por supuesto, Claremonte parecía ser la respuesta más probable. El oponente de Ricard en la campaña para primer ministro no era un sujeto para tomar a la ligera. No dudaría en matar a cientos, incluso miles, de personas con tal de alcanzar sus metas. Adamat lo sabía de

primera mano por haber lidiado con su lacayo, lord Vetas.

—La policía lo averiguará.

Ricard tomó a Adamat por el cuello de la chaqueta.

—Quiero que tú lo averigües. Condenada policía. No llegarán a nada.

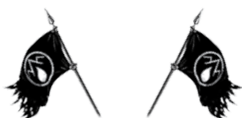
—¡Shh! —Adamat intentó señalar con la mirada a la comisionada de policía, que se encontraba a unos pocos metros. Ricard estaba hablando en voz demasiado alta.

—¡No me hagas callar! Te pagaré lo que sea, Adamat. ¡Pero averigua quién lo hizo!

—Cálmate, Ricard. Te ayudaré. Por supuesto que lo haré.

No había elección posible. Ricard los había ayudado muchísimo a él y a Faye a lo largo de los años. Y ahora, contra su voluntad, Adamat se volvía a ver arrastrado hacia la refriega.

Capítulo 26



Taniel y su grupo de rifleros y de magos de la pólvora entraron en el bosque de Brea Negra bajo el amparo de la oscuridad. Ante la posibilidad de que los esperara una emboscada, avanzaron por el camino con dos hombres delante del grupo en todo momento, para hacer saltar cualquier trampa que pudiera haber.

Taniel sentía una presión en el pecho que lo instaba a avanzar. Aún no se habían topado con ningún cadáver pequeño y pecoso que, ya roto, hubieran abandonado para que se pudriera junto al camino. Kapoel aún podía seguir con vida. Tenía que seguir con vida. Seguramente la necesitaban con vida. De otra manera, la habrían matado durante el ataque al campamento adrano, lo que habría dado fin a todo el asunto. Eso lo aterrorizaba casi tanto como encontrarla muerta.

Cuando alcanzara a aquellos perros keseños, les metería una bala en los sesos a todos y a cada uno de sus Privilegiados. Ahorcaría a los granaderos con las cintas de sus propias botas. La furia lo hizo avanzar más aún, mientras que, en el fondo de su mente, una voz le advertía que estaba presionando demasiado.

No le hizo caso. ¿Y si los Privilegiados no podían matarla? Tal vez se había protegido a sí misma con la misma hechicería con que lo había protegido a él, por lo que se verían forzados a retenerla como prisionera hasta que pudieran deshacer sus guardas.

Pero eso no la hacía inmune al dolor. ¿A qué clase de tortura la someterían?

Tenía que recuperarla.

—¡Taniel!

La voz de Vlora le atravesó los pensamientos como la picadura de una avispa.

—¿Qué sucede?

—Debemos detenernos.

—¿Ya? —Parpadeó para humedecerse los ojos, secos de cabalgar contra el viento constante—. Gavril, ordena que nos detengamos. Haremos rotar a los hombres.

Durante los últimos dos días, habían cabalgado con dos hombres adelantados en busca de trampas, y los iban rotando cada hora. Gavril se llevó los dedos a la boca y lanzó un silbido para que la vanguardia retrocediera hasta su posición.

—No —dijo Vlora. Acercó su caballo y bajó la voz—. Debemos detenernos para dormir. Es un milagro que ninguno de los animales haya tropezado en la oscuridad. Los hombres están exhaustos.

—¿Oscuridad? Aún hay bastante luz.

Gavril les dijo unas palabras a los hombres y se acercó a ellos.

—Estás en un condenado trance de pólvora —dijo—. Y lo estás desde hace demasiado tiempo. No distingues el día de la noche.

—¿De qué estás hablando? —Taniel se restregó los ojos y por primera vez sintió la tensión de sus hombros y el dolor de sus piernas. Tal vez ya hubiera anochecido—. El sol debe de haberse puesto hace un rato.

—Es casi medianoche —dijo Vlora suavemente.

Había preocupación en sus ojos, y eso hizo enfurecer a Taniel. ¿Qué le importaba? Consideró reprenderla y ordenar a los hombres que siguieran avanzando, pero echó una mirada al grupo y vio que todos estaban rígidos, con cara de sueño.

—Acamparemos aquí —dijo—. Norrine y Flerrier, haced la primera guardia. Yo haré la segunda. Vlora y Doll, la tercera. Seguiremos avanzando al amanecer.

Desmontó de tal manera que su caballo se interpusiera entre él y Vlora, y se alegró de oírla alejarse al trote. Solo había asignado magos de la pólvora para las guardias, una técnica que había aprendido de su padre para las misiones más pequeñas. A pesar de que los magos eran oficiales de rango, necesitaban dormir menos que los soldados regulares.

Pasaron veinte minutos hasta que terminó de almohazar a su caballo. Acampó un poco alejado del resto de los hombres. Preparó una pequeña hoguera con unas ramas secas y la encendió con un fogonazo de pólvora. Acercó las manos a las llamas para intentar quitarse el dolor de los dedos, arrepentido por los tres días seguidos de aferrar con fuerza las riendas.

Aún sentía la presión dentro de la caja torácica, como un animal salvaje intentando zafarse. Su propio agotamiento no era más que una sombra en el fondo de su mente, y dudaba de que lograra dormir hasta que Ka-poel quedara libre.

—Norrine y Doll han explorado un poco el lugar —dijo Gavril mientras emergía de la oscuridad del bosque sin hacer ruido y se sentaba junto a Taniel—. No hay nadie esperando por el camino. No hay peligro, así que podemos hacer fuego. —Echó una mirada irónica a las llamas sobre las que Taniel aún sostenía las manos.

A Taniel se le secó la garganta. Por el abismo, ¿qué diría Tamas al respecto? Se suponía que Taniel estaba al mando. Él debería haber enviado a los exploradores, hablado con los centinelas y finalmente haberles dicho a los hombres que podían encender sus fogatas.

—Gracias —gruñó.

—No hay de qué. —Gavril se movió hasta ponerse cómodo, con la espalda apoyada contra un tronco, y sacó una petaca del bolsillo de su chaleco—. ¿Un trago?

—No.

Gavril bebió un sorbo.

—¿Has comido algo hoy?

—Por supuesto. —Taniel no lo recordaba. Las últimas doce horas parecían un recuerdo lejano, un sueño ya casi olvidado.

Gavril sacó un paquete envuelto en papel y se lo arrojó sobre el regazo. Parecían raciones de marcha.

—Estoy bien —dijo Taniel intentando devolvérselo.

—Come, cabrón testarudo. Por Adom, ¿quién te crees que eres? ¿Tu padre?

Taniel se tragó una respuesta y desenvolvió la carne y las galletas secas. Iba por la mitad de la ración cuando se dio cuenta de que, con su comentario acerca de Tamas, el enorme líder de la Guardia había generado la respuesta exacta que quería. Taniel se sorbió la nariz y trató de fingir que no acababa de ser manipulado.

—No sabes nada sobre mi padre.

Gavril pareció ahogarse. Rodó hacia un lado y comenzó a toser.

—Ah, por el abismo, se me acaba de ir ron fatrasto por la nariz.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Taniel ofuscado. Tenía un vago recuerdo de que alguien le había comentado que Gavril había servido con Tamas. Esa conversación podía haber tenido lugar hacía unos meses, pero parecían haber pasado años.

—He dicho que se me ha ido el ron por la nariz.

—No, me refiero a cuando dije que no sabes nada sobre mi padre.

—Nada, nada. En otro momento.

Gavril se quedó en silencio. Taniel siguió comiendo la ración de marcha, tragando mecánicamente las galletas duras, que carecían de todo sabor. Gavril lo observaba comer. El efecto era bastante perturbador, sobre todo por tratarse de semejante gigantón.

—¿Quieres un poco? —preguntó Taniel.

—He comido hace algunas horas —dijo Gavril, y bebió otro sorbo de

la petaca. Su mirada se posó sobre la pequeña fogata.

Taniel terminó la comida y se puso a buscar su cantimplora. Gavril le volvió a ofrecer la petaca y Taniel la aceptó. El ron le quemó la garganta y le dejó un regusto un tanto dulce.

—¿Dónde te hiciste esa cicatriz?

Las cejas de Gavril se arquearon por un momento y luego miró su muñeca descubierta. Una línea rosada le atravesaba el enorme antebrazo y terminaba en el dorso de su mano. Agitó la manga de la chaqueta para que se la cubriera.

—Eres demasiado severo con tu viejo —dijo.

—¿Disculpa?

—Es un desgraciado muy duro, pero ha intentado ser un buen padre.

—Realmente no es asunto tuyo. —Taniel sintió que las mejillas se le sonrojaban.

Gavril levantó las manos en un gesto apaciguador.

—Perdona, perdona. Solo hacía una observación.

Se quedaron unos minutos en silencio. La ira de Taniel se fue aplacando. La sensación placentera de tener el estómago lleno hizo que le pesaran los ojos, y se permitió tener la esperanza de que tal vez lograra descansar un poco.

—¿Estuviste en campaña con él? —preguntó Taniel—. ¿En Kez? ¿Detrás de las líneas enemigas?

—Sí —respondió Gavril.

—¿Fue difícil?

Gavril se quedó en silencio durante un rato. Taniel miró su perfil, y se dio cuenta entonces de que Gavril había perdido al menos diez o doce kilos desde lo del Pico del Sur, hacía ya varios meses. Tenía una cicatriz nueva en la mejilla derecha, en la que, a juzgar por el modo en que se le estaba desvaneciendo, había intervenido hechicería sanadora. También se le veían los restos de unas contusiones ya curadas alrededor de ambos ojos.

—Así es —respondió Gavril finalmente—. Tuvimos que sacrificar a los caballos para comer. Nos persiguieron los coraceros keseños. Juntábamos la pólvora y comida de los hombres para poder racionarla lo mejor posible. Tuve que ejecutar a un soldado porque resultó que había robado raciones para dos semanas.

Sonaba como las historias que Taniel había oído de su padre sobre las campañas gurlas. Salvo por el hecho de que esas habían sucedido hacía décadas, a medio mundo de distancia. Lo de Gavril había sucedido en pleno corazón de los Nueve.

—¿Te puso Tamas al mando?

Gavril se encogió de hombros.

—Claro. Necesitaba a alguien como yo. Cuando estás en la Guardia

de la Montaña, te cruzas con lo peor de la humanidad. Convictos, deudores, ladrones e idiotas. Por el abismo, tú los recuerdas. No son los mejores de Adro, ni mucho menos. Si podía mantener a raya a aquel grupo, podía mantener en movimiento a la infantería de Tamas con una mano y manejar a los exploradores y a la caballería con la otra.

—Pero nunca alardearías sobre eso —dijo Taniel resoplando.

—Un alarde es algo que tienes que mantener con los puños. —Gavril levantó una mano del tamaño de un jamón—. Allí podía dejar que los resultados hablaran por sí mismos. —Se le subió la manga y la larga cicatriz volvió a quedar a la vista. Gavril se la miró un momento y dijo —: Esta me la hicieron los keseños. Llevaban uniformes adranos y yo estaba explorando demasiado adelantado al cuerpo principal del ejército. Me atraparon, me dieron paliza tras paliza y me llevaron a Alvación. Y allí es donde realmente se ocuparon de mí. —Se levantó la camisa y le mostró varias cicatrices que le atravesaban el abdomen—. Me rompieron la muñeca cuando me negué a darles la información que querían. El hueso me atravesó la piel. Por Dios, no lanzaba alaridos como esos desde que era niño, cuando un carro me pasó por la pierna.

—¿En Alvación? —preguntó Taniel. A la vuelta de la negociación, había pasado un tiempo con Olem, el guardaespaldas de Tamas, y este le había contado algunas cosas sobre la desastrosa odisea de la Séptima y de la Novena a través de Kez y de Deliv—. ¿Esto es algo reciente?

—Los sanadores Privilegiados de Deliv son muy buenos en lo que hacen. Les pedí que me dejaran las cicatrices. Me dan más historias para contar. —Hizo una pausa—. Me enteré de lo de Bo. Si lo pueden llevar a los sanadores delivíes a tiempo, quedará prácticamente ileso.

No con la pierna prácticamente mutilada como le había quedado. Y ese era un gran “si”. Taniel sintió que se le atragantaba la voz.

—¿No consideras responsable a Tamas?

—¿De qué? —Gavril eructó sonoramente y le dio otro sorbo a la petaca.

—De que te capturaran los keseños. Te torturaron.

—Vamos a dejar algo en claro —dijo Gavril, y el rostro se le oscureció—. El único responsable de que me capturaran los keseños soy yo. Y cuando eso sucedió, Tamas fue a por mí. Llevó a sus hombres por el abismo e hizo un trato con una antigua amante despechada para recuperarme. Muchacho, yo dejé varias amantes despechadas y déjame decirte que hacer las paces con una de ellas puede ser más difícil que mover una montaña. Sobre todo para un hombre tan orgulloso como Tamas.

A Taniel le sorprendió el comentario. Abrió la boca para responder, pero Gavril lo interrumpió.

—Durante mi vida, he responsabilizado a Tamas por muchas cosas. Es culpable de algunas de ellas, pero de la peor de todas..., bueno,

déjame decirte que de esa es inocente. Además, que me atraparan los keseños me dio la oportunidad de hacer algo que nunca pensé que llegaría a hacer en la vida.

—¿El qué?

—Le escupí el rostro al hombre que asesinó a mi hermana.

El sonido de una rama que se partía llamó la atención de Taniel hacia una silueta en la oscuridad. Entrecerró los ojos y se dio cuenta de que el trance de pólvora comenzaba a pasársele. Un momento después, Vlora salió a la luz.

—¿Me das un minuto, Gavril? —preguntó ella en voz baja.

Gavril lanzó un gran suspiro y se puso de pie.

—De todas maneras, tengo que mear —murmuró, y se alejó hacia la oscuridad.

Vlora no se sentó en el lugar de Gavril, sino frente a Taniel, del otro lado de la fogata. Taniel miró las llamas. Sentía la mirada de ella sobre él, tanteando en las profundidades de su mente como un sexto sentido. Esa sensación le trajo recuerdos de sábanas finas y habitaciones a oscuras. Muy a su pesar, las mejillas comenzaron a calentársele.

Tomó una ramita y movió las brasas.

—¿Qué quieres?

—Hablar —respondió ella suavemente.

—Bien, adelante —gruñó él.

—Yo...

—¿A qué has venido? —la interrumpió Taniel, impaciente. La necesidad de salir al galope tras Ka-poel finalmente había encontrado su medio de escape, y sus palabras brotaron con mucha más energía de la esperada. En los otros campamentos se alzaron algunas cabezas—. ¿Por qué insistes en perseguirme? —preguntó bajando la voz.

—¿Perseguirte? —Vlora estaba desconcertada—. He venido a ayudarte.

—¿Por qué? ¿Acaso te ha enviado Tamas? No, no lo creo. Él habría preferido contar contigo para la próxima batalla contra Kez. Tú y yo somos sus mejores francotiradores; no te enviaría lejos en un momento crítico como este.

—Yo pedí venir.

Taniel se inclinó hacia delante hasta que sintió el calor del fuego en el rostro.

—¿Por qué? —¿Eran lágrimas sin derramar lo que le veía en los ojos? No importaba. Él necesitaba una respuesta. De pronto, todo lo demás que había en su pequeño mundo pareció perder importancia—. Somos amigos desde que éramos niños. Fuimos amantes. Tú me arrancaste el corazón y lo arrojaste al suelo —dijo gesticulando con violencia—. ¡Le echaste un poco de sal y lo pusiste al fuego! —Le pareció oír una risita que provenía del bosque, pero no le prestó

atención—. ¿Por qué te burlas así de mí?

El rostro de Vlora pareció derretirse y volver a tomar forma; su dolor desapareció y fue reemplazado por una determinación férrea. Apretó la mandíbula y tensó las mejillas. Taniel percibió su lucha interna del mismo modo en que un marinero percibe la tormenta inminente.

—¿Tú crees que quise quedarme sola durante dos años? Hasta esa misma noche en que me encontraste, tú habías sido mi único amante. Bo me besó una vez, cuando éramos jóvenes, pero no permití que pasara de eso.

—¿Que Bo qué? —Taniel sintió como si estuviera cabalgando sobre un caballo que acababa de perder una herradura.

Ella siguió hablando por encima de su perturbación.

—No tuve otro amante, pero oía los rumores. Taniel Dos Tiros. Héroe de la Guerra de la Independencia de Fatrasta. Que mataba Privilegiados keseños a diestro y siniestro. Que cortejaba a cientos de mujeres. Atendido día y noche por una pequeña hechicera salvaje.

—Nunca te fui infiel.

—Eso no es lo que oí.

—¡Mentiras! Yo te vi en los brazos de otro hombre. ¡Con mis propios ojos!

—¡Lo siento!

Taniel se lanzó hacia delante, impulsado sobre las llamas por su propia furia, pero se detuvo.

—¿Qué?

A Vlora se le dilataron las fosas nasales.

—Es la tercera vez que intento decírtelo. Fue un horrible error. Que fueras a Fatrasta. Que yo me llevara a ese imbécil a la cama. Un error, tras otro, tras otro.

Lentamente, Taniel regresó a su saco de dormir. Una parte de él quería correr hacia ella, tomarla en sus brazos y consolarla, pero sabía que eso... complicaría las cosas. Habían terminado y no había nada que fuera a cambiarlo. Aún tenía a Ka-poel. “Si aún está con vida”.

“Cree que le estoy mintiendo”. El pensamiento lo abatió como un rayo cayendo de un cielo despejado. “Cree que Ka-poel y yo fuimos amantes durante los últimos dos años”.

—Vlora —le dijo. El nombre le sonaba extraño en los labios, después de meses de negarse a decirlo—. Ka-poel y yo. Es algo muy reciente... —se quedó en silencio—. Solo quiero recuperarla.

—La recuperaremos —dijo Vlora.

¿Acaso era su forma de disculparse? ¿Una especie de autosacrificio?

—¿Por qué? —Necesitaba saberlo.

—Porque aún te quiere, estúpido.

La voz de Gavril llegó desde la oscuridad, a la izquierda de Taniel. Él

se dio cuenta de que era su risita la que había oído antes. Taniel se levantó de golpe y buscó su espada, decidido a partir al sujeto en dos.

Vlora fue más veloz. Saltó hacia la oscuridad, arrastró a Gavril hasta el fuego y, a pesar de que él la doblaba en tamaño, lo arrojó al suelo como a un niño. Tenía la mandíbula apretada de ira.

Gavril se retorció en el suelo. Taniel tardó un momento darse cuenta de que el otro se estaba riendo con tanta fuerza que le caían lágrimas. Vlora le apoyó una bota en las costillas; eso hizo que se le escapara un "Uff" y más carcajadas.

—¿Qué te hace tanta gracia, gordo desgraciado?

Lo tomó del pelo y lo levantó hasta que el otro quedó de rodillas. Sus carcajadas se interrumpieron. Un brillo peligroso le apareció en los ojos.

—Vlora… —Taniel dio un paso adelante, listo para interponerse entre ellos.

—Así que te gusta meter las narices en los asuntos de los demás, ¿no es así? —le dijo Vlora a Gavril al oído—. Bien, ¿qué te parece esto? Taniel, este imbécil peludo es tu tío. No te lo dijo en el Pico del Sur porque estaba avergonzado de ser el borracho de la Guardia de la Montaña, y no te lo dice ahora porque…, bueno, no sé por qué. —Pateó a Gavril en la parte baja de la espalda y se perdió en la oscuridad.

Gavril logró detenerse junto la pequeña fogata y, con destreza, rodó y se puso de pie. Se secó las lágrimas de risa de los ojos y miró marcharse a Vlora. Luego se volvió hacia Taniel, le esbozó una sonrisa torcida y le ofreció la petaca.

—¿Un trago?

—¿Mi tío? ¿Mi condenado tío? —preguntó Taniel.

Gavril hizo una media reverencia.

—Jakola de Pensbrook a tu servicio, sobrino.

Capítulo 27



Adamat se estremeció ante el recuerdo de la última vez que había estado en el Palacio del Horizonte. Hacía más de seis meses, el mariscal de campo Tamas lo había mandado llamar en medio de la noche para que investigara las últimas palabras de los miembros de la camarilla real adrana. Los jardines del gran palacio estaban a oscuras y desprovistos de guardias, lo que le había provocado una gran inquietud que lo atravesaba incluso ahora. Tuvo que admitir que la inquietud de ese momento quizá fuera distinta.

Lord Claremonte era el patrón del difunto lord Vetas. Y cualquiera que empleara a semejante monstruo debía de serlo también. Cada fibra de su ser le decía que se diera la vuelta y huyera, que regresara a su hogar y cerrara la puerta con llave y nunca volviera a admitir un trabajo en la ciudad, y al abismo con Ricard y Tamas y Claremonte y todos los involucrados en aquella danza mortal.

Pero le había hecho una promesa a Ricard, así que se alisó la chaqueta y se pasó una mano por el ala del sombrero.

Buena parte de los jardines estaba repleta de malas hierbas por no haber recibido atención alguna durante el verano. En la finca había apostada toda una legión de centinelas con los colores de la Sociedad Mercantil Brudania-Gurla. El carruaje de Adamat recorrió todo el camino de entrada, pasó por delante de las enormes puertas plateadas y de la fachada principal del palacio. Luego giró en una esquina y se dirigió a la entrada de los sirvientes.

Adamat bajó del carruaje a la vez que la comisionada de policía y tres oficiales descendían del de ellos. La comisionada saludó a Adamat con el sombrero, fue hasta unas puertas dobles de aspecto bastante ordinario y llamó dos veces.

La puerta se entreabrió. Se intercambiaron algunas palabras y luego

la comisionada entró seguida por sus oficiales. Adamat los siguió.

—Mantente cerca —le dijo Adamat a SouSmith mientras este descendía del carruaje detrás de él—. No confío para nada en Claremonte. —Apretó el paso para alcanzar a la comisionada—. ¿Qué abismos está haciendo Claremonte aquí? —le preguntó.

—Se presenta como primer ministro de Adro —respondió la comisionada Hewi con expresión seria.

Hewi era una mujer de ojos sagaces y voz suave. Llevaba el pelo castaño claro recogido cuidadosamente debajo de su pequeño sombrero, y su vestido de día se veía tanto práctico como elegante. Había sido nombrada por el Rey de Hierro no mucho antes de su muerte y había sido, según los rumores, una de las primeras personas en enterarse del golpe de Estado. Se decía que, al oír que el hijo del Rey de Hierro sería ejecutado, sus palabras habían sido “Pues ya era hora”.

—Me refiero a aquí. En el palacio.

—Se lo ha alquilado a la ciudad —respondió Hewi—. Aquí es donde alberga a sus soldados y Privilegiados.

—¿Y nosotros se lo permitimos?

—El tesorero estuvo de acuerdo, por lo que he oído —dijo Hewi—. Es preferible eso a que el lugar permanezca vacío. Claremonte está pagando una suma astronómica para usar el edificio y la finca, y la ciudad necesita el dinero.

—Me sorprende que Tamas no haya echado abajo el lugar —dijo Adamat.

—A mí no. Es parte de nuestra herencia cultural. Tiene más de cuatrocientos años. Muchos de los muros y los techos son obras de arte en sí mismos. Creo que Tamas tiene mejor criterio que destruir todo eso por pura maldad.

Adamat admitió para sí que la comisionada tenía razón en parte. Mientras pasaban por las cocinas, notó que hasta las paredes de aquellos enormes recintos estaban cubiertas de murales coloridos.

—Aun así —agregó Hewi—, Tamas hizo trasladar la mayor parte de las obras de arte y de los muebles a la galería nacional. Por lo que ha oído, algunas piezas se vendieron para pagar deudas. El resto se exhibirá al público. Creo que es algo loable.

—Hubiera pensado que era mucho más seguro destruir todo vestigio de la nobleza.

—Claro. Se ve que Tamas es algo más que solo pragmático. ¿Quién lo habría pensado?

Dejaron atrás la cocina y subieron al piso principal por la escalera de servicio. Adamat había oído decir que los pasadizos que había detrás del palacio eran un laberinto en sí mismos, pero aquella era la primera vez que los visitaba. Giraron tantas esquinas, guiados por uno de los sirvientes de Claremonte, que Adamat se imaginó que cualquier

persona que no contara con su Don se perdería allí dentro. Se detuvo con frecuencia para pedirle a SouSmith que siguiera avanzando, para que el boxeador no se distrajera mirando las obras de arte.

Pasaron por decenas de habitaciones, y cada una parecía más grande que la anterior, con más molduras de oro y más frescos coloridos. Algunas tenían una chimenea que cubría toda una pared. La mayoría tenía las cortinas cerradas, lo que las dejaba a oscuras, y cuanto mueble quedaba había sido cubierto con telas blancas para mantener a raya el polvo.

De pronto, el sirviente se hizo a un lado y les señaló una puerta.

Hewi y sus oficiales entraron. Adamat se detuvo un momento y se preguntó si había algún significado en el hecho de que Claremonte los hubiera hecho usar las habitaciones de servicio en lugar de los salones enormes con sus puertas inmensas. ¿Era para hacerles saber que estaban por debajo de él, tal vez?

Adamat miró a SouSmith para darse coraje y entró.

—¡Bienvenidos, bienvenidos!

La voz de Claremonte rebotó contra el techo abovedado. El salón tenía unos nueve metros por doce. A diferencia de los otros salones que habían pasado, aquel estaba decorado completamente en plata; pintura metálica en las paredes, molduras de plata. Las dos chimeneas que había en el lugar estaban hechas de un mármol cuyos grises claros y oscuros combinaban con las paredes. En el techo había un mural en el que se veía a un antiguo héroe haciendo un trato con un ser celestial de dos caras.

Brude. Era lógico que Claremonte eligiera un salón vigilado por el santo patrono de Brudania.

Claremonte llevaba una bata sobre un pijama de seda, a pesar de que ya eran pasadas las nueve de la mañana. Estaba sentado cómodamente en un sillón de orejas, junto a una de las ventanas que daba al jardín, con una copa en una mano y un periódico en la otra. Se puso de pie mientras se acercaban y repitió su bienvenida.

—Disculpad si aún no estoy vestido, comisionada. Anoche nos quedamos hasta tarde trabajando en un discurso de campaña para una reunión que tengo esta tarde con la Sociedad de Jardines Públicos.

Hewi extendió una mano.

—Gracias por permitirnos venir con tan poca antelación.

—No es ningún problema. Ah, inspector Adamat. Buenos días, señor.

—Buenos días —dijo Adamat con cierta rigidez. Una gota de sudor le bajó por la nuca.

—¿Cómo están vuestros adorables esposa e hijos?

Adamat se obligó a esbozar una sonrisa tensa. Ir había sido un terrible error.

—No sabía que conocíais al inspector —dijo Hewi—. ¡O a su familia!

—El inspector se encontraba entre aquellos que me recibieron al llegar a la ciudad —dijo Claremonte con una sonrisa magnánima—. Y solo conozco a su esposa por su reputación.

A cualquier otra persona, la sonrisa de Claremonte le habría parecido cortés. Para Adamat, estaba cargada de burla. Claremonte extendió la mano hacia él.

—Disculpad si no os doy la mano —logró decir Adamat.

—Por supuesto. —Las palabras salieron como un ronroneo—. Hewi… ¿puedo deciros “Hewi”? Hewi, no puedo más que suponer que habéis venido a preguntarme acerca del desafortunado incidente con Ricard Tumblar de ayer.

—Así es —dijo la comisionada.

—Quiero aseguraros que no tuve nada que ver con eso. —Claremonte regresó a su silla, junto a la ventana, y se dejó caer con gracia sobre ella, con la bata ondeando—. ¿Os puedo ofrecer un desayuno? ¿Huevos? ¿Café? ¿Galletas?

—Nada, gracias —dijo Hewi—. Entendéis que necesitaremos revisar vuestros registros, ¿verdad? Este caso tendrá un perfil muy alto. Os presentáis contra el señor Tumblar para primer ministro de Adro. Tenéis los medios y el motivo.

—Lo entiendo. Vuestros hombres tienen toda la libertad de ver mis registros y de interrogar a mis empleados. Siempre y cuando eso no interfiera con mi campaña, por supuesto.

—Haremos todo lo posible para que la investigación sea discreta.

—Muchísimas gracias.

Adamat paseó la vista por el salón una vez más en busca de cualquier detalle que se le pudiera haber pasado. Y también para intentar controlarse. Nadie que se preciara de buen inspector podía permitirse que lo dominaran las emociones.

Había otras tres sillas además de la que estaba usando Claremonte, pero él no le había ofrecido asiento a su visita. El sol refulgía por la ventana y proyectaba largas sombras en el suelo y en el interior de la pared, lo que dificultaba mirar directamente a Claremonte. ¿Ubicación estratégica o mera coincidencia?

Había algo en eso que molestaba a Adamat. No lograba darse cuenta de qué se trataba.

Adamat llegó a la conclusión de que era ubicación estratégica. Alguien como Claremonte no hacía nada de manera accidental. Lo que significaba que el pijama también quería decir algo. ¿Ostentar una indiferencia despreocupada? ¿Faltarles al respeto?

—Lord Claremonte —dijo Adamat interrumpiendo algo que Claremonte estaba diciendo—. ¿Podéis darnos algún motivo por el que no quisierais ver muerto a Ricard?

Claremonte pareció desconcertado.

—Por supuesto, varios. En primer lugar, atentar contra la vida del señor Tumblar y fallar solo serviría para elevar su apoyo popular.

—O para dejar al descubierto las debilidades de vuestro oponente.

—Tal vez, pero le cae muy bien a la gente. Por otra parte, si él hubiera muerto, su segundo ministro habría dado un paso al frente para tomar su lugar. Y no tengo ningún deseo de competir contra un héroe de guerra como Taniel Dos Tiros. No con todos los rumores que circulan sobre que mató a un dios e id a saber cuántos más sinsentidos. Tiene un culto de adoración entre la gente, casi tan numeroso como el de su padre.

“¿Pero daría un paso al frente?”, se preguntó Adamat. Decidió no preguntárselo en voz alta para no darle ninguna idea a Claremonte.

—Entonces, ¿consideráis que tenéis más probabilidades de ganar si Ricard está vivo?

—Sí. Vivo y entero. —Claremonte meneó la cabeza con tristeza—. Sin importar quién haya sido el responsable, una parte de la opinión pública sin duda me culpará a mí. Preferiría que el incidente nunca hubiera pasado. En este momento estoy en una muy buena situación: tengo una muy buena percepción pública y me están llegando simpatizantes en manada. Acabo de recibir un respaldo increíble. Falta poco más de un mes para las elecciones; un incidente como este atentado, que podría desestabilizar la percepción pública, solo puede perjudicarme.

—¿Puedo preguntar quién os brindará su respaldo?

—Os enteraréis en unas semanas con el resto de Adro. Se trata de mi mejor carta, si me permitís el comentario. Prefiero que no se corran los rumores demasiado pronto.

—Ya veo. Lamento la interrupción, comisionada —dijo Adamat, y se quedó en silencio.

Hewi miró a Adamat un momento. Luego se volvió hacia Claremonte y le hizo una serie de preguntas estándares. A Adamat le alegró notarla un poco más severa en su interrogatorio de lo que se habría mostrado antes de la destitución de Manhouch. Los amigos que aún tenía en la policía le habían comentado que las investigaciones eran muchísimo más fáciles ahora que inclinarse ante la nobleza había dejado de ser parte del trabajo.

Adamat escuchó las preguntas durante varios minutos. Luego se escabulló por el frente del salón hacia el gran vestíbulo del ala norte del Palacio del Horizonte. Necesitaba aclarar la mente. Había algo en aquel salón que le molestaba. Lo acechaba en las lindes de su consciencia, justo fuera de su alcance.

Caminó por el vestíbulo oyendo el chasquido de su bastón contra el suelo y los pasos pesados de SouSmith detrás de él. Además de esos

sonidos, el vestíbulo se encontraba en perfecto silencio. Era algo extraño, pues la mayor parte de los cinco mil hombres de Claremonte se encontraba en la finca. Se hubiera imaginado que habría más actividad.

Un leve sonido le llamó la atención. Comenzó a seguirlo. Pasó por delante de tres salas de estar vacías y llegó a una cuarta, donde una serie de leves arañazos resultó ser más de cincuenta plumas escribiendo al mismo tiempo. Una recepción había sido convertida en una oficina administrativa. Había varias decenas de hombres sentados en escritorios, trabajando con aplicación mientras un supervisor se iba paseando por entre las filas, inclinándose ocasionalmente para susurrarle algo a alguno de los empleados.

Adamat continuó explorando aquella ala del palacio. Encontró dos salas más atestadas con empleados de Claremonte, y otra con equipamiento para imprimir. Las imprentas estaban todas frías y vacías, pero debían de haber sido utilizadas hacía poco; la sala había sido cubierta con algodón para aislar el sonido. Había miles de periódicos secándose, colgados de unas cuerdas que atravesaban el techo abovedado.

Imprimía su propio periódico, y además le había comprado las imprentas a la competencia de Ricard. Muy astuto.

—Claremonte parece muy confiado —comentó Adamat, y sus palabras resonaron por el vestíbulo.

—Sí —respondió SouSmith—. Demasiado confiado.

—No me agrada. ¿Has oído algo sobre su nuevo respaldo?

SouSmith meneó la cabeza.

—La gente habla. Algunos lo aprecian. Algunos lo odian. No hay nada seguro.

Bueno, eso no era de mucha utilidad. Adamat tamborileó con los dedos sobre el mango de su bastón.

—¿Hay algo que te haya parecido extraño sobre el propio Claremonte?

SouSmith se encogió de hombros.

—Parece agradable. —Se sonó los nudillos, el sonido resonó por el vestíbulo, y una expresión oscura le atravesó el rostro. Lord Vetas había matado al sobrino de SouSmith, y SouSmith nunca lo olvidaría. De pronto, Adamat se dio cuenta de que haber llevado al boxeador podía no haber sido la mejor idea.

Por supuesto, si atravesaba una pared con la cabeza de Claremonte, seguramente le facilitaría la vida a todo el mundo.

—Hay algo... —Adamat se quedó en silencio mientras regresaban a la sala de estar plateada. El sirviente de Claremonte los miró con desconfianza, pero no preguntó dónde habían estado.

—Ah, allí está —dijo Hewi—. Ya nos íbamos, inspector. —Señaló la

puerta con su sombrero, impaciente.

—Disculpad, comisionada —dijo Claremonte—, pero ¿podría hablar un momento a solas con Adamat?

Hewi asintió con la cabeza y salió. Adamat sintió que el corazón le latía un poco más deprisa. ¿A solas? ¿Con Claremonte? La tentación de descerebrarlo con el bastón podría resultarle irresistible. Asintió con la cabeza a SouSmith y se quedó a solas con lord Claremonte.

—Inspector —dijo Claremonte—. Espero que cualquier hecho desagradable que pueda haber ocurrido entre nosotros pueda permanecer en el pasado.

Adamat se mordió la lengua. “¡Vuestro empleado secuestró a mi esposa y a mi familia! ¡Los torturó de maneras impensables y causó la muerte de mi hijo! Os veré muerto”.

—Como digáis —dijo recordando una de las frases que solía usar cuando se veía involucrado en alguna conversación incómoda con un noble.

—No perdáis tiempo conmigo, inspector. Yo no intenté matar al señor Tumblar. No sé quién fue. Os ofrecería mi ayuda con la investigación, pero no creo que la vayáis a aceptar.

—Ya veremos —dijo Adamat imitando el tono condescendiente de Claremonte—. Gracias por el consejo.

Claremonte se puso de pie de un salto y atravesó el salón hasta llegar junto a Adamat. El sol brillaba detrás de él; Claremonte quedó rodeado por un halo brillante que obligó a Adamat a desviar la mirada.

—Si yo quisiera muerto al señor Tumblar, Adamat, él habría muerto —dijo Claremonte con un susurro.

—A menos que vuestros hombres la hayan cagado.

Claremonte resopló.

—Por supuesto. Sois un hombre muy desconfiado, inspector. Ojalá que eso no os lleve a la tumba antes de tiempo.

Claremonte le dio la espalda para alejarse, y Adamat sintió la gran tentación de darle un bastonazo. Con un golpe bien dado podría dejarlo paralítico, y luego podría estrangularlo antes de que alguien regresara al salón.

En cambio, intentó pensar alguna respuesta aguda. No se le ocurrió nada, por lo que se reunió con Hewi, SouSmith y los oficiales de Hewi en el salón de servicio.

—¿Qué quería? —preguntó Hewi.

—Nada importante —murmuró Adamat.

Los volvieron a guiar por el laberinto de puertas y pasillos hasta el lateral del palacio. Adamat se metió en su carruaje. Se movió abruptamente cuando SouSmith se subió y se sentó junto a él. Adamat golpeó el techo con el bastón, pero el carruaje no se movió.

—Inspector —dijo Hewi acercándose a la ventana—. Deberíais

alejaros de Claremonte.

“Debería. Pero no lo haré”.

—Tengo trabajo que hacer, comisionada. Con el debido respeto.

—Y con el debido respeto, alejaos. Claremonte no es la persona que buscamos.

—¿Cómo lo sabéis?

Hewi se echó el sombrero hacia atrás y se inclinó hacia la ventana. Le echó una mirada a SouSmith y le hizo un gesto a Adamat de que bajara. Se alejaron algunos metros del carruaje.

—Uno de los oficiales que vino conmigo es un Dotado —dijo ella en voz baja—. Lo mantenemos en secreto porque es muy difícil de percibir en el Otro Lado con el tercer ojo.

—¿Cuál es su Don? —preguntó Adamat.

—¿Me juráis que no se lo diréis a nadie?

Adamat asintió con la cabeza.

—Detecta mentiras. Sabe si alguien dice la verdad o si miente. Es una de nuestras armas secretas. Si se llegara a correr la voz, el Propietario sin duda lo mandaría matar.

Adamat lanzó un silbido.

—Y con buenos motivos. —Había oído hablar de Dotados así. Era uno de los Dones más valiosos del mundo, y era muy infrecuente. Adamat quería preguntar qué hacía el sujeto trabajando para una fuerza policial de Adopest cuando podía trabajar para algún rey y vivir como…, bueno, como un rey. Pero eso debería esperar—. ¿Y lo que me estáis diciendo es que Claremonte no mintió?

—Ni en una palabra. Lo amañó un poco cuando dijo que nos daría acceso a todos sus empleados, aunque eso no es ninguna sorpresa. Un hombre como él siempre tiene sus secretos. Pero no ordenó que mataran a Ricard.

Adamat se despidió de la comisionada, regresó a su carruaje y se dejó caer en el asiento con un suspiro.

—¿Algo importante? —preguntó SouSmith.

—Claremonte no es la persona que buscamos.

—Mmm.

—Eso mismo pensé yo. Ni siquiera sé por dónde abismos comenzar si no se trata de Claremonte. —Enseguida comenzaron a avanzar. Adamat repasó mentalmente la lista de enemigos conocidos de Ricard —. Tendremos que ir a ver a Ricard. Tengo que averiguar si Claremonte tiene tantas probabilidades de ganar como cree. Tal vez tengamos… —Adamat se quedó en silencio; acababa de recordar algo.

—¿Qué?

—También tenemos que ir a la biblioteca. Tendrá que esperar hasta mañana, pero… ¡por el abismo!

SouSmith arqueó una ceja.

—¿Sí?

—Acabo de darme cuenta de qué era lo que me estaba molestando tanto en el salón. Claremonte estaba sentado en la ventana, con el sol matutino detrás de él.

—¿Y?

—Y no tenía sombra.

Capítulo 28



—¡Mariscal de campo Tamas!

La voz retumbó a lo largo de la fila; a Tamas se le tensaron los hombros al reconocerla. Oyó el ritmo de unos cascos acercándose y el insulto ocasional de la infantería a causa del jinete que cabalgaba demasiado cerca de las líneas. Echó una mirada a un lado y vio a Olem girándose sobre la montura; no, como muchos podrían pensar, para averiguar quién se acercaba, sino para ver a qué soldados debería reprender por la noche.

Aquel no era el momento de tolerar una falta de respeto, ni siquiera hacia los enemigos de Adro.

—Buenas tardes, Beon —dijo Tamas cuando el jinete se detuvo junto a él.

—Mariscal de campo —dijo Beon. El tercero en la sucesión por el trono keseño tenía buen aspecto. Sus heridas habían sanado bien, gracias a los Privilegiados delivíes, y tenía las mejillas más redondas a causa de las semanas de inactividad y de la hospitalidad de Sulem—. Debo hablar con vos.

—Parece que ya lo estás haciendo —comentó Tamas.

Aún le picaba la herida de las costillas, a pesar de los sanadores de Sulem, y aún le parecía sentir el dolor agudo en lo profundo de su cuerpo, pero no sabía si eso era algo real o el ardor de la traición de un viejo amigo.

Beon tenía un rostro aniñado a pesar de estar llegando a la treintena: los efectos de la hechicería de la camarilla que le hacía mantener un aspecto joven a la familia real. Tamas consideró que las pálidas cicatrices producto de la batalla de los Dedos de Kresimir le servían para parecer más serio. Se quitó el sombrero y se secó la frente.

—En privado si fuera posible.

Tamas intercambió una mirada con Olem. El guardaespaldas esbozó una leve sonrisa.

—No hay mucha privacidad durante la marcha, sir Príncipe —dijo Tamas.

—Este es un asunto serio —insistió Beon—. Me enteré… —Se detuvo, miró hacia los soldados de infantería que marchaban cerca y bajó la voz—. Me enteré de que habéis rechazado a los mensajeros de mi padre. ¡Sin siquiera escucharlos!

—Alguien tiene la lengua floja, Olem.

—Me encargaré de eso —dijo Olem con gravedad.

Beon se puso rígido.

—No utilizo espías, ¡pero sí tengo orejas, señor! Vuestros hombres hablan entre ellos en voz alta y solo necesito prestar atención para enterarme de lo que sucede en el campamento.

—¿No estás de acuerdo? He llegado a la conclusión de que permitir que los hombres chismorreen es más beneficioso que el método keseño del silencio a fuerza de miedo. Mantiene la moral alta.

—Estáis eludiendo mi comentario.

—¿Lo de los mensajeros? Es cierto. No tengo nada que decirles ni nada que oír de parte de ellos. Ya sabes lo que hizo tu padre.

—¿Pero fue él? —preguntó Beon enérgicamente—. ¿Cómo podéis estar seguro?

—Tengo los cuerpos de treinta y siete granaderos en uniformes keseños, que llevaban mosquetes keseños, bayonetas keseñas, espadas keseñas y pólvora keseña. Tienen monedas de Kez en sus bolsas y llevan botas fabricadas en el sur de Kez. Son pruebas bastante contundentes.

—En general, os daría la razón, señor, pero…

—Pero ¿qué?

La ira de Tamas comenzó a encenderse de nuevo. Respetaba a Beon. Incluso hasta le caía bien, tan bien como podía caerle un miembro de la familia real keseña. Tenía talento como coracero y una mente aguda. No lo había considerado tan ingenuo.

Beon siguió hablando antes de que Tamas pudiera continuar.

—Pero no creo que mi padre hiciera algo así. ¿Por qué fueron hacia el oeste en lugar de hacia el sur? Si eran los hombres de mi padre, habrían huido directamente hacia las líneas keseñas después de arriesgarse a lanzar semejante ataque.

—Fueron hacia el oeste porque atacaron la retaguardia del campamento, y era mucho más fácil y rápido tomar el camino hacia el oeste y esquivar las brigadas que abrirse paso luchando contra ellas. ¿Y no crees que él hiciera algo así? ¿Tu padre, que autorizó el saqueo de Alvación con el fin de poner a Deliv en contra de Adro? ¿Tu padre, que, según tus propias palabras, es tan capaz de ejecutarte por no haber

podido detenerme como lo es de recibirte con los brazos abiertos después de una campaña desgarradora? —Tamas meneó la cabeza—. Explícamelo. Y usa palabras fáciles, pues me temo que no soy tan ágil de mente como tú en este asunto.

Beon le hizo una mueca que le recordó a Tamas el famoso mal temperamento de Ipille. ¿Acaso Beon se inclinaría hacia él y lo golpearía? ¿Y le dispararía Olem en el momento en que lo hiciera? Una parte de él quería averiguarlo. Pero aquel no era el momento.

—Esto no es Kez —dijo Tamas suavemente—. Y tú decidiste marchar conmigo en lugar de con los delivíes. Se te otorgará el debido respeto, pero aquí tu realeza no vale de nada, hijo de Ipille.

—Ni siquiera mi padre atacaría bajo bandera de tregua —dijo Beon después de un momento, masticando sus propias palabras como queriendo convencerse a sí mismo de que eran verdaderas.

—Yo creo que lo haría. Sé que lo hizo. Tú mismo puedes ir a ver los cadáveres de esos granaderos si quieres. Están en unos carromatos al final de la columna. Tengo la intención de arrojarlos a los pies de tu padre antes de arrojarlo a él en un calabozo e intercambiarlo por todos los kranas que haya en tu maldito país.

Beon se irguió y sus dedos se tensaron sobre el mango de un sable de caballería que no estaba allí.

—Vais demasiado lejos.

—Señor —dijo Olem en voz baja.

Tamas desvió la mirada de Beon el tiempo suficiente para observar a su guardaespaldas. Olem sostenía el cigarrillo cerca de sus labios con una mano, mirando con calma a Tamas sobre sus dedos.

Tamas sintió que su furia se apaciguaba.

—Tal vez tengas razón —le dijo a Beon.

—Entonces, ¡recibid a sus mensajeros! —dijo Beon—. Podéis evitar que se derrame más sangre.

—No, no. No tienes razón sobre tu padre. Tienes razón al decir que fui demasiado lejos, y te pido disculpas. Tu padre nos atacó bajo bandera blanca, probablemente sin saber que los delivíes se encontraban tan cerca. Pagará por ese crimen, aunque sospecho que será su gente la que pagará el precio, y no él. Que se derrame más sangre es algo inevitable.

Había algo que molestaba a Tamas. Ipille debía de haber sabido que las fuerzas delivíes estaban en camino. Debía de saber que Deliv ya había invadido Kez desde el noroeste. ¿Por qué se arriesgaría a lanzar semejante ataque contra el campamento adrano?

Cada vez que lo pensaba, llegaba a la misma conclusión: de alguna manera, Ipille se había enterado de la existencia de Ka-poel y del poder que ejercía sobre Kresimir, y lo había arriesgado todo para capturarla. Tal vez ahora estaba averiguando cómo despertar a Kresimir de su

letargo para que el dios pudiera destruirlo todo a su paso. ¿Acaso estaba tan desesperado? Las historias que Taniel le había contado sobre la noche en que robó las sábanas ensangrentadas de Kresimir le habían puesto los pelos de punta. ¿Cómo podía Ipille querer involucrarse con una criatura como ese dios desquiciado?

Tamas se preguntó brevemente si la camarilla real deliví sería capaz de presentar alguna clase de resistencia frente a tanto poder.

Aquella era información que Tamas no pensaba brindarle a Beon. En cambio, le dijo: —Los mensajeros de tu padre son una táctica dilatoria. Intentará retrasarme el mayor tiempo posible mientras trae refuerzos de Kez. No permitiré que eso suceda.

Beon cedió y se quedó mirando pensativo el cuerno de la montura. Tamas agradeció el silencio, y rogó que Beon permaneciera callado. Se preguntó cómo habría reaccionado Taniel al ver que le había enviado a Vlora y a Gavril. Había sido una decisión difícil, que podría hacer que Taniel se distrajera, pero tenía la esperanza de que la determinación de su hijo por salvar a su amante salvaje lo obligara a trabajar con Vlora. No había un dúo más letal en la camarilla de la pólvora que ellos, salvo por Taniel y el propio Tamas.

Tal vez Gavril podría mantenerles la cabeza fría.

Olem dirigió la atención de Tamas hacia una mensajera que galopaba junto a las líneas. Llevaba el uniforme azul y plateado de una dragona adrana. La mujer estaba cubierta de tierra y sudor. Tamas notó que tenía sangre en el cuello plateado de su chaqueta. Detuvo su caballo delante de él y le hizo un saludo militar.

—Se presenta la cabo Salli, de la Brigada Setenta y Nueve de Dragones, señor. ¡Señor, solicito un momento para recuperar el aliento, señor!

—Concedido —dijo Tamas intercambiando una mirada con Olem. Se suponía que la Setenta y Nueve estaba explorando la llanura del oeste. ¿Acaso los Privilegiados de la otra noche habían intentado atravesar la llanura y se habían topado con sus dragones? —General Beon, si me disculpas. —Tamas esperó hasta que el príncipe keseño retrocedió lo suficiente para quedar fuera del alcance del oído. Luego preguntó—: ¿Estás herida, soldado?

La cabo lo miró, inquisitiva, y se tocó el cuello de la chaqueta.

—Ah, ¿esto? No es mi sangre, señor. Pertenece a un coracero keseño.

Olem colocó su caballo junto al de ella y le ofreció la cantimplora. Ella la tomó agradecida, bebió la mitad del contenido de un sorbo y se mojó el rostro y el cuello antes de devolverla.

—Gracias, señor.

—¿Su informe? —preguntó Olem.

—Nos atacaron unos coraceros keseños hacia el norte de Galfelón.

Los superábamos dos a uno, pero lograron sorprendernos y hacer mella antes de que pudiéramos recuperarnos y derrotarlos.

—¿Cuántas bajas habéis sufrido? —preguntó Tamas.

—Ciento veintisiete muertos, trescientos doce heridos. Matamos ciento setenta y un enemigos y capturamos el doble, la mayoría de los cuales están heridos.

—Supongo que podría ser peor.

—Es peor, señor. Perdimos al coronel Davis.

Tamas maldijo. El coronel Davis era un comandante de caballería competente, aunque a veces careciera de un poco de visión.

—Galfelón queda hacia el norte. Maldición, ¿cómo es que nos rodearon? ¿Y qué abismos están haciendo tan al norte?

La cabo Salli meneó la cabeza.

—No estoy segura, señor. Me crucé con dos compañías de nuestros dragones mientras venía hacia aquí. La Treinta y Seis está muy maltrecha, y su mayor perdió a todos los mensajeros. Me dio un informe para usted. —Le entregó el documento a Olem—. También divisé más keseños a distancia, a unos trece kilómetros al noroeste de aquí. Parecían dragones, al menos un regimiento.

Tamas recibió el informe y le echó una mirada. Se lo devolvió a Olem.

—Aprovecha para descansar, cabo. Tendré las órdenes para la Setenta y Nueve listas en quince minutos.

La mensajera le hizo un saludo y siguió cabalgando junto a la fila. Tamas volvió a maldecir en voz baja.

—No puedo darme el lujo de perder más oficiales superiores. Averigua si hay alguno que valga la pena ascender en la Setenta y Nueve. Si no lo hay, busca un reemplazo en la lista que te di.

—Sí, señor —dijo Olem.

—Además, envía mensajeros a nuestros regimientos de dragones. Hazles saber que Ipille está intentando ganar la superioridad en la llanura. Debe de haber enviado hacia el norte todo lo que le quedaba de caballería al día siguiente de la negociación. Que estén atentos ante posibles trampas. Está intentando distraernos, y no se lo permitiré. Envíale un mensajero a Sulem para ver si puede prescindir de un par de miles de dragones para reforzar a los nuestros.

Tamas intentó vislumbrar mentalmente toda la situación. La batalla habría tenido lugar no muy al sur de donde se encontraba Taniel en persecución de aquellos Privilegiados. Tal vez la caballería keseña estaba rastrillando el territorio en busca de esos granaderos.

—¿Nuestros coraceros, señor?

—Son demasiado lentos en campo abierto. Los mantendré en reserva para cuando nos encontremos con las líneas keseñas. Si Ipille desperdicia toda su caballería para ganar la llanura, no tendrá nada

para contrarrestar a la nuestra cuando tenga lugar la verdadera batalla.

—Pero los tendremos detrás, señor.

—Y aislados de toda comunicación con el cuerpo principal de su ejército. Un hecho que podemos aprovechar. Averigua si Sulem tiene algún Privilegiado que sepa cabalgar.

—Ah, esa será una desagradable sorpresa para la caballería de Ipille. Muy bien pensado, señor. Parece que viene otro, señor. —Olem señaló con la cabeza en dirección a un jinete que acababa de aparecer en lo alto de una loma y que se acercaba a ellos por el camino.

—Mierda. ¿Qué sucede ahora?

El mensajero era uno de los del propio Tamas, un explorador de la vanguardia.

—Señor —dijo antes de llegar a detenerse.

—Dime que nos estamos acercando al campamento enemigo.

El mensajero hizo una mueca.

—Así es, señor. Estamos a unos seis kilómetros.

—¿Pero...?

—Pero se han ido, señor. Levantaron campamento y huyeron. Partieron esta mañana, a paso ligero.

Tamas sintió como si se le hubiera metido una mano fría en las entrañas. Dejó ir al mensajero y se quedó pensativo.

—¿Señor? ¿No son buenas noticias? —preguntó Olem.

—No —dijo Tamas—. Es lo que sospechaba: Ipille está retrocediendo, está empleando acciones dilatorias. Solo necesita mantenernos lejos el tiempo suficiente para despertar a Kresimir, y entonces él nos matará a todos.

—¿Qué hacemos entonces, señor?

—Seguimos presionando con la esperanza de que Taniel alcance a su Ojo de Hueso a tiempo.

—¿Y si no la alcanza?

—Entonces seremos hombres muertos de todas maneras, y tengo la intención de llevarme a Ipille conmigo cuando eso suceda.

Capítulo 29



—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Taniel.

Cabalgaba junto a Gavril por el camino del oeste, intentando con desesperación no pensar en Vlora. Gavril había dicho que ella aún lo amaba, y ella no lo negó. Tal revelación había sido un gran golpe, era algo que Taniel ni siquiera había considerado. Se había acostado con otro hombre, ¿no? Eso significaba que ya no lo deseaba a él, ¿verdad? Los sentimientos que había estado intentado enterrar durante seis meses de pronto salían a la superficie. Hasta la noche anterior, toda aquella situación había quedado definida. Ya había lidiado con eso y seguido adelante, y ahora se enteraba de que nunca había tenido la información correcta.

Todo era muy confuso; tenía muchas ganas de dispararle a algo.

El otro cabalgaba encorvado. Parecía medio dormido, como si estuviera a punto de caerse de la montura. Era una postura engañosa. Estaba observando el camino, leyendo las huellas de cascos en el barro como un académico podría leer una lengua muerta.

—¿Eh? —murmuró—. Ah, ¿te refieres a cuando estábamos en el Pico del Sur?

—Sí.

—Estaba borracho.

—Recuperaste la sobriedad bastante rápido.

—Bueno, eso es lo extraño. Supuse que ya lo sabías.

Taniel observó más en detalle al enorme líder de la Guardia.

—¿Qué?

—Realmente no se me ocurrió que Tamas no te hubiera dicho que yo era tu tío. No por un tiempo, al menos. Y cuando sí se me ocurrió, no encontré un buen momento para decírtelo. Después de todo, estábamos en medio de un asedio bastante violento. Y supuse que él

probablemente tuviera un motivo para no decirte que el borracho de la Guardia de la Montaña del Pico del Sur era tu tío.

Taniel no pudo evitar indignarse al oír eso.

—¿Entonces no pensabas decírmelo en ningún momento? Durante años pensé que Tamas era la única familia cercana que me quedaba.

—¿En serio? —Gavril se irguió—. ¿Quieres que te diga algo? Cada vez que creo que he hecho las paces con la mierda que hace tu padre, me entero de algo como esto. ¿Ni siquiera me mencionó?

—Tengo algunos recuerdos difusos —respondió Taniel—. De que me comentaba algo sobre mis tíos. Nada más. Sin nombres.

Gavril gruñó y tiró suavemente de las riendas.

—Desde que tu madre murió, he sido un borracho bastante reprochable. Tal vez Tamas no quería que te conociera. O tal vez los recuerdos de otra familia le resultaban abrumadores. —Resopló para expresar su opinión sobre eso.

—¿Abrumadores? No creo que Tamas tenga emociones.

—Te sorprenderías. Tu otro tío era Camenir, mi hermano menor. Cuando fuimos tras Ipille, él solo era un muchacho, no mucho mayor que tú. Está enterrado en Kez. —Gavril levantó la mano para indicar que se detuvieran y señaló el suelo—. Jinetes. Unos sesenta, pasaron por aquí ayer. Descansaron aquí. Si la memoria no me falla, nos estamos acercando al Camino de Counter, un camino que une el norte con el sur. Nos convendría aminorar la marcha, prepararnos para cualquier cosa. Si va a haber otra emboscada, sucederá pronto.

Taniel se guardó en el fondo de la mente las preguntas que quería hacerle a Gavril e intentó ignorar el sentimiento confuso que le causó ver a Vlora regresando hacia ellos por el camino. Ella había estado explorando con uno de los rifleros. A juzgar por la urgencia con que se inclinaba hacia delante sobre la montura, había encontrado algo.

—Estamos a unos ochocientos metros de la intersección —les dijo cuando llegó—. Y los granaderos nos han tendido una trampa.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gavril antes de que lo hiciera Taniel.

—Nos están esperando a unos tres kilómetros hacia el sur, flanqueando el camino. Me he acercado lo suficiente para percibir la pólvora y hacerme una idea de su ubicación. Después me di la vuelta.

—¿Algún Privilegiado? —preguntó Taniel.

—Ninguno que pudiera detectar con el tercer ojo.

—Perfecto. Sus Privilegiados deben de haberlos dejado atrás para que ellos lidien con nosotros. Como conocemos su posición, tenemos ventaja. Podemos usar su propia trampa en su contra.

—Mejor aún —dijo Vlora—. Puedo detonar toda su pólvora. Eliminar a todo el grupo instantáneamente. Hay pocos magos de la pólvora que puedan hacerlo a distancia.

—¿Pocos magos de la pólvora? Solo tú puedes hacerlo.

Vlora sonrió.
—Entonces no se lo esperarán.
—Puede que tengan a Ka-poel.
—No si los Privilegiados no están allí —dijo Gavril—. Seguramente se la hayan llevado con ellos si es que saben lo que llevan.
Por supuesto. La mantendrían cerca al huir. Pero… ¿y si no era así? Vlora podía detonar toda su pólvora, y la mataría también a ella.
—No puedo correr ese riesgo.
—¿Se la puede ver en el Otro Lado? —preguntó Vlora.
—Tiene un brillo. Es difícil de divisar para la mayoría.
—¿Pero puedes tú?
—Sí.
—Entonces ven conmigo. Nosotros dos nos podemos acercar lo suficiente y asegurarnos de que no esté allí. Tú le darás un balazo a cualquier Privilegiado que pueda haber quedado, y yo detonaré la pólvora. Nuestros rifleros se pueden quedar medio kilómetro atrás y avanzar para finiquitar el asunto.
Taniel revisó sus pistolas para asegurarse de que estaban cargadas.
—Eso funcionará.
Continuaron avanzando hasta que llegaron a la intersección, donde el camino por donde iban llegaba a su fin, interrumpido por el Camino de Counter. Vlora se quedó delante con los exploradores y Taniel se quedó atrás con Gavril. Quería preguntarle al líder de la Guardia sobre su madre, pero su boca parecía no querer formar las palabras. Vlora aún seguía enamorada de él, su propia amante era cautiva de los keseños y estaban a punto de irrumpir al galope entre una compañía de granaderos.
—Taniel —dijo Gavril regresándolo al presente—. Malas noticias.
—¿Qué sucede?
—Alguien cabalgó hacia el norte aquí, en la intersección.
—¿A qué te refieres?
Gavril desmontó y se tomó unos momentos para estudiar el suelo de la intersección, murmurando para sí.
—Ocho jinetes, o tal vez diez, se separaron del grupo principal. Van hacia el norte. Todos los demás fueron hacia el sur.
—¿Estás seguro? —preguntó Taniel con un temor repentino.
¿Y si los keseños planeaban una segunda emboscada? La compañía de Taniel iría hacia el sur por el camino e intentaría hacer saltar la primera trampa mientras que un segundo grupo les caería por detrás. Extendió los sentidos, presionándolos hasta el límite para tratar de percibir algo: Ka-poel, un Privilegiado, pólvora. No había nada.
—No del todo, no —dijo Gavril—. Podría tratarse de viajeros. Podrían ser patrullas adranas, sin saber que hay keseños en esta parte de Adro. Por el abismo, podrían ser miembros de la Guardia de la

Montaña que bajaron de la cima para cortar leña o para conseguir provisiones.

Claro que no iban hacia el norte. Eso era absurdo. Hacia el norte solo había territorio adrano durante cientos de kilómetros. Podían intentar cruzar los pasos montañosos para ir a Deliv, pero los delivíes estaban en pie de guerra después de lo de Alvación. Ningún keseño saldría vivo de sus tierras.

—Norrine —dijo Taniel.

La maga de la pólvora se acercó con el caballo hasta Taniel y le hizo un saludo.

—¿Señor?

—Tú eres la mejor jinete del grupo, y tienes la vista aguda. Ve con Gavril. Vosotros dos iréis hacia el norte e intentaréis detectar si hay una trampa. Vlora y yo iremos hacia el sur y masacraremos a los granaderos. Nos avisaréis si los keseños aparecen detrás de nosotros. Flerrier, Doll y los rifleros tomarán el camino y estarán listos para guardarnos la espalda.

—Sí, señor.

Gavril asintió lentamente con la cabeza.

—Es arriesgado que nos separemos así. Pero es la mejor manera de evitar que nos caigan encima.

—Adelante entonces. —Taniel miró a su alrededor, a los magos y soldados reunidos—. Tenemos keseños que matar.

Taniel desmontó y le entregó las riendas a uno de los rifleros. Tomó sus pistolas, su rifle y su espada. Vlora lo siguió y juntos se escabulleron por el bosque, flanqueando el camino por el lado este a unos pocos cientos de metros. Eso les permitiría esquivar cualquier trampa por parte de los keseños y llegar hasta los granaderos desde el lateral; no se esperarían que unos magos en plena persecución se frenaran durante tanto tiempo para llevar a cabo ese plan.

Tampoco se retrasarían demasiado. Vlora y él podían moverse entre los árboles haciendo mucho menos ruido que cualquier otro, y ambos estaban en pleno trance de pólvora, lo que les permitía avanzar y pensar más rápido. Taniel oía cada ramita que se partía y los crujidos de los árboles a ciento cincuenta metros a la redonda. Era una cacofonía de información, pero parte de su entrenamiento como mago había consistido en aprender a filtrar esa información y distinguir cuáles eran los ruidos de animales y cuáles pertenecían a movimientos de hombres.

Taniel sintió cierto alivio de que su misión requiriera no intercambiar una palabra y enfocarse en avanzar en silencio por el bosque. No podía darse el lujo de que Vlora lo distrajera en ese momento. Logró llevar esos pensamientos al fondo de su mente, desde donde lo acechaban como una sombra casi invisible.

Sabía que regresarían.

Permitió que Vlora fuese delante. Menos de media hora después, ella levantó el puño para indicar que debían detenerse, y se puso en cuclillas entre la maleza. Taniel se colocó junto a ella.

—Estamos a poco menos de un kilómetro —dijo ella.

—Muy cerca.

—Es lo más lejos que me atrevo a intentar la detonación, y llego a percibirlos a todos. Están flanqueando el camino desde puntos altos. —Se tocó la sien y se quedó en silencio por unos segundos con los ojos desenfocados—. Diría que son unos sesenta.

—Parece correcto— dijo Taniel—. ¿Algún Privilegiado?

—No. Tampoco percibo a tu salvaje. Mejor fíjate tú.

Taniel inhaló un poco de pólvora intentando ignorar el modo en que Vlora había dicho “tu salvaje” y la acusación presente en su voz. Abrió el tercer ojo, sosteniéndose con una mano contra la áspera corteza de un árbol, y observó la trampa keseña.

Se concentró en la zona donde percibía la pólvora negra y miró por entre los árboles, buscando en el Otro Lado el leve brillo pastel que indicaba la presencia de Ka-poel. La intensidad de su brillo estaba a medio camino entre la de un Dotado y la de un Privilegiado, pero de un color varios tonos más oscuro, lo que la hacía más difícil de ver.

Después de varios minutos, cerró el tercer ojo. Se apoyó la frente contra el dorso de la mano para resistir las náuseas.

—No hay señales de ella —dijo al recuperarse—. ¿No te parece extraño que no tengan Dotados?

—Ahora que lo mencionas… —Los ojos de Vlora estaban fijos en la posición de los keseños—. Tal vez tenían uno o dos, y murieron en el ataque al campamento.

Taniel no hizo caso a la duda que le carcomía la mente.

—Sí, puede ser. ¿Estás lista?

—Sí. —Vlora avanzó algunos metros y se puso en cuclillas detrás de un árbol caído. Apoyó la espalda contra el tronco hueco, se colocó el rifle sobre las rodillas y cerró los ojos. Una sonrisa le tocó los labios. Entonces Taniel la sintió extender los sentidos.

Una serie de explosiones le atravesaron sus sentidos de mago. Un momento después, escuchó unos disparos furiosos, como un tiroteo en el campo de batalla.

—Ve —dijo Vlora.

Taniel saltó el árbol caído y corrió por el bosque con el rifle listo y los ojos buscando los uniformes verde y canela de los granaderos keseños. Oyó que Vlora lo seguía, avanzando un poco hacia su derecha. Las hojas secas crujían debajo de sus pies y las ramas le arañaban los brazos y el rostro. Ahora no se trataba de escabullirse, sino de alcanzar a los supervivientes antes de que pudieran recuperarse.

Quedarían confundidos y desorientados por las explosiones (y heridos, muy probablemente), pensando que enseguida les caería encima una brigada adrana completa. Taniel tenía que llegar rápido a su posición y capturarlos o matarlos antes de que se dieran cuenta de que solo se enfrentaban a dos magos de la pólvora.

Llegó a la cima de una colina y se detuvo un momento para orientarse.

—¿Dónde? —preguntó jadeando.

—¡En la próxima colina! —Vlora no se detuvo, lo pasó y tomó la delantera. Ya había colocado su bayoneta. Taniel maldijo y fue colocando la suya mientras la perseguía.

Se detuvo cerca de la cima de la colina siguiente y se inclinó detrás de un árbol. Veía a Vlora más adelante. Se había colgado el rifle al hombro y había extraído una pistola. Lentamente, ella se puso de pie.

Taniel se quedó esperando la señal de que avanzara e intentó oír los sonidos de los heridos y moribundos. Nada. Incluso con sus sentidos aumentados por la pólvora, el bosque se encontraba en el mayor de los silencios. No había pájaros ni animales. ¿Acaso Vlora los había matado absolutamente a todos al encenderles la pólvora? No parecía posible.

El tiempo se estiró mientras Vlora permanecía allí en silencio. Finalmente, Taniel perdió la paciencia. Corrió hasta su lado con el rifle listo.

La escena de la ladera de la colina lo detuvo en seco. Desde allí se llegaba a ver el camino y las señales de las detonaciones de pólvora todo a lo largo de esa colina y en la ladera de la que había del otro lado del camino. Los árboles tenían manchas negras, había hojas quemadas, ramas caídas incendiadas. El olor a pólvora usada flotaba en el aire como una niebla. El suelo estaba salpicado de pequeños cráteres.

Pero las únicas víctimas habían sido los propios árboles y un par de ardillas desafortunadas.

Taniel levantó aún más el rifle y se volvió. Pasó la vista por el bosque, buscando la trampa dentro de la trampa. Ni una criatura se movió.

—No lo entiendo —dijo Vlora—. ¿Acaso es una especie de distracción? ¿Algo para retrasarnos?

Un movimiento cercano llamó la atención de Taniel. Al mirar detenidamente, vio que se trataba de la correa de cuero de un cuerno de pólvora; tenía los extremos quemados, pero el cuero en sí estaba sorprendentemente intacto. Colgaba de la rama meciéndose suavemente, como burlándose de ellos. Taniel sentía que el corazón le retumbaba en el pecho mientras intentaba descubrir cómo los habían engañado, y por qué.

—¿Has oído algo? —preguntó Vlora.

Taniel inclinó la cabeza hacia el viento y esperó que el sonido le

llegara a los oídos. No tardó demasiado.

—Alaridos —dijo Taniel, ya corriendo en dirección al camino. Los gritos provenían del norte. De los rifleros que habían dejado atrás.

Aquella no era toda la trampa.

Taniel corrió a toda velocidad sobre la tierra compactada del camino del oeste.

Oía los pasos de Vlora detrás. Mientras tanto, sacó una carga de pólvora del cinturón, se la metió en la boca y sintió el polvillo de la pólvora en las encías. En su precipitación, dejó caer varias cargas, pero no tenía tiempo para detenerse a recogerlas.

El truco era muy simple. Muy obvio. Ellos sabían que Tamas enviaría a sus magos de la pólvora tras ellos. El mago percibiría la trampa, se acercaría con precaución y luego sería emboscado por detrás. O, en este caso, quedaría completamente separado de sus hombres. ¡Y él había caído sin vacilar!

Les llevó menos de dos minutos a él y a Vlora cruzar el kilómetro y medio que había entre la falsa emboscada y el punto del camino donde esperaban sus hombres, pero, de todas maneras, llegaron muy tarde.

La escena quedó a la vista al tomar una curva: sesenta granaderos o más, armados con picas y sables pesados, y sin una pizca de pólvora en sus kits, habían atacado a los rifleros. Había cuerpos de hombres y caballos desparramados por el camino y por los bosques aledaños. A pesar de que solo permanecían en pie menos de quince granaderos, los rifleros, junto con Doll y Flerrier, habían sido masacrados.

Taniel aceleró, listo para batirse con los keseños supervivientes, pero un par de manos lo tomaron por un lado y lo arrojaron del camino sobre el lecho seco de un arroyo.

Aterrizó lanzando un “uffff”, con Vlora sobre él.

—¿Qué...? —comenzó a decir.

—Shh.

Se quedó en silencio durante un momento, el tiempo suficiente para que ella asomara la cabeza del lecho.

—¿Qué abismos ha sido eso? —le susurró.

—Nuestros hombres están muertos —dijo ella—. No tiene sentido cargar contra ellos como insensatos.

Taniel recogió su sombrero.

—En cuestión de minutos deducirán que en el grupo había más de dos magos de la pólvora y vendrán a buscarnos.

—Dame un momento, estoy pensando.

Taniel aferró su rifle con fuerza.

—No tenemos un momento. Recuerda: Gavril y Norrine. Ellos también habrán oído los alaridos.

—Mierda.

Taniel le dio una palmada en el hombro.

—Ve. Cruza el camino. Toma esa colina de allí y atácalos a mi señal.

—Está bien.

Vlora retrocedió por el lecho hasta la curva del camino y lo cruzó. Taniel le dio treinta segundos y salió a la carrera, tratando de permanecer lo más agachado posible.

Rodeó la elevación a unos treinta metros del camino. Sus ojos, acostumbrados a rastrear en Fatrasta, vieron las señales de los granaderos de inmediato. Se habían ocultado detrás de esa misma elevación, esperando que los rifleros les pasaran por delante, y luego les cayeron encima; probablemente desde ambos lados, a juzgar por su falta de mosquetes. No necesitaban preocuparse por el fuego cruzado.

Llegó a la cima de la elevación y se puso en cuclillas detrás de un árbol, con el camino a la vista. Los granaderos habían reunido a tres rifleros heridos y ensangrentados, y los interrogaban con violencia, mientras sus camaradas atendían a sus propios heridos.

Taniel cargó su rifle con dos balas y buscó los galones del comandante de los granaderos. Se trataba de un capitán, y era el sujeto que estaba llevando a cabo el interrogatorio. Mientras Taniel miraba, se inclinó hacia delante y despreocupadamente le cortó la garganta a uno de los rifleros.

Las balas de Taniel alcanzaron al capitán en la sien derecha y a un sargento (probablemente su segundo al mando) en el estómago. Antes de que Taniel pudiera recargar, los granaderos se pusieron en acción. Prepararon sus picas y patearon los rifles y los cuernos de pólvora que había a su alrededor. Aquellos hombres estaban entrenados para luchar contra magos de la pólvora.

Una patada a destiempo hizo que un granadero perdiera la pierna cuando la pólvora detonó. Taniel sonrió y recargó su rifle mientras los keseños se ponían a cubierto. Su siguiente disparo doble solo dio en uno de los blancos, una mujer que cayó con una bala en el vientre. Oyó a uno de los granaderos gritar en un idioma que definitivamente no era keseño.

“¿Eso fue brudano? ¿Por qué gritarían en brudano unos soldados keseños?”. Taniel no tenía tiempo para pensar en ello. Diez soldados enormes saltaron de su escondite y corrieron hacia la elevación de Taniel. Ninguno notó cuando a uno de ellos le dispararon desde atrás.

Taniel no tenía tiempo para terminar de recargar. Se puso de pie de un salto, se echó una carga de pólvora en la boca y bloqueó una estocada de pica con el cañón del rifle. Se vio obligado a retroceder, imposibilitado de contraatacar por la cercanía de los árboles, y sin poder hacer nada más que mirar cómo los granaderos lo flanqueaban.

Soltó el rifle y saltó hacia un lado mientras la inercia del soldado lo arrastraba hacia delante. Taniel sacó el cuchillo de su cinturón y se lo

clavó entre las costillas, arrojó al sujeto a un lado y tomó su pica. Se volvió y bloqueó una estocada de sable.

Mató a dos más, pero recibió un corte profundo en la frente, que le hizo brotar sangre sobre el ojo. Entonces, Vlora se unió a la pelea. Se movió entre los granaderos que quedaban con su espada corta y su trance de pólvora, lo que le dio una gran ventaja de velocidad en el reducido espacio. Eliminó a todos los enemigos en cuestión de momentos. Para cuando Taniel se limpió la sangre del rostro, la pelea había terminado.

Sin aliento y medio a ciegas, Taniel se volvió hacia el sonido de unos cascos de caballo que se acercaban por el camino. Tomó su rifle y lo cargó, listo para lo peor.

Los caballos de Gavril y Norrine se detuvieron justo antes de la matanza y se negaron a avanzar más. Desde el bosque, Taniel alcanzó a oír los insultos de Gavril.

—¡Taniel! —gritó Gavril.

—¡Aquí! —respondió él, corriendo hacia el camino—. ¡No fue más que una jugarreta! Plantaron la pólvora a un kilómetro y medio de aquí, colocada como si se tratara de hombres a la espera, y los granaderos se ocultaron aquí, en el bosque.

Gavril desmontó del caballo mientras Vlora corría a liberar a los dos rifleros con vida.

—Lo lamento, señor —le dijo uno de los rifleros a Taniel, encogiéndose mientras Vlora lo ayudaba a ponerse de pie—. Surgieron del bosque como fantasmas. Flerrier y Doll pelearon como el abismo, pero fueron superados después de nuestra primera descarga. Las picas eliminaron sin problema a nuestros caballos.

Gavril mató con su pistola a uno de los caballos que, asustado, no dejaba de revolcarse, mientras Norrine le suturaba la frente a Taniel.

—Reúne a los supervivientes —ordenó Taniel—. Quiero averiguar qué abismos es lo que saben. —La cabeza le daba vueltas y aún trataba de entender la situación. La trampa había sido perfecta, y él había caído en ella. Lo enfureció ver a todos aquellos soldados adranos, sus soldados, que yacían muertos sobre el camino. No tenía a quién echarle la culpa, más que a sí mismo.

Había veintitrés granaderos supervivientes. Con solo echarles una mirada, Taniel supo que al día siguiente la mayoría habría muerto a causa de las heridas. Los dos rifleros que habían sobrevivido podrían salvarse si lograban evitar una infección; habían recibido unas diez o doce heridas leves entre los dos. Los caballos de los rifleros (y el de Taniel y el de Vlora), o habían muerto, o habían arrojado a su jinete y habían huido.

Cuando Norrine terminó de suturarlo, Taniel se puso de pie. Había tenido tiempo de recuperar el aliento y de permitir que su dolor y su

furia se apaciguaran. Ahora debía pensar un plan. Habían perdido un tiempo valioso, y habían perdido la ventaja de contar con cinco magos de la pólvora.

Norrine se arrodilló junto a uno de los granaderos keseños y sacó su propia aguja e hilo de seda.

—No, no lo hagas —dijo Taniel—. No recibirán atención alguna hasta que nos digan qué traman.

Recorrió de punta a punta la línea de granaderos. A cada uno le habían quitado la chaqueta y atado las manos con su propio cinturón. Gavril se encontraba de pie frente a ellos, con los brazos cruzados y los dientes apretados. En ese momento, tenía toda la apariencia de un hombre al que convenía no hacer enfadar.

—¿Qué os parece esto? —preguntó Taniel—. El primero que me diga cuántos hombres ha dejado atrás vuestro amo Privilegiado será el primero en recibir atención médica.

Algunos de los soldados se miraron los pies. Otros se lo quedaron mirando como estúpidos. Algunos gemían por el dolor y uno lloraba y se sostenía el lateral ensangrentado.

Taniel repitió su propuesta en keseño. Los soldados se miraron entre sí, pero no respondieron.

—¿Alguno de vosotros habla brudano? Yo solo sé algunas palabras.

—Yo —dijo Gavril, y esbozó algunas frases. Los hombres parecieron animarse al oírlo, y uno de ellos respondió. Gavril pasó al adrano—. Dice que solo son tres Privilegiados, seis granaderos y la salvaje.

—¿Por qué abismos hablan en brudano? —preguntó Taniel, aunque ya sabía la respuesta.

—Porque son brudanos —respondió Vlora—. Como el ejército que controla Adopest en este momento.

—Norrine y yo seguimos nueve pares de huellas recientes hacia el norte —dijo Gavril—. Solo regresamos cuando oímos la escaramuza. Están llevando a tu muchacha a Adopest.

—Los desgraciados han engañado a todo el ejército adrano —dijo Taniel—. Tamas está luchando la guerra equivocada.

Capítulo 30



Nila se abrió paso por el campamento adrano y luego por el deliví, juntando coraje lentamente para acercarse a la camarilla deliví.

No había pensado que llegarían tan rápido. Tamas había insistido en que ella se quedara cerca por si él necesitaba de su magia —cualquiera que fuera el bien que pudiera hacerle, considerando que aún no lograba extraer hechicería del Otro Lado constantemente —, y no le había permitido ir con Bo a ver a los sanadores Privilegiados. Dijo que tal vez Bo fuera a ausentarse durante demasiado tiempo para arriesgarse a quedarse sin Privilegiados ante una posible batalla.

Pero entonces, dos días después, la camarilla deliví había llegado. ¿Acaso se trataba de una jugarreta para separarla de Bo? ¿O tan solo un malentendido?

Tal vez estuviera pecando de desconfiada.

Bo estaría orgulloso.

Fue avanzando por entre los soldados delivíes, que la observaban detenidamente pero manteniendo la distancia. Llevaba un vestido azul demasiado fino para una lavandera, pero no lo suficientemente elegante para una lady, y hasta había pedido prestado un espejo para arreglarse el cabello. Se estaba preguntando por qué nadie le había pedido sus documentos cuando un deliví de piel oscura comenzó a caminar junto a ella.

Nila reconoció los galones de capitán de su solapa. Era un hombre atractivo, bastante alto y con hombros estrechos. Él le sonrió.

—¿Vais a algún lado, milady?

—Sí, gracias. —Sintió que el sujeto tenía la mano casi rozándole la parte baja de la espalda.

—¿Puedo ayudaros a encontrar el lugar hacia donde os dirigís? —dijo, y le rozó el culo suavemente.

Ella se volvió hacia él con una sonrisa agradable y le dio un puñetazo en la nariz.

Él retrocedió lanzando un chillido agudo, llevándose una mano al rostro.

—¡Ayyy! ¡Por el abismo, mujer! —La sorpresa se convirtió en enojo, que rápidamente se convirtió en furia. El sujeto se limpió la nariz con la manga, miró el rastro de sangre que le había quedado en el puño y se llevó una mano al cinturón—. Cometisteis un error, muchacha.

Nila se había dado cuenta de su error justo después de que sus nudillos conectaran con la nariz de él. Se encontraba en un campamento extranjero; no tenía nadie que la acompañara, no contaba con una carabina, y no tenía la menor idea de las convenciones sociales delivíes. Y lo que era peor: aquel sujeto tenía galones de capitán en la solapa. Aquel no era el ejército adrano; lo más probable era que se tratara de un noble que podría causarle toda clase de problemas.

—No —dijo ella, avanzando mientras su mente galopaba. No quedaba otra que continuar—. Te enseñaré una lección, ingrato. Estoy buscando la camarilla deliví. Si me vuelves a tocar, te meteré esa mano tan profundamente por el culo que podrás rascarte la nariz.

El capitán deliví retrocedió unos cuantos pasos. La miró detenidamente de arriba abajo; en particular las manos, en busca de alguna prueba de que ella fuera una Privilegiada. Era más que obvio que su mente trabajaba a toda máquina, como si estuviera considerando sus opciones. Finalmente, en un tono nasal, dijo: —Están aislados, hacia el este de aquí.

—Gracias.

Ella le dio la espalda, a pesar de que todo su instinto le gritaba que no lo hiciera, y comenzó a caminar en la dirección indicada. Se recordó a sí misma que aquel solo era otro papel que representar. No era más peligroso que los papeles que había representado para lord Vetas. Era una lady, una Privilegiada, y debía exigir respeto.

—Tened cuidado, muchacha —le gritó la voz del deliví.

Ella quería hacerle un gesto grosero, pero supuso que eso estaba por debajo de la dignidad de un Privilegiado.

Resultó ser que la camarilla deliví no era tan difícil de encontrar. Más allá de la siguiente colina se elevaban unas tiendas inmensas de color blanco y verde kelly. Si bien no eran tan altas como la tienda del rey de Deliv, sí eran mucho más anchas y numerosas, con decenas de recámaras al parecer interconectadas por pasadizos camuflados para mantener ocultas las idas y venidas de los Privilegiados. Toda la zona estaba separada del resto del campamento por una fina cinta verde atada a unos postes altos de madera colocados a intervalos regulares. Cada poste estaba cubierto de textos delivíes y símbolos arcanos, que Bo le había enseñado a Nila a reconocer como guardas, y las

advertencias que las acompañaban.

Siguió la cinta hacia el sur hasta que encontró una entrada. Unos guardias de la camarilla deliví, unos hombres inmensos de hombros anchos, petos brillantes y casco con pincho estaban apostados en posición de firmes, con el mosquete al hombro.

Ella intentó pasar entre ellos, pero aquellos mosquetes le bloquearon el camino de inmediato.

—Atrás —dijo uno de los guardias en un adrano con acento muy marcado, y en un tono de voz cargado de amenaza.

Ella retrocedió.

Ellos ni siquiera la miraron. Pasando la mirada de guardia en guardia, adelantó levemente un pie, y los mosquetes volvieron a bloquearle el paso. Parecía algo salido de una comedia.

—Estoy buscando al Privilegiado Borbador —dijo.

Ninguno de los hombres respondió.

—Es un Privilegiado adrano. Lo trajeron a ver a vuestros sanadores hace dos noches.

De nuevo, nada.

—Vengo de parte del mariscal de campo Tamas. Es algo importante. —Si usar el nombre de Tamas significaba algo para la guardia de la camarilla, no se dieron por aludidos—. ¿Hay alguien a quien deba ver?

Un sudor frío le recorrió la nuca. ¿Acaso aquellos hombres sabían quién era Bo? ¿Había llegado Bo con vida a ver a la camarilla? La posibilidad de que hubiera muerto en el camino se le instaló en la mente. Comenzó a sentir pánico.

¿Qué debía hacer para que le permitieran entrar a ver a la camarilla? Necesitaba respuestas. Tal vez si les incendiaba el calzado, no podrían seguir ignorándola.

Echó una mirada a las bayonetas pulidas de los guardias y se imaginó que hacerles brotar llamas a sus botas sería invitarlos a que la destriparan. Levantó las manos. Al parecer, era necesario hacer una demostración. No le quedaba otra. Aún no sabía cómo usar sus poderes. Sin Bo, bien podía volver a trabajar como lavandera.

—¿Qué quieres?

Nila casi dio un salto del susto. Una mujer se había acercado desde detrás de uno de los guardias. Su piel color caramelo era más clara que la de la mayoría de los delivíes, y su rostro era alargado pero muy bello, con pómulos altos y barbilla estrecha. Tenía la espalda erguida, la cabeza en alto y las manos en la cintura, envueltas en las runas de los guantes de Privilegiado.

—Rápido —dijo impaciente la mujer, antes de que Nila pudiera responder. No la miraba directamente a los ojos, sino más bien por encima de la cabeza, como si la propia Nila no fuera digna más que de una mirada rápida.

—Mi nombre es Nila. Estoy buscando al Privilegiado Borbador.

—No recibe a nadie.

Nila intentó tragar saliva, pero tenía la garganta seca.

—Yo soy… —Se detuvo, con una advertencia atravesándole la mente. “Ten cuidado al hablar con un Privilegiado”, le había dicho Bo tras descubrir que Nila no necesitaba guantes para lanzar hechizos. “Detestan el cambio. Cualquier cambio podría desequilibrar su poder dentro de los Nueve. Si un miembro de una camarilla rival descubre tu habilidad única antes de que hayas aprendido a defenderte, podrías terminar desmembrada por cirujanos Privilegiados en alguna habitación húmeda y oscura”—. Necesito verlo —terminó diciendo.

—¿Eres su puta?

Casi se ahogó al oír eso.

—¿Disculpa?

La mujer entrecerró los ojos y miró a Nila por primera vez.

—Bo se ha abandonado. Tu piel es demasiado pálida y eres muy baja. Por Kresimir, su gusto ha empeorado.

—Vengo de parte del mariscal de campo Tamas —dijo Nila mordiéndose la lengua—. Necesito novedades sobre el Privilegiado Borbador.

—No me mientas, zorra. Hace una hora vino uno de los hombres de Tamas. Por el abismo, debes de ser nueva. A Bo siempre le gustaron las mujeres pegajosas; demasiado. Sigue con vida, si eso es lo que preguntas. Si aún te desea, te encontrará en un par de semanas. Y si no, no volverás a oír hablar de él. Sugiero que vayas a abrirte de piernas a algún oficial adrano para pasar el tiempo.

Nila estaba a punto de estallar. ¿Cómo podía aquella mujer hablarle de esa manera, por muy Privilegiada que fuese? Incluso cuando no era más que una simple lavandera, los señores de su antigua casa jamás la habían tratado con semejante desdén, y eso que lady Eldaminse la odiaba.

La Privilegiada hizo un gesto con una mano para indicarle que se fuera.

—Si regresas aquí otra vez, me aseguraré de que nunca más vuelva a verte. —No había malicia ni amenaza en su tono de voz. Solo era una declaración, tan despreocupada como un cocinero podía hablar de cortar un pollo. Se volvió y se alejó sin mediar otra palabra, y dejó a Nila buscando alguna respuesta que lanzarle, la que fuere.

Nila apretó y abrió las manos detrás de su espalda, pero las bajó para evitar que se le incendiara el vestido. Dio un paso adelante, pero se topó con dos mosquetes bloqueándole el camino una vez más.

—Deberías irte —dijo uno de los guardias con cierta simpatía en la voz.

Nila se volvió y se alejó, preguntándose si tendría el poder para

incendiar el pabellón completo de la maldita camarilla antes de que supieran qué estaba sucediendo. ¡Aquella Privilegiada la había tildado de puta! ¿Abrirse de piernas a un noble adrano? Sintió las llamas azules danzando en la punta de los dedos y cerró las manos con fuerza.

En el fondo de su mente, oyó la voz de Bo diciéndole “Para eso están las guardas, tonta”. Ante la más mínima llamita que conjurara desde el Otro Lado y que lanzara hacia el campamento de la camarilla, le caería todo el abismo sobre la cabeza.

Por instinto, Nila cambió de dirección y se abrió paso alrededor de la cinta que rodeaba las tiendas de la camarilla. Tal vez le debería haber dicho a la mujer que era la aprendiz de Bo, que era una Privilegiada, y no una plebeya a la que pudiera tratar como basura. Tal vez habría recibido un poco más de respeto.

De todas maneras, aquella mujer no debería tratar así a nadie.

Nila divisó una abertura en una de las tiendas de los Privilegiados, y vio las llamas sin humo que se elevaban de una hoguera. Un guardia la observó cuando notó sus miradas inquisitivas, pero no dijo nada cuando ella se puso de puntillas en busca de alguna señal de Bo. Había algunos Privilegiados, y por cada uno de ellos, dos o tres guardias de la camarilla con su armadura, armados con picas pesadas y sables. Se preguntó por qué no había más mosquetes, pero recordó que Bo le había mencionado que la mayoría de los Privilegiados eran alérgicos a la pólvora negra, y la evitaban todo lo posible.

Sonrió cuando divisó una piel clara entre los distintos tonos de piel oscura. Allí estaba Bo, sentado junto al fuego, mirando las llamas como desconectado. Estaba muy pálido, pero parecía estar bien. Nila inspiró profundamente para llamarlo, pero se tuvo que tragar el grito cuando, desde un pabellón cercano, apareció la Privilegiada deliví, la misma que la había echado tan groseramente, y se acercó a Bo.

Él le dijo algo, pero ella meneó la cabeza. Luego se acercó a él y apoyó sus labios contra los de él. Él no se resistió ni protestó; sus mejillas tomaron color y enseguida comenzó a corresponder sus besos. Ella le pasó un dedo por el pecho, y la mano comenzó a bajar…

Hasta que no estuvo a mitad de camino de regreso al campamento adrano, Nila no pudo esbozar un pensamiento racional. Llegó a la tienda de mando de Tamas antes de saber adónde iba.

El mariscal Tamas estaba delante de su tienda, tapándose los ojos del sol, mientras miraba un par de mapas extendidos en el suelo y con unas piedras sujetando los extremos. Un par de oficiales murmuraron algo cuando ella se acercó, pero nadie la detuvo.

—¿Qué le ha pasado a tu vestido? —preguntó Olem.

Ella bajó la mirada. Parecía como si lo hubiera manchado con hollín. La parte inferior del vestido tenía dos grandes manchas, como si le hubiera caído tinta de las manos. Le pareció sentir olor a algodón

quemado.

—Nada —le dijo—. ¿Cuándo partimos?

Tamas resopló y se inclinó sobre sus mapas, pero no dijo nada.

—Pasaremos la noche aquí —dijo Olem—. Partimos por la mañana.

—Ah. Bien. ¿Cuándo entraremos en combate con los keseños?

—Antes de lo que desearías —murmuró Tamas, en voz baja para que solo ella pudiera oírlo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nila —dijo Olem con un dejo de advertencia en la voz.

—Está bien, Olem —dijo Tamas, sin levantar la mirada de sus mapas—. Está aprendiendo a ser una verdadera Privilegiada, y eso incluye la insolencia. Significa, Privilegiada Nila, que no estás preparada en lo más mínimo para lo que te voy a pedir que hagas.

—¿Y qué es lo que me vais a pedir?

—Que masacres miles de soldados keseños. Que los incineres como yesca. Que oigas sus alaridos mientras se desintegran por tu hechicería.

Nila se plantó ante eso.

—¿Por qué decís que no estoy preparada? Ya lo he hecho una vez, ¿no es verdad? —Nila no estaba preparada. Había bloqueado aquella batalla de su mente con tanta precisión que prácticamente la había olvidado, y sintió una oleada de náuseas al pensar en eso.

—Porque eso es lo que dijo Bo —intervino Olem.

—¿Lo has visto?

—Hace una hora. Está vivo, pero no está en condiciones de luchar. Me pidió que te dé una advertencia: que te alejes de la camarilla deliví. Debemos mantener tu presencia en secreto el mayor tiempo posible.

Nila recordó a la Privilegiada deliví besando a Bo, metiéndole la mano entre las piernas.

—No me cabe duda de que eso es lo que dijo.

Tamas finalmente levantó la vista, pero solo para intercambiar una mirada con Olem.

—Viene otro mensajero, señor —dijo Olem.

—Por supuesto. —Tamas lanzó un suspiro cansado.

Un jinete en uniforme verde kelly rodeó la tienda, y casi ni llegó a detener su caballo antes de que este pasara por encima de los mapas de Tamas.

—¡Señor! ¡Hemos sido atacados! —dijo el mensajero jadeando.

—¿El campamento deliví?

—La caravana de suministros.

Tamas se metió de un salto en su tienda y regresó abrochándose la espada en el cinturón.

—¡Levanta a las tropas! —le gritó a Olem.

—Señor, ya se han retirado —dijo el mensajero.

—¿A qué te refieres?

—Atacaron y se retiraron antes de que pudiéramos ofrecer resistencia.

—¿La caravana de suministros? —preguntó Nila.

Tamas le lanzó una mirada con la que le pedía cautela. Los delivíes no debían enterarse de su existencia. Inspiró profundamente, luchando contra la ira y contra la sensación de impotencia que amenazaba con apoderarse de ella.

—Sí, señora —dijo el mensajero.

—¿Cómo abismos hicieron para rodearnos los dragones keseños? —preguntó Tamas enérgicamente—. No deberían… por el abismo, ¿eso es hechicería?

Nila desvió la vista para ver lo que le había llamado la atención a Tamas. Hacia el noroeste, unas luces iluminaban el horizonte como un conjunto de espejos reflejando el sol. Abrió el tercer ojo, despacio para no permitir que la aturdiera, y vio los manchones de color pastel girando a distancia, luchando contra algo…, una oscuridad extraña, como nunca había visto antes en el Otro Lado. Parecía tragarse cuanta luz la alcanzaba, moviéndose como una nube de tinta por el horizonte.

Había algo en esa oscuridad que alteró el subconsciente de Nila. Sintió que se descomponía del terror.

Tamas puso una expresión de duda. ¿Acaso él también la había visto?

—Nuestros hombres los están persiguiendo, señor —dijo el mensajero—. El rey Sulem solicita vuestra presencia.

—Más le vale tener una muy buena explicación. Se suponía que sus hombres reforzarían a mis dragones para evitar que ocurriera precisamente esto.

Nila vio el vistazo rápido de Tamas.

—Quédate aquí —le dijo él en voz baja—. Pero estate lista para cualquier cosa. —Luego se fue, ordenando a gritos que le llevaran su caballo, con Olem pisándole los talones.

“Estate lista para cualquier cosa”, había dicho.

“Eso es un poco vago”. Nila miró hacia el noroeste. Los destellos de luz ya no estaban, pero un frío le trepó por la columna cuando recordó la oscuridad con la que se habían batido.

Capítulo 31



La ira de Tamas ya había comenzado a menguar cuando llegó a la tienda del rey Sulem.

El mensajero deliví lo escoltó hasta los guardias reales, se excusó y regresó al campamento. Tamas y Olem fueron admitidos de inmediato. Tamas se detuvo un momento para mirar hacia el oeste, hacia el último lugar donde había visto los destellos de hechicería, pero toda señal de la batalla ya se había desvanecido. Aún podía percibir aquella oscuridad tragahechicería en el Otro Lado como un mal sabor de boca.

La tienda de Sulem no era muy diferente de la de Tamas; tal vez fuera un poco más espaciosa. El rey no era ostentoso. Sus lujos se habían limitado a finas pieles, sillas de madera dura y, en un rincón, un escritorio con tallados intrincados. Sus aposentos para dormir y vestirse estaban separados del salón principal, y había un guardaespaldas en cada rincón, dentro y fuera, con la bayoneta colocada.

Sulem estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas sobre un cojín elegante situado en el centro de la estancia, con sus gafas de cerca en la nariz y lo que parecía ser un informe en las manos. Tamas notó a los dos Privilegiados en la tienda. El magus Doranth, cabeza de la camarilla real, era un coloso que le sacaba una cabeza a Tamas, de piel tan oscura como la noche, con anillos de jade en los dedos y el cabello negro atado en un enorme nudo detrás del cuello. Se colocó junto a su rey con los brazos cruzados y miró a Tamas con furia.

La Privilegiada Vivia parecía lo opuesto a Doranth en todos los sentidos. Su piel era del color del café con crema y tenía ojos azules, lo que denotaba una ascendencia que no era puramente deliví. Tenía un rostro largo y esbelto que le daba un semblante de reina, y se las arreglaba para parecer relajada en una de las sillas de madera dura que

había en el rincón. Por lo que Tamas sabía de la camarilla deliví, aquellos dos eran los miembros principales y se llevaban extremadamente mal.

—Vivia es la que está atendiendo a Bo —le susurró Olem al oído—. Se conocen hace mucho tiempo.

Tamas hizo una reverencia.

—Rey Sulem. Privilegiados —dijo dirigiéndose al grupo.

—Magus —lo corrigió Doranth con una voz grave y estrepitosa.

—¿Acaso un magus no es un Privilegiado? —preguntó Tamas.

—Vos tenéis el rango de mariscal de campo. ¿Preferiría que os llamara "asesino de reyes"?

—Ah, basta —dijo Sulem haciéndole un gesto a la cabeza de su camarilla—. Podemos pasarnos todo el día parloteando sobre títulos y rangos. Tenemos un problema.

—Entiendo que ese es el caso —dijo Tamas. No le habían ofrecido asiento, así que entrelazó las manos detrás de la espalda y miró al monarca deliví, a quien no parecía molestarle que Tamas estuviera por encima de él. No fue el rey quien habló.

—Durante los últimos dos días, los dragones keseños estuvieron haciendo estragos en nuestra caravana de suministros —dijo Vivia. Hablaba con tono cortante, y no miraba a Tamas con la hostilidad de Doranth, sino con cierto grado de cautela.

Tamas maldijo en silencio. La caravana de suministros de Deliv no solo proveía a los delivíes, sino que también le llevaba comida, medicinas y municiones al ejército adrano, elementos que estaban peligrosamente cerca de acabárseles.

—Envié a mi caballería a la llanura, y lo último que oí fue que vos habíais enviado tres mil de los vuestros a modo de refuerzos. ¿Es que no estáis cumpliendo con vuestro deber?

Tamas no había recibido un informe en doce horas. No era algo que normalmente lo hubiera preocupado, pero ahora se puso nervioso. Había pensado que sus hombres no tendrían problema en acabar con la caballería keseña que se les había escabullido hacia el norte.

—Nuestros hombres tuvieron algunas bajas —dijo Doranth.

—¿Algunas? —dijo Vivia, con tono de incredulidad—. Tienes una extraña definición de "algunas", magus.

Doranth le mostró los dientes a Vivia.

—Te quedarás en silencio hasta que se te dirija la palabra.

—No, no me quedaré en silencio. —Vivia se levantó de la silla y se alisó con una mano el frente de su uniforme—. No mientras sigas haciendo trizas a la camarilla. —Se volvió hacia Tamas—. Hace cuarenta y ocho horas, desplegamos seis mil dragones y coraceros. Nos quedan menos de dos mil setecientos.

Tamas se tambaleó al recibir esa información. Los delivíes no eran

famosos por tener una caballería estelar, sino por su infantería, muy bien entrenada. Pero eso no significaba que su caballería fuera inútil. Lejos estaban de serlo. ¿Cómo era posible?

—No solo eso —continuó ella, hablando por encima de las estrepitosas advertencias de Doranth—, sino que además hemos perdido ocho Privilegiados en esos dos días.

—¡Ocho Privilegiados! —Tamas no pudo evitar el exabrupto—. ¿Cómo?

—Esto no es asunto del mago de la pólvora —le dijo Doranth a Vivia, avanzando velozmente hacia ella. Vivia hizo un gesto de protección con la mano, aunque ninguno de los dos llevaba guantes.

—¡Sentaos! —La voz de Sulem se elevó por encima de la conmoción. Vivia y Doranth regresaron a su lugar. El rey suspiró, como un maestro de escuela llevado al límite por estudiantes revoltosos—. Los dragones keseños cuentan con un quiebramagos. Es poderoso. Puede anular la hechicería de mis Privilegiados incluso a distancia, y sus dragones son mejores que cualquier caballería a la que mis generales se hayan enfrentado en Gurla. Durante las últimas dos noches lograron atacar mi campamento principal, y cada vez que lo hicieron asesinaron al menos a un Privilegiado.

—Ningún quiebramagos es tan bueno —dijo Tamas.

—Cuenta con esos malditos Guardianes Negros.

A Tamas le pareció detectar cierta desesperación en la voz de Doranth. No se le había ocurrido que un Guardián Negro pudiera aterrorizar a un Privilegiado, pero tenía sentido. Los Guardianes habían sido creados por la camarilla de Kez para cazar magos de la pólvora. Los Guardianes Negros habían sido creados a partir de magos de la pólvora. No podía haber algo peor.

—Entonces id tras él —dijo Tamas—. Yo traeré a mis coraceros y juntos rastrillaremos la llanura del oeste y lo aplastaremos.

Tuvo que reprimir su frustración incluso al hablar. Ipille lo estaba superando. Había traicionado una bandera blanca, durante la confusión subsiguiente había llevado a su caballería a la posición indicada, y ahora solo le quedaba hacer tiempo hasta que pudiera despertar a Kresimir. Estaban haciendo un muy buen trabajo.

Sulem se puso de pie lentamente y dejó el informe sobre su escritorio. Se quitó las gafas y miró a Doranth. El cabeza de la camarilla elevó la barbilla y entre ellos hubo una clase de comunicación silenciosa.

—Fuera —dijo Sulem finalmente.

—Mi señor…

—Fuera —repitió Sulem.

Doranth se fue y golpeó a Tamas con el hombro izquierdo al pasar.

—Tú también —le dijo Sulem a Vivia.

La Privilegiada hizo una inclinación ante su rey y se retiró detrás del cabeza de la camarilla.

Tamas estudió el rostro de Sulem. Algo estaba sucediendo allí que no había salido a la luz. No era un buen presagio ni para él ni para sus hombres.

—Mis generales están aterrorizados —dijo Sulem finalmente—. Este dragón fantasma los tiene con los nervios a flor de piel. Nunca habían perdido tantos soldados de caballería en tan poco tiempo. El sujeto es veloz, ataca en el momento perfecto y su habilidad de anular la hechicería de mis Privilegiados tiene nervioso a todo mi ejército. "El Lobo Keseño".

Tamas no estaba seguro de si lo impresionaba más este quiebramagos keseño o el hecho de que los delivíes se las hubieran arreglado para mantener todo aquello en secreto durante dos días completos. Después de todo, se suponía que estaban trabajando con Tamas. Sus propias limitaciones lo habían obligado a confiar por completo en los delivíes.

—En solo dos días, este quiebramagos ha destrozado la confianza de mi caballería.

—Es normal, después de perder más de la mitad de la fuerza —dijo Olem en voz baja.

El rey observó a Olem por un momento, como preguntándose por qué un plebeyo le hablaría de esa manera, y después resopló una carcajada.

—Mis Privilegiados no enviarán más jinetes. Se niegan por completo. ¿Visteis la batalla en el horizonte?

—Sí —dijo Tamas.

—Eso que visteis fueron cinco de mis Privilegiados arrojándolo todo contra una incursión del Lobo Keseño, solo para ahuyentarlo de nuestros suministros.

—Abismos.

—Eso es exactamente lo que pensé yo. —El rey tamborileó con los dedos sobre el escritorio—. Esos cinco Privilegiados mataron a unos sesenta dragones keseños. El resto de la compañía escapó. Mis generales no quieren perseguirlos. Temen que sea una trampa.

Tamas se quedó mirando a Sulem por unos momentos. El rey, normalmente muy sereno, parecía inusualmente inquieto.

—No podemos detenernos para rastrearlo —dijo—. Tenemos que marchar hacia Budwiel. No podemos demorarnos.

—¿Y tener a este bandido pisándonos los talones?

Tamas casi le contó sobre Ka-poel y Kresimir. Sulem necesitaba saber por qué Tamas estaba tan desesperado por marchar sobre Budwiel. Pero no era una historia que él tuviera ganas de contar, y tampoco rebosaba de credibilidad.

—Yo me encargaré de los dragones keseños.

—Yo… —Sulem extendió las manos.

—Yo me encargaré de ellos.

Tamas entendió que Sulem no tildaría de cobardes a sus propios hombres. Los generales de Sulem rara vez habían experimentado una batalla en la que no pudieran contar con el poder de sus Privilegiados, si es que eso alguna vez había sucedido. Tamas había entrenado durante décadas a sus hombres, y a sí mismo, para hacer precisamente eso, incluso cuando hubiera una camarilla adrana.

Tamas salió de la tienda del rey. Ya había pasado el mediodía, su ejército estaba listo para marchar durante toda la tarde, y él sabía que debía hacer algo sobre aquel problema.

—Olem, quiero que… —Hizo una pausa. Doranth estaba allí cerca, con los brazos cruzados y el rostro furioso.

Tamas se sintió cada vez menos inclinado a mostrarse comedido. Se acercó al magus deliví.

—Con todo el poder que tenéis en la punta de los dedos, ¿permitís que un solo quiebramagos os anule?

Doranth abrió la boca.

—No —dijo Tamas—. Sin excusas. Esto es la guerra, no un estúpido juego político. Si no podéis ganar con las herramientas que tenéis, buscad herramientas nuevas. Eso es algo que vos, malditos Privilegiados, nunca entenderéis.

—Sois un insensato.

—Y vos un cobarde.

Doranth descruzó los brazos para mostrarle que se había puesto los guantes. Extendió los brazos, como un oso listo para dar un zarpazo, con un gruñido en los labios.

Tamas se metió dentro de la guardia de Doranth, en el momento en que Olem desenfundaba su pistola. Le clavó la mirada al enorme magus.

—No —le dijo—. No es una buena idea. Puede que sea un anciano, pero en este momento estoy en un trance de pólvora intensísimo y te retorceré las pelotas antes de que podáis doblar un dedo. Puede que me matéis antes de que os finiquite, pero moriréis chillando un momento después. Recordad lo que le hice a la camarilla adrana.

A Doranth le temblaban los brazos de furia. Pasaron unos momentos y Tamas sintió el sudor cayéndole por la espalda, y se preguntó distraídamente si realmente podría llevarse al magus con él. Se estaba haciendo viejo. Ya no tenía los reflejos de antes.

Doranth bajó los brazos y se quitó los guantes.

—Os mataré, mago de la pólvora.

—Probablemente muera mucho antes de que tengáis la oportunidad de hacerlo. —Tamas se alejó—. Vamos, Olem.

Hasta que no salieron del campamento deliví, Tamas no se permitió lanzar un suspiro de alivio.

—Por el abismo —dijo Tamas secándose la frente—, no debería amenazar a Privilegiados aliados.

—Me pareció una decisión táctica interesante —dijo Olem.

—Yo pensé que me acompañabas para evitar que yo hiciera estupideces.

—Desde donde yo estaba, parecíais tener el control.

—Entonces, ¿por qué desenfundaste?

Olem se encogió de hombros.

—Por si acaso.

—Sí que sabes inspirar confianza.

—Lo intento.

Tamas comenzó a formar un plan en su mente.

—Búscame a Beon je Ipille. Y a la muchacha Privilegiada. Llévalos a mi tienda en veinte minutos.

—Su nombre es Saseram —dijo Beon.

Tamas lo miró entrecerrando los ojos. Se había desabotonado la chaqueta; el ambiente de su tienda estaba pesado, a pesar de la brisa fresca de fuera. Le dolían los huesos. ¿Cuántos años habían pasado desde la última vez que había bebido un trago?

—Ese es un nombre gurlo.

—Eso es porque él es gurlo —respondió Beon.

—¿Un soldado de caballería gurlo luchando para Kez? Eso me resulta difícil de creer.

Tamas le echó una mirada a Olem, que había arqueado una ceja escéptica. Nila se encontraba de pie junto a él; no parecía muy segura de sí misma. Se había cambiado el vestido quemado y ahora llevaba un vestido de día blanco y bufanda violeta.

—Cambió de bando durante la tercera campaña. Fue su deserción lo que nos permitió tomar Delfiss. Todo esto sucedió cuando yo era muy joven, por supuesto. Lo único que sé es lo que oí a mi padre.

—Siempre me llamó la atención lo de Delfiss. Entonces, ¿es un quiebramagos?

Beon se alisó la pechera del uniforme.

—Bueno, yo no quería divulgar secretos de Estado, pero si ya lo sabéis... Sí. Esa era una de las condiciones de su deserción. Antes, había sido un Privilegiado muy poderoso. A mi padre no le interesaba que un Privilegiado extranjero tuviera al ejército keseño a su completa disposición. Por lo que cuenta mi padre, Saseram accedió casi demasiado rápido. Rechazó sus poderes de Privilegiado y se convirtió en quiebramagos.

—Los quiebramagos son antiguos Privilegiados que son capaces de

anular la hechicería —le dijo Tamas a Nila, que se veía bastante perdida—. En general suelen haber tenido muy poco poder, y eso se refleja en la proximidad a la que deben colocarse para detener la magia. Una vez contraté a uno. Era bastante débil, y tenía que estar casi cuerpo a cuerpo para detener la hechicería. Un Privilegiado poderoso convertido en quiebramagos puede detener mucho más.

Beon le echó una mirada a Nila.

—¿Puedo preguntar quién es ella?

—Entonces es más bien un Lobo gurlo, más que keseño. ¿Por qué nunca he oído hablar de este hombre? —preguntó Tamas, ignorando la pregunta.

Beon mantuvo la vista sobre Nila un momento más.

—Porque se cambió el nombre cuando pasó a estar al servicio de Kez.

—¿Y quién era antes? —Las guerras gurlas habían sido una serie de campañas sangrientas a medio mundo de distancia en las que se habían visto involucradas la mayoría de las naciones de los Nueve. A Tamas se le ocurrían un par de Privilegiados gurlos poderosos que habían muerto o desaparecido en circunstancias extrañas.

A modo de respuesta, Beon sonrió y miró a Nila, pero Tamas meneó la cabeza. No pensaba revelar la identidad de Nila por eso; no para saciar su curiosidad.

—En todo caso —continuó Beon—, se estuvo pudriendo en un pueblo fronterizo durante los últimos quince años. Es un soldado de caballería excelente, tal vez incluso mejor que yo, y es un experto en la guerra de guerrillas. Me imagino que no os resultará nada fácil atraparlo.

Tamas no tenía tiempo para aquello. Hacía unas horas, había estado a punto de ordenar a sus hombres que marcharan durante la noche para poder alcanzar a las fuerzas keseñas en Auberdel. Ahora había descubierto que sus aliados, unos cincuenta mil hombres, incluyendo la tercera parte de la camarilla real, se sentían intimidados por un único regimiento de caballería keseña.

—Gracias, Beon.

El noble keseño pareció darse cuenta de que le estaba pidiendo que se retirara. Se puso de pie y se restregó las manos mirando a Nila. Ella le sostuvo la mirada, y Tamas se rio internamente. Él siempre había sabido que llegaría el día en que la camarilla adrana necesitaría ser reconstituida. Siempre había tenido la esperanza secreta de que sucediera mucho después de su muerte. Pero había alternativas mucho peores que tener a Borbador y a Nila como miembros fundadores.

Cuando Beon se fue, Tamas se puso de pie y se abotonó la chaqueta.

—Olem, ¿ya has formado un regimiento de caballería para tus rifleros?

—Sí, señor. Seiscientos dragones y trescientos coraceros.

—Excelente. Llévate otros quinientos coraceros… la Decimoquinta no los echará de menos. Elimina a este quiebramagos gurlo.

Olem se irguió.

—¡Señor!

—Querías tener soldados bajo tu mando, Olem. Ya los tienes. No me decepciones.

—¡No lo haré, señor! —Olem sonrió orgulloso, cuadrando los hombros.

—Y Privilegiada Nila. —Ella tragó saliva, pero le devolvió la mirada a Tamas. Él sostuvo las manos detrás de la espalda para que ella no notara su nerviosismo, y se preguntó si estaba tomando la decisión correcta—. Tú irás con Olem. Convierte a esos desgraciados en cenizas.

Tamas tuvo la leve satisfacción de ver su mirada de sorpresa. Luego salió a la luz del sol para hacerles saber a sus hombres que partirían a primera hora de la mañana.

Capítulo 32



Después de algunas horas de cabalgata, a Nila comenzaban a acalambrársele las piernas, y en el culo sentía el peor dolor de su vida. Se preguntó si Tamas le habría permitido negarse a ir.

Tal vez sí, si a ella se le hubiera ocurrido decir que no. Tenía sus dudas. Le parecía poco probable que hubiera muchas personas que le dijeran que no a Tamas. Al fin y al cabo, era el mismo sujeto que había masacrado a la camarilla real adrana mientras dormía y había mandado a la guillotina a su propio rey. No se le decía que no a un hombre así. En lugar de negarse a participar en lo que parecía una misión terriblemente peligrosa, le había pedido que le llevara al Privilegiado Borbador una nota garabateada a toda prisa. Tamas había parecido un tanto desconcertado por la petición, pero Nila no sabía a quién más se lo podría haber pedido en todo el campamento. Al final, Tamas había accedido.

Ella tenía la creciente sensación de que esa expedición era mala idea y de que terminaría muerta en alguna granja. Aquella oscuridad que la hechicería no podía penetrar, que le generaba un nudo en el estómago, había sido un quiebramagos, al que ella se dirigía.

—¿Qué abismos voy a hacer? —preguntó, intentando que no se le notara el dolor en el tono de voz. “La espalda derecha. Actúa como la Privilegiada que quieres llegar a ser”.

Olem estaba de pie sobre los estribos mirando el horizonte. Parecía tan cómodo en la montura que ya era algo molesto.

—La idea es que vayamos directamente a la yugular. Identificamos y matamos al quiebramagos, y luego tú desatas tu hechicería sobre su caballería.

Detrás de ellos se elevaba una estela de polvo sobre mil trescientos soldados de la caballería adrana. Había que admitir que se veían

imponentes. Los soldados tenían el uniforme sucio y arrugado por la cabalgata, pero sostenían firmes sus espadas y tenían las carabinas cruzadas sobre el cuerno de la montura, y los petos de los coraceros reflejaban la luz del sol poniente. Ella ahora llevaba un uniforme a juego con el de los dragones: era azul, con ribete plateado y puños rojos. Además, llevaba pantalones, mucho más cómodos para cabalgar que un vestido.

—¿Acaso los deliviés no pensaron en eso?

—Es probable —dijo Olem.

—Y fracasaron.

—Nosotros deberemos tener éxito donde ellos fallaron.

—¿Harás que me maten?

Olem se pasó una mano por la barba y se volvió a sentar en la montura. Ella se preguntó cuán diferente habría sido su vida si le hubiera permitido cortejarla y hubiera abandonado su obsesión de proteger a Jakob Eldaminse. ¿Acaso seguiría siendo Nila la lavandera?, ¿la amante de un soldado más, yendo detrás de él con el resto de los seguidores de campamento? ¿O habría sido capturada como tantos otros al caer Budwiel? Tal vez estaría muerta, o sería una esclava...

—Intentaré evitarlo —dijo Olem. Comenzó a liarse un cigarrillo—. Si alcanzamos a estos desgraciados, cuando los alcancemos, quiero que te quedes cerca del centro de la columna, donde estarás más segura. —Hizo una pausa para pasarle la lengua al papel de fumar—. Para ser honesto, no hay ningún lugar seguro en una escaramuza de caballería, pero tendrás que conformarte con eso. El quiebramagos seguramente haya oído hablar de la batalla del Arroyo de Ned, pero, si tenemos suerte, no sospechará que contamos con una Privilegiada.

“Y no verá mi brillo en el Otro Lado debido a mi experiencia limitada”, continuó Nila en silencio.

—¿Y si no puedo lanzar hechizos?

—Mantén la cabeza baja.

—Es fácil para ti decirlo. Tú tienes una espada.

—Y una pistola y una carabina —dijo Olem.

—Tu sí que eres tranquilizador.

—Por extraño que parezca, eso es lo que me dice Tamas.

—¿Tamas? ¿Llamas por el nombre de pila al mariscal de campo?

Olem gruñó.

—Eso ha sido impropio de mí. Lo lamento. Estoy un poco nervioso. Ya he marchado con caballerías, incluso estuve en algunas escaramuzas, pero esta es mi primera vez al mando.

—Ah, eso sí que me deja tranquila.

Olem se encogió y Nila deseó poder retractarse.

—Lo harás bien —agregó.

—Gracias, madre —dijo él—. No te preocupes, le dejo todo el trabajo

pesado a mis oficiales. Si hay algo que hago bien, es elegir buenos hombres. Si yo no hago un buen trabajo, al menos ellos sí lo harán.

—Deberías darte más crédito.

—Ah, ¿sí? —Olem se colocó el cigarrillo en los labios y revisó la carabina enfundada en la montura.

—Sí.

—Tú no lo has hecho.

Nila se inclinó para atrás. ¿Qué se suponía que significaba eso?

—Espera un momento.

Él levantó una mano.

—Es historia antigua —dijo—. Olvida lo que he dicho.

Ella lo miró haciendo una mueca mientras él llamaba a uno de sus oficiales y daba la orden de acampar. Cuando el otro se alejó, Olem dejó caer la ceniza del cigarrillo.

—No fue mi intención herirte —dijo Nila.

—Ah, ¿no?

—Tuve mis razones —continuó. Jakob necesitaba que ella lo protegiera. En aquel entonces no confiaba en Tamas, y entonces se la llevó lord Vetas. Luego quedó enredada en las batallas de Bo. Ella quería contárselo todo, pero ni siquiera sabía por dónde comenzar—. Realmente me gustabas.

—Bueno, qué bonito premio de consolación.

—No puedes ser tan terco y estúpido. —Nila alzó la voz—. Yo quería estar contigo, pero te dije que no porque sabía que debía proteger a Jakob. —Cerró la mandíbula con fuerza y lo miró sorprendida durante algunos momentos, sin poder creer que le hubiera dicho eso.

—Ah —dijo Olem, arqueando ambas cejas y con la cabeza echada hacia atrás por la sorpresa.

Nila se sacudió el polvo del uniforme.

—Es solo que… Lo lamento mucho. Una parte de mí desearía haber dicho que sí, pero como dijiste tú… es una historia pasada.

Olem permaneció en silencio durante varios minutos, observando mientras sus hombres desmontaban, colocaban una línea de postes para los caballos y preparaban la zona para acampar. Cuando Nila sintió que el silencio la iba a volver loca, él apagó el cigarrillo contra el cuerno de la montura y lo tiró hacia los pastizales.

—Haré que uno de los muchachos te busque algunas buenas piedras para que podamos calentarlas al fuego. Te servirán para el dolor de culo.

—¿Disculpa?

—Piedras calientes, envueltas en cuero. Te las pones entre las piernas y mañana las partes complicadas de allí abajo ya no te dolerán tanto.

Nila llegó a la conclusión de que Olem le agradaba más en su

versión tímida de Adopest. Esta versión le parecía demasiado... atrevida.

—Gracias.

Olem le respondió con un gesto de cabeza. Tenía la mirada clavada en el horizonte.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Olem sacó un catalejo de la silla de montar y se lo llevó al ojo. Nila miró hacia el oeste entrecerrando los ojos y, debajo del fulgor del sol poniente, le pareció ver un jinete. Oyó un grito ahogado; Olem bajó el catalejo.

—¡Guardad todo, muchachos! —gritó por encima del hombro—. ¡Keseño hacia el oeste!

El frenesí que siguió hizo que Nila se marease. En menos de cinco minutos, el regimiento completo estaba de nuevo sobre la montura, el tronar de los cascos retumbaba en los oídos de Nila y la adrenalina de la persecución sobrepasaba el dolor de todo un día de cabalgata.

Olem envió decenas de hombres a explorar y formó a sus hombres con el grueso de los coraceros en el medio y los dragones en los flancos, mientras llegaban a la cima de la colina bajo la luz menguante del atardecer.

Nila llegaba a ver el punto distante que era el jinete atravesando la llanura al galope.

—¿Hay algo que puedas hacer? —preguntó Olem.

—¿Qué? O sea, no, ¿qué podría hacer? Está demasiado lejos para la hechicería Privilegiada, incluso si tuviera la confianza de poder atinarle siquiera.

Él asintió rígidamente con la cabeza y ordenó a sus hombres que avanzaran, mientras observaba a los exploradores dispersándose por la llanura que tenían enfrente. Ella notó la indecisión en sus ojos; ¿aquella era una oportunidad?, ¿o se trataba de una trampa?

Procedieron a perseguir al jinete keseño. Nila observó a los dragones del flanco derecho, que se abrieron y pasaron sobre una colina situada al norte hasta quedar fuera de vista. Los del flanco izquierdo hicieron un arco similar de unos cuatrocientos metros, detrás de un campo de trigo. La ausencia de aquellos quinientos soldados de caballería la inquietó, le dio frío. ¿Y si era una trampa? ¿Acaso regresarían a tiempo?

El sol casi se había puesto cuando los coraceros llegaron a la cima de una pequeña elevación y quedaron frente a un valle profundo que se metía entre las colinas. A poco más de un kilómetro, Nila divisó unas luces titilantes de fogatas y varios grupos de caballos amarrados.

—¡Encontramos el campamento enemigo! —le dijo a Olem un explorador sin aliento.

—Ya lo veo. —Olem miró por su catalejo con una expresión

preocupada.

—¿Puede tratarse de una trampa? —preguntó Nila.

—Se están moviendo desesperados, como si fueran hormigas y alguien les hubiera pateado el hormiguero —dijo Olem—. Podría ser una trampa…, pero puede que sea nuestro día de suerte. ¡Formad! —rugió—. ¡Tres líneas, formación de flanqueo!

Los coraceros se dividieron en tres cuñas iguales. Una de ellas fue hacia el lado norte del valle, mientras la segunda se dirigió directamente hacia el medio. La cuña de Nila, con Olem a la cabeza, cabalgó hacia el lado sur. Mientras se acercaban, Nila vio a los keseños, que comenzaban a salir del campamento cabalgando en oleadas: no era una huida desesperada, sino una retirada organizada.

—¡Más rápido, maldición! —gritó Olem. Tenía la cabeza en dirección al viento; Nila oía los clarines distantes desde el norte y desde el sur—. ¡Tenemos vía libre, ya tenemos a estos desgraciados!

El caballo de Nila comenzó a galopar a la misma velocidad que el resto de la horda; Nila trató de tragarse la sensación de terror. En el valle, la cuña central atravesó el campamento.

El valle no era largo. Terminaba poco más de medio kilómetro más adelante, en una colina estrecha que llevaría a la caballería keseña de regreso a la llanura. Nila supuso que la colina los ralentizaría, pero la sorprendió ver que el regimiento completo la subió sin el menor inconveniente.

Los coraceros de Olem se encontraban cuatrocientos metros detrás de la caballería keseña, pero estaba claro, incluso para Nila, que iban demasiado lentos para alcanzarlos. Los coraceros llevaban armadura y armas más pesadas, mientras que la caballería keseña parecía llevar armas más livianas, sin armadura. Además, se habían visto obligados a dejar los sacos de dormir y los suministros al huir del campamento.

Más adelante se veía la llanura que empezaba a ondularse; los campos de trigo desaparecían en una miríada de colinas que iban quedando a oscuras mientras el sol se iba ocultando detrás de las montañas. Pronto, los keseños llegarían a aquellas colinas, y había algo en esas sombras que hizo estremecer a Nila.

Olem maldecía dando alaridos. Iba inclinado sobre su montura para intentar ir más rápido. Nila se preguntó por un instante cómo de probable sería que uno de aquellos caballos pisara mal, se tropezara y se llevara por delante a toda la línea que lo seguía. Algo le llamó la atención más adelante, y no pudo evitar el grito de alegría que se le escapó de los labios cuando de pronto aparecieron los dragones adranos desde el norte.

Ya casi estaban encima de la caballería keseña. Se oyeron disparos de pistola. Nila había esperado ver un gran caos cuando los adranos y los keseños entraran en combate, pero los dragones se volvieron hacia

el norte para seguir a los enemigos; no habían llegado a interceptar la retirada de los keseños.

De pronto, Olem aferró las riendas de Nila y ambos se salieron del frente del resto de los coraceros.

—¡Fuego! —gritó—. ¡Ahora!

¿Fuego? ¡Hechicería! Todas las lecciones de Bo parecieron borrarse de la mente de Nila, y sintió que los dedos se le entumecían. ¡Los keseños estaban demasiado lejos! ¿Cómo podría darle siquiera a alguno de ellos?

Levantó las manos, echó los ojos hacia atrás e intentó enfocarse en el Otro Lado, extendiendo dos dedos para generar fuego en el viento en dirección a la caballería que retrocedía. Para su sorpresa, a varios cientos de metros de allí, aparecieron unas llamas circulares en el cielo sobre los keseños. Movió demasiado la mano secundaria y las llamas golpearon contra el suelo y bañaron la zona de chispas. Las manos le temblaban demasiado, y le costaba muchísimo concentrarse.

Lentamente, logró controlar el fuego y enviarlo hacia delante. Los dragones de Olem se habían dividido para darles lugar a las llamas. El corazón le repiqueteaba en el pecho mientras las llamas se acercaban a su objetivo, lanzándose hacia delante como una ola del propio abismo. ¡Lo estaba haciendo ella! Tenía el poder de alcanzarlos y detenerlos. Puso todo su empeño en mantener el control y lanzó las llamas aún más hacia delante.

Una negrura como de tinta se extendió de entre las sombras de las colinas, y el fuego de Nila se apagó. Fue todo tan repentino que la tomó por sorpresa y casi la hizo caer de la montura. Sintió una mano fría rozándole los límites de la consciencia, pero enseguida desapareció.

—¡Dad la orden de retirada! —dijo Olem.

Un clarín sonó frenético sobre el hombro de Nila. Lentamente, los dragones se detuvieron. Ella frenó su montura, forcejeando con el excitado caballo hasta que Olem le quitó las riendas de las manos y pudo calmar al animal.

—¿Por qué has ordenado que retrocedieran? —preguntó Nila intentando sobreponerse al terror que sentía por esa negrura.

—Porque no voy a seguir al tal Lobo Gurlo al Escondite de Brude en medio de la noche.

—Mi fuego…

—El quiebramagos estaba allí. Vi su influencia en el Otro Lado.

Nila inspiró temblorosamente.

—¿Qué es el Escondite de Brude?

—Un condenado laberinto de colinas y valles que se extiende desde aquí hasta los Leños Calcinados, pasando por el bosque del oeste. —Olem se inclinó hacia un lado para escupir—. ¡Maldición! Por fin teníamos la suerte de nuestro lado, casi ni nos vieron venir, y hemos

perdido la oportunidad.

Nila lo observó un momento, oyendo distraídamente los insultos de los otros coraceros. Nadie estaba contento por cómo se habían dado las cosas.

—Entraremos allí, ¿verdad?

Olem asintió con la cabeza.

—Sí, pero no hasta que tengamos la luz del día de nuestro lado.

Nila quería decirle que le parecía una mala idea. Ella había oído la descripción del tal Lobo Gurlo en labios de Beon je Ipille. Olem le había contado la conversación con el magus deliví. Si se metían en aquellas colinas e iban contra el quiebramagos, todos morirían.

Se tragó sus palabras y pensó en Bo diciéndole que actuara como una Privilegiada. Sintió una punzada de celos al recordar a la Privilegiada deliví inclinándose para besar a Bo y dijo: —Con la primera luz del día, entonces. Iremos a por ese desgraciado.

Capítulo 33



Dos días después del atentado, Ricard había trasladado su base de operaciones para las elecciones desde el cascarón destruido que quedaba de la sede sindical a un elegante hotel en medio de Adopest.

El hotel Kinnen, situado a solo unas calles de la plaza de las Elecciones, era uno de los pocos edificios del centro de la ciudad que había salido indemne de los saqueos y disturbios después de la ejecución de Manhouch, de los daños ocasionados en la sublevación realista y de todo daño estructural que le podría haber ocasionado el terremoto que había habido durante la primavera. Era una fortaleza no muy alta, de solo tres plantas, pero que abarcaba toda una manzana.

También le pertenecía a Ricard Tumblar, un hecho que, para Adamat, tenía algo que ver con el motivo de que no resultara dañado durante los disturbios: seguramente había estado bien protegido por los matones del sindicato.

Y, al parecer, seguía bien protegido. Cada una de las entradas contaba con al menos cuatro hombres del sindicato. Había francotiradores en el techo y trabajadores armados en la calle. Adamat tuvo que mostrar sus credenciales tres veces antes de llegar al enorme vestíbulo del hotel. Aun así, se sintió completamente observado mientras se dirigía hacia el ala este del primer piso.

Para poder ver a Ricard, tuvo que mostrar sus papeles una vez más.

El jefe sindical estaba sentado con los pies sobre el escritorio y la silla inclinada hacia atrás, con un cigarro entre los dientes y una compresa fría contra la sien izquierda.

—No, no me importa cuánto nos salga —le decía Ricard a un empleado en voz un tanto alta—. Compra hasta el último rollo de seda que haya en la ciudad y... ¡Ah, Adamat! —Ricard se quitó el humo de la cara y, con un movimiento de la barbilla, echó de la sala al empleado.

—¿Ahora compras seda?

—Una pequeña guerra económica —dijo Ricard saboreando el humo de su cigarro—. Nos enteramos de que Claremonte prometió al sindicato textil que, si sale elegido, reducirá el precio de importación de la seda cruda. Y no puede hacer eso si yo controlo lo que hay en las tiendas de la ciudad y vigilo lo que trae a través de las montañas.

—¿El sindicato textil? —Adamat tomó asiento, sintiéndose agradecido de poder sentarse. Agradecido por demás, tratándose de un hombre de su edad—. ¿Ese no es tu territorio?

—El jefe del sindicato murió en la explosión —dijo Ricard—. Nos pasaremos meses discutiendo para nombrar uno nuevo. Mientras tanto, Claremonte intentará obtener su apoyo. Y sí, es mi territorio. No permitiré que me lo arrebate.

—Yo sigo insistiendo en que deberías usar tus poderes de emergencia para nombrar de inmediato a una nueva cabeza del sindicato textil.

La voz sorprendió a Adamat. Se puso de pie y miró hacia el lugar de donde parecía provenir la voz: una ventana, en cuyo marco había una mujer sentada junto a la cortina, con un brazo en cabestrillo y un vaso de vino en la mano derecha. Miraba hacia la calle.

Era una mujer de unos cincuenta años, que tenía mejillas redondas y ojos severos con forma de almendra. Llevaba vestido púrpura con ribete negro. Miró a Adamat de arriba abajo.

—Lo lamento, señora, pero no os había visto. —Repasó el catálogo de nombres y rostros que cargaba en su memoria.

Ella levantó levemente el vaso de vino.

—Cheris, la...

—La jefa del sindicato de banqueros —la interrumpió Adamat—. Nos vimos brevemente hace un par de meses.

—Lo siento, no lo recuerdo. —Dejó el vaso a un lado para ajustarse la correa del cabestrillo y lo volvió a recoger.

—Soy el inspector Adamat.

—¡Ah, sí! El Dotado que no puede olvidar. Ricard ha hablado muchísimo de vos durante estos años. Debería haberos recordado. Disculpadme. Las cosas por las que habréis tenido que pasar estos últimos meses... —Se quedó en silencio, chasqueando la lengua con tristeza.

Adamat le echó una mirada a Ricard. ¿Qué hacía contándole a aquella mujer, o a cualquier persona, de hecho, sus problemas?

Ricard se encogió de hombros como pidiendo disculpas.

—¿Tienes alguna pista sobre el atentado?

—¿No deberíamos hablar en privado?

—Cheris estaba conmigo en ese momento. Después de la explosión, cayó una viga del techo y le rompió el brazo. Querrá saberlo todo tanto

como yo.

“¿Pero se puede confiar en ella?”.

—Se os ve bastante bien para haber sobrevivido semejante catástrofe —dijo Adamat.

Cheris se ruborizó un poco.

—Por si os interesa, he fumado un poco de mala, para el dolor, y he bebido más que un poco de vino. —Lanzó lo que Adamat sospechó debía haber sido una risa suave, pero que salió como una risita a todo volumen.

—Por supuesto. Era de esperar. —Adamat regresó a su asiento.

—¿Fuiste ayer con la policía? —preguntó Ricard.

—Sí.

—¿Y? ¿Crees que fue Claremonte? Fue Claremonte, ¿no es así? Qué desgraciado. Le arrancaré miembro por miembro, le…

—No fue Claremonte —dijo Adamat.

Ricard se puso de pie de un salto e inmediatamente empezó a caminar por la sala.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás seguro?

—Estoy bastante seguro —dijo Adamat.

Lady Cheris intervino: —Pero ¿cómo lo sabéis?

—Creedme, señora. No fue Claremonte.

—Os creeré cuando sepa por qué estáis tan seguro —dijo Cheris—. Tiene los medios y el motivo. Es casi seguro que él lo ordenó.

—¡Bah! —Ricard se paró para tomar otro cigarro y encenderlo. Luego siguió caminando—. Si Adamat dice que no fue Claremonte, entonces no fue Claremonte. Pero ¿quién fue?

—Aún no lo sé. Acabo de empezar mi investigación. Tú tienes enemigos, ¿no es así?

—No —respondió Ricard un tanto ofendido—. Yo hago amigos. Es lo que me sale mejor. Los amigos son más útiles que los enemigos. —Adamat se lo quedó mirando—. Bueno, tal vez. Muy bien, sí. Tengo enemigos. Pero no en abundancia.

—¿Y crees que alguno de ellos querría verte muerto?

—No creo que ninguno llegue a odiarme tanto. Tal vez alguno de los otros jefes sindicales. Hay uno o dos que durante los últimos años han apuntado a quedarse con mi trabajo.

—¿Quiénes?

—Jak Long, el jefe del sindicato de herreros. Lady Hether, la jefa del sindicato de barrenderos.

—Ella murió en el atentado —dijo Cheris en voz baja.

—Ah. Cierto. Los armeros de la avenida Hrusch pueden haber tenido algo que ver —dijo Ricard señalando con el dedo a la nada—. Son expertos en pólvora y no les agrada que haya estado intentando sindicalizarlos.

—¿Tienes algún candidato para que dirija el sindicato textil? —preguntó Adamat, dando voz a una idea repentina antes de que se le fuera de la cabeza.

—Por supuesto. Y no soporto a ninguno de ellos.

—¿Y tú tienes el poder de nombrar a uno?

—Técnicamente, sí. En una urgencia. Pero enfadaría a muchos.

—Hay una capataza en la fábrica textil de la avenida Vines. Se llama Margy. Es muy inteligente. Podrías mover el avispero si la nombraras a ella.

—Una desconocida —dijo Cheris—. Fascinante.

—Es solo una idea. Ella es políticamente conservadora y enfática al opinar, pero no es de causar problemas. No le agradan ni Tamas ni su junta, pero es imposible que apoye a Claremonte. No después de que destruyese todas las iglesias de la ciudad.

—¡Fell! —gritó Ricard—. ¡Fell! ¿Dónde estás, maldita sea?

La mujer apareció en la puerta antes de que él terminara la pregunta. Hizo una media reverencia.

—¿Llamasteis, señor?

—Investiga a una mujer llamada Margy. Fíjate si serviría como candidata a jefa del sindicato textil. Es capataza en la fábrica de…

—La avenida Vines —dijo Adamat.

—Sí. En Vines.

—Sí, señor. Buenas tardes, inspector.

—Buenas tardes, Fell.

—Enviaré a alguien, señor —le dijo Fell a Ricard.

—Que sea discreto. No quiero que nadie se entere.

El reloj de pie que estaba del otro lado de la sala dio dos campanadas. Lady Cheris sacó un reloj de mano de los pliegues de su vestido y lo revisó, se acercó a Ricard y le dio un beso en la mejilla.

—Tengo que irme.

—¿Vienes esta noche?

—Por supuesto.

Ella se despidió de Adamat y se fue deprisa. Ricard fue al lugar de la ventana donde había estado ella, y apoyó la barbilla sobre el puño.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Adamat.

—¿El qué?

—El beso. ¿Acaso vosotros dos…?

Ricard forzó una sonrisa.

—Un poco, tal vez.

—Alguna vez me has comentado que te odia.

—Es una alianza por conveniencia. Para ambos.

—Entonces, ¿no te odia?

—Ah, sí. Y yo la odio a ella. Hemos sido amantes intermitentes durante los últimos quince años. Ya sabes cómo es. Pasión, política.

—¿Y nunca me lo has dicho?

—Bueno, uno debe tener algunos secretos.

—Durante buena parte de ese tiempo has estado casado con diferentes mujeres.

Ricard se encogió de hombros.

—Cheris es muy astuta. Y ambiciosa. Eso me atrae. Y mi dinero y mi ambición le resultan atractivos a ella. Hacemos una pareja horrible. Una vez que todo esto termine, volveremos a intentar matarnos mutuamente.

—Qué interesante elección de palabras.

—¿Qué? Ah. Sé lo que estás pensando —dijo Ricard—. Cheris no ordenó que me matasen. No ganaría nada. No se encuentra en mi testamento y la mayoría de los jefes sindicales la odian. Sin mi apoyo, quedaría fuera del sindicato en menos de un año.

—Ya veo. —Adamat no estaba convencido.

Más tarde tendría que repasar su memoria y revisar todo lo que sabía sobre Cheris, o lo que Ricard había mencionado sobre ella. Si habían sido amantes durante tanto tiempo, lo habían ocultado bien. Eso le recordó a Adamat el hecho de que, por muy bullicioso y escandaloso que pudiera ser Ricard, también tenía un gran talento para la sutileza que mucha gente no llegaba a ver.

—Algo bueno ha surgido de todo este asunto con Claremonte —dijo Ricard.

—Ah, ¿sí?

—Al parecer, cuento con el apoyo del sector religioso más ortodoxo.

Adamat no pudo evitar lanzar una carcajada.

—¿Hay una corriente de aire en la sala o se ha congelado el abismo?

—¿Un cigarro? —ofreció Ricard después de reírse en voz baja—. ¿Un vaso de vino? —Sin esperar respuesta, volvió a llamar a Fell a gritos.

La subsecretaria volvió a aparecer en la puerta con una botella de vino en una mano y dos vasos en la otra.

—Me anticipé, señor.

—Adamat, ¿ya te he dicho que no podría vivir sin esta mujer?

Fell sirvió dos vasos y le entregó uno a Adamat. Él lo hizo girar y bebió un sorbo. Miró a la subsecretaria con cautela. Asistente, intermediaria política, seductora, guardaespaldas, asesina. Ricard le había dicho que fue entrenada en la más exclusiva escuela de modales del mundo. Fell era una especie de mezcla entre esclava y sirvienta por contrato, y era la persona más competente que Ricard había incorporado a su personal desde…, bueno, desde siempre.

¿Acaso podría haberlo traicionado ella?

Adamat descartó la idea. Ricard confiaba plenamente en Fell. Si ella hubiera querido matarlo, podría haberlo hecho de otra manera. Durante los últimos meses, podría haberlo matado o destruido en

varias ocasiones. A menos que tuviera en mente algo más a largo plazo…

—Ricard.

—¿Sí?

—¿Claremonte puede ganar realmente?

—¿Qué? Por supuesto que no. Es un extranjero. Destruyó propiedad pública histórica. Ese hombre es una amenaza.

—En serio, Ricard.

Ricard continuó caminando, con el vino en una mano y el cigarro en la otra. Se detuvo al otro lado de la sala y se bebió el resto del vaso de un solo trago.

No estaban llegando a ningún lado. Adamat se volvió hacia Fell, que había tomado asiento junto a la pared trasera de la sala. Tenía un pie colocado debajo de ella y la otra rodilla pegada al pecho; toda una hazaña con aquel traje negro hecho a medida.

—¿Claremonte puede ganar? —le preguntó a ella.

Ella le echó una mirada a Ricard y respondió: —Tiene buenas probabilidades. Ha logrado ganar una notable cantidad de apoyo en tan solo las últimas semanas. Buena parte de eso ya había sido acordado por medio de intermediarios.

—¿Lord Vetas? —preguntó Adamat, y la sola mención de ese nombre le puso los pelos de punta.

—Una parte —admitió Fell—. Eso es lo que estaba haciendo en la ciudad, después de todo. Le allanaba el camino a Claremonte. Cuando lo capturamos, obtuvimos una lista de nombres de personas a las que había sobornado, engatusado y amenazado para que apoyaran a Claremonte. Pudimos recuperar a algunos. Otros permanecen en su bolsillo.

—Pero es peor de lo que pensábamos.

—Mucho peor —dijo Fell—. Varios de los armeros más prominentes lo apoyan y, casualmente, la Sociedad Mercantil Brudania-Gurla firmó incontables nuevos contratos para comprar rifles Hrusch. Decenas de grandes comerciantes están haciendo campaña por él y se niegan a ver a nuestra gente. Creemos que le temen a la Sociedad Mercantil y al poder que tienen sobre el transporte. Su aprobación pública está en alza por su protección percibida de la ciudad.

—El otro día lo leí en el periódico —dijo Adamat—. Él sostiene que, desde que llegó su ejército, los keseños no se atreven a atacar la ciudad. No dice ni una palabra sobre el mariscal Tamas ni sobre el ejército adrano.

—Por supuesto —dijo Ricard—. Esto es política, después de todo.

Adamat dejó escapar un leve suspiro de incredulidad.

—O sea, que puede ganar…, y un extranjero tendría la posición más elevada del país. Os dais cuenta de que Tamas nunca permitiría que

eso sucediese, ¿verdad?

—No puede evitarlo.

—¿No conoces a Tamas? Tomaría por asalto la ciudad y él mismo mataría a Claremonte. No sé cómo podríamos disuadirlo.

—Estas serán las primeras elecciones en la historia de Adro —dijo Fell—. Si Tamas se entromete, destruirá todo aquello por lo que hemos trabajado.

—Tendremos que lidiar con eso cuando llegue el momento —dijo Ricard—. Mientras tanto, tenemos un asesino suelto.

—¿Te preocupa que vuelva a intentarlo? —preguntó Adamat—. Veo que has reforzado la seguridad.

—Claro que sí. No sé quién habrá colocado esa bomba, pero me ha hecho perder el oído de un lado, y varios de mis jefes sindicales más importantes están muertos o heridos. Volverán a intentarlo, o soy un zapatero. —Ricard miró tenso a Adamat, y este se dio cuenta de lo desesperado que estaba su amigo. Se daba aires, pero el atentado contra su vida lo había afectado muchísimo. Y realmente lo preocupaba que Claremonte fuera a ganar las elecciones—. Tenemos otro problema —agregó Ricard en voz baja.

—¿Otro? —Adamat intentó no sonar demasiado cansado. Fracasó.

Ricard vaciló por un instante.

—Vamos —dijo Adamat—. Dímelo.

—Charlemund se ha escapado.

—¿Disculpa? —El antiguo archidiocel de Adro no solo era un traidor, sino un asesino formidable—. Pensé que estaba en coma.

—Así es —dijo Fell—. Creemos que la Ojo de Hueso de Taniel Dos Tiros le indujo ese coma para poder despertar a Taniel del suyo. Una especie de intercambio mágico. Fuera lo que fuese, el efecto se le ha pasado. Teníamos a Charlemund oculto y atado. Su cuerpo estaba permanentemente bajo custodia. Escapó y desapareció sin dejar rastro. Aún no hemos podido averiguar cómo lo hizo.

—Por Kresimir —dijo Adamat.

—Se escapó hace unas tres semanas —dijo Ricard—. Cortó las cuerdas, dejó inconscientes a los guardias y se fue andando. Desde entonces, tenemos gente rastreando discretamente la ciudad.

—¿No hay señales de él?

—En absoluto. Es como si se hubiese esfumado.

Adamat asintió con la cabeza, cansado.

—Estaré atento. Iré a las ruinas de tu sede central. Aún están cerradas al público, ¿verdad?

—Sí —dijo Fell—. Le hemos pedido a la policía que no dejara entrar a nadie, y tenemos a un par de nuestros hombres vigilando.

—Bien. Iré a ver si hay algo que la policía no haya visto. ¿Crees que podré pedirte prestada durante algunas horas, Fell?

Fell miró a Ricard, que asintió con la cabeza.

—Adelante. Ojalá podáis encontrar algo.

—Ojalá.

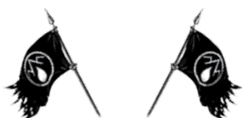
—Gracias por tu ayuda —dijo Ricard—. No sabes lo que significa para mí tener a alguien de confianza haciendo ese trabajo. Enviaría a Fell, pero está dirigiendo toda la campaña. Esta investigación podría demorarse meses.

—¿Estás seguro de que puedes prescindir de ella?

—Por unas horas. Necesitamos averiguar quién hizo esto.

—Yo me encargaré de eso —dijo Adamat—. Tú ocúpate de ganar las elecciones. Porque si pierdes, el mariscal de campo Tamas va a comenzar otra guerra, y esa tendrá a Adopest justo en el centro.

Capítulo 34



De alguna manera, las ruinas de la sede sindical se veían peor a la luz del día. Las paredes que hacía unas noches parecían haber salido ilesas del incidente ahora se veían ennegrecidas por el hollín, con el yeso rajado y desconchado. En algún momento de los últimos dos días, el resto del techo se había venido abajo.

Adamat saludó con la cabeza al oficial uniformado que custodiaba la calle y entró en las ruinas por la puerta delantera, que aún permanecía en pie.

Los hombres de Ricard habían protegido el edificio de saqueadores y se habían llevado de entre los escombros cualquier cosa que tuviera valor para el sindicato. Documentos, obras de arte, muebles. Salvo los materiales de construcción, se habían llevado todo. Ricard le había dicho que, en cuestión de días, incluso eso sería demolido y reutilizado o desechado para poder comenzar el proceso de reconstrucción.

—Qué desastre —comentó SouSmith detrás de Adamat.

Adamat empujó un gran fragmento del techo caído. Cuando quedó claro que no podría moverlo, no le quedó otra que trepar por él. Finalmente llegó al centro del lugar. Para su sorpresa, nadie había apagado las bombas de la fuente que había en el medio del gran salón. Estaba prácticamente intacta, con el agua aún corriendo, lo que creaba una extraña especie de serenidad en medio de tanta destrucción.

SouSmith se detuvo junto a la fuente, metió una mano y sacó una moneda de plata de diez kranas. La apoyó sobre su pulgar regordete, la lanzó por el aire y la atrapó con la otra mano.

—No sé qué piensas encontrar —dijo.

—Yo tampoco —respondió Adamat.

Comenzaba a pensar que ir hasta allí había sido una pérdida de tiempo. Habían pasado dos días desde el atentado y el lugar había sido

arrasado por los hombres de Ricard y por la policía. Toda evidencia que pudiera haber dado alguna pista del culpable ya había desaparecido. Solo su instinto de investigador evitó que abandonara el lugar y fuera a buscar el desayuno.

Se abrió paso entre los escombros hasta que llegó al fondo del edificio.

—Me sorprende mucho que no hayan muerto más personas —dijo.

—¿Cuántos fueron? —preguntó SouSmith.

—Trece muertos —dijo Adamat—. Veintisiete heridos. Esa noche había trescientas personas aquí dentro. Podría haber sido mucho peor.

Adamat se dirigió a lo que solía ser el pasillo que llevaba a la oficina de Ricard. Estaba completamente destruida. No se necesitaba ser un profesional para notar que allí había estado el epicentro de la explosión. Las paredes habían sido destruidas, el escritorio había quedado reducido a astillas y el suelo parecía a punto de desmoronarse.

Adamat oyó unos pasos que avanzaban entre los escombros. Se volvió y vio a Fell acercándose por donde habían pasado ellos. SouSmith saludó a la subsecretaria inclinando el sombrero, pero permaneció en silencio, observándola con evidente desconfianza.

—La policía dijo que el barril de pólvora estaba debajo de su escritorio.

Adamat volvió a observar el lugar. Sí, eso parecía correcto. Entró con cuidado a la oficina, probando la resistencia del suelo a cada paso, como esperando que se desmoronara debajo de él. Entre las baldosas que aún quedaban llegaba a divisar la oscuridad del sótano. Fue hasta el medio de la sala y se imaginó el modo en que había estado dispuesta, utilizando su memoria para estudiar el recuerdo de la oficina de Ricard. Puso las manos en el lugar aproximado donde había estado el escritorio y se imaginó sentado allí.

Algo no cuadraba en todo aquello.

—¿Qué más te dijeron? —preguntó Adamat. Aún no había tenido oportunidad de hablar con la inspectora en jefe, pero tenía una cita para almorzar justamente para eso. Sería útil tener dos puntos de vista diferentes.

Fell pateó distraídamente un trozo de mampostería y sacó una pipa de su bolsillo. Se la colocó en la comisura de la boca y encendió un fósforo. Después de terminar de dar una calada a la pipa, dijo: —Que hubo dos bombas.

—¿Dos? —Eso era una sorpresa—. ¿Dónde estaba la segunda?

—En el sótano.

No vieron rastros de que hubiera habido una segunda bomba hasta que llegaron a la escalera de la bodega. La puerta del sótano ya no estaba, y quedaba aún menos de la escalera que lo que quedaba de la

oficina de Ricard. El suelo de mármol estaba rajado y parecía seguir agrietándose debajo de sus pies. Uno de los hombres de Ricard había colocado una escalera de mano para poder llegar al sótano. Adamat bajó hacia la oscuridad.

La bodega era igual que las que había debajo de las mansiones antiguas: arcos de piedra, techo abovedado. Adamat sintió el crujido de cristales rotos al pisar. Divisó un nicho de piedra detrás del lugar donde había estado la escalera y unas marcas negras de quemaduras a lo largo de la pared.

—¿Bajamos? —preguntó Fell.

Adamat respondió subiendo por la escalera de mano hasta el lugar donde se encontraban ella y SouSmith.

—Las bombas estallaron por medio de una mecha de combustión rápida, ¿verdad?

—Eso es lo que cree la policía —dijo Fell—. Piensan que el culpable esperó hasta que las oficinas se quedaran vacías, entró por el fondo y, a toda prisa, colocó dos barriles de pólvora negra, desenrolló la mecha hasta el callejón de atrás del edificio, la encendió y salió corriendo.

Adamat inhaló profundamente el humo de la pipa de Fell y tamborileó con los dedos sobre su barriga.

—¿Has oído hablar de personas que no tengan sombra?

—¿Qué tiene que ver eso con la investigación?

—Nada. Curiosidad.

Fell lo pensó por un momento.

—No me suena.

—Qué lástima. —Adamat suspiró y regresó a la cuestión del momento—. *A priori*, puedo suponer tres cosas sobre el asesino. Quien hizo esto fue alguien contratado por otra persona. Por alguien que conoce bien a Ricard. Y no quería matar a todas las personas que estaban en el edificio.

—¿Cómo llegáis a esa conclusión?

—Uno: la clase de gente que querría matar a Ricard prefiere no ensuciarse las manos. Dos: dejaron el primer barril debajo del escritorio de Ricard. A Ricard le encantan sus fiestas, pero le gusta relajarse escabulléndose en medio de la noche para coquetear un rato con alguna jovencita que tenga a mano.

Fell asintió levemente con la cabeza, y la comisura de sus labios se elevó un poco ante el comentario.

—Pero ¿por qué colocar el segundo barril? —preguntó—. Hubo que reforzar el suelo debido al modo en que Ricard construyó el lugar. Deberían haber colocado el barril en medio de la bodega, donde la explosión habría matado a la gente que estaba sobre ese lugar.

—¿Por qué construyó Ricard la bodega de ese modo?

—Para tener “un lugar evocativo al que llevar a sus huéspedes a

elegir una botella de vino" —dijo Fell en una imitación sorprendentemente precisa de Ricard. Abandonó el personaje, y, por su expresión, había comprendido a lo que apuntaba Adamat.

—A Ricard le encanta hacer alarde de su colección de vinos —dijo Adamat—. En una fiesta como aquella, el asesino tenía grandes probabilidades de sorprender a Ricard tanto en su oficina como en la bodega. Ambos lugares brindarían la mejor oportunidad de matar a Ricard sin matar a todas las demás personas del edificio.

SouSmith hizo volar su moneda de plata por el aire y la volvió a recoger en la caída.

—No nos sirve a nosotros.

—Sí nos sirve —disintió Adamat—, aunque sea solo un poco. La persona debía conocer muy bien a Ricard para conocer ambos detalles. Y si no, contaba con una fuente interna que sí los conocía. Independientemente, nos permite reducir la lista a las pocas decenas de personas que conocen mejor a Ricard en lugar de obligarnos a perder el tiempo rastreando todo Adopest.

Había algo más que molestaba a Adamat, pero no lograba darse cuenta de qué era. La explosión... no cuadraba, pero no lograba encontrar el porqué.

Dejó a SouSmith y a Fell cerca de la escalera de la bodega y regresó a la oficina de Ricard. Rastreando los patrones explosivos en el suelo y en los restos de las paredes, examinó en detalle toda la sala y el pasillo. Una vez que se quedó satisfecho con eso, pidió un farol al policía que estaba en la calle y descendió al sótano, donde rastreó el patrón explosivo y examinó las paredes.

Todo el proceso le llevó una hora. Fell revisó los trozos de papel que quedaban en la oficina de Ricard y SouSmith siguió lanzando su moneda. Cuando Adamat terminó, fue a la oficina y se aclaró la garganta.

Fell levantó la mirada del suelo con las cejas arqueadas.

—Las explosiones fueron demasiado intensas para el tamaño de los barriles —anunció Adamat.

Fell resopló.

—Es imposible que sepáis eso con solo mirar.

Adamat se dio un golpecito en la sien.

—Memoria perfecta. Hace que medir a ojo sea mucho más fácil. He visto mi buena cuota de explosiones y no necesito ser un experto en estos temas para darme cuenta de que los daños ocasionados por el barril de abajo y por el del escritorio de Ricard son demasiado extensos para los barriles de pólvora que habrían cabido en ambos lugares.

—¿Podría haber sido un mago de la pólvora?

—Tal vez. Eso explicaría el otro detalle que noté.

—¿Qué detalle?

—Yo pensaba que habían colocado el barril debajo de la escalera del sótano. Pero no fue así. Lo pusieron en medio de la sala del sótano, donde cualquiera podría haberse tropezado con él.

—Eso tiene sentido si estaban intentando hacerlo rápido.

—Es… demasiado rápido. Ricard tiene decenas de sirvientes. En las noches de fiesta llegan a ser cincuenta o sesenta. Las probabilidades de que tanto su oficina como el sótano estuvieran vacíos son casi nulas. —Se detuvo para examinar el exterior de la pared de la oficina y regresó a la escalera y estudió el largo pasillo que llevaba al sótano. Hizo algunas cuentas mentales y regresó con Fell y SouSmith—. Alguien podría haber arrojado el explosivo. Requeriría dos personas trabajando en equipo, pero no sería algo descabellado.

—Una granada —dijo SouSmith.

—Como una granada, sí. Pero mucho más poderosa.

—Regresamos a la teoría del mago de la pólvora —dijo Fell—. Alguno de los enemigos de Ricard podría estar empleando un mago de la pólvora extranjero. He oído hablar de magos mercenarios.

—Yo también. Pero no, no lo creo. Según tengo entendido, los magos están limitados por el poder de la pólvora negra que usan. Podrían modificar la forma de una pequeña explosión y eso les permitiría matar más gente, pero no lo suficiente para causar semejante destrucción a todo el edificio.

—Podría tratarse de alguna clase de pólvora refinada. Algo que tenga más potencia que la tradicional.

—Podría ser —dijo Adamat lentamente—. Y creo que es la mejor pista que tenemos. Dile a Ricard que investigaré algunos lugares.

—Buena suerte —dijo Fell—. Y evitad que os maten.

La Universidad de Adopest había tenido mejores días.

Adamat caminaba entre la miríada de edificios de piedra que componían la universidad, con su bastón chasqueando contra los adoquines. Se trataba del mismo recorrido que había hecho hacía seis meses, el día del golpe de Estado del mariscal de campo Tamas y de la ejecución de Manhouch. Ahora el color pardo y anaranjado del otoño cubría los árboles, y el mundo parecía un poco más viejo. Pero esa no era la única diferencia.

El centro de la universidad parecía un campo de batalla. El frente occidental de la Sala de Banasher había desaparecido. La vieja torre de reloj que había dominado el horizonte no era más que una ruina plana que parecía desnuda en el clima otoñal. Había sido derribada por hechicería en una batalla entre dos Privilegiadas y había caído sobre un imponente atrio de cristal que hasta entonces había sido el orgullo de la universidad. Había edificios enteros acordonados, esperando inactivos que la universidad consiguiera los fondos para reconstruirlos.

La escena le recordó a Adamat tanto la destrucción en la sede central del sindicato como las consecuencias del terremoto que había ocurrido hacía cuatro meses. Él sabía que Tamas había tenido buenas intenciones con su golpe de Estado, y esta destrucción no era una consecuencia directa de sus acciones, pero Adopest había recibido una paliza terrible desde aquel día fatídico.

Comenzó a subir por las escaleras de la entrada trasera del edificio administrativo, pero se detuvo cuando notó que se encontraba solo.

Retrocedió sobre sus pasos y encontró a SouSmith observando la destrucción que había en el patio ubicado delante de la Sala de Banasher. La tierra se había levantado como si hubiera pasado un arado gigante; había unos enormes montículos y surcos de tal tamaño que cien hombres necesitarían semanas para nivelarlos. Adamat se preguntó por qué la universidad aún no había reparado el terreno, pero supuso que probablemente no contaran con los fondos.

—¿Qué sucede? —preguntó Adamat.

SouSmith sostuvo la moneda de plata que había tomado de la sede sindical. La lanzó por el aire y la atrapó.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

El viejo boxeador no respondió. Lanzó la moneda al aire varias veces más, y cada una de ellas la atrapó sin mirar.

—El Privilegiado al que golpeé.

—¿Cuando eras niño?

SouSmith asintió con la cabeza y dejó escapar un suspiro.

—Qué suerte que no hiciese algo así —dijo Adamat señalando la destrucción —con tus entrañas.

—Sip.

—Esta es la prueba de que se les puede hacer daño. De que pueden fallar. Nadie es perfecto, ni siquiera la gente que tiene el poder para hacer algo así.

—Dan más miedo —gruñó SouSmith. Se metió las manos en los bolsillos y salió caminando en la misma dirección que antes había tomado Adamat.

Adamat había oído decir que el edificio administrativo había recibido grandes daños durante la batalla de las Privilegiadas. Una vez adentro, le quedó claro dónde habían puesto prioridad al reconstruir. Había sectores de la pared norte y del techo que eran completamente nuevos. Las obras de arte que habían adornado el salón principal (de vicerrectores de la historia de la universidad) habían sido quitadas o destruidas.

Adamat pasó por delante de la oficina del vicerrector Prime Lektor y se detuvo un momento al notar que había polvo en el picaporte de la puerta. Golpeó la puerta siguiente.

—Pase —respondió una voz acallada.

Adamat entró en la ordenada oficina del asistente del vicerrector. Uskan estaba sentado en su escritorio con un libro abierto y sus gafas colocadas sobre la punta de la nariz. Levantó la mirada de su lectura y le esbozó una sonrisa tensa.

—Buenas tardes.

—Hola, amigo mío —respondió Adamat—. Gracias por verme con tan poca anticipación.

—Por supuesto. —Uskan se irguió en el asiento y se apartó el pelo de la frente—. Lo que sea por un oficial del Gobierno.

—No lo soy —dijo Adamat, sintiendo que el corazón se saltaba un latido. Uskan no le había ofrecido asiento. Se lo veía tenso y sus ojos lo miraban con desconfianza. Adamat sabía que su amigo era políticamente conservador, pero…

—Ah, ¿no? Entonces, ¿no te llaman el sabueso de Tamas?

—No que yo haya oído, al menos —dijo Adamat—. Pensé que sabías que estaba trabajando para Tamas.

—El reinado de Tamas no hizo más que traer ruina a la universidad —dijo Uskan—. La última vez que viniste, me dijiste que estabas involucrado, pero no que hacías los recados de nuestro nuevo dictador.

—No es un dictador —dijo Adamat.

—¿Que no?

Adamat se dejó caer en la silla que había delante del escritorio de Uskan. No tenía la energía para lidiar con aquello.

—De todas maneras, se afirma que está muerto. —Miró a Uskan, midiendo su reacción para ver si le habían llegado novedades del regreso de Tamas—. Todo quedó en el pasado.

—Y por culpa de él, no tenemos futuro.

—No quiero hablar de política contigo. Solo tenía la esperanza de que pudieras responderme algunas preguntas.

—Como te dije, lo que sea por un secuaz del Gobierno.

—¡Uskan!

—Adamat, te ayudaré, pero no me pidas que lo haga con entusiasmo.

Adamat tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—¿Dónde está el vicerrector?

—No está aquí. Tamas lo puso a cargo del frente oriental después de que el Pico del Sur entró en erupción. No tengo idea del porqué. El sujeto es un académico, no un guerrero. Y lo necesitamos desesperadamente para que nos ayude a reconstruir la universidad. Tamas se está encargan… se encargó personalmente de arruinar a la Universidad de Adopest, y…

Adamat lo interrumpió.

—Envió al vicerrector porque es un Privilegiado.

—Estás bromeando. —A Uskan realmente pareció causarle gracia el comentario, pero su risita se interrumpió enseguida.

—Yo mismo le vi los guantes el Día de San Adom —dijo Adamat—. Es un Privilegiado, e incluso tú, que te pasas el día encerrado aquí con tus libros, habrás oído que es uno de los miembros de la junta de Tamas. Confías en él, ¿no es así?

—¡Claro! Conozco a Prime Lektor de casi toda la vida.

—¿Y cuánto dinero han donado a la universidad los Nobles Guerreros del Trabajo desde el verano?

—¿Y eso qué tiene que...?

—Contesta la pregunta.

—Varios millones de kranas. Son los únicos que realmente nos han dado algo de apoyo.

—Bien, en este momento estoy trabajando en un caso para Ricard Tumblar, el jefe del sindicato, que es otro de los miembros de la junta de Tamas. Dale un poco de crédito a Tamas. Está intentando hacer las cosas bien para todos nosotros. No lo culpes por todo. Tienes que mirar más allá de tus libros, Uskan. Si Tamas no hubiera quedado atrapado detrás de las líneas enemigas, sospecho que le habría prestado un poco más de atención al desastre de aquí. —O, al menos, eso le habría gustado pensar a Adamat. ¿Estaba diciendo todo eso para convencer a Uskan o para convencerse a sí mismo?

Uskan levantó la nariz con indignación.

—Hablas de él como si siguiera con vida.

—Está vivo. Yo mismo lo he visto.

—Me acabas de decir que estaba muerto. Y ahora que está vivo. ¿Qué se supone que debo creer?

—Solo dije que se “dice” que está muerto.

—Para intentar engañarme y... —Uskan se detuvo lanzando un suspiro—. No tiene sentido discutir todo esto. ¿Qué era lo que necesitabas saber?

—¿Tienes alguna idea de por qué una persona podría no tener sombra?

Uskan se lo quedó mirando sorprendido por unos momentos.

—¿Qué? Bueno, no. Nunca había oído hablar de eso.

—Qué lástima. —Adamat trató de que no se le notara su decepción. Otro callejón sin salida. Había tenido la esperanza de que Uskan, más que nadie, tal vez hubiera oído hablar de algo así en sus estudios—. ¿Podría tratarse de un efecto secundario de ser un Dotado o un Privilegiado? Sé que uno de tus pasatiempos es estudiar la hechicería.

Uskan apoyó la barbilla sobre la palma de su mano y se quedó mirando por encima de la cabeza de Adamat. Después de algunos momentos, dijo: —No. No sé nada en absoluto.

Adamat rogó que su amigo no le estuviera ocultando información

solo para fastidiarlo.

—¿Algo que pudiera haber en los libros sobre hechicería de tu biblioteca?

—Muchos fueron destruidos o vandalizados antes de que vinieras a investigar por tu último misterio. Si quieres puedes buscar en ellos, pero dudo que encuentres algo. Puedo permitirte ir a la biblioteca, pero no tengo tiempo para ayudarte personalmente.

—Gracias, pero para ser honesto, he venido por un asunto más urgente. Me pregunto si has oído hablar de alguien que estuviera experimentando con pólvora negra.

—¿En qué sentido?

—Que la estuviera refinando. Para crear algo mejor, más destructivo. Más explosivo.

Uskan tamborileó con un dedo sobre su barbilla.

—Bien, con eso sí te puedo ayudar.

Adamat se animó. ¿Una pista?

—¿De verdad?

—Hay una compañía química hacia el oeste de la ciudad. Fabrican e importan pólvora para el ejército adrano, y emplean a varios químicos que hacen pólvora de distintas consistencias y temperaturas de combustión. Es muy importante para la artillería, las bombas y todo eso. Oí decir que este verano estuvieron trabajando en algo llamado “aceite explosivo”. Es algo que quieren usar para la minería.

—¿Recuerdas el nombre?

—La Compañía Química Flerring.

—Excelente. —Adamat se puso de pie. Eso era exactamente lo que estaba buscando.

—Hay algo más —dijo Uskan.

Adamat se detuvo, preocupado por la crudeza repentina de su voz.

—¿Qué sucede, amigo mío?

Uskan se miró los dedos durante algunos momentos antes de responder.

—El vicerrector, Prime Lektor, ha huido del país.

—¿Que qué?

—Que ha huido. Hace unas tres semanas, lo sorprendí recogiendo cosas de su oficina. Se llevó todo lo que tenía, vendió su casa de campo y se fue. Me dijo que yo también debería huir.

—¿Por qué abismos haría eso?

—Dijo que Adom estaba muerto. Que Kresimir regresaría y, con él, algo peor. Que todos arderíamos por los errores de Tamas. —Uskan se restregó los ojos con las mangas—. El sujeto era mi ídolo, Adamat. Lo conozco hace décadas, y siempre fue el Prime tranquilo, imperturbable. Pero esa noche parecía un desquiciado al borde de un ataque de histeria. Me dejó aquí, solo. Dijo que yo podía ser el nuevo vicerrector

si lo deseaba, pero que estaría muerto en cuestión de meses si decidía quedarme.

—Uskan, lo siento.

Uskan se sorbió la nariz, se restregó los ojos una vez más y se irguió en su asiento.

—No hay nada que sentir. Tienes razón. Tengo que mirar más allá de mis libros. He estado bastaste tenso desde la batalla del campus, pero pensé que lo reconstruiríamos. Supuse que Prime nos ayudaría a crear todo desde cero. Y ahora se ha ido.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Si Tamas sigue con vida…, bueno, háblale bien de la universidad.

—Por supuesto. —Adamat rodeó el escritorio y le apoyó una mano en el hombro—. Tú también tienes razón. No debería haberme involucrado en todo esto. Le ha hecho muchísimo daño a la gente que amo.

—No creo que sea culpa tuya —dijo Uskan.

—Te lo agradezco.

SouSmith, que seguía apoyado contra el marco de la puerta de la diminuta oficina, se aclaró la garganta.

—Sí —dijo Adamat—. Bueno, tengo que irme.

—Espera.

Adamat se detuvo fuera de la oficina y se volvió hacia Uskan.

—Deberías buscar en una biblioteca privada —dijo Uskan—. De alguien que tenga libros inaccesibles para nosotros o para los Archivos Públicos.

—Estoy abierto a cualquier sugerencia.

—La mansión de Charlemund. El archidiocel tenía una biblioteca enorme antes de ser arrestado. Se supone que será dividida entre la Universidad de Adopest, los Archivos Públicos y la Universidad Jileman, pero no hemos tenido tiempo para encargarnos de eso.

—¿Y sigue en su mansión?

—Bajo custodia, creo. Pero no fuera del alcance de alguien que tenga amigos poderosos. —Uskan le esbozó una media sonrisa.

—Lo investigaré. Muchísimas gracias.

Una vez que estuvieron en el pasillo, de camino al carruaje, SouSmith comenzó a caminar junto a Adamat.

—¿Has sacado algo? —preguntó.

—Ahora tengo dos pistas —dijo Adamat—. Lo descubriremos. Sé que así será.

—¿Qué fue eso del vicerrector?

—Al parecer, huyó del país. —Adamat jugueteó con el mango de su bastón—. Me pregunto qué sabrá que nosotros no sepamos.

Capítulo 35



Tamas estaba sentado, pensativo, en una silla plegable de lona frente a la tienda, que sus soldados le habían colocado para que almorzara.

El último informe de Olem había llegado hacía veinticuatro horas, en el que le informaba que iba a adentrarse en el Escondite de Brude para perseguir al quiebramagos gurlo y a su caballería keseña. Tamas no pudo evitar echar una mirada hacia el noroeste, preguntándose por qué Olem no le había enviado su informe matutino. Dos por día, le había ordenado Tamas. Era crucial que se lo mantuviera al tanto de la situación en la llanura del oeste si deseaba continuar contra los ejércitos keseños ubicados hacia el sur.

Tal vez el caballo del mensajero había perdido una herradura, o tal vez había sido enviado unas horas más tarde. Tamas se mordisqueó el interior de la mejilla. También podía ser que Olem hubiera sido derrotado en combate. Más allá de si se trataba de un mal presagio o no, no le agradaba ese retraso en la comunicación.

—¡Olem! —gritó.

—Olem no está aquí, señor. —Andriya, uno de los magos de la pólvora de Tamas, salió de su tienda. Era un hombre alto, de cabello rubio descuidado y el rostro con marcas de viruela.

—¡Por el abismo! —Tamas se frotó las sienes—. ¿Cuántas van con esa?

—Diecisiete en los últimos cuatro días.

—Lo lamento. Supongo que será la costumbre. El condenado guardaespaldas ha estado conmigo menos de un año y ya he caído en eso.

Andriya se escarbó los dientes con una uña y se volvió para escupir.

—Lo llamativo, señor, es que cuando Cenka murió y fue reemplazado por Olem, vos nunca los confundisteis.

—Seguramente me sucedió en algún momento.

Andriya se encogió de hombros.

—Tal vez. Está bien: de todas maneras, Cenka nunca me cayó bien.

—A ti nadie te cae bien.

—Erika me caía bien —dijo Andriya después de un momento de introspección.

—Mi difunta esposa te salvó de la horca en Kez. Estaría bueno que no te cayera bien.

—No era solo por eso —dijo Andriya—. Tenía un cierto... —hizo un movimiento circular con la mano— no sé qué.

—Ya lo sé —dijo Tamas en voz baja.

Si Andriya notó la incomodidad de Tamas, no dio señal alguna. Se inclinó sobre su rifle y comenzó a escarbarse de nuevo los dientes.

—Se acerca un mensajero, señor.

Tamas se puso de pie y se estiró, intentando no parecer muy ansioso. ¿Había llegado por fin el hombre de Olem? Tamas necesitaba saber qué sucedía en su flanco. No podía enfrentarse en combate con la infantería de Kez con el Lobo Gurlo pisándole los talones.

Sintió una gran desazón. El mensajero no era uno de los de Olem. Era un escolta, un explorador de la Segunda Brigada, que vigilaba los movimientos de los keseños hacia el sur. Alguien seguía al explorador. Mientras se acercaban, Tamas notó que la mujer llevaba un vestido de lana gris y un delantal. Tamas conocía ese uniforme. Era la vestimenta que se les daba a los seguidores de campamento del ejército keseño.

El explorador le dijo algo a la mujer, ella se detuvo un poco más lejos y el explorador se acercó. Hizo un saludo.

—Señor. Esta mañana encontré a esta mujer abriéndose camino hacia nuestro campamento. Dijo que tiene novedades y que es urgente.

—¿Y la trajiste para que me vea a mí? —¿Acaso la cadena de mando ya no significaba nada en el Ejército?

—Se niega a hablar con otra persona. Tiene las contraseñas correctas.

—¿Contraseñas?

—Si será tonto, soy una espía vuestra —dijo en keseño la mujer, con voz ronca y tono impaciente.

Andriya lanzó una carcajada. Tamas lo hizo callar con una mirada y miró a sus otros guardaespaldas. Andriya parecía ser el único de los presentes que hablaba keseño, además del propio Tamas. Los demás no la habían entendido.

—Déjala pasar.

La mujer se acercó. Tenía unos treinta años, cabello negro, ojos castaños y mejillas hundidas; podría haber encajado en cualquier zona rural de Kez. Tenía el vestido bien cuidado, pero manchado por todos lados. Tenía las rodillas y los codos cubiertos de barro, probablemente

a causa de ir agazapada por entre la alta hierba en su huida del campamento keseño.

—¿Quieres asearte?

—No hay tiempo, pero me vendría muy bien un trago. —Su cambio al adrano fue tan perfecto que Tamas se preguntó si se había imaginado oírla hablar en keseño hacía tan solo un momento.

—Tráele un poco de agua —le dijo a Andriya.

—Vino.

Tamas puso los ojos en blanco, pero asintió con la cabeza.

—Muy bien. No sabía que nos quedaban espías en el ejército keseño.

—Hay algunos más —dijo ella—. Hace un mes y medio llevaron a cabo una purga. Como si alguien les hubiera dado una condenada lista de nombres. Fue por pura suerte que no me atrapasen a mí también. Me fue imposible usar ninguno de nuestros canales habituales para enviar informes. Hace semanas que no he enviado ninguna información; pido disculpas.

Tamas se llevó las manos detrás de la espalda y le hizo un gesto firme con la cabeza.

—Me alegro de que hayas salido con vida. —Por dentro, estaba furioso. El general Hilanska, sin duda. Cuando todo aquello terminara, pensaba arrojar a Hilanska a lo más profundo del mar Ad y ver cuánto tiempo lograba mantenerse a flote con solo un brazo—. ¿Qué es tan urgente que te ha hecho abandonar tu puesto?

La mujer tomó la bota de vino que le ofrecía Andriya y vació la mitad antes de contestar.

—¿Además de la información que no os he podido pasar durante el último mes? Anoche dormí con el general Fulicote. ¿Sabéis quién es?

Tamas asintió con la cabeza. Uno de los muchos comandantes de infantería de Ipille. Comparado con del mando keseño promedio, era un comandante competente. Hacía veinte años, había tenido una brigada bajo su mando en las guerras gurlas.

—Entonces sabéis que es abstemio, como vos. Bueno, anoche estaba borracho como una cuba.

—¿Por qué?

—Ipille ordenó que el Gran Ejército al completo debe ofrecer resistencia en la entrada al Camino de Surkov.

—¿Y qué? No parece una orden descabellada.

—¿Y qué? —replicó la mujer, antes de beberse el resto de la bota de vino—. Pues que Ipille no cree que pueda ganar. Se ha pasado los últimos dos meses con el ejército, y ahora piensa huir hacia Kez. El general Fulicote y el resto recibieron la orden de ejecutar lo que ya saben que es una misión suicida. Ipille les dijo que cualquiera que huya de la batalla será capturado y desollado en público.

—¿Tienes pruebas de todo esto?

La mujer sacó una carta de entre sus ropas y la alisó contra la falda antes de entregársela a Tamas. Llevaba el sello real del rey de Kez, roto a toda prisa por un pulgar torpe. Tamas abrió la carta y leyó por encima el contenido. Ipille ordenaba a sus hombres ofrecer resistencia, pero la amenaza extrema sobre el final de la carta le permitió a Tamas leer entre líneas, tal como lo habían hecho el general Fulicote y aquella espía. El ejército keseño no sería utilizado sino como carne de cañón para retrasar a Tamas y a los delivíes.

Tamas regresó a su silla, pensativo.

—¿Qué podría ganar él con esto? —murmuró.

—Los keseños se vienen preguntando lo mismo desde que vos los atacasteis después de la negociación.

Tamas volvió a ponerse de pie.

—Ese fue Ipille. Violó los términos de la tregua.

—Eso no es lo que piensan sus oficiales. Desde entonces, logré pasar la noche con cuatro oficiales superiores de Kez, y ninguno de ellos opina que Ipille realmente haya violado la tregua. Están convencidos de que vos y los delivíes elaboraron todo para que pudierais invadir Kez e intentar destronar a Ipille.

—Yo no haría semejante cosa. —Tamas meneó la cabeza.

¿Por qué le estaba dando explicaciones a una espía? La duda se apoderó de su mente. Si Ipille no había lanzado el ataque sobre sus hombres durante las negociaciones con el fin de secuestrar a Ka-poel, ¿quién lo había hecho?

No tenía tiempo de meditarlo. Si Ipille huía y se deshacía de todo su ejército, significaba que tenía alguna clase de plan. No importaba si tenía la intención de obligar a Ka-poel a despertar a Kresimir o si planeaba retroceder hasta su capital y pasar el invierno aumentando impuestos e intentando forjar alianzas entre los Nueve. Tamas necesitaba darle fin a la guerra lo antes posible.

—Preséntate ante el general Arbor, él te conseguirá un lugar donde descansar —dijo por encima del hombro—. ¡Andriya, mi caballo! —Corrió al interior de su tienda y revisó los mapas hasta encontrar uno del sur de Adro.

Treinta minutos después, entró en la tienda de mando de Sulem. El rey de Deliv estaba rodeado por varios miembros de su camarilla real y cinco de sus generales.

—Tenemos que hablar —dijo Tamas.

Sulem acalló los murmullos furiosos de sus generales y de su camarilla levantando la mano.

—Todos fuera —dijo.

En unos momentos, se quedaron solos.

—¿Sabéis leer keseño? —preguntó Tamas.

—Sí.

Tamas le entregó las órdenes de Ipille para sus generales. Sulem leyó la carta dos veces y examinó el sello.

—¿Puedo pedirles a mis Privilegiados que corroboren la autenticidad de la carta?

—Por supuesto.

—¡Vivia! —gritó Sulem.

Un momento después, la Privilegiada con piel color caramelo entró a la tienda y recibió la carta y algunas instrucciones. Luego desapareció.

Tamas comenzó a pasearse por la tienda de mando, con la mente hecha un torbellino. Los sellos reales siempre tenían un dejo de hechicería, como una especie de guarda. Eso permitía que los generales corroboraran su autenticidad en el campo de batalla. Tamas ya había podido detectarlo él mismo, pero Sulem también necesitaba estar convencido.

—Esas son las palabras de un hombre desesperado —dijo Sulem—. Supongo que estaréis satisfecho.

—Está intentando ganar tiempo. Sabe que no avanzaremos sobre Kez mientras esté nevando.

—¿Y qué problema hay? Mis ejércitos ya han arrasado con la Expansión Ámbar. Se retirarán a Alvación y se pasarán el invierno afilando sus bayonetas. Cuando llegue la primavera, aplastaremos cuanta resistencia les quede a los keseños.

Tamas detuvo su deambular. Aún no quería explicarle a Sulem lo de Kresimir y Ka-poel. Tampoco creía que a Sulem le importara demasiado el hecho de que un ejército brudano controlara Adopest.

—Tal vez logre forjar una alianza. Si Starlandia o Novi deciden entrar en la guerra de su lado, esta se alargará durante muchísimo tiempo.

—Novi no se atrevería —dijo Sulem haciendo un gesto con la mano.

Una de las puertas de la tienda se abrió y Vivia regresó. Le entregó la carta a Sulem.

—Es de Ipille —dijo, y se retiró por donde había entrado.

Tamas avanzó hasta la mesa que había en medio de la tienda de Sulem, hizo a un lado varios mapas y misivas y extendió su propio mapa del sur de Adro y lo alisó con la mano.

—No permitiré que esta guerra continúe alargándose.

—¿Tenéis un plan? —Sulem se acercó con curiosidad al escritorio.

—Lo más probable es que los keseños se junten aquí y se preparen para recibirnos —dijo Tamas señalando la entrada norte del Camino de Surkov—. Nos llevan menos de medio día de ventaja. Propongo que hagamos marcha intensa hasta la noche de hoy y todo el día de mañana, y que los tomemos por sorpresa.

El rey deliví frunció el ceño.

—¿Pensáis detenerlos antes de que puedan adoptar una posición defensiva en el Camino de Surkov?

Tamas sonrió.

—Pienso hacer mucho más que eso.

Capítulo 36



Cuando Adamat le dijo al conductor del carruaje que lo llevara a la Compañía Química Flerring, hacia el oeste de Adopest, no se esperaba que se fueran a alejar tanto de la ciudad en dirección al campo.

SouSmith y él descendieron del carruaje a eso de las tres de la tarde del día siguiente de su visita a Uskan. Se detuvieron un momento para estudiar la zona. La compañía química estaba al final de un sendero de tierra, a varios kilómetros del camino principal. Parecía ser un conjunto de más de veinte edificios de varios tamaños dispersos a intervalos regulares por una finca enorme. Por el centro del complejo corría un arroyo que alimentaba un molino.

Cerca del río, a una distancia de varios cientos de metros del resto de los edificios, Adamat se fijó una zona de tierra negra que parecían haber sido los cimientos de otro edificio.

Los peligros de fabricar pólvora.

Adamat se dirigió al edificio de mayor tamaño.

Antes de poder entrar, lo detuvo una mujer con un trabuco en la mano. Le llevaba media cabeza a Adamat, y tenía los hombros de un boxeador. El largo cabello castaño casi le cubría los ojos, y estaba apoyada contra la puerta del edificio. Apuntó el arma perezosamente hacia los pies de Adamat.

—¿Puedo ayudaros?

Vio la porra que le colgaba del cinturón y se preguntó si sería la única guardia. Le pareció poco probable. Las compañías como aquella necesitaban gente para mantener sus secretos a salvo de la competencia.

—Busco a Flerring el Viejo —dijo Adamat.

—¿Tienes una cita?

—No.

—¿Qué quieres?

—Necesito hablar sobre un asunto bastante urgente.

—¿Y qué asunto sería ese?

—Debería hablarlo con el propio Flerring.

La mujer inclinó la cabeza hacia un lado.

—Veré si está disponible. ¿Quién le digo que ha venido a verlo?

—El inspector Adamat.

—¿Vienes de parte del Gobierno?

—Sí.

—Entonces vete y pide una cita. O regresa cuando tengas más matones. No cedemos ante vuestras regulaciones estúpidas.

“¿Regulaciones estúpidas?”.

—¿Acaso supones que soy un inspector del Gobierno?

—Eso es lo que me acabas de decir.

Adamat lanzó una risita y se alisó el frente de la chaqueta con una mano.

—No, no. No soy esa clase de inspectores. Estoy investigando un intento de homicidio.

—¿Y se supone que por eso debería dejarte pasar? —La mujer lo miró con escepticismo y levantó un centímetro el cañón del trabuco.

—Creo que hemos empezado con mal pie —dijo Adamat, levantando ambas manos en un gesto tranquilizador—. Necesito hablar con Flerring acerca de su aceite explosivo.

El trabuco se elevó hasta quedar apuntando al pecho de Adamat.

—Bueno, entonces, definitivamente no podrás entrar.

SouSmith avanzó deprisa y se interpuso entre Adamat y el fusil.

—Baja el arma —le dijo.

—No me importa cuán grandote seas, no…

—Baja. El. Arma. —SouSmith dio un paso adelante.

—SouSmith, no hay problema, no hace falta que esto se desmadre.

De pronto, la mujer bajó el trabuco.

—¿Has dicho SouSmith? ¿Como el boxeador?

—Soy yo. —Las palabras brotaron de SouSmith como un gruñido—. ¿Algún problema?

Una sonrisa ancha apareció en el rostro de ella.

—¡Tío SouSmith! Soy yo, la Pequeña Flerring. Mi padre es Flerring el Puño.

Los puños de SouSmith se aflojaron lentamente.

—¿Todo esto es de ese Flerring? —Resopló—. Sí que has crecido, Pequeña.

Ella le esbozó una sonrisa ancha.

—¿Cuánto ha pasado? ¿Diez años? Las personas crecen durante ese tiempo. No he visto a nadie de la vieja banda desde que papá nos hizo venir a vivir aquí para abrir la fábrica de pólvora.

—Nunca pensé que Flerring fuera químico —dijo SouSmith.

—Mamá es el cerebro. Papá se dedica a hacer las mezclas..., bueno, se dedicaba. Hace dos años, perdió ambas manos en una explosión. Supervisa a más de veinte mezcladores, y ahora dirige el lugar mientras mamá está en Fatrasta.

Adamat se situó junto a SouSmith y se inclinó sobre su bastón.

—¿Crees que podemos ver a tu padre?

—No nos estarás trayendo problemas, ¿verdad, SouSmith?

SouSmith miró a Adamat, y Adamat tamborileó con los dedos sobre el bastón. Imposible saberlo. Si Flerring era quien fabricaba el aceite explosivo, bien podría ser cómplice del intento de asesinato de Ricard. Pero tampoco necesitaban conocer ese detalle. Adamat meneó la cabeza.

—Solo estamos siguiendo una pista. Probablemente no volváis a vernos.

Flerring asintió con la cabeza y abrió una de las puertas dobles que llevaban al edificio.

—Cuidado con lo que tocáis —dijo—. No solemos tener mucha pólvora en el edificio principal, pero nunca se es demasiado precavido.

Entraron en lo que parecía haber sido alguna vez un establo inmenso con capacidad para casi cien caballos. Los cubículos estaban llenos de materias primas, con las puertas marcadas con tiza blanca para indicar qué había dentro. Pasaron por delante de decenas de aquellos cubículos, llenos de barriles y cajas de azufre, salitre, carbonilla, glicerol y ácido nítrico. Todo estaba embalado con serrín y paja, que había de sobra por todo el lugar.

—Todo esto tiene pinta de ser muy peligroso —comentó Adamat.

—Mantenemos todo separado —dijo la Pequeña Flerring—. Ninguno de los ingredientes es particularmente peligroso por sí mismo.

—Hay mucha paja. Un gran riesgo de incendio.

—No se permite hacer fuego a menos de quince metros del edificio. Hacemos todo el trabajo a la luz del día.

Adamat se fijó en que ella había dejado el trabuco fuera. Sí parecían ser muy cuidadosos.

—¿Qué puedes decirme del aceite explosivo?

—Dejaré que mi padre os hable de eso —dijo ella deteniéndose junto a uno de los cubículos. Les hizo un gesto para que entraran en una oficina improvisada.

Había un anciano sentado en un escritorio demasiado pequeño situado en un rincón. El hombre estaba encorvado por la edad y tenía el cabello gris, pero aun así sus hombros eran un poco más anchos que SouSmith. En la pared exterior del cubículo habían hecho una gran ventana, y él se encontraba inclinado sobre un libro. Adamat vio de inmediato las manos del sujeto... o, en realidad, el hecho de que le

faltaban. Sus inmensos brazos terminaban en unos capuchones de hierro. Uno tenía un gancho doble para sujetar cosas; el otro, una pieza de acero con forma de pala.

—Papá, tienes visita —gritó la Pequeña Flerring—. ¡Papá! —Miró a Adamat y a SouSmith como pidiendo disculpas—. Es duro de oído.

—¿Eh? —dijo el hombre volviéndose hacia ellos.

Al ver a unos extraños se puso de pie, y Adamat casi dio un paso atrás. Flerring el Viejo (Flerring el Puño) era inmenso. Se cernía por sobre Adamat y hasta hacía parecer a SouSmith una persona de tamaño normal. El lado izquierdo de su rostro tenía quemaduras y cicatrices, por lo que su sonrisa se veía un tanto torcida.

—¿Ese es SouSmith? —preguntó en voz alta.

—Puño —dijo SouSmith, haciéndole un gesto con la cabeza.

—¿Puño? —Flerring agitó sus brazos sin manos mirando a SouSmith —. Ya no tanto. —Lanzó una risa alegre y larga, casi mecánica.

Los dos gigantones se saludaron y Adamat se presentó. Flerring el Viejo llevó al grupo a una sección del edificio donde habían quitado los cubículos y habían preparado una cómoda sala de estar que incluía varios sofás, sillas y la entrada a una bodega de hielo, donde se metió la Pequeña Flerring. Volvió a salir un momento después con una botella. Sirvió vino frío para todos mientras su padre hablaba.

—Aceite explosivo —dijo él, meneando la cabeza—. Fue nuestro primer gran descubrimiento. Nos ha ido bien en estos años, creando pólvora especializada para el ejército adrano y para la Sociedad Mercantil Brudania-Gurla, pero el aceite explosivo nos iba a hacer estúpidamente ricos.

Adamat se irguió en el asiento al oír el nombre de la compañía de Claremonte.

—¿Hace negocios con la Sociedad Mercantil?

—Sí, como todo el mundo —dijo Flerring—. Y vos pecáis de ingenuo si creéis que nadie lo hace. La compañía es nuestra mayor fuente de salitre. Tenemos otras fuentes, por supuesto, pero controlan prácticamente toda la importación. ¿Dónde estaba? Ah, sí. El aceite explosivo.

—¿Qué me podéis decir al respecto?

—¿Eh?

Adamat repitió su pregunta en voz alta.

—Es un líquido que se logra mezclando... —Flerring hizo una pausa —. Bueno, no os voy a decir nuestros secretos.

—Lo entiendo —dijo Adamat, comprensivo—. ¿Qué me podéis decir sin revelar demasiado? ¿Explota igual que la pólvora?

—Es un explosivo de alta velocidad. Es mucho más destructivo que la pólvora. Y tampoco se necesita demasiada cantidad. Una bola de cristal llena de aceite, del tamaño de mi muñón —dijo Flerring

moviendo un brazo—, es suficiente para partir piedras. Planeábamos utilizarlo para revolucionar la industria de la minería. Pero al final no funcionó.

No se necesitaba ser inspector para detectar un hueco significativo entre “nos hará ricos” y “no funcionó”.

—¿Qué sucedió? —preguntó Adamat.

—Teníamos un químico llamado Borin en nuestra nómina —dijo Flerring—. Buen muchacho, muy listo. Yo había pensado intentar casarlo con la Pequeña —dijo señalando a su hija.

La Pequeña Flerring hizo una mueca mientras le entregaba una copa de vino a su padre.

—Eso no habría sucedido, Papá, y lo sabes.

—Solo dije que lo había pensado, cariño. —Enganchó la copa de vino con destreza y tomó un sorbo—. En fin, hace unos dos años, a Borin se le ocurrió la receta del aceite explosivo. Se pasaba todo el día trabajando para estabilizarlo. Y es que era muy volátil. Al principio, murieron dos mezcladores en un accidente. Explota más por impacto que por combustión, lo que lo hace casi imposible de trasladar.

Impacto. Ese era un dato más que interesante. Adamat pensó en su teoría de que los explosivos habían sido arrojados al interior de la sede de Ricard.

—¿Entonces no llegasteis a vender nada?

—¡Por supuesto que no! ¿Creéis que estoy en el negocio de hacer explotar a mis clientes? He aprendido mi lección con los explosivos. —Flerring se señaló las cicatrices de su rostro con la pala de metal de su mano izquierda—. De hecho, por eso despedimos a Borin. Él quería que se le diera uso al aceite explosivo y le vendió un par de muestras a una compañía minera.

—Entonces ¡él sí lo vendió!

—Sí. La Pequeña se enteró y estuvimos de acuerdo en que ya no podíamos confiar en él. Elaboramos un contrato que nos permitía obtener un porcentaje de las ganancias si terminaba vendiéndole la fórmula a otra empresa y nos separamos amistosamente. Eso sucedió hace tan solo unas dos semanas.

Adamat estaba sentado en el borde de su asiento. Tenía una pista sólida. Una dirección en la que seguir investigando. Si Borin aún tenía la fórmula y se la había vendido a los asesinos frustrados de Ricard, podría rastrearlos.

—¿Podéis decirme dónde encontrarlo? Necesito hablar con Borin.

Flerring intercambió una mirada con su hija.

—Está por allí —dijo moviendo su gancho hacia la derecha—. Y por allí. Y allí.

La Pequeña Flerring esbozó una risita exasperada.

—Eso es de mal gusto, papá.

—Mira, siempre les digo a mis mezcladores y a mis químicos que si vuelan por los aires, es culpa suya.

—No te diviertas a expensas de los muertos, papá.

Adamat sintió una gran desazón.

—¿Borin está muerto?

—Mucho. Tan muerto como se puede estar sin que esté involucrado un Privilegiado enfurecido. La conclusión a la que hemos llegado es que estaba empaquetando sus muestras de aceite explosivo y se le cayó una. Al entrar a la finca, ¿no visteis una mancha oscura junto al río?

—Sí.

—Ahí solía haber un sólido edificio de piedra. Es donde trabajaban nuestros químicos. Ese edificio fue construido para resistir cualquier tipo de explosión. Podría haber resistido un bombardeo de artillería. La explosión se llevó a Borin y todos nuestros experimentos en curso. No quedó absolutamente nada de él, y aún seguimos encontrando fragmentos de piedra por todo el lugar.

Adamat se reclinó hacia atrás y dejó escapar un suspiro.

—Lamento mucho su pérdida.

Flerring se encogió de hombros.

—Nos perjudicó, pero nuestros trabajadores llevan buenos apuntes. Destruyó todo el aceite explosivo que nos quedaba, lo que me parece una gran bendición.

—Papá…

—No me vengas con eso. —Flerring miró a su hija meneando la cabeza, y se volvió hacia Adamat—. Detuve toda investigación sobre el aceite explosivo. Quemé todas las copias de las notas excepto una, y solo yo sé dónde se encuentra. Ese aceite infernal no nos matará a todos mientras yo siga con vida. Una vez que yo muera, mi hija puede volarse por los aires tan rápido como quiera. Pero no antes de eso.

Un callejón sin salida, un punto muerto. Muerto como Borin. No había forma de saber si Flerring les estaba diciendo la verdad sin el químico para corroborarlo. Tal vez Flerring había matado a Borin para cubrir sus huellas. Adamat podría traer un grupo de oficiales y registrar hasta la última piedra, pero no tenía tiempo para eso. Y tal vez SouSmith no se lo perdonara.

—¿Por casualidad sabéis a quién le vendió Borin el explosivo?

Flerring se rascó la cabeza con el gancho.

—A una compañía minera. ¿Sabes cómo se llama, cariño?

—Hay un recibo por algún lado —dijo la Pequeña Flerring—. Veré si puedo encontrarlo.

Ella desapareció algunos minutos. Durante ese tiempo, Flerring y SouSmith hablaron sobre sus días de boxeo. Adamat no pudo evitar asombrarse por lo vigoroso que era el boxeador convertido en fabricante de pólvora, a pesar de sus heridas.

Su hija regresó sosteniendo un trozo de papel que le entregó a Adamat.

—La Coalición Minera Sotomonte —dijo ella.

Adamat iba a alcanzar el papel, pero se detuvo y dejó caer la mano.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Lo recordaré, gracias.

La Pequeña Flerring se encogió de hombros y se guardó el papel en el bolsillo.

—Por casualidad no llegasteis a conocer al representante de esta compañía minera, ¿verdad? —Adamat sintió que el corazón comenzaba a latirle a toda prisa.

—No. Borin negoció con ellos a escondidas de nosotros. De lo contrario, no habríamos estado de acuerdo con la venta.

—¿Y Borin no os dijo para qué lo necesitaban?

—Estaban buscando explosivos de alta potencia —dijo la Pequeña Flerring como si fuera algo obvio.

No estaban llegando a ninguna parte.

—Pero ¿ellos lo buscaron a él?, ¿o él los buscó a ellos?

—Ah. Ellos a él.

—Eso es todo lo que necesitamos saber. Gracias —dijo Adamat poniéndose de pie—. Creo que es hora de irnos. Os agradezco muchísimo vuestra ayuda.

—No me parece que hayamos sido de mucha ayuda —dijo la Pequeña Flerring—. Si llegas a rastrear las muestras que vendió Borin, avísame. Preferiría que fueran destruidas.

—Fuisteis de muchísima ayuda. Y no te preocupes, te avisaré. —Adamat le estrechó la mano a la Pequeña Flerring y, con cierta vacilación, tomó el gancho que le tendía el Puño. Unos minutos después, SouSmith y él se encontraban en el carruaje, de regreso a Adopest.

—Me alegro de haberlo visto —murmuró SouSmith.

Adamat, sumido en sus pensamientos, casi ni lo oyó.

—Me imagino.

—Ha pasado mucho tiempo. La niña ha crecido.

—¿Eh? ¿Estás pensando en sentar cabeza, SouSmith?

SouSmith se rio.

—Es muy joven para mí. —Hizo una pausa—. ¿Por qué tanta prisa por irnos?

Adamat tamborileó con los dedos con entusiasmo sobre el mango de su bastón.

—Porque la Coalición Minera Sotomonte no es una compañía minera —respondió.

—¿Cómo que no?

—Es un club. Un grupo de ladrones y contrabandistas que se hacen llamar hombres de negocios. Se reúnen para beber y para jugar a las cartas en un lugar exclusivo, y oculto, de Adopest. La mayoría de la gente lo conoce como la Sociedad Sotomonte, y resulta que yo soy amigo de uno de sus miembros.

—¿Quién?

—Ricard Tumblar.

*

Nila y Olem persiguieron a la caballería keseña entre las colinas y desfiladeros del Escondite de Brude durante tres días. El primer día, una cubierta de nubes bajas descendió sobre la zona y ocultó los picos de los Leños Calcinados, hacia el oeste. El segundo día, se levantó una niebla espesa. Nila se preguntó si había alguna clase de hechicería detrás de eso, pero ni ella ni Olem detectaron nada extraño en el Otro Lado.

Solo era mala suerte.

Al avanzar por entre los riscos y los recodos de las colinas, Nila no llegaba a ver el final de las líneas de coraceros. El sol estaba velado y todo el mundo parecía gris.

Ya era el tercer día. Nila se encontraba de pie sobre los estribos preguntándose cómo hacían para permanecer sobre la silla de montar durante varias horas seguidas, por no decir durante varios días. Le dolía todo por debajo de la cintura y buena parte de lo que había por encima. Tenía los nudillos rígidos de atenazar las riendas y le dolía la columna por los tumbos del paso de su caballo. La cabeza le daba vueltas después de horas de intentar mantener la visión en el Otro Lado para detectar algo dentro de la niebla. Olem le insistía para que bebiera más agua.

Él estaba montado junto a ella en la cima de una pequeña colina mirando al sur… o tal vez al norte, no estaba segura sin un punto de referencia. Había un gran vacío blanco a sus pies, donde la tierra se sumergía debajo de la niebla, y ella no podía discernir si se trataba de una grieta en el terreno o un valle de un kilómetro de largo.

—La buena noticia —dijo Olem dándole una calada al cigarrillo— es que la niebla los jode a ellos tanto como a nosotros. Van observando el suelo y prestando atención a los ecos en la oscuridad, al igual que nosotros.

Nila se sorbió la nariz. A medida que pasaban las horas, Olem se había ido mostrando más y más optimista. Parecía opinar que cada minuto que se pasaran persiguiendo al Lobo Gurlo en la niebla era un minuto durante el cual él no atacaba los flancos del ejército de Tamas. Lo que, al fin y al cabo, era cierto, a menos que el Lobo Gurlo les hubiera pasado por al lado y ya hubiera regresado a la llanura para

atacar al ejército adrano.

—Tienen una ventaja sobre nosotros —dijo Nila.

—¿Cuál?

—Pueden oler tu cigarrillo desde más lejos que lo que nosotros podemos verlos.

Olem se quitó el cigarrillo de la boca y se lo quedó mirando con amargura. Lo apagó en el cuerno de la montura, ya manchado de ceniza, y lo arrojó a la hierba húmeda.

—Maldición.

Se pasaron algunos minutos en silencio. Luego, Nila preguntó: —¿Cómo es que se comunican en estas condiciones?

—Que me cuelguen si lo sé. No he oído una trompeta desde que comenzó la niebla, así que no es eso.

—¿Será que cuentan con un Dotado?

—Puede ser —dijo Olem pensativo—. Alguien con una audición muy precisa. Hace algunos años oí una historia sobre un par de mellizos Dotados que podían comunicarse a más de cien kilómetros de distancia usando la mente. Me imagino que algo así es menos frecuente que un Privilegiado sanador. —Sacó su tabaco y su papel de fumar del bolsillo del pecho, los miró durante un momento y los guardó lanzando un suspiro—. No, supongo que han hecho lo más sensato y se han agazapado en uno de estos valles para esperar que pase la niebla.

Nila estudió el suelo, centrándose en las huellas de herraduras en el barro, herraduras marcadas por un herrero keseño. Las huellas llevaban al desfiladero que estaba frente a ellos. Los keseños se habían dividido después de huir de su campamento. Sus rastros parecían llevar a todos lados, se cruzaban entre sí y regresaban sin ofrecer un camino claro que seguir.

Y al igual que un sabueso persiguiendo un olor, Olem había seguido pacientemente cada uno de esos rastros. Mantenía la formación siempre compacta, con muchos exploradores, y nunca avanzaba a ciegas hacia ninguno de esos valles ocultos por la niebla.

Todo le parecía muy profesional a Nila, pero no habría tenido idea de nada si Olem no se lo hubiera ido explicando por el camino.

—Estás aprendiendo rápido —dijo Olem.

—¿El qué?

—Todo esto. —Se dio un golpecito en el bolsillo donde llevaba el tabaco—. El humo del cigarrillo. Algo que a mí no se me había ocurrido, pero que sí se le ocurriría a un soldado de caballería keseño. Bien pensado.

Nila inclinó la cabeza.

—Gracias.

—Una Privilegiada de combate —dijo Olem—. Si hace seis meses hubiera debido adivinar en qué cosa extraordinaria te convertirías, es

lo último que se me habría ocurrido.

Nila sabía que se lo estaba diciendo como un cumplido, pero de todas maneras le molestó.

—¿No me crees capaz?

—Ya has demostrado ser capaz.

—Pero tú no lo habrías pensado.

—Eso no es lo que quise decir exactamente.

—¿Y qué quisiste decir, coronel Olem?

Olem sacó el papel de fumar del bolsillo y ya le iba a echar tabaco en el centro, pero hizo una mueca y lo volvió a guardar.

—Los Privilegiados ya nacen así. Tú eras una lavandera. No quiero ofenderte, pero no parecía ser algo que fuera a aparecer en tu camino.

Nila abrió la boca para seguir discutiendo, pero prefirió no hacerlo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Para qué discutía? Olem tenía razón, por supuesto. ¿Una Privilegiada? ¿Ella? Era tan inverosímil que hasta causaba risa.

—Si me permites que te haga un comentario, has estado con los nervios de punta —dijo Olem—. Más allá del culo dolorido.

Nila esbozó lo que quiso que fuera una risa despectiva, pero que le salió poco menos que histérica.

—Podría decirse así.

—El mariscal de campo tiene la costumbre de usar las llamas más ardientes para templar el metal blando —dijo Olem—. No sé si debería haberte enviado a ti.

—O sea, que yo soy metal blando, ¿verdad? No. No es eso. Bueno. Es eso. Pero también muchas otras cosas. Nunca había cabalgado y me duele tanto el cuerpo que quiero ponerme a llorar en todo momento. No he sido probada en batalla, casi no tengo entrenamiento. ¡Y esta niebla infernal! —Elevó la voz demasiado y un coracero la miró.

Olem la oyó imperturbable durante unos momentos.

—Al menos conoces tus fallos —dijo.

—Ah, gracias.

—Es cierto. Lo digo en serio. He conocido muchos oficiales que se creen que su inmaculado bigote puede mover el mundo. No conocer las debilidades propias lleva a que muera gente.

Nila meneó la cabeza y lanzó una risita, y notó aliviada que había sonado un poco menos desesperada.

—Si tan solo supieran que lo que se necesita es una inmaculada barba.

Olem le esbozó una sonrisa ancha.

—Estás en lo cierto. —Su mano ya estaba a medio camino del papel de fumar. Maldijo en voz baja.

—¿Estás con alguien? —preguntó Nila. La pregunta le brotó de los labios antes de que ella pudiera detenerse.

Olem la miró sorprendido.

—¿Eh? Bueno… —dijo él restregándose la nuca—. Algo así. No es algo muy sólido.

A Nila le sorprendió el hecho de que la respuesta le doliera. Ella lo había rechazado a él, después de todo, y eso había sucedido hacía meses. Tal vez tenía la esperanza de que él suspirara por ella un poco más de tiempo—. ¿También militar?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Piernas largas. Cabello negro. Es muy buena en lo que hace.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es lo que hace? —Esbozó una pequeña sonrisa cuando vio que Olem se ruborizaba.

—Es una maga de la pólvora.

Nila lanzó un silbido por lo bajo.

—No te conformas con poco, ¿verdad?

—Nunca lo hice —dijo Olem manteniéndole la mirada. Ella abrió la boca, pero olvidó su respuesta de inmediato cuando Olem levantó una mano—. ¿Oyes eso? —susurró él.

Todo a lo largo de la fila, los coraceros se pusieron alerta. Nila prestó atención, pero no oía nada.

—¿Qué sucede?

Olem apoyó una mano en la culata de su carabina.

—Me pareció oír un caballo allí abajo.

Permanecieron en silencio durante varios minutos. Durante ese tiempo Nila casi no se permitió respirar. En esa breve espera, el miedo y la angustia regresaron. Sintió que el corazón golpeteaba contra su pecho como un pájaro intentando escapar de su jaula.

Una sombra apareció en la niebla del desfiladero. A Nila le pareció que en cualquier momento el corazón se le saldría del pecho, hasta que vio que Olem se tranquilizaba y quitaba el dedo del gatillo de la carabina.

—Es uno de los nuestros —dijo un coracero—. Parece Ganley.

Un caballo emergió de la niebla cargando con un jinete de uniforme azul. Olem gritó un saludo y Nila volvió a sentarse en la montura, intentando encontrar una posición cómoda. No la encontró. Cerró los ojos e intentó alcanzar el estado de meditación que Bo le había enseñado, un lugar entre este mundo y el Otro Lado, donde podría permitir que sus preocupaciones se disiparan.

Nunca lo había alcanzado.

Cuando volvió a abrir los ojos, notó que se había pasado de largo y que había llegado al Otro Lado. Suspiró pensando que al menos allí la niebla no sería un obstáculo. Las colinas se extendían a lo lejos, y vio que el desfiladero que tenían delante era realmente profundo: descendía unos diez metros, con una maleza densa a distancia. Había

cientos de llamas danzando frente a sus ojos como luciérnagas.

Varias cosas sucedieron al mismo tiempo. Primero, ella lanzó un alarido. Segundo, el explorador que regresaba, Ganley, cayó de su caballo y su garganta ensangrentada les sonrió desde el suelo. Tercero, aquellos cientos de luciérnagas de pronto avanzaron a toda velocidad y el retumbar de cascos de caballos la hizo dejar el Otro Lado y regresar al mundo real. De la niebla comenzaron a surgir jinetes keseños con su uniforme verde y canela.

Olem disparó su carabina y le dejó los oídos zumbando. Hubo varios disparos más. Luego la caballería keseña se les echó encima.

Una montura keseña chocó con la suya, lo que hizo tambalearse a su animal. Ella tiró de las riendas y casi se cayó de la montura. Una espada apareció frente a sus ojos. El puño de un uniforme azul apareció en su campo de visión cuando Olem contrarrestó una estocada dirigida a la garganta de ella. Lo oyó gruñir y maldecir, y luego Olem desapareció.

Un dragón keseño se inclinó hacia Nila desde el flanco. Ella casi ni pudo levantar las manos antes de que la guarda de su sable le golpeara la sien. Con la vista borrosa, se aferró al brazo del sujeto, tiró de él y lo aferró de la garganta.

Invocó al fuego del Otro Lado usando su furia y energía para darle fuerza, y se quedó esperando que la cabeza del soldado se desintegrara como un hongo quemado.

No sucedió nada.

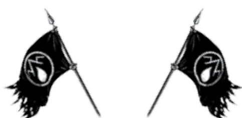
El pánico se apoderó de ella. Se acercó aún más al dragón, hasta que sintió su aliento en el cuello, luchando por alcanzar el Otro Lado. Aún estaba allí, lo sentía en la punta de los dedos, pero no sucedía nada.

La guarda del sable la volvió a golpear. Ella se tambaleó, sin poder usar su hechicería, pero a sabiendas de que si lo soltaba, moriría con la cabeza partida en dos. Le hundió las uñas en la garganta y tiró. El sujeto cesó su ataque, y sosteniéndose con una mano la garganta ensangrentada, la insultó con furia en keseño.

Nila recordó la pistola que Olem le había dado. Aferró la culata con las manos temblorosas y apuntó al dragón.

Él sonrió, y lo último que ella llegó a sentir fue que alguien le tiraba de la parte de atrás de la cabeza y que el mundo se daba la vuelta.

Capítulo 37



—Tres días —dijo Adamat mientras lo hacían pasar a la oficina de Ricard en el hotel Kinnen—. ¡Tres días me llevó conseguir una cita para reunirme no contigo, sino con tu subsecretaria! ¿Qué abismos está sucediendo aquí, Ricard? Pensé que querías que trabajara rápido.

Adamat se detuvo. Ricard estaba encorvado detrás de su escritorio, con el cabello desaliñado. Su chaqueta estaba tirada en un rincón. Tenía unas gafas de cerca apoyadas en la punta de la nariz y un periódico en la mano.

—Por el abismo —dijo—. Parece como si llevaras tres días sin dormir.

Ricard reprimió un bostezo.

—Creo que son cinco. Bueno. Me eché algunas siestas. Aquí y allá. Fell —gritó.

—Aquí estoy, señor.

Adamat intercambió una mirada con Fell, que se encontraba junto a él. Ricard la miró por encima de las gafas.

—Ah, sí. Fell, diles a los muchachos de la entrada que deben dejar pasar a Adamat de inmediato, sin excepciones.

Fell se aclaró la garganta.

—¿Sin excepciones, señor?

—Salvo que esté ocupado. Por las pelotas de Kresimir, eso es obvio. Mira, Adamat, lo lamento. Desde el atentado, cuadrupliqué la seguridad, y sabes cómo son las cosas con semejante logística. Se cruzan las órdenes, y la gente no me puede ver. Es una pesadilla. Deberías haber venido a mi casa.

—Eso es lo que hice. Varias veces. No estabas.

—Señor —dijo Fell—. No habéis salido de esta oficina durante dos días. No pasáis por vuestra casa desde antes del atentado.

Ricard se rascó la cabeza.

—Es cierto. En fin. ¿Vino?

—Son las nueve de la mañana. —Adamat tomó asiento frente a Ricard.

—¿Café?

—Sí, por favor.

—Fell, que alguien nos traiga café. Y pon un poco de whisky en el mío.

—Eso es espantoso, Ricard —dijo Adamat.

—He bebido cosas peores. —Ricard hipó y se golpeó dos veces el pecho con el puño—. Bueno, ¿qué puedes decirme sobre el atentado?

—El atentado se llevó a cabo con algo llamado “aceite explosivo” —dijo Adamat—. Me llevó un tiempo, pero he dado con el fabricante.

—¿Quién es?

—La Compañía Química Flerring.

—Nunca he oído hablar de ellos —rugió Ricard—. Y cuando termine con ellos, serán historia. ¡Los llevaré a la quiebra! ¡Destruiré todo lo que...!

Adamat lo interrumpió.

—Eso no es necesario.

—¿Qué quieres decir?

—Interrogué al dueño y a su hija. El aceite explosivo no estaba listo para la venta. Es demasiado inestable. Uno de sus químicos vendió una muestra a sus espaldas y lo echaron.

—Ya veo. ¿Y el químico?

—Explotó el día siguiente de que lo despidieran.

—Qué oportuno.

—Tal vez. Más allá de si fue un accidente o no, Flerring insistió con que él no habría vendido el aceite, y le creo.

—¿Y eso dónde nos deja? ¿El dueño alegando inocencia y el químico muerto? No me gusta.

—Me dijeron a quién le vendió la muestra el químico.

Un joven entró a la sala con una bandeja de plata sobre la que había dos tazas y una jarra de café. Una vez que las infusiones fueron servidas y el sujeto se retiró, Ricard se inclinó hacia delante.

—¿Quién compró la muestra?

—La Coalición Minera Sotomonte.

Ricard hizo un ruido entrecortado y se escupió café en la pechera de la camisa.

—¿Perdón?

—La Coalición Minera Sotomonte —repitió Adamat—. Que, si no me falla la memoria, es una tapadera de la Sociedad Sotomonte. Es el nombre que se utiliza cuando uno de sus miembros quiere comprar algo con fondos que no sean fáciles de rastrear.

—Si mal no recuerdo —dijo Ricard con voz aguda y contrayendo el rostro, imitando a Adamat—. Condenado Dotado y su condenada memoria. No puedes estar seguro.

—Es la única pista que tengo.

—Tal vez te has equivocado de explosivo. Tal vez se haya usado otra cosa.

—Mientras esperaba mi cita con Fell, aproveché el tiempo —dijo Adamat sacando un papel del bolsillo—. Contraté a Flerring la Joven, la heredera de la Compañía Química Flerring, como experta en mi investigación. Examinó la sede del sindicato y me dio un informe escrito en el que detalla que la explosión fue, efectivamente, ocasionada por aceite explosivo, y que el aceite lo compró la Coalición Minera Sotomonte.

—¿Cómo abismos hiciste que firmara eso?

Adamat se tosió en la mano.

—Le prometí que no les acusaríamos ni a ella ni a su compañía.

—Eres un desgraciado.

—Si necesitamos un chivo expiatorio, el difunto químico servirá. Pero no necesitamos un chivo expiatorio. Solo necesitamos saber la ubicación de la Sociedad Sotomonte.

Ricard se puso de pie de un salto.

—De ninguna manera.

—¿Por qué no?

—¿Qué sentido tiene una sociedad secreta si deja de ser secreta?

—Ellos intentaron matarte.

—¿Ellos? Lo más probable es que solo sean uno o dos de sus miembros. —Ricard maldijo en voz baja—. Fui ascendiendo en el grupo. Soy amigo de esos hombres y mujeres desde hace veinte años. Le di a cada uno de ellos buenos trabajos, oportunidades de negocios. Por el abismo, evité que tres de ellos fueran a la cárcel.

—¿Cuántos miembros son?

—Son... —Ricard cerró la boca—. No debo hablar de eso. Recuerda: sociedad secreta.

—Yo creo que renunciaron a su derecho a mantenerse en secreto cuando decidieron usar la sociedad como fachada mientras intentaban matarte. ¿Alguno de sus miembros es particularmente estúpido?

—No tan estúpido como tú crees. La cantidad de personas en todo Adopest que saben que la Sociedad Sotomonte existe no llega a cincuenta. Brindarle el nombre a una pequeña compañía de pólvora no significa absolutamente nada y, seamos francos, solo sabemos de este aceite explosivo por ti. La policía no notó nada fuera de lo normal en cuanto a la explosión. —Ricard se reclinó hacia atrás y bebió de golpe lo que quedaba de su café. Luego se inclinó hacia delante haciendo una mueca.

—¿Estás bien?

—El café estaba demasiado caliente. —Ricard se repuso y continuó diciendo—: No puedo hacerlo. No puedo traicionarlos así.

—Ellos te han traicionado a ti.

—Solo uno o dos del grupo. ¡Si acaso! Abismos.

—Entiendo que esto es difícil para ti, Ricard. —Adamat se inclinó sobre el escritorio—. Pero volverán a intentarlo.

—¿Cómo puedes estar seguro? Dijiste que solo tenían una muestra.

—Después de examinar la sede, Flerring la Joven dijo que le parecía que las dos explosiones no eran lo suficientemente intensas para suponer que usaron todo el aceite. Puede que aún tengan suficiente para confeccionar varias bombas más.

—Por el abismo.

—Si tú puedes darme el nombre de uno o dos de los miembros de la Sociedad de quienes sospeches, yo puedo seguirles la pista. Necesitaría la ayuda de algunos hombres, pero tal vez podamos averiguar dónde guardan el aceite explosivo, o cuál será su próximo blanco.

—Ya sé dónde lo guardan —dijo Ricard desconsolado.

—¿Dónde?

—En el edificio de la Sociedad.

—¿Guardan un explosivo inestable en la Sociedad Sotomonte? ¿Cómo pueden ser tan tontos?

—No son tan tontos como tú crees.

—Tienes que decirme dónde está.

En lugar de hacerlo, Ricard se volvió y llamó gritando a Fell. Cuando ella apareció en la puerta, le dijo: —Reúne a cinco de mis hombres más discretos.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible. En menos de una hora.

—Sí, señor. ¿Para qué, señor?

—Tenemos que revisar el sótano de este edificio en busca de un explosivo poderoso.

Adamat estaba anonadado ante la rapidez con que Fell había organizado la operación.

Por insistencia de ella, Ricard abandonó el edificio (en apariencia para ir a almorzar con Cheris) y varios de sus lugartenientes más valiosos de pronto debieron retirarse. En menos de treinta minutos, dos hombres y tres mujeres se habían reunido en una habitación vacía del hotel. Adamat supuso que se trataba de miembros del sindicato que se habían ganado la confianza de Ricard, pero que aún no habían recibido labores importantes.

Él se encontraba cerca de la ventana de la habitación. Dos de las mujeres estaban sentadas sobre la cama; la tercera, cerca de la puerta.

Ambos hombres estaban reclinados con la espalda contra la pared. Fell entró en la habitación y cerró la puerta detrás de ella. Todos la miraron atentamente.

Ella comenzó a hablar en voz baja.

—Lo que se diga en esta reunión no sale de aquí, ¿está claro?

Los miembros del grupo se miraron entre sí y asintieron unánimemente. Algunos le echaron una mirada a Adamat y él se preguntó si alguno de ellos sabría quién era él. Reconoció tres de los rostros por habérselos cruzado en algún momento, pero no sabía el nombre de ninguno de ellos.

—Hay una gran probabilidad de que alguien haya plantado una bomba en la base del edificio —dijo Fell. En favor del grupo, ninguno de ellos fue hacia la puerta—. El responsable aún no sabe que lo sabemos, y vamos a revisar todo el edificio deprisa y en silencio hasta que la encontremos. Comenzaremos en el sótano e iremos subiendo. Antes de que lo preguntéis, este trabajo no es voluntario. Si alguno de vosotros abandona el edificio antes de que yo le dé permiso, nunca más encontrará trabajo en el país.

Adamat notó que uno de los hombres había comenzado a sudar violentamente. ¿Miedo? ¿Culpa? La mujer que estaba junto a la puerta tragó saliva.

—Dicho esto —continuó Fell permitiéndose esbozar una leve sonrisa —, una vez que encontremos la bomba y nos deshagamos de ella, cada uno de vosotros será bien recompensado. Recibiréis ascensos dentro del sindicato y una suma de dinero nada despreciable. El inspector Adamat y yo dirigiremos la búsqueda. ¿Alguna pregunta? ¿Sí, Draily?

La mujer que estaba junto a la puerta bajó la mano.

—Yo no tengo ni idea de bombas. ¿Cómo voy a poder ayudar?

Adamat intervino antes de que Fell pudiera responder.

—Nadie sabe nada acerca de esta clase de bombas. No es pólvora, sino algo llamado “aceite explosivo”. No reacciona a la llama, sino a los impactos, lo que significa que nuestra búsqueda debe efectuarse con el mayor de los cuidados. Manejadlo todo con suavidad y, en el nombre de Adom, ¡no dejéis caer nada!

—Entonces, ¿qué abismos estamos buscando? —preguntó el hombre sudoroso con la voz tensa.

—No lo sé —admitió Adamat—. Una especie de contenedor. El aceite explosivo fue vendido en diez ampollas de cristal tapadas con corchos. Nuestro sospechoso puede haber volcado el aceite en otro contenedor, o puede seguir en esas mismas ampollas. Examinaremos exhaustivamente todo líquido que haya en el edificio.

—¿Esto tiene algo que ver con el atentado de la sede del sindicato? —preguntó una de las mujeres de la cama.

—Posiblemente —dijo Adamat. No necesitaban saber más que eso—.

¿Alguna otra pregunta?
Todos menearon la cabeza.
—Bien —dijo Fell—. ¡Tened mucho cuidado! Si encontráis algo sospechoso, avisad de inmediato al inspector Adamat. Sin escándalos. Con la mayor discreción posible. Ahora, todos al sótano.
Adamat se acercó a Fell mientras los demás salían de la habitación.
—El moreno —dijo Adamat.
—¿El pequeño Will?
—Sí. Algo en todo esto lo puso más nervioso que el abismo. Sepáralo y ponlo bajo custodia.
Fell asintió y salió de la habitación detrás de Will. Adamat pasó por delante de ellos en el vestíbulo; Fell tenía la mano apoyada sobre el hombro del sujeto, cuya camisa tenía el cuello empapado de sudor. Adamat siguió al resto del grupo a la bodega. Se repartieron faroles deprisa, entre susurros. Él sostuvo el suyo en alto y aferró con fuerza su bastón. Descendió al húmedo sótano de piedra con un escalofrío recorriéndole la columna.
Cuando llegó abajo, los cuatro trabajadores sindicales lo miraron, y él se dio cuenta de que Fell aún no había bajado. Una sospecha repentina se apoderó de él. Si uno de ellos estaba involucrado en el complot de la bomba, tal vez lo atacaran. De pronto, estaba midiendo a cada uno de ellos, planeando la mejor manera de defenderse.
Unos momentos después, se dio cuenta de que lo seguían mirando.
—Bueno, comenzad.
—Eh, señor —dijo Draily—. Mirad.
Adamat se sobrepuso a su temor y avanzó hacia el grupo. Se encontraban en un pasillo abovedado y largo, con paredes de piedra. Hacia la derecha comenzaban decenas de nichos que se extendían por debajo del hotel. En el extremo más lejano del pasillo había una puerta baja y pesada.
Draily estaba señalando el primer nicho. Adamat iluminó el nicho con su farol y miró hacia el interior.
—Solo es vino —dijo él.
Ella puso los ojos en blanco.
—¿Lo es?
—Ah. —Entonces lo entendió. Por supuesto. Cualquiera de aquellas botellas podía ser la bomba o las bombas que estaban buscando. Sería el mejor lugar para ocultar algo así: a simple vista. Adamat tamborileó con los dedos sobre su barriga.
—Revisad todo lo demás —dijo—. Yo me fijaré en el vino.
El resto del grupo fue a los otros nichos, y Adamat comenzó a inspeccionar el vino. De una mirada calculó que debía de haber más de dos mil botellas, y se preguntó si esa era la otra parte de la colección de vinos de Ricard, o si solo era que el hotel estaba muy bien abastecido.

Se quitó la chaqueta, la colgó de un gancho de la pared y se arremangó. Comenzó a examinar cada botella, comenzando por la fila más alta. Las había de todas clases. Algunas eran esbeltas y de un color pardo oscuro, mientras que otras eran verdes y regordetas, con el cuello largo.

Revisó la consistencia; el grosor de la capa de polvo, la posición de las etiquetas, y la forma y tamaño de las propias botellas. Comenzó a sentir una creciente desesperación; si se había ocultado el aceite explosivo dentro de una botella, sería imposible de encontrar. Un hotel como ese abría botellas de vino a una velocidad alarmante. Algunas estaban allí hacía meses o años, y esas eran fáciles de detectar por la capa de polvo que las cubría, pero había al menos unas ochenta botellas que habían sido manipuladas recientemente.

—¿Realmente suponéis que nuestro asesino es tan retorcido? —dijo la voz de Fell desde el pasillo.

Adamat no levantó la vista.

—Tendría que ser un idiota para no ver la oportunidad —respondió —. No sé cómo proseguir sin tener que abrir decenas de botellas para revisar su contenido.

—Supongo que será el último recurso —dijo Fell—. Ya sabéis cómo es Ricard con su vino.

—¿Es que acaso preferiría beber una copa de aceite explosivo?

—Tendré que hacerle ese comentario. —Hizo una pausa—. ¿Estáis seguro de que está aquí?

—Ricard estaba seguro —dijo Adamat—. Es todo lo que tengo.

—Puede que esté equivocado.

—Sí, claro, es una posibilidad —dijo Adamat—. Pero si tiene razón…

—No vale la pena arriesgarse. Y sobre Will, el hombre que me indicasteis.

—¿Has averiguado algo? —Adamat interrumpió su búsqueda por un momento y miró esperanzado a Fell.

Si resultaba que habían dado con un conspirador, tal vez tuvieran un golpe de suerte. La ciencia de la investigación prácticamente dependía de los golpes de suerte.

—Solo está nervioso —dijo Fell—. Su padre trabajaba en una fábrica de pólvora y murió hace dos años en una explosión. A Will lo aterran las explosiones. Debería haberlo recordado. El pobre se meó encima cuando le prohibí salir del edificio.

Adamat volvió a prestar atención a las botellas.

—Qué lástima.

Oyó un tintineo.

—Marcad el lugar por donde vais y venid conmigo —dijo Fell—. Pondré un hombre a vigilar que nadie toque el vino. Necesitamos revisar la Sala Sotomonte.

—¿Eh? —Adamat hizo una nota mental de la bodega y siguió a Fell por el pasillo hasta la sólida puerta que había al final del sótano. Ella la abrió con llave y tiró para abrir la puerta, y la tensión de sus hombros dio testimonio del peso.

Adamat se sorprendió al ver que adentro había otro pasillo largo. Sostuvo el farol en alto y miró a Fell.

—Vamos.

Comenzó a caminar lentamente por el pasillo, aferrando aún su bastón. Por un momento se preguntó cuánto confiaba en Fell. Se suponía que debía ser leal a Ricard durante todo el tiempo que durara su contrato. Pero ¿y si eso era mentira? ¿Podría haber planeado ella el atentado? Fell podía matarlo ahí mismo sin mayor problema, ocultar el cuerpo y decirle a Ricard que se había ido. La mente de Adamat se paseó zumbando por entre varios de los motivos que Fell podría tener, y todas las razones por las que consideraba que estaba equivocado. Para cuando llegó al final del pasillo, seguía igual de preocupado y con una mayor certeza de que no tendría la más remota posibilidad de vencer a Fell en una pelea.

Su farol proyectó unas sombras inquietantes en el enorme salón cuadrado que había al final del pasillo. Fell pasó junto a él y comenzó a encender candelabros en las cuatro paredes hasta que el salón quedó iluminado. El lugar tenía el mismo aspecto que los cientos de clubes de caballeros que había por todo Adopest; las paredes estaban cubiertas de terciopelo y los candelabros eran de metal pulido. Había divanes y sofás para unas diez o doce personas, y en el centro del salón había una mesa de cartas tapizada en terciopelo para seis jugadores.

En un rincón había un montaplatos, que seguramente llevaría a la cocina, una reserva más pequeña de vino y un barril de cerveza sin abrir. En cada extremo del salón había lo que parecía ser una chimenea pero que, al observar más en detalle, resultaba ser una salamandra con fachada de piedra.

—Entonces, ¿esta es la Sociedad Sotomonte?

Fell terminó de encender los candelabros y apagó su farol.

—Sí.

—¿Ha estado aquí siempre? —Adamat recordó haber oído hablar por primera vez de la Sociedad Sotomonte hacía trece años, y sabía que era mucho más antigua. Ricard era dueño del hotel hacía solo seis.

—Solo desde que Ricard compró el lugar. No me dijo dónde se reunían antes.

Adamat señaló el pasillo.

—¿Van a...?

—Pueden venir a revisar el salón. No debería llevarles demasiado tiempo. Solo evitad mencionar la... bueno, ya sabéis.

Los buscadores de Fell terminaron de revisar los nichos que tenían

asignados. Luego pasaron al salón más grande y buscaron detenidamente en cada recoveco sin hacer comentarios ni preguntas acerca del propósito del lugar. Adamat regresó a la bodega y siguió examinando las botellas.

Su frustración siguió en aumento. Hasta la última pizca de su instinto le decía que el aceite explosivo debía de estar oculto allí. Era un lugar demasiado bueno para cualquier secuaz con medio cerebro. Si el responsable tenía el cerebro completo, el aceite habría sido embotellado con cuidado y colocado entre los vinos menos usados. Adamat maldijo en voz baja y trató de recordar los últimos vinos de moda entre los amigos y colegas de Ricard; esos serían los más fáciles de descartar.

Los buscadores subieron a la siguiente planta, Adamat casi ni notó que pasaban.

Debió de haber transcurrido una hora cuando oyó que había alguien en la escalera del sótano. Reconoció las pisadas suaves de Fell.

—¿Algún avance arriba? —le preguntó.

Fell apoyó su farol sobre un barril de vino que había en el rincón.

—Nada. Es un hotel grande, es un trabajo lento para solo cuatro personas. ¿Algún avance aquí?

—Hasta ahora, he podido reducir las botellas posibles a unas treinta y tantas —dijo Adamat.

—¿Estáis seguro de que estáis poniendo vuestra energía en el lugar correcto? Después de todo, creería que sería obvio si se hubiera descorchado alguno de estos vinos.

—Claro que sí. Pero puede que lo hayan hecho en otro lado y que después hayan traído la botella. —Adamat suspiró y devolvió una a su lugar—. Debería haberle preguntado a Ricard si recientemente alguno de sus invitados le había traído algún vino nuevo.

—Todos lo hacen —dijo Fell.

Adamat miró los estantes donde había dejado las botellas más probables.

—Dile que me haga una lista. La única forma de saberlo con certeza es abrir cada botella. O, para más seguridad, llevarse todo el lote fuera de la ciudad y arrojarlo desde un risco alto.

—Eso a Ricard le… molestaría. Ya perdió la colección que tenía debajo de la vieja sede. Ya sabéis cómo es él con su vino.

—Seguramente la gerente del hotel quiera destriparme por descolocarle el sistema que seguramente tenía implementado aquí. Bien podría enfurecer también a Ricard. Trae a alguien que me ayude a llevar estas arriba. —Adamat se frotó las sienes—. Por el abismo, ¿cómo voy a hacer para llevármelas de la ciudad? Por lo que me dijo Flerring, es una mala idea transportarlas en carruaje. El camino está lleno de baches.

—¿Señora? —dijo una voz desde las escaleras del sótano.

Fell salió al pasillo y respondió.

—¿Sí?

—Creo que hemos encontrado algo.

Adamat se puso de pie a toda prisa. Siguió a Fell por la escalera, donde esperaba Draily. La mujer los llevó a ambos a la cocina y se detuvo junto al cajón de la vajilla.

—Tuve que pedirle a la gerente que me lo abriera. —Abrió una de las puertas y se arrodilló frente al cajón—. Podéis verlo vos mismo. Yo no quiero meter la mano.

Adamat se tumbó sobre el suelo de madera frente al cajón y tomó el farol de Fell.

En el estante de más abajo, detrás de unas fuentes de plata, había un cajón de madera. En su interior había ampollas con corchos colocados, y cada una de ellas contenía un líquido transparente. De pronto, sintió que el corazón le retumbaba en los oídos.

—Por el abismo —dijo.

—¿Está ahí?

—Sí.

Fell dejó escapar un sonoro suspiro de alivio.

—Manda a llamar a Flerring la Joven —dijo Adamat—. Será mejor dejar que uno de sus profesionales se encargue de esto. Pon una fuerte custodia en esta sala, pero intenta ser discreta. Y manda a llamar al personal de cocina. Quiero aquí a todos y cada uno de ellos esta misma tarde para interrogarlos.

Fell gritó las órdenes a su gente. Adamat sintió la mano de ella en el brazo.

—Excelente trabajo, inspector.

—Aún no me lo agradezcas —dijo Adamat tumbado en el suelo, sin poder quitarle los ojos de encima a las ampollas inocuas en apariencia, pero llenas de aceite explosivo.

—¿Por qué?

—Faltan dos botellas.

Capítulo 38



Tamas avanzó entre los juncos de la orilla del río, con la helada agua del Bajo Ad llegándole a las rodillas.

Llevaba una pistola en el cinturón, la otra en la mano apuntando al cielo y la espada a su lado dejando una leve estela contra la corriente del río. Era una noche fresca; los sentidos de Tamas, aumentados por la pólvora, le permitían ver su propio aliento. A su izquierda un pez saltó en el agua; Andriya se sobresaltó detrás de él.

—Shh —dijo Tamas en voz baja—. No te me pongas nervioso.

Tamas ya estaba listo para reprenderlo por algún comentario sagaz, pero Andriya se comportó. Siguieron avanzando; las ranas guardaban silencio al verlos pasar, pero no había señales de alarma en la fortaleza que tenían delante.

En realidad, "fortaleza" era una exageración. El edificio de piedra solo tenía dos plantas, con una muralla de poco menos de cuatro metros que se extendía desde la orilla del río unos treinta metros hasta el camino principal. La finca no era más que un puesto de control donde los oficiales del Gobierno revisaban los carros del camino y las barcazas del río en busca de contrabando y evasores de impuestos en viaje entre Adopest y Budwiel.

Antes de la revolución, en el lugar solía haber solo unos ocho o diez siervos de la corona. Al pasar por allí, los keseños habían reforzado todo el edificio. Habían colocado cañones de bajo calibre a lo largo de la muralla y, en el extremo del muelle de piedra que se metía en el Bajo Ad, una pieza de artillería de siete kilos. Tamas supuso que habían dejado una guarnición de al menos cuarenta hombres.

Se acercó a la base del muelle con la mirada fija en la parte superior del puesto de control. Había unas antorchas iluminando la pared, y llegó a ver el vaivén de una bayoneta que dejó en evidencia la presencia

de un guardia.

Algo le tocó el brazo. Tamas se detuvo y miró hacia atrás. Andriya señaló los juncos y, tras un momento, Tamas divisó un nido desde el que un ganso joven lo miraba furioso.

Se metió un poco más en el agua para evitar el nido, se guardó la pistola en el cinturón y se ciñó la espada contra el muslo. Levantó las manos hasta que pudo sentir el saliente de piedra por encima de él, y con un movimiento rápido, subió al muelle.

Sacó el cuchillo de su cinturón y se dirigió en silencio hasta la pieza de artillería que había al final de la estructura de piedra. Había un centinela keseño recostado contra el cañón; Tamas pudo oír sus ronquidos suaves. El soldado se puso rígido cuando el cuchillo de Tamas lo penetró entre las costillas. Un momento después, su cadáver yacía detrás del cañón. Tamas miró hacia el puesto de control justo a tiempo para ver a Andriya, silencioso como un búho en pleno vuelo, escabullirse sobre las almenas que había en la segunda planta. Luego oyó un gruñido de dolor y tuvo que recordarle a su corazón exaltado que podía oír mucho mejor que los guardias que había dentro.

Atravesó la puerta de entrada del puesto de control. Si la memoria no le fallaba, la habitación de la guarnición estaba en el primer piso. Se detuvo en el hueco de la escalera al oír un sonido que le llamó la atención. Regresó sobre sus pasos y pasó por delante de la puerta que salía al muelle.

En el diminuto comedor, había cuatro soldados keseños jugando a los dados a la luz de un farol. Tamas los observó a través de una rendija de la puerta. Tres hombres y una mujer. Estaban concentrados en su juego y, probablemente, un tanto borrachos. Decidió encargarse de los que estuvieran durmiendo arriba.

Estaba a punto de alejarse cuando la puerta se abrió repentinamente y casi le golpeó el rostro. Saltó hacia atrás y un quinto guardia se lo quedó mirando sorprendido.

Tamas le clavó el cuchillo en la garganta, lo hizo meterse en la sala y lo empujó sobre la mesa principal. Los otros cuatro se pusieron de pie de un salto y corrieron a buscar algún arma. Tamas fue más veloz. Tiró del cuchillo y le atravesó la garganta a un segundo guardia, antes de clavárselo en el corazón a un tercero. Pasó de un solo salto por encima la mesa con el trance de pólvora cantando por sus venas. Su pie aterrizó en el banco que había al otro lado, pero este cedió con su peso y él casi no tuvo tiempo para maldecir.

Tropezó, se tiró al suelo y rodó a través de la sala. Se puso de pie junto al cuarto guardia justo en el momento en que el sujeto se volvía hacia él con una pistola. Tamas extendió los sentidos y anuló la ignición de la pólvora en el momento en el que el martillo del arma se accionaba. Le quitó la pistola de la mano al guardia y le golpeó tan

fuerte el rostro con la culata que llegó a oír que le partía el cráneo.

La quinta guardia corrió hacia la puerta. Tamas sacó el cuchillo de su bota y se lo lanzó. La hoja se le clavó justo debajo del omóplato. Ella lanzó un alarido, se tropezó y extendió una mano hacia la espalda para intentar llegar al mango. Tamas atravesó la sala y le rompió el cuello.

Recuperó ambos cuchillos y tomó posición junto a la puerta. El silencio era ensordecedor. ¿Dónde estaban los refuerzos? ¿Dónde estaban los guardias que habían estado durmiendo?

Un único par de botas resonó en la escalera de piedra. Tamas echó un vistazo y vio que aparecía Andriya. Estaba cubierto de sangre, pero al parecer no era suya.

—Estáis haciendo mucho ruido —le dijo Andriya.

Tamas dejó escapar un suave suspiro de alivio. Limpió los cuchillos y subió al primer piso con Andriya. Pasaron por delante de la habitación de las literas, donde Tamas oyó un suave estertor de muerte.

—Encárgate de eso —dijo.

En el techo, dos centinelas yacían en unos charcos de su propia sangre. Tamas se protegió la vista de las antorchas encendidas y estudió el Camino de Surkov, hacia el sur. Para su sorpresa, no vio nada: ni fogatas, ni reservas keseñas acampando. A distancia le pareció ver las antorchas del Castillo Intermedio, y mucho más allá las luces titilantes de Budwiel.

Todo el ejército keseño ahora se encontraba hacia el norte.

Tomó una de las antorchas y la agitó dos veces. En cuestión de segundos, el terreno hacia el norte del puesto de inspección parecía un mar de siluetas oscuras; los soldados adranos avanzaban. Un momento después, Andriya se le acercó.

—¿No hemos hecho esto ya? —preguntó Andriya—. Esto de ir detrás de las líneas enemigas. Recuerdo que no terminó muy bien.

Tamas le echó una mirada. De alguna manera, se había manchado con aún más sangre. Considerándolo un poco, Olem podía no ser un asesino tan eficiente como Andriya, pero era mucho mejor compañía.

—Deberías cambiarte el uniforme.

—No tengo otro.

—Eso es tener poca visión de futuro.

Andriya se lamió un poco de sangre de la punta del dedo con una sonrisa no del todo humana.

—Mañana trepamos las murallas de Budwiel. Quiero que, cuando me vean, los condenados keseños sepan lo que les espera.

—Si insistís. —Andriya no decía “señor” cuando estaba así de enardecido. Matar keseños era lo que más disfrutaba en el mundo—. Solo manteneos contra el viento respecto de mí.

Tamas se volvió y observó a más miembros de su ejército emerger

de la oscuridad. La vanguardia ya había rodeado el puesto de control y sobre el camino se veía la serpiente oscura y larga que era su ejército marchando en la oscuridad. En el río, a su derecha, aparecieron varias barcazas surcando el agua en silencio, cargadas con artillería pesada.

—Al abismo con el ejército keseño —dijo Tamas—. Nada me detendrá ahora.

El primer instinto de Nila en cuanto se despertó fue el de lanzar un alarido. Para evitarlo, se mordió la lengua con tanta fuerza que casi se la cortó. Tenía las manos atadas detrás de la espalda, y al abrir los ojos solo vio oscuridad. El miedo amenazaba con dominarla por completo. La adrenalina le recorría las venas y le anulaba por completo la rigidez de los miembros y la molestia de la larga cabalgata.

Se deslizó hacia el lugar entre el mundo real y el Otro Lado. Fue algo casi instintivo. De hecho, pasaron varios minutos antes de que se diera cuenta de lo que había hecho. Su respiración se calmó, el corazón ya no le palpitaba. El mundo flotaba frente a ella en una bruma transparente. Bo le había dicho que aquel era un buen lugar para calmarse y pensar, pero le había advertido que su cerebro no recibiría la información necesaria para analizar su entorno. Los sonidos se oían acallados, y hasta la sensación de estar tocando el suelo con las piernas se le antojaba distante.

Con precaución, abandonó ese lugar y regresó al mundo real. Y con el mundo real, también regresaron todo el dolor y las molestias de seguir viva. Nila no pudo evitar lanzar un leve gemido.

A su alrededor ganó nitidez un campamento en medio de la noche. Oyó que hablaban en voz baja, el crepitar de una fogata cercana y unos relinchos suaves que provenían de la oscuridad. Ella estaba tumbada de lado, con el brazo izquierdo dormido. Un olor a vómito le picó en las fosas nasales, y unas costras alrededor de la boca le dejaron en claro que el vómito era suyo.

Pestañeó para quitarse las lágrimas de dolor de los ojos, y notó que estaba ante un rostro magullado y cubierto de sangre. El sujeto estaba tumbado de lado, frente a frente con ella. Le habían desnudado el torso y tenía unas líneas negras en los hombros y en los brazos: lo habían azotado y golpeado hasta dejarlo en carne viva. Tenía las manos atadas detrás de la espalda. Tal inhumanidad le dio ganas de retroceder horrorizada.

No se atrevió a hacerlo. Si se movía, sabrían que estaba despierta y tal vez recibiera un trato similar. Si tenía suerte.

El corazón volvió a latirle a toda prisa, y la calma a la que había llegado comenzó a desvanecerse poco a poco, como granos de arena por entre los dedos. Le temblaron los brazos y entonces…

Reconoció al hombre que yacía frente a ella.

Se trataba de Olem.

Se tragó un insulto. ¿Seguía con vida?

—Olem —le susurró olvidando su propio dolor—. ¡Olem!

Sus ojos se abrieron mucho más lento de lo que Nila hubiera preferido. Pasaron varios segundos hasta que vio que la reconocía. Tenía la barba apelmazada contra el rostro por la sangre, pero aun así vio que la comisura de los labios se le elevaba.

—Me alegro de verte despierta —dijo tosiendo.

—¿Qué abismos te han hecho? —susurró ella.

—Solo algunas preguntas.

—¡Te han dado una paliza!

—No les gustaron las respuestas.

Quiso preguntarle qué sucedería a continuación, pero le pareció un tanto insensible.

—Qué animales.

—Sí. —Olem cambió levemente de posición y gruñó de dolor—. Por el abismo, esto ha dolido.

—Tienen que darte medicamentos. Gritaré hasta que lo hagan. ¿Cómo pueden hacerle esto a un prisionero de guerra?

—Shh —dijo él—. No digas una palabra. Quédate quieta todo el tiempo que puedas. La mayoría de ellos están dormidos. No te molestarán hasta la mañana.

La calma de ella ya había desaparecido por completo.

—¿Y si los despierto?

—No lo sé. El oficial al mando es el Lobo Gurlo. Es capaz de casi cualquier cosa. Los demás no son mucho mejores.

—Incendiaré todo el campamento.

Olem meneó levemente la cabeza haciendo una mueca.

—No saben que eres una Privilegiada.

—¿En serio?

—No tienes guantes, ¿recuerdas? Les dije que eres mi secretaria.

Nila intentó regresar al lugar entre la realidad y el Otro Lado, pero no tuvo éxito. No podía creer que todo hubiera salido tan mal. En un momento habían estado solos, y al siguiente aquellos keseños habían brotado de la niebla para matarlos a todos.

—Estamos acabados. ¿Han matado a todos los nuestros? —preguntó ella.

Olem había cerrado los ojos, y por un momento ella pensó que había perdido el conocimiento.

—No —respondió él—. No esperaban que estuviéramos todos en formación cerrada. Fue una lucha violenta. Después quedé separado del resto del regimiento. Estuve prestando atención. Capturaron a quince o veinte de los nuestros y mataron unos cuantos más, pero el resto de los muchachos sigue por allí.

—Entonces, ¿hay esperanzas?

Olem no le respondió a eso.
—Estuve prestando atención —repitió—. Planean enviarle mi cabeza a Tamas. Probablemente, contigo. Es la mejor oportunidad que tienes de salir de aquí.
—¡No! —dijo ella en voz un poco más alta. Cuando vio que nadie parecía haberla oído, continuó—. ¡No se atreverían!
—Están sembrando el miedo y la duda. Intentan desviar a Tamas del rastro de Ipille. Mi cabeza les parece una buena idea.
—Intentaremos huir —dijo Nila—. Nos escabulliremos en medio de la noche. Podemos...
Olem meneó la cabeza de nuevo.
—Es demasiado peligroso. Te matarían a ti también. Esta es la mejor manera. Por eso les dije quién era.
—Olem. —La voz se le quebró; se aclaró la garganta—. Olem, no digas eso.
—No hay problema —dijo él arrastrando las palabras. Ella vio que la cabeza se le aflojaba. Estaba a punto de desmayarse.
—¡Olem, mantente despierto!
No hubo respuesta. Nila intentó despertarlo varias veces más, pero supuso que, salvo un cubo de agua fría, nada serviría. Rogó en silencio que él no fuera a morir allí mismo.
Se tumbó de espaldas y observó su entorno. Alrededor de las fogatas había siluetas roncando en sus sacos de dormir, y ya no se oía ninguna conversación. Olem y ella no parecían estar custodiados, y eso le resultó extraño. Lo tuvo que considerar durante un rato para darse cuenta de por qué no necesitaban una guardia personal. A él lo habían golpeado casi hasta matarlo, y ella solo era una secretaria que, por si fuera poco, estaba inconsciente.
Se extendió hacia el Otro Lado y lo tocó. Sintió el picor del fuego en sus muñecas raspadas y las cuerdas que la sujetaban se derritieron. Un leve aroma a cáñamo quemado le llegó a la nariz y enseguida quedó libre.
Con cuidado, despacio, se puso de pie. Le revisó el pulso a Olem (seguía con vida, gracias a Adom) y comenzó a moverse deprisa por el campamento. Nadie le prestó la más mínima atención. No había nadie despierto; y si lo hubiera, la niebla, aún densa, se lo habría impedido. Unos minutos después, pasó por delante de la última fogata.
Luego se tropezó, literalmente, con el primer centinela. Estaba recostado sobre un matorral, con el mosquete sobre el pecho, dormitando tranquilo hasta que su pie se tropezó con él. Se despertó de golpe lanzando una exclamación de sorpresa. Ella vio el contorno de su rostro en la oscuridad. Vio que sus ojos percibían su uniforme azul y que su boca se abría para gritar una advertencia.
Lanzó la mano hacia delante y lo aferró por la garganta.

No permitiría que Olem muriera por su seguridad. No se permitiría a sí misma ser golpeada y humillada y utilizada por unos extranjeros salvajes.

Una llama azul refulgió y ella sintió que la carne de él cedía. Apretó la mano y la carne se derritió y la sangre caliente chisporroteó entre sus dedos. Cerró la mano alrededor de la columna, y esta también se deshizo. La cabeza cayó rodando por el matorral.

Un momento después, Nila huía a toda velocidad. No tenía tiempo para pensar en aquel asesinato. Solo era uno más de todos los que había cometido durante las últimas semanas. Tenía que escapar. El quiebramagos tal vez habría percibido su hechicería; podría ir tras ella en cuestión de minutos.

Fue recorriendo las colinas usando su tercer ojo, intentando resistir las náuseas. Entre la oscuridad y la niebla, su vista normal no le serviría para nada. Corrió y corrió, obligándose a seguir avanzando a pesar de que deseaba gritar de dolor con cada paso que daba. Los muslos le dolían por la cabalgada; el cuerpo, por pasar la noche con las manos atadas. Le caían lágrimas por las mejillas y tenía el estómago revuelto como si se hubiera pasado semanas en altamar.

Pasaron horas. Se detuvo en la cima de cada colina para oír si la estaban persiguiendo, pero no había sonido alguno. Corrió a ciegas; entre la oscuridad y la neblina, le resultaría imposible orientarse. Sabía que, por ahora, necesitaba alejarse lo más posible de los keseños. A pesar de que todas las colinas le parecían iguales en el Otro Lado, intentó memorizar cada una de ellas, arrancando hierba o apilando rocas cada vez que podía. Tenía la esperanza de que, a la luz del día, pudiera guiar a la caballería adrana por el camino que ella había recorrido.

Era la única esperanza de que Olem sobreviviera.

La luz de la madrugada tiñó la niebla. Nila ya no podía mantener el tercer ojo abierto. El agotamiento le invadía los sentidos. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para seguir corriendo a tropezones entre los matorrales húmedos del rocío. Tenía el uniforme rasgado y empapado; las botas, llenas de agua. Se llevó los brazos al pecho, temblando con violencia.

Se detuvo a descansar en la base de uno de los incontables barrancos que había atravesado. Con los dedos rígidos, usó lo que le quedaba de fuerza para conjurar un nimbo de fuego del Otro Lado. ¡Al abismo con sus perseguidores! ¡Necesitaba calor! La llama le envolvió las manos, los brazos. Sintió que el calor se iba abriendo paso hasta sus huesos. Sus temblores fueron disminuyendo lentamente. De su ropa brotó vapor, y lanzando una maldición de sorpresa, se dio cuenta de que la llama le envolvía el cuerpo entero.

El fuego se apagó, y ella se quedó de pie en el fondo del barranco, en

un mundo que había vuelto a ser frío y húmedo. Lo único que deseaba era acostarse en la tierra y dormir. Al abismo los keseños. Al abismo el mariscal de campo Tamas.

En su mente, tuvo una visión del rostro de Olem, con la barba manchada de sangre y la piel hecha jirones. Eso fue todo lo que necesitó para comenzar a trepar por la ladera del barranco.

El sol comenzó a evaporar la bruma. Si la niebla se despejaba, ella podría orientarse. Se dirigiría hacia el este con la esperanza de que el resto de los rifleros estuvieran buscando el campamento keseño para salvar a Olem. Era arriesgado, sobre todo si los keseños, por su parte, la estaban buscando a ella. Pero no tenía alternativa.

No mucho después de su descanso, le pareció oír algo en el viento. ¿Un relincho, tal vez? Los picos y valles del Escondite de Brude le hacían oír cosas. Subió con dificultad la siguiente elevación y se detuvo para escuchar, intentando ver algo en la bruma matutina.

Le pareció oír un grito. Pero no sabía si había sido en keseño o en adrano. Era imposible situar el origen del sonido. “Por favor. Por favor, que sean adranos”, pensó. Crispada, siguió prestando atención con la cabeza inclinada, hasta que lo oyó de nuevo.

El sonido provenía desde detrás de ella. Nila volvió a moverse, avanzando con cuidado. Era posible que un grupo de exploradores adranos la hubiera adelantado. Después de todo, en aquel momento no distinguía el sur del norte. Podía estar dirigiéndose en cualquier dirección.

Otro grito. Al oírlo, los sentidos de Nila se erizaron y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. No había sido del todo inteligible, pero le había sonado keseño.

A sus oídos llegó el traqueteo de unos cascos de caballo golpeando contra la piedra. Ella había atravesado una serie de piedras planas hacía un rato, ¿no? Aquellos cascos la estaban siguiendo, y los gritos se iban acercando.

Comenzó a correr, usando hasta la última pizca de energía que le quedaba. Ahora estaban tras de su pista. Cuando la encontraran, pasarían por encima de ella como por un perro tendido en la calle. Miró por encima del hombro y vio unos jinetes a menos de doscientos metros de ella.

Nila saltó por encima de un cauce. Escaló un acantilado escarpado, se arrojó por encima de la cima y cayó de cabeza del otro lado de la colina. Se puso de pie un momento después, lista para correr, pero se detuvo al ver una figura montada.

La figura estaba a unos pocos metros de ella. En silencio. La niebla no parecía tocarla. El jinete tenía el cuerpo envuelto con una capa para protegerse del tiempo. De las fosas nasales del caballo brotaba vapor, lo que indicaba que había estado galopando intensamente.

Estaba atrapada. Los keseños la habían alcanzado. Se puso rígida y esperó que la figura desenfundara una pistola y disparara.

—¿Por qué corres?

La voz la sobresaltó y casi la hizo caer. Era adrano. Una voz masculina.

—¿Qué?

La figura golpeó el cuerno de la montura con furia.

—¿Por qué corres? —le gritó.

Unos caballos rodearon el extremo más lejano del acantilado, a unos doscientos metros, hacia la izquierda de Nila. Eran unos diez o doce jinetes al galope, que levantaron las carabinas para disparar.

—¿Bo? —preguntó sin aliento.

—¡No eres un zorro huyendo de los sabuesos! Eres una diosa de fuego para estas hormigas.

¿Qué estaba haciendo Bo allí? ¿Cómo la había encontrado?

—Me persigue el quiebramagos. —Nila corrió hacia él. Ambos tendrían la posibilidad de escapar en su caballo.

—No está con ellos. Deberías haberte detenido para corroborarlo. Date la vuelta y defiéndete. ¡Muéstrales lo que eres! —La voz de Bo se convirtió en un rugido al final de la frase. Nila se lo quedó mirando, anonadada, sin poder moverse.

Un disparo de carabina le interrumpió los pensamientos. Ella se volvió. Con su mano secundaria, hizo un movimiento como de arrojar algo, y de la punta de los dedos le brotaron unas llamas como oro líquido. El fuego cruzó la distancia que la separaba de los jinetes en un abrir y cerrar de ojos, y atravesó hombres y caballos como una bala al papel. La pólvora negra que llevaban explotó al entrar en contacto con las llamas. Se llegó a oír un único grito de desesperación antes de que todo el grupo desapareciera, reducido a una mancha negra y humeante. La tierra chisporroteaba.

Nila se quedó mirando el lugar durante varios segundos, intentando comprender lo que acababa de hacer. No había necesitado pensarlo ni concentrarse. Acababa de matar a un grupo de hombres y caballos puramente por instinto. El aire estaba cargado de humo negro y de un olor acre a carne quemada.

—Buen trabajo.

—Yo… —Ella se volvió para mirar a Bo y de inmediato notó que algo iba mal.

Estaba encorvado sobre su caballo, con el rostro pálido y la frente empapada de sudor. Él se tambaleó hacia delante y hacia atrás, con los nudillos blancos de aferrar el cuerno de la montura.

—Nunca huyas de una pelea que puedes ganar. Por todos los santos, vas a ser muy poderosa. Nunca vi tanta… belleza. —Sus palabras salieron forzadas, sin aliento.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estás bien?

Nila corrió hasta su lado y le puso una mano en la pierna; la retiró de inmediato. Había tocado algo duro y estrecho. Cuando alargó la mano para levantarle la pernera del pantalón, no halló piel. En lugar de la pantorrilla, tenía una prótesis de madera.

Él no pareció notarlo.

—Recibí tu… nota.

Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó un papel arrugado. Se le voló de entre los dedos e intentó estirarse para recuperarlo, pero no lo logró.

Nila atrapó el papel en el aire, sin recordar casi las palabras iracundas que había garabateado antes de irse con Olem. Todo pensamiento sobre los restos chamuscados que había detrás de ella quedó en la nada. También hizo a un lado el recuerdo de cómo la había tratado la Privilegiada deliví.

—Bo. ¿Qué sucede?

—Nada, nada. —Él miró con el ceño fruncido el papel que ahora sostenía ella—. Yo… no me pareció… correcto… mi aprendiz… por su cuenta. —Sus palabras salieron vacilantes, inconexas.

—¿Bo?

Él le hizo un gesto con la mano para que no se preocupara. Inmediatamente se cayó de la montura. Ella se tiró debajo de él y ambos cayeron al suelo junto al caballo. Nila miró horrorizada la prótesis, que se había quedado enganchada al estribo, y la pernera vacía por debajo de la rodilla.

—Disculpa —dijo Bo—. Estoy un poco mareado.

A Nila le brotaron las lágrimas. Bo era su única esperanza de escapar y allí estaba: inválido y débil. ¿Cómo podrían encontrar la caballería adrana y regresar para rescatar a Olem? Por un momento consideró dejarlo allí y llevarse el caballo, pero eso bien podría significar su muerte. Ella no podía hacerle eso. No después de que él fuera hasta allí a buscarla.

Bo tenía los ojos cerrados, su pecho se elevaba y descendía lentamente. Le dolió muchísimo verlo así, tan vulnerable, después de todo lo que había hecho por ella. Reprimió las lágrimas, furiosa consigo misma. Esa era la clase de debilidad que él despreciaba.

—Ya es suficiente —susurró Bo. Permaneció con los ojos cerrados—. Ya estás a salvo.

—¡Pero tú no, idiota!

—Ah, yo estaré… bien.

Nila lo abrazó y supo que debía actuar pronto. Solo podía salvar a uno de ellos: a Bo o a Olem. Y tal vez Olem ya estuviera muerto.

—¿Dónde está la caballería adrana? —le preguntó.

—Me he adelantado un poco a ellos—dijo Bo, que al parecer solo

podía esbozar frases coherentes cuando susurraba—. He galopado a toda prisa cuando te percibí en el Otro Lado. Aún no tienes un aura visible, pero el hecho de que seas mi aprendiz me da herramientas para detectarte.

—¿Te has adelantado a ellos?

—Ya llegarán… ah. Aquí están.

Nila levantó la cabeza. De pronto le llegó el crujido de las sillas de montar y el manoseo de armamento. De las profundidades de la niebla emergieron cientos de coraceros, con los petos goteando por el rocío y las carabinas posadas sobre la montura.

Bo lanzó un gemido y se soltó de sus brazos. Recogió la prótesis del estribo y se levantó la pernera. Ella llegó a ver una correa de cuero pegada a los restos ya sanados pero destrozados de su rodilla. Él enganchó la prótesis al arnés. Nila se puso de pie, se secó las mejillas y ayudó a Bo, por insistencia de él, a montar de nuevo.

Un coracero se adelantó sosteniendo las riendas del caballo de Nila.

—Privilegiada Nila —dijo con la voz retumbando en el silencio matutino—. Gracias a Adom que os hemos encontrado.

—En efecto —fue lo único que pudo responder. Sintió que tenía las rodillas hechas de gelatina. Aquella mañana aún no había terminado. Tomó las riendas. Nunca se habría imaginado que sentiría tanto alivio al ver un caballo. Levantando la voz dijo—: Tienen al coronel Olem. No pudo escapar conmigo porque lo azotaron casi hasta matarlo.

Un murmullo furioso se esparció por entre los coraceros.

—¿Podéis guiarnos hasta su campamento? —preguntó uno de ellos.

Nila cerró los ojos, tratando de recordar cada elevación y cada valle que había cruzado en su huida desesperada. En su memoria, todo era una neblina confusa, pero sabía que la caballería keseña que la había perseguido habría dejado un rastro más fácil de seguir.

—Sí. Vamos.

Capítulo 39



—Nunca pensé que llegaría el día en que fuera a asaltar una de mis propias ciudades.

Tamas miró las murallas de Budwiel. La ciudad estaba situada en el sector más estrecho del Camino de Surkov, flanqueada a ambos lados por unos riscos inmensos llamados las Puertas de Wasal. No había forma de entrar en la ciudad sino por encima de esas formidables murallas de granito, cuyas piedras estaban protegidas por hechicería tan vieja como la ciudad misma. Si no hubiera sido por la ahora conocida traición de Hilanska, las propias murallas del lado sur de la ciudad habrían resistido meses de bombardeos keseños.

Y ahora Tamas tenía que tomar la ciudad en un solo día.

El general Arbor miró la ciudad inclinado sobre su sable pesado de caballería de la misma manera que un caballero se inclinaría sobre un bastón. El anciano general parecía más viejo que nunca, pero había un fuego de entusiasmo en sus ojos. Tensó la mandíbula y se quitó la dentadura postiza.

—Sí. Será una batalla abismal.

—Ipille colocó a su guardia personal todo a lo largo de las murallas —dijo Tamas—. Lucharán con uñas y dientes por su rey. Una vez que ganemos las murallas de la ciudad, cada calle se volverá una carnicería.

—Acerca de eso, os puedo dar buenas noticias —dijo Arbor—. Leí los informes de los espías de Ket y de Hilanska. Si se puede creer en lo que dicen, los keseños dejaron a muy pocos de nuestros compatriotas tranquilos. La mayoría fue masacrada en el ataque inicial, y al resto se los vendió como esclavos.

—Esas son las peores buenas noticias que he oído en mi vida. —Tamas quería escupir, pero sabía que eso no le quitaría el mal sabor de boca.

Arbor le esbozó una sonrisa sin dientes.

—¡Solo intento deciros que no hay problema en bombardear la ciudad! Tenéis que mirar el lado positivo en estas situaciones, señor.

—No me está haciendo sentir mejor.

La duda lo asaltó. ¿Dónde estaba Taniel? Aún no había oído noticias suyas. Si había tenido éxito en su misión de rescatar a Ka-poel, Tamas ya habría oído algo al respecto. No quería pensar en las alternativas.

A su alrededor, el campamento estaba en pleno ajetreo. Las piezas de artillería que habían trasladado por el Bajo Ad se estaban llevando a su posición. A su vez, se estaban preparando fortificaciones de tierra. De las barcazas se iban descargando ganchos y escaleras de mano, municiones de reserva y rifles nuevos. Se habían colocado tiendas, y sus hombres iban haciendo turnos para descansar algunas horas antes del ataque.

La noche anterior habían tomado el Castillo Intermedio. Hicieron tanto ruido que la propia guarda personal de Ipille salió de Budwiel y les presentó batalla en una serie de escaramuzas hasta las primeras horas de la mañana. Los guardias lograron retrasarlos un par de horas. Luego retrocedieron a la ciudad. Ahora sus cascos cónicos plateados se veían alineados por encima de las murallas en fila de a tres.

Una voluta de humo se elevó por encima de las murallas. Un momento después, Tamas oyó un cañonazo. La bola impactó en el suelo, a varios cientos de metros por delante de las piezas de artillería más adelantadas de Tamas.

Arbor esbozó una risita sin alegría.

—Esas murallas no están diseñadas para sostener cañones pesados. Lo más grande que podrán utilizar serán cañones de tres kilos de corto alcance.

—Me preocupa más la metralla que usarán cuando asaltemos las murallas —dijo Tamas—. Lástima que no tengamos tiempo de esperar a que se vayan. Tendremos que cargar directo hacia sus garras.

—¿En serio? —Arbor levantó su dentadura postiza y le quitó algo que tenía entre los dientes—. Yo siempre estoy a favor de una buena carga, pero no tenemos la menor oportunidad de hacerle ni un arañazo a esa muralla, ni aunque tuviéramos cincuenta cañones más. Y, con todo el respeto, señor, enviar veinte mil hombres sobre esas defensas será prácticamente lo más estúpido que le haya visto hacer.

—Estoy desesperado, Arbor. —Tamas echó una mirada sobre su hombro, inclinando la cabeza para observar el Camino de Surkov. Se preguntó si el cuerpo principal del ejército keseño había deducido su plan y se les venía encima por detrás. Sulem debería habérsele unido en batalla la tarde anterior para evitar que los keseños marcharan hacia Budwiel y que lo aplastaran contra los muros de la ciudad. Si habían escapado de los delivíes, sería un desastre—. Ven conmigo.

Arbor lo siguió desde donde estaban hasta la batería de artillería más numerosa; Andriya los siguió durante todo el camino. El nuevo guardaespaldas de Tamas estaba cubierto de sangre seca y olía a matadero. Si hubiese sido cualquier otra persona en lugar de uno de sus magos de la pólvora, lo habría hecho bañar por la fuerza. Pero aquella tarde, necesitaba la pistola y la espada de Andriya.

—Coronel Silvia —gritó Tamas, lo que llamó la atención de uno de los grupos de artilleros. Silvia era una mujer de mediana edad con cabello castaño muy corto y un rostro de roedor que tenía manchado con pólvora negra. Los puños de su uniforme también estaban prácticamente negros. Tamas había tenido que buscar hasta entre los capitanes para encontrar a un artillero experimentado que no hubiese sido amigo o estudiante del general Hilanska. En un solo día, Silvia había pasado a ser coronel al mando del bombardeo de Tamas.

—¡Señor! —dijo ella en posición de firmes y haciéndole un saludo.

—¿Ya están listos?

—Estamos en eso, señor. Nos quedan algunos morteros más por colocar en posición. Luego, a su orden, comenzaremos a bombardear. Barreremos las murallas y lo que haya detrás de ellas con los morteros y enfocaremos todo el fuego directo a la entrada principal.

—Olvida eso. ¿Tienes un catalejo?

—Sí, señor —Ella sacó un catalejo de su kit, lo abrió y se quedó esperando las instrucciones de Tamas.

—Observa a unos trescientos metros hacia el este de la entrada principal. ¿Ves un dibujo de piedras descoloridas? Parecen una cara. Es muy tenue.

—No lo..., un momento. Sí, lo veo. Por Adom, parece un cráneo sonriendo.

—Dispara una tanda de cañonazos justo en la nariz. Dispara, cuenta hasta siete, dispara, cuenta hasta dos, dispara, cuenta hasta cuatro, y repite. Puede que tengas que intentarlo un par de veces.

Silvia había bajado el catalejo y miraba a Tamas con curiosidad.

—¿Señor?

—¿Qué es eso? —preguntó el general Arbor—. ¿Alguna clase de combinación?

—Por decirlo de alguna manera. La camarilla real que lanzó las guardas de esa muralla, hace ya varios cientos de años, dejó un plan b por si alguna vez Budwiel caía en manos de los keseños y nos veíamos obligados a recuperarla. Hazlo y esa sección de la pared será vulnerable a nuestros cañones.

—¿Y cómo abismos sabéis eso? —preguntó Arbor.

Tamas resopló.

—Yo era el favorito del Rey de Hierro, Arbor. Eso tenía algunos beneficios. —“Y si esto no funciona”, se recordó en silencio, “quedaré

como un perfecto idiota”.

—¿Cuándo queréis que comience, señor? —preguntó Silvia.

—Comenzad a bombardear la entrada principal en cuanto estéis listos. Pero deja un grupo de cañones preparados, a la espera de mi señal, para comenzar a disparar en ese punto en particular. No estaremos listos para atacar al menos hasta dentro de una hora.

Tamas se dirigió a su tienda de mando con Arbor a su lado.

—Señor, ¿qué hacemos si Ipille ya ha huido hacia su capital? —preguntó Arbor.

—Entonces lo perseguiremos como a un perro —dijo Tamas con una confianza que no sentía.

Ipille podía haber huido hacía dos días. Podía llevarles tanta ventaja que sería imposible alcanzarlo. Era un riesgo que Tamas pensaba correr.

—Que todos sigan trabajando —dijo Tamas al llegar a la tienda—. Y que la formación esté dispersa. No quiero que los keseños sospechen que los asaltaremos hoy hasta el último momento. —Le dio una palmada en el hombro, y Arbor le hizo un saludo, sosteniendo aún sus dientes postizos.

Tamas se metió en la tienda y, cerrando los ojos con fuerza, se inclinó contra el poste principal. Tenía los nervios de punta. Su cuerpo estaba sobrepasado por tomar demasiada pólvora y dormir demasiado poco, y por el esfuerzo de ocultar su agotamiento a los hombres.

—Un día más, Tamas —murmuró para sí—. Todo terminará esta noche, o serás un cadáver más en la base de las murallas de Budwiel.

—Por eso la mayoría de los comandantes no lideran la carga ellos mismos.

Tamas desenvainó su espada y se volvió hacia la voz. Gavril estaba sentado en el catre de Tamas, con el cuerpo cubierto de polvo del camino. Tenía una manga rota, rígida por la sangre seca.

—Por el abismo —dijo Tamas envainando la espada—. Eso es lo más cerca que he estado nunca de sufrir un ataque al corazón. ¿Qué abismos estás haciendo aquí? ¿Dónde está Taniel? Levántate de mi cama.

Gavril levantó ambas manos, pero no se puso de pie.

—Estoy descansando. Estuve cabalgando todo a lo largo del Camino de Counter, esquivando patrullas keseñas. Llegué al campamento deliví unas horas después de que te hubieras ido, requisé una canoa y remé hasta aquí por el Bajo Ad.

Tamas comenzó a caminar por la tienda. Él había planeado taparse los oídos con cera y dormir algunas horas antes del ataque, mientras su artillería ahuyentaba a los hombres de Ipille de las murallas. Debía olvidarse de eso.

—¿Y Taniel? ¿Y la muchacha? ¿Dónde están? ¡Dímelo, joder!

—Taniel está vivo, al igual que Vlora y Norrine. Perdimos a todos los demás en una emboscada.

—¿Y la salvaje?

—No ha habido señales de Ka-poel. Cuando partí, aún no habíamos alcanzado a los Privilegiados.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

¿Acaso Taniel había seguido a los Privilegiados keseños hasta allí y había entrado a Budwiel a hurtadillas? ¿Lo habían capturado las patrullas keseñas? Tamas comenzó a ponerse más y más nervioso a cada segundo que Gavril no hablaba.

—Tal vez sea mejor que te sientes —dijo Gavril.

—¡Me sentaré cuando tenga ganas de sentarme!

—Los keseños no violaron la tregua. Fueron brudanos disfrazados.

Tamas fue hasta su silla tambaleándose y se dejó caer sobre ella.

—No —dijo, y la palabra le salió como un jadeo.

—Me temo que sí. Capturamos a un par de granaderos en una escaramuza. Imagina nuestra sorpresa cuando ninguno de ellos entendía una sola palabra de keseño. Y más aún, ni siquiera iban hacia el sur. Se dirigían hacia el norte, dando un gran rodeo para esquivar a cualquiera de nuestros hombres que pudiera haber entre el ejército y Adopest. Vlora y Taniel van tras su rastro, pero sospechamos que piensan reunirse con el resto de los brudanos que están en Adro. ¿Estás bien?

Tamas se quedó mirando boquiabierto a su cuñado durante algunos segundos. ¿Cómo podía haber sucedido aquello? Lo habían manipulado como a un estúpido. Los keseños no habían violado la tregua. Había sido él. Cegado por completo por su furia justificada, había ignorado la petición de Ipille para volver a reunirse y había echado a los mensajeros keseños.

Estaba demasiado viejo. Tenía demasiado orgullo, demasiada furia. Había cometido errores en sus tiempos, ni el mejor oficial estaba exento de eso, pero la magnitud de lo que había hecho…

—No tenías manera de saberlo —dijo Gavril en voz baja.

—No. —Tamas dejó escapar una risa sin alegría—. Me he convertido en lo que más detesto. ¿Es que no soy más que un instigador de la guerra, Gavril? ¿Un dictador más con un ejército y rencor? ¿Sabes? Eso es lo que dicen las viejas historias sobre los Nueve, antes de que Kresimir viniera. Solo eran un conjunto de caudillos riñendo entre sí.

—No es así.

Tamas continuó: —Tengo una visión del futuro, revoluciones esparciéndose por la tierra, los pueblos destronando a sus monarcas. Los más fuertes, sin haber sido ordenados por santos o por dioses, se elevarán hasta lo más alto y forjarán sus propios imperios mezquinos. Hombres y mujeres morirán a millones y todo el avance que el mundo

ha hecho en los últimos mil años se perderá en el polvo del tiempo. Y todo por culpa mía.

Tamas sostuvo los dedos frente a su rostro y los observó temblar.

—Creo que te atribuyes demasiado mérito.

La visión que flotaba frente a los ojos de Tamas se desvaneció lentamente, y él se sintió más viejo que el propio tiempo. Le dolían todos y cada uno de los músculos, y cada uno de sus huesos recordó sus golpes y roturas.

El retumbar de la artillería lo devolvió al presente.

—¿Estás herido?

Gavril se miró la manga empapada en sangre.

—Es solo un arañazo. Me lo cosí mientras cabalgaba.

—Deberías pedir que lo vuelvan a coser. Sin duda, parece que te lo ha hecho un mono ciego.

—Me he pinchado varias veces, pero la costura está recta y la herida está limpia. Olvidas que he pasado mucho más tiempo que tú sobre una montura.

—Mayormente huyendo de esposos celosos.

—Algunos eran muy peligrosos. Ah, me olvidaba de decírtelo. Los delivíes atacaron la fuerza principal keseña, pero pasé junto a una columna en medio de la noche.

—¿Keseños?

—Sí. Vienen a por ti. No parecían ser más que unos pocos miles (están mucho más preocupados por la infantería deliví), pero será suficiente para ponerte en aprietos.

—¿Cuánto tardarán en llegar?

—Un par de horas.

—Tal vez deberías haber mencionado eso antes.

Gavril bostezó.

—Ha sido una noche larga.

—¿Has tenido novedades de Olem?

—No —respondió Gavril—. ¿Debería haber recibido noticias de Olem?

—Está persiguiendo a un grupo de caballería keseña que se las arregló para colocarse detrás de nosotros. No importa. ¡Andriya! —gritó Tamas.

El mago de la pólvora metió la cabeza en la tienda.

—¿Señor?

—Dile a Arbor que tendremos compañía viniendo por detrás. Tiene cuarenta y cinco minutos hasta que asaltemos las murallas, y solo tendremos tiempo para atacar una vez.

—¡Sí, señor! —Andriya partió para buscar a Arbor, con el nerviosismo de un colegial.

—Ese muchacho está mal de la cabeza —dijo Gavril.

—¿Sabes? Él es uno de los que salvó Erika. Un año antes de ser…

—Eso no explica por qué está cubierto de sangre.

—Disfruta matando a sus antiguos compatriotas. Quizá demasiado, pero la gente así tiene su utilidad. Por ejemplo, hay pocos soldados a quienes elegiría antes que a él para que me limpien el camino al intentar ganar la muralla.

Gavril se levantó del catre.

—Creo que no deberías formar parte del ataque —dijo.

—Siempre lo he hecho.

—Ya no eres un joven.

—Y me lo dices a mí. —Tamas meneó la cabeza—. Algunos hombres lideran desde el fondo. Yo prefiero hacerlo desde el frente.

—Solo se necesita una bala afortunada. Una estocada de bayoneta.

—Eso nunca me ha detenido.

—¿Y cuándo se te acabará la suerte?

Tamas alargó una mano.

—Tal vez hoy. Tal vez nunca. Ayúdame a levantarme. Tengo otro rey que matar.

—Pensé que solo planeabas capturarlo. —Gavril ayudó a Tamas a ponerse de pie.

Tamas hizo una mueca.

—Eso haré. Supongo que no puedo evitar hacerme ilusiones. Saldré en un minuto.

Gavril salió de la tienda. Una vez que se quedó a solas, Tamas se inclinó hacia delante, con las manos sobre las rodillas, y respiró profundamente. Había cometido un terrible error. Había cometido muchos en el transcurso de esa guerra tan corta, ahora que se detenía a pensarlo. Demasiados. Había confiado en las personas equivocadas. Había manejado mal los tiempos. Aquel paso en falso con los keseños necesitaba ser el último de sus errores. Cuando todo terminara, debía dejar de lado su pistola y alejarse. De lo contrario, todo por lo que había peleado habría sido en vano y su visión se haría realidad.

Tamas se irguió, se ajustó la espada y se revisó el bolsillo para asegurarse de tener suficientes cargas de pólvora. Después salió a la luz del sol.

Ya era hora.

Capítulo 40



El interrogatorio del personal de cocina le reveló dos cosas importantes a Adamat.

La primera era que la seguridad de Ricard no era ni por asomo tan buena como él sostenía. La segunda era que un hombre llamado Denni de Rhodigas había dejado el aceite explosivo detrás de las bandejas hacía unos pocos días. Le dijo a una de las sirvientas que eran botellas de vodka importada específicamente para el siguiente cumpleaños de Ricard, y le dio un billete de cincuenta kranas para que guardara el secreto de la "sorpresa".

La pobre muchacha había roto en llanto cuando Fell le dijo qué eran realmente las botellas. Eso fue suficiente para convencer a Adamat de que ella no estaba involucrada en el complot, pero aun así le indicó a Fell que la vigilara por unos días.

Adamat conocía a Denni, pero solo por su reputación. Tenía múltiples profesiones: estafador, matón, ladrón y contrabandista. No tenía ni ambición ni visión de futuro, y si bien había ayudado a Ricard a establecer el primer sindicato, después rechazó la responsabilidad de dirigir algún sector.

—Realmente no es un mal sujeto —repitió Ricard por tercera vez en un lapso de tres horas.

Adamat estaba apoyado contra la fría pared de ladrillos de la sala secreta de la Sociedad Sotomonte. Tenía el bastón aferrado en una mano, con el mango ya girado para poder desenvainar rápidamente la espada. Los candelabros estaban encendidos, había un mazo de cartas sobre la mesa y se habían servido bebidas frías. Todo estaba preparado como siempre para la reunión, con el agregado de los dos matones de Ricard, ocultos en los nichos del sótano, y de SouSmith, situado inocentemente cerca de la puerta de entrada del hotel.

—Intentó matarte —respondió Adamat.

Ricard estaba sentado detrás de la mesa de las cartas, jugueteando con un sacacorchos.

—Puede que no lo supiera.

—¿Tú crees? —Adamat puso los ojos en blanco—. ¿No sabía que tú, el jefe del sindicato, estarías en un evento del sindicato en tu propia sede cuando él arrojara una bomba hacia tu oficina? O tal vez él lanzó la segunda bomba, la que aterrizó junto a tu colección de vinos, donde pasas bastante tiempo.

—Puede que ni siquiera haya lanzado ninguna de las bombas —dijo Ricard—. Tal vez las comprase para otra persona.

Fell estaba sentada junto a Ricard, masticando pensativa un puñado de anacardos.

—Eso queremos averiguar —dijo.

Adamat sentía compasión por Ricard. Verdaderamente. Los miembros de la Sociedad Sotomonte eran sus amigos y aliados más cercanos desde hacía más de veinte años. Los secretos eran parte de la mística de su camarilla de negocios. Era muy difícil traicionar algo así.

Pero debía hacerse.

—Llega tarde —dijo Adamat revisando su reloj de bolsillo.

—Siempre llega tarde —respondió Ricard.

—¿Has retrasado a los otros? —La única forma de lograr que Denni fuera era llevar a cabo la reunión semanal de Ricard. Todo debía parecer completamente normal. Eso requería enviar invitaciones a todos los otros miembros de la sociedad.

—Sí —dijo Fell—. Llegarán al menos media hora tarde. Denni no suele llegar más de diez minutos pasada la hora estipulada.

—¿Y estás seguro de que vendrá?

—Estoy seguro —dijo Ricard—. Hoy en día no consigue muchos trabajos. Tiene mucho tiempo libre.

—A menos que sospeche algo —murmuró Adamat.

—La semana pasada vino —dijo Fell.

—¿Esto es realmente necesario? —preguntó Ricard frotándose la calva—. Podría hablar con él.

—No seas ingenuo, Ricard —dijo Adamat.

Ricard se limpió las uñas con el sacacorchos y suspiró exasperado.

—Está bien, está bien. Tal vez peco de ingenuo. Por el abismo, terminemos con esto. Miradme, me acosa la gente que yo mismo contrato.

—Si yo solo fuera alguien más a quien hubieras intentado contratar, habría rechazado el trabajo —dijo Adamat cortante—. Estoy aquí como tu amigo. ¿Entiendes?

Abrió la boca para continuar, pues la reticencia de Ricard de hacer lo que era necesario lo ponía furioso, pero le llamaron la atención unos

pasos que resonaron por la escalera del sótano. Era un caminar pesado, de alguien que avanzaba sin titubeos por el pasillo. Adamat apretó la mano que sostenía el bastón.

Denni de Rhodigas era un poco más bajo que Adamat, pero corpulento como una caja fuerte, con hombros anchos, brazos gruesos y muy poca grasa corporal. Llevaba un traje a medida color tostado, un sombrero de copa en una mano y un bastón en la otra. Su cabello negro rizado estaba recortado por encima de las orejas. Posó la mirada en Fell, que seguía sentada junto a Ricard, e hizo una mueca. Luego vio a Adamat, apoyado contra la pared.

—Denni —dijo Adamat—. Tenemos que hacerte algunas preguntas.

Adamat se echó a un lado en el momento en que Denni saltó hacia delante blandiendo el bastón como una porra. Él levantó su propio bastón, listo para desviar otro ataque, pero solo había sido una finta. Denni ya se había ido corriendo por el pasillo.

—¡Ahora! —gritó Adamat. Salió tras Denni, con Fell detrás de él. En la tenue luz del sótano llegó a divisar un forcejeo—. Con cuidado. Podría tener… —Hubo un chispazo, y un disparo de pistola lo ensordeció en ese lugar tan reducido.

Uno de los matones de Ricard se derrumbó. Para cuando Adamat llegó a la refriega, el segundo matón retrocedía ante la culata de la pistola de Denni. El sujeto se tambaleó hacia atrás, tropezó y cayó sobre la colección de vinos del hotel. El estrépito de cientos de botellas de cristal golpeando el suelo al mismo tiempo le pareció distante a Adamat, a causa de su sordera.

Lanzó un bastonazo, pero solo le dio al aire, pues Denni ya estaba subiendo la escalera. Fell hizo a Adamat a un lado; él intentó seguirla.

Corrió por los pasillos del hotel, y por la cocina y la despensa. Luego salió por una puerta trasera que daba a un callejón que había detrás del edificio, pero solo llegó a atisbar la espalda de Fell mientras perseguía a Denni. Adamat pasó por delante de otro de los matones de Ricard, que yacía en el callejón con una mano apretada contra una herida de cuchillo. Cuando llegó a la calle principal, respiraba con dificultad y el corazón le latía con fuerza.

A esa hora no había demasiada gente en la avenida, pero había algo de tránsito. Lo suficiente para que Adamat se preocupara ante la posibilidad de que Denni llevara otra botella de aceite explosivo encima. Trató de revisar su memoria mientras corría, imaginándose a Denni al llegar a la sala de la Sociedad. ¿Tenía un bulto en el bolsillo de la chaqueta? ¿Y en el cinturón? Eso explicaba la pistola, pero la otra podía ser cualquier cosa: su cuchillo, otra pistola o la botella de aceite explosivo.

Divisó a Denni corriendo por la calle principal, bastón en mano, y habiendo perdido el sombrero en algún lado. Fell lo seguía de cerca,

pero sin lograr alcanzarlo.

Adamat acortó camino por la calle mientras Denni se metía en un callejón. Corrió paralelo a la vía de escape de Denni, hasta que llegó a la siguiente intersección. Giró la esquina un momento después, con los pulmones quemándole, y corrió hacia el siguiente callejón.

Enseguida Denni emergió de ese callejón. Se volvió y corrió directo hacia Adamat.

—¡Alto! —gritó Adamat.

Desenvainó la espada de bastón y se plantó en el camino de Denni.

El otro ni siquiera aminoró la velocidad. Levantó su bastón y lanzó un golpe utilizando sus poderosos hombros, lo que obligó a Adamat a bloquear el ataque o a arriesgarse a que le partiera la crisma. Adamat sintió que la espada de bastón se le iba de las manos y la vio caer con un estrépito sobre los adoquines. Denni le golpeó el pecho con un hombro, y fue como si lo hubiera atropellado un caballo al galope. Adamat cayó al suelo con tanta fuerza que se quedó desorientado.

Rodó hasta quedar a cuatro patas, escupió sangre y maldijo. Levantó la mirada, pensando que vería a Denni desaparecer por la calle.

Pero Denni se había detenido y se había vuelto hacia él, a solo unos quince metros de distancia. Adamat sintió que el corazón se le subía a la garganta; Denni sacó una ampolla de cristal del bolsillo. Se la arrojó y se volvió para salir corriendo. Adamat no tuvo tiempo ni de pensar.

Levantó los brazos sobre su rostro. Todo el mundo pareció detenerse, y cada error cometido y cada remordimiento le pasó por delante de los ojos a medida que el aceite explosivo volaba hacia él. Había visto el poderío de aquel líquido. No quedaría nada de él, ni para juntar con cuchara de los adoquines; rogó sombríamente que Denni hubiera calculado mal la distancia y que aún se encontrara dentro del radio de la explosión.

Hubo un movimiento repentino a su lado; Fell pasó a toda velocidad junto a él. Estiró una mano y atrapó el aceite explosivo en el aire. Pivotó sobre una pierna, llevó la rodilla al suelo y apoyó el aceite con delicadeza sobre los adoquines, ante la mirada de Adamat. Un momento después, siguió persiguiendo a Denni.

A Adamat le temblaban las manos, pero levantó el aceite explosivo por si algún transeúnte le daba una patada por accidente. ¿Cómo abismos no había explotado durante la refriega y la persecución? Se recriminó haber dudado de Fell.

—¿No dijiste que no vendría armado? —dijo Adamat al ver a Ricard, que acababa de dar vuelta a la esquina jadeando y resoplando.

—Se supone que no debía estarlo —dijo Ricard sin aliento.

—O le avisaron de antemano, o planeaba terminar el trabajo esta noche. Sujeta esto. —Adamat colocó la ampolla en la mano extendida de Ricard—. ¡No la dejes caer! —Levantó su bastón del suelo y salió en

busca de Fell con la esperanza de que Denni no tuviera encima la otra botella que faltaba.

Corrió por la calle, intentando oír ruidos de la persecución por encima de su respiración dificultosa. Divisó a Fell corriendo por una calle lateral. Adamat la siguió, cruzó a otra calle y se topó con una zapatería. Había zapatos en el suelo y estanterías que Denni había volcado en su prisa por huir. Había un viejo zapatero oculto detrás de su mesa de trabajo; lanzó un gemido cuando Adamat atravesó la tienda, fue por el pasillo y salió por la puerta trasera.

Adamat salió a un callejón poco iluminado justo a tiempo para ver a Fell arrinconando a Denni en un callejón sin salida. Denni se volvió hacia ella, sosteniendo por el cañón su pistola usada. Cuando vio a Adamat, se arrojó hacia Fell, seguramente con la esperanza de derribarla antes de que él pudiera ayudarla.

El primer ataque salió desviado. Fell saltó con gracia felina hacia un lado y golpeó a Denni en la garganta. Aquel golpe habría derribado con la tráquea rota a cualquier otro hombre, pero Denni pareció hacer caso omiso y volvió a atacarla con la pistola.

—¡Necesitamos que hable! —gritó Adamat, y su voz resonó por el callejón.

Fell atrapó la pistola por la culata con una mano, y la fuerza del ataque la obligó a llevar una rodilla al suelo. Volvió a lanzar un puñetazo y le dio de lleno en las pelotas. Se puso de pie, redujo la distancia que había entre ellos y le atenazó la garganta con una mano. Se inclinó, pasó por debajo del brazo de Denni y quedó detrás de él, con un estilete en la mano contra la mejilla de él, justo por debajo del ojo.

Denni se quedó helado.

Toda la pelea transcurrió en el tiempo en que Adamat tardó en llegar hasta ellos. Aminoró la velocidad; el corazón parecía a punto de estallar. Apoyó una mano contra la pared del callejón para sostenerse.

Cuando finalmente recuperó el aliento, se irguió, se colocó la chaqueta y se acercó a Denni con la espada de bastón en la mano.

—Tienes que dar muchas explicaciones. ¿Dónde está la última ampolla de aceite explosivo? —preguntó Adamat.

—No lo sé. Yo no la tengo.

—¿Quién la tiene? ¿Quién te contrató para que volases la sede sindical?

Denni se sorbió la nariz, adoptando apariencia de rudo.

—Si vamos por las buenas, irás a una celda. Si es por las malas, ella te arrancará un ojo y te romperemos ambas rodillas.

Denni se atragantó, luego inspiró levemente cuando Fell le apretó el estilete con más fuerza contra la mejilla.

—¡Fue Cheris!

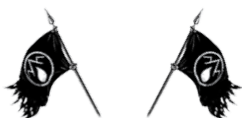
—¿Disculpa? —Adamat bajó la punta de la espada de bastón.

—¡Cheris, la cabeza del sindicato de banqueros! Ella me envió a comprar el aceite explosivo. Me hizo contratar hombres para que tiraran las bombas en la oficina de Ricard y me dijo que lo matara esta noche en la reunión de la Sociedad.

—Ha sido fácil —dijo Fell. La punta de su cuchillo no se despegó de la mejilla de Denni.

—¡Por el abismo! Tráelo contigo. Ricard —dijo Adamat cuando el jefe sindical salió al callejón por la puerta trasera de la zapatería—. Llama a la policía. Tenemos que actuar enseguida.

Capítulo 41



Nila estaba agotada. Le costaba mantener la cabeza erguida, y tuvo que envolverse las manos con las riendas para evitar soltarlas por lo rígidos que tenía los dedos. Le palpitaba hasta el último centímetro del cuerpo por tanto correr y cabalgar. Lo único que quería era echarse a dormir en la hierba, por húmeda que estuviera por el rocío matutino.

Pero sabía que si hacía eso, Olem moriría.

Si aún no había muerto.

Bo se veía peor de lo que ella se sentía. Parecía haber recobrado fuerzas. Cabalgaba con la cabeza erguida y los ojos alerta, pero ella notaba sus ojeras y la mueca que intentaba ocultar ante cada movimiento de la montura.

—Tu pierna —le dijo en voz baja.

Cabalgaban detrás de la vanguardia de la caballería de rifleros. Los exploradores estaban más adelante, siguiendo los rastros que habían dejado los keseños que habían perseguido a Nila.

Bo se encorvó sobre la montura.

—¿Qué le pasa?

—¿No pudieron...?

—No, no pudieron. La carne de la rodilla estaba demasiado dañada. Los sanadores pueden hacer milagros, pero sus habilidades tienen un límite. Si hubieran podido hacer algo, me habría quedado la pierna cinco centímetros más corta y no podría doblarla.

Nila se imaginó a Bo pavoneándose por la calle, rígido como una marioneta, intentando parecer despreocupado. Se tragó una risa inapropiada, se cubrió la boca e intentó restarle importancia, ante la mirada indignada de Bo.

—Sí, eso habría sido un tanto gracioso —dijo él, cuando finalmente desvió la mirada.

—Lo lamento mucho, Bo.

—No lo lamentes. Tengo suerte de que no me falte nada más por encima de la rodilla. Vamos, acabemos con esto para que pueda bajar de esta maldita montura. ¿Estamos cerca?

Nila miró a su alrededor.

—En la niebla todo se veía igual —dijo. Señaló una marca en la cima de una colina—. Esa es una de mis señales.

—Bien. —Bo sacó una petaca del bolsillo y bebió un sorbo.

—¿Es sensato beber antes de una pelea?

—Prefiero beber ahora a desmayarme del dolor en medio de la batalla.

Cabalgaron en silencio hasta que les llegó la indicación de que debían detenerse. Uno de los exploradores se acercó a Nila y a Bo e inclinó el sombrero.

—Los tenemos, Privilegiados. Su campamento está en un valle pasando la próxima colina.

—Vamos —dijo Bo.

—¿Quieres que me quede cerca? —preguntó Nila.

—En cualquier otro momento, te diría que sí —dijo Bo con una sonrisa cansada pero seductora—. Pero no en esta ocasión. Puede que el quiebramagos ya se haya enterado de tu presencia. Puede que no. Más allá de eso,, pensará que solo hay un Privilegiado con la caballería. Si nos mantenemos separados, tal vez no pueda cubrirnos a ambos con su hechicería anuladora. Recuerda, aire delante de ti para detener las balas. Lanza fuego a corta distancia, así no les das a tus propios hombres. Una batalla como esta requiere una ejecución diestra, no fuerza bruta.

La caballería se separó en dos grupos y formó en herradura alrededor del valle donde se encontraba el campamento keseño. Ahora Nila podía oler las fogatas, y le pareció oír voces acalladas en la niebla. Su columna de caballería se formó y a ella le asignaron una escolta de dos coraceros fuertemente armados para protegerla.

Nila intentó calmar la respiración mientras esperaba la señal. No estaba entrenada para esa clase de batalla. No estaba entrenada para ninguna clase de batalla. Lo único que sabía hacer era desencadenarse a sí misma, e incluso eso parecía funcionar solo la mitad de las veces.

Ya no tenía tiempo para sentir pánico. Se oyó un cuerno. La caballería salió disparada hacia delante y cargó contra el campamento keseño. Cabalgaron hacia el valle con espadas listas y galoparon por entre las tiendas y las fogatas.

Nila resistió el impulso de invocar fuego que le envolviera las manos; no solo quemaría las riendas, sino que le resultaría más eficiente contar con el factor sorpresa.

Oyó el choque de espadas y los disparos de mosquetes y carabinas,

mientras su propia columna de caballería continuaba avanzando sin encontrar resistencia. A su lado, un hombre hizo un comentario al respecto, pero siguieron galopando, impulsados por los sonidos del enfrentamiento que había más adelante.

Ella reconoció aquel sector del campamento. Recordó haberse escabullido por allí la noche anterior. Por allí cerca debía de estar el pobre centinela al que le había derretido el cuello.

Vio el cuerpo de un soldado adrano tendido en el barro.

—¡Olem! —gritó, y le clavó los talones a su caballo.

El animal saltó hacia delante y casi la tiró al suelo. Se acercó lo suficiente para darse cuenta de que el cuerpo no era el de Olem. Pero a aquel hombre casi le habían cortado la cabeza, y le brotaba sangre del cuello. Vio otro cuerpo en un estado similar, y otro. Los keseños estaban matando a sus prisioneros.

Un soldado keseño apareció en la niebla. Se encontraba de pie sobre la silueta arrodillada de un soldado adrano. Ella reconoció los hombros heridos y la barba cubierta de sangre del hombre de rodillas.

La espada del keseño se movió en el aire.

Nila reaccionó por pánico y por instinto. Movió los dedos y su fuego le arrancó la cabeza al soldado keseño como si se hubiera tratado de un cañonazo. El cuerpo del keseño cayó. Olem, cansado, levantó la cabeza lentamente.

Nila luchó por recuperar el control de su caballo mientras sus guardaespaldas luchaban contra varios soldados de a pie. Cuando pudo calmar al animal, se bajó de la montura y se arrojó al suelo junto a Olem. Él había caído de lado. Ella le cortó las ataduras y él mismo se quitó la mordaza de la boca.

—¡Detrás de vosotros, idiotas! —rugió.

A la caballería adrana, enredada como estaba con los pocos keseños que quedaban a pie, le costó volverse hacia la carga repentina que se les venía desde atrás. El grueso de los dragones keseños los golpeó en el flanco con una fuerza atronadora y comenzó a eliminar a los coraceros adranos, que hasta hacía unos momentos habían llevado la ventaja.

Nila estiró una mano y sus llamas consumieron a un caballo y a su jinete, que galopaban directo hacia ella. Anonadada ante su propia precisión, se volvió y repitió el gesto, e incineró a otro dragón keseño.

—¡Una espada! —gritó Olem, aunque uno de sus brazos le colgaba inútil. Atrapó en el aire un arma que le arrojó uno de sus coraceros y se volvió para bloquear el ataque de un dragón keseño. El dragón pasó a toda velocidad y se volvió para volver a cargar contra ellos, con la intención de atropellar a Olem con su caballo, pero uno de los guardaespaldas de Nila lo atacó desde atrás y le cortó la cabeza de un solo tajo.

Nila ayudó a Olem a ponerse de pie.

—No te preocupes por mí —le dijo él—. ¡Sigue arrojando fuego!

Ella lanzó una bola de fuego del tamaño de un buey que incineró al dragón más cercano, y sintió que una oscuridad le rozaba un rincón de la mente.

Comenzó a sentir miedo, y las llamas que le danzaban en la punta de los dedos se apagaron.

El quiebramagos.

La influencia del sujeto se intensificó alrededor de Nila. Ella se extendió hacia el Otro Lado, pero no encontró nada que tocar. El pecho se le infló de un pánico que amenazó con apoderarse de ella. No sabía luchar con una espada o disparar una pistola. Su única fortaleza había quedado inutilizada.

No tenía forma de localizar al quiebramagos. Sus sentidos sobrenaturales no le funcionaban en absoluto. Corrió hacia su caballo y se tiró sobre la montura, con plena conciencia de que sus opciones estaban limitadas a huir.

Detrás de ella hubo un destello de rayos en el aire. Ella se volvió y, en ese momento, se oyeron dos explosiones enormes en algún lado de la niebla. Se había olvidado de Bo. Si el quiebramagos estaba allí, y si ella se las arreglaba para mantenerlo distraído, tal vez Bo pudiera dar fin a todo aquello por su cuenta.

Un hombre emergió de la niebla lanzando un alarido, a horcajadas del caballo más grande y veloz que ella hubiera visto en su vida. Estaba vestido con pieles negras y cuero color tostado, y blandía una espada curva inmensa. Galopó en dirección a ella, le cortó la garganta a uno de los guardaespaldas y pasó de largo.

Nila levantó las manos, pero recordó que ya no le quedaba hechicería para arrojarle.

—¡Va por Bo! —gritó—. ¡Tras él!

Sin detenerse a mirar si los coraceros de Olem la seguían, espoleó a su caballo en dirección al lugar donde había visto los destellos de hechicería.

El campamento se había convertido en un campo de cadáveres y heridos, tanto keseños como adranos. Había caballos galopando sin jinete por la niebla, y coraceros y dragones avanzando a pie y enredándose en combate cuando se topaban unos con otros.

Nila se sentía completamente vulnerable en la niebla. Volvió a darse cuenta de lo indefensa que estaba. ¿Debía intentar ayudar a Bo ahora? ¿O solo lograría que la mataran?

Era demasiado tarde para preguntárselo. Emergió de una niebla muy densa sobre una fila de cadáveres causados por hechicería. Hombres y caballos yacían muertos, asesinados por pinchos de hielo.

Divisó a Bo, aún montado sobre su caballo, con las riendas en los dientes para tener ambas manos libres. Tenía escarcha en las patillas.

Se volvió sobre la montura hacia un grupo de dragones que cargaban hacia él. Un viento los abatió y tanto hombres como caballos rodaron lanzando alaridos, y fueron arrastrados hacia la neblina.

Algo se movió en la niebla, detrás de Bo. Al principio, Nila pensó que se trataba de un caballo sin jinete galopando aterrorizado, confundido. Pero la criatura avanzó con su paso implacable y la sombra se convirtió en algo más parecido a un hombre. Era corpulenta y deforme, y avanzó cautelosamente hacia él con la furia grabada en su rostro destrozado. Ella solo había visto a los Guardianes desde lejos. De cerca, eran mucho más terroríficos.

—¡Bo! —gritó Nila.

Bo se volvió en el mismo momento en que el Guardián saltaba. Los dedos de Bo se movieron y la criatura quedó empalada en estalactitas largas como lanzas. El Guardián partió las estalactitas a la altura del pecho y dio una zancada hacia delante chorreando agua y sangre por detrás, al parecer, sin haberse visto afectado. Los dedos de Bo volvieron a moverse y la criatura fue arrojada hacia atrás como si hubiera sido una hoja al viento, lanzando alaridos de furia en medio de un torbellino de hechicería.

La criatura se las arregló para aterrizar de pie y comenzó a cargar de nuevo contra él. Nila se quedó esperando que Bo la finiquitara, pero la repentina llegada de más dragones keseños desvió su atención. Galoparon hacia él desde el flanco, pero los caballos se toparon con su hechicería. Bo se tambaleó sobre la montura; parecía que se caería en cualquier momento. Estaba demasiado cansado para continuar la pelea, y Nila sintió la presencia oscura del quiebramagos. En cualquier momento, Bo ya no podría volver a usar sus poderes.

Nila recogió una piedra del suelo y se la arrojó al Guardián. El proyectil le rebotó en el hombro. La criatura se detuvo y su cabeza deformada se volvió hacia ella. A ella se le atragantó el aliento al ver sus ojitos brillantes y malevolentes. El Guardián lanzó un rugido y comenzó a correr directamente hacia ella con cabeza gacha como un toro enfurecido.

Nila retrocedió y se volvió para correr. ¿Qué podía hacer? La criatura la despedazaría. La mataría a ella y luego mataría a Bo, y todo aquello por lo que ella había luchado habría sido en vano. Sus pasos pesados retumbaron detrás de Nila, y ella se volvió para enfrentarse a su muerte con la frente en alto.

El pánico, la furia y la desesperación se aferraron al Otro Lado atravesando las cintas de oscuridad que eran la influencia del quiebramagos. Nila tanteó el Otro Lado, extrajo una llama mínima hacia el mundo y se la clavó en el ojo al Guardián como si fuera un pincho.

El Guardián tropezó y se cayó, y una voluta de humo negro se elevó

de su cabeza.

Algo golpeó a Nila y la arrojó por el aire. Ella se quedó sin aliento. Golpeó con fuerza, rodó para absorber el impacto, pero sintió que su brazo se torcía de manera poco natural debajo de ella. El quiebramagos pasó al galope junto a ella, en dirección a Bo. El Privilegiado levantó las manos con una mueca de furia, pero su hechicería chisporroteó y se apagó. Tiró con fuerza de las riendas y esquivó la cimitarra pesada del quiebramagos. El jinete gurlo desapareció en la niebla.

Nila se puso de pie con dificultad. Se palpó el brazo. Por suerte, no se lo había roto. Corrió hacia Bo.

—Rápido —le dijo—. Tenemos que irnos. No podemos luchar contra él.

Bo parecía estar de acuerdo. Espoleó al caballo en dirección a ella y le tendió una mano.

Por el rabillo del ojo, Nila vio al quiebramagos al galope. El Lobo Gurlo iba directamente hacia ella blandiendo la cimitarra, y no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Abrió la boca para gritar.

El caballo de Bo golpeó al enorme semental gurlo en el hombro. Ambos animales corcovearon, se pusieron en dos patas y arrojaron a los jinetes de la montura sacudiéndose y relinchando aterrorizados.

Nila corrió hacia Bo, que intentaba sentarse. Su prótesis había quedado en el estribo, y mientras él intentaba rodar para quedar boca abajo, el quiebramagos ya se había puesto de pie y corría hacia ellos blandiendo la espada.

Nila sintió las lágrimas en el rabillo de los ojos. Luchó contra la oscuridad que la aislaba de su hechicería, extendiéndose en esa negrura en busca del Otro Lado. Ya la había atravesado una vez, tenía que volver a hacerlo.

Estaba allí. Lo sentía, un poco más allá de su alcance. Se extendió con todo su ser hacia el Otro Lado y sintió que lo tenía en la punta de los dedos.

La camisa del quiebramagos estalló en llamas. Él se tiró al suelo, rodando para apagarlas, con una mezcla de confusión y de rabia en el rostro. Nila comenzó a avanzar. El Otro Lado se le escabulló de entre los dedos y ella se detuvo, intentando alcanzarlo desesperada. Ahora el quiebramagos se volvió hacia ella sujetando la espada con ambas manos, y ella retrocedió intentando recuperar su conexión con el Otro Lado.

Se tiró al suelo para esquivar el primer sablazo. Unas llamas brotaron chispeando frente a sus manos y le quemaron los brazos al sujeto. Eso lo distrajo el tiempo suficiente para que Nila se alejara, pero enseguida volvió a perseguirla.

Por el rabillo del ojo, Nila vio a Bo arrastrándose hacia ella, sin poder ponerse de pie sin su pierna y con la prótesis aún atascada en el

estribo del caballo.

El quiebramagos lanzó otro sablazo y erró el rostro de Nila por unos pocos centímetros. En su prisa por alejarse, ella cayó al suelo e intentó volver a alcanzar el Otro Lado. No lo logró. Un disparo de pistola la hizo sobresaltarse.

El quiebramagos tropezó y cayó al suelo. Se retorció por unos momentos sangrando por la boca y la nariz, y dejó de moverse.

Bo se sentó en el suelo, con la pierna sana enredada en la pernera vacía, con el traje sucio y el cabello desaliñado.

—Por el abismo, odio la pólvora —dijo, arrojando la pistola humeante con un gruñido—. ¿Has visto si a ese Guardián le faltaba el anular?

Capítulo 42



—Sabes que esto es un suicidio, ¿verdad?

Tamas miró de reojo a su cuñado. Gavril se había aseado enseguida, y ahora llevaba un abrigo de coracero con las estrellas de teniente general en las solapas. Había recibido el ascenso sin siquiera decir "gracias". Tamas supuso que en cuanto terminara la guerra, Gavril regresaría a la Guardia de la Montaña.

—Tu confianza es un poco decepcionante.

—No es eso —dijo Gavril colocándose un sable pesado en el cinturón —. Solo creo que deberías permitir que otro lidere el ataque.

Los morteros adranos hacían llover proyectiles sobre la ciudad mientras los cañones disparaban contra la entrada principal. Daba la sensación de que por cada miembro de la guardia de Ipille que caía bajo el fuego de los morteros, aparecían dos para reemplazarlo. ¿Acaso Ipille contaba con un número infinito de ellos?

—¿Estás preocupado por mí? —preguntó Tamas.

—Estoy más preocupado por mí. Ya no soy tan ágil como antes.

—No tienes que venir —dijo Tamas.

—Si dejo que mueras, Erika regresará para atormentarme por el resto de mi vida. Estoy convencido de eso.

—No sabía que les tenías miedo a los fantasmas.

Gavril se encogió de hombros.

—Parece que las puertas no son las originales —dijo, señalando hacia la ciudad.

Las imponentes puertas de acacia que bloqueaban la entrada a la ciudad se habían astillado por los cañonazos. Tamas llegaba a ver entre las partes dañadas que el puente levadizo no estaba mucho mejor. Al parecer, la antigua hechicería que protegía la muralla no había sido reemplazada al cambiar las puertas. Tamas oyó a la comandante de la

artillería ordenar que dispararan con carga más pesada y lenta para terminar el trabajo.

—En cuanto caigan esas puertas, avanzamos —dijo Tamas.

A su alrededor, sus hombres iban formando, agrupándose por compañías, impulsados por el repicar de los tamborileros. Unos oficiales cabalgaron por delante de esas filas, gritándoles a sus hombres, blandiendo los sables sobre la cabeza.

—¡Peto! —dijo Tamas. Un par de muchachos corrieron hasta él y le colocaron un peto de coracero. Otro le llevó su caballo y su casco, con el que Tamas reemplazó su sombrero bicornio—. Hace mucho tiempo que no tomo una ciudad por asalto.

Gavril asintió con la cabeza, mirando con amargura.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que te vi con armadura. La mía ya no me entra.

Tamas le clavó un dedo en el estómago.

—Baja un poco de peso antes de la próxima campaña. —A decir verdad, el peto de Tamas casi no le valía. No iba a decírselo a Gavril.

—No iré a la próxima campaña.

“Le ruego a Adom que yo tampoco vaya”, pensó Tamas.

Los muchachos terminaron su trabajo y Tamas montó. Tendió una mano para recibir sus pistolas con culata de marfil, que se colocó en el cinturón pensando en Taniel. Luego le entregaron la espada y la carabina.

—¡General Arbor!

El general Arbor colocó su caballo junto al de Tamas, se quitó la dentadura postiza y la guardó en el morral. Luego le hizo un saludo. Arbor le llevaba diez años a Tamas y no era un mago de la pólvora, pero parecía tener el doble de energía. ¿Cómo lo lograba?

—¡Sí, señor! Los muchachos están listos, señor —gritó por encima los cañonazos.

—Bien. —Tamas echó una mirada hacia la entrada de Budwiel. Las puertas habían quedado casi reducidas a astillas después del último ataque, y el puente levadizo no era más que un revoltijo de metal destrozado. Los soldados de Ipille ni siquiera intentaban arreglarla—. ¡Dos minutos!

Gavril montó su caballo y miró a Andriya, que seguía a pie. El mago de la pólvora sostenía su rifle con bayoneta en una mano, y con la otra se tomaba despreocupado el cinturón.

—¿No piensa cabalgar?

—No les gusto a los caballos, y ellos no me gustan a mí. —Andriya tomó una pizca de pólvora del bolsillo de la chaqueta y la aspiró.

—Podrías bañarte —comentó Gavril.

Andriya se tocó el uniforme, rígido por la sangre seca, y se rio.

—No se retrasará —dijo Tamas.

—Si vos lo decís. Tú, muchacho, ¡dame la bandera!

Uno de los asistentes corrió hacia él con la bandera adrana, un fondo escarlata con la lágrima que representaba al mar Ad por debajo de las montañas. Se la entregó a Gavril.

—¿Dónde está Beon? —preguntó Tamas—. Andriya, ¿sabes dónde está Beon?

El mago de la pólvora hizo un gesto vago en dirección al sector que había detrás de la tienda de mando de Tamas. El hijo favorito de Ipille estaba de pie entre dos guardias, mirando la batalla con la mandíbula tensa mientras se tapaba el sol con el sombrero. Tamas cabalgó hasta él.

—¿Por qué estoy aquí, mariscal de campo? —preguntó Beon impaciente—. ¿Qué nueva fechoría tenéis planeada?

—¿Qué? ¿Piensas que voy a amenazarte?

Beon no respondió.

—Dime la verdad —dijo Tamas—. Si te pusiera una cuerda al cuello y le dijera a tu padre que se rinda o te cuelgo, ¿accedería?

—No.

—Eso pensé. Estás aquí porque la guardia real de tu padre no se rendirá a menos que se lo ordene un miembro de la familia real.

—¿Y creéis que me escucharán a mí? En primer lugar, ¿creéis que se lo ordenaría? —preguntó Beon elevando la barbilla.

—Te escucharán a ti si Ipille está muerto.

Beon palideció.

—O si ha huido —continuó Tamas—. Si resulto victorioso, si realmente recupero Budwiel y resulta que seguir luchando no le dará ningún beneficio a los keseños, quiero que les digas a tus hombres que se rindan. ¿Lo harás?

Beon no respondió.

Tamas tiró suavemente de las riendas y acercó el caballo a Beon.

—Esto no debe ser más sangriento de lo que ya es. Una lucha por toda la ciudad, edificio por edificio, no le servirá a nadie. Si fracaso, probablemente serás rescatado y podrás bailar sobre mi cadáver.

—Preferiría no hacerlo. Os tengo mucho respeto.

—Te creo.

—Muy bien, mariscal de campo. Si hoy obtenéis una clara victoria, ordenaré a mis hombres que se rindan, aunque no puedo garantizar que me vayan a obedecer. Pero ¿cuánto tiempo tenéis? ¿Cuánto falta para que llegue el Gran Ejército detrás de vos? Necesitaréis más de un asalto para tomar esas murallas.

—Más te vale que no lo necesite —murmuró Tamas, haciendo un gesto a los guardias para que se llevaran a Beon.

Mantuvo el sable sobre la cabeza y lo apuntó hacia el general Arbor. Fiel a sus preferencias, el general desmontó y un muchacho se llevó su

caballo. Arbor corrió delante de su infantería, blandiendo la espada y gritándoles a sus hombres. Ellos le respondieron, elevando las bayonetas en el aire una, dos, tres veces.

Los tambores comenzaron a sonar y el suelo tembló ante el avance del ejército adrano.

Diecisiete mil soldados de infantería marcharon en dirección a las murallas de Budwiel. En menos de tres minutos, se encontraban al alcance de los pocos cañones livianos que les habían quedado a los keseños, y Tamas vio que en sus columnas se formaban las primeras grietas. Ni siquiera uno de sus hombres titubeó; continuaron avanzando con las bayonetas refulgiendo a la luz del sol.

—Qué hermosa vista —dijo Gavril.

—Sí.

—¡Señor! —gritó una voz. Era Silvia, la comandante de artillería—. Necesito más tiempo. Ese puente levadizo os demorará.

—No tienes más tiempo —dijo Tamas—. ¡Ábreme una brecha! Quiero que haya un hueco en esa muralla para cuando mis hombres se encuentren a menos de doscientos metros.

Tamas pensó que ella protestaría. En cambio, regresó con sus artilleros, con una andanada de insultos y órdenes en los labios.

Tamas se giró sobre la montura. Detrás de él, trescientos coraceros estaban listos, de pie sobre los estribos. Los petos pulidos, los cascos puestos, las carabinas cargadas. Cada uno de ellos estaba armado con una lanza larga para sobrepasar el alcance de las bayonetas de la infantería keseña. Sus caballos llevaban petos y faldas laterales, la armadura más pesada que aún se utilizaba en el ejército adrano.

—¡Soldados de la Treinta y Siete! —gritó Tamas—. Esa entrada es la boca del mismísimo abismo. Y pienso cabalgar hacia ella. ¿Estáis conmigo?

Con un clamor como respuesta, los coraceros levantaron las espadas y se golpearon el peto con un gran estruendo. Tamas les sonrió de oreja a oreja.

—¡Avanzad!

Los coraceros envainaron sus espadas y tomaron las lanzas. Ante la señal de Tamas, avanzaron al galope. Tamas había dejado menos de mil personas en su campamento; artilleros, asistentes, apoyo. Todo lo que tenía ahora se agolparía contra las murallas de Budwiel.

Rogó que sus hombres no fueran a desmoronarse.

Con un mar de lanzas detrás de él, Tamas galopó por entre las compañías de la infantería adrana. Mantenía la mirada fija en aquel punto de la muralla sobre el que le había hablado a Silvia. El corazón le retumbó al ritmo de los tambores cuando la primera bala de cañón impactó contra las piedras de distinto color. Contó el tiempo mentalmente hasta que impactó la segunda bala. Cuando impactó la

tercera, el corazón se le fue a la garganta.

No sucedió nada.

—¡Por el abismo! —gritó.

En las murallas, los keseños bajaron los mosquetes. Uno de los oficiales se puso de pie sobre las fortificaciones y levantó la espada.

En el suelo, junto a Tamas, Andriya corría a la misma velocidad que los caballos, al parecer, sin demasiada dificultad. Tenía los ojos brillantes por el trance de pólvora. Se llevó el rifle al hombro en un movimiento fluido y apretó el gatillo sin siquiera detenerse por un momento. Tamas miró hacia las murallas, intentando identificar el blanco de Andriya. Lanzó una carcajada cuando vio que el oficial del parapeto se desplomaba.

Unos momentos después, la guardia real abrió fuego y una nube de humo se elevó de las murallas. Filas completas de soldados adranos cayeron bajo la descarga.

Tamas se acercaba más y más. Una segunda serie de cañonazos impactó en la muralla en la sección débil, pero siguió sin suceder nada. Sus hombres se acercaron a la base de la muralla, a pesar de que las compañías más adelantadas ya habían sido prácticamente eliminadas, y prepararon ganchos y escaleras para el asalto. En la entrada, las últimas astillas de las puertas de acacia habían sido derribadas y el puente levadizo había sido reducido a unos bordes irregulares. La entrada parecía bostezar como una boca llena de dientes negros y rotos. Tamas clavó la mirada allí. La batalla ya estaba en marcha y, para bien o para mal, él no podía hacer más que galopar hacia delante con la corriente.

Un viento repentino golpeó a Tamas y le robó el aliento de los pulmones. Envainó la espada y levantó su carabina, buscando al Privilegiado sobre las murallas, pero se quedó desconcertado al sentir que algo lo empujaba desde el Otro Lado.

¿Acaso era alguna especie de jugarreta? ¿Otra de las trampas de Ipille? Tamas abrió el tercer ojo e inmediatamente sintió como una descarga que lo atravesó desde la punta de los dedos hasta el centro mismo de su ser.

La gama de colores que se veía en el Otro Lado le indicó que las antiguas guardas que mantenían la muralla en una pieza se estaban retorciendo. Parecieron tensarse como el resorte de un carruaje estirado hasta formar una línea recta. Luego, con un chasquido que casi lo hizo volar de la montura, toda la guarda quedó abierta.

Tamas cerró el tercer ojo, pensando que vería el mundo completamente en ruinas; la muralla reducida a una pila de escombros y su infantería dispersa. Sin embargo, el estallido no parecía haber afectado a nadie. La muralla seguía en pie.

—¿Has sentido eso? —le gritó a Gavril.

—¿Si he sentido qué? Casi te caes del caballo.

Tamas miró a algunos soldados de infantería que sabía que eran Dotados. Varios habían dado algunos tropezones, y uno incluso había caído al suelo. Él no sabía qué había sucedido, pero solo había afectado a aquellos que poseían alguna clase de poder. Miró a Andriya. El mago de la pólvora seguía manteniéndose a la par, pero sacudía la cabeza como un animal confundido.

Tamas volvió a prestar atención a la muralla. La siguiente oleada de cañonazos directos convirtió a las antiguas piedras en polvo. De las alturas cayeron cuerpos uniformados en verde y canela. Algunos fragmentos de piedra derribaron a sus soldados de las primeras líneas. Sin la hechicería para protegerla, la muralla parecía hecha de porcelana para la artillería moderna. El cañón de Silvia pareció concentrarse en ese punto, y en cuestión de segundos en la muralla apareció un sendero cubierto de escombros.

La infantería adrana se metió por la brecha y eso fue lo último que vio Tamas de sus líneas de avanzada. El puesto de guardia de la entrada se cernía sobre él.

—¡Colocad lanzas! —rugió.

Las lanzas fueron colocadas. Un grupo de coraceros lo rodeó para ir al frente. Junto a él, Gavril desenvainó la espada, y la compañía completa atravesó la entrada destruida como un solo hombre, en dirección a las fauces de bayonetas keseñas que había más allá.

El mundo de Tamas se convirtió en un caos. Los alaridos de los caballos se mezclaron con los gritos temerosos de los hombres. El choque de acero contra acero le retumbó en los oídos. La primera fila de bayonetas keseñas había caído, pero otra avanzó para tomar su lugar. El pequeño patio que había detrás del puesto de guardia se convirtió en una carnicería de bayonetas y lanzas. Una bayoneta le golpeó el peto; Tamas se volvió y le disparó al soldado keseño en el rostro con la carabina. En un solo movimiento, guardó la carabina y desenvainó la espada.

En el muro de bayonetas se formó un agujero. Tamas espoleó a su caballo para que pasara por allí, y se volvió contra la formación keseña desde el flanco. Un soldado keseño se volvió para enfrentarse a él, y otro, y otro. En cuestión de momentos, las filas keseñas quedaron desorganizadas.

Tamas siguió avanzando. Había cientos de soldados de caballería detrás de él y no servirían demasiado en el patio. Con la línea de bayonetas ya desorganizada, pudo abrirse paso sin dificultad. Enseguida se encontró en la calle.

La avenida que corría por detrás de la pared estaba atestada de soldados keseños. Avanzaban en grupo para reforzar la posición, empujando hacia delante para llenar los huecos. Muchos ya estaban

cargando contra él. Extendió los sentidos e hizo detonar la pólvora de la primera fila. Dejó que su hechicería hiciera por él el trabajo de volarlos en pedazos.

Pero había demasiados, obligados a seguir moviéndose por la presión de sus propios camaradas que venían detrás. Incluso con su hechicería y la caballería, no podría formar un pasillo lo suficientemente ancho para que sus soldados de infantería lo siguieran.

—¡Señor, nuestros hombres están vacilando! —le gritó un coracero.

Tamas envainó la espada.

—¡Maldición! ¡Gavril, dame la bandera! —Gavril se detuvo un momento para desenganchar la bandera de su montura. Tenía la espada toda manchada de sangre. Le arrojó la bandera por el aire. Tamas la atrapó y desmontó—. ¡Andriya, ábreme camino!

Andriya destripó a un soldado keseño y corrió hacia las escaleras que llevaban a lo alto de la muralla. Su rifle ya estaba usado y probablemente ya no sirviera, cubierto de sangre como estaba; lo usó como una lanza mientras se abría paso por la escalera.

Tamas lo siguió de cerca, empujando con el pie a los muertos y heridos que Andriya iba dejando en su camino, haciéndolos caer por el borde. Llegaron al primer piso del puesto de guardia y lucharon con los soldados que estaban dentro para abrirse paso. Un momento después, salieron a la luz del sol.

La escena dejó a Tamas sin aliento. Sus miles de hombres avanzaban vigorosamente con las bayonetas en alto; la muralla desbordaba de abrigos verdes y canela de la infantería keseña. Sus hombres pasaban por encima de las murallas a cientos, pero las filas que estaban en la base vacilaban. Sus hombres se acobardarían si no se les daba ánimo.

Tamas quitó la bandera keseña del soporte que había sobre la entrada y la arrojó desde lo alto. Esta cayó hacia los ejércitos en combate, describiendo un arco como una lanza. La observó caer hasta que un granadero keseño que lo doblaba en tamaño cargó contra él lanzando un grito de guerra indescifrable. Tamas lo golpeó en la barbilla con el extremo del asta de la bandera y lo derribó. Luego la elevó por encima su cabeza y la agitó. Un grito resonó por entre la infantería que seguía en el suelo, que volvió a avanzar con vigor renovado.

—¡Sostenla! —le dijo Tamas a un soldado adrano que había trepado hasta allí—. No la dejes caer mientras sigas respirando.

—¡Sí, señor!

Tamas saltó hacia el granadero al que había abatido con la bandera, lo tomó por el cabello y lo llevó a rastras hasta el interior del puesto de guardia.

—¿Dónde está Ipille? —le gritó en keseño.

El granadero le escupió el rostro y sacó un cuchillo de la bota. Empoderado por su trance de pólvora, Tamas lo levantó por el aire con una mano. Le aferró la muñeca con la otra y sintió que al otro se le rompían los huesos. Arrojó al granadero contra la pared con tanta fuerza que cayó polvo de las vigas.

—¿Dónde está tu rey?

El granadero lanzó un alarido y le lanzó un puñetazo. Tamas lo atajó, retorció al granadero y lo tiró por la escalera del puesto de guardia. Regresó al exterior y vio que la bandera seguía flameando, que cada vez más de sus hombres iban ganando la muralla.

No sería suficiente.

—¡Andriya, averigua dónde está Ipille! —Tamas bajó por la escalera y saltó sobre su montura—. ¡Lanzas!

La mayoría de los coraceros había logrado abrirse paso por el patio y llegar a la calle. Tamas contó unas diez o doce sillas de montar vacías, pero aún quedaban muchos de sus hombres a caballo. Se abrió paso hacia ellos con la vista fija en el fluir de la batalla. Observó los altibajos de la infantería keseña, determinando con su ojo experto el patrón dentro del caos. Los vio avanzar, retroceder y volver a avanzar.

—¡Formación!

Mientras la infantería keseña retrocedía, su caballería se reagrupó y estableció una formación compacta, con las lanzas listas. Gavril acercó su caballo al de Tamas.

—Necesitamos capturar a Ipille. No podremos tomar las murallas.

—Tomaremos las murallas incluso si debo hacerlo yo mismo. ¡Lanzas, rotación hacia la izquierda!

Solo un tercio de su caballería conservaba aún las lanzas. Se movieron hacia el centro de la formación mientras el resto se colocaba en los flancos y rechazaba a la infantería con sus sables pesados.

—¡A la carga!

El grupo entero se lanzó hacia delante y chocó con el gentío desorganizado que era la infantería keseña. Aun sin las lanzas, tenían más opciones en la ancha avenida. Varios soldados de infantería cayeron bajo el pecho acorazado del caballo de Tamas. Él se inclinó hacia delante en la montura, blandiendo su sable.

Una bala derribó al coracero que cabalgaba a la derecha de Tamas. Otro cayó ante las bayonetas enemigas con un grito entrecortado. Su carga quedó interrumpida después de tan solo unos setenta metros, pero Tamas vio que era suficiente.

La brecha que había en la pared, allí a lo lejos, rebosaba de uniformes azules. Su propia infantería se abrió paso, con los pesados granaderos en la vanguardia. El ataque de Tamas había desviado la atención de los keseños, por lo que sus hombres pudieron tomar la brecha, y como una presa que tiene una grieta, la corriente de la batalla

cambió por completo.

Tamas sintió un golpe en el peto y el mundo se le volvió del revés. El caballo cayó también. Se tiró del animal, rodó entre los cascos de otro y se puso de pie con dificultad, con una pierna entumecida.

Levantó la espada justo a tiempo para desviar la estocada de un oficial keseño. Lo bloqueó dos veces y se abalanzó para finiquitarlo, pero la pierna cedió ante su peso; se tropezó hacia delante y la espada del oficial le golpeó el casco. Levantó la espada para bloquear otra estocada, pero del estómago del oficial brotó una bayoneta y el cuerpo fue hecho a un lado.

—¡De pie, señor! —Andriya tomó a Tamas por debajo del brazo y lo ayudó a ponerse de pie—. ¡Aún quedan muchos que matar!

Tamas aprovechó para revisarse. En el muslo izquierdo tenía una herida profunda (esa se pondría fea), y el peto tenía al menos cinco arañazos que, si no lo hubiera tenido puesto, lo habrían matado.

—Se mueve demasiado lento con eso —dijo Andriya señalando el peto.

—Es porque me estoy haciendo viejo. ¿Y el rey?

—Estableció su corte en la catedral Kresim. Por lo que saben estos hombres, sigue allí.

Tamas se abrió paso por entre la lucha, escudado de un lado por Andriya y del otro por las tiendas de la avenida. Fue cojeando hasta un pórtico alto y subió para observar la batalla. El resultado aún era incierto; de las calles laterales seguían brotando más keseños, y aún controlaban sectores clave de la muralla. Forzarían a los hombres de Tamas a pagar con sangre cada centímetro que ganaran.

Varios de los coraceros de Tamas se encontraron con él en la entrada, liderados por Gavril.

—¿Puedes montar? —preguntó Gavril.

Tanto él como su caballo habían recibido numerosos cortes. Él tenía la pantorrilla empapada en sangre, pero parecía listo para seguir luchando.

—Sí. —Tamas le tendió la mano, y Gavril lo levantó y lo ayudó a sentarse en la silla de montar, detrás de él—. A la catedral Kresim —le gritó en el oído—. Debemos dar fin a todo esto ahora mismo.

—¿Por la calle principal?

—No, toma esa de allí. —Tamas señaló por la avenida hacia una de las calles laterales que parecían haberse quedado sin más refuerzos keseños. Agitó la espada en el aire—. ¡Lanzas! ¡A mí!

A medida que se acercaban al centro de la ciudad, tuvieron que abrirse paso luchando a través de dos barricadas a medio construir. Estaba claro que no estaban atendidas apropiadamente; solo eran un lugar hacia donde la infantería keseña podía retroceder. La caballería de Tamas ahora contaba con menos de treinta soldados, y cada hombre

que cayera sería uno menos que podría usar al enfrentarse a Ipille en su resistencia final.

Salieron a la plaza de la catedral por una de las calles laterales. Si bien la catedral de Budwiel no era ni por asomo tan grande como su contraparte de Adopest recientemente destruida, de todas maneras era un edificio imponente. Cuatro agujas se elevaban por encima de los edificios más altos de la ciudad, enmarcando un magnífico domo de bronce y unos muros similares a los de una fortaleza.

La plaza estaba vacía. Tamas presintió que era una trampa y ordenó que se detuvieran.

Descendió del caballo de Gavril, se colocó una carga de pólvora completa en la boca y permitió que se le disolviera en la lengua, con papel y todo. Sacó una pistola del cinturón, revisó que estuviera cargada y les hizo un gesto a sus hombres para que procedieran con cuidado.

Los cascos resonaron como tambores contra las losas de la plaza; ahora la lucha de la muralla se oía acallada y distante. Tamas había pensado que se encontraría con la mayor resistencia justo allí, el lugar donde Ipille habría reunido a sus mejores hombres, a los más valientes, pero la catedral parecía prácticamente abandonada. Le echó una mirada con el tercer ojo y vio que no había ni Privilegiados ni Dotados esperando al acecho.

—Algo no anda bien —dijo Gavril, y su voz retumbó en la plaza vacía.

Tamas revisó su segunda pistola. La pierna le quemaba; incluso a través de su intenso trance de pólvora, no le quedó otra que cojear.

—Puede que hayan huido.

Se acercaron a la entrada principal de la catedral. Una de las puertas dobles estaba ligeramente entreabierta. Tamas echó una mirada por allí. No llegaba a ver nada, solo las paredes de piedra del vestíbulo de entrada. Sus hombres desmontaron y amarraron sus caballos. Tamas le hizo un gesto con la cabeza a Andriya.

—Cinco hombres —le dijo.

Andriya dijo algunos nombres. Los soldados tomaron posición alrededor de las puertas, las abrieron de par en par y se lanzaron hacia el interior. Corrieron por el vestíbulo de entrada en dirección a la nave. Sus pasos resonaron en los recovecos del edificio. Tamas contuvo la respiración, esperando los disparos de rifles y los gritos de hombres en combate. Los músculos se le tensaron, listos para liderar al resto de los hombres al interior del edificio.

Silencio.

—El desgraciado ha huido —dijo Tamas volviendo a meterse la pistola en el cinturón.

—Eso parece —dijo Gavril.

—Ni siquiera tuvo las agallas de decírselo a su guardia personal. —Tamas pateó la pared y se arrepintió de inmediato. Maldijo en voz baja y prestó atención a los pasos de sus coraceros mientras iban dejando el vestíbulo—. Vamos.

Cojeó hacia el vestíbulo de entrada y estuvo a un paso de chocar con Andriya.

—Señor —dijo el mago con el rostro pálido—. Debería ver esto.

Tamas intercambió una mirada con Gavril. Nada que preocupara así a Andriya podía ser algo bueno.

Vio el primer cuerpo al dar vuelta a la esquina. Una soldado de élite de Ipille; uniforme verde sobre canela, con ribete dorado, sobre ropa gris. La espada de la mujer estaba a medio desenvainar, había recibido un disparo en el corazón a corta distancia. Los siguientes dos cuerpos estaban a poco más de un metro. Otros dos soldados de élite enzarzados en combate. Se habían apuñalado mutuamente.

Tamas entró en la nave. Pasó la mirada por las inmensas columnas que llevaban al centro de la estancia y que sostenían el domo, y observó el campo de batalla que tenía frente a él. Más de cien miembros de la élite de Ipille yacían muertos o agonizando. Incluso divisó dos Guardianes muertos. Abrió el tercer ojo, pero no había el más mínimo atisbo de hechicería en el salón.

—¿Qué abismos ha pasado? —preguntó Gavril.

Tamas señaló hacia el frente de la nave.

—Apuesto a que él lo sabe.

Usando su espada envainada a modo de bastón, y con una pistola en la otra mano, Tamas fue cojeando hacia la silla del diocel que había en el frente de la estancia. En la silla estaba sentado Ipille, y su enorme corpulencia sobresalía de los apoyabrazos. Estaba clavado a la silla por medio de una espada corta con empuñadura enjoyada. Había un charco de su sangre alrededor de la silla, sobre el suelo de mármol. Al pie del estrado estaba sentado un hombre de aspecto demacrado, de poco más de cuarenta años. Tenía la barbilla apoyada sobre la mano y miraba inexpresivo a Tamas.

Llevaba uniforme de general de Kez, y su parecido al obeso cadáver de la silla era evidente. Después de todo, se trataba del hijo mayor de Ipille.

Cuando Tamas se acercó, el príncipe se puso de pie y le presentó la empuñadura de su espada. Tamas se detuvo y observó la espada. De pronto, se sintió muy cansado.

—Florian je Ipille. Al parecer, has dado un golpe de Estado.

Florian se encogió en dirección opuesta a la del cadáver que tenía detrás.

—Cumplí con mi deber como príncipe heredero. Liberé a mi pueblo de una guerra que no podía ganar. En nombre de la nación de Kez, le

entrego mi espada al mariscal de campo Tamas.

Tamas guardó la pistola, tomó la espada de Florian y la sostuvo a la luz.

—Esta es la espada de Ipille.

—Es la espada del rey. Y ahora, yo soy el rey.

Tamas se preguntó qué tendría que decir sobre eso la ley keseña. O el hermano menor de Florian, Beon. No estaba familiarizado con los detalles de la sucesión keseña, sobre todo en lo referido a golpes de Estado. Aquello contaba con todos los ingredientes para comenzar una guerra civil en Kez. Pero eso no era problema de Tamas.

—¿Cuáles son vuestras condiciones?

—Que el pueblo keseño sea tratado justamente en una corte de sus naciones hermanas. Que Adro y Deliv cesen de inmediato los ataques sobre el ejército keseño, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras.

—Yo tengo dos condiciones inmediatas para vuestra rendición, además de las que vendrán después.

—Decidlas.

—Que les ordenéis a vuestros hombres que se rindan.

—¡Lororlia! —gritó Florian—. ¿Sigues con vida?

Una figura emergió de los recovecos de la nave, una mujer keseña de cabello negro y ojos agresivos que llevaba uniforme de coronel. Cojeaba visiblemente, sosteniéndose el brazo.

—¿Sí, milord?

—Envíales mis órdenes a nuestros oficiales. Nuestros hombres deben rendirse de inmediato.

Lororlia miró a Tamas y a él le pareció ver una chispa de resistencia en sus ojos.

—Sí, milord. —La mujer se alejó cojeando.

Tamas se volvió hacia Gavril.

—Envía a uno de nuestros coraceros de regreso al frente. Que les diga a nuestros hombres que acepten de inmediato la rendición de los keseños y que se retiren a las afueras de la ciudad, todos excepto la infantería de la Séptima. Ellos deben comenzar a desarmar al ejército keseño. —Tamas le echó una mirada a Florian y vio una leve sonrisa en la comisura de sus labios. Sospechó que había algo más en aquel golpe de Estado que un medio para terminar con la guerra. En voz baja, agregó—: Y lleva a Beon a un lugar seguro. Ponlo bajo custodia. No quiero que reciba una puñalada por la espalda. Por el abismo, mejor encárgate tú mismo de eso.

Gavril salió del salón llevándose a varios de los coraceros.

—¿Qué más? —preguntó Florian.

—Entregadnos el cuerpo del dios Kresimir.

Florian arqueó las cejas.

—Bah. Está allí, en la recámara del diocel. Lleváoslo. No nos ha

traído más que dolor.

—Andriya, custodia ese cuerpo —ordenó Tamas—. No lo toques.

—¿Eso es todo?

Tamas se irguió y sostuvo la espada de Florian con el brazo estirado.

—Florian je Ipille, acepto tu rendición en nombre de la alianza entre Adro y Deliv. Que Adom sonría ante el final de esta sangrienta guerra.

Capítulo 43



Taniel y Vlora reventaron tres caballos cada uno persiguiendo a los Privilegiados brudanos. Primero fueron por el Camino de Counter y luego hacia el este, en dirección a Adopest.

Iban casi volando. Taniel sabía que debían estar cada vez más cerca de su presa, a medida que se iban acercando más y más a la ciudad. El cuerpo se le estremecía por el agotamiento, mientras que su mente era una maraña caótica de miedo, rabia y esperanza. Ya no quedaban muchos kilómetros: si Adopest estaba en manos de los brudanos como Vlora había dicho, necesitaban alcanzar a Ka-poel y a sus captores antes de que entraran en la ciudad.

Continuaron galopando sin cruzar palabra hasta que pasaron sobre una colina y divisaron Adopest a distancia, que reposaba sobre el extremo del mar Ad. La mente de Taniel le zumbaba por el trance de pólvora; su cuerpo, débil por haberse pasado dos días sin dormir.

Habían tenido que dejar atrás a Gavril y a Norrine. Gavril había ido hacia el sur para intentar advertir a Tamas de la jugarreta de los brudanos, mientras que Norrine se había quedado con los heridos para custodiar a los prisioneros brudanos. Taniel no había querido abandonarla allí, pero sabía que Vlora y él viajarían mucho más rápido si iban solos.

—Allí —dijo Vlora.

Taniel sacudió la cabeza para aclararse la visión y se concentró en un grupo que estaba justo fuera de los límites de la ciudad. Eran nueve jinetes, y aun a distancia, reconoció el abrigo, el sombrero y el cuerpo diminuto de Ka-poel. Galopaban por las calles anónimas de la ciudad dejando atrás una nube de polvo. Las esperanzas de Taniel de alcanzarlos antes de que llegaran a los muros de la ciudad se desvanecieron.

No le respondió a Vlora, sino que se inclinó sobre el cuello de su caballo para incitarlo a que fuera más rápido.

Menos de una hora después, llegaron al Alto Talian, en el lado oeste de Adopest. Taniel sintió que el pánico comenzaba a agolpársele en el pecho a medida que la multitud matutina comenzó a rodearlo. Su caballo echaba espuma por la boca, los flancos le temblaban. Los brudanos habían desaparecido y, con ellos, toda posibilidad de recuperar a Ka-poel.

—Taniel —oyó que le decía la voz de Vlora como desde muy lejos—. Taniel, ahora no podremos encontrarlos.

Se volvió hacia ella.

—Lo voy a hacer. Voy a encontrar a esos desgraciados. Recuperaré a Ka-poel, incluso si eso significa matar a cada brudano que me cruce.

—Bueno, podrás comenzar pronto con ese plan.

Taniel abrió la boca, pero no encontró respuesta. La gente los estaba mirando, a ellos y a sus caballos moribundos. Siguió la mirada de Vlora hacia la izquierda. Delante de ellos, comenzaron a aparecer soldados brudanos por la calle, gritando y señalándolos.

—Deja los caballos —dijo Taniel desmontando.

Desató sus morrales, se los echó sobre el hombro y tomó sus pistolas y su rifle. Vlora hizo lo mismo.

Abandonaron los caballos y se escabulleron por un callejón cercano. Fueron hacia la calle siguiente. Taniel divisó a los soldados que los iban flanqueando, intentando mantenerles el ritmo mientras se iban desplegando más adelante. Se llevó una mano a la pistola, listo para desenfundar.

—No deberíamos comenzar un tiroteo aquí —le advirtió Vlora—. Hay demasiada gente.

—Al abismo la gente. Si se acercan un poco más, derramaré la primera sangre.

Taniel sabía que debían salir de allí. Vlora tenía razón. Una batalla en medio de la ciudad solo llamaría la atención y atraería a más soldados. No tendrían refuerzos. Ahora Adopest era territorio hostil. Si los soldados los incitaban a pelear, sin duda traerían a un Privilegiado tarde o temprano. Seguramente, temprano.

Taniel ya había luchado contra una Privilegiada en Adopest. No era algo agradable.

—¿Reconoces esta parte de la ciudad? —dijo Vlora.

—Estamos cerca de la avenida Hrusch, ¿no es así?

—Es nuestro viejo refugio.

—No pasé mucho tiempo en las calles —dijo Taniel.

—Yo sí —respondió Vlora—. Y debajo de ellas. Más adelante hay una vieja casa de baños. Tal vez podamos escabullirnos por las alcantarillas.

Cruzaron dos calles más, sin dejar de observar a los soldados que continuaban flanqueándolos pero manteniendo la distancia.

—¿Qué están esperando? —preguntó Vlora.

Taniel se había estado preguntando exactamente lo mismo. Tenían la ventaja numérica. Incluso si Vlora les detonaba toda la pólvora (cosa que no haría con toda esa gente alrededor), era posible que no todos se vieran afectados. Podrían echárseles encima con bayonetas y espadas, o algo peor; algunos tal vez tuvieran rifles de aire.

La vieja casa de baños era un edificio de tres plantas situado al final de la calle. Estaba en ruinas. Las puertas y ventanas estaban tapiadas y tenían carteles que les advertían a los niños locales que se trataba de un lugar peligroso. Taniel divisó un uniforme brudano más adelante.

—Se nos han adelantado —dijo gruñendo.

—No solo eso. —Vlora había palidecido.

No necesitó terminar la frase. Taniel percibía a dos Privilegiados acercándose a su posición, uno por detrás y otro por delante de ellos. Eso era lo que los soldados habían estado esperando. ¿Cómo abismos habían llevado a dos Privilegiados tan rápido? O Vlora y él habían tenido una suerte de perros, o el comandante brudano había contado con que necesitaría refuerzos para cuando regresaran los secuestradores de Ka-poel.

—¡Rápido! —dijo.

Se dirigieron a un callejón que había detrás de la casa de baños. Taniel clavó la bayoneta debajo de la tabla que bloqueaba la puerta trasera y la arrancó.

Se oyó un disparo de mosquete. La bala impactó contra la pared junto a Taniel, y él se encogió. Arrancó otra tabla. Vlora disparó y eliminó al soldado que estaba al final del callejón. Taniel golpeó la puerta con el hombro y, después de dos intentos, logró abrirla. Entraron a toda prisa.

—¡Los Privilegiados se están acercando! —dijo Vlora.

—¡Ya lo sé! ¿Dónde están las condenadas alcantarillas?

—En el sótano. Por el salón. ¡Vamos, vamos!

Taniel corrió por el salón húmedo y oscuro, por delante de las bañeras llenas de barro. Detrás de ellos, una voz les gritó en un adrano con acento marcado.

—¡Soldados adranos, rendíos ahora!

Taniel se detuvo, empujó a Vlora para que siguiera moviéndose y levantó el rifle. Esperó en la oscuridad del umbral de una puerta hasta que un soldado asomó la cabeza por la entrada trasera del lugar.

La bala le alcanzó justo entre los ojos. Se oyeron gritos, y Taniel sintió la presión de la hechicería pasando a este mundo. Corrió detrás de Vlora y la siguió por unos escalones hacia la negrura del sótano. Aspiró un poco más de pólvora y logró ver con claridad en las

profundidades. Encontró a Vlora en la sala más alejada de las escaleras. Había forzado la reja de una alcantarilla y ahora estaba echando sus morrales por el agujero.

Taniel oyó pasos en el suelo que tenían encima.

—¿Por qué los Privilegiados aún no nos han atacado? —preguntó.

—¡Silencio! —dijo ella—. ¡Ve! ¡Ahora! —Él la sintió extenderse hacia la pólvora de los soldados y detonarles algunas cargas para sembrar confusión. Las explosiones resonaron por todo el edificio.

Taniel se metió en la alcantarilla con las manos resbalándose de la escalera de mano atornillada a la pared. Descendió hasta que sus pies tocaron agua y se dejó caer los últimos centímetros hacia el suelo.

—¡Vamos! —le gritó a Vlora.

Ella se encontraba en lo alto del agujero, con la cabeza inclinada como si intentara oír algo.

—Espera —le dijo en voz baja—. —Hay algo…

Un temblor interrumpió sus palabras. Taniel se cubrió la cabeza con las manos, y el corazón se le subió a la garganta cuando oyó que los cimientos del edificio retumbaban con un estruendo ensordecedor. Por encima de él se oyó un alarido entrecortado. Se limpió el agua del rostro, casi asfixiado por el polvo.

—¡Rápido! —gritó.

Su voz ya no hizo eco. Intentó ver en medio de la oscuridad, pero por encima de él no había más que piedras.

El edificio se había derrumbado sobre Vlora.

Capítulo 44



Adamat acompañaba a la comisionada de policía Hewi y a seis oficiales para arrestar a lady Cheris.

Vivía en una hermosa mansión en las afueras de las Jaurías, en Adopest, no muy lejos del hogar de Ondraus el tesorero. Era una edificación de tres plantas que daba a uno de los jardines privados más extensos de la ciudad. Adamat esperaba en el vestíbulo, bañado por la fresca brisa otoñal que entraba por la puerta abierta, mientras un par de agentes de policía hablaban con el mayordomo.

—Esto es por demás irregular —dijo el mayordomo elevando la voz —. Lady Cheris es una respetable miembro de la sociedad y no se la tratará como a una delincuente común.

La comisionada Hewi se aclaró la garganta para interrumpir la respuesta de uno de sus agentes.

—Buen hombre, yo soy la comisionada de la fuerza policial adrana. Mi presencia indica a las claras que lady Cheris es una delincuente fuera de lo común. Ahora bien, o me dices dónde está, o pasarás los próximos seis meses en Diente Negro.

Daba la impresión de que el mayordomo seguiría protestando, pero los rostros pétreos de los agentes lo disuadieron. Pareció desinflarse.

—Está en la sala de estar. Pero, comisionada, tiene invitados. ¿No podríais venir en otro momento?

Hewi hizo al hombre a un lado con su bastón y pasó por delante de él. Adamat la siguió.

Un agente abrió la puerta de la sala de estar y Hewi entró como si fuera dueña del lugar. Había dos hombres sentados en sillas junto a las ventanas, mientras que los dos sofás estaban ocupados por cuatro mujeres, una de las cuales era lady Cheris. La conversación quedó interrumpida y todos miraron sorprendidos a la comisionada Hewi,

mientras Adamat se colocaba en un rincón con el sombrero en la mano.

Él no tenía ningún interés en ser quien llevara a cabo ese arresto en particular. Todo indicaba que lady Cheris sería tan difícil de atrapar como una anguila, según palabras del propio Ricard.

—¡Comisionada Hewi! —dijo lady Cheris poniéndose de pie—. No os esperaba hoy. ¿Puedo presentaros a lord Elmore, del Banco Nacional de Novi? Creo que conocéis al resto de los presentes.

—Encantada, lord Elmore. Lady Cheris. ¿Queréis que hagamos esto aquí?, ¿o preferís pedirles a vuestros invitados que se retiren?

Cheris los miró sorprendida, como sin comprender.

—¿A qué os referís?

Adamat se aclaró la garganta y miró significativamente a los agentes que custodiaban la puerta, aunque sabía que Cheris solo se hacía la estúpida.

—Ah. —Cheris tragó saliva con fuerza—. Lord Elmore. Amigos míos. ¿Podré pediros que continuemos mañana esta conversación?

Los caballeros y las damas se pusieron de pie. Lord Elmore estrechó la mano de Cheris mientras miraba sombrío a la comisionada.

—Por supuesto. Por favor, avisadnos si necesitáis algo.

Los invitados se marcharon y Adamat se quedó escuchando para asegurarse de que se habían ido de la casa. Una vez que se hubieron ido, lady Cheris se dejó caer en uno de los sofás.

—¿De qué se trata todo esto, Hewi? —preguntó.

—Es "comisionada", milady. Y, por favor, permaneced de pie. Quedáis arrestada por el intento de homicidio de Ricard Tumblar. Creo que podemos prescindir de las esposas, siempre y cuando vengáis por las buenas.

A Cheris se le dilataron las fosas nasales.

—¿Intento de homicidio? ¡Casi muero en ese atentado! ¿De qué me estáis hablando?

—Tenemos fuertes motivos para creer que vos planeasteis el atentado en la sede de los Nobles Guerreros del Trabajo.

Más fuertes que los que Hewi estaría dispuesta a divulgar, reflexionó Adamat. Denni de Rhodigas había confesado frente al Dotado de la comisionada Hewi, el que podía identificar a un mentiroso con solo oírlo. Lady Cheris lo había contratado personalmente para el trabajo.

—¿Yo? ¡Una viga me cayó encima y me rompió el brazo! —Cheris movió el codo del brazo que aún llevaba en cabestrillo—. Es un descaro terrible que me acusen de algo así.

Hewi suspiró.

—Tenemos muchas pruebas, milady.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas? ¡No hay nada que me vincule a semejante delito! Esta noche iba a cenar con Ricard. ¿Creéis que

cenaría con un hombre al que intenté matar? Vos, señor. Vuestro nombre era Adamat, ¿verdad? Sois amigo de Ricard. ¿Acaso él cree que yo haya hecho algo así?

Adamat le echó una mirada a Hewi, que asintió con la cabeza casi imperceptiblemente.

—Así es, señora. Y yo también.

Cheris se puso de pie.

—Os exijo que me digáis qué pruebas son las que decís tener en mi contra.

Adamat resopló. Ella no creería realmente que accederían a hacerlo, ¿verdad?

—No puedo hacer eso, milady —dijo Hewi.

—¿No podéis? ¿O no queréis? Porque no tenéis absolutamente nada. Si tuvierais algo, me lo diríais. Conozco las condiciones en las que se encuentran los juzgados. Incluso con los contactos que tengo, me llevará dos semanas poder comparecer ante un magistrado. Hasta ese entonces, me pudriré en Diente Negro con las ratas de alcantarilla, con la reputación hecha pedazos y…

—Tenemos el testimonio de Denni de Rhodigas de que vos le pagasteis para que adquiriera el aceite explosivo de la Compañía Química Flerring —dijo Hewi haciendo una mueca de desprecio—. Y de que organizasteis el atentado de la sede de los Nobles Guerreros del Trabajo.

—¿Ese cretino mentiroso? ¡Ja! Como si tuviera algo que ver con él. Espero que tengáis algo más sólido.

—Transferencias de fondos por la suma de ciento veinte mil kranas desde vuestra cuenta personal a una cuenta que le pertenece a Denni de Rhodigas —intervino Adamat—. Ya hemos arrestado e interrogado a vuestro banquero personal.

Cheris quedó boquiabierta por un momento, y luego dijo en voz baja: —Esas cuentas no están al alcance del Gobierno, y no son admisibles en la corte.

—Ahora sí —dijo Adamat—. La ley fue aprobada hace un mes. Me sorprende que vos no estuvierais enterada, dado que sois la líder del sindicato de banqueros. ¿Comisionada?

Hewi supervisó el arresto; un agente llevó a Cheris por una puerta lateral y la hizo subir a un carruaje policial sin marcas. Adamat esperó a la comisionada junto al vehículo.

—Gracias por venir, señora —le dijo a Hewi.

—No, gracias a vos, inspector. Aun si tuviera mil oficiales más rastreando por la ciudad, no serían suficientes. Mi gente no podría haber averiguado todo esto en absoluto. Sois realmente uno de los mejores.

—Os agradezco el comentario, señora. Y sobre esa ley que

mencioné…

—Ya debería figurar en los libros. Con efecto retroactivo, por supuesto. No es algo que haría normalmente, pero después de interrogar a Denni con nuestro Dotado, necesitamos cubrir nuestras pruebas.

—Gracias, señora.

—¿Estáis seguro de que queréis viajar con ella? —preguntó Hewi.

—Sí. Es mejor que la interrogue en privado.

—No podréis sacar nada que se considere oficial.

—Por supuesto. Es por mi propia paz mental.

Adamat se despidió de la comisionada y se subió al carruaje; Cheris ya estaba dentro, mirando por la ventana opuesta. Se le había caído la máscara de mujer de negocios anonadada y enfurecida. Ahora se veía cansada y un tanto molesta. El carruaje comenzó a avanzar. Adamat la observó durante algunos minutos antes de hablar.

—¿Por qué? —preguntó Adamat.

Cheris lo miró como si notase su presencia en el vehículo por primera vez.

—Porque Ricard es un idiota —dijo ella—. Y podéis decirle que os lo he dicho. Es un visionario, sin duda alguna, y eso le aporta algo de valor. Pero es un tonto y será un muy mal primer ministro.

—Entonces, ¿lo admitís?

—Al parecer, vos ya sabéis la verdad, así que podría admitirlo —Suspiró—. Me he estado quedando sin recursos, inspector. Tener que depender de gente como Denni me revuelve el estómago. Y creedme cuando os digo que mi banquero no volverá a conseguir trabajo en los Nueve.

—¿Creéis que seguiréis teniendo esa clase de poder después de que esto salga a la luz?

—El hecho de que yo estuviera involucrada quedará olvidado en un año. Denni irá a la guillotina. Yo pagaré una multa considerable y perderé mi posición en el sindicato, pero volveré a ascender a la cima.

—Y haréis sufrir a vuestros enemigos, supongo.

—En general no soy una asesina, inspector. No mato ni hiero a menos que me quede sin opciones. Pero sí, los hago sufrir. No tengo problemas en destruir reputaciones, si me conviene. Si estuvisteis investigándome, deberíais saberlo.

La investigación de Adamat había sido un torbellino de solo unas pocas horas, desde el momento del arresto de Denni hasta llegar a la puerta de Cheris. Adamat gruñó una respuesta.

—De hecho —añadió Cheris—, me sorprende que me permitáis saber que estáis involucrado.

—Ya he lidiado con cosas peores.

Adamat sintió un dejo de duda en el fondo de su mente, y se

preguntó si aquello había sido una buena idea. Tal vez la advertencia de la comisionada tenía algún significado que Adamat no había entendido. No había nada que indicara que Cheris era la misma clase de monstruo que había sido Vetas, pero, tal vez, debería haber tomado precauciones.

Una sonrisa se asomó en la comisura de los labios de Cheris. Adamat entrecerró los ojos. ¿Cheris sabría de la existencia de lord Vetas? Tal vez sí. Teniendo en cuenta su relación con Ricard, no era algo imposible.

Llegaron a la plaza de las Elecciones y observaron la aguja oscura de Diente Negro cernerse sobre sus cabezas. La prisión estaba llena de disidentes y de realistas particularmente enérgicos, pero los guardias habían liberado una de las celdas más cómodas para Cheris. Ricard había insistido en eso, aunque Adamat no sabía el motivo. ¿Sentimentalismo, tal vez?

Una escolta acompañó a Cheris en cuanto puso pie en la calle. Adamat bajó del carruaje preguntándose si necesitaría alargar el tiempo del contrato de SouSmith, y la observó mientras la llevaban hasta las puertas de Diente Negro. De pronto Cheris se volvió y lo miró con una sonrisa amenazante.

—Disfrutad de las próximas semanas, inspector. Nos veremos pronto.

La residencia de Charlemund, el antiguo archidiocel de la Iglesia Kresim en Adro, parecía lúgubre y vacía.

Adamat recordó su primera visita a aquel lugar. Los viñedos habían estado llenos de trabajadores, mientras los caballos practicaban en las pistas de carreras. Había sido una demostración enfermiza de poder, pero Adamat casi prefería aquella pomposidad a los setos descuidados, la hierba crecida, los huertos vacíos y la fachada fría, sin vida, de la inmensa mansión.

Los únicos ocupantes del lugar eran un grupo de guardias que la ciudad había asignado para mantener a raya a saqueadores y ocupantes ilegales hasta que el Gobierno tuviera la oportunidad de repartir las riquezas de Charlemund. Su biblioteca iría para las universidades y para los Archivos Públicos. Sus colecciones de arte serían vendidas a coleccionistas privados o donadas al museo de la ciudad. El propio edificio tal vez fuera vendido a algún mercader acaudalado (Adamat incluso había oído a Ricard expresar cierto interés), o tal vez echado abajo para reciclar las piedras y ayudar a reconstruir el centro de la ciudad.

—¿Qué buscas? —preguntó SouSmith.

Adamat se alisó las solapas de la chaqueta.

—Intento averiguar qué clase de hombre no proyecta sombra —

respondió.

Adamat mostró sus documentos en un puesto de guardia temporal situado a unos cientos de metros de la mansión y le permitieron pasar. En la puerta de entrada, recordó su segunda visita a la mansión: durante la batalla en que Tamas se enfrentó a Charlemund y lo capturó. Aún estaban los restos incinerados de un carruaje junto al camino de grava, y había unos surcos embarrados donde había impactado hechicería Privilegiada.

En la puerta de entrada había otro par de guardias, un hombre y una mujer, sentados en el porche, jugando a los dados. Se pusieron de pie cuando Adamat bajó de su carruaje y se acercó, seguido por SouSmith.

—Me han dicho que tenéis la llave —dijo Adamat.

—Sí. Así es —dijo la mujer. Era una joven de no más de veinticinco años; estaba armada con un mosquete y llevaba el uniforme celeste de la policía de la ciudad—. ¿Documentos?

Adamat presentó sus documentos una vez más.

—¿Puede ser que haya visto humo saliendo de una de las chimeneas?

—Es probable —dijo el otro guardia, frotándose con el pulgar por debajo del borde de su sombrero. Era un sujeto un poco mayor, que ya tenía algunas canas en el bigote.

—No sabía que la mansión estuviera ocupada.

—El Estado emplea a algunos de los miembros del antiguo personal para mantener decente el lugar hasta que logren venderlo —respondió la primera guardia mientras le devolvía los papeles a Adamat—. No os preocupéis por ellos, no os molestarán. La biblioteca está en el ala sur, al final de todo. Entrad, pasad por delante de la primera escalera y doblad a la izquierda. Ese pasillo termina en la biblioteca.

—Muchísimas gracias —dijo Adamat. Esperó que le abrieran la puerta y luego entró, seguido por SouSmith.

En el vestíbulo aún había marcas de la lucha que había tenido lugar hacía ya tantos meses. Habían limpiado el desastre que Adamat recordaba, pero no había forma de ocultar las marcas de bala en el mármol, ni el pilar vacío donde había estado el busto de Charlemund.

SouSmith se detuvo y lanzó un silbido por lo bajo.

—¿Un hombre vivía aquí?

Adamat había olvidado que a SouSmith no le habían permitido entrar en su visita previa.

—Es desconcertante, ¿verdad?

SouSmith pasó su grueso pulgar por uno de los agujeros de bala que había en la barandilla de mármol.

—Nah. Debería haberme metido en el clero. —Dejaron el vestíbulo y siguieron las indicaciones de la guardia para llegar a la biblioteca—.

Dijiste que Charlemund escapó.

—Eso es lo que me dijo Ricard.

—¿Crees que está aquí?

—¿Qué? ¿Ocultándose?

—Sí.

—Tienen guardias y sirvientes. Alguien lo notaría.

SouSmith se detuvo y miró ambos extremos del pasillo. Tenía casi unos doscientos metros de largo, con un techo de unos seis metros de altura, y había al menos treinta puertas. SouSmith miró a Adamat arqueando una ceja.

—Vale, es grande —concedió Adamat—. Pero Charlemund es..., bueno..., tú lo conociste. Está acostumbrado a dar órdenes. A los lujos. No creo que pudiera "ocultarse" en ningún lado, incluso si su vida dependiera de ello. Yo supongo que ya ha huido a Kez, o a Novi, o algún lugar más lejano. Me imagino que pronto volveremos a oír hablar de él.

Sus voces resonaban a su paso, lo que producía un eco extraño. Adamat sintió un escalofrío, pero se lo atribuyó al frío otoñal.

El pasillo terminaba en una puerta doble que se encontraba cerrada. Adamat movió el picaporte, vio que no estaba cerrada con llave y tiró. El interior lo dejó sin aliento.

La biblioteca de Charlemund era un salón rectangular varias veces más grande que toda la casa de Adamat. Había libros en todas las paredes, organizados ordenadamente en estanterías de cerezo. También había escaleras de madera instaladas en rieles para alcanzar los estantes más altos, y en cada rincón había una escalera de caracol que llevaba al primer piso. En cada extremo del salón había una chimenea con detalles en mármol. Ambas estaban apagadas.

Allí no había tantos libros como en los Archivos Públicos ni como en la biblioteca de la universidad, pero aquella colección era casi tan grande como la del difunto rey, si no más. A Adamat lo dejaba perplejo que un solo hombre pudiera haber adquirido tantos libros. Charlemund había estado lejos de ser un erudito.

—No tengo ni la menor idea de por dónde comenzar.

SouSmith gruñó y se dejó caer en uno de los antiguos sillones orejeros que había junto a la chimenea más cercana a la puerta.

—Despiértame cuando termines —dijo.

—Así no me ayudas nada.

Cuando Adamat hubo comprendido los métodos de indexación de Charlemund, SouSmith roncaba sonoramente.

Uskan le había enviado una lista de libros que podían llegar a servirle. Adamat comenzó con esos: los buscó y los fue apilando sobre la mesa que había en medio de la biblioteca. Cuando los encontró todos, comenzó a leer por encima a toda velocidad, acumulando cada

página en su memoria para examinarlas en detalle después. Mientras tanto, iba buscando palabras relacionadas con las sombras.

Terminó con esos primeros libros hacia la una, y, un tanto nervioso, volvió a prestarle atención al resto de la biblioteca.

El Don de Adamat le permitía recorrer el lugar a una velocidad que la mayoría consideraría llamativa. Para él, iba tan lento que le resultaba frustrante. Los libros estaban ordenados por nombre de autor, lo que le ayudaba muy poco. No le quedó otra que buscar los títulos que parecieran pertenecer a libros religiosos, o los autores que él reconociera como académicos. Bajó otra pila de libros y comenzó a hojearlos.

Hacia las cuatro de la tarde, ya iba por la tercera pila de libros. SouSmith se había despertado y se había vuelto a dormir. Las crecientes sombras le dejaron claro que no le quedaba demasiado tiempo para leer bajo la luz del día.

—SouSmith —dijo moviéndole el hombro al boxeador.

SouSmith abrió un ojo.

—¿Eh?

—¿Tienes un fósforo? Necesito encender los faroles. O un fuego, o algo.

—Nop. —Cerró el ojo.

Adamat suspiró. SouSmith no resultaría de mucha utilidad en aquel lugar. Aún lo emplearía como guardaespaldas durante una semana más, pero el peligro real ya había pasado y SouSmith lo sabía. También sabía que era Ricard quien pagaba las cuentas. Adamat no podía culpar a SouSmith por holgazanear.

—Iré a buscar a alguno de los sirvientes —le anunció.

SouSmith gruñó.

Adamat recordó el humo que había visto elevarse de una de las chimeneas del ala norte. Hizo un plano mental de la disposición de la casa, recordando la breve inspección que había hecho después de la batalla con Charlemund. En el ala norte quedaban un salón de baile, un observatorio, un comedor, la cocina y la zona de servicio.

Allí tendría más probabilidades de conseguir un fósforo. Tal vez consiguiera que le encendieran las chimeneas de la biblioteca.

Tomó su sombrero y su bastón y fue al vestíbulo principal. Subió las escaleras y siguió por el pasillo principal del primer piso, hasta llegar a la zona de servicio. Aquella parte de la casa estaba más caldeada, y comenzó a anhelar el calor de una chimenea. En aquel lugar, el fresco otoñal se sentía con más intensidad de lo esperado.

Llamó a varias puertas de los sirvientes, pero no tuvo respuesta. Tres de ellas no estaban cerradas con llave, y el interior daba muestras de que estaban habitadas, pero en ese momento no había nadie.

Frustrado, bajó por la escalera de servicio hasta la cocina. De

regreso en la planta baja, oyó algunas voces. ¡Por fin!

Entró por la parte trasera de la cocina. Era un salón enorme, de casi veinticinco metros de largo. Se sorprendió al comprobar que el lugar estaba bastante bien abastecido, a pesar del reducido grupo de sirvientes. Del techo colgaban hierbas, había carne enlatada en los estantes (a los que les habían quitado el polvo) y sacos de grano que no habían sido atacados por roedores. En el otro extremo del salón había una figura con delantal blanco y sombrero de cocina, que canturreaba delante del único horno encendido.

—Disculpa —le gritó Adamat.

La figura se volvió, lo que le permitió a Adamat verle bien el perfil. Los pies se le volvieron como de plomo y la boca se le secó. Aferró el bastón con ambas manos y lo torció para sacar la espada. La apuntó al archidiocel fugitivo, Charlemund.

—Vos —susurró Adamat.

Charlemund arqueó las cejas. Tenía el delantal cubierto de harina y las manos llenas de masa de pan.

—Eh, ¿sí?

Adamat movió la boca, pero no estaba del todo seguro de qué quería decir. El archidiocel era un traidor a la patria y un villano, y había herido dos veces a Adamat en su último encuentro. Pero ahora no parecía estar armado. De hecho, parecía más sorprendido de ver a Adamat que Adamat de verlo a él.

—Dejad esa masa de pan.

—Bien.

—¡Esperad! No. Seguid sosteniéndola. Mantened las manos donde pueda verlas.

—Bien. —Lentamente, Charlemund comenzó a amasar la masa que tenía entre los dedos.

—Dejad de hacer eso.

—Preferiría no estropear esta hogaza.

—¡No me importa! —Las palabras le salieron como un grito. Comenzaron a caerle gotas de sudor por la espalda.

Charlemund lo miró con los ojos entrecerrados, pero no dejó de amasar.

—¿Nos conocemos?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Nos hemos visto en varias ocasiones.

A Adamat le retumbaba el corazón en el pecho, pero su enfado comenzaba a sobrepasar su nerviosismo. Se trataba de Charlemund, ¿no? Había subido de peso desde la vez anterior, unos doce o trece kilos. Era demasiado peso para solo unos pocos meses; fuera de eso, se trataba del mismo hombre. A menos que Charlemund tuviera algún pariente de empleado en su cocina.

¿Y antes había estado canturreando algo?

Charlemund pareció quedarse pensativo, y sus ojos se posaron por encima del hombro de Adamat.

—Ah, es cierto. Sí nos conocemos. —Hizo una mueca—. Pero las cosas no terminaron del todo bien entre vos y este cuerpo. Realmente os pido disculpas. Dejadme ayudaros.

—¿Ayudarme?

—Con vuestra investigación. Estáis buscando un libro. Creo que el *Compendio de dioses y santos* os servirá. Está lleno de superstición y de basura, pero da respuesta a vuestra pregunta. Está en la biblioteca, en el rincón noroeste. A un metro del codo de SouSmith, de hecho.

Adamat sintió que el brazo de la espada vacilaba.

—¿Cómo podéis saber todo eso?

Charlemund sonrió de oreja a oreja.

—Solo intento ser un buen anfitrión. ¿Os puedo ofrecer algo?

—¿Ofrecerme algo?

—Para comer. Anoche preparé sopa de calabaza. Puede que me queden algunas sobras.

Tamas se encontraba sobre las ruinas que eran las murallas de Budwiel, con el sol del mediodía dándole en el rostro. Le dolía el cuerpo, la pierna le palpitaba; sentía la piel demasiado tensa alrededor de los puntos de sutura. Le picaba un corte que tenía en la mejilla. Tuvo que recordarse que no debía rascarlo, o nunca se le curaría.

El ejército deliví se acercaba, una serpiente de uniformes verde kelly avanzando por el camino y entrando al inmenso campamento de soldados adranos instalado en las afueras de la ciudad. Los hombres de Tamas bordeaban el camino en sus uniformes de desfile como señal de respeto por sus aliados delivíes. Sulem y su camarilla iban montados a la cabeza del ejército. Tamas veía sus estandartes en la distancia, incluso sin estar en un trance de pólvora, y oía el redoble lejano de sus tambores que dictaban el paso de la marcha.

—Señor.

Tamas le echó una mirada al joven cabo que se le había acercado.

—¿Sí?

—El coronel Olem desea veros.

—Envíamelo de inmediato.

Esperó a que el cabo se hubiera retirado para apoyarse contra las fortificaciones y lanzar un suspiro de alivio. Olem había sobrevivido. Eso era bueno. Durante las últimas semanas habían muerto demasiados oficiales competentes.

Unos momentos después, oyó unos pasos vacilantes en la escalera que tenía detrás. Olem llegó hasta su lado. Tenía el rostro negro y azul, y varias heridas visibles en el cuello y en las manos. Su postura era un

tanto encorvada, con los hombros hacia delante. Tamas se daba cuenta de que Olem estaba sufriendo un dolor muy intenso. A lo largo de su extensa carrera, había visto esa postura muchas veces. Era el aspecto de un hombre que había sido azotado sin piedad. Tamas no quería ni saber qué aspecto tendría la espalda de Olem debajo del uniforme.

Pasaron algunos minutos de silencio. Luego se oyó un tintineo como de monedas cayendo al suelo. Tamas bajó la mirada y vio los galones de coronel de Olem sobre las piedras.

—¿Tu misión resultó un fracaso? —preguntó Tamas.

—Las cosas no salieron del todo bien, señor.

—¿Fue un fracaso?

—El quiebramagos está muerto. Sus hombres murieron o fueron castigados.

Tamas recogió los galones de coronel y los colocó frente a Olem.

—Si vuelves a intentar devolvérmelos, te los meteré por el culo.

—Pero...

—Solo te lo advertiré una vez.

Sin decir nada, Olem se volvió a colocar los galones. Tamas lo miró por el rabillo del ojo y vio que intentaba colocárselos con una mano, pues tenía la otra en cabestrillo. Su rostro era un gran moratón, y sus labios y cejas tenían abundantes suturas. Le faltaba la parte inferior del lóbulo de una oreja.

—Te ves como el propio abismo —dijo Tamas, sin que sonara como una reprimenda.

Olem terminó de colocarse los galones y le esbozó una sonrisa lánguida.

—Vos tampoco tenéis muy buen aspecto, señor.

—He tenido mejores días.

Los recuerdos de la batalla eran un torbellino de sangre y acero. No recordaba de dónde habían salido la mitad de sus heridas, pero sí tenía en la memoria el rostro de cientos de sus hombres a los que había visto morir. No podría dormir bien durante mucho tiempo.

—Mi informe tardará un poco más de lo debido, señor. No puedo escribir con la izquierda.

—No te preocupes demasiado.

—Os lo puedo dar ahora, si lo preferís.

—En otro momento. Espera. ¿Cómo estuvo la muchacha Privilegiada?

—Muy bien. —Olem vaciló—. Yo no sé gran cosa sobre hechicería, señor, pero el Privilegiado Borbador dijo que será la Privilegiada adrana más poderosa en seiscientos años.

—Bo tiende a exagerar de vez en cuando.

—Hizo arder a un quiebramagos, señor. Con hechicería. Al menos, eso es lo que dijo Bo.

—Eso es... notable.

Tamas recordó el informe de Taniel sobre el quiebramagos Gothen, que fue asesinado por quien resultó ser una de los Predeii. Casi no lo había creído en aquel momento y tampoco lo habría creído ahora, pero estaba demasiado cansado para dudar de Olem. Después de todo, durante los diez meses anteriores, había visto cosas que podrían hacer temblar los cimientos de los Nueve.

Sobresaltado, se dio cuenta de que Olem seguía hablando. Le hizo un gesto con la mano.

—Es suficiente. Escucharé el resto más tarde.

—Por supuesto. Felicitaciones por la victoria, señor.

—Aún no hemos terminado.

—¿Señor?

Tamas bajó la voz.

—¿La violación de la tregua por parte de Ipille? No fue él. Fueron los hombres de Claremonte disfrazados.

—Le haremos comer sus propios zapatos, señor. —Los ojos de Olem se endurecieron y su mano sana se cerró en un puño.

Tamas volvió a posar la mirada sobre el campamento adrano y sobre la procesión de delivíes que se acercaba. En la cabeza de la columna, comenzó a sonar una trompeta. Aquel sonido le puso los pelos de punta.

—Eso es lo que planeo hacer.

Se quedaron observando la procesión. Tamas estimó que Sulem solo había llevado cinco mil hombres con él, y que el resto de sus fuerzas acampaba más al norte con las brigadas keseñas capturadas. Se preguntó cuántos hombres había perdido Deliv en su batalla.

—Parecen héroes victoriosos —dijo Olem con tono amargo.

—No está mal. Se enfrentaron al grueso del ejército keseño hacia el norte. Seguramente pasaste por el campo de batalla al venir hacia aquí, ¿no?

—Lo vi a distancia.

—Ellos crearon la distracción que nos permitió tomar la ciudad.

—Me atrevería a decir que ellos tuvieron una batalla mucho más sencilla. El Gran Ejército no estaba ocultándose detrás de las murallas con la guardia personal de Ipille.

Tamas no podía refutar eso.

—Los necesito, Olem. A sus soldados y a sus Privilegiados.

—¿Señor?

—El otro día capturamos a casi siete mil soldados keseños. Ahora quedan con vida poco más de seis mil. No puedo mantener la paz, ni siquiera con mis mejores hombres. Se ha corrido la voz de las atrocidades cometidas por los keseños en Budwiel, y todas las noches se ejecutan actos de venganza contra ellos. Le entregaré estos

prisioneros a Sulem lo antes posible o no quedará ninguno.

—Haré lo que pueda para llevar el orden a los hombres, señor.

—Ahórrate el esfuerzo. Partimos hacia Adopest por la mañana.

—¿No os quedaréis para las negociaciones de paz?

—Tengo que averiguar qué está sucediendo en Adopest. Claremonte está jugando a algo más grande, y necesito ponerle fin. Le haré responder por el ataque que estropeó la negociación, pero debo hacerlo con cuidado. Controla nuestra capital; nos tiene con un cuchillo en la garganta. No sé si será necesario luchar para arrebatarle el poder, o si quiere otra cosa. —Tamas meneó la cabeza—. Dejaré al general Arbor al mando aquí. En el mejor de los casos, las negociaciones llevarán meses. Si Ricard Tumblar se las ha arreglado para formar algo parecido a un Gobierno civil, le diré que envíe una delegación para que participe.

—Muy bien, señor. ¿Los delivíes nos ayudarán con Adopest?

—Sulem no tiene conflicto con Brudania. Estamos solos.

—Muy desafortunado.

—Yo pensé lo mismo.

—¿Tenéis alguna orden para mí, señor?

—Busca alguno de los Privilegiados delivíes y haz que te cure. Te necesito a mi lado. Puede que tengamos que seguir matando gente antes de que todo esto termine.

Capítulo 45



Adamat se fue abriendo paso por la gran multitud reunida en la plaza Laughlin, en el sector norte de la ciudad.

Era un día de otoño precioso, con el cielo prácticamente despejado. Si bien había habido algo de viento, los Privilegiados de lord Claremonte habían usado su hechicería para generar un domo de calma alrededor de toda la plaza. Al fin y al cabo, era su mayor aparición pública desde su llegada a la ciudad. A Adamat le pareció que habían asistido más de cinco mil personas para oír el discurso de Claremonte y el esperado anuncio de su más reciente partidario. Por lo que se decía, sería algo revolucionario.

Ya había estado hablando durante casi una hora para cuando Adamat llegó. A juzgar por la profunda atención del público y las frecuentes ovaciones, supuso que las cosas iban bien para el líder de la Sociedad Mercantil Brudania-Gurla.

Claremonte se encontraba sobre un podio de madera erigido en el extremo norte de la plaza. Había que admitir que era una figura deslumbrante: vestía un frac de lo más elegante y gesticulaba con énfasis mientras prometía reformas para los impuestos de herencia y más servicios públicos, como la formación de un museo nacional en el Palacio del Horizonte.

Después de veinte minutos de intentar abrirse camino y recibir decenas de codazos en las costillas, Adamat abandonó sus intentos de acercarse al podio. Retrocedió hasta el siguiente mejor lugar: una pasarela que había en el sector este de la plaza. La zona estaba llena sobre todo de escolares y de personas que habían ido de compras, pero que habían olvidado la fila de locales que tenían detrás de ellos. Ahora observaban el discurso de Claremonte.

Desde allí, Adamat podía ver claramente el podio y, lo más

interesante, la tienda que había detrás del podio. Sin duda, tenía un propósito doble: brindaba un lugar con sombra para los simpatizantes más destacados, quienes darían sus propios discursos después del principal, y servía de escondite al nuevo partidario de Claremonte.

Adamat se preguntó si sería capaz de escabullirse hacia la parte de atrás y echar un vistazo, pero descartó esa idea de inmediato. La seguridad de Claremonte era estricta; había soldados brudanos apostados en todos los puntos de acceso posibles.

Adamat llegó a ver que un soldado reprendía con severidad a un muchachito que había llegado cerca de la tienda, seguramente con la misma idea que él.

La promesa del apoyo de una figura pública era el tema de conversación central hacía ya varias semanas.

A él el discurso en sí no le interesaba demasiado. Escuchaba a medias esperando el gran anuncio, mientras paseaba la mirada por la multitud, intentando identificar a los simpatizantes de Claremonte. En el frente estaban los seguidores fervientes que aplaudían por cualquier cosa. Podía tratarse bien de actores pagos o bien de algo genuino.

También estaban los donantes acaudalados, que habían alquilado balcones en las casas, por el lado norte de la plaza, detrás de Claremonte. La mayor parte de la multitud parecía estar compuesta por hombres y mujeres de la clase trabajadora, de todo tipo de profesiones.

Adamat consideró que Claremonte contaba con el apoyo de muy diversas personas, con una gran preponderancia de gente común, lo que era una pena, pues significaba que estar al mando del sindicato no le daba a Ricard todo el empuje que uno supondría.

Adamat divisó unos cuantos rostros que le resultaron familiares. Empleados del Gobierno. Un par de soldados. Unos cuantos nobles menores que se habían salvado de la matanza selectiva de Tamas. Sus ojos continuaron moviéndose hasta que se detuvieron en una figura particularmente interesante.

Era una mujer de cabello negro y rostro estrecho, vestida con chaqueta negra. Estaba allí, estoica entre la multitud, ignorando los vítores de los otros miembros del público con las manos entrelazadas detrás de la espalda. Se llamaba Riplas. Desde la muerte del eunuco, hacía ya varios meses, había pasado a ser la segunda al mando del Propietario. Según los rumores, no era un puesto permanente. Aún.

Adamat no tuvo tiempo de preguntarse por su presencia. Claremonte acalló a la multitud después de una ronda de aplausos bastante larga y dijo: —Damas y caballeros, es un placer…, no, un honor… recibir el apoyo de uno de los ciudadanos líderes de Adro, uno de los arquitectos del nuevo Gobierno: ¡Ondraus, el tesorero de Adopest!

Algunos miembros del público lanzaron un grito ahogado. El propio Adamat se quedó boquiabierto y, efectivamente, Ondraus el tesorero emergió de la tienda que había detrás de Claremonte. Llevaba su vestimenta más elegante, con una cadena de oro en el bolsillo del pecho. Se acercó al podio mientras Claremonte se hacía a un lado, manteniendo las manos en alto para acallar a la gente.

Ondraus sacó las gafas de su bolsillo y, de debajo del brazo, lo que parecía ser un registro contable. Lo apoyó en el podio. Durante unos instantes, observó a la multitud.

Adamat tuvo un mal presentimiento. ¿Qué estaba planeando Ondraus? Él era uno… no, dos… de los miembros que quedaban de la junta de Tamas. ¿Acaso no sabía que Tamas le retorcería el pescuezo cuando se enterara? Adamat buscó entre la multitud hasta que volvió a encontrar a Riplas. Él era una de las pocas personas que sabían que Ondraus y el Propietario eran el mismo hombre, pero no lograba imaginar una conexión en aquellas circunstancias.

Seguramente, debía de haber algo.

Ondraus se aclaró la garganta y la hechicería Privilegiada le amplificó la voz.

—Amigos y vecinos míos. Estoy aquí para informaros que apoyo a lord Claremonte en su campaña para primer ministro de Adro. Como seguramente ya sepáis, no soy un hombre público, pero consideré que esta campaña era lo suficientemente importante no solo para mostrar mi rostro, sino para poner mi voz a disposición de lord Claremonte.

Adamat estaba anonadado. Que Ondraus dijera que no era un hombre público era quedarse corto. Su rostro nunca había salido en ningún periódico, a pesar de que se trataba de uno de los hombres más ricos e influyentes de todo Adro. Adamat sabía que eso era a causa de su doble vida como jefe criminal, pero la mayoría de la gente sencillamente suponía que era un solitario. Si había algo de la campaña de Claremonte que recibiría atención, sería eso.

Ricard se pondría furioso.

—Ya he hecho los cálculos —dijo Ondraus—. Hice las proyecciones del futuro financiero de Adro, y las reformas propuestas por lord Claremonte son la mejor opción para este país. Y creedme cuando os digo que estoy familiarizado con las idas y venidas del dinero.

Detrás de Ondraus, lord Claremonte sonreía con las manos en alto, dirigiendo el aplauso.

“¿A qué está jugando?”, se preguntó Adamat. ¿Acaso Ondraus se había pasado de bando en la campaña?

Hubo una conmoción en la multitud. Intentó encontrar de dónde provenía, pero se lo impidió una ronda de aplausos que brotó ante las palabras de Ondraus.

—Si lord Claremonte es elegido, os doy mi palabra de que…

Ondraus fue interrumpido por un hombre que se arrojó sobre el podio. Un par de soldados corrieron hacia el sujeto mientras este se ponía de pie. Un grito ahogado recorrió la audiencia; el sujeto llevaba una pistola.

Tres cosas sucedieron al mismo tiempo: primero, la pistola se disparó; la bala voló por encima de la cabeza de Ondraus y de Claremonte, e impactó en el edificio que había detrás del podio. Segundo, uno de los Privilegiados de Claremonte saltó hacia delante moviendo los dedos; atacó con hechicería al agresor y lo hizo pedazos. Y tercero, se oyó un disparo sobre la cabeza de Adamat.

Lord Claremonte cayó en medio de una lluvia de sangre, y comenzaron los alaridos. Un hechizo brotó y destruyó el techo del edificio que estaba detrás de Adamat. Él se vio obligado a saltar de la pasarela para esquivar la lluvia de vigas y piedras.

Se puso en cuclillas con la vista puesta en el cielo, comenzó a correr y chocó con la muchedumbre, que ya era presa del pánico. La estampida aterrorizada comenzó casi de inmediato. Lo empujaron desde todas direcciones. Se detuvo para ayudar a una anciana a ponerse de pie y se obligó a correr una vez más contra la multitud.

Todos gritaban. El mundo se había vuelto un caos. Se oyeron más disparos y el impacto de unos hechizos, pero no había forma de saber si eran ataques contra el podio o la respuesta de los hombres de Claremonte.

Adamat se las arregló para llegar al lugar donde había visto a Riplas por última vez. Avanzó forcejeando entre la gente, maldiciendo y gritando y dando codazos. ¿Dónde estaba la mujer? ¿Acaso había huido? Si era así, ¿adónde? De inmediato, tuvo la sensación de que todo había sido tramado por el Propietario. Si Riplas se había movido junto al flujo de gente, se encontraría más adelante.

Adamat siguió avanzando a tropezones hasta que llegó a la calle principal. Se tiró hacia el callejón más cercano para salir del caos. Después de recuperar el aliento, comenzó a avanzar lentamente por la acera hasta que divisó una chaqueta negra familiar. Cruzar la calle fue toda una hazaña, pero finalmente lo logró y llegó hasta Riplas, que caminaba tranquila, dejando que la multitud la pasara de largo.

Adamat la tomó del codo y, de pronto, se encontró contra la ventana de un local, con el antebrazo de ella en la garganta y algo afilado pinchándole las costillas.

Los ojos de ella lo estudiaron por un momento.

—Riplas —dijo él—. Soy yo, el inspector Adamat.

—Sé quién sois, inspector. —Lentamente, lo soltó.

Él se sacudió el polvo de la chaqueta. Ella había comenzado a caminar de nuevo, y Adamat tuvo que correr para alcanzarla.

—Necesito hablar con él —le dijo.

—¿Con quién? —preguntó ella inocentemente.

—Con él —repitió.

—Muy bien. —Ella se rascó la barbilla—. Es más difícil de lo que os imagináis. Milord está muy ocupado hoy en día, y...

—¡Vamos, Riplas! ¡Es un asunto de seguridad nacional! ¿O acaso preferiría que lo fuese a visitar a su casa?

Riplas se detuvo en seco y se volvió.

—Tened cuidado, inspector.

—Estoy teniendo cuidado. Querrá saber lo que tengo que decirle, y tú me conoces lo suficiente para darte cuenta de que no mentiría sobre algo como esto.

—Espero que no os arrepintáis. Venid conmigo.

Durante casi dos horas, dos matones del Propietario pasearon a Adamat por la ciudad. No le permitieron quitarse la venda de los ojos hasta que llegaron al vestíbulo de la sede del Propietario.

Cuando lo soltaron, se restregó el brazo, se quitó la venda y se la lanzó a uno de los hombres.

—Esta no es forma de llevar adelante un negocio —dijo.

—Lo lamento, inspector. Son órdenes de Riplas.

—¿Acaso le vendáis los ojos a todo el mundo? —preguntó—. ¿Cómo abismos os las arregláis para hacer cualquier cosa aquí?

—No a todo el mundo —respondió el sujeto—. Pero vos sois un inspector, inspector. Alegraos de que no os hayamos dado éter.

—Sí, gracias. Eso fue lo que pasó la última vez. Ahora debo hablar con tu amo.

Uno de los matones le hizo un gesto con la cabeza al otro, y este atravesó uno de los vestíbulos del inmenso edificio. Al igual que en su anterior visita, Adamat no tuvo la impresión de estar en el antro de maldad que se esperaría de un jefe criminal, sino en un lugar de negocios. Los suelos de mármol brillaban, las paredes de yeso estaban recién pintadas y los candelabros habían sido pulidos. Había contables yendo y viniendo. En los rincones había matones poco dispuestos a tolerar tonterías.

Adamat iba a revisar su reloj por tercera vez cuando el segundo matón reapareció y le hizo un gesto de “acercaos”. Él lo siguió por un pasillo hasta una anodina puerta a la derecha. El sujeto abrió la puerta dándole la espalda y desviando la mirada, y la cerró después de que Adamat hubiese entrado.

Los paneles de madera fina eran los mismos que en la visita anterior de Adamat, al igual que los pocos adornos que había. Solo se había cambiado la alfombra, un detalle que en el que se fijó con interés. El escritorio seguía cubierto por un biombo, y la silla que había ocupado la “intérprete” del Propietario estaba vacía.

Ondraus el tesorero salió de detrás del biombo, se sentó en la silla de la intérprete y le indicó con un gesto que se sentara frente a él.

—Creo que podemos prescindir del procedimiento usual, ¿verdad, inspector?

—Me parece que sí.

—Bien. Los secretos son una necesidad en este juego, por supuesto, pero debo admitir que es un alivio poder hablar con alguien que conoce mi identidad. Solo quedan tres personas, ahora que el pobre eunuco murió.

—Supongo que Riplas lo sabe, ¿no es así?

—Sí. Ella y mi intérprete son las únicas. —Lo dijo sin un tono de amenaza, pero Adamat notó de inmediato que eso significaba que, si Ondraus deseaba destruir su segunda vida como jefe supremo del crimen, solo necesitaría eliminar a muy pocas personas—. Bueno —continuó Ondraus—, ¿qué necesitabais con tanta urgencia?

—Estuve presente en el discurso de Claremonte.

—Ah, ¿sí? —Ondraus se inclinó hacia delante y entrelazó los dedos debajo de la barbilla—. ¿Qué os pareció?

—Me pareció una elección profesional llamativa esto de que Tamas ha vuelto.

Ondraus puso los ojos en blanco.

—¿Creéis que soy tan estúpido? ¿A eso habéis venido? ¿Sentíais curiosidad por mi apoyo al difunto lord Claremonte? No me queda mucha de mi buena predisposición hacia vos, Adamat. Sobre todo, después de hacer que mataran a mi eunuco. —Hubo un tono engreído en la forma en que Ondraus dijo “difunto” que lo hizo pensar.

—¿Habéis dicho “difunto”? ¿Ha muerto?

—Habéis visto el asesinato, ¿no?

—No parece muy afectado, a pesar de que le había dado su apoyo.

—Porque yo ordené que lo mataran, claro.

Adamat lanzó una carcajada.

—¿En serio? ¿Para qué molestarse en darle su apoyo, entonces?

—Ah, mi buen inspector. Qué ingenuo. No solo le estaba dando mi apoyo. Claremonte me nombró su segundo ministro. Pero me temo que no llegamos a esa parte del discurso. Puede que mis hombres se hayan adelantado un poco. Pero el papeleo ya está hecho. Es oficial.

—Y ahora que os lo habéis quitado de en medio, quedáis en posición para reemplazarlo.

—Sospecho que aparecerá en los periódicos de mañana.

—¿Y qué dirá sobre esto el mariscal de campo Tamas? Leí que llegará mañana por la mañana.

—Así es. Y creo que estará mucho más contento cuando se entere de que somos Ricard y yo compitiendo entre nosotros en lugar de Ricard y Claremonte.

Adamat resopló.

—Supongo que sí. Pero vos sois un hombre que se mantiene alejado del público. ¿Por qué presentaros para primer ministro? ¿Por qué ahora?

—Los gustos cambian. Ya sabe cómo es esto. Mi puesto de primer ministro le otorgaría muchos beneficios al Propietario. O tal vez lo disfrute tanto que el Propietario se termine desvaneciendo. —El tesorero se encogió de hombros—. ¿Quién sabe?

Adamat sacó un libro del bolsillo de su chaqueta.

—Entonces, creo que tenéis un problema.

—¿Qué problema?

Adamat sostuvo el libro en alto.

—Este es el *Compendio de dioses y santos*. Un libro muy antiguo. Fue escrito durante la Desolación, la época posterior a la primera partida de Kresimir de este mundo. En teoría. Me han dicho que, en su mayor parte, solo se trata de sinsentidos supersticiosos, pero hay algo que me llamó la atención. —Se aclaró la garganta y leyó—: "Lord Brude, santo y dios de Brudania, es único entre sus hermanos de un modo particular; carece de sombra. Se dice que su sombra es su otro rostro: una circunstancia única de la hechicería en que él ocupa dos cuerpos separados, lo que significa que no se trata de una entidad singular, sino de dos dioses distintos". —Adamat cerró el libro.

Ondraus parecía impaciente.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Lord Claremonte no tiene sombra.

—¡Ja! ¿Me estáis diciendo que se trata del dios Brude?

—Así es.

—Soy consciente de que este es un momento extraño de nuestra historia, y de que lo imposible bien podría ser posible, pero esto me parece una exageración por vuestra parte.

—No os creáis. A mí me lo ha dicho un dios.

—Ah, ¿sí? —Ondraus puso los ojos en blanco.

—El dios Adom.

Ondraus no parecía convencido.

—Se supone que murió, ¿no es así? Según los informes, lo mató Kresimir.

—Está vivito y coleando. —Adamat se inclinó hacia delante—. Me parece que es mucho más difícil matar a un dios.

Ondraus resopló, burlón.

—Si eso fuera cierto, Claremonte seguiría con vida. He enviado un hombre al hospital para que lo corrobore. Supongo que lo descubriremos pronto. —Alguien llamó la puerta. Luego sonó un golpe más fuerte y otro más débil. —Adelante —dijo Ondraus.

Adamat reconoció a la intérprete del Propietario. Era una mujer de

aspecto severo, con el rostro inexpresivo; llevaba su labor de punto debajo del brazo. Cerró la puerta detrás de ella.

—¿Qué novedades hay? —preguntó Ondraus.

—Tenéis que iros.

—¿Perdona?

—Hay Privilegiados en la calle —dijo la mujer, aún inexpresiva—. Soldados brudanos. Tenéis menos de treinta segundos.

Ondraus se puso de pie como un hombre de la mitad de su edad.

—Vete de aquí, ¡vete! —La mujer huyó y dejó solos a Adamat y a Ondraus—. Inspector. Venid conmigo. —Ondraus se dirigió a la chimenea que había detrás de su escritorio. Giró un candelabro y levantó la esquina de lo que parecía ser una sólida repisa. Se oyó un chasquido y a un lado de la chimenea se abrió un panel—. Entrad.

Adamat siguió sus instrucciones, y se metió en un pasadizo bajo pero muy bien aprovechado. Ondraus volvió a cerrar el panel oculto y quedaron sumidos en la oscuridad.

—¡Más rápido! —ordenó Ondraus—. Los Privilegiados podrán ver nuestros movimientos. Si nos quedamos aquí demasiado tiempo, sospecharán de quiénes somos. Pisad con cuidado.

A pesar de la advertencia de Ondraus, Adamat se tropezó y casi cayó por unas escaleras. Descendieron unos treinta escalones, y el aire se volvió frío, denso y húmedo. Siguieron corriendo, pisoteando charcos. Adamat oyó, inconfundible, un alarido por encima de ellos. Luego hubo un ruido de algo que se rompía y un estrépito, seguido por más alaridos y varios disparos.

—¡Deprisa! —Ondraus lo empujó con fuerza por la espalda, obligándolo a avanzar, medio en cuclillas durante más de cien metros. El pasadizo estaba recubierto de piedra, con algunos centímetros de agua en el fondo. En la oscuridad, Adamat no lograba ver el final—. Subid —ordenó Ondraus de pronto. Enseguida, el pie de Adamat encontró un escalón y sus piernas lo llevaron por otra escalera hasta que pudo discernir una fuente de luz—. La cabeza.

—¿Qué...? ¡Auch!

Adamat se golpeó la cabeza contra una tabla. Levantó una mano y empujó la puerta de una trampilla. Emergieron en una especie de sótano que olía a heno y a estiércol de caballo. Subieron por una escalera de madera y salieron a un establo.

—A mi carruaje —dijo Ondraus a toda prisa—. ¡Conductor! —gritó.

Un momento después, el carruaje de Ondraus salió a la luz a toda velocidad, se metió en las calles de Adopest y se mezcló con el tráfico diario normal.

Adamat se reclinó contra la pared del carruaje suspirando aliviado, con el corazón retumbándole en los oídos.

—¡Torced aquí! —gritó Ondraus.

El carruaje giró en la esquina y pasó por delante de una calle que terminaba en un patio pequeño pero bien equipado y en un edificio de ladrillos de tres plantas. El patio estaba lleno de soldados y la fachada del edificio había sido destrozada por la hechicería. Desde el techo se elevaban unas llamas. Estaban sacando cuerpos del lugar. Algunos eran soldados brudanos, pero la mayoría eran matones del Propietario.

—¿Tenéis un carruaje siempre dispuesto? —preguntó Adamat mientras se alejaban de la sede del Propietario y se perdían en el anonimato de las calles diurnas.

—Tres, de hecho —dijo Ondraus. No podía apartar los ojos de la ventana. Tenía los dientes apretados—. Décadas de trabajo tiradas a la letrina. Deben de haber atrapado a alguno de mis lugartenientes.

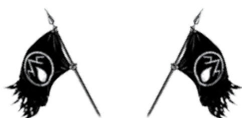
—Estamos en el distrito de los bancos —dijo Adamat sorprendido cuando reconoció el camino principal en la que acababan de entrar.

—Por supuesto. Yo trabajo aquí…, me refiero a Ondraus el tesorero. No podría tener mi otra sede del otro lado de la maldita ciudad. —Ondraus dio dos golpes contra el techo, y el carruaje se detuvo a un lado del camino. El conductor se bajó y abrió la puerta—. La junta de Tamas se reunirá con él mañana a las cuatro. Id. Tendréis que explicarle a Tamas vuestra teoría sobre Claremonte. Y tratad de ser más convincente de lo que fuisteis conmigo.

Adamat se bajó del vehículo y la puerta se cerró con fuerza detrás de él. Se volvió con la boca abierta para decir algo, pero el carruaje ya se estaba alejando.

Esperó unos momentos y detuvo un carruaje de alquiler. Tenía el presentimiento de que Tamas sería más fácil de convencer que Ondraus.

Capítulo 46



Los soldados de Tamas desplegaron el campamento en las afueras de Adopest, a unos tres kilómetros de los muros de la ciudad.

Tamas la observó cansado, y notó la ausencia de las prominentes agujas de la catedral Kresim. La torre oscura que era la prisión de Diente Negro se elevaba sobre la ciudad y parecía haberse inclinado un poco más desde el terremoto de la primavera anterior. Tomó nota mentalmente para mencionárselo a la junta. Probablemente tuvieran que echar abajo la edificación antes de que llegara a caerse.

—A veces, cuando estamos en campaña, lejos de las tierras que amamos, es fácil olvidar por qué seguimos luchando —dijo. Señaló la ciudad que reposaba serena en la punta de la lágrima que era el mar Ad—. Regresar a casa me recuerda por qué lucho.

—Es una vista hermosa, señor —dijo Olem. Parecía haberse recuperado bastante bien, gracias a los Privilegiados delivíes, pero Tamas sabía que le llevaría un tiempo recuperar su energía—. ¿Tenéis más órdenes para los muchachos?

—Que desplieguen el campamento a lo ancho. No quiero que un ataque sorpresa de los Privilegiados brudanos pueda eliminar a más de una brigada.

Olem se llevó el catalejo al ojo.

—No parecen estar buscando pelea. Pero se está juntando una muchedumbre sobre los muros. Solo veo unos pocos soldados brudanos.

—Eso no significa nada. Que extiendan el campamento. Pon a hacer guardia a los magos de la pólvora que nos quedan. Si aparece un Privilegiado a menos de un kilómetro del campamento sin agitar una bandera blanca, deben pegarle un balazo entre los ojos. Y consígueme una guardia. Vamos a entrar.

—Sí, señor.

Treinta minutos después, Tamas salía del campamento y cabalgaba hacia la puerta sudoeste de Adopest. Su guardia estaba compuesta por sesenta soldados: los mejores rifleros de Olem, además de Nila, Bo y Gavril. Odiaba ir a alguna parte sin sus magos de la pólvora cubriéndole la espalda, pero serían más útiles cuidando al ejército.

—¿Has enviado mensajeros? —le preguntó a Olem mientras se acercaban a las puertas abiertas.

Desde encima de los muros, la gente lo observaba y los niños agitaban banderas. Oyó las ovaciones a más de un kilómetro de distancia.

—Sí, señor. Estarán listos para nuestra llegada.

—Bien.

Pasaron por debajo de los arcos y Tamas se encontró con que la gente bordeaba las calles y gritaba su nombre. Los mensajeros habían sido solo para su junta, por lo que aquella multitud debía de haberse reunido desde temprano. “No es una mala bienvenida”, pensó.

Atravesaron el distrito industrial y cruzaron el Ad, desde cuyos puentes pudo ver claramente las ruinas de la catedral Kresim. Ya habían retirado los escombros, pero aún permanecían las enormes piedras angulares y los cimientos de las paredes exteriores. La gente de la ciudad se volvía para saludarlo a medida que se iba corriendo la voz, pero Tamas no les prestaba atención. Tenía la mirada fija en los techos y en los callejones, atento a si aparecían Privilegiados o soldados brudanos.

Eso no sucedió, salvo por unos pocos apostados en las viejas murallas, que simplemente lo observaron pasar.

—Olem, quiero que…

—Señor —lo interrumpió Olem, tocándole el hombro. Señaló uno de los callejones que había por la calle, tiró de las riendas y se colocó detrás de Tamas con una mano sobre la pistola.

Un caballo emergió del callejón y se colocó junto a Tamas. Miró al jinete con uniforme adrano.

—Me alegra verte, hijo.

A modo de respuesta, Taniel asintió con la cabeza. Se veía demacrado, cansado. Tenía el uniforme sucio y arrugado, pero se las había arreglado para quitarle casi todo el polvo, y se había lustrado las botas. Tamas notó la evidente ausencia del rifle Hrusch de Taniel, pero sí tenía dos pistolas en el cinturón.

—¿Dónde has estado? —preguntó Tamas.

—Oculto. ¿Gavril logró llegar a ti?

—Sí. Está en al final de la columna.

Taniel lanzó un suspiro de alivio.

—Vlora está muerta.

—¿Qué? —Tamas sintió una oleada de mareo. Tuvo que aferrarse al cuerno de la montura para no caerse—. No. Seguro que no.

—Está muerta. Al menos, eso creo. Seguimos a los Privilegiados y a Ka-poel hasta la ciudad, y tuvimos una batalla en Alto Talian. No sé si los Privilegiados contaban con refuerzos que los esperaban o si tan solo tuvimos mala suerte. Intentábamos escapar por las alcantarillas de la ciudad, pero el edificio se derrumbó sobre ella.

—Ah, abismos. —Las palabras le salieron como un susurro.

Tamas se tambaleó sobre la montura. Otra maga de la pólvora. Otra amiga. Por el abismo, Vlora era como de la familia. Quiso dejar escapar un sollozo, pero se obligó a contenerse y mantuvo su aspecto pétreo. Los hombres de Claremonte estaban mirando. Sentía sus ojos hostiles sobre él y no podía mostrar debilidad. No tenía la menor intención de hacerlo.

—Fue una mala idea que me ascendieras.

Tamas lo observó por el rabillo del ojo. A Taniel le temblaba la mandíbula y tenía los ojos enrojecidos. Mantenía la compostura a duras penas.

—Eso no es cierto. Eso… Mira. Los seguiste hasta aquí. Estoy orgulloso de ti.

Taniel no parecía haberle creído, y Tamas tenía que admitir que sus palabras no eran del todo sinceras. Vlora había muerto a causa de Taniel, al igual que otros dos magos de la pólvora y unos cuantos rifleros. ¡Debería haber actuado mejor! Cayó en una trampa y…

No. No, no, no. Tamas sintió que su dolor se convertía en rabia, que las comisuras de sus labios formaban una mueca. No podía hacer eso. No ahora. No a Taniel.

—¿Encontraste a Ka-poel? —preguntó Tamas.

—Claremonte se ha instalado en el Palacio del Horizonte. Se lo ha alquilado a la ciudad. Está lleno de soldados y de Privilegiados. Me pareció ver su aura en el Otro Lado, pero estaba lejos y no puedo asegurarlo. Debe de seguir con vida.

—De lo contrario, Kresimir ya nos habría matado a todos.

Taniel lo miró de manera extraña.

—¿La guerra ha terminado?

—Sí. En este momento estamos en las negociaciones de paz.

—¿Tienes el cuerpo de Kresimir?

—Así es.

Taniel asintió con la cabeza como para sí mismo.

—Bien. ¿Qué hay de Claremonte?

—Voy a proceder con cuidado. ¿Vendrás a la reunión de la junta?

—¿Estará Ricard?

—Imagino que sí.

—Entonces yo no debería ir.

—No puedes huir de ser segundo ministro —dijo Tamas—. Diste tu palabra.

—Me obligaron a aceptar.

Tamas apretó los dientes y trató de controlar su enfado.

—Aprovechaste el medio de escape que tenías a disposición en ese momento. Cumplirás con lo que prometiste.

—¿O qué? —Taniel lo miró desafiante.

—O nunca nadie te respetará.

Taniel desvió la mirada.

—Es parte del juego —dijo Tamas intentando suavizar su tono de voz—. Parte de la vida. ¿Acaso crees que yo quería ser el perrito faldero del Rey de Hierro cuando tenía algunos años más que tú? No. Pero hice lo que tenía que hacer para sobrevivir. Hemos llegado. Sube.

Habían llegado a la entrada oeste del Tribunal del Pueblo. Diente Negro se cernía sobre ellos desde el otro lado de la plaza de las Elecciones. Tamas desmontó. Algunos de sus soldados tomaron posición junto a las puertas, con Gavril al mando, mientras otro grupo lo seguía al interior.

Solo habían pasado algunos meses desde la última vez que había estado en el enorme edificio, pero le pareció que era toda una vida. No reconoció ni a la mitad del personal que se cruzó. Los pasillos le resultaron un tanto ajenos, como si los recorriera por primera vez.

Subieron al quinto piso y se acercaron a la antigua oficina de Manhouch. A pesar de encontrarse a unos setenta metros de la puerta, se oían gritos desde el interior. Tamas aceleró el paso.

Abrió la puerta y se encontró con Ondraus sentado en uno de los sillones orejeros que había en un rincón. Miraba molesto a Ricard Tumblar por encima de sus gafas de cerca. Ricard tenía el rostro enrojecido y la barba desaliñada, y batía un puño ante las narices de Ondraus. Lady Winceslav estaba detrás de Ricard con un abanico en la mano, tratando de mantener la dignidad.

—¡Sois un traidor desgraciado! —gritaba Ricard—. ¡Insensato! ¡Villano! ¡Os mataré con mis propias manos! —Lady Winceslav saltó hacia delante para aferrar el brazo de Ricard, y lo alejó de Ondraus.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó Tamas.

Lady Winceslav abrió la boca para responder, pero Ricard la interrumpió, señalando con el dedo a Ondraus.

—¡Se ha pasado de bando! Le dio su apoyo a Claremonte. ¡Se está postulando como el segundo ministro de Claremonte!

—Me imagino que hay una explicación completamente razonable detrás de esto —dijo lady Winceslav.

Ricard se volvió hacia ella.

—No me hagáis hablar de vos, milady. Vuestra gente abandonó al ejército antes de que terminara la guerra. ¿Sabéis cómo va a percibir

eso el pueblo? ¡Se supone que debemos mantener un frente unido!

—Estaba en todo mi derecho. —Winceslav se irguió—. Mis consejeros consideraron que el mariscal de campo Tamas había perdido la perspectiva, y los continuos errores que cometió nos habían dado…, lo lamento, Tamas, esto no es personal.

Tamas atravesó el salón y se sentó detrás del inmenso escritorio que había sido de Manhouch. Les esbozó a los tres una sonrisa fría.

—No, no. Por favor, continuad.

—Sentimos que nuestras pérdidas…

—¡Se asustaron y se retiraron de la batalla! —dijo Ricard con tono acusador—. ¡Pensé que estábamos todos juntos en esto, y ahora me entero de que este viejo desgraciado es uno de los títeres de Claremonte!

Ondraus se irguió en el asiento.

—Oíd, esperad un…

—¡No, oíd vos! —La voz de lady Winceslav se elevó hasta convertirse en un grito—. ¡Todos tenemos motivos para haber hecho lo que hicimos! No creo que…

El salón se tornó un embrollo de gritos acalorados y de dedos acusadores. Tamas apoyó la barbilla sobre la palma de la mano y escuchó durante unos momentos. Luego, señaló a Olem y chasqueó los dedos. Olem sacó su pistola. La cargó cuidadosamente, pero sin ponerle una bala. Fue desde la puerta al escritorio y le entregó la pistola a Tamas.

El disparo dejó el lugar en silencio. Tres pares de ojos lo miraban fijamente; los miembros de la junta se habían quedado helados.

Tamas inspiró profundamente el humo de pólvora que brotaba del cañón de la pistola, y la apoyó sobre el escritorio.

—¿Puedes ganar las elecciones?

Ricard se tiró la barba con furia y comenzó a caminar por el salón, mirando desconfiado al tesorero.

—Solo respóndeme la pregunta —dijo Tamas.

—Tengo a las mejores personas de los Nueve organizando mi campaña. Me dicen que está muy reñido. Estoy igualando a Claremonte centavo a centavo, mientras soborna, amenaza y persuade a medio mundo con la vista puesta en el Día de las Elecciones. Se me está acabando el dinero. A él no.

—Esa no era la respuesta tranquilizadora que esperaba —murmuró Tamas. En voz más alta, dijo—: ¿Qué necesitas para ganar?

Ricard miró a Taniel, que estaba de pie cerca de las puertas del balcón, observando la plaza de las Elecciones.

—Las elecciones serán el último día de otoño; solo faltan unos días. Sería muy útil que mi compañero de campaña hiciera algunas apariciones. Que tú me des tu apoyo sería enormemente beneficioso.

—Lo tendrás, en el periódico de mañana —dijo Tamas. A pesar de todas las cosas que no le agradaban de Ricard, se trataba de un hombre de negocios muy talentoso. Si lograba llevar adelante el país la mitad de bien que lo que administraba el sindicato, Adro sería la joya de los Nueve durante décadas. —Supongo que matar a Claremonte está fuera de discusión, ¿verdad? —preguntó suavemente.

Ricard se puso rígido.

—Absolutamente. Trabajamos muchísimo por estas elecciones. Nosotros pusimos las reglas y debemos atenernos a ellas o no habremos logrado nada.

—Estoy de acuerdo —dijo lady Winceslav.

—Bueno, eso es algo. —Tamas echó una mirada a la pistola, que aún humeaba.

El mundo estaba cambiando, y en unos pocos días, ya no tendría el poder que alguna vez había tenido de silenciar a sus enemigos. Tenía que renunciar a ese poder por voluntad propia.

—Además, el Propietario ya lo ha intentado —agregó Ondraus—. No funcionó.

Ricard golpeó con el puño el respaldo de un sofá.

—¡Sabía que había sido él! ¡Maldito sea!

—¿Dónde está el eunuco, por cierto? —preguntó Tamas—. ¿Y Prime Lektor?

—El eunuco está muerto —dijo Ondraus—. El Propietario aún no ha nombrado a un reemplazo para la junta.

—Y no lo hará. Es demasiado tarde para un reemplazo. De todas maneras, esta junta quedará disuelta después de las elecciones. —Tamas levantó las manos para evitar protestas y continuó en voz alta—: Como lo acordamos cuando comenzamos con esto. ¿Qué hay de Prime?

—Prime ha huido —dijo una voz.

Tamas se volvió y vio a Adamat en la puerta, con el rostro enrojecido y sin aliento por haber subido la escalera corriendo.

—Lamento llegar tarde —dijo mientras cerraba la puerta detrás de él.

—¿Habéis sido invitado? —preguntó Tamas.

—Lo invité yo —dijo Ricard.

Tamas se pasó un pañuelo por la frente.

—Gracias a Adom. Esta junta necesita la voz de la razón.

—Me temo que no tengo mucho que ofreceros en ese sentido —dijo Adamat.

—Olem, vigila la puerta. Continuad, inspector.

—¡Esperad! —dijo Ricard señalando a Ondraus—. Ya no es uno de los nuestros. No debería oír nada de esto.

Adamat se inclinó sobre su bastón y paseó la mirada por el salón.

—Él ya lo sabe.

—Ah.
Tamas le hizo un gesto con la cabeza.
—Inspector.
—Prime Lektor huyó del país. Tal vez, incluso de los Nueve. Su asistente sostiene que, antes de huir, Prime murmuró algo acerca de que se avecinaba algo peor, y que luego se escabulló en medio de la noche.
Tamas inclinó la cabeza hacia un lado.
—¿A qué abismos se referiría? Se mantuvo a nuestro lado cuando Kresimir vino a golpearnos la puerta. ¿Qué podría asustarlo más que eso?
—¿No era Lektor una especie de Privilegiado antiguo? —preguntó lady Winceslav—. ¿Acaso fue un engaño? Después de todo, puede que solo se tratase de un profesor medio loco.
—Yo creo que no fue un engaño, milady —dijo Adamat—. Sospecho que Prime huyó porque descubrió lo que está sucediendo en realidad.
—¿Y puedes decirnos qué es lo que está sucediendo? —preguntó Ricard.
—Lord Claremonte es el dios de dos caras de Brudania. El mismísimo Brude.
El salón se quedó en silencio durante algunos momentos. Tamas apoyó la barbilla sobre la mano y consideró las implicaciones.
—Me imagino que no estáis hablando en serio —dijo lady Winceslav.
—Ya nos hemos topado con dos dioses —dijo Tamas—. ¿Por qué no habría de haber más en esta refriega de locura? Hace tiempo que Claremonte se mueve entre bambalinas manipulando eventos. Tendría sentido. —Incluso mientras lo decía, Tamas no quería creerlo. ¿Otro dios en Adopest, jugando con los mortales como si fueran piezas sobre un tablero? La sola idea hizo que le hirviera la sangre—. ¿Qué pruebas tenéis?
—Preferiría discutir eso en privado, mariscal de campo —dijo Adamat.
Ricard se puso de pie.
—Ay, vamos. ¡Estamos todos en el mismo bando! ¿Qué podría...? —Alguien llamó a la puerta y Ricard se detuvo en medio de la frase—. ¿Qué sucede? —gritó.
Olem metió la cabeza en el salón y se dirigió a Tamas.
—Señor. Hay alguien que quiere veros —dijo.
—¿Quién es? —le espetó Tamas.
—Es lord Claremonte, señor.

Adamat tuvo la repentina y poderosa necesidad de ocultarse debajo del sofá. Miró a Tamas, quien, en su favor, permaneció imperturbable.
—¿Qué quiere? —preguntó Tamas.

—Solicita un momento para hablar con la junta.

Tamas le levantó un dedo a su guardaespaldas, quien cruzó el salón y se inclinó hacia él. Tamas le susurró algo al oído. Olem asintió con la cabeza tocando la culata de su pistola. Luego regresó al pasillo.

—Es una mala idea —dijo Adamat casi sin pensarlo.

Miró a Ondraus, que el día anterior casi había perdido la vida frente a los hombres de Claremonte. El anciano estaba rígido, con los dedos aferrando los apoyabrazos de su silla, con la vista fija en la puerta como un conejo observando a un halcón en vuelo. Adamat recordó la sospecha de que uno de sus lugartenientes había sido capturado y se preguntó si la otra identidad de Ondraus no habría quedado expuesta. Claremonte querría su cabeza, y estaría en todo su derecho.

Tamas no le respondió a Adamat, sino que dijo: —Recibiremos a nuestro invitado con paciencia y cortesía. ¿Está claro, Taniel?

Adamat le echó una mirada al hijo del mariscal de campo. Ya casi había olvidado que estaba allí. Lo que vio lo dejó sin aliento. El capitán Dos Tiros tenía los puños apretados y se inclinaba hacia delante como un perro tirando de su correa. Había hambre en sus ojos, furia. Adamat miró al mariscal de campo para tranquilizarse, seguro de que mantendría a su hijo a raya, pero en los ojos de Tamas vio exactamente la misma hambre y la misma furia. Estaba oculta, y el resto de la junta parecía no haberlo notado, pero para Adamat estaba claro como el agua.

Echó una mirada al sofá y se preguntó si cabría debajo. Miró las paredes en busca de algún armario. Algún lugar, el que fuera, donde pudiera ocultarse.

Era muy tarde. La puerta se abrió y entró el guardaespaldas de Tamas.

—Lord Claremonte —anunció.

Un momento después, Claremonte entró y le entregó el sombrero y el bastón a Olem.

—Caballeros. Señora —dijo Claremonte con una sonrisa obsequiosa —. Gracias por acceder a verme con tan poca anticipación. Es un placer… —Olem arrojó el sombrero y el bastón de Claremonte sin ceremonias sobre el sofá— … es un placer verlos. ¡Ondraus, amigo mío! ¿Sigue en pie nuestro almuerzo de hoy?

—Así es —gruñó Ondraus.

“Dejad de parecer tan culpable”, pensó Adamat mirando furiosamente a Ondraus. Por suerte, el viejo tesorero se acomodó en el asiento y repitió las palabras con un poco más de confianza.

—¡Excelente! ¡Lady Winceslav, es un honor! Ahora que esta guerra horrible ha terminado, debemos hablar sobre desplegar sus tropas en Gurla. La Sociedad Mercantil necesita urgentemente a sus soldados. ¡Y Ricard, mi estimado oponente! —Claremonte le hizo una media

reverencia, arreglándoselas para que fuera un gesto con gracia y, en apariencia, sin ironía.

Los ojos de Claremonte se posaron sobre Taniel Dos Tiros. A Adamat le pareció percibir una leve vacilación. Luego, Claremonte se acercó al escritorio y le extendió la mano a Tamas.

—Mariscal de campo. Soy vuestro más grande admirador. Me alegra muchísimo que hayáis regresado de vuestra tan desastrosa expedición a Kez y que hayáis puesto fin a la guerra de una vez. Es un alivio para todos.

—Milord Brude —dijo Tamas estrechándole la mano por un momento.

La sonrisa de Claremonte se ensanchó levemente, y que lo colgaran si a Adamat no le pareció que hasta le habían brillado los ojos.

—No me lo digáis —dijo Claremonte—. Fue Adamat quien lo descubrió. Le dije a lord Vetas que el buen inspector era el doble de listo de lo que él suponía. —Se volvió hacia Adamat y se quitó un sombrero imaginario de la cabeza—. Buen trabajo, inspector. ¿Qué es lo que me delató? ¡No! Un momento. No me lo digáis. Es mucho más misterioso si lo dejamos así.

Adamat apretó los dientes. No se atrevía a responder, por temor a lo que pudiera decir. Todo el miedo y la vacilación habían desaparecido, reemplazados por la rabia. Todo lo que Claremonte necesitaba hacer era nombrar a Vetas para recordarle todo el horror que aquel hombre le había infligido a su familia.

“Cálmate”, se dijo a sí mismo. Ese era el propósito de Claremonte. Ponerlos nerviosos a todos. Y estaba funcionando. Lady Winceslav estaba incómoda, Taniel Dos Tiros parecía listo para cometer un homicidio, Ondraus estaba nervioso y Ricard parecía debatirse entre huir o luchar.

Solo Tamas parecía imperturbable, y solo un poco. Si los ojos de Claremonte brillaban por lo mucho que se estaba divirtiendo, los de Tamas refulgían como si se estuviera imaginando una muerte muy lenta y dolorosa para Claremonte.

—Bueno. —Claremonte dio una gran palmada que hizo sobresaltar a Ricard—. Hablemos de negocios —dijo mientras se sentaba en un sillón orejero frente a Tamas. Miró a Taniel un momento—. Soy el último dios que queda en los Nueve. Kresimir está confinado y Adom está muerto. Ninguno de mis otros hermanos y hermanas se unirá a esta refriega, os los aseguro.

”Me imagino que todos pensáis que voy a amenazaros, pero sois injustos conmigo al suponerlo. A diferencia de mi hermano mayor, soy un dios moderno. Entiendo que estas cosas no pueden forzarse. Podría mataros a todos y esclavizar los Nueve, pero esa no sería la actitud de un caballero. En cuestión de años, habría rebeliones y Privilegiados

poderosos alzándose para desafiarme. Francamente, no tengo la vitalidad suficiente para algo así. No me gusta la confrontación. Si Adom estuviera aquí, os diría que es cierto.

—Qué conveniente que no esté —dijo Tamas.

—“Que triste”, deberíais decir —lo reprendió severamente Claremonte—. Adom siempre me cayó bien. Siempre fue el único en tomarme en serio. Y su comida era para morirse. —Estiró la palabra “morirse” por unos momentos e inclinó la cabeza hacia un lado con dramatismo.

—¿Por qué no vais al grano? —preguntó Tamas—. Algunos no contamos con eones de vida, ¿sabéis?

Claremonte le esbozó una sonrisa feroz.

—Por el abismo, sois valiente. Eso es lo que me gusta de vos. Durante la época de Kresimir, había un general llamado… maldición, no lo recuerdo. En fin, era mortal, ni siquiera era un Dotado, y era el único que le hacía frente a Kresimir cuando consideraba que estaba cometiendo una estupidez. Novi solía decir que tenía unas pelotas grandes como el Pico del Sur. Me recordáis a él. —El rostro de Claremonte se tornó pensativo—. Al final, Kresimir lo hizo desollar vivo. Qué desperdicio. En fin, ¿en qué estaba?

—Yendo al grano —dijo Tamas.

—¡Ah, sí! Como os decía, soy un dios moderno y juego limpio. Os doy mi palabra: esta guerra se ha terminado. Es más, solo estoy aquí por las elecciones. Mañana por la mañana retiraré mis tropas de Adopest como un gesto de buena voluntad. En tres días, las elecciones tendrán lugar según lo planeado. Ni siquiera las voy a amañar. Si soy elegido primer ministro de Adro, ayudaré a este país a entrar en una era de prosperidad nunca vista en los Nueve.

—¿Y si perdéis? —Adamat encontró su voz y decidió probarla. Las palabras temblaron solo un poco.

—Si pierdo, mi buen inspector, regresaré a Brudania y a mi Sociedad Mercantil, y continuaré intentando mejorar a la humanidad desde la posición de poder que tengo allí. No volveré a molestaros.

—¿Por qué deberíamos confiar en vos? —lo increpó Adamat.

Claremonte se volvió para mirarlo, arqueando las cejas inocentemente.

—Porque no tenéis otra alternativa. Y porque acabo de daros mi palabra. La palabra de un dios es un juramento solemne.

—Vos orquestasteis todo esto. —Adamat sintió que le brotaba la ira y se le arremolinaba como una gran presión en el pecho—. El regreso de Kresimir. La guerra entre Kez y Adro. Habéis metido la mano en ello desde el comienzo. Yo vi las notas de Vetas. No intentéis negarlo.

—¿Por qué habría de negarlo? Por supuesto que estuve involucrado. Pero lo que decís es injusto. Fueron la camarilla de Kez y Julene, esa

muchacha descarriada, quienes conspiraron para hacer regresar a Kresimir. ¿Acaso creéis que yo quería tener a mi hermano mayor aquí, metiendo las narices por todos lados? ¡Nos hubiera enviado de regreso a la Era del Bronce! No, yo solo metí la mano en el caldero para intentar mitigar sus daños. La gente que tuve que utilizar por el camino, y me temo que eso incluye a vuestra familia, son bajas desafortunadas de una guerra que vos ni siquiera sabíais que estabais luchando.

—No os atreváis a reducir a mi familia a "bajas desafortunadas" —rugió Adamat con los dientes apretados. Aferró con tanta fuerza el bastón que pensó que iba a partir el mango. Si a Claremonte lo afectaba su furia, no dio señal alguna.

—Atacasteis a mis fuerzas —dijo Tamas, con los dedos aún entrelazados debajo de la barbilla—. Me engañasteis para que violara una bandera blanca de tregua, y os llevasteis algo que no os pertenece.

—Ah. Eso fue… desafortunado —dijo Claremonte—. Hice lo que me pareció necesario. Mis espías me contaron lo de la salvaje y la forma en que contenía a Kresimir (algo notable, dicho sea de paso), y yo no sabía qué pensar. Si ella titubeaba siquiera una vez, todo esto sería en vano. Me pareció necesario actuar y capturarla. Os aseguro que di la orden sin saber que vos teníais una tregua con Ipille.

—Veo que usáis mucho la palabra "desafortunado" —dijo Taniel de pronto. Todas las cabezas del salón se volvieron hacia él—. Apesta a un intento de congraciarse pidiendo disculpas.

—Soy un hombre de negocios, muchacho. Intentar congraciarme pidiendo disculpas es a lo que me dedico. Preguntadle a Ricard.

—¿A qué habéis venido? —preguntó Adamat—. Podríais haber pasado toda la semana que viene sin revelar nada de esto, y todo habría sucedido exactamente igual.

—Quería asegurarme de que esta junta supiera qué y quién soy. No necesitamos otro revuelo como el que ocurrió con los hombres del Propietario. Eso sería poco aconsejable. También lo sería que me atacarais a puñetazos, señor Dos Tiros. —Los ojos de Claremonte se posaron sobre Taniel, que parecía listo para saltarle encima.

—Funcionó con Kresimir —dijo Taniel sin aliento—. ¿O cómo creéis que obtuve su sangre para Ka-poel?

Claremonte palideció.

—Preferiría no averiguarlo. Ahora bien, sugiero que hagamos un intercambio. La muchacha por el cuerpo de Kresimir.

—Hecho —dijo Taniel.

Tamas se puso de pie mirando a su hijo.

—¿Qué os hace pensar que lo tenemos?

Claremonte lo miró inexpresivo.

—Vamos.

—Nos devolveréis a Ka-poel ilesa —dijo Taniel.

—¡Taniel, ya basta! —gritó Tamas.

—No a esa muchacha —dijo Claremonte—. A ella la necesito. Os daré a otra.

—¿Quién? —Tamas frunció el ceño.

—Vlora.

—¿Sigue con vida? —preguntó Taniel.

—¡Silencio! —rugió Tamas—. Taniel, espera fuera. ¡Es una orden!

Por un segundo, Adamat pensó que Taniel se negaría, pero finalmente se retiró al pasillo mirando furioso a Claremonte.

—Ese no es un intercambio justo —dijo Tamas después de que su hijo se hubiera retirado.

—Vuestros magos de la pólvora mataron a varios de mis Privilegiados. El hecho de que Vlora siga con vida es una muestra más que evidente de mi generosidad.

—Y el hecho de que yo no haya permitido que Taniel os partiera la crisma es una muestra de la mía.

Claremonte puso los ojos en blanco.

—No necesitamos recurrir a amenazas, mariscal de campo. No somos niños.

Tamas tamborileó con los dedos sobre el escritorio mirando a Claremonte.

—El intercambio se hará con la condición de que regresen ambas, Vlora y Ka-poel, y de que retiréis hasta el último de vuestros soldados de Adopest.

—No estaréis considerándolo —protestó Winceslav—. No sabemos qué uso le dará al cuerpo de Kresimir.

—Si tuviera la intención de liberarlo, solo necesitaría matar a la muchacha —dijo Claremonte—. Haced regresar al señor Dos Tiros. Él os los dirá. —Meneó la cabeza—. Ya prometí retirar a mis hombres, pero no puedo entregar a la salvaje. Ella es lo único que mantiene a Kresimir a raya, y prefiero tenerla cerca. Una vez que Kresimir esté enterrado en la fosa oceánica más profunda, donde la presión del mar evitaría que hasta él pudiera ascender, os devolveré a la salvaje. Os doy mi palabra.

Durante varios minutos, el silencio reinó en salón, mientras Tamas pensaba. Adamat se preguntó por qué Ondraus y Ricard no habían protestado. ¡Aquello era una locura! Si Tamas poseía el cuerpo de Kresimir, lo mejor era no entregárselo a nadie.

—Lady Winceslav tiene razón —dijo Adamat en voz baja.

Tamas le miró y suspiró.

—Estoy de acuerdo. No puedo aceptar ese intercambio, Claremonte.

—Mmm. —Claremonte se puso de pie y recogió el sombrero y el bastón del sofá—. Qué desafortunado. Aun así, cumpliré con lo

prometido. Mañana mis hombres abandonarán la ciudad, y luego esperaremos el resultado de las elecciones. Hasta entonces, buena suerte. —Le hizo una reverencia a cada uno de los presentes y se marchó.

El resto de la reunión fue un asunto sombrío. Adamat oyó gritos unos minutos después de la partida de Claremonte; probablemente, cuando Taniel se enteró de que su padre no había accedido al intercambio. Pasó una hora más, y Ondraus siguió a Claremonte, sin duda para encontrarse con él para almorzar. Una hora después, Adamat se quedó a solas con el mariscal de campo.

—Según los libros, Brude tiene dos caras —dijo Adamat—. No se trata de una especie de alegoría, sino de dos presencias reales.

—Entonces Claremonte no es el único enemigo en el que nos tenemos que concentrar, ¿verdad?

—Efectivamente. Estoy buscando a la otra parte.

—¿Podría ser cualquier persona?

—Sí.

Tamas dejó caer la cabeza sobre las manos.

—Eso me acaba de empeorar el día infinitamente, inspector.

—Lo lamento, señor. ¿Confiáis en Claremonte?

—En absoluto. Creeré que se irá por voluntad propia diez años después de que realmente lo haya hecho. —Tamas se sostuvo la cabeza con las manos, mirando el escritorio—. Por favor, decidme que tenéis alguna información que pueda mejorar esto.

—La verdad es que sí.

Tamas levantó la mirada, con una expresión de incredulidad.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Veréis, cuando Claremonte dijo que era el último dios que quedaba en los Nueve, no estuvo del todo en lo cierto. Adom sigue con vida.

Capítulo 47



Tamas miró las puertas de la mansión, luego a los dos guardias uniformados que habían interrumpido su siesta y ahora se encontraban en posición de firmes frente a él. Eran oficiales de policía, y parecían saber quién era él.

—Descansad —les dijo—. Oficialmente, no estoy aquí.

Los dos guardias intercambiaron una mirada y se relajaron.

—Solo echaré un vistazo. —Tamas desmontó y le entregó las riendas a uno de los guardias, mientras Olem le daba las suyas al otro—. Será mejor que no le mencionéis mi presencia a nadie.

—Sí, señor —dijo uno de los guardias.

Tamas entró y se detuvo en el vestíbulo, donde se quedó absorbiendo aquel silencio extraño. Olem entró detrás de él sosteniendo un farol. Los suelos de mármol se llenaron de sombras.

—Parecéis pensativo, señor —dijo Olem.

—La última vez que estuve aquí, estuve a punto de morir. Eso vuelve pensativo a cualquiera. De hecho, ¿no deberías estar tú igual de pensativo?

—Yo solo pienso que este lugar es de mal gusto.

—Pertenecía a Charlemund —dijo Tamas—. Le preocupaba más la opulencia que el buen gusto. Al menos su condenado busto ya no está aquí clavándome la mirada.

—Vos lo destruisteis, señor.

—Ah. Es cierto. Vamos.

Abandonaron el vestíbulo y fueron hacia la derecha. Avanzaron por uno de los enormes pasillos en dirección a la cocina, siguiendo las instrucciones de Adamat. Mientras se acercaban, Tamas oyó un canturreo. Sin quererlo, apuró el paso. Llegaron al final del pasillo y le hizo un gesto a Olem de que lo esperara allí. Luego, entró a la cocina.

A diferencia del resto de la mansión vacía, la cocina desbordaba de luz y calor. Dos de los hornos refulgían, y a Tamas lo alcanzó el aroma a pan caliente, cordero asado y sopa de calabaza. Se le hizo agua la boca, y los dedos le temblaron por la expectativa.

En el extremo de la mesa principal se había colocado vajilla de plata para dos personas.

—Buenos días, mariscal de campo.

Fue impactante ver a Charlemund con delantal de chef y gorro blanco; por un segundo, Tamas llevó la mano a la espada. Charlemund había engordado al menos diez kilos desde la vez que Tamas le había disparado en el abdomen y lo había puesto bajo custodia hasta saber qué hacer con él. Tenía el rostro más ancho, con una sonrisa de oreja a oreja que Tamas jamás había visto en Charlemund.

Dejó caer la mano de la espada.

—¿Realmente eres tú? ¿Mihali?

—Mihali está muerto. —La sonrisa vaciló por un momento—. Por desgracia. Soy Adom, en mi forma más pura. —Se miró a sí mismo—. Bueno, nunca tuve este aspecto exactamente. Admito que Charlemund era un poco más apuesto que yo, en mi cuerpo original.

—¿Cómo? —preguntó Tamas.

Adom se desató el delantal y lo echó a un lado.

—¡Venga! Comamos juntos. Puedo oír vuestro estómago desde aquí, y yo no he comido nada en al menos un par de horas.

No había sillas, y la mesa era demasiado alta de todas maneras, por lo que Tamas se quedó de pie frente a Adom mientras el dios le servía un plato de sopa de calabaza. Unos minutos después, Tamas le pedía otro, que Adom le sirvió con gusto. Luego sirvió el plato principal: cordero finamente cortado sobre pan tostado.

—Vuestro hijo —dijo Adom por fin, rompiendo el silencio.

Tamas dejó de masticar por un momento. Casi había olvidado que había hecho una pregunta.

—¿Qué pasa con él?

—Cuando le disparó a Kresimir, el contragolpe casi lo mató. Cualquier otro habría muerto instantáneamente, pero las guardas de Ka-poel fueron lo suficientemente fuertes para bloquear incluso la furia de Kresimir. Lo llevó al borde del abismo, y ni siquiera yo pude hacerlo regresar. Pero esa muchacha… —Adom meneó la cabeza—. Nunca he visto a nadie aprender tan rápido. Ni siquiera el propio Kresimir.

—¿Qué tiene que ver eso contigo?

—A eso voy. Ella dedujo que el coma de Taniel requeriría una vida. Tomó la de Charlemund. Le quitó su esencia, y el cuerpo de él se transformó en un cascarón vacío.

—Eso es terrorífico.

—Sí. Lo es, y yo he vivido cientos de vidas, durante miles de años. Yo he visto cosas terroríficas.

—Pero ¿cómo sabes todo esto?

—Ella me lo contó. Mientras vos estabais en Kez.

—Ella no puede hablar.

—Pero se comunica muy bien. En fin, robé el cuerpo, y cuando Kresimir mató a Mihali, me transferí a mí mismo aquí. —Se dio una palmada feliz en la barriga—. Fue una maniobra burda. En general, me introduzco en un recipiente nuevo, un bebé que aún crece en el vientre de su madre y que, de otra manera, nacería muerto. ¡Pero este método funcionó igual de bien!

Tamas miró su plato y notó que estaba casi vacío. Alargó la mano hacia la bandeja que había entre ellos, pero Adom fue más rápido. Cortó varias piezas de cordero y las depositó sobre el plato de Tamas.

—¿Por qué no regresaste? —preguntó Tamas.

Adom se rio.

—Bueno, estoy en el cuerpo de la figura pública más odiada de Adro, así que habría sido bastante engorroso.

—Brude —dijo Tamas.

Adom se puso serio.

—Brude —confirmó.

—¿Sabías que estaba involucrado?

—No. No lo supe hasta después de que Kresimir me matase. Hay un instante, cuando estoy cambiando consciencias, en que soy más perceptivo que cuando me encuentro en un cuerpo. Fue entonces cuando sentí su influencia. Explica muchas cosas, en realidad. Que intentara mantener a Mihali recluido en el manicomio, por ejemplo. Quería mantenerme vigilado. Fuera de su camino. —Adom hizo una mueca.

Tamas se inclinó hacia delante.

—¿Qué quiere? Él sostiene que…

—Sé lo que sostiene —dijo Adom haciendo un gesto con la mano—. Llegué a verlo. Pero no puedo deciros si está diciendo la verdad o no.

—No me estás ayudando demasiado.

Adom lanzó una gran carcajada, y Tamas sonrió. Esa era la risa de Mihali.

—Brude. Brude, Brude, Brude. —Adom meneó la cabeza, limpiándose las lágrimas que le brotaron al reír—. Es el más joven de nosotros. Un bromista. Tenía una ambición parecida a la de Kresimir, pero vivía a su sombra. Se pasaba el día discutiendo con todos. Incluso tuvo algunas peleas conmigo, pero ninguna tan seria como las que tenía con los demás. —Adom se llevó un trozo de pan a la boca—. No puedo atravesar el velo que levantó en torno a sí, pero puedo deciros que es mucho más poderoso de lo que era durante la época de

Kresimir. Eso me asusta.

—Ayúdanos a enfrentarnos a él —dijo Tamas—. Podemos forzarle a actuar. Averiguar qué quiere.

—Aaaaah, no. Forzarle a actuar sería un grave error. No soy rival para él.

Tamas se inclinó hacia atrás. De pronto, la comida le pareció amarga.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Averiguad si piensa cumplir con su promesa o no. Brude siempre fue el más progresista de nosotros. Puede que os esté diciendo la verdad. Pero os lo advierto: hay dos lados en todo lo que dice y lo que hace, al igual que hay dos lados del propio Brude.

—¿Y si no cumple su promesa?

Adom levantó una castaña de su plato y se la echó en la boca. Levantó la vista y miró a Tamas a los ojos.

—Si no cumple con su promesa, no hay mucho que podamos hacer al respecto.

—Tú te ocultarás aquí, ¿verdad?

—Ese era mi plan. Preferiría que él no supiera que sigo vivo, si debo ser franco.

Tamas tiró su tenedor, asqueado.

—¿Y qué hay de eso de permanecer a nuestro lado? ¿De ser el santo patrón de Adro?

Adom recogió el tenedor de Tamas y lo limpió con el delantal. Con cuidado, lo volvió a colocar sobre el plato de Tamas.

—Hay algo en Brude que me asusta, Tamas. Algo que no tenía cuando éramos jóvenes. No logro identificarlo. Un instinto más profundo que mi edad o mi hechicería me dice que debo alejarme.

—He luchado por este país durante demasiado tiempo, demasiado duro, como para hacerme a un lado y permitir que alguien lo ataque. Aunque sea un dios. —Tamas se limpió con una servilleta y se alejó de la mesa—. No sé para qué he venido.

—En busca de consejo.

—Ha sido una pérdida de tiempo.

Adom le sonrió tristemente.

—Me alegro de que hayáis venido. Me preocupáis.

—Al parecer, no lo suficiente para que nos ayudes.

—Tenéis tan poca fe en que las cosas saldrán bien, Tamas... Tened. —Le ofreció un recipiente redondo de metal.

—¿Qué es esto?

Adom lo miró parpadeando, sorprendido.

—La cena de Olem. Yo seré un gordo cobarde, pero ¿acaso me consideráis un maleducado?

—¿Estoy haciendo lo correcto, Olem?

La luna llena brillaba en lo alto, a pesar de que faltaban una o dos horas para la luz del día. Tamas casi no notaba el olor del cigarrillo de Olem. Se encontraban en una arboleda situada entre dos granjas, a unos kilómetros de Adopest, ocultos detrás de unos viejos árboles. Hacía fresco. Tamas se abrochó la chaqueta hasta el cuello.

—No me corresponde a mí juzgaros, señor.

—Me eres de tan poca utilidad como Adom.

—Bueno, eso es injusto, señor. Él nos dio algo para comer. Por el abismo que echo de menos su comida.

Tamas meneó la cabeza.

—Estaba tan furioso por su negativa a ayudarnos que olvidé pedirle consejo sobre esto.

—¿Creéis que él le habría hecho cambiar de parecer?

Tamas vaciló.

—No.

—Eso pensé.

—Cállate y fuma tu maldito cigarrillo. Y quítate esa expresión presumida de la cara. ¿Dónde está Bo?

—Por allí.

Tamas fue hasta la linde de la arboleda. Allí, entre los últimos árboles, Borbador y su aprendiz observaban el camino que llevaba a Adopest.

—Llegáis tarde —dijo Tamas.

Bo jugueteaba con las correas de su pierna ortopédica. Levantó la mirada.

—Están a un kilómetro o kilómetro y medio. Nos observan como nosotros los observamos a ellos.

—¿Es una trampa? —preguntó Tamas.

—No son suficientes hombres para una trampa —dijo Bo—. A menos que Brude haya venido con ellos.

Tamas miró a Nila, que observaba la oscuridad en silencio, y volvió a mirar a Bo. Dio un paso en dirección al Privilegiado.

—Lo siento —le dijo.

—¿Mmm?

—Siento haber enviado a Taniel para que te matara.

Bo pareció sorprendido; luego, como si fuera a reírse.

—No lo sientas. Está en tu naturaleza. Si la situación hubiese sido a la inversa, yo habría hecho lo mismo. ¡Auch!

Nila le había dado una patada en la pantorrilla que le quedaba.

—¿Qué? —dijo Bo—. Sí lo habría hecho.

—Es una grosería que se lo digas —lo reprendió Nila.

—¿Quién es aprendiz de quién? —preguntó Tamas.

Bo se sorbió la nariz.

—Ni una palabra más, anciano.
Tamas miró a Bo.
—No me llamas así desde que tenías quince años.
—Y ahora con más razón.
—Y tú sigues siendo un malcriado presuntuoso.
—Sí. —Bo sonrió de oreja a oreja—. Lo hago lo mejor que puedo.
—Y gracias por convencer a Taniel de no ir a rescatar a Ka-poel por su cuenta.
—Estaba que se mordía los puños. —Bo miró hacia el norte. Allí, en una arboleda similar, estaba Taniel en cuclillas, con el rifle apuntando a los representantes de Claremonte que esperaban por el camino—. Espero que no le dispare a nadie.
—Yo también.
—Por cierto, ellos cuentan con Privilegiados.
—¿Cuántos?
—Seis. Al parecer, Claremonte no confía del todo en ti.
—Yo tampoco confío en él. Por eso os tengo a ti y a Nila aquí. Y a Taniel, a Norrine y a Andriya entre los arbustos. Bo se estaba golpeteando la prótesis. Eso inquietó a Tamas—. No me digas que estás pensando en vengarte.
—Echo mucho de menos mi pierna. Y ella está allí. La que me hizo esto. Me doy cuenta. Y ahora la reconozco. Se llama Lourie. Hemos tenido algo en el pasado.
—¿Queda alguna mujer en alguna de las camarillas de los Nueve con la que no hayas tenido algo? —preguntó Nila.
—Algunas —respondió Bo.
Tamas maldijo.
—Más vale que no pongas en riesgo toda la operación.
Bo le hizo un gesto tranquilizador.
—Por supuesto que no. Me controlaré, gracias. Aquí vienen.
Tamas se colocó pólvora en la lengua para intensificar un poco el trance. Por el camino venían los brudanos. Tamas los observó separarse; el grupo más pequeño atravesó la granja hacia su escondite. Tamas llamó en voz baja a Olem y juntos salieron de la arboleda.
La Privilegiada que lideraba el grupo era una mujer a la que él no había visto nunca. Era pálida, de ojos grandes y un cabello tan rubio que podría haber sido blanco. Llevaba puestos los guantes, y miró a Tamas con desconfianza.
—Mago —dijo ella.
—Privilegiada.
—¿Tenéis algo para nosotros?
—Así es.
—Y nosotros algo para vos. —La mujer levantó la mano y una figura fue llevada hacia delante.

Al ver a Vlora, Tamas reprimió un suspiro de alivio. Llevaba el uniforme sucio y rasgado, una mejilla en carne viva y un ojo magullado, pero seguía con vida.

—¿Qué estás entregándoles por mí? —le preguntó.

—Nada que quiera preservar —dijo Tamas.

Olem fue hasta el lado de Vlora, la tomó del brazo y la alejó de la Privilegiada en dirección a la arboleda. La Privilegiada brudana levantó una mano.

—¿Vuestra parte del trato?

—¡Olem! Tráelo.

Olem desapareció por entre los árboles con Vlora y regresó un momento después, solo.

—¿Y bien? —preguntó Tamas.

—Ella se opone rotundamente al intercambio.

—¿Acaso prefiere volver con ellos?

—Eso ha dicho.

—Nunca quise tener hijas, Olem. Puedes citarme si quieres.

—Se me está acabando la paciencia, mago —dijo gruñendo la Privilegiada brudana.

—Sigo aquí, ¿no es así? Olem, ve a buscarlo.

Olem regresó a la arboleda. Algunos minutos después, Tamas oyó unas ruedas de madera rodando sobre la tierra, y enseguida apareció un carromato por el lado opuesto de la arboleda. Dos bueyes tiraban de él. En la caja había un sarcófago de piedra. Olem lo llevó hasta allí y bajó del vehículo.

—Todo vuestro —dijo Tamas.

Uno de los soldados brudanos se subió al vagón y abrió el sarcófago. Enseguida lo cerró, miró a su líder y asintió solemnemente con la cabeza.

—Tu Dotado puede ver en la oscuridad —dijo Tamas—. Eso es muy útil.

La Privilegiada brudana le sonrió tensa.

—Debería mataros ahora mismo.

—¿Y qué diría vuestro jefe al respecto?

—Estoy segura de que podría perdonarme.

Tamas dio un paso largo hacia delante y se inclinó sobre la Privilegiada hasta que su pecho casi rozó el de ella.

—Inténtalo —le susurró.

La Privilegiada se rio por lo bajo.

—¿Creéis que me asustan vuestros magos de la pólvora ocultos en el horizonte? ¿O vuestro Privilegiado favorito, en la arboleda? Ya he luchado una vez contra él. Estaría muerto si yo no hubiera tenido tanta prisa ni me hubiera sentido tan generosa. Decidle a Borbador que me debe la vida.

—Yo creo que sí estáis asustada. De lo contrario, ya lo habríais intentado. Salid de aquí, perra Privilegiada. Llevadle a Kresimir a vuestro amo. Recordadle que debe mantener su palabra.

Uno de los soldados tomó las riendas del carruaje y la Privilegiada se alejó.

—Él mantendrá lo que se le venga en gana. Incluso este país deprimente.

Tamas se quedó mirando hasta tiempo después de que la Privilegiada hubiera desaparecido y regresó a la arboleda.

—No deberíais haber hecho eso —dijo Vlora.

—He hecho muchas cosas en mi vida que no debería haber hecho. Esta no es una de ellas. —Tamas se inclinó y le dio un beso en la frente —. Valió la pena. Bo, la Privilegiada te envía saludos.

—Me imagino que sí.

—Bo —continuó Tamas.

—¿Qué?

—Pronto habrá una batalla. Lo presiento. Si la vuelves a ver, friega el suelo con ella.

Bo flexionó los dedos, apretó la mandíbula e intercambió una mirada con Nila.

—Será un placer.

Adamat estaba sentado en la sección norte del viejo muro de Adopest, con los pies colgando a unos diez metros de altura del suelo.

Mordió una manzana. El jugo le corrió por la barbilla mientras observaba los barcos brudanos, que se iban cargando bajo el sol de la tarde. Los barcos transoceánicos más grandes ya habían zarpado y subían por el río Ad tirados por equipos de veinte bueyes cada uno contra la corriente, en su largo trayecto hasta el sistema de esclusas que los haría pasar sobre las montañas. Los barcos de soldados solo estaban a medio llenar.

—Debo confesar que me resulta muy llamativo verlo partir —dijo pensativo en voz alta.

SouSmith no respondió. El enorme boxeador estaba recostado contra las almenas. Llevaba pantalones de lona de carnicero y camisa blanca, con las mangas ensangrentadas enrolladas hasta los codos. Sacó una pipa del bolsillo de la camisa, le acercó un fósforo y comenzó a aspirar para encenderla. Unos momentos después, el aire se llenó del dulce aroma del tabaco de cereza.

—Él no se ha ido —comentó SouSmith.

—Sí, es cierto. Él sigue aquí. Pero el hecho de que esté cumpliendo con su palabra me deja atónito.

—¿Crees que trama algo?

—Por supuesto. Es comerciante y político. Si no está tramando algo,

me comeré las botas.

Adamat se tanteó los bolsillos, pero recordó que se había dejado su propia pipa en su casa. Observó los transportes de tropas mientras los brudanos seguían embarcando, y miró por el Ad hacia el sur. Desde donde estaba era imposible ver el lugar donde había estado la catedral Kresim, pero él recordaba su destrucción con la misma precisión que recordaba todo lo demás.

—Ha dejado su marca —dijo SouSmith.

—Sí. Así es.

Y muchas preguntas sin responder. Claremonte sostenía que todo lo que había hecho solo había sido para mitigar el daño que Kresimir podía hacer. No parecía una mentira absoluta, pero hasta el más idiota se daba cuenta de que Claremonte solo pensaba en su propio beneficio. Ser primer ministro de Adro parecía ser un objetivo bastante irrisorio para un dios. ¿Acaso quería otra cosa? ¿Algo más grande?

¿Y dónde estaba la otra mitad de Brude? ¿Quién era la otra mitad de Brude? Se había beneficiado de las aspiraciones de Tamas, lo que indicaba que podía tratarse de alguien de la junta. La sola idea le provocó un escalofrío en la columna. ¿Lady Winceslav? ¿El tesorero? ¡Tal vez el propio Tamas! Pensar en eso era suficiente para sufrir un derrame cerebral, pero sabía que tenía que indagar más.

Lord Vetas había trabajado en contra de los objetivos de Tamas y de la junta. ¿Qué era lo que le había dicho? ¿Una mano no sabía lo que hacía la otra? Por lo que Adamat recordaba, Vetas no había hecho nada para evitar el regreso de Kresimir. De hecho, había estado trabajando con Charlemund, y él sin duda había estado al tanto. ¿Un accidente? ¿O algo premeditado?

—Tengo una corazonada —dijo Adamat.

—¿Eh?

—Esta noche, ven conmigo a Diente Negro. ¿Tienes tiempo?

SouSmith se miró la ropa.

—Ve a cambiarte —dijo Adamat—. Nos vemos en Diente Negro en dos horas.

SouSmith bajó del muro y dejó a solas a Adamat.

Adamat golpeteó el muro de piedra con los talones, considerando sus opciones mientras observaba zarpar al primero de los transportes. Tenía que descartar a los miembros principales de la junta. Si la otra mitad de Brude era alguno de ellos, podría haber hecho mucho más daño del que ya había hecho.

Esperó que zarpara el último de los barcos, se puso de pie y se dirigió a la calle principal para buscar un carruaje de alquiler. Treinta minutos después, llegó a Diente Negro. El sol se ponía por encima de su hombro cuando atravesó la puerta de entrada y se acercó a los puestos de guardia de la planta baja. SouSmith estaba sentado en el

vestíbulo de piedra, de espaldas contra la pared, con el sombrero sobre el rostro.

—He venido a ver a lady Cheris —le dijo Adamat al guardia de turno.

SouSmith se puso de pie, y el guardia de la prisión revisó los documentos de Adamat antes de dejarlos pasar.

—Creo que Claremonte tiene otro agente en la ciudad.

—¿Tú crees?

—Claro que lo tiene, no soy idiota. Pero me refiero a otro agente del mismo rango que lord Vetas, o más alto. Alguien que trabaja bajo su propia autonomía. Independiente de Vetas o de Claremonte. —"La otra mitad del dios", pensó Adamat.

—¿Por qué?

—Interrogamos a Claremonte con un Dotado que puede detectar mentiras, y Claremonte no sabía nada acerca del atentado a la sede de Ricard. Pero nadie se beneficia más si Ricard muere. Si Claremonte tiene otro agente en la ciudad actuando de forma autónoma, eso explicaría por qué pudo decir sin mentir que él no había planeado el ataque.

—¿Lady Cheris?

—Creo que Cheris podría saber de quién se trata.

Llegaron a una celda situada cerca de la parte superior de la aguja. Adamat se detuvo para recuperar el aliento mientras el carcelero abría la pesada puerta. Los hicieron pasar a una sala pequeña pero cómoda, que contaba con una chimenea, dos faroles, una cama, una silla y una mesita.

Lady Cheris estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia la plaza de las Elecciones. Observó con curiosidad a Adamat pero permaneció en silencio mientras el carcelero encendía los faroles y se retiraba.

—Lady Cheris —dijo Adamat.

Ella le hizo un gesto con la mano sin despegar la vista de la ventana.

—Ya os dije todo lo que obtendríais de mí —dijo ella.

—Creo que eso no es cierto. ¿Para quién trabajáis? —preguntó Adamat.

—¿Yo? ¿Trabajar para alguien? ¡Ja! No debéis de conocerme muy bien, inspector. Yo no soy secuaz de nadie.

—Entonces, ¿admitís que planeasteis la caída de Ricard por vuestra cuenta?

Ella permaneció en silencio.

—Si me ayudáis, tal vez pueda evitar que vayáis a la guillotina —dijo Adamat.

—No creo que me envíen a la guillotina, inspector. E incluso si lo hicieran, vos no tenéis esa clase de poder.

Adamat sintió que de la frente le brotaba un sudor frío. Parpadeó varias veces y se restregó los ojos con una mano.

—¿Podéis asumir ese riesgo?

—Ya lo he arriesgado todo y he perdido. Esta conversación ha terminado.

Adamat tenía la garganta seca. Se quedó mirando a Cheris unos momentos, hasta que ella se volvió hacia él.

—¿Qué sucede, inspector? ¿No se os ocurre nada que decir? ¿Soy un callejón sin salida? Disculpad si no me muestro demasiado compasiva. Podéis decirle a Ricard que de todas maneras yo seré su ruina.

Adamat encontró su voz, se puso de pie y se las arregló para hacer media reverencia.

—Lamento haberos hecho perder el poco tiempo que os queda, milady.

Una vez de regreso en el pasillo, Adamat le hizo un gesto al carcelero para que cerrar con llave a la puerta. Se apoyó en la pared temblando.

—¿Adamat? —dijo SouSmith.

Adamat se llevó al carcelero a un lado y le dio un billete de cien kranas.

—Quiero que quede algo claro. No debes permitir que lady Cheris salga de allí. Pero si lo hace, no te interpongas en su camino. Puede que tu vida dependa de ello. Dile al mariscal de campo que he sido yo quien te he dado estas instrucciones.

Adamat bajó corriendo la escalera, con SouSmith apresurándose para seguirle el paso. Una vez fuera, casi se tiró al interior del carruaje de alquiler, que aún lo esperaba.

—Vete a casa, SouSmith —le dijo—. Creo que ya hemos terminado. Fuiste de muchísima utilidad. —Golpeó el techo del vehículo—. Del otro lado de la plaza —ordenó, y el vehículo partió. SouSmith se quedó solo, con la confusión pintada en el rostro, fuera de Diente Negro.

Adamat subió corriendo por las escaleras del Tribunal del Pueblo. Cuando llegó al quinto piso, sentía que los pulmones le iban a explotar. Les mostró sus documentos a los soldados de Tamas, hizo caso omiso a la secretaria que le dijo que esperase y se dirigió a empujones hasta la oficina de Tamas. Tenía el pecho tenso, pero lo impulsaba el miedo.

Tamas levantó la mirada de su escritorio, donde se encontraba leyendo a la luz de un farol.

—¿Inspector?

—Lady Cheris —dijo Adamat jadeando—. No proyecta ninguna sombra. Es la otra mitad de Brude. Y eso no es todo.

Tamas se puso de pie de un salto.

—Decidme.

—Los barcos de tropas de Claremonte no van con la carga completa, no se hunden tanto como deberían. Ha dejado atrás al menos a quinientos hombres.

Capítulo 48



Las elecciones tuvieron lugar el último día de otoño por la mañana.

Adamat se encontraba en la oficina de Ricard, en el hotel Kinnen, de pie junto a la ventana. Para su gran consternación, no podía evitar retorcerse las manos mientras observaba el flujo constante de gente que pasaba por la calle. Aquel era el segundo de los dos días de fiesta nacional. La votación había comenzado a las seis de la mañana del día anterior y había terminado pasada la medianoche. Una delegación de contadores de votos de Novi se había pasado toda la noche con las papeletas. Hacia el mediodía, deberían tener novedades sobre los resultados de las elecciones.

Entonces averiguarían si un dios podía cumplir sus promesas.

Había muchas preguntas sin respuesta. A Adamat no le agradaban los cabos sueltos. No tenían ninguna información que explicara la participación de Claremonte en la guerra entre Kez y Adro, o el hecho de que Cheris permitiera que la encerraran, o en primer lugar, ni siquiera por qué a Claremonte le importaban las elecciones.

Todo aquello le causaba palpitaciones.

Oyó que la puerta se abría detrás de él y le llegó el ruido de la fiesta electoral de Ricard. Se volvió y vio al Privilegiado Borbador entrando en la sala. Era la primera vez que Adamat lo veía desde su regreso a Adopest. Caminaba con confianza con el bastón, a pesar de su pierna ortopédica, y estaba vestido con tal elegancia que habría hecho sonrojar a un banquero. Llevaba puestos sus guantes de Privilegiado, a pesar de la gran multitud que había en la fiesta. O, tal vez, a causa de ella.

Sus miradas se encontraron y la sonrisa mitad condescendiente y mitad depredadora que Bo se había pegado en el rostro para la fiesta fue reemplazada por una expresión sombría.

—Nuestro acuerdo está cumplido.

Adamat se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—¿Estáis seguro?

—Nila mató a un Guardián Negro en el Escondite de Brude. Le faltaba el anular. Tenía el aspecto de haber sido un muchacho de unos quince años cuando lo convirtieron. Esa es toda la certeza que tengo.

—¿Vos lo visteis?

—Estaba presente cuando sucedió.

—¿Y...?

—Fue algo rápido.

—Gracias.

Bo asintió con la cabeza y volvió a salir de la sala. Adamat inspiró profundamente para calmarse. Josep estaba en paz. Ahora podría estar en paz él también. O, al menos, podía intentarlo.

No tenía tiempo para pensar en su dolor. Del otro lado de la puerta, Bo intercambió algunas palabras con una voz familiar. Luego la puerta se abrió y apareció Fell. Lo miró de arriba abajo y volvió a salir.

—¡Está aquí! —la oyó gritar.

Un momento después, Ricard entró en la sala pasándose un pañuelo por la frente.

—Por el abismo, he tenido que estrechar muchísimas manos. Adamat, ¿qué estás haciendo aquí? Tu esposa te está buscando por todos lados, y Astrit se escapó de su niñera y ha estado aterrorizando al personal de cocina.

Adamat descartó sus pensamientos.

—Lo lamento muchísimo, Ricard, ya voy.

—¡Estoy bromeando! Tus niños son unos ángeles. Todos excepto el huérfano, ¿cómo se llamaba?

—Jakob.

—Jakob insiste en ir al sótano para jugar con lo que queda de mi colección de vinos.

—Es un buen chico.

—Puede ser. Pero mantenlo alejado de mi vino.

—Pensé que habías contratado varias niñeras.

—Así es. Al parecer, no fueron suficientes. Ya tenías demasiados hijos. ¿También tenías que llevar a tu casa a un niño desamparado?

—Faye quiere adoptarlo —dijo Adamat pensando en voz alta.

Se preguntó si esa era la manera de Faye de lidiar con la muerte de Josep, o si sentía un afecto genuino por el joven Eldaminse. Era algo que habían acordado hablar después. Eran muy pocas personas las que sabían su importancia, pero a Adamat le preocupaban las posibles consecuencias de adoptar al heredero más cercano al trono de Adro.

—¿Cómo ves a Faye? —preguntó Adamat.

—Se ha pasado el rato cotorreando con la nueva jefa del sindicato de

sastres. ¿Cómo se llamaba? ¿Maggie?

—Margy. Me alegro de que la hayas elegido.

—Realmente me sorprendes con tus elecciones. Me odia visceralmente.

—Es bueno tener cierta oposición —dijo Adamat—. Estoy seguro de que terminarás agradándole.

—Te confías demasiado. En fin, me alegro de que estemos a solas. Quiero hablar contigo.

—Ah, ¿sí?

—¿Te gustaría tener un empleo?

Adamat se balanceó sobre los pies.

—Ricard, sabes que haría cualquier cosa por ti. Pero estoy exhausto. Me estoy haciendo demasiado viejo para correr por toda la ciudad. El dinero que recibimos de ti y del Privilegiado Borbador nos mantendrá a flote por un tiempo. Si le dijera a Faye que tengo que encarar otra investigación, me desollaría vivo.

—¿Investigar? Por el abismo, Adamat. Quiero que seas parte de mi equipo.

Adamat percibió que había alguna trampa.

—¿Eso no depende de que ganes las elecciones?

—Bueno. Sí.

—Ya veo. —Adamat vaciló—. Tendría que preguntarle a Faye.

—Bueno, ella sería hipócrita si te dijese que no.

—¿Por qué lo dices?

—Le ofrecí un puesto a ella y ya me ha dicho que sí. El trabajo incluye niñeras a tiempo completo para los niños y muchos viajes por el exterior. Si os contrato a ambos, podéis viajar juntos.

Adamat pestañeó para intentar contrarrestar su fatiga.

—¿Ha dicho que sí? Yo... bueno. Supongo que podría hacerlo.

—¿Supones? —Ricard le dio una palmada en la espalda—. Muestra un poco de entusiasmo. No te permitiría decirme que no.

—Pareces estar convencido de que ganarás.

—Por el abismo, no. Creo que voy a perder, Adamat. Estoy bastante convencido, de hecho. Pero en este momento estoy un poco borracho, y ya he hecho todo lo que podía hacer. Ya no tiene sentido seguir preocupándome. ¿Te veo abajo?

Adamat le esbozó una media sonrisa y lo observó salir tropezando de la sala. Fell se quedó allí un momento más.

—Fell —dijo Adamat cuando ella salía para seguir a Ricard.

—¿Sí, señor?

—Gracias por cuidarlo.

—Es mi trabajo, señor.

—Y dale algo para despejarle la borrachera.

—Es lo que sigue en la lista. Confío más que él en que ganará.

Adamat se quedó a solas por un par de minutos más, hasta que oyó que alguien más entraba en la sala. Se volvió sonriendo, pensando que Faye finalmente había ido a buscarlo. En cambio, resultó ser Taniel Dos Tiros. Tenía la espalda apoyada contra la puerta y una expresión de terror en los ojos.

Adamat puso un gesto ceñudo y prestó atención por si se oía alguna clase de alboroto en la planta baja. La fiesta seguía su curso, y entonces lo entendió.

—No estás acostumbrado a estas cosas, ¿no es así?

—Voy a destruir a la próxima persona que me quiera estrechar la mano.

—Pareces cansado.

—Lo estoy. —Taniel llevaba un uniforme de gala nuevo, con los galones de coronel en la solapa y el sombrero debajo del brazo—. Hace unos seis días que no duermo.

—Eso puede ser mortal —dijo Adamat, avanzando hacia él.

Tal vez debería llamar a Fell. Taniel estaba potencialmente a menos de una hora de ser el nuevo segundo ministro de Adopest, y tenía una marcada expresión de inestabilidad que dejaba en claro que en cualquier momento saldría a buscar a su amante o se desmayaría.

Taniel lo apartó.

—No puedo hacerlo. No puedo seguir estrechando manos y sonriéndoles a los aduladores mientras la presión sigue en aumento. Puede que comience otra guerra en el momento en que terminen las elecciones, y a nadie parece importarle. Esta vez no tendremos un dios de nuestro lado. Y Claremonte aún tiene a Ka-poel.

—Nadie sabe lo de Brude —dijo Adamat—. Solo nosotros.

—Ricard lo sabe. ¿Cómo puede seguir con la farsa?

—¿La fuerza de la costumbre?

Taniel le clavó la mirada.

—¿Crees que se ha terminado? Me refiero a todo el asunto con Claremonte. ¿De verdad se marchará?

—No lo sé.

Alguien llamó a la puerta. Taniel se alejó de un salto y se llevó un dedo a los labios mientras meneaba la cabeza.

Adamat puso los ojos en blanco. Se puso de pie y entreabrió la puerta. Era Fell.

—Ya casi es hora —dijo ella—. Ricard necesita a Taniel Dos Tiros.

Adamat asintió con la cabeza y cerró la puerta. Se acercó a Taniel y lo tomó del brazo.

—Vamos.

Taniel permitió que el inspector Adamat lo arrastrara hacia el vestíbulo del hotel.

Consideró desembarazarse de él y buscar el armario más cercano donde pudiera ocultarse, pero sabía que eso no sería lo que mucha gente describiría como “maduro”. En cambio, intentó seguir el consejo de Bo de hacer asomar una sonrisa en su rostro.

Detrás de la sonrisa, la mente volaba. Ka-poel seguía en manos de Claremonte. Si perdía las elecciones, ¿la mataría, la soltaría? ¿Haría alguna de esas cosas si ganaba? No había forma de saberlo, y se estaba volviendo loco. Necesitaba que sucediera algo.

Adamat se retiró al comedor, donde Ricard recibía a su gente, y dejó a Taniel saludando al imparable río de admiradores. No conocía ningún nombre, pero todos parecían quedar satisfechos con que les estrechara la mano y les murmurara amablemente con los dientes apretados.

—Ya he visto esa mirada antes. Pareces una liebre rodeada por una jauría de sabuesos —dijo una voz detrás de él.

—Me alegro de que estés mejor —dijo él.

Vlora se puso a su lado y le devolvió la sonrisa a un mercader que pasaba.

—Yo también. Pero quiero que conste que, para mí, Tamas no debería haber hecho el intercambio. —Entrelazó su brazo con el de él.

Taniel se puso rígido, pero le permitió llevarlo a uno de los salones del hotel, donde los oficiales locales hablaban en voz baja mientras tomaban algo, fuera del bullicio de la muchedumbre.

—Pues yo creo que sí.

—Entonces es que sois dos idiotas.

—¿Te trataron bien?

Vlora lo miró inexpresiva.

—No intentes cambiar de tema.

Taniel se encogió de hombros.

—El destino de Kresimir ya no está en nuestras manos. Entregar el cuerpo fue decisión de Tamas. Yo no tuve nada que ver.

—Ya lo sé. —Vlora suspiró y se lo quedó mirando a los ojos en silencio—. Te echo de menos.

Taniel vaciló.

—Yo también te echo de menos.

—¿Hay alguna posibilidad de que las cosas vuelvan a ser como antes?

Taniel debía confesar que, de vez en cuando, se hacía la misma pregunta. Recordaba su niñez y su cortejo, los entrenamientos compartidos, las escapadas para quedarse solos y todo el tiempo que habían pasado juntos. Pero el delgado hilo que los había mantenido juntos se había roto y no había nada que pudiera repararlo.

—No lo creo. Ka-poel. Ella y yo…

—Sí.

“¿Y si Ka-poel muere?”. Vlora no hizo la pregunta en voz alta, pero él sabía que le había cruzado por la mente. Él ni siquiera quería considerarlo.

—He visto a tu salvaje.

Taniel se volvió.

—¿Se encuentra bien?

El pánico que sentía por ella siguió amenazando con salir a la superficie; tuvo que esforzarse por reprimirlo. Tamas le había dicho lo importante que era seguirle el juego a Claremonte, y solo una orden directa y la garantía de que se habían tomado medidas evitaban que Taniel saliera corriendo a intentar rescatarla.

—Hasta donde pude ver. —Vlora le esbozó una sonrisa triste—. Si surge la oportunidad, te ayudaré a recuperarla.

—Gracias. —Taniel alargó una mano y le apretó el hombro. Una parte de él quería abrazarla, y sabía que ella no lo rechazaría. Meneó la cabeza para descartar esa idea.

—Vlora, yo...

Ella levantó una mano y él se quedó en silencio, con gesto ceñudo. Ella inclinó la cabeza. A Taniel le llevó unos momentos entenderla. El cuchicheo del vestíbulo y del comedor se había acallado.

—¿El resultado? —preguntó ella.

Salieron del salón y se encontraron con que la multitud del vestíbulo se había agolpado alrededor de la entrada al comedor. Taniel tuvo que abrirse paso a codazos, pero finalmente llegó al centro del comedor. Allí, entre Ricard y Fell había un mensajero de peluca empolvada, levita y pantalón blancos y botas de montar negras. Taniel intentó volver a desaparecer entre la gente, pero Ricard ya lo había visto y le estaba haciendo un gesto entusiasmado para que se acercara. Taniel sintió que alguien lo empujaba hacia delante.

Una capa de sudor hacía brillar la frente de Tumblar, y sus ojos se veían cansados. Tomó a Taniel del brazo y lo guio hacia su lado derecho.

Uno de los muchachos de la cocina llevó un cajón de madera sobre el que se subió el mensajero; Fell comenzó a golpear su copa con una cuchara.

—Damas y caballeros —dijo el mensajero—. Es un honor para mí, como representante de los contadores de votos, revelar la identidad del primer ministro de Adro. —Hizo una pausa, sacó un sobre de su chaqueta y rompió el sello. —Taniel se humedeció los labios, deseando tener algo para beber, y se restregó las palmas de las manos en los pantalones—. Es un placer anunciarles que el primer ministro de Adro es... ¡el honorable Ricard Tumblar!

Entre los presentes se elevó un grito de festejo más ensordecedor que un cañonazo. Taniel se tambaleó bajo el abrazo repentino de

Ricard. Un montón de manos se aferraron a la suya para estrechársela, hasta que Taniel pensó que se le caería el brazo a la altura del codo. Oyó que se descorchaba una botella. Alguien le colocó una copa de champán en la mano y se la quitó de inmediato para que pudiera estrechar la mano de otra persona. Le gritaron felicitaciones al oído. Los admiradores lo fueron empujando por toda la sala hasta que se sintió a punto de explotar.

De pronto, en el lugar se hizo un silencio que golpeó a Taniel como un puñetazo en el estómago. Sonó una risa solitaria, pero fue interrumpida con cierta incomodidad. La multitud se dispersó y lord Claremonte entró en el comedor.

Llevaba un elegantísimo frac negro y sostenía un sombrero de copa con la mano. Paseó la mirada por encima de las personas reunidas y levantó las manos para aplaudir suavemente.

—Veo que los mensajeros me dieron la noticia antes que a vos.

Ricard observaba a Claremonte con cautela. Taniel apoyó la mano en la empuñadura de su espada y apretó la mandíbula. La orden severa de Tamas de controlarse circuló una y otra vez por su cerebro.

—¿Sabéis el resultado? —preguntó Ricard.

—Si no lo hubiera sabido, me habría enterado ahora. Oí los festejos desde la calle.

Taniel no oía nada, solo el latido de su corazón. En el salón reinaba un silencio sepulcral. A pesar de que los invitados no conocían la verdadera naturaleza de Claremonte, él emanaba un aire palpable de peligro inminente. Taniel cruzó la mirada con Vlora; ella tenía la pistola del cinturón a medio desenfundar.

—Y debo decir que fue bien merecido —continuó Claremonte. Echó una pierna atrás para hacerles una elegante reverencia—. Enhorabuena, primer ministro, y para vos también, segundo ministro. ¡Os deseo a todos el mayor éxito! —Avanzó bruscamente y le estrechó la mano a Ricard, haciendo caso omiso de su expresión de sorpresa.

—Entonces, ¿os iréis de la ciudad? —preguntó Taniel en voz baja. Claremonte lo miró a los ojos, y la comisura de su boca se elevó ligeramente.

—Tal como lo prometí. Solo debo cerrar algunos asuntos antes de marcharme. Muy buen trabajo, señor Dos Tiros. Disfrutad vuestra victoria.

Antes de que Taniel pudiera responder, Claremonte se había alejado. Se retiró con gracia, felicitando al personal de Ricard y saludando mientras se dirigía a la puerta. Lentamente, se retomó la conversación. Taniel se abrió paso hasta Vlora. En el momento en que la alcanzó, oyó que se descorchaba otra botella de champán. Se volvió y vio que Ricard sostenía la botella espumante.

—¡Fell! —gritó Ricard—. ¡Dile a Tamas que comience con el desfile!

Taniel aferró la empuñadura de su espada y se volvió hacia Vlora.

—Ve a tu posición.

Tamas le puso la mano en el cuello a su caballo para calmarlo. El animal daba pasos nerviosos en el sitio, al frente de una larga columna de soldados adranos elegantemente vestidos. La columna recorría el camino principal que salía de Adopest, en medio de una gran multitud.

Podía percibir el entusiasmo de sus hombres. A pesar de que cada uno de ellos se encontraba en posición de descanso de desfile, con los pies separados, la mirada al frente y los rifles con bayonetas apoyados en el suelo, se percibía la energía que emanaba de ellos, que los rodeaba mientras los ciudadanos adranos reunidos reían y los niños corrían junto a la columna tirando guirnaldas de flores, intentando colarlas en las bayonetas.

—¡Mariscal de campo Tamas! —gritó una voz por encima el bullicio.

Tamas levantó la mirada y vio que se trataba de Olem. Señalaba a uno de los hombres de Ricard, que cabalgaba hacia ellos por la avenida principal. El hombre gritó, pero su voz se perdió entre los clamores de la gente.

—¡Habla más alto! —le gritó Olem.

El mensajero se detuvo a unos diez metros de ellos.

—¡Hemos ganado! ¡Ricard Tumblar es el primer ministro de Adro! Lord Claremonte ha admitido la derrota.

Tamas podía oír que la noticia se iba pasando entre los ciudadanos que bordeaban la calle; observó las exclamaciones y los insultos. A medida que la información se fue esparciendo, comenzó a oírse un clamor de opiniones que iban y venían. Enseguida se inició una pelea que la misma gente se encargó de disipar.

Tamas intercambió una mirada con Olem y vio reflejado en su guardaespaldas su propio optimismo vacilante.

—Bueno. Eso es todo, entonces.

—Ojalá —dijo Olem.

—Ojalá —repitió Tamas—. Coronel, si pudieras hacer los honores.

Olem señaló a un tamborilero que había cerca, y enseguida comenzó a oírse un ritmo constante por encima del bullicio. La gente hizo una pausa en su celebración.

—General Arbor, este desfile queda bajo tu mando.

El general Arbor volvió su caballo para enfrentarse a la columna que tenían detrás.

—¡Desfile! —rugió—. ¡Atención! —Los soldados se pusieron en posición de firmes, y se oyó el roce de cinco mil pares de botas unas contra otras—. ¡Marchen!

El tamborilero golpeó sus palillos contra el borde de su tambor cuatro veces y comenzó a tocar el ritmo. La columna avanzó.

Tamas iba erguido sobre su caballo, con la espada sobre el hombro derecho, mientras sus soldados marchaban hacia las calles atiborradas de la ciudad. El camino se les iba abriendo por delante de ellos. Se oían los gritos de felicidad, y desde los edificios descendían guirnaldas de flores flotando sobre los soldados.

El desfile atravesó el distrito industrial y la ciudad nueva, yendo y viniendo por numerosas calles mientras la gente festejaba y saludaba. Las mujeres alargaban la mano para tocar a los soldados, los hombres gritaban felicitaciones. Tamas divisó a varios dueños de taberna corriendo junto a la columna y diciéndoles a los soldados que en su establecimiento tendrían bebidas gratis toda la noche.

Él mantuvo la espalda erguida y el porte majestuoso, pero observaba con inquietud las multitudes y las ventanas y los tejados de los negocios. Cada vez que se dejaba llevar por el orgullo y se relajaba, sentía unos ojos hostiles en la nuca. Intentó convencerse de que los viejos instintos no morían. Intentó convencerse de que todo había terminado por fin.

El desfile avanzó hacia el puente del río Ad. Tamas levantó el puño al ver lo que había frente a ellos.

—¡Desfile! ¡Alto! —gritó el general Arbor.

La brigada se detuvo. Tamas se quedó mirando el carromato solitario abandonado en medio de la calle, no muy lejos del puente. Llevó la mano hacia la culata de su pistola y vio que Olem tenía la espada a medio desenvainar.

—¿Órdenes, señor? —dijo Olem.

—Espera. —Tamas echó una mirada a los edificios circundantes. No había señales de una emboscada, ni uniformes brudanos en las ventanas.

De pronto, un grupo de ciudadanos salió a la calle y rodeó el carromato. Con algo de esfuerzo, se las arreglaron para quitarlo del camino. Una niña se subió a la parte superior del vehículo y se plantó en la pose de una heroína victoriosa, agitando una bandera adrana.

—¡Desfile! ¡Adelante! —gritó Arbor.

Pasaron por encima el río y continuaron hacia la plaza de las Elecciones, donde se encontraba la mayor parte del gentío. El balcón de la oficina de Tamas (ahora, la oficina del primer ministro de Adro) estaba decorado con el azul y rojo de Adro. En el exterior del edificio se habían colocado carteles con el símbolo en forma de lágrima del mar Ad.

La multitud se hizo a un lado del centro de la plaza mientras los soldados entraban marchando y se colocaban en formación frente al Tribunal del Pueblo. Tamas levantó la mirada y vio a Ricard Tumblar en el balcón, ataviado con su mejor traje, y a Taniel de pie junto a él, de uniforme, con una expresión sombría.

Tamas permitió que una sonrisa le quebrara el pétreo semblante.
—¿Señor? —preguntó Olem.
—Mi hijo. Segundo ministro de Adro. Las vueltas del destino.
—No parece muy feliz al respecto.
—No lo está. En absoluto. Pero mantendrá su palabra. —“Más le vale”, añadió Tamas mentalmente.
Los soldados se habían puesto en formación. Un silencio descendió sobre la plaza, más profundo que el que se había producido el día en que Tamas anunció desde ese mismo balcón que el reino de Manhouch había terminado. Tamas espiró lentamente y se dio cuenta de que había completado el círculo. Tantos años de planificar finalmente habían dado sus frutos.
—¿Ha terminado, Olem? —preguntó, oyendo la emoción de su propia voz—. ¿Se ha terminado por fin?
Olem no respondió. Ricard había levantado las manos.
—¡Pueblo de Adro! ¡Amigos y amigas! ¡Hermanos! ¡Hermanas! Me siento honrado de presentarme ante vosotros como vuestro nuevo primer ministro. —Los vítores duraron varios minutos hasta que Ricard finalmente pudo volver a hablar—. Amigos míos, la tiranía de los reyes se ha terminado. La duda y la expectativa que sufrimos durante los últimos ocho meses de tan trágica guerra han terminado. Ayer, el último día del otoño, nos convertimos en una república. Me enorgullece estar aquí, el primero entre iguales.
”Amigos míos, nada de esto habría sido posible sin los extraordinarios esfuerzos del protector de Adro, el mariscal de campo Tamas, junto a sus magos de la pólvora y sus soldados. A ellos les debéis vuestra libertad. Vuestra vida. Vuestro cariño.
La ovación fue ensordecedora. Tamas sintió que una lágrima le caía por la mejilla, pero no se movió para quitársela. Mantuvo la mirada fija en Ricard.
—¡Amigos míos! Yo...
Ricard fue interrumpido por un sonido que reverberó por toda la plaza y que provocó un revuelo entre los presentes.
—Amigos míos —comenzó a decir de nuevo Ricard.
Los crujidos y los chirridos continuaron. Tamas se volvió y vio que la gente hablaba nerviosa. Una nube proyectó una sombra sobre las masas reunidas. Tamas se quitó el sombrero y miró a su alrededor. ¿De dónde provenía aquel sonido?
Los chirridos se intensificaron, y un movimiento le llamó la atención. En ese momento, los crujidos fueron reemplazados por un rechinar de piedra contra piedra.
—¡Dispersaos! —rugió.
Diente Negro, la enorme prisión del Rey de Hierro, se inclinó y se tambaleó como un trompo de madera. Luego comenzó a caer

pesadamente sobre la plaza. Tamas se quedó paralizado sobre su caballo, viendo la torre que descendía sobre él como si la propia realidad se hubiese detenido. Abrió la boca y se quedó allí un momento, pero algo tiró de él hacia un lado y su caballo comenzó a galopar. Bajó la mirada y vio que Olem galopaba por delante de él, sujetándole las riendas.

Se volvió sobre la montura para ver la aguja que se venía abajo. La estructura se iba deshaciendo en la caída. Unos bloques de basalto del tamaño de bueyes cayeron por la plaza de las Elecciones. La punta de la aguja golpeó contra el balcón y atravesó la fachada del Tribunal del Pueblo.

Tamas le quitó a Olem las riendas de su caballo, se detuvo y se volvió hacia la destrucción.

—¡Taniel!

Levantó las manos para protegerse, y la nube de polvo lo envolvió.

Capítulo 49



—¡Adentro, adentro! —gritó Taniel empujando a los delegados y consejeros de Ricard por la puerta del balcón hacia la oficina—. ¡Corred!

—¡Ricard! —gritó una voz femenina.

Taniel se volvió y vio al primer ministro de Adro mirando absorto la aguja que caía en dirección a él. Atravesó el balcón a toda prisa, tomó a Ricard por los hombros y lo levantó. Ambos atravesaron el cristal de la puerta del balcón y cayeron en la oficina. Aterrizaron uno sobre el otro en medio de una lluvia de cristales. Taniel los hizo rodar por el suelo para alejarse aún más de la ventana. Levantó la mirada y vio la piedra negra golpear el balcón en el lugar donde habían estado hacía un momento. El aire se llenó de polvo de yeso.

Taniel sintió un brote de hechicería tan cerca de él que le hizo cosquillas en la nuca. Alejó a Ricard de él. Se puso de pie de un salto. Bo estaba de pie cerca de la chimenea de la oficina, sosteniéndose con la pierna ortopédica, con las manos extendidas en dirección a él.

—Taniel —dijo Nila—. Deberías quitarte de ahí.

Taniel miró a su alrededor y levantó la mirada. Por encima de él, la piedra angular de la aguja había partido el techo, una piedra de basalto del tamaño de una casa. Ahora estaba suspendida justo sobre su cabeza. Ricard se había puesto de pie. Taniel lo empujó para apartarlo.

Bo gruñó y movió los dedos enguantados. La piedra se elevó y fue arrojada hacia la plaza de las Elecciones.

Ricard se separó de Taniel.

—¡Hay personas allí abajo!

—También hay personas aquí arriba, y no iba a poder sostenerlo por mucho tiempo —dijo Bo.

Ricard pareció reconsiderar la opción de discutir con Bo. En

cambio, llamó a Fell.

—¿Están todos a salvo?

—Creo que sí —dijo la voz de Adamat desde la penumbra de la polvareda.

—Abajo, rápido —dijo Ricard—. Debe de haber gente atrapada debajo de los escombros. Por Adom, ¿qué abismos ha pasado? ¿Ha sido un accidente?

Taniel siguió a Ricard hasta el pasillo, donde el polvo había comenzado a disiparse. Adamat estaba pálido como un fantasma.

—No —dijo el inspector—. Esto no ha sido ningún accidente. La otra mitad de Brude estaba en Diente Negro.

Taniel se quedó helado.

—Fell. Tráeme mi rifle. ¡Ahora!

Comenzó a correr hacia las escaleras, habiendo olvidado todo lo demás. Si Brude estaba allí debajo, nadie podría detenerlo, sin importar de qué mitad se tratara. Taniel ni siquiera pensaba que él pudiera hacer gran cosa, pero recordó la sangre de Kresimir en sus nudillos. Tal vez fuera el único que pudiera hacer algo si realmente era un asesino de dioses.

Algo golpeó a Taniel por la espalda y lo dejó sin aliento; él y su atacante se chocaron contra la pared. Se quitó a la otra persona de encima y se puso de pie con dificultad. Se trataba de Nila, que ahora se encontraba en cuclillas, con las manos desnudas envueltas en llamas azules.

La hechicería que atravesó el aire en el lugar donde él había estado dejó un agujero del tamaño de una bala de cañón tanto en el suelo como en el techo. El hechizo había provenido desde abajo. Taniel percibió a varios Privilegiados en alguna de las plantas inferiores. Avanzó a gatas.

—¡A la oficina! —gritó.

Bo, que se encontraba inclinado en una posición extraña a causa de la prótesis, lo tomó de la manga.

—Toma tu rifle y ve por la escalera trasera. Te necesitarán allí. Yo me encargaré de esto.

—¿Estás seguro?

—Confía en mí.

Bo le dio una palmada en el hombro. Taniel se fue a toda prisa por el pasillo, recibió su rifle de manos de Fell y le colocó la bayoneta mientras corría. Atravesó dos puertas y alcanzó la escalera de servicio que había detrás de la nueva oficina de Ricard.

Bajó la escalera de piso en piso, saltando de un descansillo al siguiente como un loco. Cuando llegó a la planta baja, corrió por un pasillo corto y abrió una puerta lateral de una patada. Luego corrió hacia la luz del sol, filtrada por la polvareda. Se quedó unos momentos

parpadeando, mientras intentaba orientarse, cuando una enorme explosión lo arrojó de nuevo al interior del edificio.

—Está ahí abajo, Nila. La perra que me quitó la pierna.

Nila iba a preguntar cómo lo sabía Bo, pero la percepción que le habían otorgado sus nuevos sentidos mágicos le dio información suficiente. Había Privilegiados dos pisos por debajo de ellos. Su presencia se sentía apagada en el Otro Lado, como si hubieran tomado grandes medidas para ocultarse, pero estaban allí, sin lugar a duda. Y basándose en lo que le había dicho Bo sobre los Privilegiados de camarilla, probablemente contaran también con una compañía de soldados.

—¿Con qué protección cuenta el Tribunal del Pueblo? —preguntó ella.

—Dos compañías de soldados adranos —respondió Bo.

—Esos tres Privilegiados los harán pedazos.

—Cinco. Y estoy de acuerdo.

Nila intentó pensar en alguien con quien pudieran contar para que los ayudase. Se le hizo un nudo en el estómago. Bo y ella eran la camarilla adrana. Y los magos de la pólvora de Tamas tenían las manos ocupadas con lo que fuese que había derribado Diente Negro. El corazón le retumbó en los oídos. Tenía la espalda apoyada contra la barandilla de mármol, y había cinco pisos del Tribunal del Pueblo entre ella y el suelo. Después de ver que la aguja de Diente Negro destruía el balcón y casi aplastaba a Taniel, se sintió tan expuesta como si estuviera completamente desnuda.

—¿Qué hacemos? —preguntó—. ¿Seguimos a Taniel a la salida trasera?

—Buena idea. Haz que todos salgan por allí lo más rápido posible, y esperemos que sus soldados no nos hayan cortado el paso. Esta es mi pelea.

—Esta es nuestra pelea —lo corrigió Nila—. —¡Fell! Lleva a todos por la salida trasera. Desaloja la planta superior si puedes, porque no hay forma de salir por aquí.

La secretaria de Ricard asintió enérgicamente con la cabeza y comenzó a instar a la gente a que se fuera por el pasillo.

—¿Estás segura de que quieres quedarte conmigo? —preguntó Bo.

—Claro, tonto. Ahora soy tu responsabilidad. ¿O quién abismos me enseñará a ser la mejor Privilegiada del siglo?

—Estos no son unos pocos miles de soldados de infantería keseña. Estos son Privilegiados de una camarilla.

Nila tragó saliva con fuerza.

—Ya lo sé.

—Muy bien. Allá vamos. —Bo se puso de pie, y su pierna ortopédica

tembló y se tambaleó debajo de él—. ¡Lourie! ¡Oye, Lourie!

—¡Borbador! —respondió una voz desde abajo—. ¿Cómo es que aún no has huido? Ese último disparo podría haber sido para ti, pero supuse que podía darte un poco de ventaja. ¿Ha muerto tu amigo mago de la pólvora?

—La verdad es que fallaste.

Hubo una pausa.

—Qué lástima.

—Lourie, ¿tienes un ojo preferido?

—¿Qué?

—Solo respóndeme la pregunta —gritó Bo.

—¿Por qué?

—Porque voy a guardar ese ojo en una jarra después de que te estrangule con tus propias tripas.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Nila.

—Estoy manteniendo una conversación —dijo Bo—. ¿Qué parece?

—Ay, vamos, Borbador —dijo la voz de Lourie—. Tampoco usabas tanto esa pierna.

—Tú tampoco usarás tanto ese ojo.

—Bo —dijo Nila—. ¿Qué abismos está pasando? ¿Por qué no están intentando matarnos?

—Porque se están posicionando. En el momento en que abramos fuego, habrá muertos. Quieren asegurarse de no ser ellos.

Bo se inclinó hacia atrás, cerró los ojos y, apoyando un codo en la barandilla de mármol para apoyarse, sostuvo las manos delante de él. Los dedos le temblaron, se movieron y trazaron unos diseños diminutos en el aire.

—¿Qué estás haciendo?

—Levanto algunas guardas apresuradas —dijo Bo—. Y averiguo dónde está apostado cada uno.

Nila podía sentirlo hurgando en el Otro Lado. Su propia experiencia con la hechicería había consistido en puros torrentes de poder, mientras que ahora Bo parecía operar con cuidado, usando solo un pequeño hilo de hechicería para sus propósitos. Ella no lograba discernir exactamente qué sucedía con las guardas, o cómo las estaba haciendo, pero se maravilló ante su precisión veloz y casi despreocupada.

—¡Borbador! —gritó Lourie—. ¿Por qué no te unes a la camarilla brudana? Subo hasta allí y podemos matar juntos al maldito ministro. ¿Qué te parece? Estás desperdiciando tu talento, Borbador. No puedes luchar contra un dios. De hecho…

Los dedos de Bo se movieron y abajo se oyó un alarido terrorífico. Hubo un momento de silencio. Luego Bo dijo: —También intentaba averiguar cuál de ellos era Lourie.

—Tomaré eso como un no —les gritó Lourie.

—Maldición —gruñó Bo—. He fallado. Corre.

*

Tamas se puso de pie con dificultad, tosiendo, asfixiándose, retorciéndose a ciegas en el polvo que flotaba en el aire. Por un momento vio su caballo alejándose al galope de las ruinas de Diente Negro, siguiendo a las multitudes de ciudadanos. Se palpó para asegurarse de que no se hubiera roto nada en la caída. Parecía haber salido ileso, pero sentía punzadas en la cabeza y el codo se negaba a doblarse.

¿Cuántos habían sido aplastados en el derrumbe de la torre? ¿Cuántos habían muerto o habían quedado atrapados debajo de los escombros?

La torre se había estado inclinando desde el terremoto de hacía ya varios meses. ¿Acaso se había tratado tan solo de un accidente? Rogó que así fuera. Sin embargo, el instinto le decía que había sido orquestado por Claremonte, y que ahora seguiría algo más. Por el momento, lo único que podía hacer era reagruparse y prepararse para lo peor.

Sacó un pañuelo del bolsillo, se lo colocó sobre la boca y se lo ató en la nuca para protegerse del polvo.

—¡Olem! ¡Olem! Abismos.

—Señor, ¿os encontráis bien? —Era el general Arbor, que emergía de entre los escombros. A su lado cojeaba un soldado muy joven, asistido por el general.

—Bien, bien. ¿Sabemos cuántos quedaron enterrados?

—Creo que la mayoría de los nuestros se movió a tiempo, pero no estoy seguro. ¡He perdido mi maldita dentadura!

—Me alegro de que solo hayas perdido eso. ¿Has visto a Olem?

—No.

De pronto, Tamas voló por los aires. En un momento hablaba con Arbor y al siguiente se encontraba en el suelo. Cuando gritó para que alguien le dijera qué estaba pasando, su propia voz le sonó distante. Los oídos le zumbaban. Sacudió la cabeza y trató de entender lo que había sucedido. Había sonado y se había sentido como si hubiera explotado un depósito de municiones debajo de él.

Se le nubló la vista y sintió punzadas en la cabeza; todo el mundo sonaba como una campana apagada. Se llevó la mano a los oídos y se ocultó el rostro, intentando recuperar los sentidos. Con algo de dificultad, se puso de pie.

El general Arbor ya se había levantado. El cuerpo del soldado al que había estado ayudando estaba aplastado debajo de un trozo de basalto. Arbor tenía el rostro enrojecido. Le volaba saliva de la boca mientras

gritaba órdenes que Tamas no podía oír. Arbor lo tomó del codo. Tamas se señaló los oídos. El general asintió.

—Señor. —La voz se oyó minúscula y distante. Tamas se volvió y vio que Olem estaba junto a él. El guardaespaldas estaba cubierto de polvo y tenía manchas de sangre, pero no parecía ser de él—. ¡Señor, debemos irnos! ¡Estamos bajo ataque!

—¿Quién?

Antes de que Olem pudiera responder, Arbor levantó una mano y señaló hacia las ruinas de Diente Negro. Hubo una luz cegadora. Tamas se encogió y levantó una mano mientras intentaba ver. Lentamente, la luz se apagó y convirtió en una figura brillante que flotaba a unos tres metros sobre los escombros. Unas bandas blancas de hechicería se arremolinaban a su alrededor, y las prendas que llevaba se desintegraron a causa de su poder desatado.

Tamas se quedó boquiabierto. Nunca había visto nada como eso. Ni de Adom ni de Julene; ni siquiera de toda una camarilla real trabajando en conjunto. No reconocía a la mujer, pero de todas maneras podía deducir que se trataba de Cheris, la otra mitad de Claremonte, la segunda cara del dios Brude.

—¡Que la gente se retire! —gritó Tamas—. Arbor, que los hombres formen una línea. Quiero todo lo que puedas brindarme. Rifles, artillería. ¡Todo!

—Señor, deberíamos retirarnos —dijo Olem.

—Al abismo con tu retirada. Lucho aquí y muero aquí. Ve con las brigadas que esperan fuera de la ciudad. Diles que saqueen el cuartel que Claremonte tiene en el palacio. Que maten a todo aquel que lleve uniforme brudano. Pero por el abismo, ¡evitad al propio Claremonte!

—Señor, no podéis…

—Es una orden, soldado. ¡Adelante!

Olem se alejó corriendo. Tamas desenfundó su pistola, la apuntó a la diosa y apretó el gatillo. La bala desapareció dentro de la hechicería en movimiento, pero no tuvo ningún efecto visible. Tamas se echó una carga de pólvora en la boca y la masticó. El poder de la pólvora comenzó a correrle por las venas.

La diosa rotó en dirección a él, con el rostro sereno. Tamas desenfundó la otra pistola, le apuntó al ojo y apretó el gatillo.

Ella desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Tamas se quedó mirando fijamente el lugar donde había estado ella, sosteniendo la pistola delante de él.

—¿Adónde se ha ido?

—Aquí —le susurró una voz al oído.

Él se volvió, pero fue demasiado lento. Una mano como de acero se cerró alrededor de su cuello y lo levantó en el aire. Él se quedó sin aliento. La mano lo giró hasta que quedó mirando a la diosa a los ojos.

—Os di una oportunidad. —Su voz era suave y femenina, pero reverberaba como si hablara dentro de un salón inmenso o de una catedral, y en ella se oía la resonancia de Claremonte—. Yo no quería esto.

Levantó más alto a Tamas. Él aferró los dedos que lo sostenían, pero bien podría haber intentado abrirle la mano a una estatua de mármol. Forcejeó con todo su ser, con la fuerza de diez hombres circulando por sus venas. Para aquella diosa, fue lo mismo que nada. Cheris lo agitó como si fuera un muñeco.

—Yo no quería esto —repitió—. Quería hacer las cosas por las buenas. Yo habría llevado a Adro a la gloria. Habría vuelto a unir a los Nueve, habría derrocado a los demás monarcas y habría dado lugar a una era moderna de unión y prosperidad. Habría borrado todo recuerdo de los viejos dioses. Habría creado una utopía que ni el propio Kresimir podría haber logrado.

”Podría haber hecho todo eso con una revolución pacífica. Me dije a mí misma que el pueblo elegiría con sabiduría. Que se uniría detrás de un hombre como Claremonte. Pero no fue así, y ahora me obligáis a hacerlo. Yo voy a unir a los Nueve. Yo voy a unir al mundo. Incluso si para eso debo matar a la mitad de la población del planeta.

Tamas sintió que se le salían los ojos. Su mente gritaba por la falta de oxígeno. Su propio forcejeo se iba debilitando. Una bala impactó contra la mejilla de Cheris y se hizo pedazos sin dejar marca. Algunos trozos de plomo rebotaron y alcanzaron el hombro de Tamas.

—Pedazo de mierda obstinada —dijo Cheris—. Te habría puesto al mando de mis ejércitos. Qué desperdicio.

Los dedos apretaron y él supo que en cualquier momento la cabeza se le desprendería como la de un diente de león arrancado del tallo. Forcejeó y se retorció, y por el rabillo del ojo vio venir el culatazo.

Cheris, no.

La culata le dio en un lado del rostro con tanta fuerza que el arma completa se hizo pedazos. La cabeza de Cheris se inclinó ligeramente hacia un lado. Miró a Vlora con una expresión de desprecio. Arrojó a Tamas por el aire. Pudo coger aire por un momento, pero impactó contra Vlora. Ambos cayeron rodando sobre los adoquines de la plaza.

Tamas jadeó y sintió el aire como un cuchillo en su tráquea herida. Vlora se puso de pie.

—¿Es que no veis que para mí esto es un juego? —los increpó Cheris —. ¿No veis lo insignificantes que sois?

Andriya, cubierto de sangre y grava y polvo, corrió hacia Cheris blandiendo su rifle con bayoneta y gritando como un demonio engendrado en el abismo. Le dio una estocada que podría haber empalado a un toro. La hoja golpeó contra el abdomen de Cheris y se torció como si hubiera sido de goma. Cheris movió un dedo y la cabeza

de Andriya explotó. Tamas y Vlora quedaron bañados en sangre. El cuerpo se tambaleó y cayó; del cuello comenzó a brotar un torrente escarlata.

—¡Fuego! —rugió la voz de Arbor.

El estruendo de doscientos mosquetes retumbó en el aire. Cheris se volvió hacia la repentina tormenta de balas y se enfrentó a las filas de soldados adranos, imperturbable como quien camina bajo la llovizna. Levantó las manos; Tamas abrió la boca para gritarle una advertencia a Arbor.

*

Taniel corrió hacia la diosa con toda la velocidad que le pudo exigir a su cuerpo. Ella se volvió hacia Arbor y los soldados. Solo necesitaría pestañear para hacerles lo mismo que le había hecho a Andriya.

El puño de Taniel impactó en su barbilla y se oyó un crujido sonoro. La diosa dio un giro completo por golpe y cayó de rodillas. Se recuperó del puñetazo (que podría haber noqueado a un elefante) y volvió a ponerse de pie con una expresión de furia y sorpresa.

Entonces la golpeó de nuevo.

La cabeza de Cheris se inclinó hacia atrás. Ella levantó una mano y él sintió una presión repentina en los oídos, pero se la apartó de un manotazo y le dio un puñetazo en el estómago. Ella se inclinó hacia delante y él la hizo caer de rodillas con un codazo en el hombro. Echó el puño hacia atrás, listo para golpearle la zona lumbar de la columna.

El puñetazo que ella le dio en el estómago se sintió como si se hubiera cruzado con la proa de uno de los navíos de línea brudanos. Él se tambaleó y le cayó sangre por la comisura del labio. Intentó estabilizarse, pero el segundo puñetazo le hizo echar la cabeza hacia atrás y lo levantó por el aire. Con gran sorpresa notó que seguía vivo, a más de diez metros de distancia de la diosa. Volvió a ponerse de pie, listo para cargar de nuevo contra ella, pero vio que ahora tenía toda la atención de la diosa puesta en él.

Ella flexionó una mano y Taniel sintió como si se hubiera cerrado una jaula de acero a su alrededor. Casi no podía mover los brazos. Las piernas no le respondían. La hechicería se cerró sobre él. Sus huesos y sus músculos protestaron contra la presión, y tuvo que usar toda su fuerza para poder dar un paso hacia delante.

Le brotó sudor de la frente y se le metió en los ojos. ¿Cómo era posible? Ni siquiera la magia de Kresimir había sido tan poderosa contra las guardas que Ka-poel le había lanzado en los huesos. ¿Acaso Brude era más fuerte que Kresimir? ¿Y si las guardas de Ka-poel no eran suficientes para rechazar el poder de aquella diosa?

Avanzó otro paso y oyó su propio alarido de dolor escaparse de sus labios. La vista se le nubló. Sentía la hechicería que lo aplastaba con la

fuerza de una montaña, pero sabía que debía darle un fin a todo aquello. Era la única forma de recuperar a Ka-poel.

De pronto, la diosa apareció delante de él. Taniel le lanzó un puñetazo, pero ella lo esquivó. Le tomó el brazo y le golpeó el hombro con la punta de un dedo. Taniel gimió. Ella extendió una mano, le aferró el rostro y lo alejó de ella con un gruñido de ira.

Levantó las manos y saltó. Él pensó que caería sobre él con la fuerza de un proyectil de mortero, pero la diosa se quedó en el aire, flotando sobre su cabeza.

—Vuestras vidas no significan nada para mí. Rendíos ahora, o levantaré la ciudad completa por el aire y la haré caer desde cien kilómetros de altura. Todo lo que conocéis y amáis morirá en un instante, y no habrá nada que podáis hacer para evitarlo. ¡Rendíos!

Taniel le mostró los dientes y miró a su padre, que ahora estaba de pie, apoyado en Vlora.

—¿Por qué no lo haces, entonces? —la increpó Tamas—. Si somos tan insignificantes, ¿por qué vacilas? Vete al abismo.

La diosa se rio. Extendió los brazos y el aire comenzó a brillar. Taniel sintió que el cuerpo perdía su peso, y se le revolvió el estómago. Escombros y adoquines se elevaron en el aire. El corazón se le subió a la garganta. Sonó un gran crujido y la tierra comenzó a temblar. Los soldados se elevaron por el aire. Los caballos fueron presa del pánico cuando sus cascos se despegaron del suelo. Un cañón inmenso se elevó dos metros.

De pronto, la diosa cayó al suelo. Aterrizó en cuclillas y miró sorprendida el mundo que la rodeaba, mientras los escombros y el polvo caían al suelo. Los hombres cayeron también, y se oyeron gritos de alivio y algunos de dolor.

—¿Qué es esto? —gritó Cheris.

Una figura apareció en la bruma, y la diosa se volvió para enfrentarla. Taniel entrecerró los ojos, intentando ver quién era.

—Tú estás muerto —dijo la diosa.

El sujeto era alto y gordo, y tenía cabello negro. En un momento tuvo la apariencia de Charlemund, y al siguiente, la de Mihali. Sus facciones se transformaron y finalmente quedaron fijas en una especie de mezcla entre ambos. Llevaba delantal blanco y gorro alto. Se llevó las manos a las caderas.

—Estás equivocada— le respondió.

Tamas fue dando tumbos hacia Adom, con los sentidos aún desorientados por el ataque de Cheris.

—Me alegro de que hayas venido —le dijo con voz ronca.

Adom no respondió. Miró a Cheris levantando la barbilla. Ella le devolvió la mirada.

—Vete de aquí mientras aún te lo permita —susurró ella—. Nunca me gustaste tanto como a mi otra mitad.

—Los has matado a todos —dijo Adom con tristeza—. Fui a buscarlos. Todos nuestros hermanos y hermanas. Novi, Ishtari, Deliv y todos los demás. Los fuiste atrayendo a todos hacia aquí y los asesinaste. Bajo mis propias narices. Solo quedamos Kresimir y yo. Y tú.

La diosa resopló.

—Kresimir no llegará vivo a mañana. Te evitaré su destino si te rindes ahora.

Adom pareció considerar su amenaza. Se volvió hacia Tamas.

—Deberíais iros.

—¿A qué te refieres?

—Al palacio. Claremonte, Brude, va a matar a Kresimir. No podéis permitir que eso suceda.

—Pero esto…

—No podréis ayudar aquí. Taniel es el único que puede hacerle daño, y Ka-poel necesitará su ayuda en el palacio. Si Brude mata a Kresimir, hará lo mismo que hizo con todos mis otros hermanos y hermanas: absorberá una porción de su poder. No permitáis que eso suceda.

Tamas se alejó de él y comenzó a correr. Se encogió cuando una pared del Tribunal del Pueblo explotó en una lluvia de yeso y de piedras, y del agujero brotó un fuego de hechicería.

—Vlora, vete adentro. Pon a salvo al nuevo ministro. Taniel, ven conmigo. General Arbor, ¡evacúa el centro de la ciudad! ¡Quedas al mando aquí!

Cuando llegó al límite de la plaza de las Elecciones, Tamas se volvió y miró hacia el lugar donde ambos dioses ahora se enfrentaban entre sí.

Adom sacó un cucharón de la cinta de atar de su delantal y apuntó a la diosa con él.

—¡Vete de mi ciudad!

Capítulo 50



Nila avanzó por el pasillo en dirección a la oficina del ministro, pero se detuvo y regresó sobre sus pasos para ayudar a Bo. Una hechicería los envolvió a ambos y una explosión que casi la hizo caer retumbó en sus oídos.

—La pillé a tiempo —dijo Bo con la frente empapada en sudor—. Sigue corriendo.

Las explosiones continuaron. Cada vez que la magia amenazaba con incinerarlos, ella sentía que Bo se extendía hacia el Otro Lado y usaba sus propios poderes para contrarrestarla. El suelo de mármol estalló detrás de ellos. El aire se llenó de polvo y de fragmentos que dejaron agujeros en las paredes y en el techo. Llamas y viento golpeaban todo a su alrededor, pero rebotaban inofensivamente contra los escudos de aire de Bo.

—¡Espera, espera! —dijo Nila—. Si vamos por aquí, los llevaremos directo hacia el ministro.

—No podemos evitarlo.

Bo continuó cojeando hacia la parte trasera de la oficina. Salió a la escalera de servicio. Nila miró por el hueco de la escalera y divisó al personal del ministro, que aún no había logrado salir del edificio. En el pasillo, los soldados brudanos habían llegado hasta el descansillo y tomaban posiciones en las puertas y detrás de las columnas.

Nila se separó de Bo y se inclinó hacia el pasillo. Extendió una mano y tocó el aire con la otra. Unas llamas brotaron de sus dedos y avanzaron por la puerta. Una bala impactó en el marco de la puerta, cerca de la cabeza de Nila, pero ella no permitió que eso la distrajera. Se concentró en el calor del fuego y trajo hechicería del Otro Lado hacia este mundo.

De pronto, una sensación gélida le trepó por la columna, como si

comenzara a caminar por las sombras durante un día soleado. Se quedó rígida.

—Bo, ¿qué es lo que me ha pasado? —Su fuego se extinguió a causa de su vacilación. Ella no se atrevió a moverse.

Bo fue hasta su lado, con la prótesis repiqueteando en el suelo.

—Bien hecho —le dijo—. Acabas de incendiar el edificio, pero te daré puntos por el esfuerzo. Y eso que has sentido era yo, por cierto. Vamos. —La tomó del brazo y se dirigieron a la escalera trasera.

—¿Qué has hecho? —preguntó ella mientras lo ayudaba a descender.

—Silencio —susurró él—. Un truco que me enseñó una antigua amante. Tomé una pequeña porción de tu aura y la dejé en el lugar donde justo acababas de estar. Eso deja una mancha de color en el Otro Lado que brilla como una persona y cubre nuestros rastros. Se darán cuenta enseguida, pero tal vez nos dé el tiempo suficiente para colocarnos detrás de ellos.

Pasaron el cuarto piso. Nila se precipitó por la puerta hacia la oficina que había al otro lado y se acercó a la puerta que salía al pasillo principal. Había soldados apostados por el pasillo, reunidos alrededor de la escalera principal, apuntando los mosquetes con cautela hacia arriba. Entre ellos había una Privilegiada. Lourie, sin duda.

—¿Ahora? —preguntó.

—No, bajemos un piso más.

—Perderemos la ventaja de la altura.

—Prefiero perderla si eso significa que no nos quedaremos atrapados. Además, has incendiado el piso superior.

Regresaron a la escalera y bajaron al segundo piso. Bo se acercó a la puerta de servicio, con el rostro cubierto de sudor y haciendo una mueca a cada paso que daba con la prótesis. En medio del caos, había perdido el bastón. Nila corrió delante de él y le abrió la puerta, pero una explosión de hechicería la arrojó hacia atrás. Se estampó contra la pared y se quedó sin aliento; el yeso le caía sobre los hombros.

Un hombre cruzó lo que quedaba de la puerta. Llevaba guantes de Privilegiado y era enorme. Tan corpulento como el coronel Etan. Bo hizo un gesto protector, que el hombre pareció hacer a un lado. Tomó a Bo por las muñecas y lo golpeó contra la barandilla. Esta se rompió bajo el peso de Bo. Ambos hombres se precipitaron hacia atrás y desaparecieron de la vista.

Nila se puso de pie y bajó corriendo los escalones detrás de ellos. Habían caído en el descansillo siguiente. Bo estaba debajo del mastodonte, con las muñecas sujetas a los lados. El Privilegiado se rio y le golpeó la nariz con la frente. Bo gritó de dolor.

Nila aferró al sujeto por la nuca. Él se volvió y le voló saliva de la boca mientras se la quitaba de encima. Posó la mirada en las manos de ella (en busca de guantes, sin duda) y volvió a dirigir su atención hacia

Bo.

—No deberías mirarme a mí —dijo Bo, con la sangre brotándole de la nariz.

Los dedos ardientes de Nila atravesaron la columna del sujeto tan fácilmente como una pala enterrándose en la nieve. Él lanzó un alarido entrecortado. Ella llegó a los pulmones, y él murió con las manos de Nila alrededor de su corazón. Le quitó el cadáver de encima a Bo.

—¿Estás bien?

—He estado mejor. —Bo se pasó la mano por la sangre que le brotaba de la nariz—. Arriba, rápido.

Ella lo ayudó a ponerse de pie. Entonces se oyó una especie de gemido muy fuerte. El edificio tembló y, por sobre sus cabezas, comenzaron a brotar hojas de hierro candente de las paredes, en una lluvia de madera y yeso.

—¡Corre! ¡Corre!

*

Tamas no se molestó en buscar a su caballo. En cambio, se echó otra carga de pólvora en la boca y corrió todo el trayecto hasta el Palacio del Horizonte.

Taniel corrió junto a él aferrando el rifle. Tenía sangre en la nariz y en la comisura de los labios. Alcanzaron el camino serpenteante que subía por la colina hasta el palacio. Tamas ordenó que se detuvieran para recuperar el aliento. El trance de pólvora le daba un pico de adrenalina que le otorgaba fuerza y energía, pero era demasiado viejo para mantenerlo por mucho tiempo. Se oían cañones y mosquetes, y había humo elevándose de la colina.

Olem debía de haber comenzado el ataque.

—Busca a la muchacha —dijo Tamas—. Yo buscaré el cuerpo de Kresimir.

—¿Tenemos un plan?

—Si podemos rescatar a Ka-poel y, tal vez, al propio Kresimir, puede que consigamos algo de ventaja sobre Claremonte —dijo Tamas—. Lo distraeré.

—Eso es un suicidio.

—Por eso lo haré yo.

Taniel aferró la chaqueta de Tamas.

—Yo puedo sobrevivir a su hechicería.

Tamas podía oír la sinceridad en la voz de su hijo, el tono insistente y casi de súplica. Él quería ser quien fuera tras Claremonte. Tamas no lo permitiría.

—Cheris casi te aplastó como a un insecto. No te irá mucho mejor contra la otra mitad. Busca a Ka-poel. Sácala del edificio. Si la tenemos a ella, tenemos ventaja. Esas son tus órdenes.

Taniel soltó la manga de Tamas. Por unos momentos, pensó que su hijo le discutiría la orden. Taniel apretó los dientes y su ira se fue transformando en resolución. Finalmente, asintió con la cabeza.

Continuaron por el camino hasta que llegaron a los vastos jardines que había delante del Palacio del Horizonte. Parecía una zona de guerra. Los cañones habían dejado de disparar, pero aún se oían rifles y alaridos. Tamas oyó una detonación que nada tenía que ver con la pólvora. Pudo percibir la hechicería que emanaba del edificio.

—Es demasiado pequeño para ser de un dios —dijo—. Claremonte debe de tener algunos de sus Privilegiados aquí. Estate atento.

—La veo —dijo Taniel con la vista clavada en algo lejano, atisbando el Otro Lado con los ojos entrecerrados—. Está en la sala del trono.

—Si Claremonte sigue ocultando su verdadero poder, puede resultar imposible de hallar. Yo… —Tamas abrió el tercer ojo y paseó la mirada de un extremo al otro del palacio. Opuesto a la sala del trono, en el otro extremo del palacio, el ala de los Privilegiados donde Tamas había masacrado a la camarilla real brillaba como un sol en el Otro Lado. El poder era tal que Tamas temió que le fuera a quemar el rostro. Solo podía tratarse de Brude—. Ah, no. No se está ocultando.

Y eso no podía significar nada bueno.

Tamas paseó la mirada por el lugar hasta que divisó algunos de sus soldados agachados detrás de una de las enormes fuentes de mármol del jardín.

—Taniel, ¿recuerdas la trampilla que hay en los jardines detrás de la sala del trono? Te la enseñé cuando eras un niño.

—Vagamente.

—Se encuentra detrás de Manhouch I; un anciano de orejas grandes. Ve por ahí. Llegarás a un pasadizo que sale detrás del trono real.

—Bien.

—Adelante, soldado.

Taniel asintió con la cabeza y se alejó. Pero se detuvo y miró hacia atrás. Tamas lo miró a los ojos.

—¿Papá? —dijo Taniel.

—¿Sí, hijo?

—Ten cuidado.

—Tú también.

Taniel corrió agazapado, pasando de arbusto en arbusto para ocultarse. Tamas partió en la dirección contraria, hacia el grupo de soldados que había visto antes. Se acercó por detrás de ellos y se arrojó detrás de la fuente donde se ocultaban.

—¡Informad de la situación!

Uno de los soldados, una mujer de unos cuarenta años con galones de mayor, se puso en posición de firmes.

—¡Señor! Nos topamos con una fuerte resistencia. Tienen

francotiradores en todas las ventanas y al menos tres Privilegiados dentro. Tenían unos mil hombres en los jardines, pero hemos podido abatirlos por la superioridad numérica.

Tamas se había esperado que Claremonte tuviera alguna medida por si perdía las elecciones. Tras recibir la información de Adamat de que los barcos no iban totalmente llenos, había ordenado a sus hombres que los siguieran río arriba, hasta el lugar donde desembarcaba al resto de las tropas. Esas mismas tropas luego regresaron al Palacio del Horizonte.

Pero Tamas no cometió el mismo error que había cometido al atacar la mansión de Charlemund. Ahora contaba con más de veinte mil hombres acercándose al palacio.

Aunque no sabía cuánto afectaría eso a un dios…

—¿Bajas? —preguntó.

—Sin cuantificar, señor, pero debe de haber al menos mil quinientas. Esos Privilegiados desataron sus fuerzas en cuanto tomamos el jardín.

—¿Dónde están?

—En el lado norte de los terrenos del palacio. Allí la lucha es más intensa.

Tamas asomó la cabeza de detrás de la fuente y miró hacia el norte. En esa ala del palacio se encontraba la sala del trono. Taniel se dirigía a una batalla en pleno desarrollo.

—¿Dónde está el coronel Olem?

—Destrozamos las puertas del palacio con dos descargas de nuestro cañón. Hace cinco minutos entró al palacio a la cabeza de dos compañías con la intención de despejarlo. No sabemos nada de él desde entonces, pero el fuego de francotiradores ha cesado en ese lado del edificio.

—Ordena a tus hombres que cierren el perímetro. Iré tras el coronel.

—Enviaremos una compañía con vos.

—Excelente.

Unos minutos después, Tamas se acercaba a las puertas del Palacio del Horizonte con doscientos soldados a sus espaldas. Las imponentes puertas plateadas habían sido arrancadas por la artillería ligera. La entrada estaba cubierta de muertos y moribundos, tanto adranos como brudanos. Tamas dejó a diez de sus hombres para que llevaran a los heridos a la relativa seguridad de los jardines reales.

Se detuvo en el desmesurado vestíbulo. Por el modo en que estaban dispersos los muertos y heridos, logró deducir que la batalla se había ido desplazando hacia la izquierda, y subiendo las escaleras. Olem había llevado a sus hombres hacia la sala del trono para intentar caerles por detrás a los soldados brudanos que controlaban las puertas del norte. La exagerada inmensidad del palacio podría tragarse a Olem

y a sus dos compañías con facilidad. Pensar en eso le hizo desear haber llevado a toda una brigada con él.

Estaba cansado, su fuerza iba disminuyendo. Le dolía hasta la última vieja herida curada por hechicería. En su mente fluyeron los recuerdos de cómo obtuvo cada una. Recordó las campañas de Gurla y los incontables ataques y combates. Rememoró su huida de Kez tras su intento fallido de asesinar a Ipille y los años de planificar la caída de su propio monarca, que terminaron con la cabeza de Manhouch en una cesta. La batalla contra los realistas y su huida por el norte de Kez en dirección a Alvación parecían fundirse en un solo evento.

Estaba demasiado cansado; aquello necesitaba llegar a su fin.

—Capitán —dijo Tamas dividiendo su fuerza en dos—, trae a tu pelotón y ven conmigo. Mayor, llévate al resto de los hombres al segundo piso y comienza a avanzar hacia el norte. Hay varias galerías desde aquí a la sala del trono que te servirán como posición elevada. Dale al coronel Olem todo el refuerzo que puedas brindarle desde arriba.

—¿Señor? —preguntó la mayor— ¿Adónde iréis vos?

—Tengo una cuenta que saldar.

Taniel fue avanzando entre los jardines y los setos, pasó por delante de las fuentes y estatuas y por las murallas decorativas del Palacio del Horizonte. Luego rodeó el frente norte del imponente edificio.

La batalla se intensificó. Le pasaban balas por encima de la cabeza y el humo de pólvora negra flotaba como una niebla sobre los jardines destrozados. El humo le daba fuerza y claridad mental mientras esquivaba los grupos de soldados brudanos y corría detrás de las líneas de soldados adranos que avanzaban lentamente hacia el palacio.

Se movía como un loco; dio la vuelta a la esquina noroeste del palacio corriendo con todas sus fuerzas. Atravesó un campo de polo. Oyó disparos de mosquetes y los zumbidos de balas atravesando el aire detrás de él. Por el rabillo del ojo vio un pelotón de soldados brudanos abandonar su escondite para perseguirlo, pero los dejó atrás cortando camino por un laberinto de setos, atravesando las paredes espinosas con un brazo delante del rostro.

Salió por el otro lado del laberinto y descendió una colina en dirección a una arboleda de abedules que había detrás del palacio. El sonido de la batalla sonaba acallado y distante. Aquella parte del jardín estaba descuidada, pero el conflicto no había llegado hasta allí. Entre la arboleda corría el cauce seco de un arroyo, que en algún momento había sido alimentado por las mismas bombas que hacían funcionar a las fuentes.

Taniel se acercó a la pared trasera del palacio y pasó junto a la estatua del viejo rey Manhouch I. Pasó las manos por los gruesos

bloques de piedra de la base, devanándose los sesos en busca de una imagen de la entrada que su padre le había mostrado hacía dieciséis años.

Siguió unos quince metros más por la pared, tanteando en vano cada grieta y recoveco. El corazón le latía con más fuerza a cada segundo que pasaba sin encontrar la entrada. Regresó a la estatua. Se quedó mirando la pared, todo lo que había entre él y Ka-poel. Retrocedió un paso.

La caída le podría haber roto el cuello si no hubiera soltado el rifle para agarrarse. La pierna se le metió en un agujero que había entre la hierba. Movió el pie en el espacio vacío, sin estar del todo seguro si eran sus ojos que le estaban jugando una mala pasada. Se inclinó y apartó las hierbas. Debajo había un hueco hecho de tal manera que fuera imposible apreciarlo a simple vista. Tenía el tamaño suficiente para que pasara un hombre.

Taniel comenzó a avanzar por allí a cuatro patas, deslizando el rifle delante de él. A los siete u ocho metros, el pasadizo hizo una curva y se abrió a un pasillo estrecho. Taniel pudo ponerse de pie. Siguió avanzando. El suelo estaba húmedo, y las telarañas se le pegaban en el rostro y en los brazos.

El pasillo terminó repentinamente. Era un callejón sin salida. Los únicos sonidos que se oían eran su propia respiración nerviosa y los mosquetes y rifles distantes, casi inaudibles.

Pegó una oreja a la pared. Esperó algunos momentos en silencio y empujó con ambas manos. Se oyó un chasquido. La pared se movió y dejó a la vista otro pasillo oscuro. Había una luz hacia el final, que resultó ser una grieta estrecha. Taniel supuso que se trataba de otro pasadizo oculto.

Esa puerta se deslizó hacia un lado sin hacer el menor sonido. Desde donde estaba, Taniel pudo ver el rincón de un salón tapado con cortinas y muy luminoso. Reconoció ese rincón. Las ventanas altas, el ribete azul y escarlata, los tapices dorados con los leones enfrentados del escudo familiar de los Manhouch.

Se encontraba en la sala del trono, detrás del propio trono.

Avanzó en silencio hasta que llegó a la cortina. Cuidadosamente, la apartó con un dedo. Una explosión lo hizo sobresaltarse. Se apartó de la cortina y apuntó con el rifle. Unos gritos siguieron a la explosión, y unos disparos de mosquete resonaron por allí cerca. Cuando Taniel estuvo seguro de que los disparos no eran para él, se inclinó hacia delante para mirar por la cortina.

En la sala del trono parecía no haber nadie. El suelo estaba cubierto de polvo, aunque había huellas de idas y venidas por todos lados, y algunas de las antorchas estaban encendidas. Las enormes puertas dobles en el extremo opuesto del salón estaban abiertas algunos

centímetros. Mientras Taniel observaba, dos soldados brudanos entraron al salón a toda prisa y se pusieron de espaldas a una de las puertas. Llevaban uniforme, pero ninguno de los dos tenía armas. Taniel percibió hechicería. Su sospecha de que se trataba de Privilegiados quedó confirmada cuando uno levantó una mano enguantada.

El Privilegiado le dijo algo a su compañero y se inclinó hacia la rendija de la puerta. De sus dedos brotó una ráfaga de hielo y desapareció. El otro movió los dedos en el aire y Taniel oyó otra estampida más allá de las puertas.

Taniel no perdió el tiempo. Envolvió una bala en algodón y la metió por el cañón del rifle, donde ya había una cargada. Se llevó un cartucho de pólvora a los dientes. Bajó una rodilla al suelo y, con el codo apoyado en la otra, asomó el cañón entre las cortinas. Abrió el tercer ojo para ver con claridad a los Privilegiados. Apretó el gatillo.

En un instante, quemó la carga de pólvora que tenía entre los dientes y envió la energía detrás de la primera bala. Las bolas de plomo volaron de la recámara, una después de la otra. Dejó que la primera bala siguiera su trayectoria y se enfocó en la segunda. La empujó con su hechicería y ajustó su dirección hacia un lado.

Los dos Privilegiados cayeron al mismo tiempo, con los sesos desparramados contra la puerta. Taniel apartó la cortina a un lado y salió corriendo. Necesitaba encontrar a Ka-poel y sacarla de allí. La percibía cerca, debía…

—Ejem.

Taniel se volvió.

Ka-poel estaba sentada en el trono. Estaba inclinada hacia atrás, con las piernas colgando y las manos sobre los apoyabrazos, como si la silla le perteneciera. Llevaba pantalones nuevos y camisa debajo de un abrigo completamente nuevo. Parecía ilesa, aunque la flanqueaban dos soldados brudanos. Uno de ellos tenía un rifle de aire apuntando a Taniel, mientras que el otro apuntaba con una pistola a Ka-poel.

—Baja el rifle, mago de la pólvora —dijo el soldado de la pistola.

—Ka-poel, ¿estás bien?

—¡Baja el rifle!

A Ka-poel no parecía molestarle el cañón de pistola que tenía apoyado contra el cuello. Levantó los pulgares.

Lentamente, con la mirada clavada en ambos soldados, Taniel dejó el rifle en el suelo. Extendió los sentidos, pero no encontró ni una pizca de pólvora en los sujetos. La pistola tenía un aspecto extraño. A pesar de que Taniel nunca había visto un modelo como ese, supuso que también operaba con cartuchos de aire comprimido.

—Las pistolas —dijo el soldado, mientras su compañero daba dos pasos hacia él sin dejar de apuntarle—. Quítatelas del cinturón y tíralas

hacia aquí.

—Un momento —dijo Taniel.

Ambos soldados eran corpulentos, tan grandes que podían ser granaderos. Tenían el rostro curtido y la contextura física fibrosa y musculosa de los asesinos profesionales.

—¡Hazlo ya! —gritó el soldado. Tomó a Ka-poel del brazo con fuerza y la levantó del trono—. Si mueves un dedo, le… —Su frase quedó interrumpida por un grito de dolor.

Todo sucedió al mismo tiempo. Mientras el soldado hablaba, Ka-poel le quitó el cuchillo del cinturón y se lo clavó en la ingle. Taniel desenfundó la pistola mientras el soldado del rifle de aire se volvía hacia su compañero.

Su disparo fue apresurado; erró y terminó arrancando un trozo de madera del trono. Tiró la pistola al suelo y desenfundó la otra. En el tiempo que tardó en hacerlo, Ka-poel avanzó hacia el otro soldado, apartó a un lado el cañón del rifle de aire y le abrió la garganta con el cuchillo.

Taniel saltó a la tarima y le dio una patada a la pistola de aire del brudano herido. Levantó en sus brazos a Ka-poel y la besó jadeando.

—No estás herida, ¿verdad?

Ella puso los ojos en blanco y se apartó de él.

—Pole, tenemos que irnos. Tamas quiere que salgas de aquí. Trataremos de negociar con Claremonte.

Ella meneó la cabeza con vehemencia.

—¿A qué te refieres?

Ella se pasó un dedo por la garganta.

—¿Quieres matarlo?

Ella asintió con la cabeza.

—No podemos, Pole. Es un dios. Es Brude.

Ella volvió a asentir.

—¿Ya lo sabías?

Ella volvió a poner los ojos en blanco.

—Mira, Pole, tengo que sacarte de aquí para ir a ayudar a Tamas. Lo va a matar él mismo.

Ka-poel rodeó el trono y buscó algo debajo. Sacó a rastras una caja de seguridad de hierro y la apoyó con fuerza sobre la tarima. Taniel la ayudó a llevarla hasta delante del trono.

—¿Qué es esto?

A modo de respuesta, ella fue hasta el soldado que se sostenía la ingle ensangrentada y buscó en su chaqueta apartándole las manos en sus débiles intentos por detenerla. Sacó una gran llave de hierro y la usó para abrir la cerradura de la caja. Dentro, Taniel reconoció el contenedor que ella había elaborado con ramas para sostener el muñeco de Kresimir. Ka-poel sacó el ataúd con cautela y lo dejó a un

lado.

—Bien —dijo Taniel—. Trae eso también y salgamos de aquí. —A su alrededor brilló una hechicería que sacudió todo el edificio y lo hizo tambalearse hacia un lado—. ¿Has sido tú?

"No", gesticuló ella con la boca. Señaló el rifle de Taniel, que seguía en el suelo, en medio de la sala.

Taniel se lo alcanzó.

—Tenemos que darnos prisa —le dijo—. Algo está pasando. Esa hechicería parece que está... —Intentó humedecerse la garganta reseca —. Nunca había sentido algo así. Emana del otro extremo del palacio. Justo donde está Tamas.

Ka-poel tiró del anillo de la bayoneta del extremo del rifle. Luego usó el cuchillo del brudano para hacerse un corte en la punta del dedo. Dejó que su sangre corriera por toda la hoja. Su rostro palideció, y Taniel tuvo que saltar hacia ella para evitar que se derrumbara.

—¿Qué estás haciendo?

Ella lo apartó e inspiró profundamente para recomponerse. Se acercó al soldado brudano y lo miró como un sacerdote miraría a una víctima de sacrificio. Luego, le clavó la bayoneta en el corazón. El sujeto se estremeció una vez y se quedó quieto. Ante la mirada de Taniel, su piel comenzó a arrugarse y a aflojarse. El soldado pareció envejecer cincuenta años en un abrir y cerrar de ojos.

Taniel no pudo evitar descomponerse. Una parte de él sabía que acababa de presenciar una hechicería tan oscura como la que hacían las camarillas en secreto.

—¿Pole? —le dijo llegando hasta ella.

Sacó la bayoneta del pecho del soldado y se la entregó a Taniel. No quedaba una gota de sangre en la hoja, pero tenía una línea roja muy fina que iba desde la punta al anillo. Él reconoció esa línea roja.

—Esto es lo que hiciste para obtener las bandas-rojas, ¿verdad? Y para contener a Kresimir.

Ella asintió con la cabeza.

—¿También mataste gente para hacerlas?

Ka-poel meneó la cabeza e imitó dos orejas largas con las manos.

—¿Conejos?

Ella se encogió de hombros e hizo un gesto circular con una mano. Taniel captó el mensaje: "y otros animales pequeños".

—¿Esto matará a un dios? —preguntó.

Ella arqueó las cejas, como diciendo "eso espero".

—Me dejas más tranquilo, Pole. Supongo que no saldrás de aquí por tu cuenta, así yo puedo ir a ayudar a Tamas, ¿verdad?

Ella meneó la cabeza.

—Muy bien. Quédate cerca.

Nila puso el brazo de Bo sobre su hombro y ambos bajaron corriendo por las escaleras los siguientes dos pisos. A su alrededor iban cayendo pinchos de hierro candente tan gruesos como la muñeca de Nila.

—¿Cómo abismos hace eso? —preguntó ella molesta.

—Su elemento primario es la tierra. Todos los Privilegiados optan por volverse buenos en algo que sea efectivo y físicamente terrorífico. Lo mío es el hielo. Esas malditas lanzas son lo suyo.

Llegaron al final de las escaleras. Se dirigió a la puerta que daba al exterior, pero Bo la detuvo con una mano.

—Allí fuera están pasando cosas peores.

—¿Qué podría ser peor que una lluvia de hierro?

—En teoría, no es hierro. Es materia comprimida. Pero es más fácil decir “hierro”. Y fuera te vas a encontrar con dos dioses en plena lucha.

—Estás de broma.

De pronto algo hizo temblar el edificio. Lo siguió un crujido profundo.

—Eso son ellos —dijo Bo haciendo una mueca—. Por el abismo, alégrate de no estar tan en armonía con el Otro Lado como yo. Siento como si estuviera caminando desnudo por un campo de batalla. Ojalá Adom la matara de una vez.

—Bueno, creo que preferiría no haberme enterado de lo que está pasando.

Bo continuó avanzando. La llevó por una serie de salas de servicio y salieron al vestíbulo principal de la planta baja.

—Mantente cerca —le dijo—. Estoy perdiendo fuerzas. No puedo hacer gran cosa.

Los dedos de él se estremecieron. Nila se encogió involuntariamente cuando el techo explotó encima de ella. El pincho de hierro que atravesó el techo la habría empalado de la cabeza a los pies si la hechicería de Bo no lo hubiera desviado y lanzado estrepitosamente por el vestíbulo.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó nerviosa—. ¡No puedo formar escudos! ¡No soy tan rápida!

—Ya aprenderás.

—¡Si sobrevivo!

—Bien visto. Aire. ¿Puedes conjurar aire?

—Solo un poco.

—Aire detrás de las llamas. El fuego más caliente que puedas generar. Las llamas derretirán el hierro y el aire dispersará el metal derretido a tu alrededor.

—¿Y salpicar a quienes me rodeen? ¡Es una locura!

—¡Es hechicería! —La detuvo cruzándole un brazo frente al pecho—. Mierda. —El edificio se estremeció y ambos estuvieron a punto de caer —. Uno de esos malditos Privilegiados está intentando ayudar a Brude.

No sé si le servirá para algo, pero que me cuelguen si se lo permito. —Extendió una mano. Nila notó que los dedos se le movían más lentos y que los párpados se le cerraban—. Maldición, estoy cansado. ¡Esta maldita pierna!

—Dime qué hacer.

—Privilegiado. Allí. —Señaló hacia arriba y hacia su derecha—. Dos pisos más arriba. ¿Lo percibes?

Nila extendió los sentidos. Sentía a aquel Privilegiado y sentía algo mucho más poderoso fuera del edificio. Era denso y ominoso, mucho más fuerte que la anulación de hechicería del quiebramagos gurlo. Sus entrañas parecieron volverse gelatina.

—Sí —dijo ella con la voz temblorosa.

—Mátalo.

—¿Cómo?

—Sé creativa.

Nila puso un gesto ceñudo. Levantó las manos y arrojó su hechicería hacia el techo. Su propio fuego la salpicó y le quemó las ropas, derritió mármol, madera y yeso, y perforó un agujero negro hacia las entrañas mismas del edificio.

Sintió que el Privilegiado desaparecía de la existencia; su luz en el Otro Lado se apagó.

—Lo he hecho. ¡Lo he hecho!

—Estoy muy orgulloso de ti. Pero que no se te suba a la cabeza. Él lo habría contrarrestado si hubiera estado prestando atención. Continúa, quedan dos más. Lourie sigue en el cuarto piso, pero no se quedará allí durante mucho tiempo.

El pincho de hierro surgió de la nada. Le atravesó el hombro a Bo y lo arrojó por el pasillo. Su respuesta fue casi inmediata; sus dedos se movieron incluso mientras volaba por el aire. Unas lanzas de hielo atravesaron el aire y empalaron al Privilegiado que había aparecido en la escalera, delante de ellos.

Bo intentó quitarse el metal del hombro, gritando por las quemaduras que le ocasionaba en la piel. Una fuerza invisible le sujetó las muñecas contra la pared. Un pincho más pequeño le atravesó la palma de la mano derecha.

Nila observó horrorizada a Lourie, que entró en el vestíbulo e ignoró a su camarada inmovilizado por el hielo como si fuera un insecto. Nila levantó las manos con una expresión de desprecio, pero un puño invisible la derribó.

Intentó ponerse de pie, pero sentía punzadas en la cabeza. Vio con impotencia que Lourie se acercaba a Bo. La Privilegiada brudana se detuvo delante de él y se volvió para mirar a Nila un momento.

—¿Qué eres, su aprendiz? Deberías haber traído guantes de más, niñita. Una lucha así te los puede desintegrar. —Se volvió hacia Bo y le

colocó un dedo debajo de la barbilla—. Te lo ofreceré una última vez. Pero si quieres sobrevivir a este momento, me rogarás que mate a esta diablilla que llamas aprendiz y te reirás mientras ella grita.

Bo comenzaba a asfixiarse.

—¿Y bien? —gritó Lourie.

—Nila —dijo Bo gruñendo—. ¿Recuerdas al quiebramagos?

—No me estás respondiendo —dijo Lourie—. Tienes cinco segundos.

—Aquí tienes mi respuesta, perra.

Nila se puso de pie con dificultad y se extendió hacia el Otro Lado.

—¿Y cuál es tu respuesta? —preguntó Lourie inclinando la cabeza hacia delante en un gesto burlón.

—Arde —respondió Bo.

Nila utilizó toda su furia, impulsada por los recuerdos de su miedo, de su impotencia en manos de todos aquellos que la habían maltratado. Usó esa fuerza para arrancar la hechicería del Otro Lado. Fluyó a través de ella; mucho más poder del que podría contener. Lourie se volvió hacia el peligro. Por encima de su hombro se formó un pincho de material comprimido incandescente que salió volando hacia Nila. Pero Nila arrojó aire detrás del fuego como Bo le había indicado, y el pincho se derritió ante sus llamas y quedó dispersado por el aire. Se oyó gritar desaforada mientras las llamas rodeaban a Lourie y continuaban su marcha atravesando columnas y muros.

El fuego siguió durante varios segundos hasta que, con un pensamiento, Nila lo extinguió. De la Privilegiada brudana solo quedaban cenizas.

Bo colgaba de la pared, boquiabierto.

—Aire, ¿eh? —dijo—. Me alegro mucho de que hayas podido hacerlo. Ahora, ¿podrías ayudarme a quitarme esto del hombro?

Capítulo 51



Tamas y su pelotón de soldados atravesaron la Sala de Diamantes, pasando por delante de las ventanas rotas que seguían sin reparar desde la noche del golpe de Estado.

Pasaron por varias galerías enormes, escaleras e incontables salas laterales, pero no tuvieron oposición alguna en todo el trayecto. Había señales de que había animales viviendo en aquella ala del palacio: cortinas mordidas, nidos de aves y arañazos en las paredes. Tamas había oído que la base de operaciones de Claremonte había estado en las habitaciones reales, en el lado norte del palacio, cerca de la sala del trono. Al parecer, la zona donde se encontraban ahora no había sido tocada por su personal.

Ahora la batalla parecía algo muy lejano, como si en el palacio reinara la paz. Tamas pensó que tal vez había cometido un error.

Abrió el tercer ojo y confirmó que no era así. Claremonte seguía delante de él, más allá de las dos estatuas con cetros que flanqueaban la entrada al Salón de las Respuestas.

Con un gesto, les indicó a sus soldados que se dividieran en dos grupos y flanquearan la entrada. Se colocaron a toda prisa, con los rifles listos. Tamas avanzó para abrir las puertas.

Sintió un destello de hechicería detrás de él y solo su velocidad sobrenatural le permitió esquivar el pincho de hielo que voló desde el pasillo y se clavó en la puerta, en el lugar donde había estado tan solo un momento antes. Tamas se volvió, pistola en mano, y gruñó cuando un segundo pincho se le clavó en el hombro y lo arrojó contra la pared con tanta fuerza que le hizo ver las estrellas.

Se oyeron algunos gemidos y algún grito entrecortado mientras sus hombres morían clavados a la pared, con los pinchos de hechicería sobresaliéndoles de la cabeza y del corazón.

Tamas luchó contra el dolor. El frío se le coló en los músculos mientras partía el pincho de la pared y se extraía lentamente el fragmento roto del hombro. Presionó el puño contra la herida y buscó el origen de la hechicería, a la espera de un segundo ataque. Allí, bajando por una de las escaleras que habían pasado de largo al avanzar por el pasillo. Era una mujer esbelta de unos cincuenta años, con el cabello castaño canoso, cortado por encima de las orejas.

—Mariscal de campo Tamas —dijo ella con un acento brudano muy marcado—. Milord Brude dijo que vos…

La pistola de Tamas se agitó en su mano, y la bala impactó justo entre los ojos de la Privilegiada. Él respiró superficialmente durante unos instantes, inhalando el humo de la pólvora, esperando para ver si el cuerpo volvía a moverse. No lo hizo.

Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo metió en la herida. Sangraba demasiado; la herida era demasiado grande. Casi no podía mover ese brazo y estaba seguro de que el hielo le había astillado un hueso. Se irguió despacio, sintiendo que las fuerzas lo iban abandonando. Paseó la vista por los cuerpos de sus hombres. Ninguno respiraba.

La puerta del Salón de las Respuestas se abrió pesadamente con solo tocarla. Tamas entró al enorme salón, que seguía iluminado por hechicería Privilegiada a pesar de que los hombres que habían lanzado esos hechizos habían muerto hacía mucho tiempo.

En el centro del salón había un altar elevado envuelto en terciopelo, sobre el que yacía el cuerpo de Kresimir. Lord Claremonte estaba arrodillado delante del altar, dándole la espalda a Tamas. Llevaba un elegante frac; su sombrero y su bastón estaban en el suelo, junto a él.

—Buenas tardes, mariscal de campo —dijo Claremonte—. Lamento mucho todo esto.

—Eso no es verdad, no lamentáis nada.

—Un poco. Venga. ¿Queréis saber cómo se mata a un dios?

Taniel y Ka-poel corrieron por pasillos serpenteantes, salas traseras, pasadizos secretos y salones de servicio.

Él sentía el poder que había por delante de ellos. Aceleró, con Ka-poel guiándolo por el laberinto de habitaciones. Atravesaron cuartos pequeños y pasillos oscuros, dejando atrás suelos de mármol repletos de cuerpos brudanos y adranos y salas destruidas por hechicería. Oyó los gritos triunfales de los soldados adranos mientras iban ganando terreno, pero enseguida dejó atrás todo sonido de la batalla.

Entraron en el ala del palacio perteneciente a la camarilla, señalada por runas antiguas en el marco de la puerta. Aquella zona del palacio parecía desierta. Pasaron por varios salones más, subieron al segundo piso y volvieron al primero. Finalmente, Ka-poel aminoró la velocidad y se detuvo en un pasillo largo que terminaba en un salón bien

iluminado.

Taniel oyó voces que provenían de allí dentro. Avanzaron sigilosos hasta el final del pasillo y llegaron hasta una barandilla desde donde se veía todo el Salón de las Respuestas.

Kresimir yacía en un altar situado en el medio del salón. Tamas estaba en la puerta, sosteniéndose un hombro empapado en sangre. Entre él y el altar se encontraba lord Claremonte. Hablaba con el tono sereno y agradable de quien conversa sobre el tiempo tomando el té.

Taniel aferró con fuerza la bayoneta.

Claremonte se puso de pie y se volvió hacia Tamas. Tenía algo en la mano. Tamas entrecerró los ojos e hizo a un lado el dolor, y vio que se trataba de un pedernal afilado.

—En primer lugar, no somos dioses realmente —dijo Claremonte—. No más que vos. Solo somos muy, muy viejos. Fuimos los primeros Privilegiados que aparecieron sobre el planeta, en la época en la que los hombres habían comenzado a vivir en chozas de barro. Kresimir solía decir que éramos los primeros seres humanos, y que le debíamos nuestra existencia a un creador misterioso, pero yo sé que son patrañas. Yo recuerdo a mis padres. —Claremonte tiró la piedra al aire y la volvió a atrapar—. Recuerdo cuando Kresimir los mató. Los hizo gritar durante horas. Después dijo que sus muertes habían sido necesarias porque no permitían que yo fuera con él. Que no le permitirían enseñarme a usar este gran poder que tenía dentro de mí. Una vez más, patrañas. Lo hizo porque le gustaba ver sufrir a las criaturas inferiores.

—Pensé que erais hermanos.

A Tamas ya no le quedaban fuerzas. Estaba débil por la pérdida de sangre. Intentó llevarse una carga de pólvora a la boca, pero se le cayó.

—Hermanos en la hechicería solamente —dijo Claremonte—. Mi otra mitad, a la que vos llamáis Cheris, era mi hermana melliza. Estábamos unidos por la cadera. Al nacer, nos deberían haber dejado para que muriéramos expuestos a los elementos. Pero nuestros padres nos querían y se quedaron con nosotros. Kresimir mató a nuestros padres y nos separó con su hechicería. Los lloramos durante meses. Nos aferramos el uno al otro hasta que él nos separó por la fuerza. Sin su intervención, siempre habríamos sido uno, como debía haber sido. —Claremonte miró sobre su hombro con gesto ceñudo, en dirección al balcón del primer piso—. ¿Qué decía? Ah, sí. Matar a un dios requiere, o hechicería potente, como cuando Kresimir mató la forma mortal de Adom hace un par de meses, o algo como esto. —Volvió a sostener en alto la piedra afilada—. Este trozo de pedernal tiene miles y miles de años de antigüedad. Fue extraído de una tierra muy lejana que después quedó tapada por el mar. Kresimir se cortó con esto cuando era un

niño, y esa sangre será su fin.

—Nunca he oído hablar de semejante hechicería.

A Tamas se le nubló la vista. Intentó presionar con más fuerza la herida del hombro. Debía de ser peor de lo que había pensado.

—La pérdida de sangre os está afectando, Tamas. Claro que habéis oído hablar de esta clase de hechicería. Es una magia ya perdida y olvidada en esta parte del mundo. Es más vieja que yo o que Kresimir, y ninguno de nosotros llegó realmente a comprenderla. Pero existe y se sigue usando hoy en día en una tierra que queda al otro lado del mundo.

—Dynize.

—Sí. Del otro lado de Fatrasta. La pequeña salvaje de vuestro hijo es la practicante más poderosa que me he cruzado, y eso me incluye a mí mismo. Usé artefactos como este para matar a todos mis hermanos, excepto a dos.

—Adom...

—Y Kresimir. Sí. Me gusta Adom. Siempre fue amable conmigo, antes de que yo me alzara con el poder. Hasta ahora, no lo he molestado. Pero me temo que mi melliza no se sentirá tan magnánima sin Kresimir en el medio. Y hablando de eso... —Claremonte hizo una pausa y se oyó un chasquido muy particular. Detrás de un velo translúcido de hechicería apareció Cheris. Estaba tosiendo, y tenía humo elevándose de su piel y de su cabello. Cayó hacia Claremonte, que la sujetó con una mano—. Hola, querida —dijo él—. ¿Qué pasa?

Cheris siguió tosiendo, fue hasta detrás del altar de Kresimir y vomitó sonoramente.

—Nuestro maldito hermano me metió su hechicería asquerosa dentro. Tuve que huir, pero no creo que vaya a seguirme.

—Te dije que no comieras nada en esta ciudad —dijo Claremonte, y su voz placentera sonó un tanto molesta—. No te matará. Adom es demasiado dulce para recurrir a eso.

Tamas dio un paso adelante. En su visión, el mundo pareció inclinarse, el suelo daba vueltas.

—Esto no tiene por qué continuar —dijo.

Cheris señaló a Tamas.

—¿Por qué no lo has matado aún?

Claremonte puso los ojos en blanco.

—Tenía otros planes —dijo, dirigiéndose a Tamas—. Por si perdía las elecciones. Planes dentro de planes dentro de planes. Debilitar la posición de Ricard, echar a pique la moneda adrana. Planeaba llegar al poder en unos doce años, pero, al parecer, mi otra mitad tiene menos paciencia que yo.

—Tú eres el que me dejó pudriéndome en esa maldita torre —le dijo Cheris a su hermano con tono acusador.

Tamas avanzó otro paso.

—Matad a Kresimir. Adelante. No os detendré. Parece que merece la muerte. Pero dejadnos fuera de vuestras maquinaciones. Dejad a Adro en paz.

—¿No intentaréis detenernos? —dijo Cheris con tono burlón.

—Bueno, bueno —dijo Claremonte—. No desestimes del todo al mariscal de campo, Cheris. Tamas, planeo unir este mundo para una nueva era. Quisiera que vos estuvieseis al frente. Decid que sí y os curaré. Os alargaré la vida. Dejaré vivir a vuestros amigos y a vuestra familia. Tendréis un lugar de honor. Llevaréis la paz a todas las naciones del planeta.

A Tamas le estaba costando cada vez más respirar. Podía sentir la sangre en los pulmones, y se preguntó si habría recibido alguna otra herida además de la del hombro. Tuvo que utilizar lo último que le quedaba de fuerza para tomar la pistola que tenía en el cinturón. Con mano temblorosa, la levantó y apuntó a Claremonte.

—No.

La pistola se evaporó en un destello de luz. Junto con ella, la mano de Tamas. No sintió dolor en el miembro destruido, solo un entumecimiento repentino. Trastabilló hacia atrás y sintió que la hechicería le aferraba el cuerpo y se lo destrozaba. El dolor le llenó la cabeza hasta que pensó que le iba a estallar. Cayó al suelo.

*

La aparición de la otra mitad de Brude detuvo a Taniel. Esperó unos momentos y los observó hablar.

—¿Pole? —susurró—. Ahora hay dos. Incluso si pudiera acercarme, solo tengo una bayoneta.

Ka-poel lo consideró por un momento. Asintió con la cabeza y se señaló el pecho con un dedo.

—¿Tú?

Volvió a asentir.

—¿Qué puedes hacer?

Ella le sonrió, pero no tuvo tiempo de darle una respuesta. Por el rabillo del ojo, Taniel vio un movimiento rápido. Tamas había sacado su pistola. La pistola le explotó en la mano. Taniel percibió la hechicería que atravesó el cuerpo de su padre.

Saltó del balcón y aterrizó en el salón, del otro lado del altar respecto de Brude. El cuerpo de Tamas cayó al suelo.

—¡Papá! —La palabra le salió como un sollozo; un llanto doloroso y punzante de miedo y angustia.

Avanzó y sintió que la hechicería de Brude se enfocaba en él, rodeaba el altar como una pitón y se aferraba a sus huesos. La presión fue increíble. Era como si estuviese atravesando un pantano con el

barro hasta la cintura, la misma sensación aplastante que lo había mantenido a raya en la plaza de las Elecciones.

Sujetó la bayoneta en una mano, con la hoja entre los dedos. Avanzó con paso pesado, usando la bayoneta para cortar la hechicería como si fuera la proa de un barco deslizándose sobre el agua. Cheris rodeó el altar para salirle al paso mientras Claremonte, con el rostro sereno, se acercó a Kresimir y levantó la daga de pedernal que tenía en la mano.

—¡Pole, ayuda!

El ataúd de Kresimir, el pequeño con el que había estado cargando Ka-poel, voló por el aire describiendo un arco sobre la cabeza de Taniel. Los palitos y cordeles se separaron y las ligaduras que rodeaban el muñeco de Kresimir se deshicieron en un abrir y cerrar de ojos. De Kresimir brotó una hechicería repentina que hizo volar a Cheris y a Claremonte por el salón.

Kresimir cayó del altar. Taniel se quedó helado, temeroso de la locura de los ojos de Kresimir. El dios posó la mirada sobre él, pero no había locura allí. De hecho, no había nada. El rostro de Kresimir estaba completamente inexpresivo. El muñeco de Ka-poel quedó flotando sobre la cabeza de Kresimir. El dios se movió al mismo tiempo que el muñeco, imitando sus movimientos.

Taniel corrió hacia Claremonte, pero algo lo hizo caer de rodillas. Intentó ponerse de pie, pero sintió como si tuviera el peso del mundo apoyado sobre los hombros. El corazón le retumbaba y los ojos querían salírsele del rostro mientras empujaba contra aquella fuerza invisible e implacable. Por la brevísima rendija que le permitían los párpados, llegaba a ver a Claremonte y a Cheris, ambos de pie y con la mandíbula apretada, luchando contra la hechicería de Kresimir.

Taniel se dio cuenta de que la presión que se le oponía no estaba dirigida hacia él, sino que era la fuerza de ambos dioses empujándose entre sí. Solo había quedado atrapado en el medio. Comenzó a temblarle todo el cuerpo por la magia de Ka-poel, que intentaba protegerlo. Cada fibra de su ser estaba tensa; sus huesos, a punto de partirse. Ka-poel fue bajando por las escaleras que había en un extremo de la sala. Tenía el rostro empapado en sudor y los dedos se le movían como los de un titiritero manejando las cuerdas.

Claremonte y Cheris se acercaron el uno al otro, con Kresimir entre ellos. El propio Kresimir no parecía verse afectado, pero Taniel vio que goteaba cera del muñeco; la presión lo estaba convirtiendo en una masa informe.

Claremonte levantó el cuchillo de pedernal y se lo clavó a Kresimir en el cuello. El dios se derrumbó, y Taniel se lanzó hacia delante, libre por fin del agobiante conflicto de hechicería. Recuperó el equilibrio y tomó a Claremonte por las solapas de la chaqueta. Le clavó la bayoneta por debajo de la barbilla y le atravesó el cerebro.

El alarido de Cheris hizo que Taniel soltara el cuerpo de Claremonte y se tapara los oídos. Ella corrió hacia él con las manos levantadas, y él se preparó para sentir el poder de su furia.

Cheris cayó de bruces. Tamas se encontraba a sus pies, sosteniendo la daga de pedernal de Claremonte con la mano que le quedaba. Le brotaba sangre de las orejas, de la nariz y de la boca, y tenía la barbilla manchada de pólvora. Le atravesó la pierna a Cheris con la daga.

Ella volvió a gritar, pero más de ira que de dolor.

—¿Creéis que eso me matará? —lo increpó.

Tomó a Tamas del cuello de la chaqueta y levantó su cuerpo maltrecho, pero se encogió cuando él le escupió sangre en los ojos.

—¡Soltadlo! —rugió Taniel.

—No tienes el poder de darme órdenes —dijo Cheris—. Me beberé la sangre del cadáver de tu padre. Os masacraré a ti y a tu salvaje, y luego haré volver a mi amado. ¡Yo tengo ese poder!

—Soltadlo, y vos ganáis.

Cheris vaciló.

—¿Qué quieres decir?

Taniel sacó la bayoneta del cuerpo sin vida de Claremonte y le dio la vuelta en la mano.

—Aquí tenéis —le dijo—. Vos ganáis. —Tiró la bayoneta.

Cheris dejó caer a Tamas y levantó una mano, pero la bayoneta pasó por encima de sus dedos. Se volvió con la mano estirada.

Ka-poel atrapó la bayoneta en el aire y se la clavó en el corazón. La diosa jadeó una vez y se derrumbó. Ka-poel se sentó sobre su cuerpo y le sacó la bayoneta. Volvió a clavársela una y otra vez hasta que Cheris dejó de moverse.

Taniel la tomó del brazo.

—Está muerta, Pole.

Ka-poel miró a Cheris con desprecio, pero permitió que Taniel la apartara del cuerpo. La dejó revisando el cuerpo de Claremonte y el de Kresimir, y fue a ver a Tamas.

Su padre yacía de lado, empapado de sangre. Tenía rotas las dos piernas, el brazo izquierdo destrozado, y le faltaba la mano izquierda. Aún aferraba la daga de pedernal.

—Papá —rogó Taniel, desesperado—. ¡Vamos, papá!

A Tamas le temblaron los párpados.

—He perdido una de tus pistolas —dijo con la voz ronca.

—Está bien, papá —dijo Taniel sosteniendo la cabeza de su padre en sus manos—. Vamos. Quédate conmigo.

—¿Se ha terminado?

—Sí. Están muertos.

—Malditos dioses.

—Por favor, quédate conmigo —dijo Taniel llorando.

—No, Tan —dijo Tamas con la boca ensangrentada—. Creo que no lo haré.

A Taniel se le nubló la vista.

—Papá, por favor.

Tamas tanteó a ciegas la chaqueta de Taniel y aferró la solapa manchada de sangre.

—Estoy orgulloso de ti, Taniel.

—No tienes nada de qué enorgullecerte, papá. Soy un mal comandante y un peor soldado.

—Eres un buen hombre. Un buen luchador. Es lo que importa.

—No te mueras, papá. ¿Me oyes? No te mueras.

—Esto es lo que me he ganado, hijo mío. Ya estoy listo para descansar.

—No, no es así. Tienes muchas cosas más que hacer.

Se oyó un estruendo y el edificio tembló, pero no importaba. Ya no.

—Ahora me voy, hijo. Sal de aquí. Brude tendrá un estertor, y no será nada agradable.

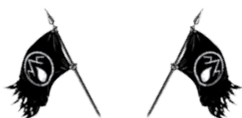
—Vendrás conmigo.

La respiración de Tamas disminuyó. Sus dedos perdieron fuerza, el brazo se le relajó. Taniel ignoró otro estruendo insistente, ignoró a Ka-poel, que le tiraba de la manga.

—Papá…

—Oye —susurró Tamas. Sus labios se torcieron en una leve sonrisa y, suavemente, dijo—: Tu madre te manda saludos, hijo. Te queremos.

Capítulo 52



Adamat detuvo su caballo en los jardines del Palacio del Horizonte, no muy lejos de los restos retorcidos que eran las puertas plateadas. Desmontó junto a un pelotón de soldados adranos que atendía a sus heridos.

—¿Dónde está el mariscal de campo? —preguntó.

Un capitán se puso de pie.

—Entró al palacio al frente de una compañía hace menos de quince minutos. ¿Qué...?

Lo interrumpió un estruendo lejano. Los soldados intercambiaron miradas nerviosas.

—He venido a traerle noticias de Adopest —respondió Adamat—. El enemigo fue rechazado, el nuevo primer ministro se encuentra a salvo.

—Por el abismo, ni siquiera sabía que habían atacado la ciudad —dijo el capitán—. Hemos estado atrincherados aquí toda la noche y toda la mañana. ¿Tumblar ganó las elecciones?

—Así es.

—Me alegro. Enviaré un pelotón a buscar al mariscal de campo Tamas para transmitirle las novedades.

Se oyó otro estruendo y Adamat se miró los pies.

—¿Habéis sentido eso?

—¿Un terremoto? —preguntó un soldado.

—Que alguien busque al coronel Olem —dijo el capitán—. Y averiguad qué abismos ha sido eso. Si va a brotar más hechicería por el campo de batalla, querrá saberlo.

Adamat miró las puertas del palacio y se preguntó si debería llevar las novedades él mismo, pero enseguida descartó la idea. Mejor dejárselo a los profesionales. La última vez que Adamat se había metido en una batalla había sido apuñalado. Dos veces.

—¡Atrás! —rugió una voz.

Adamat se volvió y vio una figura que se acercaba corriendo por el camino, tan rápido como un mago de la pólvora en pleno trance. Era alto y gordo, y estaba empapado en sudor. El cabello negro le ondeaba como cintas mojadas alrededor de la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Adamat.

—Que todo el mundo retroceda —gritó Adom—. ¡Ahora!

—¿Quién abismos eres? —preguntó el capitán.

Adom pareció brillar y crecer en tamaño. Se cernió sobre el capitán.

—Soy tu dios, soldado, y si no ordenas la retirada en este momento, hasta el último de vosotros morirá.

Un sargento que se encontraba cerca pasó la orden antes de que el capitán pudiese siquiera pensar en una respuesta. Balbuceó por un momento. Luego dijo: —Decidles a todos que se alejen del palacio. ¡Corred!

Adamat se acercó a Adom.

—¿Qué está pasando?

—¿Recuerdas lo que le sucedió al Pico del Sur cuando le dispararon a Kresimir?

—Sí.

—Eso.

—Por el abismo, dime que estás bromeando.

—¿Parezco estar bromeando, inspector? —Adom pareció notar por primera vez que se le había soltado el delantal y se llevó las manos a la espalda para atárselo—. ¡Más rápido! —rugió—. ¡Que salgan todos!

A pesar de que en los jardines del palacio reinaban el humo y la confusión, la orden fue recorriendo las líneas adranas. Un soldado entró al galope en el palacio por las enormes puertas. El suelo volvió a temblar. Un minuto después, el mismo jinete regresó seguido por dos compañías de soldados adranos, que cargaban con sus muertos y heridos.

Había soldados saltando de las ventanas del palacio. Los temblores eran cada vez más intensos. Adamat tuvo que abrir más los pies para evitar caer al suelo.

—Tal vez te convenga correr, inspector —dijo Adom.

—¿Me servirá de algo?

Adom lo reflexionó por un momento.

—No.

—Entonces me quedaré aquí. —Si el mundo estaba a punto de derrumbarse, quedarse junto a un dios no le parecía tan mala idea.

El ala sur del Palacio del Horizonte desapareció tan rápido de la vista que Adamat dio un salto hacia atrás del susto. Aquella parte del edificio se derrumbó sobre sí mismo; Adamat tardó un momento en darse cuenta de que el suelo mismo estaba cediendo y se tragaba el

palacio completo.

Las paredes se inclinaron hacia dentro y desaparecieron. Una voluta de polvo de yeso se elevó por el aire por encima de la creciente destrucción, como si fuera el vapor de un géiser. Adom se preparó para lo que venía. El rostro le brillaba por el sudor y por el hollín. Tenía las piernas abiertas para lograr estabilidad, los brazos a los lados con las palmas abiertas en dirección al palacio. Sus dedos aferraban el aire. Comenzaron a notársele las venas de los brazos y los músculos se le tensaron, pero la hechicería que estaba utilizando no logró aminorar la destrucción.

Le brotó escarlata de la comisura de la boca y de la nariz. Un brillo sanguíneo reemplazó al sudor, y sus ojos parecían querer salírsele de las cuencas. Las ruinas que eran las puertas plateadas se inclinaron y cayeron al pozo, que se seguía agrandando.

Adamat retrocedió nervioso. El pozo no daba señales de detenerse. A pesar de que no se llegaba a ver el interior, él tuvo la vaga percepción de una profundidad que lo hacía querer huir. Echó una mirada a Adom. Todo el cuerpo del dios temblaba como una ramita a punto de partirse; a pesar de que él solo era un Dotado, y poco competente en cuanto a hechicería, percibía el poder que desbordaba del dios.

El pozo se tragó más salones del palacio y siguió ensanchándose en dirección a la sala del trono y al ala norte. Adamat cerró los ojos y levantó el rostro al cielo azul. Deseó haber estado en su casa, con Faye y los niños.

El estruendo se detuvo. El suelo se quedó quieto. Sin atreverse siquiera a respirar, Adamat miró aquella mandíbula de tierra y notó que había dejado de crecer. El aire estaba cargado de polvo y de tierra, lo que le permitía ver a unos cuarenta o cincuenta metros, pero se veía la sombra del ala norte del palacio aún en pie.

Una fuente de mármol se partió y cayó al pozo. Luego reinó el silencio. Adamat sintió como si el ejército adrano completo hubiera lanzado un suspiro de alivio. Con cautela, los soldados dejaron de retroceder y comenzaron a acercarse al palacio, mirando con una curiosidad aterrorizada.

—¡El mariscal de campo! —gritó alguien.

Adamat comenzó a correr hacia el palacio junto a un grupo de soldados. El polvo comenzaba a asentarse cuando se arrojó de rodillas junto al cuerpo ensangrentado que yacía en el camino de grava, cerca del lugar donde habían estado las puertas del palacio.

A Tamas le faltaba una mano, y tenía la vestimenta negra de sangre. La sangre de la frente estaba corrida como si alguien lo hubiera sujetado. Su cuerpo yacía solo, roto. Adamat le apoyó la mano contra el cuello, en busca del pulso. Sintió un nudo en el estómago al dar la noticia.

—Está muerto.

Alguien dejó escapar un sollozo entrecortado. La multitud se abrió. Adom se acercó pesadamente hasta el cuerpo y se arrodilló delante de Adamat. Colocó los brazos debajo de Tamas y levantó el cuerpo como un niño levantaría un muñeco.

—¿Dónde está Taniel Dos Tiros? —preguntó un soldado.

—¡Buscad al coronel Olem! —gritó otro.

Adom se aclaró la garganta y miró las ruinas del palacio.

—Taniel Dos Tiros está muerto. Esta es su tumba. Podéis buscarlo, pero no encontraréis el cuerpo. —Ignoró las preguntas que comenzaron a hacerle los soldados presentes y abrazó con fuerza a Tamas.

Y allí, en medio del esplendor en ruinas del Palacio del Horizonte, Adamat vio a un dios llorar por el héroe de Adro.

Capítulo 53



Nila iba y venía por los suelos de mármol del Tribunal del Pueblo. Sus pasos resonaban en el silencio matutino. Aún no había pasado una semana desde que Bo y ella derrotaran a lo que quedaba de la camarilla de Claremonte. Los recuerdos de la pelea aún le causaban pesadillas. No había querido volver a pisar ese edificio nunca más. Y, sin embargo, allí estaba.

—¿Por qué nos hacen esperar? —preguntó.

Bo estaba sentado en uno de los rígidos bancos, haciendo rebotar una bola de goma en la pared opuesta del pasillo. Se detenía cada dos o tres botes para estrujar la bola como un experimento. No llevaba los guantes. Su mano derecha tenía una cicatriz rosada que le había quedado de la curación que le habían hecho los Privilegiados delivíes.

—Porque intentan mostrarnos quién tiene la autoridad ahora —dijo suspirando.

—Qué arrogancia.

—Bienvenida al mundo de la política, querida —dijo Bo.

Nila dejó de pasearse y se cruzó de brazos. Había dormido muy poco y le quedaba todo un día por delante. Ya sentía que su humor comenzaba a empeorar.

—No voy a jugar sus juegos.

—Así es tu vida ahora.

La sola idea le dio ganas de vomitar. Durante cinco días habían sido interrogados por políticos y habían tenido reuniones hasta altas horas de la noche con Vlora, Ricard y cien hombres y mujeres cuyos nombres no tenía posibilidad de recordar. Intentaban llevar un poco de orden al Gobierno tras la muerte de Tamas.

—Debería dejarlo —dijo.

Bo hizo una mueca.

—Puedes dejarlo cuando quieras. Pero me pondría muy triste.

Ella continuó caminando.

—Lo superarías.

—¡Jamás!

“Superaste la muerte de Taniel bastante rápido” quiso contestarle ella. Pero no se atrevió a decirlo en voz alta. No tenía sentido abrir una brecha entre ellos cuando necesitaban tan desesperadamente mostrarle al mundo un frente unificado.

—Debes admitir que, si bien es menos interesante que recibir disparos y ser perseguida y luchar contra hechicería, pasarte el día de reunión en reunión al menos no te hará cagarte en los pantalones. Allí adentro —dijo señalando la puerta cerrada que había al final del pasillo —, no intentarán quitarte la vida. Solo querrán destruir tu carrera.

—Bueno, les ha salido el tiro por la culata. Yo no quiero esta carrera.

—Entonces eres la más indicada. Vamos, ya nos han hecho esperar suficiente. —Bo se puso de pie, se reajustó la prótesis y se puso los guantes.

Nila sacó un par de guantes del bolsillo y se los puso. No los necesitaba, pero se había dado cuenta en las reuniones de los días anteriores de que la gente la tomaba mucho más en serio cuando los llevaba puestos.

Bo le sostuvo la puerta y ella pasó por delante de la secretaria que intentó detenerla mientras entraba a la habitación interior.

Nueve pares de ojos se alzaron hacia ellos cuando Bo y ella entraron en la sala. Nila solo reconoció a dos de los hombres y a tres de las mujeres, pero sabía que aquellas personas eran los gobernadores regionales de Adro, recién elegidos. Ellos, el nuevo Colegio de Magistrados y el primer ministro Ricard Tumblar componían las tres piernas del nuevo Gobierno adrano.

Los gobernadores estaban sentados en una mesa semicircular. Les estaban retirando los restos de un desayuno ligero. La gobernadora Ratchel los miró con gesto ceñudo. Era una mujer de unos cincuenta años, con cabello corto gris y las manos torcidas por el reumatismo.

—Aún no estamos listos para atenderos —dijo Ratchel.

—Sí —dijo Bo con una sonrisa encantadora—, pero debemos enterrar al mariscal de campo Tamas en menos de seis horas en una ceremonia a la que asistirán millones de personas. No tenemos tiempo para vuestras estupideces. Si queréis algo de nosotros, id al grano.

Los gobernadores resoplaron indignados. Ratchel solo le clavó una mirada molesta a Bo.

—Ha llegado el momento de determinar el lugar que ocupará la camarilla adrana dentro de nuestro nuevo Gobierno —dijo—. O de determinar si la camarilla cuenta con un lugar entre nosotros.

—¿Intentáis decirme que el Gobierno adrano se atrevería a

continuar en esta era moderna tan cargada de conflictos sin una camarilla? —preguntó Nila fingiendo asombro.

—¡Parece que intentan dejarnos sin trabajo! —dijo Bo igual de sorprendido.

—Si tan solo… —dijo Ratchel.

—Bueno. —Nila alzó las manos—. Se cumplió mi deseo. Gracias por llamarnos y comunicárnoslo. Creo que me pasaré el resto del día en la cama.

—Voy contigo —dijo Bo guiñando un ojo.

Entrelazó un brazo con el de ella y ambos se volvieron hacia la puerta.

—¿Dónde abismos os creéis que vais? —les gritó Ratchel.

Nila y Bo se volvieron de nuevo hacia los gobernadores.

—Si no nos queréis, no tenemos problema en retirarnos —dijo Bo.

Ratchel revolvió con furia los papeles que tenía delante.

—No es que no queramos teneros —dijo—. El asunto es que aún no hemos determinado cómo servirá la camarilla al Gobierno.

—Ah —dijo Bo.

Con la prótesis repiqueteando contra el suelo, fue hasta la pared y tomó una de las sillas que había allí. La arrastró ruidosamente hasta el centro de la sala, se dejó caer sobre ella y se inclinó hacia delante sobre su bastón. Nila se colocó detrás de él.

—La camarilla tiene la intención de seguir sirviendo como lo hizo siempre. Salvo que, en lugar de servir al rey, serviremos a los intereses del pueblo.

—Eso es muy ambiguo.

—Me alegro de que lo hayáis notado.

—Es demasiado ambiguo. La camarilla debe estar bajo las órdenes de alguien.

—Y así es. Estamos bajo las órdenes del Ejército, que está bajo las órdenes del primer ministro, por cuyas acciones deberá responder ante el Colegio de Magistrados y ante los estimados gobernadores aquí presentes.

—Pero debe haber una supervisión más directa.

—¿Y vos proponéis que obedezcamos directamente a la junta de gobernadores? —preguntó Nila.

—Sí —dijo Ratchel, mirando a Nila con la misma mirada de molestia que le había dedicado a Bo hacía un momento.

—Ya hemos recibido ofertas similares tanto del primer ministro como de varios representantes del Colegio de Magistrados. —Bo se rio—. Y hemos decidido que lo que más le conviene a Adro es que la camarilla actúe de manera independiente. Lucharemos en las guerras de la nación. Lucharemos por los intereses del pueblo. Pero no seremos los perritos falderos de un único grupo de políticos.

—¿Y quién ha decidido eso? —les gritó Ratchel—. ¿Vos?

—Nosotros dos, junto con la general Vlora, ascendida recientemente, y con los pocos miembros que quedan de la camarilla de la pólvora de Tamas.

—Es que nos hemos unido —dijo Bo—. Así que, si queréis volver a tener esta conversación, podréis hacerlo con un puñado de héroes de guerra presentes, además de los últimos dos Privilegiados que les quedan. —Se dio una palmada en los muslos—. En fin, se nos acabó el tiempo. Que tengáis un buen día.

Nila ayudó a Bo a ponerse de pie, y disfrutó el silencio anonadado que siguió mientras se retiraban de la sala.

Fuera de la oficina, Nila observó a los hombres que fregaban el mármol ennegrecido del pasillo mientras Bo se ajustaba las correas de su prótesis. Se preguntó si había sido su propio fuego o el de los Privilegiados brudanos el que había causado aquellas manchas. Francamente, estaba impresionada por que el edificio completo no hubiera quedado inutilizable después de aquella batalla.

—Creo que eso ha salido bastante bien —dijo Bo alegre.

Nila asintió con la cabeza. Una parte de ella estaba de acuerdo. Bo tenía razón. El espíritu del nuevo Gobierno quedaría mancillado desde el principio si una de las ramas de la legislatura tenía a la camarilla en la palma de la mano. Sin embargo, ir por su cuenta significaba que no habría nadie más a quien culpar por sus fracasos y sus carencias. A veces, obedecer órdenes era la manera más sencilla.

—¡Borbador! —dijo una voz que resonó por el extenso pasillo.

Nila se volvió y vio al inspector Adamat acercándose hacia ellos. Adamat llevaba un traje nuevo y tenía unas ojeras marcadas por la falta de sueño. Le hizo media reverencia a Nila y se volvió hacia Bo.

—Inspector —dijo Bo—. ¿Cómo estáis?

—Bien, gracias. Cansado. Ocupado. Pero bien.

—¿Y cómo está vuestra familia?

Adamat disimuló bien su mueca.

—Excelente. Gracias por preguntar.

—¿Y Jakob? —preguntó Nila.

—Faye ya lo cuenta como uno de los suyos.

—¿Ese tema sobre el que hablamos…? —preguntó Bo.

Adamat le entregó un papel plegado.

—La encontraréis aquí.

—Muy bien.

Nila miró con curiosidad a Bo, pero su rostro no dejó entrever nada.

—¿Todavía haces que este pobre hombre te haga de recadero? —preguntó.

—Gracias por vuestra consideración —dijo Adamat tosiendo en su mano—, pero cincuenta mil kranas por medio día de trabajo era una

oportunidad que no podía rechazar.

—¿Qué os parecería tener un puesto más estable? —preguntó Bo.

—Ya lo tengo —dijo Adamat—. Ahora soy embajador.

—Enhorabuena —dijo Nila—. ¿Adónde iréis?

—La verdad es que aún no hemos llegado a esa parte.

—Ya lo resolveréis, sin duda —dijo Bo—. Pero le puedo decir que yo pago mejor que el Gobierno.

—Ricard es muy generoso con sus amigos. —Adamat hizo una pausa, con evidente cautela—. Solo por curiosidad, ¿qué teníais en mente?

—Jefe de espías para la nueva camarilla adrana.

Nila arqueó las cejas. Bo no se lo había mencionado.

Adamat meneó el dedo.

—Olvidadlo. Es demasiado peligroso. Demasiado político.

—La oferta permanecerá sobre la mesa durante una semana —dijo Bo.

Adamat les hizo una reverencia y dio un paso atrás.

—Me siento honrado por haber sido considerado, pero no acepto. Gracias, Privilegiado.

—Caray.

Bo sacó un sobre de su bolsillo, sin duda repleto de kranas, y se lo entregó a Adamat. El inspector volvió a inclinarse y se retiró. Nila y Bo lo observaron irse.

—Ese hombre vale para cualquier trabajo —dijo Bo—. Ya lo conseguiré. —Sin embargo, de inmediato pareció olvidar al inspector; se volvió hacia Nila y la miró de arriba abajo—. Es hora de prepararnos para el funeral. Y mañana tenemos un viaje.

—Ah, ¿sí? —preguntó Nila.

Bo abrió el papel que Adamat le había entregado y lo leyó.

—Hacia el sur. No muy lejos.

El ejército deliví había acampado en una pequeña ciudad situada a mitad de camino entre Adopest y Budwiel. Solo quedaban unos quince mil soldados delivíes, el resto ya había comenzado su marcha para llegar a su país antes de que el invierno empeorara.

El campamento era semipermanente; debía durar hasta pasado el invierno, ya que la mayoría de sus residentes eran los heridos y moribundos, además de los médicos, enfermeras y el personal de apoyo tanto del Ejército adrano como del deliví. Y a eso se le sumaban varios miles de prisioneros keseños. El lugar apestaba a sangre, a enfermedad y a muerte. Las fosas donde enterraban a los muertos, situadas en la llanura de las afueras de la ciudad, debían de extenderse a razón de casi media hectárea por día.

Taniel lo odiaba. Desde el momento en que él y Ka-poel habían

llegado al campamento deseó seguir cabalgando.
Pero tenía una promesa que cumplir.
Se paseó por el campamento con el rifle al hombro. Llevaba el tricornio inclinado sobre el rostro y el cuello del gabán levantado. Tan solo un soldado adrano más de permiso, buscando amigos y familiares entre los heridos. Nadie lo detuvo ni lo interrogó.
Ka-poel iba aferrada a su brazo, oculta en su propio abrigo. Mientras que él se sentía exhausto, con el cuerpo desgastado por haber estado tanto tiempo guerreando, a ella se la veía más vibrante que nunca. Los días de sueño le habían sentado bien; tenía la piel rosada y los ojos brillantes. La muerte que los rodeaba no parecía molestarle, pero Taniel sabía que ella anhelaba irse tanto como él.
Taniel divisó a una figura familiar esperando junto a un carruaje cerca de uno de los hospitales de campaña situados en el centro del campamento. Se detuvo un momento para observar a su viejo amigo.
—¿Alguna vez le di las gracias a Bo por salvarme la vida en las montañas? —preguntó Taniel.
Ka-poel asintió con la cabeza, luego se señaló a sí misma y meneó la cabeza.
“¡Yo también te di las gracias por salvarme la vida! ¿Tú mes las diste a mí alguna vez por salvar la tuya?”.
Ella arqueó una ceja, Taniel se sonrojó.
—Muy bien, gracias por todo —dijo.
Ella asintió levemente con la cabeza.
Taniel se acercó a Bo, pero vaciló cuando vio que Nila se encontraba con él. Hizo una mueca.
Ka-poel le tiró del brazo.
—Le pedí a Bo que viniera solo.
Ka-poel pareció reconsiderar la situación; observó a Nila durante unos momentos y volvió a tirarle del brazo. Gesticuló con la boca las palabras “está bien”.
Se acercaron a Bo y a su aprendiz. Taniel los saludó inclinando el sombrero. Bo sonrió. Se acercó y abrazó primero a Ka-poel y luego a Taniel.
—Tan. Hermanita. Se os ve descansados.
—El beneficio de estar muertos —respondió Taniel.
Nila le hizo una mueca feroz a Bo.
—¿Por qué abismos no me dijiste que seguía con vida?
—¿Acaso importa? —preguntó Bo.
—Me pasé toda la semana pensando que eras un desgraciado sin corazón porque el hecho de que a tu mejor amigo lo hubiera matado un dios no parecía afectarte demasiado.
—Fue un tanto sospechoso, ¿no? —dijo Bo—. Tendré que hacer duelo cuando las cosas se tranquilicen.

Nila puso los ojos en blanco.

—Por el abismo, eres insufrible. Taniel, ¿por qué no te has revelado? Todo el mundo cree que estás muerto.

—Esa es la idea —dijo Taniel.

—Pero ¿por qué?

Bo respondió por él.

—Porque Taniel habría vivido el resto de su vida bajo la sombra de Tamas. Creo que ninguno de nosotros entiende realmente lo que eso conlleva. No le habrían permitido ser Taniel. Le habrían exigido que fuera otro Tamas. Que liderara a Adro. Que fuera su corazón en todo momento.

Taniel se mantuvo en silencio. Había muchísimas razones para permanecer muerto. Se preguntó si acaso era un cobarde por tomar la salida fácil y dejar que los demás limpiaran todo el desastre.

—Eso no explica por qué no me lo dijiste a mí —dijo Nila—. ¿Acaso crees que no puedo mantener un secreto? ¡Por el abismo! ¡No tengo a nadie a quien contárselo! Tú eres mi único confidente.

Taniel interpuso una mano entre ellos.

—Yo le pedí que no lo dijera, y Bo es un hombre de palabra. Pero resolveréis eso más tarde. Cada minuto que paso aquí aumenta las probabilidades de que alguien me reconozca. ¿La has encontrado?

—Así es —dijo Bo—. Aquí mismo.

—Bien. —Taniel sacó la pistola de su cinturón y volvió a revisar que estuviera cargada, mientras Bo se ponía los guantes.

—¿Estás seguro de que me necesitas? —preguntó Bo.

—Me sentiré mejor si te tengo a mi lado. No necesitas entrar, solo... quédate aquí, por si acaso.

—Puede que ya haya percibido que estoy aquí —dijo Bo—. Ella y yo no tenemos la mejor de las relaciones. Recuerda que la última vez que nos vimos la tiré de una montaña.

—Yo soy el que la tiró de la montaña —dijo Taniel. El corazón comenzó a retumbarle. ¿Estaba cometiendo un error?

—Ella no lo recordará así.

—¿De quién estáis hablando? —preguntó Nila—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Nos enfrentaremos a una semidiosa —respondió Bo.

Nila palideció.

—¿Disculpa?

Taniel levantó la entrada del hospital de campaña.

—Las damas primero —le dijo a Ka-poel—. No te preocupes —le dijo a Nila—. Le faltan ambas manos. Vosotros dos podéis esperar aquí.

La tienda albergaba el triple de camas que de ocupantes. Taniel se preguntó si eso era una buena o una mala señal. Sin embargo, la falta de enfermeras y el hecho de que ninguno de los heridos pareciera estar

coherente se ajustaban a sus propósitos. Bueno, casi ninguno de los heridos.

Julene estaba sentada en un catre situado en el lateral más lejano de la tienda. Miraba hacia fuera por una pequeña rendija que había en el rincón. No se volvió cuando él y Ka-poel se acercaron.

—Veo que finalmente te bajaron —dijo Taniel.

—No gracias a ti.

La voz de Julene se había recuperado de los meses que se había pasado colgada al sol sin un sorbo de agua. Taniel rodeó su catre y estiró el cuello para mirarle los brazos. Ambos terminaban en un muñón vendado. Una parte de él se preguntó si volverían a crecerle las manos en algún momento. Después de todo, su hechicería la convertía en un ser más poderoso que casi cualquier cosa, sin contar a los dioses.

—Me pediste que te matara. No que te bajara de allí —dijo Taniel.

Tampoco se lo habría prometido. Ella había matado a amigos suyos. Había intentado matarlo a él. Había hecho regresar a Kresimir, lo que había provocado muchísima muerte y destrucción.

Julene se volvió sobre el catre, levantó el muñón derecho y lo apuntó hacia él.

—¿Y has venido a cumplir tu promesa?

A modo de respuesta, Taniel desenfundó la pistola.

—Ya veo. —Julene se miró el lugar donde habían estado sus manos y le echó una mirada a Ka-poel—. Tú eres algo único, ¿no es así? No puedo creer que no lo viese. ¿Acaso cargaste esa cosa con una de sus balas? —le preguntó a él—. ¿Las que usaste para matar Privilegiados en el Pico del Sur?

—Así es —respondió Taniel. Se humedeció los labios. Quería levantar la pistola y apretar el gatillo, pero algo lo detenía. Tal vez era la culpa. La cautela. La falta de inclinación por derramar más sangre. No estaba seguro—. ¿Sabían lo que eras cuando te bajaron del poste?

Julene se encogió de hombros.

—La camarilla deliví me estuvo echando un vistazo, pero les dije que era una mercenaria que había ofendido a Kresimir, y que me había mantenido con vida con su hechicería.

—¿Y te creyeron?

—¿Por qué no iban a creerme? Es verdad, en su mayor parte. Además, aun si supieran que soy una Predeii, sabrían que, sin manos, no represento una amenaza.

—Pero tienes muchos conocimientos.

—Por eso no se lo digo —dijo Julene, y su leve sonrisa tiró de la cicatriz de su rostro—. Mejor que pongas manos a la obra, ¿no te parece?

Taniel miró a Ka-poel. Tenía el rostro sereno. Levantó la pistola.

—Supongo que no considerarías retractarte de tu promesa, ¿verdad?

—preguntó Julene suavemente.

Taniel, sorprendido, bajó el arma.

—¿Crees que lo haría? ¿Después de todo el dolor que has causado?

—Valía la pena preguntar. —Julene se encogió de hombros, como si no le importara demasiado el resultado final.

—¿Acaso quieres vivir así?

Julene les dio la vuelta a sus brazos.

—Es posible que lo recupere. Me refiero al Otro Lado. Aún puedo verlo, solo que no tengo los dedos para tocarlo. Y aun si no lo viera, tal vez me lo merezco. Tal vez me merezco pasarme los próximos mil años en los instrumentos de tortura de la camarilla deliví, dándoles hasta la última gota de mis conocimientos.

Taniel estudió su perfil en silencio. Se preguntó si Julene realmente lamentaba lo que había hecho o si estaba actuando. Estaba arrepentida de haber invocado a Kresimir, de eso no cabía duda. Pero ¿los asesinatos? ¿El caos? ¿Se arrepentía de todo eso?

Taniel se volvió a colocar la pistola en el cinturón.

Los ojos de Julene pasaron de él a Ka-poel y de nuevo a él, y se abrieron un poco más.

—No juegues conmigo, Dos Tiros. Finiquítame o no lo hagas. Pero por todos esos meses que me pasé colgada de la viga de Kresimir, por estas manos que ya no tengo, me debes no jugar conmigo.

—No te debo nada —dijo Taniel—. Pero no soy un verdugo. Solo he venido porque te prometí matarte cuando querías que todo acabara. Ahora que no lo quieres… Estoy cansado de la sangre. De la lucha. Otro disparo no resolverá nada. Pero quiero que me prometas algo.

—¿Qué?

—Deja todo atrás. Cualquier resentimiento que tengas por Borbador o por cualquier otra persona en Adro. Se terminó. Queda atrás. Ya no tienes nada que hacer aquí.

—De acuerdo —dijo Julene, demasiado rápido quizá. Se miraron un momento. Luego, ella levantó la barbilla—. Lo recordaré, Dos Tiros.

Ka-poel y él dejaron a Julene en la tienda y se encontraron con Bo y con Nila fuera.

—No oí ningún disparo —dijo Bo.

—No la he matado.

—¿Es buena idea dejarla con vida? —preguntó Bo con cierto nerviosismo. Había comenzado a quitarse los guantes, pero ahora se había detenido.

—No lo sé. Tal vez. Tal vez no. Pero no creo que vuelva a molestarte.

—Pues créeme cuando te digo que de todas maneras la tendré vigilada.

—No te culpo —dijo Taniel.

—¿Eso es todo, entonces? —preguntó Bo—. ¿Te marcharás?

Taniel intercambió una mirada con Ka-poel. Ya casi era el momento, sí. Casi.

—Solo me queda una cosa por hacer.

Epílogo

Vlora se encontraba fuera de su carruaje, observando la casa de tres plantas situada en una tranquila calle del lado este de Adopest.

Eran casi las cuatro de la tarde. Vlora inclinó la cabeza para oír la campana de la iglesia, que había sonado hora tras hora durante los muchos años en que ella había vivido en esa casa. Pasó un momento hasta que recordó que todas las iglesias de Adopest habían sido destruidas, y la idea de que nunca más oiría esa campana la entristeció.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Olem desde el carruaje.

—Dame unos minutos —dijo ella, y cerró la puerta del vehículo.

Pasó por el jardín descuidado y, mientras subía los escalones de la entrada, sacó una llave del bolsillo. Los años de costumbre la hicieron detenerse en el vestíbulo a la espera de que alguna voz la llamara, pero salvo por el crujir de los tablones del suelo, no hubo nada que respondiera a su presencia en el viejo hogar. La nariz se le llenó de polvo, y se preguntó si había habido alguien allí desde la noche del golpe de Estado, hacía ya tantos meses. Según su investigación, los sirvientes habían sido despedidos el año anterior.

Ella ahora era general, pero eso no le daba ninguna sensación de logro. La reciente Cámara de Ministros la había cubierto de elogios y la había ascendido cuando Tamas llevaba solo una semana en la tumba. Ahora, un mes y medio después, seguía resultándole extraño. La general más joven de toda la historia adrana, incluso más joven que el propio Tamas cuando alcanzó el rango. Se preguntó si alguien más lo veía como la maniobra política que realmente era.

“Úsalos antes de que ellos te usen a ti”, oyó que le decía la voz de Tamas en el fondo de su mente. “Demuéstrales que te lo has ganado”.

Subió por la escalera y entró en la primera habitación de la derecha; su habitación durante seis años de su vida, después de que Tamas la rescatara de las calles. Recordó un tiempo anterior al golpe de Estado. Antes de que Taniel fuera enviado a Fatrasta, y antes de aquel estúpido noble.

Unas risas resonaron en sus recuerdos; ella inclinó la cabeza, preguntándose si en verdad las había oído. No, por supuesto que no.

La cama parecía mucho más pequeña de lo que ella la recordaba. ¿Cómo habían hecho Taniel y ella para entrar allí todas esas noches en las que Tamas había estado ausente? ¿Borbador aún seguía allí? ¿O ya se lo habían llevado los buscadores de magus de la camarilla?

Ahora los recuerdos le parecían distantes. Dejó la habitación y siguió por el pasillo. Se detuvo frente a la puerta de la oficina de Tamas.

El escritorio estaba cubierto de polvo, con un mapa de Adopest aún sujetado por las esquinas por la taza favorita de Tamas y un puñado de balas de mosquete. Vlora fue hasta el escritorio y enrolló con cuidado el mapa. Lo devolvió a su lugar, sobre la biblioteca. Se desabrochó las charreteras de oro de los hombros y las colocó sobre el escritorio, en el lugar donde había estado el mapa.

Se sentía cansada. Aturdida. Se había pasado semanas enteras estrechando manos. Yendo a desfiles y a conmemoraciones. Y también al funeral de Tamas, al que habían asistido dos reyes, una reina y, según los periódicos, ocho millones de dolientes. Había sido presidido por el archidiocel Charlemund, que acababa de recibir un perdón oficial.

Vlora abrió la ventana del estudio y observó el polvo arremolinándose bajo los rayos del sol. Lentamente, fue mirando una a una las chucherías que Tamas había juntado en Gurla. Pasó un dedo por el lomo de sus libros sobre guerra, religión y economía encuadernados en cuero. Recordaba el contenido de aquel estudio como recordaba la palma de su propia mano, y trató de rememorar la primera vez que había entrado en aquella sala.

El recuerdo era distante. Tal vez lo había fabricado en el fondo de su mente, ensamblando los restos de cientos de otros recuerdos. Estaba descolorido, como una tela dejada al sol durante muchos años.

Se oyó un crujido en los tablones del suelo. Vlora abrió los ojos. No recordaba haberlos cerrado. Tenía las mejillas empapadas por las lágrimas, pero no se las secó.

—No tienes que irte —le dijo a la figura que estaba en la puerta.

Taniel llevaba unos pantalones de gamuza gastados y sostenía un viejo rifle de segunda mano. Se había dejado crecer la barba y el cabello. Los ojos le brillaban de un modo que ella no había visto en años; se veía como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

—Sí —respondió él con una sonrisa—. Soy libre, Vlora.

Ella rodeó el escritorio de Tamas y se le acercó. Le observó detenidamente el rostro, los ojos. Echó una mirada a las charreteras que había dejado sobre el escritorio y creyó entenderlo.

—Te han ascendido a general —dijo Taniel. Ella volvió a mirar las charreteras con un gusto amargo en la boca—. El país te necesitará. La muerte de Tamas ha dejado un vacío.

—Que yo no tengo forma de llenar.

—Solo concéntrate en las tareas más inmediatas —dijo Taniel.

—Beon je Ipille se ha pasado a la clandestinidad y hay rumores de una guerra civil en Kez —respondió Vlora—. Aún hay que llevar al general Hilanska ante la justicia. Bo quiere combinar a los Privilegiados y a los magos de la pólvora en una nueva camarilla de la república. Anda comentándolo como si ya fuera un hecho, pero yo no estoy convencida. Además, Gavril quiere hacer reformas radicales en la Guardia de la Montaña. Hay… muchísimo por hacer.

Vlora se había esperado una respuesta más emocional de parte de Taniel ante la mención de Hilanska, pero él solo asintió con la cabeza y tocó con una mano las charreteras de oro que ella había dejado sobre el escritorio.

—Tamas estaría orgulloso.

Vlora bajó la vista hacia su uniforme y miró los diversos galardones que día tras día ella se quería arrancar de la chaqueta.

—¿Estás seguro?

—Sí. ¿Vas a vender la casa?

Vlora lo miró sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—Leí lo del testamento en el periódico. Al morir yo, Tamas os dejó todo a ti y a Bo —dijo Taniel tocando el marco de la puerta con dos dedos—. Si fuera yo, la vendería. Son demasiados recuerdos.

—Por el abismo, no. Me mudaré aquí.

Taniel pareció sorprendido, pero después de unos momentos volvió a sonreír.

—Eso me alegra, por algún motivo. Nos lo pasamos bien aquí, ¿no es verdad?

—Sí — dijo Vlora. Se quedaron en silencio un momento—. ¿Me perdonas?

—Solo si tú me perdonas a mí.

—Ya lo he hecho.

Se abrazaron y Taniel le puso los labios en la frente. Ella sintió el cabello húmedo; cuando se apartaron, Taniel se limpió lágrimas de los ojos.

Vlora le tomó la mano.

—Buena suerte. Cuídate.

—Tú también.

Él la dejó en el silencio de su nuevo hogar.

Ella recordó una noche, no mucho después de que Tamas la hubiera acogido, en que había tenido pesadillas. Tamas había ido a su habitación y la había vuelto a acostar. La había besado en la frente, algo que nunca nadie había hecho por ella, y le dijo que nunca nada les haría daño ni a ella ni a Taniel mientras él viviera.

A pesar de toda la sangre y la matanza y la muerte, ella nunca más volvió a tener pesadillas.

—¿Hablabas con alguien? —le preguntó Olem mientras entraba en la oficina.

“¿Quién mantendrá a raya las pesadillas ahora?”, se preguntó, pero incluso mientras lo hacía, oía la voz de Tamas en su cabeza. “Tú lo harás”, pareció decirle.

—Con nadie —le respondió a Olem—. Con las sombras del pasado.

Agradecimientos

Muchísimas gracias a mi editora, Devi Pillai, por tener la paciencia y la previsión de ayudarme a terminar mi primera serie de libros. No recibe ni por casualidad todo el reconocimiento que se merece por ser la mejor en lo que hace. Gracias también a mi agente, Caitlin Blasdell, por ayudarme a atravesar muchos momentos difíciles mientras escribía esta serie.

Mi esposa, Michele, estuvo allí a cada paso del camino, desde barajar ideas para la magia y los personajes hasta revisar mis versiones corregidas antes de que volviera a enviarlas. Es la mejor, y ella no debería permitir que nadie le diga lo contrario.

Gracias a Howard Taylor, Justin Landon y David Wohlreich por ver los primeros borradores del libro y debatirlos conmigo. Los amigos así no tienen precio.

Gracias a mis padres, que me oyen parlotear largo y tendido acerca de los detalles minúsculos de mi trabajo para que mi esposa no tenga que soportarlo sola. Y gracias también por su apoyo infinito y su amor por mi escritura. Vaya el mismo agradecimiento a todos mis amigos y familiares que asisten a mis firmas de libros y me oyen hablar.

Finalmente, vaya mi sumo agradecimiento a Gene Mollica, Michael Frost y Lauren Panepinto por el trabajo que hicieron con las increíbles cubiertas para los libros de la trilogía, y a James Long, Alex Lencicki, Ellen Wright, Laura Fitzgerald, Lindsey Hall y el resto del personal de Orbit y de Orbit UK que hacen todo el trabajo ingrato de convertir estos libros en algo formidable.

Nuestros autores y libros en Gamon

Fantasía urbana
Luke Arnold: Los archivos de Fetch Phillips *La última sonrisa en Sunder City* (2021) • *Hombre muerto en una zanja* (2022) *Con un pie en el abismo* (2023)

*Fantasía steampun*k
Robert Jackson Bennett: Trilogía Los fundadores *Entremuros* (2022) • *Shorefall* (2025) • *Lockland* (2026) *Fantasía de aventuras*

Christopher Buehlman
El ladrón de lengua negra (2022)

Fantasía de aventuras
Nicholas Eames: Serie La Banda (Historias independientes) *Reyes de la tierra salvaje* (2021) • *Rosa la Sanguinaria* (2021) *Fantasía oscura*
Gareth Hanrahan: Trilogía El Legado del Hierro Negro *La plegaria de la calle* (2021) • *Los santos de sombra* (2022) *El Dios Caído* (2024)

Fantasía épica
Brian McClellan: Trilogía Los Magos de la Pólvora *Promesa de sangre* (2021) • *La campaña escarlata* (2022) *La república de otoño* (2024) *Fantasía romance - Autoconclusivo*

Constance Sayers
Una bruja en el tiempo (2021) *Fantasía juvenil romántica - Autoconclusivo* Lyssa
Mia Smith
Revelle (2024)

Fantasía épica
Andrea Stewart: Trilogía El Imperio Hundido *La hija de los huesos* (2022) • *La emperatriz de los huesos* (2023) *La guerra de los huesos* (2025)

Fantasía épica
Tasha Suri: Trilogía Reinos en llamas *El trono de jazmín* (2022)
La espada de hiedra (2023)
Reinos en llamas - Libro 3 (2025)

Fantasía épica
Richard Swan: Trilogía Imperio del lobo *La justicia de los reyes* (2022)
La tiranía de la fe (2025)
Imperio del lobo - Libro 3 (2026)



Brian McClellan es un gran autor de fantasía épica nacido en Cleveland, Ohio. Saltó a la fama por su serie **Los magos de la pólvora** —*Promesa de sangre, La campaña escarlata y La república de otoño*—, publicada por este sello editorial. Vive en la ladera de una montaña en Utah con su esposa Michele. Allí escribe, mientras procura mantener a raya su adicción a los videojuegos.

Su sitio web es: brianmcclellan.com



Creemos que a veces se necesita de un poco de magia para sobrevivir a la realidad.

Somos fans del género y nos encanta sumar fieles a la causa.

Creemos que la clave para un buen libro está en su capacidad de hacernos perder la noción del tiempo y transportarnos a otros mundos.

Las historias que nos gustan son las que permanecen con nosotros mucho tiempo después de haberlas leído.

Nos gustan las novelas de muchas páginas, que cuesten llevar en la mochila o en el bolso.

Sabemos que las sagas deben publicarse hasta el final, y eso haremos. Conocemos la angustia de los finales abiertos, y el horror cuando descubrimos que no hay fecha para el siguiente libro.

Tenemos a los autores que no deberían faltar en tu biblioteca: los que no se publican desde hace mucho tiempo en español y las nuevas voces, que pronto se convertirán en referentes.

¡Te damos la bienvenida!

Únete a la banda escaneando el código QR:





   GamonFantasy

www.gamonfantasy.com



Promesa de sangre

McClellan, Brian 9788418711084

544 Páginas Cómpralo y empieza a leer

El primer libro de la saga más esperada por la comunidad fantasy. Brian McClellan, el mejor discípulo del genial Brandon Sanderson, por fin en español. Derrocar a un rey es un trabajo sangriento. El mariscal de campo Tamas ha liderado el golpe de estado en Adro. La aristocracia decadente y corrupta ha terminado en la guillotina y el pueblo hambriento ahora

tiene comida. Pero además ha provocado la guerra en las Nueve Naciones, ataques internos de los realistas y lucha encarnizada por el dinero y el poder entre quienes suponía eran sus aliados: la Iglesia, los trabajadores y los mercenarios. Tamas apenas soporta la presión y necesita a Adamat, un inspector de policía retirado, cuya lealtad está en juego, y a los Magos de la Pólvora que le quedan, entre ellos Taniel, su indómito y brillante hijo.Hay quienes presagian muerte y destrucción. Las leyendas están en boca del pueblo pero ningún hombre instruido cree en ese tipo de cosas... aunque sería mejor que lo hicieran. Los dioses también están implicados.



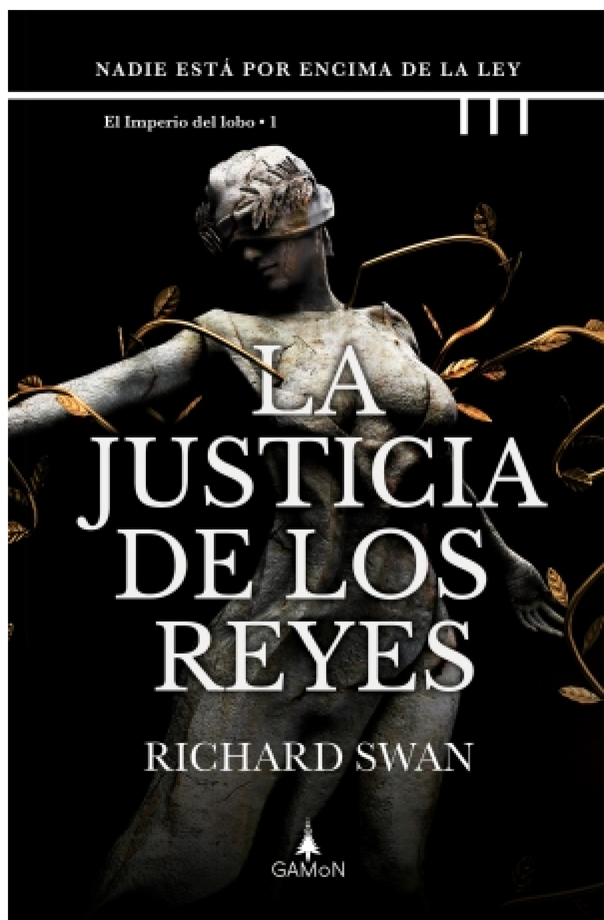
La campaña escarlata

McClellan, Brian 9788418711459

608 Páginas Cómpralo y empieza a leer

La esperada continuación de Los Magos de la Pólvora, de Brian McClellan, el mejor discípulo de Brandon Sanderson. La invasión acecha y no hay quien lidere la defensa. El ataque de Tamas a Kez termina en un desastre cuando queda detrás de las líneas enemigas, con una facción de su ejército, sin suministros, ni la esperanza de recibir refuerzos.

Tamas deberá guiar a sus hombres en una temeraria marcha para defender a su país de un dios enfurecido, Kresimir. En Adro, el inspector Adamat busca desesperadamente rescatar a su esposa. Deberá rastrear y enfrentarse al enigmático amo de Lord Vetas. Los generales de Tamas pelean entre sí, las brigadas continúan perdiendo terreno, y Kresimir quiere la cabeza de aquel que se atrevió a dispararle en un ojo. A Tamas y sus Magos de la Pólvora se los supone muertos, y Taniel Dos-Disparos se ha convertido en la última línea de defensa contra el avance del ejército de Kremisir.



La justicia de los reyes

Swan, Richard 9788418711701

416 Páginas Cómpralo y empieza a leer

El Imperio del Lobo hierve a fuego lento por los disturbios. Rebeldes, herejes y patricios poderosos desafían el poder del trono imperial.Solo la Orden de la Magistratura Imperial se interpone en el camino del caos. Sir Konrad Vonvalt representa la justicia más temida por todos, defendiendo la Ley gracias a su mente aguda, sus poderes arcanos y su habilidad

como espadachín. A su lado se encuentra Helena Sedanka, su talentosa protegida, una huérfana de las guerras que forjaron el Imperio. Cuando ambos investigan el asesinato de una noble en una provincia remota, descubren una conspiración que se extiende hasta lo más elevado de la sociedad imperial. Los peligros aumentan a cada paso que dan; Vonvalt y Helena deberán tomar una decisión: ¿abandonarán las leyes que han jurado respetar para proteger el Imperio?



La plegaria de la calle (versión española)

Hanrahan, Gareth 9788418711060

528 Páginas Cómpralo y empieza a leer

Ganador del premio Booknest a la Mejor Primera Novela 2019. Es un magnífico debut, plagado de todo lo que hace maravillosa a la fantasía: una ambientación potente, unos personajes que se ganan al lector, continuas sorpresas y un trasfondo donde se

enfrentan los poderes económicos, políticos y religiosos". —Daniel Garrido, El Caballero del Árbol Sonriente. "Cautivante… Guerdon es una ciudad que hierve de historia, horror y secretos ocultos". —Nicholas Eames, autor de Reyes de la Tierra Salvaje. En Guerdon tres ladrones han sido acusados de un crimen que no cometieron. Su búsqueda de venganza sacará a la luz oscuras verdades sobre la ciudad y una peligrosa conspiración, cuyas semillas se sembraron mucho antes de que ellos nacieran. En la profundidad de los túneles de la ciudad, se agita un malévolo poder y una guerra mágica de siglos de antigüedad está a punto de volver a desencadenarse. Cari es una huérfana vagabunda cuyo pasado es más oscuro de lo que ella ha creído siempre. De ahora en adelante, su futuro estará fuera de control. Rata es un ghoul, y su especie ronda por el inframundo, alimentándose de los muertos de la ciudad. Spar es un hombre de piedra: sufre una terrible enfermedad que lentamente está petrificando su carne. El azar los ha unido y su amistad podría ser lo único que se interponga en el camino de la destrucción total.



Los santos de sombra (versión española)

Hanrahan, Gareth 9788418711497

640 Páginas Cómpralo y empieza a leer

En el segundo libro de la trilogía El legado del hierro negro, cada alma será devorada por el hambre de los dioses. Un intrincado mundo fantástico para los lectores exigentes de Erickson, Rothfuss y Lawrence. Una fantasía que desafía el género en su máxima

expresión, increíblemente inventiva y profundamente retorcida. El Milagro de la Calle cambió para siempre el paisaje de Guerdon. Seis meses después de su creación, la laberíntica Ciudad Nueva se ha convertido en un asilo tanto para criminales como para refugiados, y foco de nuevos poderes políticos. Se escuchan rumores sobre una nueva arma enterrada bajo las calles: un arma con el poder de destruir a un dios. Mientras Guerdon se esfuerza por permanecer neutral, dos ejércitos de la guerra de los dioses envían sus agentes para encontrar este instrumento que puede revolucionar el destino de todos. Múltiples facciones de poder conspiran y sus mensajeros se enfrentan entre sí: Eladora que está trabajando para Effro Kelkin, el hombre que controlaba el Parlamento; Terevant, el segundo hijo de la casa noble de Erevesic y hermano del embajador de Haith; y el Espía de Ishmere, cuya habilidad para cambiar de identidad, oculta realmente quién es. A medida que aumentan las tensiones y se acumulan tropas alrededor de la ciudad. ¿Cuánto tiempo podrá Guerdon mantener a raya a sus enemigos?